

COLECCIÓN SOCIEDAD Y CULTURA

# TRAGEDIA ANDINA

## La lucha en la Guerra del Pacífico

### 1879-1884

William Sater



dibam

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,  
ARCHIVOS Y MUSEOS

EL PATRIMONIO DE CHILE



CENTRO  
DE INVESTIGACIONES  
DIEGO BARROS ARANA

WILLIAM SATER es profesor emérito de Historia en la Universidad Estatal de California, Long Beach. Parte importante de su trayectoria académica ha estado dedicada a la historia de Chile y, en particular, a la Guerra del Pacífico, como lo demuestran sus principales publicaciones: *Heroic Image in Chile: Arturo Prat-Secular Saint* (1973), *Chile and the War of the Pacific* (1985), *Chile and the United States: Empires in Conflict* (1990), *The Grand Illusion: The Prussianization of the Chilean Army. Studies in War, Society, and the Militar* (1991); junto al historiador inglés Simon Collier, *A History of Chile, 1808-2002* (2004) y la primera edición de la presente obra, *Andean Tragedy: Fighting the War of the Pacific, 1879-1884 (Studies in War, Society, and the Militar)* (2008).





TRAGEDIA ANDINA.  
LA LUCHA EN LA GUERRA DEL PACÍFICO,  
1879-1884

*Colección  
Sociedad y Cultura*

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS. 2016.  
Inscripción N° 261.472

ISBN 978-956-244-341-8 (*título*)  
ISBN 956-244-071-0 (*colección*)

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Director de Bibliotecas, Archivos y Museos y  
Representante Legal  
*Sr. Ángel Cabeza Monteira*

Director del Centro de Investigación Diego Barros Arana y  
Director Responsable  
*Sr. Rafael Sagredo Baeza*

Editor  
*Sr. Marcelo Rojas Vásquez*

Diseño de Portada  
*Sra. Claudia Tapia Roi*

Corrección de Textos  
*Srta. Paulina Bozo Prieto*  
*Sr. Juan Ricardo Couyoumdjian Bergamali*  
*Sr. Jaime Rosenblitt Berdichesky*

Revisión de Notas y Bibliografía  
*Sra. Ruth Palacios Briceño*

Fotografía de Portada  
*El ejército chileno en la cima del morro de Arica, 1881.*  
*Colección fotográfica, Museo Histórico Nacional*

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos  
Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 651  
Teléfono: 23605283  
Santiago. Chile.

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

# TRAGEDIA ANDINA. La lucha en la Guerra del Pacífico (1879-1884)

William F. Sater

Traducción de Cristina Labarca



# ÍNDICE

Siglas y abreviaturas	11
Agradecimientos	15
INTRODUCCIÓN	17
LAS MANIOBRAS PREVIAS A LA GUERRA	41
Casus Belli	43
<i>Los líderes</i>	48
<i>Buscando el origen de la guerra</i>	51
EJÉRCITOS COMPARADOS	59
<i>Los militares peruanos</i>	60
<i>El ejército de Bolivia</i>	65
<i>El ejército chileno</i>	75
<i>Los soldados</i>	84
<i>La logística de la guerra</i>	89
<i>El servicio médico</i>	105
<i>Atrocidades</i>	107
<i>Crimen y castigo</i>	109
ESCUADRAS COMPARADAS	113
<i>Aprendiendo las lecciones del poder naval</i>	113
<i>Los buques de guerra de los beligerantes</i>	114
Chile	114
Perú	117
<i>La Armada virtual de Bolivia</i>	119

<i>Flotas comparadas</i>	121
Chile	121
Perú	124
DE CHIPANA A IQUIQUE	133
<i>Miguel Grau versus Juan Williams Rebolledo</i>	134
<i>Las primeras semanas de la guerra naval</i>	135
<i>La batalla de Chipana</i>	137
<i>De vuelta a punto muerto</i>	139
<i>El combate de Iquique</i>	141
<i>El impacto de Iquique</i>	151
ANGAMOS Y MÁS ALLÁ	155
<i>El crepúsculo de Iquique</i>	156
<i>El fiasco del Rímac</i>	164
<i>La redada de Punta Arenas</i>	168
<i>El principio del fin</i>	169
<i>El combate de Angamos</i>	172
<i>La guerra sigilosa</i>	180
EMPIEZA LA GUERRA TERRESTRE	191
<i>La campaña del desierto</i>	192
<i>El desembarco de Pisagua</i>	193
<i>La batalla de Dolores</i>	209
<i>Tarapacá</i>	220
<i>La batalla de Tarapacá</i>	222
<i>La política de la derrota</i>	229
LAS CAMPAÑAS DE TACNA Y ARICA	235
<i>El bloqueo de la costa peruana</i>	236
<i>La invasión de Tacna</i>	240

<i>Avance hacia el interior</i>	243
<i>La batalla por Los Ángeles</i>	245
<i>Avance hacia Tacna y Arica</i>	248
<i>La toma de Arica</i>	271
<b>EL ASEDIO DE LIMA</b>	<b>283</b>
<i>Los saqueadores de Patricio Lynch</i>	284
<i>El avance hacia Lima</i>	288
<i>La ciudad celestial de Lima</i>	296
<i>El primer ataque: la batalla de Chorrillos</i>	305
<i>El segundo acto: la batalla de Miraflores</i>	319
<b>LA GUERRA SUCIA</b>	<b>331</b>
<i>Intento de paz</i>	332
<i>La guerra interminable</i>	336
<i>La locura de Letelier</i>	338
<i>La campaña de la Sierra de 1882</i>	344
<i>La diplomacia de la derrota</i>	362
<i>1883: la segunda campaña de la Sierra</i>	364
<i>Los últimos días de la guerra peruana</i>	373
<i>El final de la guerra</i>	378
<b>CONCLUSIÓN</b>	<b>383</b>
<i>Fuentes y bibliografía</i>	397



## SIGLAS Y ABREVIATURAS

<i>al.</i>	<i>aliis</i>
AM	Pascual Ahumada Moreno (recopilador), <i>Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892.</i>
ANMI	Archivo Nacional Ministerio del Interior
ANFV	Archivo Nacional fondos varios
ANIA	Archivo Nacional Intendencia de Atacama
Btn.	Batallón
CGMG	Correspondencia general Miguel Grau
C.O. <i>a veces</i> Col.	Coronel
CSCI	Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Dr.	doctor
ed.	Editor <i>a veces</i> editado
eds.	Editores
E.M.G.	Estado Mayor General
F.O.	Foreign Office, correspondencia general, Chile 1875-1884, Public Records Office, London. Great Britain, donde 16 corresponde a Chile y 61 a Perú.
Gen.	General
GPO	Government Publishing Office
<i>Ibid.</i>	<i>ibidem</i>
Impr.	Imprenta
Int.	Intendente
HMS	His/Her Majesty's Ship (buque de Su Majestad)
Nº	número
n.d.	no date (sin fecha)
n.p.	no publisher (sin editorial)

<i>op. cit.</i>	Obra citada
p.	página
pp.	páginas
PUCP	Pontifical Universidad Católica del Perú
ret.	retiro
S.E.	Su excelencia
sf	sin fecha
Sr.	señor
ss.	siguientes
St.	saint
Tip.	tipografía
vol.	volumen
vols.	volúmenes

*Para John M. Dixon, mi yerno,  
y Milo Joseph Dixon mi nieto.*

*Para aquellos hombres y mujeres que sacrificaron su salud,  
sus vidas y su juventud protegiendo a sus respectivas patrias.*



## AGRADECIMIENTOS

Como muchos trabajos académicos, este libro es el resultado de una colaboración. Mis buenos amigos, los profesores Christon Archer y Jaime Rodríguez, me acosaron, amenazaron y persiguieron sin piedad para que presentara al lector un estudio que pretende ser una producción académica objetiva. Pienso que sus esfuerzos conjuntos lograron contener mi exuberancia natural, aunque puede que haya personas que no estén de acuerdo.

La lista de colegas chilenos a quienes debo mucho crece cada año. La profesora Patricia Arancibia Clavel, su hermano, el general en retiro Roberto Arancibia Clavel y su hija Claudia Arancibia Floody me entregaron mucha ayuda, tal como lo hicieron Carlos Tromben, capitán de navío en retiro, y el Sr. Gilles Galté. El Dr. Ricardo Couyoumdjian y su esposa, Mabel, siempre me han acogido en su hogar, y en su mesa, cosa que agradezco profundamente. También me he beneficiado de los trabajos de los profesores Gonzalo Vial, Alejandro San Francisco y Ángel Soto. Mi *mispocha* –la fallecida Nana Bronfman y sus hijos, y Lucy y su esposo, Claudio, y sus hijos Eduardo e Irene– me han recibido de forma generosa cada vez que he visitado Santiago. Gonzalo Mendoza y su esposa, Verónica, me han hecho sentir en casa, ya sea en: Los Angeles, Madrid o Santiago, y he pasado horas encantadoras con ellos y sus hijos. La consejera general de Perú en Los Angeles, la embajadora Liliana Cino, y su marido, el embajador Gustavo Silva, además de Jorge Ortiz Sotelo, facilitaron mi investigación en Perú, tal como hicieron el director y el personal de la Biblioteca Nacional de ese país. La sección de préstamos interbibliotecarios de la California State University, Long Beach, también me ayudó mucho.



## INTRODUCCIÓN

Cuando le pidieron que definiera “conflicto armado” a George Ives, un veterano de la guerra entre Gran Bretaña y los Boers sudafricanos (1899-1902), de ciento once años de edad, recurrió a la misma lógica que usaba el ladrón Willy Sutton para explicar por qué asaltaba bancos: “Vas a la guerra para matarlos”, observó Georges Ives, “y ellos tratan de matarte de vuelta”<sup>1</sup>. En este sentido, la Guerra del Pacífico no es única; es solo uno más de los incontables baños de sangre que caracterizaron el siglo XIX. Y es tal vez por ese motivo que muchos académicos nunca han oído hablar de la Guerra del Pacífico y que los pocos que vagamente recuerdan este conflicto lo confundan con el teatro del Pacífico en la Segunda Guerra Mundial. El hecho es que la Guerra del Pacífico no se desarrolló en el siglo XX. Entre 1879 y 1884, se enfrentó Chile con las fuerzas unidas de Bolivia y Perú. Este conflicto alteraría de manera dramática no solo las fronteras de estas naciones sino, también, su memoria colectiva. Tras su triunfo, Chile anexó la provincia boliviana de Atacama, con lo cual La Paz pasaría a ser la capital de una nación sin salida al mar, y Santiago el propietario de sus depósitos de guano y minas de nitrato (salitre). Los chilenos no sabían, entonces, que Atacama también contenía algunos de los depósitos de cobre más ricos del mundo. Gracias a su victoria, Chile también adquirió la provincia peruana de Tarapacá, lo que dio a Santiago el control de casi la totalidad de los depósitos mundiales de nitrato. La exportación de salitre, que se usaba para la manufactura de explosivos y fertilizante, financiaría a varios gobiernos chilenos hasta comienzos de la década de 1920. Por su lado, la pérdida de las salitreras frenó el crecimiento económico de Perú. Mucho después de que finalizaran las batallas, peruanos y bolivianos amenazaron con una guerra de revancha contra Chile. Sin embargo, Santiago retuvo tenazmente dos provincias peruanas, Tacna y Arica, hasta que un acuerdo a fines de la década de 1920 devolviera la primera a Perú. Y, aunque a Bolivia se le permitió el uso de Arica como puerto libre, este país aún ahora, no un lugar al sol, sino uno a la orilla del mar.

<sup>1</sup> Cuando le preguntaron por qué robaba bancos, Willie Sutton explicó: “Ahí es donde estaba el dinero”. John Spurling, “And the Winners Shall Be Losers”.

## EL CONTEXTO INTERNACIONAL

La Guerra del Pacífico no fue solo una de las luchas más largas en Latinoamérica a fines del siglo XIX; también fue uno de los pocos conflictos a gran escala que experimentó el mundo en esa época. Después de 1871, las beligerantes naciones de Europa occidental dejaron de aniquilarse de forma mutua con el ardor con que acostumbraban hacerlo. No convirtieron sus espadas en arados ni sus lanzas en hoces de un día para otro; al contrario, gastaron enormes sumas de dinero en mantener sus armas bien afiladas. Desplazaron las masacres hacia África, Asia, o los márgenes de Europa, el territorio entre Rusia y Turquía, Asia Central y los Balcanes. Así, los británicos combatieron contra los pathanes de Afganistán a fines de la década de 1870; en 1885, lucharon en Sudán contra los que algunos denostativa y burlonamente llamaron *Fuzzy Wuzzies* o Derviches, quienes a pesar del nombre despectivo, destrozaron a la tropa británica; contra los zulús de Natal (1879); y los boers de los campos sudafricanos. Otras naciones europeas también participaron en guerras imperiales: los franceses triunfaron sobre los vietnamitas a comienzos de la década de 1880, aunque tuvieron que usar bombas de ácido pírico entre 1883 y 1885 para derrotar a los hova de Madagascar y, después de 1898, a algunas de las otras tribus de la isla. No debiera sorprendernos del todo que los alemanes, ansiosos de obtener tierras en África suroccidental, libraran una guerra genocida, que hacia 1908 había matado al noventa por ciento del pueblo herrero, pastores de la región. Hasta las potencias europeas más pequeñas cedían a impulsos coloniales: a partir de 1884, el rey Leopoldo supervisó la brutal ocupación belga que aniquiló a millones de congoleños; en 1873 los vecinos holandeses de Leopoldo enfrentaron mayores dificultades en su lucha contra el sultán de Achin en Indonesia. A los italianos les fue peor: sufrieron una humillante derrota frente a las legiones etíopes en la batalla de Adowa de 1896.

A diferencia de sus vecinos de Europa Occidental, Alejandro III no tuvo que cruzar los mares para perseguir el inexorable avance de Rusia hacia Asia Central, o para luchar contra los turcos en 1877 y 1878. Su éxito en estos dos escenarios animó, al parecer, a su heredero, Nicolás II, a luchar en 1904 y 1905 contra las fuerzas armadas del emperador Meiji, que habían sido modernizadas hacia poco. El sentido común debió frenar los apetitos imperiales del Zar, pero como señaló poco antes el emperador Guillermo II de Alemania, la sabiduría no era el punto fuerte de su primo Nicky. Así, el Zar cometió el error garrafal de entrar en un conflicto que resultó ser lejos más costoso que las anteriores aventuras de Rusia: para 1905 las fuerzas armadas japonesas habían acabado con la mayor parte de las flotas de Nicolás II en el Lejano Oriente y el Báltico, y una parte sustancial de su ejército, lo que obligó al Zar a contener sus impulsos imperiales.

A excepción de los enfrentamientos de los rusos con los turcos y japoneses, la mayoría de las guerras de fines del siglo XIX fueron conflictos de corta

duración y baja intensidad. En vista de esta falta de “guerras modernas”, los historiadores militares han tenido pocos casos de estudio para analizar. De ahí que algunos académicos se hayan dedicado a estudiar la guerra civil de Estados Unidos y la guerra franco-prusiana. Estos conflictos demostraron ser muy instructivos porque fueron los primeros encuentros donde sus participantes usaron rifles de retrocarga, lo que permitió que las tropas cargaran sus armas desde una posición recostada, lo que, a su vez, limitaba su exposición a los disparos enemigos. Las nuevas armas pequeñas, estriadas y con cartuchos metálicos, duplicaban la velocidad de disparo de los soldados, mientras que el alcance de sus armas se incrementaba hasta en un cuatrocientos por ciento. Gracias a esta nueva tecnología, la infantería de las trincheras podía, en palabras de un pensador militar, convertir en “alimento para pólvora” a cualquier formación de hombres que estuvieran demasiado juntos o cualquier escuadrón de caballería que entrara neciamente a campo abierto frente a una posición de defensa, lugar que varios oficiales militares estadounidenses llamaron “la zona del peligro” o “el espacio mortal”. De ahí en adelante, las unidades renunciaron a atacar en formaciones compactas. En vez de esto, pequeños grupos de hombres avanzaban a grandes pasos, una técnica que algunos llamaron “ataque en enjambre”. Cuando se abría fuego a las tropas ofensivas, estas debían atrincherarse y usar sus pequeñas armas para frenar el fuego enemigo, mientras un segundo grupo de ataque pasaba a través de la primera unidad, hacia el objetivo. Si era necesario, un tercer grupo podía seguir los pasos al segundo. Estas oleadas de hombres que se adelantaban unos a otros, iban alternando movimientos para atrincherarse y avanzar hasta que finalmente podían acercarse al enemigo. Estas tácticas, al presentar menos objetivos y más separados entre sí, reducían la cantidad de bajas<sup>2</sup>.

A pesar de las claras ventajas de estas maniobras, muchos escépticos dudaban de la eficacia de las nuevas técnicas de batalla. Un oficial británico, el capitán Charles Booth Brackenbury, admitió: “Es cosa muy fea atacar contra armas de retrocarga, pero hay que hacerlo... la fuerza moral es lo que prevalecerá”<sup>3</sup>. El ejército del Zar adoptó precisamente esa filosofía a mediados de julio de 1877, cuando sus formaciones en masa asaltaron las posiciones fortificadas turcas en Plevna. Las tropas otomanas, que estaban bien atrincheradas y equipadas con armas de retrocarga, Peabody-Martini, de la más alta tecnología, repelieron a los rusos, masacrando o hiriendo al veinticinco por ciento de los oficiales del Zar y al veintitrés por ciento de sus hombres. Estas horribles pérdidas no desalentaron a los generales zaristas. Tras seis horas de bombardeo se llevó a cabo otro ataque en masa que también falló, de nuevo con una baja del veinticinco por ciento de las tropas rusas. Los rusos lograron

<sup>2</sup> Francis Vinton Greene, *Report of the Russian Army and Its Campaign in Turkey, 1877-1878*, pp. 421, 545.

<sup>3</sup> Charles Booth Brackenbury, “The Autumn Manoeuvres of England”, pp. 222-244.

ocupar Plevna, pero solo después de abandonar los ataques frontales en masa y reemplazarlos por un sitio que duró cinco meses.

Por desgracia, los ejércitos europeos no aprendieron las lecciones de la guerra civil de Estados Unidos y de la guerra franco-prusiana. En 1879, durante las primeras etapas de la Guerra Zulú, el general Frederick Thesiger, comandante de la fuerza de expedición británica, nombrado hacía poco lord Chelmsford, cometió dos errores capitales: dividió el mando de sus fuerzas y, peor aún, subestimó a su adversario. Liderando una columna que consistía en dos batallones del 24º regimiento de élite, más auxiliares locales y algo de artillería, entró el 11 de enero de 1879 al territorio zulú. Dentro de nueve días su columna llegó a Isandlwana, una alta montaña que se erguía sobre una planicie lo suficientemente espaciosa como para acomodar a las fuerzas invasoras y sus cabalgaduras. Tras ordenar a seis compañías del 24º regimiento –unos ochocientos hombres– más nueve mil auxiliares y unas cuantas piezas de artillería que permanecieran en la base de Isandlwana bajo el mando del teniente coronel Henry Pulleine, siguió camino con la esperanza de encontrar a las legiones zulúes.

Los enemigos de lord Chelmsford encontraron a su comando primero: veinte mil zulúes, blandiendo azagayas, atacaron el 26 de enero de 1879. El comandante británico, manco, intentó valientemente reunir a sus hombres y, equipados con los rifles Martini-Henry de calibre .45 y la artillería, constituyeron una fuerza formidable. Pero en vez de atrincherarse, lo que les hubiera dado refugio, los británicos formaron una “larga línea roja”. Aunque a veces se abusa de esta descripción, en este caso resultó ser muy acertada porque las tropas inglesas en Isandlwana de hecho vestían túnicas rojas, junto con pantalones azules y cascós blancos. La línea repelió un “ataque de una horda de fanáticos” en Jartum, pero falló en Natal<sup>4</sup>. Los *impis* zulúes atacaron en su clásica formación de cuernos de búfalo: un grupo, representando el cuerpo del animal, asaltó a los ingleses de frente mientras otras dos columnas, los cuernos, envolvieron a los flancos británicos. Aunque estaban equipados con rifles modernos y cartuchos de disparos de artillería de largo alcance, la línea roja retrocedió. Formaron cuadros, pero fue en vano: los zulúes los dominaron, matando y degollando a más de mil trescientos oficiales y hombres.

Los zulúes repitieron esta táctica una segunda vez. Días después de la debacle de Isandlwana, cuatro mil zulúes atacaron a un contingente de ciento cuarenta hombres, también del 24º regimiento, que estaba estacionado en la cercana misión de Rorke’s Drift. A diferencia de sus desafortunados coterriáneos, estos soldados a plena vista no opusieron resistencia. En cambio, se guarecieron detrás de parapetos que habían levantado rápidamente con sacos de arena, y en el edificio de piedra de la misión. Así, a pesar de las abrumado-

<sup>4</sup> Charles Edward Callwell, *Small Wars*, p. 388.

ras dificultades, los británicos, protegidos por sus fortificaciones improvisadas, repelieron ola tras ola de zulúes, obligándolos a retroceder, y solo tuvieron diecisiete bajas mortales y cuarenta y tres heridos. Las dos lecciones surgidas de estos combates reforzaron las de la guerra civil de Estados Unidos y el conflicto franco-prusiano: que la bala de rifle y no la bayoneta –que el general William Sherman descartó por superflua– se había convertido en el arma más eficiente en el campo de batalla y que las tropas debían luchar protegidas por barricadas<sup>5</sup>.

Las armas que elevaron a la infantería a un papel preeminente en el campo de batalla limitaron el papel de la artillería. A pesar de que algunos ejércitos, entre ellos el británico, siguieron prefiriendo los cañones de bronce de alma lisa y avancarga, estas armas simplemente no podían competir con los nuevos cañones de acero de retrocarga, en especial los producidos por Krupp. Como sucedía con el rifle, la pieza estriada de artillería tenía un rango mayor –hasta cuatrocientos por ciento desde novecientos metros– mejor precisión y una mayor velocidad de disparo.

Incluso con esas mejoras, estos cañones de campaña tenían ciertas limitaciones. En los conflictos anteriores, los generales movían su artillería hacia adelante, cerca de la primera línea, de modo que su metralla pudiera romper las formaciones enemigas en masa. Ahora, los artilleros enfrentaban nuevos peligros: el mayor alcance de los rifles de retrocarga obligaba a los equipos de artilleros a retirar sus armas o morir junto a sus cañones. Más importante, como demostró la guerra civil de Estados Unidos y el conflicto ruso-turco, la artillería tuvo poco impacto ante la infantería atrincherada. Por lo tanto, las armas pesadas tenían que desempeñar un papel más discreto.

Y la misma tecnología que permitió a la infantería desplazar a la artillería como presencia preeminente en el campo de batalla, en la práctica condenó a la caballería. El ataque fútil del general A. Michel, en Morsbronn, en agosto de 1870 y el intento fallido del general Jean Margueritte por romper las filas prusianas en Sedan, demostró de forma dolorosa que la caballería mantenía su garbo, pero había perdido su capacidad de impactar. De nuevo, la combinación del rifle de retrocarga, la ametralladora Gatling y la artillería que disparaba a combustión, relegó a la caballería a servir como soldados a caballo o unidades de reconocimiento, y ciertamente ya no era la fuerza de ataque consistente de antaño.

En adelante, la defensa superó a la ofensiva, en particular si estaba acuclillada y equipada con las nuevas armas pequeñas. En agosto de 1871, el príncipe Augusto de Württemberg ordenó a sus tropas atacar a los franceses en St. Privat, marchando en densas columnas, precedidas por las cornetas y tambores del regimiento. En veinte minutos, ocho mil soldados, es decir, el

<sup>5</sup> Greene, *op. cit.*, pp. 64, 436; William McElwee, *The Art of War*, pp. 200-201.

veinticinco por ciento del cuerpo del Príncipe, yacían muertos o heridos<sup>6</sup>. Como concluyó Helmuth von Moltke,

“Es poco el éxito que se puede esperar de un ataque *meramente frontal*, y es muy probable que haya muchas pérdidas. Por lo tanto debemos girar hacia los flancos de una posición enemiga” (cursivas en el original)<sup>7</sup>.

Irónicamente, si hubiese estudiado las lecciones de la guerra civil de Estados Unidos, el general alemán ya habría aprendido esa lección. Pero Helmuth von Moltke menospreciaba la guerra civil estadounidense, y, al parecer, menospreció el conflicto describiéndolo como “dos turbas armadas persiguiéndose a lo largo del país, de lo cual no se puede aprender nada”<sup>8</sup>. La Guerra del Pacífico ofrecería las mismas oportunidades a los estrategas para testear sus teorías y armas, pero, una vez más, fueron pocos los que se dieron la molestia de estudiarla. Por tanto, los ejércitos rusos y japoneses tendrían que volver a aprender esta lección en 1905, al igual que todos los países beligerantes de la Primera Guerra Mundial.

Claramente, la conducción de la guerra había evolucionado. Los hombres ya no marchaban hacia la batalla esperando vivir de la tierra. Los ejércitos necesitaban vías férreas para transportar mayores cantidades de hombres, artillería, equipamiento y víveres hacia el frente. También requerían el, recién inventado, telégrafo para que el cuartel general se pudiera comunicar con las unidades en terreno. En resumen, para satisfacer las necesidades cada vez más complejas de tantas tropas, los militares tuvieron que crear comandos de intendencia para alimentar y vestir a sus soldados, un cuerpo médico para mantener su salud en las guarniciones y en el campo de batalla, además de unidades de transmisiones y transporte. Y lejos por sobre estos elementos dispares, estaba el Estado Mayor –integrado por las élites intelectuales del ejército– que se aseguraba de que el desempeño de las unidades de suministro y apoyo mejorara los esfuerzos de los combatientes<sup>9</sup>.

Unas pocas naciones asimilaron algunas de las lecciones tecnológicas de la guerra civil de Estados Unidos y el conflicto franco-prusiano. Por ejemplo, hasta Rusia creó y usó un dispositivo telegráfico, unidades de ferrocarriles y un cuerpo médico en su enfrentamiento con Turquía en 1877 y 1878. Irónicamente, los franceses no establecieron una oficina de vías férreas en el Ministerio

<sup>6</sup> Michael Howard, *The Franco-Prussian War*, p. 175.

<sup>7</sup> Citado en John Frederick Charles Fuller, *A Military History of the Western World*, vol. II, p. 105.

<sup>8</sup> Citado de John Frederick Charles Fuller, *War and Western Civilization, 1832-1932: a study of war as a political instrument and the expression of mass democracy*, p. 99; citado en Jay Luvaas, *The Military Legacy of the Civil War*, p. 126.

<sup>9</sup> Para una vista general de la evolución de la guerra, véase Martin van Creveld, *Command in War*, Michael Howard, *The Franco-Prussian War* y Jeremy Black, *Western Warfare*.

de Guerra hasta 1877<sup>10</sup>. Pero las naciones desarrolladas parecían ignorar las implicaciones tácticas de estos conflictos previos.

Dada la escasez de guerras europeas, los interesados en la evolución de conflictos armados debieran haber analizado otros conflictos, no los de Europa Occidental y Estados Unidos, sino la Guerra del Pacífico. Esta batalla incorporó muchas de las mismas armas que fueron tan importantes en las luchas anteriores de Europa y Estados Unidos y que resultarían igualmente influyentes en guerras posteriores. En efecto, como los combatientes también lucharon por el control de los mares, la guerra sudamericana, a diferencia de la guerra franco-prusiana, proporcionó una oportunidad única para estudiar la evolución de las contiendas navales, con el uso del espolón, el buque de guerra acorazado y el torpedo. Desafortunadamente, aunque algunos países reconocieron de manera tardía ciertos aspectos de la Guerra del Pacífico, no asimilaron ninguna de sus lecciones tácticas. Pagarían caro por este descuido.

#### LAS NACIONES EN GUERRA

Ninguno de los tres beligerantes estaba listo para la guerra que comprometió a estos países en 1879. Perú, que tenía la mayor superficie de los tres, se extendía casi desde los tres a veintiún grados latitud sur, y desde el Pacífico, a través de los Andes hacia la cuenca del Amazonas. Al igual que en Bolivia y Chile, la geografía de Perú estaba dominada por la cordillera de los Andes. Tres ramas de la misma –la cordillera Occidental, la cordillera Central y la cordillera Oriental– habían formado a gran parte de Perú como una serie de depresiones o valles que corrían en todas direcciones. Gran parte de la cordillera Occidental, que abrazaba la costa peruana desde la frontera al sur de Ecuador, caía literalmente en el océano Pacífico. Por lo general, esta franja costera no era apta para las actividades agrícolas, pero luego de siglos de escurrimientos desde los Andes, se habían formado quebradas de este a oeste y planicies aluviales que se podían cultivar. Lamentablemente, en los 2.250 km de la costa peruana, solo había treinta valles que llegaban hasta el océano. Además, los zarcillos de los Andes aislaban de tal forma a los valles fértiles que estos tenían que comunicarse por mar y no por tierra con el resto de la nación<sup>11</sup>. Las montañas costeras, que a veces habían sido empujadas hacia arriba por la actividad volcánica, se erguían de manera inexorable hacia el este, hasta alcanzar alturas de cuatro mil docientos metros. Más adelante formaban un desierto costero y una serie de cuencas separadas de la costa por la cordillera Occidental y de la selva ama-

<sup>10</sup> Greene, *op. cit.*, pp. 30, 34-36; Bruce W. Menning, *Bayonets before bullets. The Imperial Russian Army, 1861-1914*, p. 114; Alan Mitchell, *Victors and Vanquished. The german influence on army and church in France after 1870*, pp. 62-63.

<sup>11</sup> Isaiah Bowman, *Desert Trails of Atacama*, p. 90 y también su *The Andes of Southern Peru*, p. 113.

zónica por las cimas nevadas de la cordillera Oriental, que en algunas partes ascendían a seis mil metros. Aunque algunas de estas cuencas eran aptas para la agricultura –por lo general solo bajo cuatro mil metros de altitud– las alturas superiores hacían imposible la mayoría de las actividades pastoriles excepto la crianza de alpacas o llamas que se alimentaban con *ichu*, un pasto local<sup>12</sup>.

En 1879, Perú tenía una superficie de entre un millón quinientos mil y un millón seiscientos mil kilómetros cuadrados. De sus dos millones quinientos mil a dos millones setecientos mil habitantes, el veintitrés por ciento residía en el puerto de Callao, la capital Lima (entre cien mil y ciento veinte mil) y en ciudades costeras como: Arica, Pisagua, Ilo e Iquique o en los valles aluviales que desembocaban en el océano Pacífico. Casi tres cuartos de la población de Perú, en su mayoría indígenas, residían en los poblados del altiplano andino, y dada la distancia de la costa y de otros poblados de la zona, hablaban aimara o quechua, y no español<sup>13</sup>.

Aunque las montañas constituyan gran parte del terreno peruano, este país tenía ciertas ventajas sobre su vecino Bolivia, que estaba configurado de manera similar. La cercanía de Perú al mar facilitaba sus exportaciones agrícolas y mineras a los países del Atlántico Norte. Además, hacia 1879 Perú poseía un sistema de transporte relativamente desarrollado: numerosas vías férreas llevaban materias primas desde las plantaciones del interior y las minas, hacia los puertos cercanos. Una línea de ferrocarril, la Central –una maravilla de ingeniería creada por el genio del estadounidense Henry Meiggs y el sudor de numerosos trabajadores– conectaba la capital con la ciudad andina de Chicla, una estación terminal a tres mil novecientos metros sobre el nivel del mar<sup>14</sup>. Con la esperanza de facilitar la exportación de su algodón y azúcar, el gobierno peruano había invertido una pequeña fortuna en vías férreas. Pero el sector agrario no generaba tantos ingresos como las minas peruanas. De hecho, desde la década de 1850 las exportaciones de guano –excremento de pájaro fosilizado, cuyos yacimientos se encontraban en el árido sur de Perú y en las islas Chincha mar adentro– financiaron al gobierno de la nación, sus diferentes obras públicas y, por supuesto, su creciente burocracia. Para suerte de Perú, justo cuando los depósitos de guano empezaron a agotarse, se descubrieron minas de nitrato en la provincia sureña de Tarapacá. Como el gobierno peruano estaba ansioso por maximizar los ingresos de la venta de esta materia prima, en 1875 expropió las minas, que eran mayoritariamente de propiedad extranjera. Después de esto, las empresas mineras excavaban y procesaban los nitratos a cambio de una tarifa, mientras que la nación recibía la mayor proporción de las utilidades, las que se destinaban, en parte, para pagar la deuda que Perú había contraído para nacionalizar las minas y financiar el gobierno.

<sup>12</sup> Bowman, *The Andes...*, op. cit., p. 187.

<sup>13</sup> Mariano Felipe Paz Soldán, *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, p. 111.

<sup>14</sup> Robert Nelson Boyd, *Chili: Sketches of Chili and the Chilians during the War*, p. 186.

Desarrollar los recursos nacionales resultó difícil, en gran medida, por problemas demográficos: la mayoría de los peruanos vivía en el altiplano, donde sostenían una existencia frugal como agricultores de subsistencia, y no en las plantaciones costeras, que producían cultivos comerciales como azúcar o algodón. Los empresarios que necesitaban fuerza laboral para ocuparse de los valles ricos del país, eventualmente importaron esclavos de África o “cullies” –cuasi esclavos, si es que existe tal condición– desde China. Los asiáticos, que a menudo eran encadenados juntos, también trabajaban en las guaneras, donde algunos preferían suicidarse en vez de raspar heces disecadas de pájaros en las asoleadas y fétidas islas Chincha. Más al sur, unos nueve mil chilenos sudaban trabajando en las salitreras de Tarapacá<sup>15</sup>.

Al sureste de la provincia más austral de Perú yacía el litoral boliviano, un tramo de trescientos a cuatrocientos kilómetros de acantilados, algunos de cuatrocientos a seiscientos metros de altitud, que miraban hacia el océano Pacífico. Estos peñascos costeros colindaban con el desierto de Atacama, un terreno seco e inexplorado de casi ciento diecinueve mil kilómetros cuadrados, con suelos de arena y pequeñas rocas mezcladas con conchitas de mar. No era un entorno adecuado para la agricultura, pero, afortunadamente para Bolivia, sus mineros habían descubierto sustanciales depósitos de guano y nitratos, sobre y bajo el suelo desértico. Había cinco puertos –Cobija, Mejillones, Antofagasta, Tocopilla y Huanillo– que proveían acceso al desierto; solo uno de ellos, Antofagasta, tenía buenas conexiones con el interior boliviano.

En los años posteriores a 1850, se necesitaba mucho tiempo y esfuerzo para recorrer los mil doscientos kilómetros desde la capital boliviana de La Paz, situada a tres mil novecientos metros de altitud en los Andes, a Cobija, el principal puerto boliviano en el Pacífico. Por ejemplo, en 1879 el ejército del general Hilarión Daza demoró entre doce y trece días en marchar los cuatrocientos cincuenta kilómetros desde La Paz a Tacna, una ciudad interior en la esquina sudoccidental del desierto de Atacama, y otros once días adicionales para recorrer a duras penas el tramo entre Tacna a Pisagua, un puerto en el Pacífico<sup>16</sup>. Los soldados bolivianos tendrían que marchar cuatrocientos kilómetros más hacia el sur antes de llegar a Antofagasta, en la costa boliviana del Pacífico. En resumen, cualquier viajero que usara la ruta más directa, que no era la que siguieron los soldados, necesitaba casi un mes para cubrir la distancia desde La Paz al Pacífico. Vistas estas limitaciones geográficas, Antofagasta necesitaba del mar tanto para el suministro de agua, que desalinizaba, como para su alimentación.

Aunque resultaba difícil, cruzar el desierto de Atacama era tal vez el menor de los muchos problemas que los bolivianos tuvieron que vencer. A medida que se avanza hacia el interior desde la costa, las colinas se convierten en la cordillera de la Costa, o la cordillera Occidental de los Andes, una cadena

<sup>15</sup> Harold Blakemore, “Chile”, p. 522.

<sup>16</sup> Ricardo Ugarte, *Efemérides de la Guerra del Pacífico*, p. 12.

montañosa que se eleva miles de metros hacia el cielo. Al este de la cordillera Occidental y al oeste de la cordillera Oriental de los Andes yace un valle a unos tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar, de alrededor de seis mil kilómetros de ancho que contiene la masa de agua interior más alta del mundo, el lago Titicaca. En el lado este del altiplano boliviano hay otra cadena de montañas, muchas de ellas de más de seis mil metros de altura, que desaparecen en las llanuras tropicales que abarcan las tierras del límite este de Bolivia. Claro está que los Andes constituyen la característica más definitoria de Bolivia: ramificaciones de la cadena montañosa no separan el país simplemente a lo largo de un eje norte-sur, sino que también lo dividen de este a oeste en una serie de valles a menudo aislados. Desde el aire, Bolivia parece un laberinto bizantino de montañas entrecruzadas que, a fines del siglo XIX, dejó a la población separada entre sí, y más aún del resto del mundo.

Con tan poca tierra cultivable, Bolivia podía, en el mejor de los casos, lograr alimentarse a sí misma. Afortunadamente para el país, debajo de su tierra yacían enormes reservas de plata y minerales industriales<sup>17</sup>. El descubrimiento de nitratos y guano en el litoral boliviano pareció abrir nuevas posibilidades para generar riqueza, aunque el hedor de las guaneras en Mejillones asaltaba las narices de los visitantes que llegaban por mar mucho antes de que posaran su vista sobre la ciudad<sup>18</sup>. Esta limitación estética no impidió a los mineros de acudir en masa hacia el litoral. Tampoco se vieron inhibidos por las veleidades de la naturaleza: los terremotos, incendios y maremotos devastaban de manera periódica las ciudades costeras bolivianas, lanzando embarcaciones que iban en camino al océano más de dos kilómetros al interior del desierto y, en 1877, literalmente borrando del mapa al hospital de Antofagasta. Tres años después del desastre, “apenas quedaba casa alguna” en la cercana Cobija, que se veía como si el puerto “hubiese sido expuesto a un grave bombardeo”. Un observador escribió “Inicialmente pensamos que estábamos viendo los resultados de la guerra”<sup>19</sup>. A pesar del potencial peligro para sus vidas, sus extremidades y sus órganos olfativos, fueron tantos los extranjeros que se mudaron al desierto de Atacama que un francés, Charles Weiner, calculó que “de cada veinte habitantes, puede contarse diecisiete chilenos, un peruano, un europeo y un coronel boliviano”. De acuerdo con Charles Weiner, había una dura división del trabajo: “Los chilenos trabajan, los europeos comercian y él [el coronel boliviano] manda”<sup>20</sup>. Lo que Charles Weiner diplomáticamente no mencionó,

<sup>17</sup> Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de la campaña de Tarapacá*, vol. I, pp. 54-55; *El Constituyente*, 27 de noviembre de 1876, 26 de enero de 1877; *El Ferrocarril*, 20, 25 de enero de 1877.

<sup>18</sup> Boyd, *op. cit.*, pp. 175, 178.

<sup>19</sup> Antonio Urquieta, *Recuerdos de la vida de campaña en la Guerra del Pacífico*, vol. I, p. 89; Boyd, *op. cit.*, p. 179.

<sup>20</sup> Charles Weiner, “La Guerra en Sud-América”, 6 de agosto de 1879, pp. 270-275 y 19 de agosto de 1879, pp. 287-289.

o no sabía, es que eran tantos los residentes chilenos en Atacama que resentían la mano dura del coronel boliviano, que formaron “sociedades patrióticas” como La Patria, que buscaba incorporar la provincia desértica a Chile; otros apelaban a sus compatriotas para desahogarse de lo que consideraban era un arbitrario y mal gobierno de Bolivia<sup>21</sup>. En 1879 las peticiones de estos grupos que buscaban socorro de Santiago ayudarían a precipitar la Guerra del Pacífico.

Bolivia se encontró con dificultades para administrar su litoral porque no tenía la infraestructura necesaria. En palabras de un ingeniero francés:

“Lo que se llama un camino en este país no es más que un sendero sin puentes, transitable sólo para los que caminan, van a caballo o en animal de carga”<sup>22</sup>.

Como no había caminos que se pudieran usar en todas las condiciones climáticas ni ferrocarriles domésticos, trasladar objetos dentro de Bolivia resultaba muy difícil, si no imposible: si un visitante en la década de 1870 necesitaba cinco a seis días para viajar de Sucre a Cochabamba, una distancia de poco más o menos doscientos cuarenta kilómetros, la exportación de materias primas resultaba bastante más complicada y costosa<sup>23</sup>. En 1874 se completó una vía férrea en Perú, y eso hizo posible transportar los bienes desde La Paz en el noroeste boliviano hacia la región peruana de Puno, luego al oeste al puerto de Mollendo y desde ahí a Valparaíso o a Callao. Los mercaderes bolivianos también lograban enviar sus exportaciones hacia Argentina. Pero la nación necesitaba más que estas pocas y magras salidas. En efecto, Bolivia debió haber desarrollado líneas ferreas para llevar sus productos desde el altiplano hacia puertos como Arica. Pero, como había demostrado Henry Meiggs, construir vías férreas en los Andes requería gran habilidad y enormes cantidades de dinero. Lamentablemente, Bolivia no tenía ni una ni otra. Y como eran pocos los acreedores extranjeros que estaban dispuestos a invertir en una nación tan volátil desde el punto de vista político, el futuro económico de Bolivia no parecía demasiado brillante. De hecho, no desarrollaría ferrocarriles hasta fines del siglo XIX, y pasarían casi veinte años más antes de que las vías férreas conectaran sus ciudades más importantes. Esta falta de caminos y vías férreas domésticas restringía la autoridad gubernamental a La Paz y sus entornos más cercanos. En efecto, una simple ecuación parecía regir la política boliviana: a mayor distancia de la capital, más tenue era la autoridad del Estado.

Desgraciadamente, sus instituciones políticas eran tan subdesarrolladas como su infraestructura: desde el último censo gubernamental de 1854, nadie

<sup>21</sup> *El Ferrocarril*, Santiago, 20 de enero de 1877 afirmó que la organización era una sociedad de ayuda mutua.

<sup>22</sup> Edward D. Mathews, *Up the Amazon and Madeira Rivers through Bolivia and Peru*, p. 259.

<sup>23</sup> André Bresson, *Una visión francesa del litoral boliviano*, pp. 82-83 y 96.

sabía cuántos eran los ciudadanos gobernados desde La Paz ni dónde vivían. Un geógrafo calculó que dos millones trescientos mil bolivianos, el ochenta por ciento de ellos indígenas, poblaban el territorio de un millón trescientos mil kilómetros cuadrados<sup>24</sup>. Un visitante italiano afinó estas estadísticas, estimando que siete octavos de la población residían en La Paz, Oruro, Cochabamba, Sucre y Potosí. Estas provincias, junto a las menos pobladas de Cobija, Tarija, Santa Cruz y Beni, cubrían unos ochocientos un mil kilómetros cuadrados<sup>25</sup>. Las barreras naturales que dividían a Bolivia en regiones también separaban a la nación en distintos grupos lingüísticos y culturales: los indios aimara, que habitaban la zona al sur del lago Titicaca y los quechuas, que residían hacia el sureste. Como era de esperar, esta desafortunada convergencia de obstáculos geográficos y diferencias culturales y lingüísticas favoreció un fuerte sentido de identificación con una región más que con el Estado-nación<sup>26</sup>.

La misma topografía que frenaba el crecimiento económico de Bolivia, fomentaba la regionalización y socavaba la autoridad del gobierno central, también privaba al Estado de las rentas fiscales que necesitaba para gobernar. En 1846, el gobierno aún obtenía el cincuenta y un por ciento de sus ingresos del tributo indígena y del gravamen a la coca. El descubrimiento de los depósitos de plata en Caracoles, situado en las montañas a tres mil metros de altura y unos doscientos sesenta kilómetros al noreste de Antofagasta, y la mina de Huanchaca, parecieron ofrecer nuevas esperanzas para la economía boliviana. Pero a pesar de que los impuestos a las minas de plata terminaron por reemplazar el impuesto a los indígenas y a la coca, el ingreso del gobierno en 1879, se mantuvo igual al de 1825 en moneda de valor constante<sup>27</sup>. Peor aún, a medida que más países sustituían el régimen bimetálico por el patrón oro, el precio internacional de la plata bajó, y así lo hizo también el ingreso fiscal de Bolivia. La nación necesitaba desarrollar una fuente de recursos más confiable, de preferencia en una región geográfica que gozara de acceso a transporte, para reducir el costo de producción.

El descubrimiento de guano y nitratos en el litoral prometía curar su anemia financiera. Quizá por primera vez la geografía no retrasaría su desarrollo: los amplios depósitos de nitratos de la nación no solo yacían cerca de la superficie del desierto de Atacama sino que, además, solo había unos pocos kilómetros de pampa plana entre las salitreras y el puerto de Antofagasta. No tuvo que

<sup>24</sup> Hay desacuerdo sobre el tamaño y población de Bolivia. El geógrafo contemporáneo, L.V. Doll, estimó que el país abarcaba una superficie de un millón trescientos mil kilómetros cuadrados y que su población era de 2.325.000 habitantes, L.V. Doll, “Geografía de Bolivia”, vol. I, pp. 144-45.

<sup>25</sup> Tomás Caivano, *Historia de la Guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*, vol. II, pp. 143, 145; José Clavero, “Perú, Bolivia y Chile,” vol. I, p. 146; Doll, *op. cit.*, vol. I, pp. 144-145.

<sup>26</sup> Alexander Taylor Edelmann, “Colonization in Bolivia: progress and prospects”, pp. 39-54; Roberto Querejazu, *Guano, salitre, sangre*, p. 224.

<sup>27</sup> Caivano, *op. cit.*, vol. II, p. 137; James Dunkerley, *The Politics of the Bolivian Army: Institutional Development to 1935*, p. 24.

esperar mucho tiempo para disfrutar de los frutos económicos: hacia 1879 La Paz obtenía al rededor del cincuenta por ciento de sus ingresos de los impuestos sobre la minas de Atacama. Claramente había encontrado al fin el rescate de Atahualpa que necesitaba para poner fin a su subdesarrollo económico<sup>28</sup>. Por desgracia, los líderes bolivianos cometieron, sin saberlo, un peligroso pecado de omisión: como señaló el enviado boliviano a Gran Bretaña, Adolfo Ballivián:

“La nación para quien [sic] se abrió por azar, en el borde del mar, una amplia puerta hacia riquezas incalculables y futura fortuna, debiera cerrarla o protegerla bien contra la envidia y rapacidad de la violencia. Quien está a cargo de costas, puertos y vías férreas no debiera descuidar las responsabilidades que conllevan”<sup>29</sup>.

Pero el gobierno boliviano desoyó la advertencia de Adolfo Ballivián: atraídos por la perspectiva de trabajo en la industria minera, más de diez mil chilenos inundaron el desierto de Atacama. En muchos aspectos, Bolivia replicó la locura de México con respecto a Texas: al permitir que gran número de extranjeros se instalara en su territorio. La Paz había creado un desequilibrio demográfico que favorecía a los chilenos. Y, aunque un diario santiaguino, *El Ferrocarril*, advirtió que muchos bolivianos que vivían en el desierto de Atacama podrían preferir el dominio chileno, el *Chilian Times* escribía: “Chile nunca tomaría su territorio [el de los bolivianos] a cambio del precio de la guerra; y es dudoso que se haga cargo de sus turbulentos habitantes por precio alguno”<sup>30</sup>. Ambos diarios se equivocaron de manera rotunda.

De los tres beligerantes, Chile era, si no el más pobre, el más pequeño en términos de superficie y población: sus aproximadamente dos millones doscientos veinticinco mil habitantes ocupaban un territorio de trescientos sesenta y dos mil kilómetros cuadrados. Algunos argumentaban entonces que solo los blancos constituyan la sociedad chilena, pero como replicó con poca amabilidad un profesor estadounidense, los “índigenas araucanos, a través de matrimonios mixtos, han diseminado su sangre y también sus hábitos descuidados entre las clases bajas a lo largo de la nación”. Sin duda, la verdad sobre la composición racial de Chile estaba en algún punto intermedio entre esos dos extremos<sup>31</sup>.

Aunque era la más pequeña, la superficie terrestre de Chile no era más compacta que la de sus vecinos. Una larga faja de territorio –alrededor de mil cuatrocientos kilómetros– separaba la frontera norte con Bolivia del valle central, la zona que era donde residía la mayoría de los habitantes de esa

<sup>28</sup> José Fellmann Velarde, *Historia de Bolivia*, vol. II, p. 269.

<sup>29</sup> Alberto Gutiérrez, *La Guerra de 1879*, p. 53.

<sup>30</sup> *El Ferrocarril*, Santiago, 25 de enero de 1877; *The Chilian Times*, Valparaíso, 27 de enero de 1877.

<sup>31</sup> Weiner, *op. cit.*, p. 270; J.M. Spangler, *Civilization in Chili. Past and Present*, p. 43.

nación y que producía casi la totalidad de los alimentos, bienes de consumo y servicios del país. Teóricamente, la soberanía chilena incluía el estrecho de Magallanes, pero el dominio de Santiago sobre el territorio entre Punta Arenas y el río Biobío era frágil e intermitente.

La capital, Santiago, estaba conectada por vías férreas con algunas de las provincias sureñas, que eran productoras de trigo. Y un ramal separado unía a Santiago con Valparaíso, uno de los principales centros de distribución de la costa del Pacífico y el primer puerto de Chile. Pero no había vías férreas de Santiago hacia el norte. Había algunas en lo que pasó a llamarse el Norte Chico, pero conectaban los terrenos mineros del interior con puertos como Caldera, y no con el centro de Chile. Aunque el país poseía una red de caminos, eran pocos, por lo general estaban en condiciones miserables y demasiado primitivos para llegar al Norte Chico, menos aún al desierto de Atacama, situado muchos kilómetros más al norte. Por eso, los chilenos usaban el mar como la vía de transporte más eficiente y económica.

Al principio, el gobierno chileno recibía la mayor parte de sus ingresos de los impuestos a las importaciones. Eventualmente, el país empezó a exportar trigo a las naciones sudamericanas en la costa del Pacífico, a Estados Unidos y Gran Bretaña. El descubrimiento de plata en el Norte Chico desvió el foco económico hacia el sector minero. En un comienzo los mineros chilenos solo eran exportadores de materias primas, pero luego empezaron a refinar los minerales que extraían, creando, de esta manera, las primeras industrias pesadas en la capital, el extremo sur y en el norte. Sin embargo, la mayoría de los chilenos vivía en el campo, donde trabajaban como inquilinos en los grandes fundos.

El sistema político daba la impresión de ser casi tan desarrollado como su economía. Como todas las ex colonias españolas, la capitánía general soportó años de guerra. Hacia el año 1830 habían surgido dos facciones rivales: los liberales y los conservadores. Tras su victoria en la batalla de Lircay, los conservadores, guiados por su eminencia gris, Diego Portales, instauraron en Chile lo que se conocería como el “peso de la noche”, una constitución autoritaria y altamente centralizada, que reservaba los cargos gubernamentales y el sufragio a un pequeño grupo de hombres mayores, ricos y letrados. A pesar de sus deficiencias, el sistema funcionaba: habiéndose sometido a un estado de derecho, encarnado en la Constitución de 1833, las élites de la nación eligieron a cuatro hombres que administraron el Estado durante los siguientes cuarenta años.

Estas décadas no estuvieron libres de conflictos: Diego Portales murió a manos de tropas rebeldes en 1837, y en 1851 y 1859 estallaron dos guerras civiles, ambas fallidas. Sin embargo, a lo largo de los años el clima político de la república se tornó más benigno: una élite cada vez más educada creó nuevos partidos que, hacia el año 1879, ya sumaban cuatro, algunos de ellos motivados por el deseo de crear una sociedad más abierta y secular. En 1870 el Congreso

modificó la Constitución para prohibir la sucesión presidencial. De ahí en adelante el presidente solo podría servir un solo período de cinco años. Dos hombres –Federico Errázuriz (1871-1876) y Aníbal Pinto (1876-1881)– ocuparon el cargo sin mayores incidentes. A decir verdad, las elecciones legislativas y presidenciales no eran honestas –no lo serían hasta entrado el siglo XX– pero no eran tan perniciosas como para llevar a la oposición política a recurrir a la fuerza. Al contrario, la élite chilena participaba en una mascarada barroca: las elecciones se llevaban a cabo según lo dispuesto por la Constitución del año 1833: la prensa podía diseminar invectivas políticas sobre los que detestaba, y lo hacía, mientras que otros partidos, entre ellos pequeñas facciones, empleaban una variedad de tácticas –votos ficticios, compra de votos, errores de conteo y el uso, ocasional, de la fuerza– para asegurar su acceso al poder. El resultado no era una verdadera democracia sino una acomodación política que permitía el traspaso pacífico del poder de un candidato a otro.

Pese a sus fallas, el sistema político chileno parecía preferible al de cualquiera de sus vecinos. Entre 1823 y 1830, por ejemplo, Perú adoptó y luego rechazó seis constituciones diferentes, y previo a que en 1836 Perú y Bolivia se unieran de manera temporal en una confederación, ocho hombres distintos gobernaron durante el lapso de solo diez años. No fue hasta 1845 que un presidente peruano logró finalizar un período completo de cuatro años. El país adoptó otra constitución en 1856, que solo duró cuatro años. La inestabilidad política no dañó la economía de la nación, que prosperó gracias a las exportaciones de guano. Desafortunadamente, la riqueza fácil animó al gobierno a invertir en proyectos de extravagantes obras públicas, entre ellas la construcción de vías ferreas, para tranquilizar a sus amigos y ganar aliados. Como observó Heraclio Bonilla, “el poder de cada caudillo-presidente estaba en la capacidad militar de sus seguidores” que de forma constante competían por “poder para saquear los recursos del Estado” que, como dijo el duque de Newcastle del viejo parlamento, se convirtió en “un pastizal para que se alimenten las bestias”. El primer partido político del país, el Civilista, apareció recién en 1872 cuando su líder, Manuel Pardo, asumió como Presidente. Cuatro años después otro presidente civilista, el general Mariano Prado, tomaría las decisiones fatales que llevaron a Perú a la guerra en 1879<sup>32</sup>.

La vida política de Bolivia era aún más rudimentaria que la de su aliado, lo que era de esperar, ya que, en palabras de uno de los padres fundadores de la nación, Antonio José Sucre, “Nuestros edificios políticos están construidos sobre arena... sobre tal base ningún edificio puede subsistir”. En vez de partidos que, aunque imperfectamente, adherían a cierta ideología, predominaban las bandas personalistas. Un visitante inglés constató:

<sup>32</sup> Heraclio Bonilla, “Peru and Bolivia from Independence to the War of the Pacific”, vol. III, p. 548.

“La mejor forma de describir la política en Bolivia es puramente personal, ya que los diferentes partidos políticos parecen surgir, cambiar y morir según corresponda a medida que un líder ambicioso pasa al frente y luego es reemplazado por un hombre más nuevo”.

Como reflejo de esta situación, pocos presidentes lograron completar su mandato. De hecho, entre los años 1839 y 1876, once hombres sirvieron como jefes ejecutivos en una nación que sufrió más de cien revoluciones. Estos levantamientos consumieron a los líderes civiles de la nación, y a su cuerpo de oficiales y equipamiento militar, socavando la capacidad de Bolivia de defenderse<sup>33</sup>.

#### EL CASUS FOEDERIS

Aunque las antiguas colonias americanas rechazaron el gobierno de la corona española, aceptaron su doctrina de *uti possidetis juris* de 1810, según la cual las recién formadas repúblicas reconocían como fronteras los límites que España había usado para delinear sus antiguas colonias. Llegar a un acuerdo sobre las delimitaciones resultó bastante complicado porque a lo largo de los años varias organizaciones militares, religiosas y políticas habían creado versiones a menudo contradictorias de los mismos mapas. Como señaló el *Diario Oficial* de Chile, los cartógrafos tenían solo una idea vaga de dónde estaban los límites<sup>34</sup>. Por ejemplo, la frontera entre Bolivia y Chile atravesaba el desierto de Atacama, uno de los territorios más desolados del mundo. Durante sus inicios, ni Bolivia ni Chile habían disputado con demasiado vigor la ubicación precisa de su frontera común: la posesión de unos pocos metros de un terreno baldío y árido simplemente no excitaba ni al patriota más ávido. Pero gracias al descubrimiento de guano primero y de nitratos, luego, ambos fuentes de sustancias químicas muy valoradas y necesarias para la manufactura de fertilizante y explosivos, el desierto de Atacama de pronto cobró atractivo. En consecuencia, a partir de la década de 1860 Santiago y La Paz comenzaron a hacer valer sus derechos sobre esta bonanza económica en potencia: Bolivia reclamó la tierra hasta el paralelo 25 latitud sur y Chile el territorio al norte hasta el paralelo 23 latitud sur. Ansiosos de afirmar su soberanía, los subordinados de Santiago ocuparon Mejillones en 1861, y los oficiales bolivianos fueron expulsados y reemplazados por chilenos que autorizaron la extracción de guano en la zona en disputa. En 1863, en su afán por hacer valer su demanda del desierto, la legislatura boliviana autorizó al Presidente, el general José María de Acha, a

<sup>33</sup> Véase Alcides Arguedas, *Historia general de Bolivia, 1809-1921*, p. 65; Mathews, *op. cit.*, p. 270; Herbert Klein, *Parties & Political Change in Bolivia 1880-1952*, p. 25; Nicanor Aranzaes, *Las revoluciones en Bolivia*, pp. 26-265.

<sup>34</sup> *Diario Oficial*, Santiago, 8 de marzo de 1877.

usar la fuerza si Chile se negaba a reconocer la soberanía boliviana sobre el territorio en disputa.

El problema de la frontera pudo haber llevado a estos países a la guerra si no fuera por un inesperado resurgimiento de imperialismo: una expedición científica española de 1864, de hecho un grupo operativo naval, usó el supuesto maltrato de sus ciudadanos como excusa para tomar las islas Chincha de Perú. El incidente indignó tanto a Chile como a Bolivia, los cuales dejaron de lado sus propias riñas para rechazar la invasión española. Dejando pendiente una solución definitiva, se fijó la frontera en el paralelo 24. Eventualmente, las baterías costeras de Perú en Callao expulsaron la flota madrileña de las aguas sudamericanas, pero solo después de que esta hubiera bombardeado Valparaíso, el puerto principal de Chile. Con la paz restaurada en el Pacífico, el nuevo gobierno boliviano del general Mariano Melgarejo intentó resolver el problema limítrofe de nuevo en 1866. Santiago, tal vez fascinado con el espíritu de “americanismo”, estuvo de acuerdo con aceptar el paralelo 24 como frontera. Sin embargo, Chile mantenía el derecho a compartir, por partes iguales, las ganancias de la explotación de los minerales extraídos entre los paralelos 23 y 25.

Hacia principios de la década de 1870, numerosas sociedades radicadas en Chile no solo extraían guano sino, también, de manera creciente, nitratos en el desierto de Atacama. Asimismo, las empresas chilenas también extraían minerales de plata de las minas bolivianas de Caracoles, que enviaban a Chile, donde era procesado, fundido y, luego, exportado a Europa<sup>35</sup>. Creyéndose víctima de los codiciosos capitalistas chilenos, el Congreso boliviano decidió proteger el futuro económico de su nación con un mayor control de los recursos del desierto. Empezó anulando el pacto de 1866 de Melgarejo.

En circunstancias normales, los chilenos hubieran respondido en forma agresiva, pero como el gobierno chileno se sentía amenazado por el reciente programa de rearme naval peruano y las demandas territoriales de Argentina, consideró prudente resolver de manera pacífica su disputa con Bolivia. Así, el nuevo presidente chileno Federico Errázuriz envió a Santiago Lindsay a La Paz con la instrucción de resolver el problema limítrofe. El acuerdo resultante, el pacto Lindsay-Corral de 1872, parecía casi una réplica del acuerdo de Melgarejo de 1866, aunque La Paz acordó incluir a los nitratos como uno de los minerales que los chilenos podían extraer sin pagar impuestos a cambio de algunas concesiones financieras. No es de sorprender que muchos bolivianos temieran que el pacto Lindsay-Corral no inhibiría de manera real a Chile de intentar controlar la zona en pugna: obviamente, Bolivia necesitaba más que palabras para mantener su territorio fuera de las garras de Chile. Bolivia rápidamente descubrió una alma gemela antichilena en Perú, que consideraba que

<sup>35</sup> John Mayo, *British Merchants and Chilean development, 1851-1886*, pp. 170-171; Thomas F. O'Brien, *The Nitrate Industry and Chile's Crucial Transition: 1870-1891*, pp. 10-11.

la decisión de Federico Errázuriz de adquirir dos buques de guerra acorazados ponía en peligro sus intereses marítimos. Por tanto, en febrero de 1873 Bolivia y Perú firmaron un acuerdo militar secreto comprometiéndose a ayudarse de forma mutua si Chile amenazaba a cualquiera de los firmantes.

Tal vez envalentonado por esta alianza, el congreso boliviano se negó a ratificar el acuerdo Lindsay-Corral. Federico Errázuriz, que temía que Bolivia y Perú incitaran a Argentina a unirse a su coalición antichilena, transigió una vez más: en agosto de 1874 Bolivia y Chile, fijaron otra vez el límite entre sus respectivos territorios en el paralelo 24. Chile renunció a sus reclamaciones territoriales y a su derecho a repartir, equitativamente, las ganancias derivadas de los impuestos a las empresas mineras en el desierto de Atacama y, a cambio, el gobierno boliviano prometió no subir los impuestos a las corporaciones mineras chilenas en el desierto durante veinticinco años. Algunos diputados bolivianos querían rechazar el tratado, pero la amenaza de renunciar del entonces Presidente, Tomás Frías, obligó a la legislatura a consentirlo<sup>36</sup>.

Por desgracia, el tratado de 1874 no puso fin a la disputa. Los mineros chilenos, que llevaban mucho tiempo reclamando por el maltrato que recibían de la policía de Atacama, siguieron quejándose. Y después del asesinato de su compatriota Eliseo Arriagada, a quien disparó la policía local, los empresarios chilenos reclamaron al gobierno de Aníbal Pinto que los protegiera<sup>37</sup>. Aunque este tema fue conocido por la Cámara de Diputados, el abuso no cesó, lo que causó gran consternación entre muchos chilenos que aún consideraban que el desierto de Atacama era de ellos. Lo que enfureció en particular a algunos periodistas chilenos fue el hecho de que las concesiones del gobierno de Federico Errázuriz a Bolivia no habían logrado nada: Bolivia seguía tratando mal a los trabajadores chilenos. En resumidas cuentas, escribía un diario en Copiapó, igual a Cristo que murió en la cruz “para redimir a la humanidad... Chile, a nombre de la solidaridad americana, cedió su terreno a Bolivia”. Sin embargo, Chile todavía sufría por “las ofensas que diariamente se infieren a sus hijos”<sup>38</sup>. Por lo tanto, en 1879, después de años de sufrir no tan en silencio, Chile respondió al último agravio del presidente boliviano, recién “electo”, Hilarión Daza –la imposición unilateral de impuestos de exportación más altos– tomando el territorio que había cedido anteriormente a Bolivia, causando así la Guerra del Pacífico, un conflicto que luego involucraría también a Perú.

<sup>36</sup> Mario Barros Van Buren, *Historia diplomática de Chile*, p. 293.

<sup>37</sup> *El Constituyente*, Copiapó, 27 de noviembre de 1876.

<sup>38</sup> Chile, Cámara de Diputados, 4 de enero de 1877, pp. 725, 738; *El Constituyente*, Copiapó, 26 de enero de 1877.

La guerra del Pacífico puede ser dividida en seis períodos. El primero, y más corto, comenzó con la captura por parte de Chile del puerto boliviano de Antofagasta en febrero de 1879, y terminó pocos días después cuando ese país había ocupado el resto del desierto de Atacama. Durante la segunda etapa, que duró desde abril a octubre de 1879, las flotas chilenas y peruanas lucharon por el control de las rutas marítimas. Ambos bandos necesitaban de forma desesperada dominar las aguas vecinas a la costa de Sudamérica: si triunfaba la marina de Perú, sus barcos podrían atacar a las guarniciones expuestas de Chile en Antofagasta y también a sus puertos, particularmente Valparaíso, el centro neurálgico de transporte y comercio del país. Una armada peruana victoriosa también podía impedir que La Moneda, el palacio presidencial chileno, importara suministros y moviera tropas, equipamiento y animales de carga hacia la zona de guerra en el norte. Por supuesto, Perú era igual de vulnerable a un ataque marítimo que Chile. La flota de Santiago esperaba impedir que Lima reforzara sus guarniciones en Arica y Tarapacá. También quería obstaculizar la economía peruana limitando sus exportaciones de nitratos y restringir la importación de equipamiento bélico. Por último, sin dominar el mar, Chile no podría invadir Perú. La marina chilena resolvió el tema de la supremacía naval cuando, en octubre de 1879, capturó el último acorazado de Lima frente a Punta Angamos en la costa del sur de Perú; en un mes, la flota peruana casi había dejado de existir.

Tras su victoria en Angamos, Chile invadió la provincia de Tarapacá. Después del desembarco de tropas en Junín y Pisagua, las tropas de Santiago extendieron su cabeza de playa marchando tierra adentro. El triunfo chileno en Dolores, o San Francisco, en noviembre de 1879 le dio en la práctica el control de la región. Unos días después de su pérdida en Dolores, los aliados obtuvieron una victoria y evitaron que una fuerza chilena capturara el pueblo de Tarapacá. El éxito aliado, esencialmente su única victoria militar, no alteró de forma significativa el curso de la guerra: sin acceso a víveres, las tropas peruanas y bolivianas tuvieron que evacuar el distrito por el que habían luchado con tanta tenacidad. La conquista del territorio peruano resultó ser un verdadero regalo de Dios para Santiago: el control de las minas de nitrato le dio a Chile los medios para financiar su esfuerzo bélico. Por otro lado, la pérdida del impuesto a la exportación de salitre paralizó las finanzas peruanas y, por ende, su capacidad de obtener las armas que necesitaba para sostener la guerra.

La invasión y conquista de los chilenos de las provincias de Tacna y Arica los acercó a su objetivo: Lima. Esta campaña, que terminó en mayo de 1880, obligó a los chilenos a luchar primero en Los Angeles y luego a marchar a través de un desierto inhóspito para atacar las tropas peruanas y bolivianas que dominaban la zona sur de la provincia. Los chilenos pagaron un alto precio para vencer el ejército aliado en la batalla de Tacna, o Campo de la Alianza,

pero este triunfo, junto con la captura del bastión naval peruano de Arica, abrió el camino para que Santiago atacara Lima. La conclusión de esta cuarta etapa de la guerra también marcó la erradicación de los ejércitos regulares de los Aliados: en adelante, Perú tendría que depender principalmente de reclutas sin experiencia para luchar en la guerra. Perú, además, perdió a su aliado: después de mayo de 1880 Bolivia ordenó a sus tropas sobrevivientes volver a la capital, donde se atrincheraron a la espera del desarrollo de los acontecimientos.

Al rededor de seis meses después de la caída de Arica, Chile lanzó su última y más ambiciosa ofensiva: sus barcos transportaron aproximadamente a treinta mil hombres, junto con sus cabalgaduras y equipos, ochocientos kilómetros hacia el norte para atacar Lima. A pesar de sufrir graves bajas, los chilenos lograron tomar la capital peruana en enero de 1881. Muchos suponían, o tal vez tenían la esperanza, de que la toma de Lima pusiera fin al conflicto. Pero como Chile no logró capturar lo que quedaba del ejército que defendía la capital, las tropas peruanas derrotadas pudieron huir al altiplano andino, desde donde hostigarían a los chilenos.

Como ningún político peruano estuvo dispuesto a ceder territorio a los chilenos a cambio de un tratado de paz, la guerra mutó a una feroz lucha de guerrilla, parecida a la que acosó a Napoleón Bonaparte en España. La campaña para erradicar a los últimos vestigios de la resistencia peruana fue el período más difícil, salvaje y prolongado del conflicto. Ciertamente, el combate de dos años contra las fuerzas irregulares consumió los recursos de Santiago y debilitó de manera lenta su voluntad de seguir luchando. Por fortuna para Chile, la resistencia peruana colapsó primero: el recién estrenado gobierno de Miguel Iglesias firmó un tratado de paz en octubre de 1883. Meses después, la amenaza de una invasión chilena obligó a Bolivia a aceptar un armisticio y poner fin a la guerra.

#### LA NATURALEZA DE LA GUERRA

Superficialmente, la Guerra del Pacífico se parecía a la guerra civil de Estados Unidos y al conflicto franco-prusiano. Los ejércitos combatientes emplearon armas modernas de avancarga o rifles de retrocarga, artillería de acero de campaña y montaña de Krupp, y ametralladoras Gatling; sus flotas de acorazados lucharon por el control del mar. En efecto, el segundo enfrentamiento en el mundo entre buques de guerra ocurrió frente a Punta Angamos en octubre de 1879. Más adelante, las armadas manufacturaron y desplegaron una variedad de torpedos y minas navales, así como el recién creado bote torpedo. Las partes beligerantes también dependían del telégrafo y las vías férreas para la comunicación y el transporte de sus tropas, mientras que sus médicos atendían a los enfermos y heridos.

Aunque podían parecer diminutos en comparación con el tamaño de los ejércitos involucrados en los conflictos de Estados Unidos o Europa occiden-

tal, la Guerra del Pacífico consumió una proporción relativamente alta de las poblaciones masculinas de los tres bandos beligerantes. A principios de 1881, el ejército de La Moneda tenía unos cuarenta y dos mil hombres armados, quienes, junto con dos a tres mil marinos e infantes de marina, constituyan alrededor del dos por ciento de los habitantes varones de Chile. Es más difícil calcular cuántos hombres peruanos y bolivianos sirvieron en la guerra, en parte porque estas naciones no sabían con precisión cuántos ciudadanos residían en los poblados aislados de los Andes<sup>39</sup>. Aun así, calculamos que Bolivia envió un ejército de al menos ocho mil efectivos al oeste para expulsar a los chilenos de Tarapacá. Más tarde, La Paz levantó otras unidades que contenían al menos otros dos mil hombres. Así, más del uno por ciento de la población masculina de Bolivia servía en el ejército. El Ejército del Sur peruano, que sumaba cerca de nueve mil hombres, junto con los veintiún mil en el cuerpo que defendía a Lima, representaba más del dos por ciento de su población. Por otra parte, esta cantidad no incluía a los soldados en guarniciones en el norte de Perú. En resumen, estas guerras tuvieron un impacto significativo en la población masculina de ambos bandos. Como veremos, también participaron mujeres en la guerra<sup>40</sup>.

Si bien los historiadores de cada una de estas naciones han descrito a estos ejércitos como el producto de reclutamientos en masa, de hecho no lo fueron. Al comienzo de la guerra, los patriotas o ingenuos se ofrecieron de inmediato para el servicio militar, pero una vez que culminó la fiebre marcial, los gobiernos respectivos volvieron a la práctica tradicional de la leva entre los incautos, los sin importancia y los desafortunados. Tradicionalmente, las levadas cosechaban primero a los criminales, los vagos y los mendigos. Después de que se agotó esta veta, los reclutadores se concentraron en los indígenas de Perú y Bolivia, así como en la clase obrera rural y urbana, y los artesanos de las tres naciones; la gente decente (los que tenían dinero) estaba exenta del reclutamiento.

Como la mayoría de los oficiales aliados obtuvieron su experiencia militar no librando guerras extranjeras, sino tratando de proteger o derrocar un gobierno existente, pocos habían aprendido algo que se pareciera a tácticas militares formales. La mayoría de los oficiales regulares chilenos, muchos de los cuales se habían graduado de la Escuela Militar, tampoco habían estudiado las recientes guerras de Estados Unidos o Europa Occidental. Irónicamente, si bien la lucha constante contra los indígenas araucanos daba experiencia militar a los oficiales chilenos, estos encuentros no los prepararon para pe-

<sup>39</sup> Richard S. Phillips, *Bolivia in the War of the Pacific, 1879-1884*, p. 93.

<sup>40</sup> Caivano, *op. cit.*, vol. II, pp. 143-145; Manuel Alba, *Diario de la Campaña de la 5 División del Ejército Boliviano, comandante general de la división el General Narciso Campero*, p. 120. Señala que habían tropas adicionales guarneciendo otras zonas. Manuel P. Claro, *Diario de un excombatiente de la Guerra del Pacífico*, p. 28.

lear una guerra formal. Por tanto, tal como sus enemigos, los comandantes chilenos continuarían usando las tácticas del periodo napoleónico –ataques en columnas en masa– prefiriéndolas a las formaciones abiertas empleadas durante los últimos años de la guerra civil estadounidense o a las tácticas de las maniobras prusianas.

Aunque los ejércitos enemigos ignoraban, o no estaban dispuestos a adoptar, las lecciones tácticas de las guerras más recientes, sí incorporaron algo de sus tecnologías. Chile y Perú usaron el telégrafo e intentaron impedir que sus enemigos accedieran a este instrumento. Las vías férreas también representaron un papel, pero no en el mismo nivel que en Estados Unidos o Europa Occidental, en parte porque ni Santiago ni Lima poseían redes ferroviarias extensas. Los ferrocarriles chilenos transportaron hombres y víveres desde el valle central a la capital y luego a Valparaíso, donde se embarcaban para navegar hacia el norte. La principal línea férrea peruana, que iba desde el puerto de Callao a Lima y luego a las faldas del altiplano, no resultaría tan útil porque no llegaba a la altamente poblada zona andina. Chile también usaría vías férreas peruanas para mover hombres y víveres a Tarapacá, para llevar tropas de Tacna a Arica, y para transportar hombres y equipamiento militar de la costa al altiplano durante la última fase del conflicto. Los ejércitos en ningún momento dotaron de personal a estos servicios, que quedaron bajo la competencia de civiles contratados.

Los militares peruanos, tal vez porque en lo esencial estaban luchando en su propio territorio, no tuvieron que crear un cuerpo de abastecimiento; en cambio, contaban con proveedores o partidas de recolectores. Aunque en algunos casos también dependía de recolectores, Bolivia usaba principalmente sus institución de preguerra, el *prest*, para alimentar a las tropas. Pero como Chile tenía que operar en territorio extranjero, La Moneda tuvo que establecer unidades de intendencia. Sin embargo, estas nuevas organizaciones necesitaban mano de obra de civiles y habilidad técnica para poder funcionar. Lo mismo sucedía con varias compañías de ambulancia: los tres países dependían de médicos civiles y organizaciones benéficas para ocupar los cargos, financiar y equipar sus unidades, tal como tuvieron que contar con civiles para satisfacer sus necesidades de transporte, comunicaciones y a veces abastecimiento.

Comparada con varios conflictos europeos, la Guerra del Pacífico puede parecer un remanso, sin embargo, incrementa nuestro conocimiento de la historia de las formas de hacer guerra. Chile fue una de las primeras naciones que lanzó operaciones anfibias, no solo al invadir el territorio peruano sino, también, al usar su flota para participar en combates navales y asegurar sus vías de suministro. La batalla por la supremacía naval ofreció lecciones para los estrategas marítimos: aunque la flota peruana usó sus espolones sumergidos, se hizo evidente que, en la era de la artillería naval pesada, estos tenían un futuro muy limitado. Asimismo, el despliegue de minas navales, los torpedos de bauprés y Lay revelaron que estas armas necesitaban ajustes. (Irónicamente,

en la guerra civil de 1891 la marina chilena sería la primera en usar el torpedo Whitehead para hundir un buque blindado). El combate entre el acorazado peruano *Huáscar* y los chilenos *Almirante Cochrane* y *Almirante Blanco Encalada* dio a los ingenieros navales la oportunidad de estudiar el efecto de armas pesadas en buques blindados.

Los ejércitos que lucharon en la Guerra del Pacífico parecen haber usado las armas más modernas, pero al servicio de tácticas tradicionales. Con escasas excepciones, ninguna de las formaciones o tácticas de los participantes diferían de manera dramática de las que se usaron en guerras anteriores. Es cierto que los adversarios usaron las vías férreas y el telégrafo una vez que estuvieron disponibles, pero como ninguno de los combatientes tenía una red extensa de transporte, el impacto de la vía férrea fue limitado, aunque el sistema de telégrafo resultó más útil por el área que cubría. Los ejércitos enemigos tampoco advirtieron de inmediato que la guerra se había tornado tan compleja que necesitaban un estado mayor para dirigir las armas de combate y también los servicios técnicos. De hecho, ninguno de los ejércitos tenía un estado mayor en funcionamiento cuando se inició la guerra. Y cuando los diferentes ejércitos finalmente crearon estas unidades, pocos o ninguno de los oficiales que servían en ellos habían estado en algo que se pareciera en algo a una academia de guerra. En resumen, los ejércitos habían adquirido armamento moderno, pero no el conocimiento que les hubiera permitido usar estos recursos de forma más fluida. Esto tuvo que ser improvisado.

Las importaciones y la fabricación nacional de armamento permitieron a Chile, Perú y Bolivia proveer a sus ejércitos con armas y municiones. Ninguno de los combatientes contaba con organismos capaces de entregar asistencia técnica a las fuerzas armadas. Como carecían de las organizaciones estructuradas para proporcionar apoyo logístico, privatizaron el esfuerzo bélico: arrendaron líneas de telégrafos, vías férreas y transporte, y apelaron al público para la necesidades financieras y técnicas, como si apoyar a los militares fuera un hospital de beneficencia o una caridad pública. Afortunadamente para estas naciones, sus poblaciones civiles no solo proveían liderazgo y pericia técnica en el área de abastecimiento, transporte, medicina y comunicaciones sino que, también, atendían a los heridos y a veces enterraban a los que sucumbían de sus heridas.

Como veremos, los bandos enemigos cometieron varios errores durante el conflicto, en gran medida como consecuencia de no asimilar las lecciones que ofrecieron las guerras de Estados Unidos, Europa y Rusia. Sin embargo, estos errores no demuestran que las fuerzas armadas latinoamericanas fueran intrínsecamente incompetentes. Los ejércitos de Europa también ignoraron o dejaron de asimilar estas mismas lecciones, incluso cuando lucharon contra enemigos, al parecer, inferiores en África y Asia. Aun después de que la guerra de Gran Bretaña con los Boers demostraron la necesidad de los ataques en masa, el brigadier general Launcelot Kiggell seguía argumentando que “La

victoria se gana ahora en realidad por la bayoneta, o el miedo a ella”<sup>41</sup>. El ejército francés, que en 1870 aprendió de primera mano a no lanzar ataques en masa, también tendría que volver a aprender la dolorosa lección, a un alto precio, durante la Primera Guerra Mundial.

Los países sudamericanos tenían al menos una excusa para no asimilar la teoría militar más moderna: como estas naciones estaban en etapas distintas del proceso de modernización que sus contrapartes europeas o estadounidenses, carecían del entrenamiento intelectual y la infraestructura de las sociedades más modernas. Y lo que es más importante, ni Perú ni Bolivia eran naciones en el sentido tradicional: como observó el boliviano Roberto Querejazu, el tamaño de ambos países y la separación de sus poblaciones por actividad económica, diferencias culturales y barreras geográficas fomentaba el regionalismo y debilitaba el concepto de Estado-nación. Eventualmente todos los combatientes, no solo los gobiernos peruanos y bolivianos, admitieron que tenían que reestructurar sus instituciones, entre ellas sus fuerzas armadas. Pero no se dieron cuenta de esta apremiante necesidad hasta que ya habían callado los cañones de la Guerra del Pacífico.

<sup>41</sup> Launcelot Kiggell, *Report of a Conference of General Staff Officers at the Staff College, 17-20 January 1910*; Joseph C. Arnold, “French Tactical Doctrine, 1870-1914”, p. 66; Eric Brose, *The Kaiser’s Army*, argumentó, por ejemplo, que la negativa alemana de aceptar que las nuevas tácticas habían anulado virtualmente el papel del hábito de la caballería de atacar en formaciones masivas, pp. 102, 156, 188, 195-196, 201.

## LAS MANIOBRAS PREVIAS A LA GUERRA

En 1879, martes de carnaval cayó el 25 de febrero, menos de un mes antes del fin del verano boliviano. La mañana siguiente, los juerguistas –ahora penitentes– cambiaron sus máscaras de carnaval por la cruz de cenizas, marcando así el inicio de la Cuaresma. Mientras estos fieles avanzaban hacia la iglesia se enteraron de noticias preocupantes: el 14 de febrero, los acorazados chilenos *Almirante Cochrane* y *Almirante Blanco Encalada*, más la corbeta *O'Higgins*, habían desembarcado doscientos infantes. El contingente chileno comandado por el coronel Emilio Sotomayor rápidamente ocupó Antofagasta, la principal ciudad y puerto del litoral boliviano. Pocas horas después del desembarco, el corsal *Blanco Encalada* y la corbeta *O'Higgins* anclaron frente a los puertos bolivianos de Cobija, Tocopilla y Mejillones. Para fines de mes, dos mil soldados chilenos, algunos de ellos milicias de la guardia nacional recién movilizadas, se guarneциeron en Antofagasta, Cobija y Tocopilla. El coronel Emilio Sotomayor pronto entendió que si quería defender Antofagasta de un posible contraataque boliviano, tendría que ocupar algunas de las ciudades del interior. Por lo tanto, unas seiscientas tropas regulares marcharon los doscientos kilómetros al este desde Antofagasta, a través de uno de los desiertos más desolados del mundo, a Calama, un cruce de caminos clave que controlaba el paso por tierra a las ciudades de la costa, a donde arribaron el 23 de marzo.

Emilio Sotomayor, que no hizo un reconocimiento de la posición boliviana antes de la batalla, dividió a sus hombres en tres grupos y envió a los dos primeros a tomar la ciudad. Lógicamente, los casi ciento treinta y cinco bolivianos, en su mayoría civiles apenas armados, debieron haber hecho algún amago de resistencia y luego rendirse o huir. En cambio, le hicieron una emboscada a la unidad de caballería chilena que dirigía el ataque, matando a siete jinetes e hiriendo a seis. Castigados como es debido, los hombres de Emilio Sotomayor redoblarón sus esfuerzos. Sin embargo, un boliviano, Eduardo Abaroa, resultó ser porfiado. Cuando lo llamaron a rendirse, él, al parecer gritó: “Que se rinda su abuela... carajo”. Tomándole la palabra, los chilenos mataron a Eduardo Abaroa. Este acto le significó un lugar en el panteón de héroes de guerra bolivianos; en otro sentido, su martirio heroico se hizo emblemático de la difícil situación de Bolivia: con hombres que murieron en una guerra que no debía haber ocurrido. Para cuando los deudos enterraron a Eduardo Abaroa, Bolivia ya se había convertido en una nación sin litoral<sup>42</sup>.

<sup>42</sup> Emilio Sotomayor al ministro de Guerra y Marina, Antofagasta, 20 de febrero de 1879 en AM, vol. II, p. 36; Emilio Sotomayor al Ministerio de Guerra y Marina, Antofagasta, 18 de

La Paz no aceptó de brazos cruzados la pérdida de su litoral: unos ocho a diez mil residentes se concentraron en una de las plazas principales de la capital a demandar armas para expulsar a los filibusteros chilenos que se habían tomado la costa. En realidad, estos voluntarios entusiastas, pero poco preparados, nada podían hacer. Hasta el presidente Hilarión Daza tuvo que limitarse a gestos simbólicos: dos semanas después de la ocupación de Antofagasta, declaró que Chile había impuesto un “estado de guerra” en Bolivia. Aparentemente, este decreto no constituía una declaración formal de guerra: esta la anunció el 18 de marzo. Santiago respondió recién el 5 de abril, sumergiendo a la costa oeste sudamericana en lo que sería conocido como la Guerra del Pacífico, un conflicto que duró hasta 1884<sup>43</sup>.

Bolivia no debiera haberse sorprendido por la toma de parte de Chile de su costa marina. Durante días, el buque de guerra de Santiago, *Blanco Encalada*, había estado rondando frente a Antofagasta. El presidente chileno, Aníbal Pinto, había enviado el barco hacia el norte en un gesto de preocupación por un acto reciente de Bolivia. El 14 de febrero 1878, el presidente Hilarión Daza había incrementado los impuestos a la exportación de nitratos en diez centavos por quintal.

En realidad, el recargo de la tasa era irrelevante. Tampoco era completamente inesperado este gravamen arbitrario, dada la constante histórica de Bolivia de amenazar “la propiedad, la libertad, la vida misma del extranjero”<sup>44</sup>. Pero su imposición molestó a la Compañía de Salitres y Ferrocarril, una empresa de propiedad chilena que se dedicaba a la extracción de salitre del litoral boliviano. La reacción de la empresa fue predecible: citando el tratado de 1874, que prohibía al gobierno boliviano poner impuestos a las compañías chilenas que explotaban el desierto de Atacama, los mineros exigieron que Hilarión Daza anulara el gravamen. Y para darle más fuerza a sus reclamos, la empresa minera también apeló a Santiago para que apoyara su demanda. Como los accionistas de la Compañía de Salitres y Ferrocarril constituyan algunas de las élites políticas y económicas más poderosas de Chile, el presidente Aníbal Pinto no podía permitirse ignorar su situación; también él se unió al coro de detractores.

Para el presidente chileno, la disputa se convirtió en una alegoría teatral de moralidad. Aníbal Pinto argumentó que Chile había renunciado a su reclamación de Atacama a cambio de la promesa de Bolivia de no aumentar los impuestos a ninguna empresa chilena que se dedicara a la extracción de

---

febrero de 1879, en AM, vol. vi, p. 3; Emilio Sotomayor al Ministerio de Guerra, Calama, 26 de marzo de 1879 en *CMGM, 1879*, pp. 9-11.

<sup>43</sup> *La Opinión Nacional*, Lima, 3 de marzo de 1879 citado en *El Mercurio*, Valparaíso, 22 de marzo de 1879.

<sup>44</sup> Ramón Sotomayor Valdés al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, Cochabamba, 25 de noviembre de 1879 en Ramón Sotomayor Valdés, *La legación de Chile en Bolivia*, p. 359.

salitre. Ahora, solo cuatro años después, la imposición de Hilarión Daza del gravamen de diez centavos invalidaba el pacto de 1874. En opinión de Aníbal Pinto, ambas naciones habían vuelto a sus límites previos a 1874, lo que le daba a Chile el derecho legal de retomar –o, para usar la frase de Aníbal Pinto, “reivindicar”– el territorio en pugna.

#### *CASUS BELLI*

Hilarión Daza pudo haber elegido un momento un poco más acertado para involucrar a su nación en una crisis diplomática; en 1879 Bolivia era un país golpeado por desastres. Un terremoto y una plaga habían devastado a la población; una sequía marchitó tanto los cultivos de trigo y papas, que la gente tuvo que comer corteza de árbol o insectos para sobrevivir. La policía recorría a diario las calles de la nación levantando los restos de las personas que habían muerto de hambre en la noche. Durante un periodo de dos meses, las autoridades de Cochabamba recogieron un promedio de doce cuerpos por noche; en Sucre más de veinte murieron en cuatro días<sup>45</sup>. Lamentablemente, Bolivia tenía poco dinero para atender a las necesidades de sus ciudadanos. Como ya había derrochado los limitados recursos económicos de su país, a Hilarión Daza se le ocurrió incrementar los ingresos estatales aumentando el impuesto a la Compañía de Salitres y Ferrocarril.

La decisión de Hilarión Daza de subir los impuestos también llegó en un momento muy sensible para el presidente chileno. Desde el ascenso al poder de Aníbal Pinto, en 1876, la economía chilena se había contraído de forma drástica: el clima inclemente redujo la producción agrícola; la adopción del patrón oro disminuyó la necesidad mundial de plata chilena y la depresión económica de la década de 1870 redujo la demanda europea por el cobre del país. Como tenía que exportar sus monedas para pagar las importaciones, Chile lentamente empezó a quedar con pocas divisas. Peor aún, los bancos locales no tenían los lingotes de oro para convertir sus billetes en divisas. A mediados de 1878, la nación se enteró de que todas sus instituciones de crédito, salvo una, carecían de los fondos para canjear sus billetes de banco. El gobierno no tuvo más opción que permitir la circulación de estos papeles y darle al Estado el poder de imprimir sus propios billetes para mantener funcionando la economía.

Por desgracia para Aníbal Pinto, esta recesión económica era solo uno de sus problemas. Al otro lado de los Andes, la República Argentina cuestionaba las reclamaciones de Chile por la Patagonia y el estrecho de Magallanes. Y para darle más peso a su retórica, Buenos Aires empezó a adquirir buques de

<sup>45</sup> Roberto Querejazu, *Guano...*, p. 255; Luis Peñaloza, *Historia económica de Bolivia*, vol. II, p. 169; *El Heraldo*, Cochabamba, 22 de enero, 31 de marzo de 1879 y *El Industrial*, Sucre, 11 de enero de 1879 citado en *El Mercurio*, Valparaíso, 12, 15 de febrero de 1879; Fellmann, *op. cit.*, vol. I, p. 267.

guerra. La Moneda podía sobrevivir sin la pampa árida, al este, pero el estrecho daba a Chile su mejor comunicación con la economía del Atlántico norte. Por lo tanto, el gobierno de Aníbal Pinto envió a un historiador, Diego Barros Arana, a Buenos Aires para negociar un acuerdo según el cual entregaría la Patagonia a cambio del control de este paso marítimo. Durante un momento de gran falta de criterio, Diego Barros Arana no solo negoció la Patagonia sino que, también, le dio a Buenos Aires control conjunto del estrecho.

Al enterarse de la noticia, Aníbal Pinto desautorizó las acciones de Diego Barros Arana, y exigió reabrir las negociaciones. Buenos Aires accedió y envió a Manuel Bilbao, un chileno de nacimiento, que había sido naturalizado argentino, para representar sus intereses. En sus escritos en el diario santiaguino *El Ferrocarril*, Manuel Bilbao logró difamar a la mayoría de la élite política chilena y a la nación que esta gobernaba. Se produjeron disturbios durante los cuales una multitud santiaguina destrozó una estatua erigida en honor a Argentina y amenazó a Manuel Bilbao.

Aníbal Pinto enfrentaba un serio dilema: la depresión económica de la década de 1870 lo había obligado a reducir, de manera sustancial, el tamaño del ejército y también a desmantelar a varios barcos de guerra. Por consiguiente, el Presidente carecía de los medios económicos y militares para llevar adelante una guerra con Argentina. Con Hilarión Daza haciendo ruidos amenazantes en el norte, La Moneda quería evitar luchar en dos frentes: Aníbal Pinto ofreció llegar a un acuerdo con los argentinos. Por suerte, Buenos Aires, que también sufría económicamente, se arrepintió de sus duras palabras y autorizó a su cónsul en Chile, Mariano Sarratea, a zanjar la disputa antes de que ambos bandos se lanzaran a la guerra. El diplomático argentino y Alejandro Fierro, ministro de Relaciones Exteriores de Aníbal Pinto, no lograron concordar una frontera definitiva, pero el 6 de diciembre de 1878 los dos hombres acordaron que tanto Argentina como Chile controlarían el estrecho mientras quedaba pendiente una resolución final al problema limítrofe. Resuelto de forma temporal el tema argentino, Aníbal Pinto pudo abordar la decisión aparentemente arbitraria, si no ilegal, de Hilarión Daza de incrementar los impuestos a la Compañía de Salitres y Ferrocarril.

Por desgracia para Chile, su preocupación por Argentina había desviado la atención del impuesto aplicado por Hilarión Daza en 1878. El gravamen no parecía tan serio: los bolivianos trataron de calmar la situación prometiéndo de forma verbal que no harían cumplir la medida. Sin embargo, dada la historia de problemas diplomáticos de Chile con su vecino del norte, los representantes de Aníbal Pinto desestimaron el compromiso oral de los bolivianos; los chilenos querían que el gobierno de Hilarión Daza estableciera, sin ambigüedad y por escrito, que no intentaría cobrar el gravamen<sup>46</sup>. Mientras

<sup>46</sup> Pedro Videla al Ministerio de Relaciones Exteriores boliviano, La Paz, 2 de julio de 1878, en AM, vol. II, pp. 15-16; William Jefferson Dennis, *Documentary history of the Tacna and Arica dispute*, p. 70.

los bolivianos sopesaban la demanda chilena, los enviados de Aníbal Pinto también intentaron convencer a Hilarión Daza de abandonar la idea de subir el impuesto. Pedro Videla, el ministro de Chile en Bolivia, advirtió a Hilarión Daza que hacer cumplir el decreto de impuesto podría llevar a la bancarrota a la Compañía Salitrera, lo que dejaría a más de dos mil trabajadores cesantes. Los mineros despedidos, advirtió el chileno, podrían hacer disturbios, y de ese modo amenazar el orden interno. Y por si esa perspectiva no preocupara a Hilarión Daza, el ministro de Relaciones Exteriores chileno, Alejandro Fierro, advirtió que si Bolivia se negaba a eliminar el impuesto, Aníbal Pinto se vería obligado a “declarar nulo el tratado [de 1874]”<sup>47</sup>. De momento no estaba claro lo que eso significaba exactamente.

En diciembre 1878, en vez de debatir si el tratado de 1874 con Chile prohibía, o no, a Bolivia recaudar o incrementar impuestos, las autoridades bolivianas adoptaron una nueva táctica. El régimen de Hilarión Daza ahora argumentaba que la Compañía de Salitres, sin bien estaba incorporada bajo la ley chilena, con sede principal en Valparaíso, y en gran parte de propiedad chilena, no podía buscar, de forma legal, la protección del tratado de 1874 porque la compañía operaba bajo una concesión que derivaba de un “contrato puramente privado” con el gobierno boliviano. Más aún, la administración de Hilarión Daza observó que la constitución de Bolivia también estipulaba que tales concesiones requerían de aprobación legislativa para convertirse en ley. En resumidas cuentas, como el congreso boliviano nunca había ratificado el acuerdo de 1874, la empresa chilena no tenía derecho legal a operar en Bolivia. Afortunadamente para los capitalistas chilenos, el gobierno boliviano detectó una salida: la aprobación del Congreso de la ley del 14 de febrero de 1878 confirmaba el derecho de la Compañía de Salitre a explotar las minas del desierto de Atacama, pero solo bajo la condición de que la compañía aceptara la primacía de la ley boliviana y pagara el impuesto de diez centavos<sup>48</sup>. Dos semanas después, el ministro de Exteriores de Hilarión Daza, Martín Lanza, reiteró la idea de que el

“impuesto que [el gobierno chileno] objeta se deriva de un contrato privado entre la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta y mi gobierno”

y que, como tal, quedaba sujeto al ámbito de las cortes y el gobierno de Bolivia<sup>49</sup>. A fines de diciembre el gobierno boliviano demostró sus intenciones

<sup>47</sup> Pedro Videla al Ministerio de Relaciones Exteriores boliviano, La Paz, 2 de julio de 1878, 5 de febrero de 1879, en AM, vol. I, pp. 15-16, 35; Alejandro Fierro a Pedro Videla, Santiago, 8 de noviembre de 1878, en AM, vol. I, p. 16.

<sup>48</sup> Serapio Reyes Ortíz al Ministerio de Relaciones Exteriores, La Paz, 11 de diciembre de 1878, en AM, vol. I, pp. 17-18.

<sup>49</sup> Martín Lanza a Pedro Videla, La Paz, 26 de diciembre de 1878, en AM, vol. I, p. 20.

cuando le presentó al jefe de la Compañía de Salitres una cuenta por noventa mil pesos<sup>50</sup>.

Aunque estaba molesto, el gobierno chileno, en un principio, no reaccionó de forma exagerada: por supuesto, Alejandro Fierro rechazó la noción de que el derecho de la Compañía de Salitre a explotar las minas estaba condicionado a la aprobación de la legislatura boliviana. Esa nación había prometido anteriormente no cobrar impuestos a la compañía a cambio de que el gobierno chileno abandonara su reclamación del desierto de Atacama<sup>51</sup>. El 3 de enero de 1879 Alejandro Fierro le escribió a Pedro Videla sugiriendo que tratara de convencer a los bolivianos de someter la cuestión del impuesto a mediación. Sin embargo, Alejandro Fierro insistió que el gobierno de Hilarión Daza suspendiera el cumplimiento de la ley de 1878 mientras duraran las negociaciones. Si Hilarión Daza se negaba, Alejandro Fierro daría instrucciones a Pedro Videla de requerir sus credenciales e informar al líder boliviano que el gobierno chileno ya no se consideraba obligado a lo dispuesto en el tratado de 1874. La importancia de esta afirmación pronto quedó clara: el día antes de que Pedro Videla transmitiera el llamado a la calma de Alejandro Fierro, el presidente chileno mandó el acorazado, *Blanco Encalada*, hacia Antofagasta<sup>52</sup>. La llegada del barco el 7 de enero ciertamente dio que pensar a Martín Lanza: cuando el ministro de Relaciones Exteriores boliviano interrogó a Pedro Videla sobre el objetivo del barco de guerra, el enviado chileno respondió de manera falsa que este solo estaba haciendo una visita de cortesía al puerto<sup>53</sup>.

Un día antes de que arribara el acorazado *Blanco Encalada*, el 6 de enero de 1879, Severino Zapata, un funcionario boliviano que administraba la provincia de Atacama, le había dado a la Compañía de Salitres tres días para pagar su cuenta de noventa mil pesos en impuestos. Esta se negó a hacerlo, y el 11 de enero Severino Zapata embargó los bienes de la compañía de nitratos y amenazó con venderlos para liquidar su deuda en impuestos. Pedro Videla protestó: argumentó que Hilarión Daza no podía instar a Santiago a someter la disputa a discusión mientras no restringiera las acciones de sus seguidores; para que hubiera mediaciones, ambas naciones tenían que restablecer el *status quo ante*. El gobierno de Hilarión Daza respondió anulando la concesión original que permitía a la Compañía de Salitres operar en Bolivia y anunció que el 14 de febrero de 1879, el gobierno liquidaría la cuenta de impuestos de la compañía subastando sus bienes<sup>54</sup>.

<sup>50</sup> Salvador Reyes a Alejandro Fierro, Antofagasta, 31 de diciembre de 1878, en AM, vol. I, p. 29.

<sup>51</sup> Alejandro Fierro a Pedro Videla, Santiago, 8 de noviembre de 1878, en AM, vol. I, p. 16.

<sup>52</sup> Alejandro Fierro a Pedro Videla, Santiago, 3 de enero de 1879, en AM, vol. I, pp. 29, 31-32.

<sup>53</sup> Alejandro Fierro a Salvador Reyes, cónsul chileno en Antofagasta, Santiago, 16 de enero de 1879, en AM, vol. I, p. 29; Martín Lanza a Pedro Videla, La Paz, 27 de enero de 1879 y Pedro Videla a Martín Lanza, La Paz 27 de enero de 1879, en AM, vol. I, pp. 34-35.

<sup>54</sup> Severino Zapata al administrador de la aduana, Antofagasta, 11 de enero de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 28; Pedro Videla al Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia, 20 de enero

Tal vez fue un sentido exagerado de amor propio lo que inspiró a Hilarión Daza a confiscar la propiedad de la Compañía del Salitre. En una carta privada a Severino Zapata, el Presidente informaba que para

“demostrar a Chile que... el *Blanco Encalada* no nos asusta, el gabinete ha anulado el contrato con la casa inglesa [la Compañía de Salitres], para que el gobierno tenga la libertad de acción para explotarlo o arrendarlo, lo que satisfaga mejor los intereses de la nación”<sup>55</sup>.

Públicamente, el ministro de Relaciones Exteriores de Hilarión Daza trataba de presentar la situación en la mejor luz posible: Martín Lanza escribió que al anular la concesión de la Compañía de Salitres los bolivianos habían cortado de forma eficaz el nudo gordiano diplomático. En efecto, al haber extraído la manzana de la discordia, Chile y Bolivia podían dejar atrás el tema y reanudar relaciones amigables<sup>56</sup>.

Hilarión Daza no tenía tales ilusiones de volver a los buenos viejos tiempos. Suponía que Chile le iba a dar problemas, especialmente después de que Pedro Videla le pidiera su pasaporte. Como consideraba que Martín Lanza era demasiado conciliador con respecto al tema del impuesto y como este además había contrariado sus políticas, Daza lo despidió y lo reemplazó por Serápio Reyes Ortíz, quien era más tendencioso<sup>57</sup>. Como una de sus primeras acciones, Serápio Reyes Ortíz partió desde La Paz, no hacia Santiago en busca de paz, sino hacia Lima, donde Hilarión Daza esperaba que lograra

“ponerse de acuerdo con el Gobierno del Perú, a fin de que Chile, en caso de agresión, tenga una enemigo a quien respetar i arrie banderas como lo ha hecho con la Argentina”<sup>58</sup>.

Aníbal Pinto no reaccionó como Hilarión Daza suponía o vaticinaba. El 14 de febrero el *Blanco Encalada* desembarcó suficientes marineros y tropas como para tomarse Antofagasta. Ninguno de los países beligerantes lo sabía aun, pero la Guerra del Pacífico había comenzado.

---

de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 33-34; Martín Lanza a Pedro Videla, La Paz, 6 de febrero de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 35.

<sup>55</sup> Hilarión Daza a Severino Zapata, La Paz, 6 de febrero de 1879 citado en Querejazu, *Guano...*, *op. cit.*, p. 219.

<sup>56</sup> Martín Lanza a Pedro Videla, La Paz, 6 de febrero de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 35.

<sup>57</sup> Pedro Videla al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, La Paz, 14 de febrero de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 39.

<sup>58</sup> Pedro Videla al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, La Paz, 8 de febrero de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 35-36; Hilarión Daza a Severino Zapata, La Paz, 6 de febrero de 1879, en Querejazu, *Guano...*, *op. cit.*, p. 219.

Sobre Hilarión Daza se ha escrito mucho, y poco de ello es elogioso. Como hijo bastardo nacido en Sucre de un inmigrante italiano y una mujer local, tuvo una infancia durísima bajo el cuidado de su tío materno. Tras dejar el colegio, después de completar el tercer año de humanidades, al parecer se dedicó a jugar *curipata*, una versión boliviana de balonmano. Un historiador afirma que recurrió al crimen para mantenerse<sup>59</sup>. Su epifanía vocacional llegó en 1857: una vez que estaba mirando un desfile del Tercer Batallón del ejército, siguió a las tropas cuando marchaban de vuelta a sus cuarteles, y ahí se alistó como soldado raso de diecisiete años.

Al elegir siempre el lado ganador en las numerosas revoluciones de Bolivia, ascendió muy rápido, primero a sargento y luego, en 1861, a los rangos de oficiales; en tres años ascendió de subteniente a capitán. Como premio por cabalgar los entre setecientos y ochocientos kilómetros, de Sucre a La Paz, para advertir al presidente Mariano Melgarejo de un intento de golpe de Estado, pasó a ser mayor. Tres años después, fue promovido a coronel por ayudar a deponer al mismo Mariano Melgarejo que ya había salvado. Para 1876 era general y ministro de Guerra bajo el mando del presidente Tomás Frías. Decidió postular a la presidencia, pero como al parecer temía perder las elecciones, derrocó a Tomás Frías, asegurando que al hacer esto salvaba a la nación de una guerra civil. No sin razón, algunos afirmaron que la carrera de Hilarión Daza, de treinta y seis años, personificaba “la autocracia del sable”, y que había dirigido mal a Bolivia prácticamente desde sus inicios. Como predijo, un periodista chileno, su mandato, sin duda, terminaría si llegaba a presidir sobre alguna derrota<sup>60</sup>.

Si bien Hilarión Daza no tenía educación formal, no carecía de autoestima: el hecho de que el dictador decretara que los bolivianos celebraran su cumpleaños en Pascua de Resurrección es prueba de su egolatría sin límites. Esta costumbre continuó hasta 1879. Así, el mismo año en que las autoridades municipales retiraban los cuerpos de decenas de bolivianos muertos de hambre de las calles, Hilarión Daza conmemoró su cumpleaños con corridas de toros, fuegos artificiales, desfiles militares, saludos de cañón y varios conciertos, que finalmente culminaron en una grandiosa fiesta formal<sup>61</sup>. Al ver estas actividades, un visitante inglés observó:

<sup>59</sup> Querejazu, *Guano...*, *op. cit.*, p. 259.

<sup>60</sup> Clements Markham, *The War between Peru and Chile, 1879-82*, p. 71; Mathews, *op. cit.*, pp. 274-275; Dámaso E. Uriberu, *Guerra del Pacífico. Episodios 1879 - 1881*, p. 79; José Vicente Ochoa, *Semblanzas de la Guerra del Pacífico*, pp. 60-66; *El Constitucional*, Cochabamba, 18 de junio de 1884 citado en Marta Irurozqui Victoriano, “*A bala, piedra y palo*” – la construcción de la ciudadanía política en Bolivia, 1826-1952, p. 238; Phillips, *op. cit.*, p. 63; Eduardo Cristi, *Antecedentes históricos de la Guerra con Bolivia e importancia de este país*, p. 41.

<sup>61</sup> José Antonio de Lavalle, *Mi misión en Chile en 1879*, p. xxxiv.

“De todas las carreras aventureras registradas en los anales de las repúblicas sudamericanas, la de Daza... tal vez destacará como la instancia más patente del éxito de la perfidia y audacia”,

un hombre tan narciso que sólo creía en sí mismo<sup>62</sup>.

La administración de Hilarión Daza descansaba sobre su relación con el Primer Batallón del Ejército, los Colorados, llamados así por sus chaquetas rojas. Descritos como “hombres de gran altura, casi todos barbudos como su comandante, con botas altas, cotas brillantes, gorros con plumas y capas largas”, parecían una combinación de los *Grenadier Guards*, el regimiento de infantería del ejército británico, y “una compañía del Duque de Alba en los campos de Flandes”. Los Colorados tenían la reputación de ser “insolentes, voluntariosos, engreídos, sin disciplina, y corrompidos por el alcoholismo”, adoraban a Hilarión Daza quien los premiaba con sueldos elevados y visitas diarias<sup>63</sup>. Profundamente consciente de cómo había llegado al poder, Hilarión Daza hacía lo posible para asegurarse de que nadie más pudiera seguir el mismo camino: a menudo rotaba los miembros del cuerpo de oficiales y los incentivaba a refir entre ellos; solo entregaba favores y rangos a oficiales hermanos “a partir de la lealtad política demostrada al régimen”<sup>64</sup>.

La lógica que usó Hilarión Daza para el alza de impuesto aún parece un poco turbia. Por cierto, el gobierno boliviano siempre necesitaba dinero, en parte porque Hilarión Daza tenía una historia de ser derrochador. Pero además de financiar los servicios normales del gobierno, el Presidente esperaba desarrollar el litoral de la nación y financiar una vía férrea que uniera el altiplano con el océano Pacífico. Ambos proyectos requerían grandes inversiones de capital, que Hilarión Daza esperaba financiar con los impuestos a la exportación de salitre.

Los objetivos del General pueden haber sido loables, pero no su juicio o sentido de ocasión. Algunos contemporáneos, no todos ellos bolivianos, han argumentado que Hilarión Daza estaba dentro de su derecho legal de cobrar el recargo a la Compañía de Salitres. Pero aun si lo estaba, sabía, muy bien, que imponer este impuesto podía desatar represalias de parte de Chile. Aun así, también pudo haber creído que había elegido el momento más propicio para actuar de forma tan temeraria: con La Moneda que miraba temerosa sobre su hombro hacia Argentina, él creía que Bolivia podía atacar desde el norte con impunidad. De hecho, vista la capitulación de Aníbal Pinto, frente a la Argentina, por el tema de la posesión de la Patagonia y del estrecho de

<sup>62</sup> Mathews, *op. cit.*, p. 274.

<sup>63</sup> Julio Díaz Arguedas, *Historia del ejército de Bolivia, 1825-1932*, pp. 200, 202.

<sup>64</sup> Agustín Blanco al Ministerio de Relaciones Exteriores, La Paz, 10 de mayo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 18; Víctor Peralta Ruiz y Marta Irurozqui Victorina, *Por la concordia, la fusión y el unitarismo estado y caudillismo en Bolivia, 1825-1880*, p. 189.

Magallanes, que demostraba la “debilidad e impotencia” de Chile, Hilarión Daza estaba seguro de que “Chile no intervendrá en este asunto [la disputa con Bolivia] empleando la fuerza”. Obviamente, sentía que podía actuar sin cuidado, como se jactaba exultante,

“He fregado a los gringos [los dueños de la Compañía de Salitres y Ferrocarril]... y los chilenos tendrán que morderse la lengua y dejar de reclamar”<sup>65</sup>.

Y si por algún motivo Aníbal Pinto no se rendía en forma cobarde como esperaba Hilarión Daza, Bolivia, observó, puede “contar con el apoyo del Perú”<sup>66</sup>.

Lima y Santiago tenían pocos motivos para agradarse entre sí: Perú no había devuelto a Chile el apoyo financiero que este le había dado en las guerras de independencia durante la década de 1820. Más adelante, el temor de Chile de que la Confederación Peruano-Boliviana, creada por Andrés Santa Cruz, pusiera en peligro su existencia, inspiró al gobierno de Santiago a invadir Perú en la década de 1830. Aunque la destrucción de la Confederación, se supone, restableció el equilibrio de poder en el Pacífico, Chile y Perú seguían en disputas, entablándose una carrera armamentista naval. Fue el temor por la compra de buques navales de parte de Chile lo que animó a Lima a entrar a una alianza defensiva con Bolivia en 1873. Este acuerdo obligaba a ambas naciones a asistirse en caso de un enfrentamiento con Chile. En teoría, el tratado de 1873 era secreto, pero Santiago se enteró de su existencia meses después de su ratificación. Con tacto, Chile decidió ignorar la existencia del pacto, en parte porque no anticipaba que alguno de los bandos lo haría valer.

A primera vista, la prudencia de Chile parecía sensata: la misma recesión económica que devastaba a sus vecinos en la costa del Pacífico, también asolaba a Perú. Un autor observa que hacia 1878 “La situación del país era de una aguda crisis”; era una nación sobrecargada con una gran deuda económica que no podía pagar y una población en crecimiento que trataba de sobrevivir con un suministro decreciente de alimentos<sup>67</sup>. Además, el presidente Mariano Prado era amigo de Chile. Había vivido ahí durante su exilio y, al parecer, aún tenía inversiones en la economía chilena. Mariano Prado también reconocía la insensatez de la guerra, lamentándose con el ministro de Relaciones Exteriores boliviano, Serapio Reyes Ortíz: “El Perú no tiene armada, no tiene ejército, no tiene dinero, no tiene nada para una guerra”<sup>68</sup>. Pero si Mariano Prado temía enfrentar a Chile, muchos de sus compatriotas no compartían ese

<sup>65</sup> En muchas de las naciones andinas, el término ‘gringo’ se refiere tanto a ingleses como a estadounidenses. Arguedas, *op. cit.*, p. 361; Querejazu, *Guano...*, *op. cit.*, p. 197.

<sup>66</sup> Hilarión Daza a anónimo, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 93-94.

<sup>67</sup> Socrates Villar Cordova, “Situación del Perú: 1868-1878”, vol. I, p. 143.

<sup>68</sup> Reyes Ortíz, “Informe al Presidente de la República dando cuenta de su misión en Lima. Febrero-marzo-abril, 1879”, p. 317.

temor. Desde luego, el Ministerio de Relaciones Exteriores peruano consideró muy absurdo que Aníbal Pinto invocara la doctrina de la reivindicación. Un diplomático argumentó que Chile ahora no podía reiterar su demanda sobre un territorio que había reconocido como boliviano anteriormente, en varias ocasiones. Aun así, el presidente Mariano Prado quiso contener el daño, y en un intento por distender la crisis envió a José Antonio de Lavalle para ofrecer los buenos oficios de Perú para resolver la querella entre Bolivia y Chile. Por desgracia, Perú insistió en que Chile se debía retirar del litoral boliviano que recién había tomado, como condición para iniciar discusiones con La Paz<sup>69</sup>.

La situación de Aníbal Pinto se hizo cada vez más complicada. La crisis boliviana se agudizó de forma inmediata después de la resolución de la disputa fronteriza con Argentina y semanas antes de las elecciones del Congreso chileno. No es de sorprender que los que antes denunciaron la capitulación del Presidente ante las demandas de Buenos Aires, ahora advertían que Aníbal Pinto se sometía de nuevo, esta vez a las exigencias de Bolivia, una nación que, consideraban, estaba poblada por ingratos y salvajes. Aníbal Pinto solo podía neutralizar a sus enemigos políticos domésticos y ayudar a sus colegas liberales a ganar escaños en la próxima elección del Congreso manteniéndose firme frente a Bolivia y Perú<sup>70</sup>.

Lamentablemente, las acciones de Mariano Prado agravaron la situación de Aníbal Pinto. Mientras José Antonio de Lavalle iba en camino a Santiago, el presidente peruano ordenó a su flota prepararse para la guerra mientras movilizaba y equipaba a su ejército. A fines de marzo, la mayoría de los santiaguinos creían que Perú había volcado su apoyo a Bolivia y que declararía la guerra a Chile apenas hubiera preparado a sus fuerzas armadas. La ciudadanía chilena exigía que Aníbal Pinto le hiciera directa y oficialmente dos preguntas a José Antonio de Lavalle: ¿Existía una alianza defensiva que comprometía a Perú a asistir a Bolivia en el caso de guerra con Chile? Y si era así, ¿tenía Lima proyectado cumplir con ese acuerdo? Frente a estas consultas, José Antonio de Lavalle no pudo mantener las evasivas: contestó que sí a las dos. Dada esta respuesta, Aníbal Pinto buscó y recibió aprobación legislativa para declarar la guerra, cosa que hizo el 5 de abril de 1879<sup>71</sup>.

#### BUSCANDO EL ORIGEN DE LA GUERRA

A lo largo de los años, la Guerra del Pacífico se convirtió en uno de esos conflictos cuyos orígenes se mueven de lo simple a lo siniestro. Una interpretación

<sup>69</sup> Gibbs a Evarts, Lima, 19 de febrero de 1879 y Manuel Irigoyen, “Counter Manifest”, Lima, 1 de mayo de 1879, pp. 196, 232-232; Spencer St. John al marqués de Salisbury, Lima, 20 de marzo de 1879, en FO 61; Paz Soldán, *op. cit.*, p. 43; Lavalle, *op. cit.*, pp. 68-69.

<sup>70</sup> William F. Sater, *Chile and the War of the Pacific*, pp. 9-10, 15.

<sup>71</sup> Lavalle, *op. cit.*, pp. 96-100, 111-112 y 120.

ampliamente extendida argumenta que una camarilla de chilenos influyentes y adinerados desde el ámbito social –a veces, pero no siempre, dependiendo de la teoría, actuando junto con sus amos ingleses– obligó a Aníbal Pinto a declarar la guerra para proteger a los dueños de la Compañía de Salitres y Ferrocarril. Estas afirmaciones contienen un atisbo de verdad: los accionistas de la compañía de nitratos incluían a individuos de la élite económica y política de Chile. Y ellos compraron los servicios de, al menos, uno de los diarios del país para defender su caso frente al público chileno<sup>72</sup>.

Pero los defensores del determinismo económico, basados en una combinación endeble de hechos, ofrecen un argumento más osado: aseguran que como la economía del país estaba devastada por la depresión de la década de 1870, Chile veía al salitre como un reemplazo para su plata, cobre y trigo, materias primas, que el resto del mundo ya no deseaba adquirir. En consecuencia, los capitalistas locales empujaron a Aníbal Pinto a encontrar una excusa para tomarse las salitreras de Bolivia, y de ese modo obtener una nueva fuente de ingreso para el Estado chileno y para ellos mismos. Estos también tendrían motivos económicos para atacar a Perú. Desde 1873 los nitratos de la provincia sureña peruana de Tarapacá se habían convertido en la principal exportación de Lima y su primera fuente de ingreso. En 1875, ansioso por asegurarse un flujo estable de ingresos, el gobierno peruano había nacionalizado las salitreras del país. De ahí en adelante, aunque los dueños antiguos podían trabajar las minas de Tarapacá, las salitreras pertenecían al gobierno peruano que, a través de un consorcio de bancos, fijaba los precios y las cuotas de producción<sup>73</sup>. En resumen, Perú había creado un monopolio de nitratos que en la práctica dominaba el mercado mundial.

Obviamente, los salitreros chilenos no podían competir contra los peruanos, ni siquiera los que explotaban las recién anexadas salitreras del litoral boliviano. Por lo tanto, si Santiago quería asegurar su futuro económico, tenía que apoderarse no solo las salitreras de La Paz sino, también, las de Lima. Así que, en vez de negociar un acuerdo pacífico con Hilarión Daza, Aníbal Pinto usó la alianza defensiva de 1873 entre Perú y Bolivia como pretexto para declarar la guerra a Lima y La Paz. En pocas palabras, argumentan estos teóricos, Chile provocó el conflicto de 1879, no para proteger sus derechos o defender su honor nacional, sino para obtener el control de la reserva mundial de nitrato.

De manera lamentable, esta interpretación pasa por alto algunos hechos importantes. Muchos chilenos, como Melchor Concha y Toro, el políticamente

<sup>72</sup> Julio C. Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, pp. 63-65; Marcello Segal, *Desarrollo del capitalismo en Chile*, p. 140; Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, vol. IV, pp. 120, 128, 133; Enrique Amayo, *La política británica en la Guerra del Pacífico; Sater, Chile and...*, op. cit., p. 13; O'Brien, op. cit., p. 49.

<sup>73</sup> Robert G. Greenhill and Rory M. Miller, “The Peruvian Government and the Nitrate Trade, 1873-1879”, p. 117.

poderoso presidente de la Cámara de Diputados, habían invertido grandes cantidades de dinero en la mina de plata boliviana de Huanchaca. Él y otros chilenos deseaban proteger sus bienes bolivianos. De hecho, el diario santiaguino *Las Novedades* aseguró que Melchor Concha y Toro le ofreció a Aníbal Pinto dos millones de pesos para poner fin a la disputa y volver al límite fronterizo de 1874, porque temía que Hilarión Daza usara la guerra como una excusa para expropiar sus inversiones. Lorenzo Claro, un fundador chileno del Banco de Bolivia y miembro destacado del Partido Nacional, también escribió a Aníbal Pinto defendiendo, con ahínco, el aumento de impuestos por parte de Hilarión Daza<sup>74</sup>. En otras palabras, había varios intereses poderosos que se oponían a ayudar a la Compañía de Salitres, tal como los había quienes buscaban ayudar a esa sociedad.

Desde el comienzo, varios observadores coetáneos descartaron la teoría de conspiración económica. El ministro alemán en Santiago argumentó que el conflicto entre Chile y sus enemigos “se habría desatado tarde o temprano, (y) bajo cualquier pretexto”. Las causas fundamentales de la disputa, sugirió, no eran económicas sino geopolíticas: una lucha entre Chile y sus vecinos por el control de la zona suroccidental del Pacífico. El Ministro, incluso, opinaba que Bolivia y Perú, que eran víctimas de incontables administraciones corruptas e incansantes revoluciones, habían desarrollado una “amarga envidia,” que se convirtió en odio debido al progreso material de Chile y a su buen gobierno. En suma, como observó el Ministro:

“Buscar el origen de la guerra actual en los intereses salitreros me recuerda mi juventud, en la cual se bromeaba sobre aquellos que buscaban el origen de la revolución en Bruselas contra Holanda en la representación de ‘La Muda de Portici’”<sup>75</sup>.

Curiosamente, pocos han estudiado qué fue lo que motivó a Perú a respetar el tratado de 1873. Hay que recordar que Mariano Prado pudo haberse negado de manera legal a alistarse en la cruzada de Hilarión Daza contra Chile. Y dada la economía miserable de Lima y su escasa estabilidad política, le hubiese convenido permanecer neutral. Pero algunos también han encontrado una motivación económica detrás de la decisión de Mariano Prado de ir a la

<sup>74</sup> De acuerdo con la *Tercera memoria del directorio e informe de la administración General de Huanchaca*, Melchor Concha y Toro y sus hermanos eran dueños aproximadamente del 12% de las acciones de la compañía, *Las Novedades*, N° 5, Santiago, 22 de marzo de 1879; *The Chilian Times*, Valparaíso, 1 de febrero de 1879; Lorenzo Claro a Aníbal Pinto, 26 de diciembre de 1879, en ANFV, vol. 838; Miller a Gibbs, 14 de enero de 1879, Gibbs documentos, vol. 11, p. 470, en Gibbs Archive, Londres, Gran Bretaña; Telegrama de Melchor Concha y Toro a Belisario Prats, 2 de febrero de 1879, en AMI, vol. 902; Peñaloza, *op. cit.*, vol. II, p. 170. Entre las minas expropiadas estaban las de Corocoro, Socavón de la Virgen de Oruro.

<sup>75</sup> Baron Gülich a Von Bülow, Santiago, 23 de septiembre de 1879, en IIDEGP, p. 31.

guerra. De acuerdo con el representante del gobierno inglés en Santiago, Perú “deseaba monopolizar y apropiarse de las fábricas de nitrato [y] reforzar [su] monopolio”. En un comienzo, Mariano Prado no tenía por qué temer que los chilenos, que explotaban sus salitreras domésticas, fueran a competir con el cartel salitrero de Perú: las minas de Taltal y Aguas Blancas, ubicadas en el norte de Chile, simplemente no producían suficiente nitrato. Sin embargo, el desierto de Atacama tenía amplias reservas y a principios de 1879 todo indicaba que Chile anexaría esta provincia boliviana. Por lo tanto, como observó un visitante italiano, si Perú quería “proteger su monopolio de nitratos” tenía que detener “la competencia del nitrato chileno extraído del litoral boliviano”<sup>76</sup>. Así, la declaración de guerra de Hilarión Daza fue un regalo del cielo: le daba a Mariano Prado una excusa para declarar la guerra y aplastar a Chile antes de que sus inversionistas, explotando los recursos de Atacama, pudieran rivalizar con la dominación peruana del mercado de nitratos. Como acusaba la prensa chilena, y también el diario limeño *La Tribuna*, Perú fue a la guerra a “batirse por un país extranjero que puede ser el aliado de los monopolizadores”<sup>77</sup>. En otras palabras, Chile no precipitó el conflicto, Perú lo hizo: “En el análisis final”, escribía el enviado de Inglaterra a Chile:

“la convención entre Perú y Bolivia fue para Perú el cálculo frío de un mercader; y para Bolivia un voto de inmunidad que cubría las violaciones previas y las futuras infracciones del acuerdo de 1866”<sup>78</sup>.

Otras fuentes de la época vieron la declaración de guerra de Mariano Prado como el producto de fuerzas domésticas. Ya en marzo de 1879 el ministro británico en Lima, Spencer St. John, advertía:

“los partidos rivales pueden intentar obtener capital político del celo por el honor nacional, y Su Excelencia [el presidente Mariano Prado] puede verse obligado a seguir el sentir de la población”<sup>79</sup>.

Las palabras de Spencer St. John resultaron trágicamente premonitorias: dentro de semanas las facciones políticas peruanas; sus militares, en particular los que

<sup>76</sup> Consul General Packenham al Marqués de Salisbury, Santiago, 20 de abril de 1879, en FO 16; Pietro Perolari-Malmignati, *Il Perù e i suoi tremendi giorni (1878-1881)*, p. 277; Greenhill y Miller, *op. cit.*, pp. 123-124.

<sup>77</sup> *El Independiente*, Santiago, 8, 13 de marzo y 4, 19, 22 de abril de 1879. Véase también *El Ferrocarril*, Santiago, 2 de abril de 1879; *El Constituyente*, Copiapó, 25 de enero de 1879; *The Chilian Times*, Valparaíso, 15, 29 de marzo de 1879; *La Tribuna*, Lima, citado en *El Mercurio*, Santiago, 26 de marzo de 1879. *El Mercurio* lo consideraba el único diario neutral de Lima, 19 de marzo de 1879.

<sup>78</sup> Packenham al marqués de Salisbury, Santiago, 20 de abril de 1879, en FO 16; *Las Novedades*, Santiago, 8 de febrero de 1879.

<sup>79</sup> Spencer St. John a Salisbury, Lima, 20 de marzo de 1879, en FO 61.

querían dejar la lista de inactivos; empresarios codiciosos; los defensores del dinero fácil; y en la práctica toda la prensa de Lima, pedían la guerra<sup>80</sup>. Como relataba un visitante estadounidense, cuando

“una multitud furiosa apareció frente a las puertas del palacio municipal y exigió conocer sus intenciones [las del presidente], Prado vio que debía renunciar a Chile o perder su vida”<sup>81</sup>.

Mariano Prado eligió la vida.

Aníbal Pinto se movía bajo presiones similares. Como observó el ministro francés en Chile, el barón d'Avril,

“Para compensar las concesiones hechas a la Confederación Argentina, y para obtener popularidad en víspera de las elecciones, el Gabinete de Santiago se lanzó en forma imprudente a una aventura de la que le va a costar trabajo salir si no da un paso atrás, lo que se ha hecho muy difícil, ya que dejó que el asunto llegara al pueblo y él mismo suscitó el ardor de las masas”.

El ministro estadounidense en Santiago concordaba con su colega francés, señalando: “En efecto, es dudoso que la administración hubiese podido tomar otro curso y mantenerse”, una opinión compartida por José Manuel Balmaceda, quien sirvió de ministro de Relaciones- Exteriores bajo el gobierno de Aníbal Pinto y se convertiría en Presidente en 1886<sup>82</sup>. Inclusive, José Antonio de Lavalle, junto con otros chilenos prominentes, apuntaron a que si Aníbal Pinto no hubiese declarado la guerra, habría perdido el poder y aun así se hubiese desatado la guerra. Antonio Varas, una importante figura política, fue tal vez quien mejor resumió el clima de opinión imperante en Chile. En una carta a Aníbal Pinto, observó:

“He visto marchar a los rotos bajo mi ventana con un entusiasmo que no he presenciado en mi vida. Ahora tenemos que ocupar toda Antofagasta o nos matan a ti y a mí”<sup>83</sup>.

<sup>80</sup> Lavalle, *op. cit.*, p. 15.

<sup>81</sup> Spangler, *op. cit.*, pp. 202-203.

<sup>82</sup> Osborn a Everts, Santiago, 20 de febrero de 1879, *Message...*, *op. cit.*, p. 74; Barón d'Avril a Waddington, Santiago, 28 de marzo de 1879, en IIDEGP, p. 258; House of Representatives, *Discurso de S.E. el Presidente de la República en la apertura del congreso constituyente de 1891*, pp. 7-8.

<sup>83</sup> Lavalle, *op. cit.*, pp. 69, 85; Spencer St. John a Salisbury, Lima, 20 de marzo de 1879, en FO 61; Antonio Varas a Aníbal Pinto, citado en Barros, *op. cit.*, p. 322; Belisario Prats al Ministerio de Guerra, s.f. en Gonzalo Bulnes, *La Guerra del Pacífico*, vol. I, p. 122; Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años*, vol. I, p. 369.

No tenía por qué haberse preocupado: muy consciente de la duplicidad de Perú, Aníbal Pinto declaró la guerra.

Es una de las peculiaridades de la erudición académica que el debate sobre la causa de la guerra haya durado más que la guerra misma. Sin embargo, después de un tiempo el argumento se torna superfluo: podemos disputar la causa o causas de la Guerra del Pacífico, pero su parte más importante, su resolución, no está sujeta a discusión. En resumen, aunque podemos no saber con certeza quién desató la guerra, sí sabemos quién la ganó.

Curiosamente, la decisión del presidente Hilarión Daza, de subir los impuestos a la Compañía de Salitres, no alteró demasiado los ánimos diplomáticos. Al contrario, Chile y Bolivia actuaron como si no estuviera pasando nada especial. A fines de julio de 1878, por ejemplo, Hilarión Daza confirmó el derecho de Chile a usar el puerto de Antofagasta para exportar el nitrato extraído de la zona al sur del paralelo 24. Y lo que es más significativo, el representante diplomático de Chile en La Paz informó a su Ministro que Belisario Peró, quien dirigía la compañía minera Huanchaca, y Aniceto Arce, el principal accionista de la corporación, habían llegado a La Paz para organizar el financiamiento de una vía férrea que conectara el litoral boliviano con su capital. Resulta revelador que el enviado chileno describiera la propuesta de vía férrea como un proyecto que sería bueno “para el Gobierno, el comercio i el pueblo de Chile”. Una vez completada, dijo con entusiasmo, la línea férrea no solo aumentaría las exportaciones bolivianas sino que, además, forjaría “un nuevo vinculo comercial y social” entre Chile y Bolivia. Y al crear “una verdadera comunidad, tanto de intereses como de sentimientos”, el proyecto serviría de distracción

“para destruir hasta los ultimos restos de desunión que todavía existen entre ambos pueblos, a consecuencia de tan debatida cuestión de límites”<sup>84</sup>.

Ocurrieron otros acontecimientos que alentaron a los que creían, o esperaban, que Chile y Bolivia seguirían siendo amigos y así evitarían la guerra. A fines de agosto, los gobiernos de Chile y Bolivia cooperaron para dar publicidad a una subasta de guano en Mejillones, que ocurriría a principios de 1879. Es digno de destacar que en octubre de 1878, ambas naciones también clarificaran los términos de un acuerdo comercial de 1874. Tampoco declinó significativamente el intercambio comercial entre las dos naciones, en especial el del nitrato<sup>85</sup>. Por ende, ambos países parecían actuar como si el incremento del impuesto estuviera en el limbo, lo que no fue una conclusión

<sup>84</sup> *El Diario Oficial*, Santiago, 19, 27, 28 de agosto de 1878.

<sup>85</sup> *El Diario Oficial*, Santiago, 21 de agosto, 24 de septiembre, 6 de noviembre de 1878. Las exportaciones de Chile a Bolivia bajaron en un 5,5% entre 1877 y 1878. Las importaciones de Chile desde Bolivia también cayeron sin duda debido al colapso de las minas de plata en Caracoles. Alberto Herrmann, *La producción en Chile de los metales y minerales más importantes de las sales naturales, del azufre y del guano desde la conquista hasta fines del año 1902*, p. 41.

extraña considerando que, como se mencionó antes, en julio los diplomáticos bolivianos habían prometido, de palabra, no cobrar el gravamen a la exportación. Es posible que Hilarión Daza, que no era un hombre muy constante, cambiara su postura con respecto al arancel. Por otro lado, un golpe contra Hilarión Daza, cosa nada improbable dada la historia turbulenta de Bolivia, podría haber llevado a la deposición del Presidente. En ese caso, el Congreso podría repudiar la política salitrera de Hilarión Daza, al igual como deshizo la de Mariano Melgarejo. En otras palabras, la situación siguió en evolución hasta fines de 1878, cuando Bolivia anunció que subastaría los bienes de la Compañía de Salitre. Esta decisión acorraló a Santiago.

Irónicamente, una de las causas más inmediatas de la Guerra del Pacífico no se encontraba en La Paz o Santiago, sino en Buenos Aires. Durante años, Chile y Argentina habían discutido sobre su frontera en común. Mantener sus derechos sobre el estrecho de Magallanes y la Patagonia había pasado a ser la obsesión de Chile, no el salitre. Un estudio de la prensa chilena de 1878, por ejemplo, revela que varios diarios veían a Argentina como el principal enemigo de su país; eran pocos los periodistas preocupados por Hilarión Daza, menos aún los que se quejaban de él. Los disturbios que se desataron en Santiago durante las negociaciones con un representante del gobierno argentino demostraron la profundidad del sentir chileno. Por tanto, la decisión de Aníbal Pinto de acceder abiertamente a las demandas porteñas tuvo consecuencias inesperadas: convenció a Hilarión Daza de que La Moneda, como ya se había rendido una vez, volvería a hacerlo. Luego, tres semanas después de la proclamación del acuerdo Fierro-Sarratea, Hilarión Daza anunció que su gobierno se apropiaría de los bienes de la Compañía de Salitre si no pagaba los impuestos que adeudaba.

Este ultimátum, descrito por la prensa chilena como “el hijo legítimo de nuestra humillación” causado por Buenos Aires, obligó a Aníbal Pinto a ocupar de nuevo el territorio en disputa<sup>86</sup>. Para Chile, una cosa era ceder ante los argentinos; en cambio, la perspectiva de rendirse a Bolivia, una nación que muchos chilenos consideraban poblada por “cholos” y enturbiada por revoluciones, era demasiado mortificante para siquiera contemplar. Frente a una oposición iracunda, que ya estaba excitada por las elecciones parlamentarias que se acercaban, Aníbal Pinto tenía que poner en evidencia a Hilarión Daza o sufrir la ira de los electores en las mesas de votación, o peor, en las calles. En consecuencia, ordenó la ocupación del litoral.

Luego de su error de cálculo, el presidente boliviano no tuvo otra opción más que hacer frente a la situación: en marzo, de forma sorpresiva declaró la guerra a Chile. También invocó a Perú a cumplir sus obligaciones. El líder peruano, independiente de sus sentimientos personales, tuvo que atenerse al

<sup>86</sup> *El Curicano*, Curicó, 1 de noviembre de 1879; *El Telégrafo*, Chillán, 2 de mayo de 1879; *Las Novedades*, Santiago, 1 de marzo de 1879.

tratado de 1873 con Bolivia. Como observó José Antonio de Lavalle, el enviado de Perú en Chile, no ayudar a Hilarión Daza no solo despertaría la

“más intensa indignación en los bolivianos y el desprecio más profundo en los chilenos... se hubiera conseguido más que duplicar nuestros enemigos, arrojando a Bolivia en brazos de Chile y haciendo precisamente lo que se trató de evitar con la celebración de aquel pacto”<sup>87</sup>.

En pocas palabras, tal como Aníbal Pinto, el presidente peruano fue víctima de la opinión pública previa a la guerra; “La opinión pública arrastrará a Prado a la guerra o lo derribará.”<sup>88</sup>

Así, la Guerra del Pacífico, como posteriormente la Primera Guerra Mundial, pareció empezar por accidente: un acto inconexo que botó la primera pieza de dominó que a su vez empujó a otras. Antes de que pudieran percatarse, Chile, Perú, y Bolivia estaban en guerra. Al final, Chile emergió victorioso, mientras que sus enemigos perdieron partes sustanciales de sus territorios, miles de sus jóvenes y millones en dinero. Al final de la guerra, Chile controlaba el total de la costa boliviana y tres de las provincias sureñas de Perú. Ninguno de los hombres que gobernaban estas naciones en 1879 lo hacía aun en 1884: después de la elección de 1881, Aníbal Pinto entregó La Moneda a su sucesor; mientras que rebeliones internas derrocaron a Hilarión Daza y Mariano Prado. En efecto, después de cinco años de conflicto, poco permaneció intacto de la geografía o vida política de las naciones andinas.

<sup>87</sup> Lavalle, *op. cit.*, p. 25.

<sup>88</sup> Ricardo Becerra a N. Piérola, 17 de marzo de 1879 Archivo Piérola, en Jorge Basadre, *Historia de la república del Perú*, vol. v, p. 296.

## EJÉRCITOS COMPARADOS

Aun el chileno más nacionalista habría cuestionado la decisión de La Moneda de declarar la guerra a los Aliados. La población de Perú y Bolivia excedía a la de Chile en un cien por ciento, y los ejércitos Aliados en conjunto podían alinear casi tres veces la cantidad de tropas de Santiago. Si se comparaba a las milicias aliadas, que sumaban casi ciento veinte mil, con la guardia nacional de Chile, de siete mil hombres, la diferencia resulta aun más abrumadora. Pero en contraposición a la máxima de Napoleón, la victoria no siempre es para los grandes batallones.

El ejército de Chile antes de la guerra habrá sido más pequeño, pero la calidad de su cuerpo de oficiales compensaba con creces su menor número. Los comandantes de Santiago estaban mejor entrenados y tenían más experiencia que sus contrapartes aliados; en general eran graduados de la Escuela Militar, ensangrentados tras años de luchar una guerra de baja intensidad contra los araucanos en su frontera sur. Pero la Guerra del Pacífico presentaba ciertos problemas. Primero, Chile tenía que llevar la batalla hacia el norte, hacia el interior de Perú. Para lograr este objetivo, el gobierno de Aníbal Pinto tenía que crear, prácticamente desde cero, organizaciones para transportar al ejército a sus puertos de embarque; establecer una red para comunicar la fuerza expedicionaria con los cuarteles generales del ejército; vestir, equipar y alimentar a sus tropas; y, por último, proveer apoyo médico para los que sufrieran enfermedades o heridas en el campo de batalla.

Aunque Aníbal Pinto contaba con un cuadro de oficiales y suboficiales entrenados, no tenía suficientes tropas para proteger la frontera sur del país ante una rebelión indígena y resguardar su flanco este de una posible amenaza argentina, además de pelear una guerra en el norte. Para suplir esta necesidad de personal, Chile, como Perú y Bolivia, dependería de levas para reclutar a hombres a la fuerza. Por desgracia, una vez incorporadas al ejército, estas tropas sufrían de una multitud de afecciones: raciones pequeñas, vestimenta miserable, falta de cuidado médico y una disciplina brutal. Que los hombres de los tres países beligerantes pelearan durante tanto tiempo, y bajo condiciones tan difíciles, es un tributo a ellos como soldados y testamento a su integridad.

*Cuadro N° 1*  
**EJÉRCITO DE PREGUERRA DE PERÚ**

<i>Unidad</i>	<i>Efectivos</i>	<i>Guarnición preguerra</i>
<b>Infantería</b>		
Batallón Pichincha N° 1	529	Lima/Callao
Batallón Zepita N° 2	578	Cuzco
Batallón Ayacucho N° 3	813	Lima/Callao
Batallón Callao N° 4	421	Lima/Callao
Batallón Cuzco N° 5	421	Lima/Callao
Batallón Puno N° 6	312	Lima/Callao
Batallón Cazadores N° 7	400	Lima/Callao
Batallón Lima N° 8	450	Lima/Callao
<b>Caballería</b>		
Regimiento Húsares de Junín	232	Lima/Callao
Regimiento Lanceros de Torata	435	Lima/Callao
Regimiento Guías	166	Lima/Callao
<b>Artillería</b>		
Regimiento Artillería de Campaña	333	Lima/Callao
Regimiento 2 de Mayo 30 cañones	467	Cuzco
<b>Total</b>	<b>5.557</b>	

FUENTES: Andrés Cáceres, *La Guerra del 79: Sus campañas*, pp. 13-16; Paz Soldán, *op. cit.*, p. 110.

#### LOS MILITARES PERUANOS

La declaración del estado de beligerancia sorprendió a los ejércitos peruano y chileno en diferentes niveles de falta de preparación militar. En el caso de Perú, esta condición era en parte resultado de mala suerte: en 1875 el gobierno de Lima se embarcó en un proyecto para reorganizar el ejército, en que los suboficiales recién graduados de la nueva Escuela de Clases pasaron a ser el núcleo de las nuevas formaciones. Sin embargo, esta propuesta se vio postergada por consideraciones económicas y políticas domésticas. Por tanto, una vez que estalló el conflicto, el gobierno de Mariano Prado tuvo que abandonar sus esfuerzos de reestructuración y revertir el ejército a su antigua organización –siete batallones de infantería, tres escuadrones de caballería, y dos regimientos de artillería– para pelear en la guerra<sup>89</sup>.

Como parte de su abortado proyecto de reforma, en 1869 y 1878 Lima envió dos misiones al extranjero para adquirir armas pequeñas. En la primera,

<sup>89</sup> Perú, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria del ramo de guerra presentada al congreso nacional ordinario de 1878 por el ministro de guerra y marina*, pp. 3-4.

se compraron dos mil rifles belgas Comblain II. Cuando Perú intentó comprar más de estas armas tres años después, se enteró de que la fábrica no podía completar su orden: las entregas a Brasil y Chile absorbían la mayor parte de la capacidad de la planta. En la segunda misión se llegó a un arreglo, y se adquirieron cinco mil de los menos efectivos Chassepots franceses, que se modificaron para que pudieran usar los mismos cartuchos que los Comblain. Esta arma pasó a ser conocida como El Peruano, o el Castañón, en honor a Emilio Castañón, quien dirigió la delegación.

Sin embargo, la llegada de estos nuevos rifles no satisfacía las necesidades del ejército peruano, que recién se había ampliado. En consecuencia, el gobierno tuvo que equipar sus tropas con las armas obsoletas que llenaban el arsenal peruano, en general de diferentes calibres y fabricados en diferentes países. Los batallones Pichincha, Zepita y Ayacucho llevaban Sniders de fabricación estadounidense, mientras que los batallones Dos de Mayo y Cazadores de Cuzco cargaban Chassepots. Más adelante, en septiembre de 1879, la administración afirmó que había estandarizado sus sistemas de modo tal que cada división usara las mismas armas de fuego. Pero en la víspera de la batalla de Tacna, en mayo de 1880, un prefecto provincial informó al presidente Nicolás Piérola que el ejército estaba equipado con 5.873 rifles y carabinas producidas por doce fabricantes diferentes. Como indicó Segundo Leiva, del Segundo Ejército del Sur, depender de una mezcla tan heterogénea de rifles causaba enormes problemas logísticos. Era tan difícil obtener municiones que en algunas unidades, las tropas tenían armas, pero no balas<sup>90</sup>. Como es de esperar, el gobierno aprovisionó con sus equipos más anticuados, los fusiles Minié austriacos o prusianos, a las diferentes unidades de la guardia nacional; otros cargaban el viejo Peabody.

La artillería de Perú consistía en cuatro cañones Krupp M/67 de ocho centímetros, doce cañones de montaña Krupp M/73 de seis centímetros, cuatro ametralladoras Gatling y algunos cañones de bronce muy pesados y obsoletos. Durante la guerra, Perú adquirió más armas pequeñas, municiones, y cuarenta a cincuenta ametralladoras Gatling más artillería. Además, fundiciones locales manufacturaron más de seiscientos cincuenta mil cartuchos para los Chassepots, Castañones, y seiscientos ochenta y ocho balas Minié. Estas mismas fábricas también produjeron sesenta piezas de artillería construidas a partir de rieles fusionados que recubrían con bronce y reforzaban con anillos de hierro. Llamado el cañón Grieve en honor a su diseñador, disparaba los mismos proyectiles hechos para el cañón de montaña Krupp y tenía un alcance de cuatro mil quinientos metros<sup>91</sup>.

<sup>90</sup> Jorge Grieve, *Historia de la Artillería y de la Marina de Guerra en la Contienda del 79*, pp. 327-328; *El Peruano*, Lima, 2 de septiembre de 1879; Segundo Leiva al Coronel de Guerra, Arequipa, 7 de mayo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 70; Carlos Dellepiane, *Historia militar del Perú*, vol. II, p. 328.

<sup>91</sup> Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, pp. 77, 79; Emilio Körner y J. Boonen Rivera, *Estudios sobre historia militar*, vol. II, p. 29; Grieve, *op. cit.*, pp. 323-325; M. Le León, *Recuerdos de una misión en el ejército chileno*, p. 23.

De todas las ramas de su ejército, la caballería peruana parecía la peor equipada. Aunque se suponía que todas las unidades montadas debían usar carabinas Winchester, eso no sucedía. El coronel Manuel Zamudio informó, por ejemplo, que uno de los dos escuadrones de los Lanceros de Torata, re-vestía armaduras y llevaba tanto lanzas como sables; el otro recibía carabinas Henry que muchas veces funcionaban mal porque resultaba difícil extraer los cartuchos usados<sup>92</sup>. Había otro hecho curioso que distinguía a las unidades montadas peruanas: mientras que los indígenas de habla quechua y aimara eran mayoritarios en la infantería, y de hecho en la población del país las autoridades les prohibían servir en la caballería porque creían que los indios no sabían montar a caballo. Este honor solo recayó en negros y mestizos, que de modo aparente poseían una predisposición genética para servir en la caballería y también en la artillería<sup>93</sup>.

Curiosamente, si bien sabemos bastante sobre el equipamiento del ejército peruano, su tamaño es incierto porque la *Memoria de Guerra* de 1878 no indicaba el número de los soldados alistados. Fuentes contemporáneas y secundarias tampoco concuerdan sobre estas cifras. El servicio de estadísticas peruano indica que en enero de 1879 el ejército peruano tenía un poco más de cinco mil seiscientos hombres, cifra que los estudiosos militares han cuestionado. Algunos observadores estiman que la cifra se ubica entre los cuatro mil quinientos y nueve mil soldados<sup>94</sup>. José G. Clavero llega a una transacción: en marzo de 1879 afirmó que en tiempo de paz el ejército peruano sumaba siete mil individuos<sup>95</sup>.

Pese a que el número del personal de línea no estaba claro, la *Memoria* de 1878 sí publicó información exacta sobre el tamaño del cuerpo de oficiales: 2.613 hombres, entre ellos veintiséis generales, servían en el ejército peruano. En resumen, los militares de Perú tenían seis veces más oficiales que el ejército chileno y de hecho el número de oficiales peruanos era solo un poco más pequeño que el total del ejército chileno, que sumaba cerca de dos mil ochocientos hombres. No todos estos oficiales servían en unidades; alrededor de novecientos cincuenta y nueve estaban con licencia indefinida y, si bien no estaban en servicio, seguían recibiendo un sueldo reducido. Un escritor anónimo, presumiblemente chileno, afirmó que la cifra de 2.613 era incorrecta, que el registro del ejército peruano tenía 1.257 nombres adicionales, lo que sumaba un total de 3.870 oficiales, muchos

<sup>92</sup> *El Peruano*, Lima, 5 de febrero de 1879.

<sup>93</sup> Markham, *op. cit.*, p. 68; *El Peruano*, Lima, 5 de febrero de 1879.

<sup>94</sup> Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 66; Körner y Boonen, *op. cit.*, p. 291, afirmó que el ejército de Perú tenía cinco mil setecientos hombres. Directorate of Statistics, *Estadística del estado del Perú*, pp. 225-230; Markham, *op. cit.*, p. 183 colocó el número en cuatro mil quinientos. Spangler, *op. cit.*, p. 204 estimó la cifra en nueve mil; Paz Soldán, *op. cit.*, p. 109 contemporáneo de la guerra afirmó que el número era cinco mil doscientos cuarenta y uno.

<sup>95</sup> José G. Clavero, “Perú, Bolivia y Chile”, pp. 147-148. Registró las fuerzas de Bolivia en tiempos de paz en dos mil con una milicia de cincuenta y cuatro mil mientras que las de Chile eran de tres mil quinientas dieciséis y cuarenta y ocho mil ciento setenta, respectivamente.

de ellos de rangos superiores. No es de sorprender que un italiano describiera a estos coroneles como “más numerosos i perjudiciales que las langostas”<sup>96</sup>.

El cuerpo de oficiales de Perú era muy numeroso porque la oficialidad estaba involucrada en la política. De acuerdo con Tomás Caviano, el ejército, que él llamó el partido *sui generis* de Perú, consistía en dos facciones: los que estaban en el poder y los que ansiaban desplazar a los primeros. Como fuerzas hegelianas, estos dos elementos luchaban constantemente por el control. Los ganadores gozaban de las prebendas del poder: rangos y mejores salarios. Los derrotados, conocidos como “indefinidos” o “caídos”, tenían que sobrevivir con una pequeña pensión mientras conspiraban para llevar a cabo un golpe que les permitiera obtener control, subir en la cadena de mando y jubilar a sus enemigos que, a su vez, intentarían repetir ese proceso<sup>97</sup>. Un resultado crucial de este juego de sillas musicales militares fue que, independientemente del ganador, el Estado perdía ingresos y equipo. A pesar de estos problemas evidentes, el proceso continuaba hasta que el costo de mantener una burocracia tan extensa crecía, en palabras de un ministro de Guerra, “en proporciones tan alarmantes, que amenaza absorber una gran parte de las rentas del Estado”. El gobierno de Lima gastaba más de un millón seiscientos mil soles al año solo en el financiamiento de las pensiones<sup>98</sup>.

La calidad de muchos de los oficiales de Perú resultaba dudosa. Aunque Lima abrió su primera academia militar en 1823, la escuela –y los que la sucedieron– solo funcionaba de forma esporádica. Su reencarnación más reciente, el Colegio Militar, solo empezó a funcionar en 1875 y no graduó a su primera promoción hasta 1877<sup>99</sup>. Por tanto, muchos oficiales no habían obtenido su cargo gracias a su preparación para el mismo, sino por elegir el lado ganador en una de las numerosas revoluciones peruanas. No es de sorprender que los resultados de este sistema consternaran a la nación. El desempeño de los oficiales durante la guerra, particularmente los del nivel de compañía, fue tan miserable que, de acuerdo con un oficial británico, fue la causa de la derrota del ejército. De hecho, el intelectual Ricardo Palma dijo del cuerpo de oficiales: “por cada diez militares pondonorosos y dignos tiene usted noventa picaros, para quienes el deber y la patria y la honra son palabras huecas”. Curiosamente, decenas de oficiales de Uruguay y Argentina se ofrecieron para servir bajo la bandera peruana. Uno de ellos fue quien sería el futuro presidente argentino, Roque Saenz Peña, quien logró sobrevivir la batalla de Arica y volver a Buenos Aires para pelear en las batallas, apenas menos sangrientas, de la política argentina<sup>100</sup>.

<sup>96</sup> Perú, Ministerio de Guerra y Marina, *op. cit.*, p. 69; “El Ejército del Perú”, p. 229; Benedicto Spila de Subiaco, *Chile en la Guerra del Pacífico*, p. 81.

<sup>97</sup> Caviano, *op. cit.*, vol. I, pp. 194-196.

<sup>98</sup> Perú, Ministerio de Guerra y Marina, *op. cit.*, p. 11.

<sup>99</sup> *Historia de la escuela militar del Perú*, pp. 18-26.

<sup>100</sup> Caviano, *op. cit.*, vol. I, p. 195; Alberto Tauro, “La defensa de Lima”, p. 104; Ricardo Palma a Nicolás Piérola, 27 de junio, 12 de agosto de 1881 en Ricardo Palma, *Cartas a Piérola (Sobre la ocupación chilena de Lima)*, pp. 51-52, 62.

Dadas las duras condiciones de vida, reclutar y retener a los hombres alistados era una tarea descomunal, incluso en tiempos de paz<sup>101</sup>. En teoría, el ejército ya tenía una fuente de personal: un decreto de 1872 hacía obligatorio el servicio militar para todos los hombres mayores de veintiún años. (Los ricos podían pagarle a alguien para que los reemplazara). Una vez incorporado, un soldado debía pasar tres años en servicio activo y dos más como reserva. En la práctica, el sistema de reclutamiento fallaba porque el gobierno no podía superar los “serios inconvenientes” para reconciliar “el respeto debido a la libertad del ciudadano, con el cumplimiento de la obligación que todos tienen de prestar a la patria sus servicios”. Así, en vez de confiar en la conscripción, el ejército decidió tentar a los hombres para alistarse por períodos específicos, por ejemplo, dos años para la infantería. Una vez que el soldado cumplía con sus obligaciones recibía un bono que podía usar para reinsertarse en la vida civil<sup>102</sup>. El ejército esperaba modificar este plan de modo de tener más tiempo –tres años– para entrenar a los que servían en la artillería o la caballería.

El inicio de la guerra incrementó de forma dramática la necesidad de tropas. Como observó cínicamente un periodista chileno, si bien los estudiantes de la Universidad de San Marcos clamaban por la guerra, parecían reticentes a pelear<sup>103</sup>. Por tanto, el ejército peruano recurrió a un método tradicional para llenar sus filas: leva de indígenas “al interior... [que eran] enviados amarrados unos a otros a la capital, [y que] a la primera oportunidad... desertan y volvían a casa”. Aparentemente, el peso del servicio militar caía sobre las personas de color; los blancos lo evitaban ocultándose en sus casas o saliendo con mucho cuidado, “otro ejemplo”, observaba un residente extranjero, “de justicia peruana”<sup>104</sup>.

Los indígenas aceptaban de forma aparente esta imposición como otra calamidad natural que debían soportar, pero no así *El Comercio* de Lima, que argumentaba que reclutar a los jefes de hogar, empobrecía a sus familias<sup>105</sup>. Un agente chileno que operaba en Perú dijo que la promesa del gobierno de no usar la fuerza para llamar a filas era una estratagema para atraer a los ingenuos a las calles donde los atraparían las levadas<sup>106</sup>. Como escribía el cirujano naval italiano Felice Santini, los indios peruanos obligados a ocupar las filas del ejército,

<sup>101</sup> *El Peruano*, Lima, 5 de febrero de 1879.

<sup>102</sup> Körner y Boonen Rivera, *op. cit.*, vol. II, 270; Perú, Ministerio de Guerra y Marina, *op. cit.*, pp. 4, 15-16.

<sup>103</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 23 de abril de 1879.

<sup>104</sup> Spencer St. John a Salisbury, Lima, 19 de julio de 1879, en FO 16; Rudolph de Lisle, *The Royal Navy & the Peruvian Chilean War 1879-1881*, pp. 110-113; Perolari-Malmignati, *op. cit.*, p. 307.

<sup>105</sup> Spila de Subiaco, *op. cit.*, p. 68; *El Comercio*, Lima, 5 de noviembre de 1879, en *El Mercurio*, Valparaíso, 18 de noviembre de 1879.

<sup>106</sup> El profesor Justo Arteaga, Guayaquil, 7 de agosto de 1879, en AM, vol. II, p. 45.

“pobremente vestidos, con calzado miserable, y con tan mal olor que repelían a la gente, entraron en batalla no inspirados por la noción de cumplir su deber de conciencia o patriotismo, [sino] por temor a ser apaleados”<sup>107</sup>.

Lamentablemente estas prácticas no terminaron: en 1880 *El Nacional* de Lima se quejaba de que las levas habían agarrado al hijo de una de las mejores familias de la capital, le afeitaron la cabellera y la barba y luego lo colocaron en una unidad de caballería<sup>108</sup>. El resultado de tales tácticas era que para el ejército, de aplastante mayoría india, el llamado “Viva el Perú” no tenía absolutamente ningún significado. Tampoco entendían la causa por la cual luchaban. Un oficial, incluso, informó a un observador británico que había oido decir a sus hombres que “no van a ser fusilados en beneficio de hombres blancos”<sup>109</sup>. Por eso, un diplomático extranjero concluía “el pueblo peruano... no es, no ha sido, y no será nunca, en las actuales condiciones un pueblo guerrero”<sup>110</sup>.

Ocasionalmente, los reclutadores cogían de manera ilegal a extranjeros. En un caso, los militares sorprendieron al menos a tres ciudadanos ecuatorianos, que mantuvieron en el ejército durante un año. Solo los reclamos reiterados de los diplomáticos de Quito lograron, al final su liberación, aunque en uno de los casos un coronel peruano todavía se negó a liberar al hombre<sup>111</sup>. Los ciudadanos sanos que lograban escapar al sargento reclutador tenían que servir en la guardia nacional. Las autoridades hacían cumplir estas regulaciones deteniendo a los hombres en las calles de Lima y enviando a los que no tenían prueba de pertenecer a la milicia, a integrar el ejército activo<sup>112</sup>.

#### EL EJÉRCITO DE BOLIVIA

Perú no era la única nación que tenía un ejército integrado por demasiados oficiales que estaban al mando de pocos hombres. Bolivia creó su primera academia militar en 1823. Tal como su contraparte peruana, la escuela funcionó solo de manera intermitente. De hecho, en 1847 el instituto militar cerró sus puertas por tercera vez. Y no se abrieron hasta 1872, cuando el presidente Tomás Frías encomendó el cuidado del Colegio Militar y sus cadetes a un general

<sup>107</sup> Felice Santini, *Viaggio della “Garibaldi”, Intorno al mondo a bordo della regia corvetta “Garibaldi” (anni 1879-90-81-82): Memorie di viaggio*, p. 125.

<sup>108</sup> *El Nacional*, Lima, 17 de abril de 1880.

<sup>109</sup> Perolari-Malmignati, *op. cit.*, p. 313.

<sup>110</sup> “La toma de Lima (correspondencia)”, pp. 5-6; Carey-Brenton, *op. cit.*, pp. 102-113.

<sup>111</sup> Emilio Bonifaz al Ministerio de Relaciones Exteriores, Guayaquil (secreto), 19 de noviembre de 1879, en AM, vol. III, p. 58; Miguel Riofrío a Manuel Irigoyen, Lima, 27 de marzo de 1879, en AM, vol. III, p. 89; Coronel Althaus, 19 de septiembre de 1879, en AM, vol. III, p. 60; Nelson Manrique, *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, p. 59.

<sup>112</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 23 de abril de 1879; Spencer St. John al marqués de Salisbury, Lima, 19 de julio, 7 de agosto de 1879, en FO 16; El Profesor Justo Arteaga, Guayaquil, 7 de ag. de 1879, en AM, vol. II, p. 45.

francés, un veterano de la guerra franco-prusiana (tras la derrota sufrida por los franceses en la guerra franco-prusiana los bolivianos debieran haberlo pensado dos veces). Lamentablemente esta escuela no respondió a las expectativas de sus fundadores y si lo hubiera hecho, nunca entrenó a los suficientes oficiales para cambiar de manera dramática el tono o el nivel de competencia del cuerpo de oficiales de Bolivia. Justo antes de que terminara la Guerra del Pacífico, el gobierno boliviano llamó a crear otra academia y una escuela para entrenar suboficiales<sup>113</sup>. Resultaba difícil hacer reformas de cualquier tipo: la constante dieta de “revoluciones, motines, y disturbios y populares”, que de acuerdo con un estudio había convulsionado a Bolivia desde su independencia al menos tres veces por año, desgastaban al ejército desde adentro<sup>114</sup>. Hacía poco, en 1876, Andrés Ibáñez había liderado una revolución en Santa Cruz, que agitó a Bolivia por cinco meses, consumiendo los escasos recursos del ejército y matando a algunos de sus mejores líderes. El año siguiente, el ejército tuvo que hacerse cargo de disturbios en Potosí y reprimir otra rebelión en Antofagasta<sup>115</sup>. No es de sorprender que hacia 1879 muchos dudaran de la capacidad del ejército.

*Cuadro N° 2*  
FUERZAS DE PREGUERRA DE BOLIVIA

EJÉRCITO BOLIVIANO		
<i>Unidad</i>	<i>Número autorizado</i>	<i>Efectivos reales</i>
<b>Infantería</b>		
Batallón Daza 1 de la Guardia (Colorados)	500	598
Coronel Ildefonso Murguía		
Batallón Sucre 2	539	273
Granaderos de la Guardia (Amarillos)		
Coronel Niño de Guzmán		
Batallón Illimani 1	500	536
3 de Línea Cazadores de la Guardia (Verdes)		
Coronel Ramón González		
<b>Caballería</b>		
Regimiento Bolívar 1 de Húsares	250	280
Coronel Julián María López		
<b>Artillería</b>		
Escuadrón Ametralladoras		

FUENTE: Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1878*.

<sup>113</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 27 de marzo de 1879; Díaz Arguedas, *op. cit.*, pp. 28, 71; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria que presenta el General de División Ministro de Guerra*, 1882, p. 9.

<sup>114</sup> Díaz Arguedas, *op. cit.*, p. 30.

<sup>115</sup> Aranzaes, *op. cit.*, pp. 269-272; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria que presenta el General el Ministro de Guerra*, 1877, pp. 7-8, 11, 13.

UNIDADES DE LA GUARDIA NACIONAL BOLIVIANA, POR RAMA Y UBICACIÓN

---

<i>Departamento</i>	<i>Unidad</i>
Infantería	
La Paz	Batallón La Paz Batallón Omasuyos Batallón Pacajes e Ingaví Batallón Yungas Batallón Sicasica Batallón Inquisivi Batallón Larecaja Batallón Muñecas
Oruro	Batallón Pária y Carángas
Cochabamba	Batallón Cochabamba Batallón Tapacarí Batallón Gliza Batallón Tarata Batallón Totora Batallón Arque Batallón Caparé
Potosí	Batallón Potosí Batallón Porco Batallón Chayanta Batallón Colquehaca Batallón Chorolque Batallón Chicas
Chuquisaca	Batallón Sucre (Cazadores) Batallón Cinti Batallón Yamparaez
Tarija	Batallón Tarija Batallón Tomayapo
Caballería	
Cochabamba	Escuadrón Punata Escuadrón Mizque
Chuquisaca	Escuadrón Padilla Escuadrón Azero
Tarija	Regimiento San Lorenzo Regimiento Concepción Regimiento Salinas Regimiento San Luis
Santa Cruz	Regimiento Santa Cruz Regimiento Valle Grande Regimiento Cordillera
Artillería	
Oruro	Batallón Oruro

---

FUENTE: Hilarión Daza, Circular, La Paz, 28 de febrero de 1879, en AM, vol. I, p. 106.

Aun así, las legiones de Hilarión Daza lograron impresionar a los enviados de Lima. Justo antes de la guerra, un diplomático peruano observó cómo el ejército de Bolivia “ha probado su pericia militar en variados despejos que se ejecutaron en la plaza pública”. En efecto, otro representante de Lima concluyó que “El ejército de Bolivia es mui superior al nuestro en instrucción, disciplina, armamento y personal de tropa”<sup>116</sup>. Ambos se equivocaron. Como señaló el presidente de Bolivia, Narciso Campero:

“En el ejército había oficiales y aun jefes que no conocían sus obligaciones propias, pero que ni siquiera se habían instruido en las obligaciones del soldado, ni habían visto jamás el reglamento o táctica de su arma”<sup>117</sup>.

En resumen, los oficiales de Bolivia no tenían la educación o el entrenamiento para luchar en una guerra convencional. Es verdad que algunos oficiales, como los generales Pedro Villamil y Guillermo Villegas, habían estudiado en Francia; Narciso Campero no solo asistió a escuelas militares en Francia y España, también sirvió con el ejército francés en Argelia. Aparte de estas excepciones, se lamentaba el ministro de Guerra, el cuerpo de oficiales se había educado, si lo había hecho,

“en la escuela de Federico el Grande, que le fue trasmisida por los maestros españoles, [y] no conocía ninguno de los adelantos que se han hecho en las guerras europeas desde el año 1866 a esta parte”<sup>118</sup>.

Un ingenioso anónimo resumió cruelmente el *ethos* del ejército de Hilarión Daza como sigue: “Después de la victoria, el botín. Después del rifle, la cerveza. He aquí la síntesis más completa de la historia militar de Bolivia”<sup>119</sup>. Poco antes, un residente inglés en Bolivia sonaba aún más pesimista:

“Las tácticas militares de Bolivia consisten en hacer mucho ruido y espectáculo, para ver qué bando llegará primero al punto de huida; luego el menos asustado se envalentona, arremete desesperadamente y ‘sálvese quien pueda’.”.

“El ejército está... aceptablemente bien armado con rifles pero no tiene artillería que valga la pena mencionar, y sus oficiales y la disciplina son

<sup>116</sup> Juan S. Lizárraga a ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 23 de enero de 1879, en AM, vol. VII, p. 42; Juan Fernández a Ministerio de Relaciones Exteriores, Potosí, 27 de junio de 1879, en AM, vol. II, p. 25; Gustavo, *El Nacional*, Lima, 9 de noviembre de 1879, en AM, vol. II, pp. 106-107; Agustín Blanco al ministro peruano en Bolivia, Potosí, 1 de julio de 1879, en AM, vol. II, p. 26.

<sup>117</sup> Díaz Arguedas, *op. cit.*, p. 30.

<sup>118</sup> Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1883*, p. 23; Philips, *op. cit.*, p. 64.

<sup>119</sup> “Cuadros de la vida militar”, en AM, vol. I, p. 95.

simplemente despreciables. No tienen noción de estrategia o tácticas, y los generales se distinguen principalmente por sus hazañas para escapar del peligro”<sup>120</sup>.

Además, los militares no tenían las instituciones de los ejércitos modernos: cuando existía, el Estado Mayor, en lugar de estar compuesto por la élite intelectual del ejército, se había convertido en un vertedero para oficiales que se consideraban poco fiables para mandar tropas en terreno; incluso había perdido la mayoría de sus copias de su propio *Código Militar*. El Estado Mayor supervisaba cambios de uniformes y, más importante, llamaba a cortes marciales y si era necesario, al retiro forzoso de los oficiales que eran sorprendidos borrachos en servicio. En 1858 el gobierno de José María Linares (1858-1861) unió el Estado Mayor al Ministerio de Guerra, donde permaneció, y su personal se mantuvo sin cambios durante dieciocho años. Aunque el general Hilarión Daza aparentemente reactivó y reorganizó el Estado Mayor en los primeros meses de la Guerra del Pacífico, en la práctica no funcionó hasta 1880<sup>121</sup>.

Como el ejército boliviano no tenía un mecanismo para evaluar el rendimiento de sus oficiales, la mayoría de ellos eran promovidos, como fue el caso del mayor indígena apenas letrado, Juan Reyes, quien

“había conquistado uno a uno sus galones desde soldado raso, como los conquistaban la mayor parte de los militares de su época: a fuerza de audacia o... de servilismo”<sup>122</sup>.

El resultado, de acuerdo con Benjamín Dávalos, era un ejército dirigido por “la autocracia del sable”; lo que Alcides Arguedas describió como

“tropas pretorianas, levantadas para defender hoy a un caudillo y mañana a otro. Y esas tropas se renuevan incesantemente con la caída y nacimiento de los caudillos, los cuales en premio a sus servicios, no encuentran otro recurso que conceder premios a costa de dineros fiscales, considerados como propios”<sup>123</sup>.

Otro ministro de Guerra estuvo de acuerdo al opinar que esta situación estaba “originada y fomentada por la constante revuelta o el estúpido dominio del caudillaje”<sup>124</sup>. Ciertamente, la carrera del general Hilarión Daza, quien llegó

<sup>120</sup> Cónsul J. D. Hay a el Earl de Derby, Valparaíso, 6 de noviembre de 1875, adjunto en el despacho N° 41, Confidencial, en FO 16.

<sup>121</sup> Díaz Arguedas, *op. cit.*, pp.54-58; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Informe*, N° 9-10 y *Memoria 1883*, *op. cit.*, p. 22.

<sup>122</sup> Daniel Ballivián, *Los Colorados de Bolivia. Recuerdos de un subteniente*, p. 9.

<sup>123</sup> Alcides Arguedas, *Obras completas*, vol. II, p. 641.

<sup>124</sup> Bolivia, Ministerio de Guerra, *Informe*, N° 16.

al palacio presidencial gracias a sus disparos, era la prueba viviente de esta afirmación<sup>125</sup>. Pero, como admitía con lástima un ministro de Guerra, Bolivia no progresaría nunca hasta que el gobierno purgara el ejército y pusiera fin a su participación “en la política doméstica de la nación”. Solo entonces, los militares podrían pasar a ser “una institución social querida y respetada por el pueblo”<sup>126</sup>.

La organización del ejército de Bolivia, como la de su aliado, estaba cambiando cuando se desató la guerra. En 1876 unos mil novecientos once hombres servían en cinco batallones de infantería, tres escuadrones de caballería, más una unidad de artillería. El año siguiente, la *Memoria* del ministro de Guerra Carlos de Villegas fijaba la cantidad de tropas en mil quinientos noventa y ocho hombres, más que la cifra autorizada, pero aún inferior a la de 1876. Al sumar el personal de varias unidades administrativas, como los agregados asignados al gobierno, el ejército de Bolivia consistía entre mil seiscientos cincuenta y cinco y mil seiscientos setenta y cinco hombres, de los cuales doscientos veintiocho eran oficiales, seiscientos ochenta y ocho suboficiales y seiscientos sesenta y un soldados rasos. Lo que les faltaba en entrenamiento a los oficiales bolivianos, lo compensaban en cantidad, aproximadamente uno por cada tres soldados rasos o suboficiales<sup>127</sup>. El correspolosal de *El Mercurio* en La Paz creía que los oficiales considerarían providencial el inicio de la guerra por

“dar ocupación a un centenar de coroneles, jenerales y demás pilluelos que pueblan el país, sin que éstos perjudiquen en nada la industria, pues que esa clase de jentes ni trabaja ni especula”<sup>128</sup>.

El ejército boliviano de 1877 no solo incluía un número menor de hombres sino, también, menos unidades: tres batallones de infantería, Granaderos 1 de la Guardia de Daza, Granaderos de la Guardia de Sucre y Cazadores de la Guardia de Illimani; un destacamento de caballería, el Bolívar 1 de Húsares; y un escuadrón móvil de cuatro ametralladoras Gatling. El regimiento Santa Cruz de Artillería también tenía cuatro cañones, adquiridos en 1872, y diez o quince armas más viejas. En 1880 Bolivia organizó el Bolívar 2 de Artillería, que contaba con dieciséis cañones de montaña y campaña<sup>129</sup>.

Si bien eran pocos, los soldados bolivianos podían soportar duras adversidades. Un educador chileno señalaba, por ejemplo, que a los hombres de Hilarión Daza

<sup>125</sup> Bolivia, Ministerio de Guerra, *Informe*, N° 16; Caviano, *op. cit.*, vol. 1, p. 197.

<sup>126</sup> Bolivia, Ministerio de Guerra, *Informe*, N° 17, p. 28.

<sup>127</sup> Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1883*, *op. cit.*, p. 24.

<sup>128</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 22 de abril de 1879.

<sup>129</sup> Díaz Arguedas, *op. cit.*, pp. 607, 609, 623; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1877*, Sección de Inspección, N°s 1 y 2. La diferencia en tamaño se debe al hecho que estas cifras no incluían algunos grupos como médicos, músicos de banda, o cadetes.

“un poco de coca, de maíz tostado o de papas cocidas, le basta para alimentarse y adquirir nuevas fuerzas, y después de largas peregrinaciones, desnudeces y privaciones, pelea en los momentos de combate siempre que sus oficiales y jefes le den el ejemplo”<sup>130</sup>.

Dada la descripción de los oficiales, empero, parece improbable que surgieran tales ejemplos. Además de su resistencia, las tropas bolivianas eran, sin duda, las más coloridas: cada infantería recibía chaquetas de un color diferente. Los quinientos hombres del 1<sup>er</sup> batallón, conocidos popularmente como los Colorados, usaban rojo; el 2<sup>do</sup> y 3<sup>er</sup> batallón, que sumaban trescientos hombres cada uno, usaban abrigos amarillos o verdes, siendo conocidos como los Amarillos y los Verdes, respectivamente. A medida que aparecían otras unidades, como el batallón Loa o el Aroma, también adoptaban uniformes de diferentes colores de modo que el ejército de La Paz siempre llevaba distintos tonos al campo de batalla<sup>131</sup>.

Las armas pequeñas de estas tropas –desde Martini-Henrys a fusiles de chispa– resultaban tan variadas como sus uniformes. Peor aun, ninguna unidad llevaba las mismas armas a la batalla. El ministro de Guerra de La Paz atribuía este problema a los incontables cuartelazos que habían consumido tanto material que no había uniformidad de armas pequeñas dentro de las unidades del ejército. Esta falta de estandarización llevó a problemas de suministro, lo que, de acuerdo con la *Memoria* de 1877 “da lugar a muchos y graves inconvenientes, tanto en la instrucción de táctica, como en su uso”. De las tres ramas de combate, solo la infantería parecía marginalmente aceptable. Por cierto, la artillería parecía deteriorada: poseía dos ametralladoras pesadas y dos livianas, y tres piezas de artillería de tres pulgadas. Pero la unidad no tenía caballos para transportarlos a terreno ni las habilidades técnicas necesarias para dispararlas con precisión. Como no había caballos decentes, debido a los constantes disturbios civiles, un ministro llamó a la caballería la rama menos eficiente<sup>132</sup>.

Hay que reconocer que Bolivia intentó remediar estos problemas. Lamentablemente, los intentos por mejorar las condiciones de vida de las tropas, subir los salarios de los oficiales subalternos, comprar animales de tiro y adquirir armas pequeñas más cuatro cañones Krupp fracasaron debido a falta de fondos<sup>133</sup>. En 1878, frente a la perspectiva de la guerra, Bolivia había pedido

<sup>130</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 28 de febrero y 14 de abril de 1879; Bulnes, *op. cit.*, vol. I, p. 599; Fernando Wilde, *Historia militar de Bolivia*, pp. 137-138; Abraham Quiroz, “Epistolario inédito de su campaña como soldado raso durante toda la Guerra del Pacífico”, p. 84.

<sup>131</sup> Claros, *op. cit.*, pp. 38-39.

<sup>132</sup> Theodorus B.M. Mason, *The War on the Pacific Coast of South America between Chile and the Allied Republics of Perú and Bolivia. 1879-'81*, p. 12; Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 84; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1877*, *op. cit.*, pp. 7, 16, 21; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1883*, *op. cit.*, p. 24.

<sup>133</sup> Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1877*, *op. cit.*, pp. 19-23.

y recibido permiso de Perú para importar sin impuestos mil quinientos rifles Remington más otros artículos militares. Y a mediados de 1879 recibió otros dos mil Remingtons que sumó a sus casi tres mil rifles de la misma marca. Hacia 1881, gracias a envíos desde Panamá, Bolivia adquirió seis modernas piezas de artillería de Krupp y los suficientes rifles como para prestar algunos a Perú, aunque siguió quejándose de la falta de municiones. Sin embargo, La Paz aún no había estandarizado los contenidos de su arsenal<sup>134</sup>.

Obtener armas resultó mucho más fácil que reclutar soldados. La Paz tenía una ley de conscripción, pero como muchos de los edictos de Bolivia, brillaba más por su violación que por su observancia<sup>135</sup>. Incluso, antes de la guerra, el gobierno reconocía que “el sistema de reclutamiento, no solo es injusto, sino temerario y violento” porque sólo “la clase más ruda de los pueblos” realizaba el servicio militar<sup>136</sup>. En parte, este problema surgió por la inhabilidad del régimen de hacer cumplir la ley de manera justa. En algunos casos, los oficiales provinciales, inspirados por favoritismo y llenos de pereza, simplemente agarraban al primer cuerpo con vida que encontraban, aun si la ley eximia a ese desafortunado del reclutamiento. No es de sorprender que algunas zonas se negaran a aplicar la ley; otros oficiales seleccionaban a los reclutas por sorteo, un sistema que parecía menos caprichoso<sup>137</sup>.

El inicio de la guerra intensificó las fallas ya existentes: “El reclutaje, es decir, la captura agresiva y violenta de un ciudadano, por la fuerza armada” seguía siendo la base del proceso de conscripción de Bolivia, un sistema

“que arranca sus víctimas de las últimas capas sociales... que arma, casi siempre el brazo del criminal, y que bajo el vistoso uniforme del defensor de la justicia, oculta un corazón podrido o una conciencia embotada”<sup>138</sup>.

De acuerdo con el diario *El Civilista*, un ministro de gobierno liberaría a un recluta de la leva a cambio de un soborno de cincuenta pesos bolivianos o un caballo. No es de sorprender que el presidente Narciso Campero descubriera

<sup>134</sup> Zolio Flores a Manuel Irigoyen, Lima, 28 de octubre de 1878, Irigoyen, 22 de noviembre de 1878; Zolio Flores a Manuel Irigoyen, Lima, 23 de enero de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 3-4; Juan Fernández a ministro peruano en Bolivia, Potosí, 18 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 27; Zolio Flores a Manuel Irigoyen, Lima, 20 de agosto de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 28; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Informe*, N° 7.

<sup>135</sup> Gen. Manuel Othón Jofré a Prefectos, octubre 1879, en José Ochoa, *Diario de la Campaña del Ejército Boliviano en la Guerra del Pacífico*, p. 252.

<sup>136</sup> Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1877*, *op. cit.*, p. 18.

<sup>137</sup> *Ibid.*; Mariano Bladéz al General, Jefe de los Departamentos del Sur, 24 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 530; N. Flores al Sub Prefecto de Cinti, Potosí, 26 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 530; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1833*, *op. cit.*; N. Flores al Prefecto de Chuquisaca, Potosí, 26 de mayo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 157; Arístides Moreno, Potosí, 23 de mayo de 1880, en AM, vol. III, *op. cit.*, p. 158.

<sup>138</sup> *La Patria*, La Paz, 30 de abril de 1880.

que los trabajadores “se han retirado a los bosques y otros lugares impenetrables, abandonando sus casas y sementeras que se hallan en estado de cosecha” en vez de unirse a los militares. Aparentemente, las protestas de civiles contra el alistamiento forzado de soldados pusieron fin a esa práctica del gobierno por un tiempo breve, pero en 1880, violando las leyes existentes, el gobierno de nuevo empezó a reclutar hombres por la fuerza<sup>139</sup>. Como era de prever, muchos de los que fueron atrapados por los reclutadores no eran aptos para el servicio militar y los que sí eran adecuados intentaban desertar. En un caso, sesenta y nueve soldados rasos del batallón Ayacucho lograron huir durante el transcurso de una marcha de tres leguas<sup>140</sup>. Del ejército de nueve mil hombres enviado a Perú, dos mil se esfumaron. Para limitar las pérdidas, un oficial posicionó un batallón detrás de otro. A pesar de estos problemas, en 1881 el ejército tenía cuatrocientos veintidós oficiales y tres mil seiscientos sesenta y cinco soldados, lo que indicaba que los militares en parte habían repuesto las pérdidas que sufrieron en los primeros meses de la guerra<sup>141</sup>.

Bolivia, al igual que Chile, usaba a su milicia regional como base para expandir su ejército, aunque aparentemente la raza y la clase social, además de la geografía, determinaban la membresía: la gente decente (un eufemismo para “blancos”) de la capital, Oruro, Cochabamba, Sucre, Potosí, Camargo, Santa Cruz, Trinidad y Tarija entraban a los batallones Murillo, Vanguardia, Libres del Sur, al escuadrón Velasco o al Méndez<sup>142</sup>. Hilarión Daza colocó las primeras cuatro unidades en la Legión de Bolivia, que tenía la reputación de ser para los “hijos de bien”, los que eran lo suficientemente acomodados como para pagar sus propias armas y monturas<sup>143</sup>. De acuerdo con un diplomático peruano, el batallón Chorolque también estaba conformado por las élites bolivianas<sup>144</sup>.

Los artesanos, profesores, burócratas y aprendices menos privilegiados de La Paz, en su mayoría mestizos, se alistaban en Victoria, Illimani 2, Paucarpata e Independencia; los de Cochabamba ingresaban a Aroma, Viedma y Padilla; los hombres de Chuquisaca se unían al Olañeta; mientras que los cholos de

<sup>139</sup> Narciso Campero al Jefe del Estado Mayor del Ejército, Potosí, 6 de junio de 1879, Díaz Arguedas, *op. cit.*, p. 44; *El Mercurio*, Valparaíso, 10 de marzo de 1880.

<sup>140</sup> Pedro Urquidi a Narciso Campero, Camargo, 8 de agosto de 1879, p. 164 señaló que había tenido que rechazar ciento veintiséis de doscientos reclutas como no aptos; Narciso Campero al Jefe de Estado Mayor General del Ejército, Potosí, 6 de junio de 1879 y Francisco Buitrago a Narciso Campero, Potosí, 19 de agosto de 1879, *Documentos relativos a la organización y campaña de la 5<sup>a</sup> División*, pp. 45, 87.

<sup>141</sup> D. Calvimonte a Narciso Campero, Potosí, 25 de septiembre de 1879 y L. Morales a Narciso Campero, Vitichi, 22 de junio de 1879, *Documentos relativos...*, *op. cit.*, pp. 154, 166; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Informe*, N° 7, *op. cit.*

<sup>142</sup> Roberto Querejazu Calvo, *Aclaraciones históricas sobre la guerra del Pacífico*, pp. 135-136.

<sup>143</sup> Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, p. 254.

<sup>144</sup> Juan Fernández al ministro peruano en La Paz, Consulado Peruano en Potosí, 27 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 25.

Oruro, Tarija y Potosí ingresaban a los batallones Dalence, Bustillo, Ayacucho, Tarija y Chorolque<sup>145</sup>. Los que rechazaban la idea de crear un ejército conformado solo por la clase baja, particularmente indígenas, que “no tenían suficiente cultura para aprender y practicar sus responsabilidades hacia la patria”, encontraron estimulante la composición del ejército de Bolivia: José Ochoa señalaba que la entrada de artesanos al Ejército “ha vigorizado nuestro ejército alistándose en él con la satisfacción de cumplir un deber grato a su corazón e ineludible para su conciencia”<sup>146</sup>.

Algunas unidades no respondían a las clasificaciones de raza o clase: el general Hilarión Daza usó a la policía de Sucre y Potosí como núcleo para organizar el nuevo batallón Sucre 2 de la Guardia<sup>147</sup>. Los bolivianos también crearon unidades a partir de comunidades en exilio; las tropas en el escuadrón Franco-Tiradores, por ejemplo, provenían del Litoral. La columna Loa estaba integrada por bolivianos que vivían en la provincia peruana de Tarapacá. Estos hombres acompañaron a las tropas peruanas en su retirada hacia Tarapacá, donde combatieron en una acción de retaguardia contra los chilenos<sup>148</sup>.

En vez de depender de las autoridades provinciales que a veces no cooperaban, la administración de Narciso Campero ordenó a todos los hombres sobre dieciocho años alistarse en el ejército activo, la reserva del ejército móvil o la reserva territorial pasiva. Para evitar fundadas acusaciones de favoritismo o influencia política, los reclutas se seleccionaban a través de una lotería. Solo los solteros y viudos, sin hijos, menores de treinta y cinco años tenían que ingresar al ejército activo. El nuevo decreto obligaba ingresar al ejército a todo hombre que no se enrolara en la reserva<sup>149</sup>.

Al parecer, las reformas de Narciso Campero quedaron en nada porque en 1883 las autoridades atribuyeron la derrota de su país al hecho de que las levas llenaron al ejército de hombres que eran demasiado jóvenes, demasiado viejos, demasiado enfermos, demasiado poco educados o demasiado neuróticos para defender su patria. Afortunadamente, los más vulnerables de Bolivia tenían sus recursos: cuando los reclutadores del escuadrón Méndez y Granaderos intentaron enganchar reclutas en la región de Potosí, descubrieron que todos los hombres sanos ya habían abandonado el campo y sus hogares<sup>150</sup>.

Los bolivianos tenían suficientes motivos para evadir el servicio militar, incluso en tiempos de guerra. Viviendo “como sardinas en un tarro,” señalaba un diplomático peruano:

<sup>145</sup> Querejazu, *Aclaraciones...*, *op. cit.*, pp. 135-136.

<sup>146</sup> Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, p. 102.

<sup>147</sup> Díaz Arguedas, *op. cit.*, p. 272.

<sup>148</sup> Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, p. 254; Díaz Arguedas, *op. cit.*, pp. 319-320.

<sup>149</sup> Narciso Campero, La Paz, 31 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 144-145.

<sup>150</sup> Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1833*, *op. cit.*, p. 25; Narciso Campero al Jefe de Personal, Potosí, 6 de junio de 1879, en *Documentos relativos...*, *op. cit.*, p. 44.

“el soldado en Bolivia deja de estar bajo el amparo de las leyes. Su jefe es dueño de su vida. Por la mas ligera falta o por un simple capricho puede quitarle la vida, mandándole dar mil palos”.

Para asegurarse una completa lealtad, los oficiales no les permitían a los soldados comunicarse con civiles. Alejados a propósito de sus familias y amigos, los reclutas veían a su unidad como su hogar y familia. Pero después de años de entrenamientos tediosos y alienación, señalaba un ministro de Guerra, los soldados se tornaban “viciosos, pobres e inútiles”<sup>151</sup>. Hacia 1881 La Paz había mejorado las condiciones de sus tropas entregándoles comida y ropa, además de una educación general. También creó varias unidades de milicias, como la Guardia Republicana, y esperaba entrenar a otros diez mil milicianos<sup>152</sup>.

La resistencia impasible del soldado boliviano, su estoicismo y su habilidad para soportar las privaciones, no lo convertían en un soldado competente. Como observó Narciso Campero, entrenar a un indígena iletrado que “no sabe empuñar el rifle, que tiene muy poca idea de la Patria y de sus altos fines” resultó muy difícil<sup>153</sup>. Antes de que el ejército pudiera convertir a estos hombres en soldados, tenía que enseñarles a ser ciudadanos, “transmitirles nociones de civilización” o cultura para lograr que el soldado “posea el grado de cultura suficiente para conocer y practicar sus deberes con la patria”<sup>154</sup>. Dicho samente ignorante de estos problemas, un diario de La Paz declaraba:

“El ejercito boliviano jamás ha estado como hoy tan lucido, soberbio y arrogante... con soldados tan valientes no hay por qué dudar de nuestra victoria y de la ocupación triunfal de Santiago”<sup>155</sup>.

#### EL EJÉRCITO CHILENO

Los militares chilenos eran diferentes de sus enemigos en varios aspectos. Desde el punto de vista más superficial, las tropas de Santiago se vestían de forma bastante aburrida, al menos en comparación con los coloridos bolivia-

<sup>151</sup> Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1877*, *op. cit.*, pp. 19-20. No todos los chilenos estaban de acuerdo. El corresponsal en Bolivia de *El Mercurio* describió a las unidades de línea regulares de Bolivia como “viciosas y corruptas” y que el resto del ejército sufría de los mismos vicios que afligían a toda la sociedad boliviana. *El Mercurio*, Valparaíso, 14, 22 de abril de 1879; Körner y Boonen *op. cit.*, p. 264; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1877*, *op. cit.*, pp. 18-19; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1833*, *op. cit.*, p. 25; Agustín Blanco al ministro peruano en Bolivia, Potosí, 1 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 26.

<sup>152</sup> Bolivia, Ministerio de Guerra, *Informe*, N°s 13, 14, 16, pp. 23-25, 27.

<sup>153</sup> Comandante Jeneral de la División al General Narciso Campero, en Alba, *op. cit.*, p. 40.

<sup>154</sup> Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, p. 102; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Informe*, N° 16, *op. cit.*

<sup>155</sup> *El Titicaca*, La Paz, 23 de mayo 1879.

nos. Unas pocas unidades de las milicias chilenas diseñaron algunos ropajes que competían en tonos con los de La Paz, pero el Ministerio de Guerra, sin duda ansioso de asegurar la uniformidad –siempre una virtud cardinal en el mundo militar– rápidamente reprimió su originalidad. En vez de eso, las tropas de Santiago, imitando las modas del ejército francés, además de sus tácticas, marcharon a la guerra usando quepis y chaquetas azules o rojas, pantalones rojos y a veces polainas o calcetas cafés.

*Cuadro N° 3*  
EJÉRCITO DE PREGUERRA DE CHILE, 1878

<i>Unidad y nombre</i>	<i>Efectivos</i>	<i>Ubicación de la Guardia</i>			
		<i>Frontera</i>	<i>Frontera</i>	<i>Santiago</i>	<i>Valparaíso</i>
		<i>India</i>	<i>India</i>		
		<i>Superior</i>	<i>Inferior</i>		
<b>Infantería</b>					
Batallón Buin 1 de Línea	300	302			
Batallón 2 de Línea	300		152		169
Batallón 3 de Línea	300	300			
Batallón 4 de Línea	300			304	
Batallón Zapadores	300	334			
<b>Caballería</b>					
Regimiento Cazadores a Caballo	320	121			283
Regimiento Granaderos a Caballo	210	230			
<b>Artillería</b>					
Regimiento de Artillería N° 1	410			217	183
<b>Totales</b>	2.440	1.287	152	521	635

El 3 de enero de 1878 se autorizó al ejército a tener tres mil trescientos dieciséis efectivos.

FUENTES: Estado Mayor General, *Historia del ejército de Chile*, vol. 4, p. 177; Chile, Ministerio de Guerra y de la Marina, *Memoria 1878*, p. 96.

Otra diferencia, por cierto más significativa, era que previo a la guerra, el ejército chileno estaba integrado por voluntarios. Los que servían como soldados rasos o suboficiales, por lo general se habían alistado a cambio de un bono. Los hombres alistados no eran parte de la élite de la nación chilena. En efecto, un escritor extranjero los describió como “la escoria más baja de la sociedad”. Por ello, no debiera sorprendernos que estos soldados a menudo desertaran, llevándose consigo su bono y sus uniformes nuevos. Curiosamente, mientras que los hombres chilenos no tenían que servir en el ejército, sí tenían que enrolarse en la guardia nacional, la milicia territorial. Estas organizaciones se habían atrofiado tanto a lo largo de los años que sus desafortunados integrantes, que gastaban sus domingos en simulacros, recibían poco entrenamiento.

En 1876 un diputado llamó a abolir la guardia, calificándola como carente de valor militar<sup>156</sup>.

Legalmente, el gobierno no podía exigirles a los guardias servir fuera del país. Pero una vez que comenzó la guerra, La Moneda hizo caso omiso de la ley y de las protestas de la milicia y envió a la guardia movilizada a la zona de guerra. Asimismo, cuando los chilenos patriotas dejaron de alistarse en el ejército regular, las autoridades y los comandantes de unidades militares individuales desencadenaron la leva. En su búsquedas de carne de cañón, los reclutadores primero vaciaron las cárceles; luego recogieron a los vagos o invadieron los bares, donde tomaron a los ociosos alcoholizados. Una vez que agotaron esta veta un tanto burda de la sociedad chilena, se concentraron en los agricultores honestos, los inquilinos, los mineros y los artesanos. En las calles de Santiago, los militares perseguían a los hombres y, luego de atarlos como animales, los llevaban a los cuarteles. Los legisladores a veces protestaban por esta grotesca violación de los derechos de los ciudadanos, pero se consolaban con el hecho de que estos reclutamientos bajaban las tasas de delincuencia en Chile<sup>157</sup>.

La urgente necesidad de reclutas tomó por sorpresa al gobierno de Aníbal Pinto. En efecto, como sufrió de los mismos males económicos que afligían a sus enemigos, La Moneda había desmantelado a sus fuerzas militares. En solo un año, el ejército despidió a setecientos soldados de la infantería y la caballería y suprimió un regimiento de artillería. Cuando terminó la purga, el Ejército de Chile consistía en solo dos mil ochocientos cuarenta y un oficiales y hombres alistados que servían en cinco batallones de infantería, entre ellos uno llamado Zapadores, un regimiento de artillería, más dos de caballería, el Cazadores a Caballo y el Granaderos a Caballo. Los batallones de infantería consistían en cuatro compañías, los regimientos de caballería en tres escuadrones –excepto el de Granaderos a Caballo, que tenía solo dos– y los regimientos de artillería en dos baterías. Con excepción de la artillería, dos batallones de infantería y el regimiento de Cazadores –con guarnición en Santiago o en el puerto principal de Chile, Valparaíso– más de la mitad del ejército consistía en unidades más pequeñas acantonadas en la frontera no oficial al sur del país, “vigilando a los cargadores de ganado araucanos que ocasionalmente cometían depredaciones en su margen”<sup>158</sup>.

A diferencia de los aliados, los chilenos habían estandarizado las armas del ejército regular. La infantería llevaba rifles Comblain II, la artillería usaba carabinas Winchester, mientras que el regimiento de Cazadores a Caballo

<sup>156</sup> Spangler, *op. cit.*, p. 52; Chile, Cámara de Diputados, *Sesiones ordinarias*, 3 de agosto de 1876, p. 423.

<sup>157</sup> Sater, *Chile and the...*, *op. cit.*, pp. 75-82.

<sup>158</sup> Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. 5, pp. 21, 35, 39; Chile, *Memoria del ministerio de la guerra correspondiente al año 1878*, pp. vi, 105, 110, *The Chilian Times*, Valparaíso, 7 de octubre de 1876.

colgaba carabinas Spencer de sus monturas. Sin embargo, el incremento del tamaño del ejército obligó a algunas unidades a usar armas pequeñas menos modernas. Los recién creados batallones de Atacama y Concepción usaban rifles Beaumont, algunos de los cuales explotaban cada vez que las tropas los usaban para las prácticas de tiro; el regimiento de Granaderos a Caballo empleaba ambos tipos de carabinas más algunos rifles de percusión. Santiago comenzó la guerra con cuatro ametralladoras Gatling además de cuarenta y cuatro piezas de campaña y montaña, entre ellas dieciséis cañones de seis y ocho centímetros adquiridos en la casa Krupp. Desafortunadamente, los artilleros chilenos tenían poca experiencia en el uso de estas armas: en dos años habían disparado sus piezas de campaña solo una vez. Y no parece que la infantería tuviera mucha más experiencia con sus armas pequeñas<sup>159</sup>.

Si bien el ejército activo tenía armas adecuadas, no se puede decir lo mismo de la guardia nacional. La milicia de siete mil hombres –cifra que había caído de manera radical desde 1877, cuando sumaba dieciocho mil– tenía que arreglárselas con tres mil ochocientos sesenta y ocho fusiles Minié antiguos y “con el antiguo fusil de chispa francés, transformado en de percusion, que por el uso i largo tiempo en servicio se encuentra ya en mal estado”. No es de extrañar que la artillería de la guardia, o sus unidades de caballería, también tuvieran que arreglárselas con equipo obsoleto<sup>160</sup>.

Algunos factores diferenciaban al ejército de Aníbal Pinto de los ejércitos aliados. Gracias a Diego Portales, que había purgado el cuerpo de oficiales del ejército, la nación había logrado evitar algunas de las secuelas más dolorosas del militarismo descontrolado. Sin embargo, Chile no era inmune a los disturbios internos: en 1851 y 1859 el ejército tuvo que reprimir rebeliones. La Moneda a veces pedía ayuda a los militares –más bien a la guardia nacional– para garantizar el resultado “correcto”, no necesariamente honesto, de alguna elección. Los oficiales que mostraban una falta de entusiasmo por esta tarea o que decían apoyar una ideología política diferente a las favoritas del gobierno, a veces tenían que renunciar a sus cargos.

<sup>159</sup> José Toribio Medina, *Una excusión a Tarapacá. Los Juzgados de Tarapacá 1880-1881*, p. 12; Pablo Barrientos G., *Historia de la Artillería de Chile*, p. 161; José Antonio Varas, “Inspección Jeneral del Ejército”, anexo 24.

<sup>160</sup> Ministerio de Guerra, *op. cit.*, 1878, pp. 101, 105-106.

*Cuadro N° 4*  
ARMAS PEQUEÑAS

ARMAS PEQUEÑAS PERUANAS Y BOLIVIANAS

Armas	Calibre en milímetros	Largo en metros	Velocidad de disparo (disparos por minuto)	Peso del rifle en kilos	Velocidad inicial en metros por segundo	Alcance en metros	Peso de las balas en gramos
Remington	11-12.7	1.3	8	4.2	390	914	26
Remington M/1871	11	1.32	116	4.2	410	914	25
Bonnmuller	11	1.35	6	4.5	432	1.200	32
Castañon	11	1.3	6	4.1	375	1,100-1,200	25
Comblain II	11	1.3	10	4.3	430	1,200	25
Chasepot	11	1.3	6-8	4.0	375	1,100-1,600	25
Gras	11	1.3	9-10	4.2	430	1,200-1,800	25
Snider	14.6	1.4	10	4.3	380	540-2,500	31
Spencer	13.2	9.4	15-20	3.8	360	250-1,000	20.8-22
Carbine Peabody	10.4-11	1.3	10	4.2	435	457	19.1
Martini-Henry	11.43	1.2	20	4.2	400	540-2,500	31.1

ARMAS PEQUEÑAS CHILENAS

Comblain II	11	1.3	9	4.3	430	1,200	26
Gras	11	1.3	9	4.3	430	1,200-1,800	26
Kropatschek	11	1.24	9	4.5-5.1	430	2,900	25
Beaumont	11	1.32-1.8	9	4.5-5.1	430	2,900	25
Winchester							
Carabine	7.5-9	1.17	20-25	3.9	360	300-1,000	1,300

FUENTES: Grieve, *op. cit.*, pp. 330-333, 335, 337-338, 386; Wilhelm Ekdaahl, *Historia militar de la Guerra del pacífico entre Chile, Perú, i Bolivia*, vol. I, pp. 43-45, 47, 56-57; Walter H. Smith and Joseph Smith, *The book of rifles*, pp. 253, 274-75, 350, 361-62; George B. Johnson and Hans Bert Lockhoven, *International Armament*, vol. I: pp. 119, 201, 212, 218, 230-232, 236.

*Cuadro N° 5*  
ARTILLERÍA

ARTILLERÍA CHILENA

<i>Modelo</i>	<i>Número</i>	<i>Calibre en milímetros</i>	<i>Peso en kilos</i>	<i>Velocidad inicial en metros por segundo</i>	<i>Alcance en metros</i>	<i>Peso del proyectil en kilos</i>
Cañón de Montaña Krupp M1873 L/21	12-16	60	107	300	2,500	2.14
Cañón de Campaña Krupp M1867 L/25		78.5		357	3,000	4.3
Cañón de Montaña Krupp M1879 L/13	38	75	100	294	3,000	4.5
Cañón de Montaña Krupp M1879-80 L/24	24	87	305	465	4,600	1.5
Cañón de Campaña Krupp M1880 L/26	29	75	100	465	4,800	4.3
Cañón de Campaña Krupp M1873	12	87	450	465	4,800	6.8
Amstrong M 1880 BRONZE	6	66	250	550	4,500	4.1
Modelo 59 Emperador	12	87		313	323	11.50
Cañón de Campaña La Hitte M 1858	4	84		342	442	4.035
Cañón de Montaña La Hitte M 1858	8	86.5		225	225	4.035

ARTILLERÍA PERUANA

Cañón de Montaña White	31	55		2.5	2.09
Cañón de Campaña White	49	55		3.8	2.09
Acero Grieve*	42	60	107	309	2.5

\* Las piezas de artillería Grieve eran producidas por fundiciones peruanas locales. Grieve, *op. cit.*, p. 354.

ARTILLERÍA BOLIVIANA

Cañón de Montaña Krupp M1872 L/21	6	60	107	300	2.5	2.14
-----------------------------------	---	----	-----	-----	-----	------

AMETRALLADORAS GATLING

<i>Modelo</i>	<i>Calibre en milímetros</i>	<i>Largo en metros</i>	<i>Velocidad de disparo (disparos por minuto)</i>	<i>Velocidad inicial en metros por segundo</i>	<i>Alcance en metros</i>	<i>Peso de las balas en gramos</i>
Gatling	11.4	90	200-400	384	1,200-1,900	31

FUENTES: Körner y Boonen, *op. cit.*, vol. I, p. 291; William A. Acland, R.N., citado en Tauro, *op. cit.*, p. 79; Grieve, *op. cit.*, pp. 350-357; Ekdahl, *op. cit.*, vol. I, p. 45; Ronald Tarnstrom, *French arms. Armed Forces Handbooks*, p. 269; Le León, *op. cit.*, pp. 85, 207; Correspondencia privada con Giles Galté, 2004.

En resumen, el sistema chileno pese a sus fallas, difería del boliviano, en el que la cadena de mando era reemplazada por nepotismo, donde “los amigos íntimos del jefe de turno compartían con éste el generalato”<sup>161</sup>. Estos hechos no significan que algunos oficiales chilenos no recurrieran a sus santos en la Corte para influenciar promociones, o arreglar una misión codiciada, o para estar protegidos de represalias oficiales. En efecto, precisamente porque algunos oficiales servían como burócratas del gobierno o eran parte del Poder Legislativo como representantes electos, conocer de forma personal a políticos les daba un cierto peso. Pero los oficiales del ejército chileno también se percataban de que el Congreso no solo autorizaba el presupuesto militar sino que, también, ponía límites a su tamaño, que si el ministro de Guerra era un oficial profesional servía a discreción de un Presidente y legislatura civil, y que la ley de promociones requería que los oficiales pasaran un cierto número de años en su grado para poder ascender en la jerarquía del ejército. Basta comparar estos requisitos con la trayectoria de Hilarión Daza, quien en trece años surgió del rango de soldado raso a teniente coronel.

Además, el cuerpo de oficiales de Chile tenía una formación profesional, a diferencia del de los aliados. Es verdad que unos pocos oficiales superiores del ejército, como los generales Justo Arteaga y Manuel Baquedano, recibieron sus nombramientos de forma directa, pero ellos eran una minoría. La mayoría de los oficiales chilenos entraban al ejército después de completar un ciclo de estudios en la Escuela Militar. Fundada por el primer líder nacional de Chile, Bernardo O’Higgins, la escuela a veces parecía más un refugio para delincuentes juveniles que un instituto para aspirantes a oficial. En 1876, por ejemplo, una sublevación de cadetes obligó a las autoridades a cerrar la escuela, pero volvió a abrirse a fines de 1878 con la expectativa de que graduaría a su primera promoción en cinco años.

<sup>161</sup> Guillermo Bedregal, *Los militares en Bolivia*, p. 31.

Incluso, la asistencia a la Escuela Militar o seminarios de posgrado, en las unidades, no preparaba a los oficiales chilenos para la guerra moderna. Las lecciones de los últimos años de la guerra civil de Estados Unidos y del conflicto franco-prusiano –que los rifles de tiro rápido y la artillería de retrocarga devastaban a las formaciones de tropas en masa– no influenciaron a la infantería de Chile, que seguía usando las tácticas mencionadas en la edición traducida de un texto militar francés de 1862. Desafortunadamente, como señaló Jay Luvaas:

“Las regulaciones de la infantería de 1862, que han sido descritas como ‘una fiel reproducción de las regulaciones de 1831’ variaban poco en espíritu de la Ordenanza de 1791”<sup>162</sup>.

Por lo tanto, Chile fue a la guerra usando las tácticas de la era napoleónica. Como observó Emilio Sotomayor:

“El soldado, en particular el chileno, por su índole natural necesita ser vijilado i sostenido por la vista constante de sus oficiales. De otra manera, la practica nos lo ha manifestado en muchas ocasiones, el soldado obedece a la tendencia de dispersarse i batirse aisladamente”<sup>163</sup>.

Este hábito puede haberse desarrollado como consecuencia de una situación única en Chile: durante décadas los araucanos fueron el mayor enemigo de Santiago. Sean cuales fueran sus defectos, el ejército chileno adquirió más habilidades militares luchando con los indios que los bolivianos al “promover o sofocar rebeliones o motines”<sup>164</sup>. Irónicamente, los soldados a pie no parecían más atrasados que la caballería chilena, que aún seguía unas regulaciones españolas de principios del siglo XIX. La infantería usaba técnicas basadas en las de los españoles para armas de avancarga, y no técnicas adaptadas al uso de armas de fuego modernas. La artillería requería de manera forzosa un nivel más alto de educación: en 1874 el general Luis Arteaga escribió un manual para enseñar a los artilleros del ejército cómo manejar sus recién adquiridos cañones Krupp y ametralladoras Gatling<sup>165</sup>.

<sup>162</sup> El texto fue traducido por José Silva Chávez en 1867, Pérez, Santiago, 3 de mayo de 1867 en Darío Risopatrón Cañas, *Lejislatión militar de Chile*, vol. I, p. 453; Jay Luvaas, *The Military Legacy of the Civil War. The European Inheritance*, pp. 149-150. Los oficiales chilenos también estudiaban a Le Secq de Crepy, *Táctica de Artillería* traducido en 1848.

<sup>163</sup> Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, p. 21; Emilio Sotomayor al Ministerio de Guerra y Marina, Antofagasta, 1 de abril de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VI, p. 8.

<sup>164</sup> Bedregal, *op. cit.*, p. 31.

<sup>165</sup> Körner y Boonen, *op. cit.*, vol. II, pp. 257-258. El general Justo Arteaga escribió un estudio *Táctica de artillería* que adoptó el ejército en 1874, Errázuriz, Santiago, 18 de diciembre de 1874, en Risopatrón, *op. cit.*, vol. I, p. 453; Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, p. 11.

Tal vez estos errores no parecían tan atroces en tiempos de paz. Después de todo, como observó un coronel, de manera sarcástica:

“se cree que lo que basta a un buen oficial, consiste solo en aprender la Ordenanza, conocer la práctica de sus obligaciones de cuartel, saber mandar los ejercicios doctrinales, las maniobras de la táctica i llevar el uniforme con cierto garbo”.

En cambio, señalaba el Coronel, el oficial debe tener:

“un conocimiento profundo i detallado de las armas de guerra, de la organización militar, del servicio de las tropas en campaña, de la táctica de los combates, ataque i defensa de las posiciones, estudio de las cartas topográficas, reconocimientos militares i demás ramos que constituyen el arte de la guerra”<sup>166</sup>.

Por desgracia, muchos no tenían ese conocimiento.

Si bien algunos argumentaban que el ejército chileno no necesitaba incorporar las nuevas tácticas, unos pocos oficiales intentaron modernizar los entrenamientos. El ejército tenía un pequeño círculo de oficiales educados en Europa<sup>167</sup>. Dos de ellos, Diego Dublé Almeyda y su hermano Baldomero, pidieron y recibieron permiso para enseñar las últimas tácticas a sus colegas oficiales, en particular la noción de avanzar en formaciones abiertas a modo de minimizar las bajas. Su lección cayó en saco roto. Un coronel objetó el uso de esas técnicas: “no se necesitó del orden disperso: le bastó ser soldado chileno para vencer y venció”.

Solo dos comandantes, Ricardo Santa Cruz de los Zapadores y Domingo Toro Herrera del Chacabuco, asimilaron las lecciones, que luego demostraron durante las maniobras. Aunque sus esfuerzos no convirtieron a otros comandantes, sí convencieron a unos pocos de adoptar la maniobra de hacer avanzar a sus compañías en líneas de combate; lamentablemente, como observó un oficial naval estadounidense, el resto del ejército no adoptó la nueva táctica, y concentró sus esfuerzos en “la precisión mecánica y no lo suficiente en las escaramuzas. El combate en formación abierta no parecía formar parte del sistema de tácticas”<sup>168</sup>.

<sup>166</sup> Chile, *Memoria... 1878*, *op. cit.*, p. 110.

<sup>167</sup> El mayor José Francisco Gana estudió en Francia e Inglaterra; el Col. Emilio Sotomayor en Francia y Bélgica; el mayor Benjamín Viel en St. Cyr y los mayores Diego y Baldomero Dublé Almeyda en Francia y Bélgica, según Pablo Barrientos Gutiérrez, *Historia del Estado Mayor General del Ejército (1811-1944)*, p. 157.

<sup>168</sup> Diego Dublé Almeyda, “Diario de Campaña”, pp. 100, 104-105, 109; Ricardo Santa Cruz a Joaquín Santa Cruz, en Sergio Fernández Larraín, *Santa Cruz y Torreblanca. (Dos Héroes de las Campañas de Tarapacá y Tacna)*, p. 9; Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, p. 21.

A parte de los vacíos en su educación, los oficiales chilenos a menudo carecían de experiencia práctica. Los comandantes superiores del ejército no sabían cómo maniobrar a las unidades grandes. El coronel Marco Arriagada se quejaba de que la mayoría de los oficiales no tenían el conocimiento para enseñar a la infantería y a la caballería cómo usar sus nuevos rifles. Aun cuando adquirieron las nuevas piezas de campaña Krupp, los artilleros chilenos no las valoraban porque las habían disparado una sola vez en los últimos dos años<sup>169</sup>.

En suma, en 1879 el ejército de Chile parecía dispuesto a pelear la guerra contra Perú y Bolivia con las mismas tácticas que había empleado durante la lucha contra los ejércitos de la confederación peruano-boliviana en 1836. Felizmente para La Moneda, los militares de sus enemigos también estaban arraigados en el pasado: al igual que los bolivianos, que aún recurrián a los cuadrados napoleónicos para repeler ataques de la caballería, los peruanos seguían las ordenanzas militares españolas de 1821 apenas más modernas, y que como reconocieron muchos oficiales con tristeza, solo parecían apropiadas para “un época lejana”<sup>170</sup>.

## LOS SOLDADOS

El inicio de la guerra obligó a las tres naciones a modificar la organización de sus ejércitos, en algunos casos de manera drástica. A principios de 1879, un batallón de infantería chileno consistía en trescientos hombres distribuidos en cuatro compañías<sup>171</sup>. A fines de febrero, sin duda anticipándose al conflicto, el ministro de Guerra de Chile, Cornelio Saavedra incrementó la guarnición de cada compañía con cincuenta efectivos, independientemente de la rama. Un mes después, el ejército regular convirtió los batallones de línea 1, 2, 3 y 4, el Santiago y el Zapadores –que no era un batallón de ingenieros sino una unidad regular de infantería a cargo de desarrollar y vigilar las provincias del sur de Chile– en regimientos<sup>172</sup>. De ahí en adelante cada uno de estos cuerpos consistió en dos batallones, con ocho compañías de ciento cuarenta y nueve soldados rasos más cinco oficiales<sup>173</sup>. Como el ministro de Guerra solo añadió dos compañías a los Zapadores, este batallón tenía cuatrocientos hombres

<sup>169</sup> Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. vi, p. 389; Chile, *Memoria... 1878*, *op. cit.*, p. 110.

<sup>170</sup> Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. v, p. 44; Körner y Boonen, *op. cit.*, vol. II, pp. 257-260; Rafael Poblete, “Desarrollo histórico de la organización de nuestro ejército”, p. 240, “Nuestro ejército al estallar la Guerra del Pacífico”, p. 255; Rafael González, “Alrededor de las batallas de Chorrillos i Miraflores, p. 892; Querejazu, *Guano...*, *op. cit.*, p. 523; *El Peruano*, Lima, 12 de agosto de 1879.

<sup>171</sup> Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. v, p. 34.

<sup>172</sup> *Op. cit.*, pp. 29, 32, 46 y 51.

<sup>173</sup> *Op. cit.*, p. 29.

menos que los regimientos regulares de infantería<sup>174</sup>. Además de cambiar el tamaño de los elementos ya existentes, el ministro de Guerra formó un nuevo batallón de infantería, el Santiago, en marzo de 1879; también militarizó las fuerzas policiales de Santiago y Valparaíso, creando dos batallones nuevos, el Bulnes y el Valparaíso<sup>175</sup>.

El gobierno chileno no se concentró solo en reforzar la infantería: el ministro de Guerra usó la batería de una unidad de artillería ya existente para crear el núcleo de la brigada de Artillería de Antofagasta, que luego se convirtió en el regimiento de Artillería N° 2. Este cuerpo estaba dividido en cinco brigadas –cuatro para servir en el ejército y la otra para integrar la defensa de la costa– cada una con dos baterías de cuatro cañones y formada por un contingente de doscientos cincuenta hombres. El regimiento de Artillería N° 1 fue reorganizado a principios de 1880, quedando con tres brigadas de dos compañías de trescientos hombres cada una<sup>176</sup>. De manera similar, el batallón de Artillería de Marina creado inicialmente en 1866 para atender tanto a la artillería costera como a los cañones navales, fue elevado por las autoridades a la categoría de regimiento. Este nuevo cuerpo consistió en dos batallones con cuatro compañías, que sumaban alrededor de mil hombres<sup>177</sup>. En su intento por expandir las fuerzas de su país, Cornelio Saavedra también añadió un escuadrón adicional a los Cazadores a Caballo; al igual que el regimiento de Granaderos a Caballo contenía cinco escuadrones de ciento sesenta hombres<sup>178</sup>. Así, hacia mediados de junio de 1879 el ejército del norte chileno estaba compuesto por seis regimientos regulares de infantería, dos batallones de milicia recién movilizada de infantería, más los batallones de policía militarizada, el Bulnes y el Valparaíso. También había dos unidades de artillería: el regimiento de Artillería de Marina y el batallón de Artillería de Línea. La caballería se expandió a dos regimientos (el Cazadores y el Granaderos), y a mediados de agosto se creó una compañía de ingenieros<sup>179</sup>.

Debido a que Chile logró mover sus tropas regulares con rapidez hacia el norte, en un comienzo no dependía tanto de la milicia. En febrero de 1879 las

<sup>174</sup> Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. v, pp. 46, 51 y 56.

<sup>175</sup> Edmundo González Salinas, *Reseñas históricas de las unidades e institutos del Ejército de Chile*, p. 49. Sorprendentemente, la tasa de criminalidad de la nación no aumentó. Gracias a la política del gobierno de reclutamiento forzado de los menos favorecidos de la sociedad, el número de crímenes cayó hasta 1881, cuando el proceso de desmovilización devolvió a los elementos criminales a su hábitat nativo.

<sup>176</sup> Aníbal Pinto, Valparaíso, 20 de enero de 1879, en Risopatrón, *op. cit.*, vol. i, pp. 135-136.

<sup>177</sup> Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. v, pp. 29, 34, 46, 51. 53. Barrientos, *Historia de la artillería...*, *op. cit.*, pp. 158-9, 173. En 1869, el regimiento estaba bajo la autoridad del Estado Mayor. En adelante, su personal sirvió tanto como artilleros de la defensa costera como en el sur de Chile.

<sup>178</sup> Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. v, pp. 52-53, 57; Chile, Ministerio de Guerra y de la Marina, *Memoria 1880*, p. 119.

<sup>179</sup> Chile, Ministerio de Guerra y de la Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, pp. 122-199.

autoridades formaron dos batallones de guardia, el Antofagasta 1 y 2, y sendas unidades en Caracoles y Carmen Alto<sup>180</sup>. En pocos meses, las autoridades chilenas en el litoral habían organizado una fuerza de casi dos mil setecientos hombres, mientras que el Ejército del Norte sumaba nueve mil ciento veintisiete individuos. A mediados de julio, tres mil seiscientos milicianos –que comprendían seis batallones y una brigada de infantería, un escuadrón de caballería y una brigada de artillería– servían en las unidades de guardia del litoral. Para junio de 1880 el gobierno de Santiago había convocado a dieciocho batallones de infantería y tres escuadrones de caballería. Por tanto, a mediados de junio la milicia sedentaria consistía en cuarenta batallones, veinticuatro brigadas y cinco compañías de infantería; un batallón, trece brigadas y una compañía de artillería, más un regimiento, diez escuadrones y dos compañías de caballería<sup>181</sup>. La milicia asumió un papel cada vez más activo en la guerra. El gobierno chileno a veces destinaba formaciones de guardias movilizadas para las guarniciones de Chile, en particular las de la frontera de la Araucanía, o para ocupar el territorio que había sido conquistado hace muy poco. A fines de 1880, por ejemplo, el ministro de Guerra chileno estacionó seis mil seiscientos hombres para vigilar Tacna, mil quinientos para guarnecer Tarapacá y Antofagasta, dos mil cuatrocientos para proteger a la capital, Curicó y San Felipe y otros cuatro mil cuatrocientos para defender la Frontera de los saqueos indígenas. La mayoría de la guardia, aproximadamente dieciocho mil hombres –dos tercios del ejército expedicionario– distribuidos en veintiún batallones de milicia o regimientos, atacó Lima a principios de 1881. Y después de que el ministro de Guerra, José Francisco Vergara, desmovilizara a diecisésis de estos contingentes, siete de ellos continuaron en el ejército de ocupación. En 1884, trece mil guardias seguían en servicio activo, incluyendo algunos que servían en Perú<sup>182</sup>. Los milicianos civiles chilenos, y no el ejército regular, fueron quienes llevaron el mayor peso en las batallas de la Guerra del Pacífico.

En teoría, los ejércitos peruanos y bolivianos mantuvieron sus formaciones de preguerra, con batallones de infantería que consistían en cuatro compañías cada uno. Curiosamente, los mandos superiores de los aliados no lograron estandarizar sus armas o la organización de sus ejércitos: las unidades peruanas tenían

<sup>180</sup> Aníbal Pinto, Valparaíso, 20 de enero de 1879, en Risopatrón, *op. cit.*, vol. I, pp. 135-136.

<sup>181</sup> González Salinas, *op. cit.*, p. 59; Emilio Sotomayor al Ministerio de Guerra y Marina, Antofagasta, 18 de febrero de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VI, p. 4; José Soto, “Fuerza del Ejército del Norte,” Antofagasta, 23 de mayo de 1879, p. 17; Raimundo Ansietá, “Estado Mayor General,” Antofagasta, 16 de junio de 1879, p. 20; Luis Arteaga, Antofagasta, 7 de agosto de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VI, pp. 27-28; Luis Arteaga, “Estado que manifiesta la fuerza etc.,” 14 de junio de 1879, p. 24; Chile, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria de guerra 1880*, pp. 132-133.

<sup>182</sup> “Estado que manifiesta el número de las fuerzas del ejército y Guardia Nacional mobilitada... diciembre del año de 1880”, Santiago, 28 de junio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 41; Chile, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria 1881*, *op. cit.*, p. 61; Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. V, p. 227; Chile, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria 1884*, pp. 119-120.

entre ochenta y cien hombres por compañía y los bolivianos ciento veinte. De hecho, el tamaño y fuerza de las unidades variaba de forma considerable. En 1880, por ejemplo, el batallón Loa estaba compuesto por trescientos sesenta hombres que servían en cinco compañías, mientras que el batallón Sucre consistía en seis compañías<sup>183</sup>. En consecuencia, las unidades de infantería de los aliados eran mucho más pequeñas que sus contrapartes chilenas.

Un historiador militar peruano aseguró que los regimientos de caballería de los aliados contenían dos escuadrones, pero esta afirmación parece ser incorrecta. Por ejemplo, en Bolivia, el regimiento de Caballería Bolívar estaba compuesto por cuatro compañías con ochenta y seis hombres. Su reemplazo, los Húsares de Rocha, que fue creado en 1880, sumaba casi trescientos oficiales y tropa. El tercero, el Escuadrón Junín 3 de Coraceros que usaba el mismo organigrama que el regimiento 1 de Caballería, desapareció después de la batalla del Campo de la Alianza. Los bolivianos crearon otra unidad, el escuadrón Libertad 4 de Coraceros, con noventa y ocho oficiales y hombres, pero esta también desapareció<sup>184</sup>. La falta de armas limitaba el tamaño de las unidades de artillería aliada: los cuerpos de la artillería peruana consistían en dos o tres baterías de ocho piezas cada una; los artilleros bolivianos, que empezaron la guerra con solo cuatro piezas modernas y diez a quince cañones obsoletos o ametralladoras Gatling, se expandieron cuando su gobierno adquirió armas más modernas<sup>185</sup>.

Aunque por motivos diferentes, Bolivia, Perú y Chile llegaron a depender profundamente de sus milicias: los aliados porque necesitaron reemplazantes después de que sus ejércitos regulares desaparecieron en las fauces de la guerra, y los chilenos porque una larga serie de victorias los obligó a usar su guardia tanto para pelear como para servir de fuerzas de ocupación. Al inicio, los altos mandos de los aliados enviaron tropas a la zona de guerra en el sur. Gracias a su victoria naval en Angamos en octubre de 1879, Chile obtuvo el control casi completo de las vías marítimas. Por tanto, la administración de Mariano Prado no se atrevió a utilizar los transportes navales para el traslado de tropas, y en menor medida de equipamiento bélico. Los peruanos recurrieron cada vez más a su guardia nacional, que se supone estaba integrada por sesenta y cinco mil hombres, para defender sus provincias meridionales. Aunque una gran parte de estas tropas estaba concentrada en el área de Lima y Callao, por suerte para Perú un número sustancial de milicianos aún operaba en la Sierra y otros lugares<sup>186</sup>. Los efectivos que defendían Los Ángeles consistían en gran medida en unidades de milicia movilizadas, al igual que el Segundo Ejército del Sur de

<sup>183</sup> Díaz Arguedas, *op. cit.*, pp. 275-276, 326.

<sup>184</sup> *Op. cit.*, pp. 535-536, 560-561, 577-578, 590.

<sup>185</sup> Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, pp. 76-77; Díaz Arguedas, *op. cit.*, p. 609.

<sup>186</sup> Wilhelm Ekdale afirma que los militares peruanos no sabían con seguridad la ubicación y el número de las milicias reclutadas. Aun así se puede tener una idea a través del número de oficiales de la guardia en servicio en cada zona, *op. cit.*, vol. II, pp. 58-61.

Nicolás Piérola, que sumaba cerca de tres mil hombres<sup>187</sup>. Para reforzar estos componentes, los comandantes de los contingentes del sur también crearon nuevos destacamentos. El coronel Alfonso Ugarte, por ejemplo, estableció y financió el batallón Iquique, una unidad integrada por trabajadores locales. Los estibadores del puerto se unieron a la columna naval, mientras que las élites de la ciudad, junto a su policía, formaron la columna de honor<sup>188</sup>.

Dado el pequeño tamaño de su ejército, el general Hilarión Daza tuvo que depender de su milicia. Cuando el ejército de Bolivia salió en campaña en abril de 1879, contenía diecisiete batallones de infantería, de los cuales catorce eran guardias movilizados o unidades creadas hacia poco. A veces resulta difícil llevar cuenta de estas unidades. Unas pocas, como el batallón Victoria N° 1 o la mayoría de las unidades de la caballería boliviana, cayeron en batalla. Algunas fueron reactivadas –como la columna Loa, que se convirtió en el Batallón Loa, 3<sup>ero</sup> de línea, en reemplazo de otra unidad con el mismo nombre que fue exterminada en la batalla de San Francisco. Los bolivianos también rebautizaron algunas unidades: los Colorados de Hilarión Daza, por ejemplo, pasaron a llamarse el batallón Alianza N° 1 solo para volver a ser los Colorados a mediados de 1880. A veces los comandantes reorganizaban las diferentes unidades, suprimiendo una, como el escuadrón Méndez y distribuyendo los hombres en otras agrupaciones<sup>189</sup>. El régimen de Hilarión Daza disolvió algunas formaciones porque habían sido fundadas por los enemigos políticos del Presidente<sup>190</sup>. Con mayor justificación, la insubordinación o la participación en la abortada revuelta de marzo de 1880 liderada por los coroneles Silva y Guachalla, obligó al gobierno a eliminar el Victoria N° 2, Oruro y Bustillo, el que más tarde reapareció como el batallón Grau<sup>191</sup>.

El ejército chileno sufrió problemas similares: en septiembre de 1880 al parecer se amotinaron los Cazadores del Desierto, que se habían formado en 1879. Las autoridades disolvieron la unidad y enviaron sus tropas a otros cuerpos<sup>192</sup>. Elementos como el escuadrón de Abaroa, Méndez, Albarracín y Luribay solo existieron por poco tiempo<sup>193</sup>. Los peruanos también cambiaban

<sup>187</sup> Paz Soldán, *op. cit.*, pp. 426 y 455.

<sup>188</sup> Gerardo Vargas Hurtado, *La Batalla de Arica*, p. 121; Ochoa, *Semblanzas...*, *op. cit.*, p. 134; Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 68.

<sup>189</sup> Manuel Othón Jofré a Narciso Campero, Tacna, 13 de agosto de 1879, 6 de septiembre de 1879, en *Documentos relativos...*, *op. cit.*, pp. 35-36, 39; Narciso Campero, *Informe del general Narciso Campero, ante la convención nacional de Bolivia como general en jefe del ejército aliado*, p. 48; Díaz Arguedas, *op. cit.*, p. 320.

<sup>190</sup> Dunkerley, *op. cit.*, p. 30.

<sup>191</sup> “Anotación del 28 de marzo 1879”, en Claros, *op. cit.*, p. 32; Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, p. 281; Querejazu, *Aclaraciones...*, *op. cit.*, p. 183; Campero, *Informe...*, *op. cit.*, p. 49.

<sup>192</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 22 de mayo y 6, 16 de octubre, de 1879.

<sup>193</sup> Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, p. 309; Hilarión Daza, “Manifesto del Jeneral Hilarión Daza a sus conciudadanos”, París 1881, p. 158; Juan Fernández al ministro peruano en La Paz, Consulado Peruano, Potosí, 27 de junio 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 25; Issac Tamayo al ministro de Gobierno, Tacna, 12 de mayo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 21.

los nombres de sus unidades o las refundaban: el batallón Ayacucho pasó a ser el Pisagua; el Provisional de Lima se unió con la Guardia Civil de Iquique, convirtiéndose en el Tarapacá<sup>194</sup>.

Para mediados de 1880 el ejército boliviano de preguerra en la práctica no existía; en pocos meses las fuerzas peruanas sufrieron un destino similar. Que las fuerzas aliadas sufrieran tantas bajas, demuestra que estas tropas, a pesar de haber sido reclutadas a la fuerza, mal alimentadas, y dirigidas con indiferencia, tenían un nivel de devoción a su patria desproporcionadamente alto para el trato que de ella recibían. Irónicamente, al no tener que participar de modo activo en la guerra, el gobierno boliviano pudo reestructurar y reconstituir por completo su ejército<sup>195</sup>. Los peruanos, que querían resistir la ocupación chilena, tuvieron que apoyarse en las pocas tropas que sobrevivieron a las batallas por Tarapacá, Tacna y Lima, más las fuerzas que reclutaban en el altiplano. Cada victoria de Chile en el norte aumentaba la carga sobre su guardia nacional: el ejército empleaba a su milicia no para combatir en la guerra sino, también, como fuerza de ocupación. En cambio, Bolivia y Perú usaban su guardia para sustituir las unidades regulares destruidas por los chilenos en su conquista de Atacama, Tarapacá y Tacna.

#### LA LOGÍSTICA DE LA GUERRA

La organización logística de los beligerantes era más primitiva que las tácticas que empleaban en el campo de batalla. El sistema de abastecimiento de Bolivia era, en palabras del ministro de Guerra, Nataniel Aguirre, “tan descuidado en los últimos años, hasta el punto de poderse decir que ya no existía”<sup>196</sup>. El burócrata exageraba solo un poco. Antes del inicio del conflicto, el gobierno había ideado un sistema miserable: simplemente obligaba a las poblaciones locales, en especial a los indígenas, a proveer transporte y alimentación al ejército. Una vez que comenzó la guerra y se expandió el ejército, La Paz adoptó otra técnica, el *prest*; le pagaba a cada soldado una asignación alimentaria diaria: 1.60 bolivianos para comandantes, ochenta centavos para soldados y cuarenta centavos para el personal reclutado<sup>197</sup>. Por lo general, los soldados entregaban estos estipendios a sus rabonas, “las famosas compañeras inseparables de los soldados bolivianos de otros tiempos; estas mujeres extraordinarias, la verdadera encarnación de todas las virtudes y todos los vicios”. Cocineras, amantes,

<sup>194</sup> Vargas Hurtado, *op. cit.*, p. 122.

<sup>195</sup> Hacia fines de 1880, el ejército boliviano consistía en doce batallones de infantería, tres regimientos de caballería y uno de artillería. Díaz Arguedas, *op. cit.*, p. 492.

<sup>196</sup> *Informe del Ministro de la Guerra a la Convención Nacional de 1881*, p. 8.

<sup>197</sup> Manuel Othón a Narciso Campero, Tacna, 29 de junio 1880, en *Documentos relativos..., op. cit.*, p. 31.

enfermeras, lavanderas, cargadoras, camaradas y compañeras guerreras, estas mujeres compartían la carga de sus amantes soldados e, incluso, llevaban sus rifles en marchas largas y de manera ocasional, como en el caso de la Fiera Claros, luchaban en la batalla. Las rabonas del batallón Colorados tenían gran afecto por Hilarión Daza, quien mimaba a tal punto a las mujeres, que ellas también suplicaban que les dieran rifles para defender su régimen. En suma, como señalaba *La Patria*, la rabona desempeñaba para el soldado “desde las elevadas funciones de un intendente de ejército, o de un proveedor, hasta las humildes e indispensables de la vida doméstica”<sup>198</sup>.

Además de las rabonas, otra clase de mujeres, las vianderas, acompañaban también a las tropas. Estas damas trabajaban como proveedoras de comida, cocinando para los hombres que no tenían rabonas. En mayo de 1880, unos días antes de la batalla de Tacna, las vianderas ofrecían, por diez centavos la porción, un desayuno que incluía caldo, pescado asado, huevos o bistec. En la mañana del 26 de mayo, el día de la batalla del Campo de la Alianza o Tacna, las tropas bolivianas recibieron un adelanto de ochenta centavos, que usaron para comprar desayuno. Curiosamente, el inicio de los disparos no puso fin a las actividades de las vianderas. Una cochabambina llamada Lorenza pregona ba la venta de pan, cigarrillos y fósforos cuando explotó un proyectil chileno, cubriendola de polvo. Era una mujer de probidad y monumental calma, se frotó indiferente los ojos y, volviéndose a sus clientes, les advirtió que no se olvidaran de su vuelto<sup>199</sup>.

A pesar de las virtudes de las rabonas, muchos bolivianos desdeñaban el sistema de suministro ad hoc del ejército. *La Patria* de La Paz se quejaba:

“el soldado boliviano, olvida fácilmente que tiene que comer al día siguiente, para darse el placer de beber una copa de aguardiente o satisfacer los caprichos de su rabona”<sup>200</sup>.

El ministro de Guerra compartía esta opinión, quejándose del “numero desconsolador” de rabonas. Si bien esperaba reemplazar el sistema de abastecimiento basado en las rabonas con una intendencia tradicional o un proveedor vinculado al ejército, el Ministro reconocía:

“las condiciones especiales de nuestro territorio y costumbres inveteradas, que es difícil extirpar, se opondrán a la adopción de un sistema más racional para el aprovisionamiento y el servicio del rancho del ejército”<sup>201</sup>.

<sup>198</sup> Ballivián, *op. cit.*, p. 3; *La Patria*, La Paz, 4 de mayo de 1880.

<sup>199</sup> Alba, *op. cit.*, p. 54; Claros, *op. cit.*, pp. 47-48, 52; Díaz Arguedas, *op. cit.*, p. 200.

<sup>200</sup> *La Patria*, La Paz, 4 de mayo de 1880.

<sup>201</sup> Bolivia, Ministerio de Guerra, *Informe*, N° 15; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1882*, p. 12.

En el improvisado sistema de intendencia de Bolivia era inestable y, en el mejor de los casos, colapsaba durante una crisis, por ejemplo, había problemas si el gobierno fallaba en el pago de los *prest* a los hombres; en un caso, las tropas se amotinaron, lo que culminó en la ejecución de ocho hombres cuyos cuerpos las autoridades dejaron sin enterrar, como advertencia visual para los demás descontentos<sup>202</sup>.

En los casos en que las autoridades sí entregaban fondos, las asignaciones no eran ajustadas para responder a las demandas del mercado<sup>203</sup>. Cuando las unidades se ponían en marcha, era muy difícil obtener víveres, a menudo debido a que las autoridades no establecían ni almacenaban depósitos de provisiones<sup>204</sup>. Por ejemplo, durante sus andanzas la 5<sup>a</sup> división se quedó sin pan, azúcar y arroz, lo que obligó a los soldados a arreglárselas con una ración diaria de media libra de harina y carne cada dos días. Sus caballos y animales de carga también sufrían, y en un caso anduvieron días sin forraje. Las tropas que estaban desesperadas de hambre, restringidas a comer berros y larvas de insectos, a veces sacrificaban a sus caballos para sobrevivir. El general Narciso Campero, comandante de la 5<sup>a</sup> división –denominados los Israelitas porque pasaban semanas deambulando en el desierto– lamentó el enfrentarse a una elección terrible: “es imposible marchar adelante... no pudiendo permanecer en este punto desprovisto hasta de pasto para los animales que sirven a la división”<sup>205</sup>. Para alimentar a los hombres y sus animales, el ejército pedía prestado o mendigaba dinero a los civiles. En otras ocasiones los militares requisaban suministros por la fuerza en pueblos, disfrazándose de confiscación. A veces ni siquiera fingían, la 5<sup>a</sup> división simplemente demandaba que los pueblos de Poopo, Cuancani y Hurmiri los alimentara. De manera ocasional, civiles o corporaciones privadas contribuían con provisiones, aunque es probable que lo hicieran más para evitar saqueos o para limitar sus pérdidas que como acto de caridad. Cuando estos métodos fallaban, algunas tropas saqueaban tiendas u hogares de civiles para alimentarse a sí mismos y a sus animales<sup>206</sup>.

<sup>202</sup> Arguedas, *op. cit.*, pp. 221-224.

<sup>203</sup> Narciso Campero, La Paz, 1 de febrero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 145.

<sup>204</sup> Manuel Othón Jofré, 31 de diciembre de 1879, en Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, p. 252.

<sup>205</sup> Narciso Campero al Ministerio de Guerra, San Cristóbal, 6 de noviembre de 1879, en *Documentos relativos...*, *op. cit.*, p. 186.

<sup>206</sup> Narciso Campero al Jefe de Estado Mayor General del Ejército, Cotagaita, 1, 7 de agosto de 1879, en *Documentos relativos...*, *op. cit.*, pp. 49-51; Francisco Buitrago a Narciso Campero, Potosí, 3 de septiembre y 2 de octubre de 1879, *Documentos relativos...*, *op. cit.*, pp. 133, 83; Francisco Velasco a Narciso Campero, 27 de diciembre de 1879; Francisco Benavente a Narciso Campero, San Cristóbal, 3 de septiembre de 1879; E. Apocada a Narciso Campero, San Cristóbal, 24 de diciembre de 1879, en *Documentos relativos...*, *op. cit.*, pp. 198-199; Manuel Landaeta al ministro peruano en Bolivia, Sucre, 26 de septiembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 31; Zolio Flores a Pedro J. Calderón, Lima, 6 de febrero de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 367; Alba, *op. cit.*, p. 46; Claros, *op. cit.*, pp. 14-15 y 59.

Surgían problemas aun cuando había disponibilidad de víveres: aunque el coronel Francisco Benavente reuniera la asignación diaria de su unidad para adquirir comida, los proveedores a veces la distribuían sin cocinar a las tropas. Miguel Birbuet, por ejemplo, reclamó que él y sus compañeros recibían una libra de llama cruda, o carne de alpaca, más cuatro onzas de arroz, que tenían que preparar ellos mismos. Solo con la llegada de algunos italianos y españoles, que abrieron un pequeño hotel, los hombres tuvieron acceso a una comida mejor<sup>207</sup>. Como era de prever, algunos mercaderes peruanos se aprovecharon de la escasez para estafar a “los soldados bolivianos que estaban muertos de hambre y de sed”<sup>208</sup>.

Las rabonas servían como proveedoras de comida o lavanderas, pero ni ellas podían hacerlo todo: si las tropas recién reclutadas esperaban que el ejército las abasteciera de uniformes, pronto se enteraron de que estaban equivocados. Más de un soldado recibió un pedazo de tela con la orden de coser el material para hacerse una prenda de vestir. O los hombres no tenían las habilidades necesarias o los productos fabricados localmente no resistían los rigores del terreno. Sea cual sea el motivo, los comandantes del ejército se quejaban sin cesar de que sus hombres no tenían uniformes, gorros, capas, abrigos, frazadas o zapatos. Sin duda para hacer más dramático su aprieto, describían a sus tropas como casi o por completo desnudas<sup>209</sup>.

Perú también tenía rabonas. Manuel González Prada señaló que estas mujeres indígenas “los seguían fielmente [a sus hombres] hasta el matadero” de Lima. Cuando les preguntaban sus motivos, cada una respondía que había llegado “a matar un chileno”. Un oficial naval francés, M. de León, señaló que la rabona peruana, como sus contrapartes bolivianas, improvisaban o sustituían al sistema de abastecimiento: ella preparaba el campamento, comprobaba comida con la asignación para alimentación de su amante y llevaba a sus hijos en la espalda. “Ellas son verdaderas bestias de carga que soportan con resignación su miserable destino. Su presencia le da un aspecto extraño a los ejércitos peruanos, especialmente a la hora de comer”. Al ver a algunas rabonas trabajando bajo el peso de hijos, vestimenta, utensilios para cocinar

<sup>207</sup> *La Patria*, La Paz, 4 de mayo de 1880; Ballivián, *op. cit.*, p. 4; *La Patria*, Lima, 24 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 237; Alba, *op. cit.*, p. 54; Claros, *op. cit.*, pp. 23, 48; Díaz Arguedas, *op. cit.*, pp. 200, 205; Ochoa, *Diarío...*, *op. cit.*, p. 312; Francisco Benavente a Narciso Campero San Cristóbal, 31 de agosto de 1879, en *Documentos relativos...*, *op. cit.*, pp. 129-130. Alba, *op. cit.*, p. 54; Miguel Birbuet España, *Recuerdos de la campaña de 1879*, p. 47; Claros, *op. cit.*, pp. 59-60.

<sup>208</sup> La entrada del 13 de mayo de 1879, en Claros, *op. cit.*, pp. 14-15.

<sup>209</sup> Alba, *op. cit.*, pp. 54, 66-67; Claros, *op. cit.*, p. 8; Narciso Campero a Hilarión Daza, Potosí, 6 de junio de 1879, Narciso Campero al Jefe de Estado Mayor, Cotagaita, 27 de julio de 1879, Francisco Buitrago al ministro de Hacienda y Guerra, Potosí, 22 de agosto de 1879, Narciso Campero a Francisco Buitrago, San Cristóbal, 3 de septiembre de 1879, Francisco Velasco a Narciso Campero, 27 de diciembre de 1879, en *Documentos relativos...*, *op. cit.*, pp. 14, 47, 88, 97, 198-199.

y leña, un turista italiano indicó de forma galante que estas mujeres proveen “todos los servicios de un buen sirviente y de una buena mula”<sup>210</sup>.

Algunas rabonas peruanas combatían. Una mujer, Dolores, acompañó a su esposo sargento en el ataque a San Francisco. Cuando él cayó, se dice que ella recogió sus armas y gritó: “Cobardes, trepen más rápido; corran como hago yo para vengar al sargento”. Luego, luchó en Tarapacá, pero al parecer murió cuando las tropas se replegaron hacia Arica. Las mujeres acompañaron a las fuerzas irregulares durante las campañas de guerrilla de 1881 y 1882. La mujer del general Andrés Cáceres, Antonia – quien tuvo que huir hacia las montañas para evitar las represalias chilenas– acompañó a su marido durante la muy ardua campaña de la Sierra. Idolatrada por los indios, fue conocida como Taita, la palabra quechua para ‘madre’ o Mama Grande, tal vez en parte porque estaba embarazada<sup>211</sup>. Las mujeres también pelearon en las diferentes batallas en el altiplano: Valentina Melgar y Rosa Pérez lucharon y murieron como irregulares en la batalla de Chupaca; Joaquina Ávila aparentemente dirigió una banda de guerrillas en Sicaya. Otras mujeres –Paula Fiada, María Ávila y Candelaria Estada– también participaron en los enfrentamientos en la sierra<sup>212</sup>.

Lima tenía una enorme ventaja sobre su aliado y más aún sobre su adversario: como estaba luchando en su propio país, sus fuerzas tenían menos problemas de suministro porque podían trabajar con distribuidores ya existentes como Gómez y Cía. No obstante, esto no significó que no tuviera dificultades con sus proveedores<sup>213</sup>. Como Bolivia, Perú tuvo que requisar animales de tiro para mover armas y municiones hacia el interior. Desgraciadamente, los dueños de los animales preferían esconder estas bestias. Lima también tuvo dificultades para el suministro de ropa. Segundo Leiva reclamó que solo un batallón de la 1<sup>era</sup> división, al parecer el batallón Huancané, tenía uniformes.

“En los demás cuerpos –observaba– la desnudez del soldado era completa, solo los individuos de tropa que habían pertenecido a la I División conservaban sus uniformes; los demás vestían la jerga con que salieron de su país, i aun ésta está en mui mal estado...”.

<sup>210</sup> Manuel González Prada, *Impresiones de un reservista*, pp. 213-214; Le León, *op. cit.*, pp. 24-25; Markham, *op. cit.*, pp. 99-100; Pietro Perolari-Malmignati, *op. cit.*, p. 307.

<sup>211</sup> Ernesto A. Rivas, y Víctor M. Mantilla y Huancavilca, *Episodios heroicos de la Guerra del Pacífico 1879-1883*, pp. 88-90; Manrique, *op. cit.*, pp. 201, 203; Antonia Moreno de Cáceres, *Recuerdos de la Campaña de la Breña*, p. 43.

<sup>212</sup> Luis Guzmán Palomino, “La resistencia de fuerzas irregulares que precedió a la victoriosa contraofensiva de Julio de 1882”, vol. II, pp. 400, 478.

<sup>213</sup> Juan Buendía a Mariano Prado, Iquique, 29 de octubre de 1879, en Juan Buendía, *Guerra con Chile. La campaña del Sur. Memoria del General Juan Buendía y otros documentos inéditos*, p. 143; Belisario Suárez, Tarapacá, 23 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 142-144; Guillermo Zilveti al Jefe Superior Político y militar de los departamentos del Sur, 15 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 531.

Además, los hombres no tenían bolsas para municiones ni zapatos decentes. “Lo único que tienen es muchas armas, pero éstas son de tantos tipos diferentes, incluso miniés, que causa muchos problemas”. Precisamente para evitar confusiones al suministrar a las unidades en combate, los peruanos pintaron las cajas de municiones de diferentes colores para identificarlas<sup>214</sup>. De manera inevitable, pasaba a ser un tema de prioridades. Al haber gastado fondos para fabricar capas, bandoleras, ropa y zapatos, no quedaba nada para comprar camisas<sup>215</sup>. Dados estos problemas financieros, el gobierno peruano recurrió a “préstamos forzados” o, como en el caso del oficial provincial José Jiménez, hizo un llamado a las mujeres de Cuzco para que contribuyeran con dinero. La situación se tornó tan difícil que el coronel Agustín Gamarra tuvo que pedirle a Nicolás Piérola seiscientos soles para comprarse un caballo<sup>216</sup>.

Los hombres también sufrían de la falta de raciones, situación que se agravó cuando los mercaderes locales usaron la excusa de la escasez para estafar a las tropas, cobrándoles un sol por una galleta salada y diez por una libra de azúcar. Hombres desesperados en busca de comida saqueaban la zona a menudo; otros se comían a sus animales de carga y caballos. En el transcurso de la guerra, las fuerzas de la resistencia peruana tomaron la iniciativa de comprar suficiente coca para las tropas que operaban en las alturas de Huanta y La Mar.

Antes de la guerra, el ejército de Chile, tal como el de sus adversarios no contaba con una unidad para alimentar o vestir a sus tropas. También usaba el sistema de *prest* de dar a los hombres una asignación para comprar provisiones. De forma ocasional, las tropas recibían alimentos que tenían que preparar. De los tres beligerantes, Chile era el que tenía más dificultades para proveer a sus hombres, en gran parte por la distancia que separaba el frente de guerra del centro del país. Inicialmente, el ejército de Santiago contrató los servicios de proveedores civiles. El gobierno de Aníbal Pinto pronto se aburrió de los proveedores deshonestos, que de manera desvergonzada “entregaban raciones consistentes en charqui agusanado, frejoles viejos, de salitre en vez de sal, que ocasionaban enfermedades”<sup>217</sup>. Por tanto, en mayo de 1879 La Moneda autorizó la creación de un cuerpo de abastecimiento, la Intendencia General

<sup>214</sup> Mariano Prado a Juan Buendía, Arica, 22 de septiembre de 1879, Buendía, *op. cit.*, p. 152; Juvenal Zorrilla al prefecto de Ica, Huayuri, 1 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 63-4; Segundo Leiva al coronel War, Arequipa, 7, 13, 16 de mayo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 70; José Martínez al secretario de Guerra, Ica, 6 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 65.

<sup>215</sup> Andrés Cáceres al Prefecto, departamento de Ayacucho, Izcuchaca, 28 de junio de 1882, en *Diario Oficial*, Lima, 11 de agosto de 1882, en Guzmán Palomino, *op. cit.*, p. 173; Segundo Leiva al coronel War, Arequipa, 7 de mayo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 70; Benito Neto, *La Patria*, Lima, 24 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 237.

<sup>216</sup> Guillermo Zilveti al jefe superior político y militar de los departamentos del Sur, 15 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 531; José Mariano Jiménez, “Circular”, Cuzco, 12 de junio de 1880, pp. 217-218; Agustín Gamarra a Piérola, Arequipa, 11 de febrero de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 86-88.

<sup>217</sup> Medina, *op. cit.*, p. 12; Rafael Pizarro, *Los abastecimientos militares en la Guerra del Pacífico*, p. 35.

del Ejército y Armada en Campaña. Bajo la dirección de un civil, Francisco Echaurren, esta organización logró una serie de objetivos. Creó dos tipos de raciones: las raciones para las tropas en cuarteles y las que estaban destinadas a los hombres en campaña. Ambos incluían charqui, harina tostada, galleta, ajo y cebollas; los que estaban en campamento por más de un día recibían raciones de terreno más porotos, grasa y sal. Más adelante el intendente cambió la dieta: en los cuarteles, los hombres comían carne, papas, masas o arroz, grasa, ajo, sal, galleta o harina, harina tostada, cebollas, azúcar y café. Las raciones secas para consumir en terreno consistían en charqui, porotos, masas o arroz, pan duro y seco, harina tostada, cebollas, grasa, ajo, sal, azúcar y café<sup>218</sup>. La Armada a veces recibía las mismas raciones que el ejército: pan, algunos vegetales, grasa, además de especias y café. Como alternativa al charqui, las autoridades entregaron un buey a la tripulación del *Cochrane*. *La Patria* informaba que en vez de sacrificar al animal por su carne, los marinos lo convirtieron en su mascota, “El Negro que matenían amarrado en la cubierta, incluso durante las batallas”. El diario no indica quién limpiaba la cubierta<sup>219</sup>.

Gracias a la flota y la marina mercante, el sistema de abastecimiento funcionaba relativamente bien, pero solo mientras la fuerza expedicionaria permanecía en Antofagasta. Cuando Chile invadió Tarapacá, el ejército tuvo que avanzar hacia el interior y, por tanto, alejó a las tropas del mar y su conexión vital con el sur. Para remediar este problema, la Intendencia creó y abasteció una serie de bodegas que proporcionaban víveres y municiones a las tropas del interior. Proveer agua y comida a los hombres y animales no fue una tarea fácil, en especial durante las campañas iniciales, que se llevaron a cabo en el desierto o en las tierras altas áridas<sup>220</sup>. Para alimentar durante solo un día a los casi tres mil soldados de la Primera División se requerían ciento veinte mulas para cargar veinte mil litros de agua, cincuenta para transportar la comida, y treinta para el forraje. Los cuerpos de abastecimiento se hicieron cada vez más competentes, eventualmente alimentaron a las tropas con raciones en conserva, logrando hornean diez mil piezas de pan en hornos de campaña.

Cuando las tropas avanzaron hacia el norte, primero a Tacna y luego a Lima, la distancia exigió la capacidad de los transportes y del personal del cuerpo de abastecimiento para cumplir su misión. Para aliviar las dificultades, La Moneda decidió volver al sistema de proveedores en las zonas de la retaguardia, como Antofagasta e Iquique, donde ya existían esos negocios.

<sup>218</sup> Justo Arteaga al Ministerio de Guerra y Marina, Antofagasta, 1 de mayo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 10; Vicente Dávila Larraín al Ministerio, Valparaíso 9 de enero de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. ii, pp. 321-322; “Decreto”, Santiago, 8 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. ii, p. 244; Enrique Vicencio, “Memoria del teniente del batallón Quillota”, p. 15.

<sup>219</sup> J. Brand[s] a Emilio Valverde, Pisco, 16 de agosto de 1881, en Rodrigo Corvalán Constantino, *Huáscar. Las cartas perdidas*, p. 84; *La Patria*, Valparaíso, 1 de julio de 1880.

<sup>220</sup> Emilio Ramírez a Ministerio de Guerra y Marina, Calama, 30 de abril de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 12.

Irónicamente, Santiago contrató a Adolfo Carranza, el mismo escandaloso proveedor argentino que entregaba harina, charqui y maíz a las tropas bolivianas. En un comienzo el ejército compraba carne a otro argentino, quien quizá no tenía tales conflictos de intereses. Volver al sistema de proveedores externos llevó a hombres como Abel Rosales y sus camaradas a quejarse de ser “martirizados por los rancheros y sus amparadores”<sup>221</sup>.

La campaña de la Sierra, que duró dos años y en la cual se combatió en los Andes, lejos del mar, complicó los problemas de abastecimiento de Chile. Las autoridades intentaron enviar víveres y vestimenta por ferrocarril, pero los irregulares peruanos les tendían emboscadas y destruían a los trenes para luego quedarse con los objetos que encontraban como, por ejemplo, botas<sup>222</sup>. Cuando las rutas de suministro estaban abiertas, las tropas recibían “charqui agusanado” y galleta tan dura como concreto; cuando se cortaban las líneas de suministro, las tropas, como el soldado del 2º de Línea Marcos Ibarra, subsistían de té de coca y masa frita con sabor a manteca, guiso de papas o fideos. Los hombres comían carne de llama la mayor parte del tiempo, y vacuno solo cuatro veces al mes. No es de sorprender que cuando estaban con licencia, los soldados se dedicaran a buscar comida en el campo, robando gallinas y cerdos a los indios. La situación llegó a tal punto que el soldado raso Marcos Ibarra, cuyos zapatos estaban en estado de desintegración, se llevó las botas de un soldado muerto. Sin embargo, justo antes de partir a Lima, los hombres recibieron camisas y ropa interior nueva, además de la orden de afeitarse: su comandante no quería que sus hombres entraran a Lima con aspecto vergonzoso<sup>223</sup>.

Ni en su momento de mayor eficiencia, los cuerpos de abastecimiento pudieron atender la necesidad de la tropa de compañía femenina. Por fortuna, los soldados tenían su propia solución: hordas de damas dóciles acompañaban a las tropas chilenas hacia el campo de batalla. Sería grosero, además de incorrecto, calificar de prostitutas a todas las mujeres que seguían a sus hombres; muchas, tal vez la mayoría, eran las convivientes de los soldados. Además, las legiones chilenas no tenían que importar rameras porque, como se quejaban los comandantes de las tropas, había tantas prostitutas locales infectando los pueblos recién capturados que constituyan “una plaga en todos los sentidos de la palabra”. Una de estas mujeruelas, una adolescente chilena, se hizo famosa por ser la amante del general peruano Juan Buendía. Independiente de su nacionalidad, estas damas rápidamente transmitieron a las tropas chilenas lo que la madre de Arturo Benavides Santos llamó “enfermedades vergonzosas”. En efecto, luego de dos meses del comienzo de la guerra, el ministro de Guerra se quejó de la forma “lamentable” en que las enfermedades venéreas se habían propagado a través de la fuerza expedicionaria. Roberto Souper, un oficial que servía en el norte, se

<sup>221</sup> Justo Abel Rosales, *Mi campaña al Perú, 1879-1881*, p. 129.

<sup>222</sup> Arturo Sepúlveda Rojas, *Así vivieron y vencieron, 1879-1884*, p. 164.

<sup>223</sup> Véase Marcos Ibarra Díaz, *Campaña de la Sierra*, pp. 76-77 y su “El rigor de la Sierra”, pp. 50-51, 56.

quejó que “han remitido unas 60 putas malditas que estaban infectando a todos los soldados, incluso oficiales, para remate”. El ejército chileno luego descubriría que podía vencer a los anfitriones aliados, pero no a la sífilis y la gonorrea<sup>224</sup>.

Como los médicos no tenían la capacidad de curar estas infecciones, lo único que podían hacer las autoridades era emular al cirujano del regimiento de Arturo Benavides Santos: advertir a los soldados sobre estos males y, más importante, contarles cómo evitarlos. Para limitar la propagación de la infección, el ministro de Guerra sugirió que las autoridades realizaran inspecciones médicas cada semana a todas las prostitutas, aislando a las infectadas hasta que se curaran o expulsándolas de la zona de guerra. Como las tropas podían llevar la enfermedad desde Chile hacia el norte, también sugirió que el ejército filtrara a los reclutas, prohibiendo a los infectados viajar al frente<sup>225</sup>. Estas advertencias fracasaron. En la última quincena de diciembre de 1879, el cincuenta y seis por ciento de las tropas chilenas enfermas sufría de enfermedades venéreas<sup>226</sup>. Aunque las autoridades trataron de hacer cumplir las regulaciones sanitarias –el médico Guillermo Castro, por ejemplo, recibió una orden que decía que ninguna mujer soltera podía quedarse en el campamento a menos que poseyera un certificado de buena salud– fracasaron. En los últimos tres meses de 1882, ciento veinte hombres del batallón Talca contrajeron enfermedades venéreas mientras permanecían en la guarnición del puerto de Callao<sup>227</sup>.

Sea cual fuera su situación, las mujeres se hicieron tan omnipresentes entre las tropas que un capellán escandalizado trató de expulsarlas de los cuarteles y prohibirles bañarse con los hombres. La administración trató de impedir que las damas acompañaran a sus esposos o amantes, pero estos esfuerzos, tal como los orientados a limitar enfermedades venéreas, fracasaron. Las mujeres a menudo vestían uniformes para colarse en los transportes de las tropas. Las autoridades descubrieron a veinte mujeres que acompañaban a las tropas a bordo del *Copiapó*, mientras que la *Revista del Sur* de Concepción reclamó que cuando una unidad de la guardia nacional local viajó al norte, la ciudad perdió entre ocho y nueve mil personas, entre ellas varias mujeres. Exasperadas, las autoridades ordenaron a una corte militar enjuiciar a una de las polizones, un castigo que más de un diario consideró demasiado severo. Como los chilenos entablaron de forma aparente amistad con varias mujeres peruanas, cualquier esfuerzo por detener el flujo de mujeres hacia el norte estaba destinado a fallar<sup>228</sup>.

<sup>224</sup> Roberto Souper a Cornelio Saavedra, 26 de junio de 1879, en ANFV, vol. 559.

<sup>225</sup> Arturo Benavides Santos, *Seis Años de vacaciones*, pp. 35-36; 39; Basilio Urrutia al Comandante del Ejército del Norte, Santiago, 10 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 39.

<sup>226</sup> Rafael Poblete, “Servicio sanitario en la Guerra del Pacífico”, p. 485.

<sup>227</sup> Guillermo Castro E., *Diario de Campaña, 1880-1881*, p. 43; S. Urizar Garfias (Batallón Talca) al Comandante General de Armas, Trujillo, 8 de febrero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. V, pp. 467-468.

<sup>228</sup> Ruperto Marchant Pereira a Jorge Montes, Antofagasta, 18 de marzo de 1879, en Ruperto Marchant Pereira “Correspondencia del Capellán de la Guerra del Pacífico Pbro. D. Ruperto

Aunque a regañadientes, el ejército terminó por aceptar cierta presencia femenina. Las seguidoras de los campamentos y sus familias acompañaron a los regimientos en su marcha a Lima, aunque su presencia a veces causaba altercados. Las mujeres chilenas permanecieron al lado de sus hombres durante la campaña especialmente hostil de la Sierra. En un caso, la mujer embarazada de un sargento empezó a tener contracciones durante una prolongada travesía en los Andes. Su caballo siguió a las tropas hasta que ella se bajó, se recostó sobre una cama de mantas y dio a luz a su hijo; después de eso volvió a montar su caballo para continuar el viaje<sup>229</sup>.

Algunas mujeres chilenas participaban de manera activa en la guerra. Dolores Rodríguez luchó al lado de su marido en Tarapacá, donde sufrió algunas heridas al mismo tiempo que ella, al parecer, infligió varias al enemigo. Más adelante, ella reconoció que extrañaba el barullo del combate.

“Es tan agradable socorrer un herido –observó– pasar un vaso de agua o de aguardiente a un compañero fatigado i, sobre todo, disparar de cuando en cuando un tiro i matar a un cholo”.

Al parecer, masacrar soldados aliados no inmutaba a doña Dolores, ni tampoco la posibilidad de su propia muerte. Señaló: “tengo el consuelo que he mandado ya adelante algunos cholos para que me tengan preparado el camino de la otra vida”<sup>230</sup>.

Además de las esposas o amantes de los soldados, que a menudo no eran muy apreciadas, el ejército chileno creó un nicho especial para las cantineras. A diferencia de las rabonas, las cantineras recibieron un reconocimiento oficial de parte del gobierno y eran asignadas a una unidad específica. La integración de estas mujeres no fue fácil. Algunos cuestionaron la política de permitir cantineras, pero prohibir a las esposas unirse a sus hombres. En principio, las autoridades chilenas, como los médicos Wenceslao Díaz y Francisco Echaurren, se opusieron a las cantineras, pues temían que redujeran la velocidad de las marchas, consumieran raciones adicionales y causaran peleas entre los hombres que buscaban ser favorecidos por ellas. Pero de manera eventual, las autoridades aceptaron su presencia y asignaron dos damas “de moralidad reconocida” a cada regimiento. Algunos comandantes, como el del Segundo de Línea, que ya había expulsado a la mayoría de las mujeres, permitió que

---

Marchant Pereira”, p. 354; *El Censor*, San Felipe, 10 de febrero de 1880; *El Mercurio*, Valparaíso, 20 de enero de 1880; *La Revista del Sur*, Concepción, 24 de febrero de 1880; Benavides, *op. cit.*, p. 95.

<sup>229</sup> William Alison Dyke Acland, *Six weeks with the Chilian army. Being a short account of a march from Pisco to Lurin and of the attack on Lima*, p. 16; William Alison Dyke Acland, “Descripción del Ejército del Norte”, p. 71; Benavides, *op. cit.*, p. 201.

<sup>230</sup> *La Discusión*, Chillán, 8 de enero de 1880; Francisco Figueroa Brito, “Epistolario de Francisco Figueroa Brito”, p. 137.

las damas de “sabiduría reconocida y buenas costumbres” permanecieran como enfermeras<sup>231</sup>.

Por lo general las cantineras servían como médicos en el campo de batalla. María Ramírez, por ejemplo, llevaba agua a los heridos. Cuando los hombres estaban demasiado débiles para beber, se llenaba la boca de agua y la chorreaba directamente desde su boca a la de ellos. Pero María Ramírez, al igual que otras, como Carmen Vilches, a veces tomaba el arma de un soldado herido para unirse a la batalla. Otras alentaban a los soldados: “Adelante hijitos, valor i que Dios los ayude” gritaba la cantinera del regimiento Coquimbo. Aunque oficialmente no eran combatientes, sufrieron la misma suerte que sus camaradas. Tres de ellas, por ejemplo, murieron junto a los hombres en la funesta batalla de Tarapacá; otras murieron en La Concepción. Juana López se alistó en una unidad de guardia movilizada en Valparaíso mientras su marido y tres hijos se unían a otras. Ella logró sobrevivir todas las batallas de la guerra, pero su familia no: todos murieron. Se retiró de la guerra con un puñado de medallas, la espada de un oficial del ejército aliado –que cargó en un desfile de victoria en Lima– y un bebé<sup>232</sup>. Las cantineras tenían tanto prestigio que no es de extrañar que Víctor Torres Arce escribiera *Las cantineras del Segundo de Línea*, una novela que describía a una de las mujeres que murieron en Tarapacá. La prensa también alabó su patriotismo, aunque la partida de tantas mujeres dejó a Lota, un centro minero de carbón en el sur, con escasez de empleadas domésticas. Después de 1881, tras una reducción en el tamaño del ejército, disminuyó la necesidad de reclutarlas. Después de eso, traficantes de blancas se dedicaron a acechar a la población femenina de Lota en un intento por captar mujeres para trabajar en los burdeles de Valparaíso<sup>233</sup>.

Además de víveres y vestimenta, los ejércitos beligerantes necesitaban adquirir armas pequeñas, artillería y municiones para reemplazar a las que se perdían en las batallas y para equipar a los nuevos reclutas. Perú tenía a comprar armas de fabricantes estadounidenses, quienes idearon una serie de tretas para evitar las leyes de neutralidad de Estados Unidos. Charles Flint, quien había servido como cónsul de Perú y agente financiero en Nueva York, envió diez torpedos Pratt Whitney, envueltos en hule, además de botes torpedos

<sup>231</sup> Francisco Echaurren al Ministerio, Valparaíso, 2 de agosto de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 26; Wenceslao Díaz al Int. de Ejército y Marina, Santiago, 1 de agosto de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 26; Erasmo Escala al Ministerio de Guerra y Marina, Antofagasta, 7 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. vi, 25-26.

<sup>232</sup> Urquieta, *op. cit.*, vol. ii, p. 12; Juan Martínez (C.O. del Btn. Atacama) al General, Alto de la Villa, Moquegua, 25 de marzo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. ii, pp. 434-435; “Juana López, cantinera”, p. 21.

<sup>233</sup> *Los Tiempos*, Santiago, 2 de abril de 1880; *El Telégrafo*, Chillán, 16 de mayo de 1879; *El Lota*, Lota, 1 de junio de 1879; *La Esmeralda*, Lota, 16 de abril de 1882; *El Maipo*, San Bernardo, 18 de abril de 1880.

desmantelados, en cajas rotuladas como “carruajes”<sup>234</sup>. Grace Brothers, otro proveedor estadounidense, envió a los peruanos cinco ametralladoras Gatling, cincuenta mil rifles, casi un millón de balas –algunas de ellas en barriles rotuladas como “manteca”– además de diez torpedos Lay<sup>235</sup>.

Las rutas de comercio a Lima desde Europa o Estados Unidos eran complicadas y por ello más sujetas a interrupciones que el envío de equipamiento militar a Chile. Embarcado en navíos rumbo a Panamá, el contrabando debía ser descargado y transportado por tren a Balboa, donde era reembarcado con destino a Callao. Claramente, las autoridades colombianas podrían haber embargado las armas, pero en general no lo hacían: agentes peruanos sobornaban a los oficiales locales, empleados de ferrocarriles y también a dueños de diarios para que publicaran propaganda a favor de Perú. Sin embargo, la inestabilidad política colombiana producía a menudo cambios abruptos en su política de neutralidad, lo que daba a los peruanos un sinfín de angustias y los obligaba a pagar sobornos adicionales. En 1880, las autoridades colombianas prohibieron este tráfico, aunque después cambiaron su política.

La convivencia de los panameños no siempre funcionaba. En más de alguna ocasión los cajones de embalaje se hacían astillas, lanzando afuera sus contenidos. Cuando esto sucedía, o cuando creían que los representantes chilenos estaban tratando de evitar que los peruanos transfirieran sus armas, los agentes peruanos se arreglaban para cargar las armas en naves de cabotaje para luego transferirlas, en alta mar, a otras embarcaciones que hicieran el viaje hasta Callao. Para evitar ser engañados, lo que sucedió más de una vez, los agentes de Lima reclamaron el derecho a examinar las armas militares antes de enviarlas hacia el sur. Para evitar que los chilenos descubrieran lo que estaban haciendo, los agentes peruanos tenían que entrar en los almacenes de depósito de aduana de noche para completar las inspecciones<sup>236</sup>.

<sup>234</sup> Charles Flint, *Memories of an Active Life*, p. 85.

<sup>235</sup> Alexander G. de Secada, “Arms, Guano, and Shipping: The W. R. Grace Interests in Peru, 1865-1885”, p. 612.

<sup>236</sup> Manuel Irigoyen a Ramón Vallarino, “Secreto”, Lima, 14 de abril de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 24; Luis E. Márquez al Ministerio de Relaciones Exteriores, Panamá, 5 de mayo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 26-27; Manuel Irigoyen al Ministerio Peruano en América Central, “Secreto”, Lima, 28 de mayo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 30; Luis E. Márquez al Ministerio de Relaciones Exteriores, Panamá, 4 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 27; Luis E. Márquez al Ministerio de Relaciones Exteriores, Panamá, 18 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 28; Luis E. Márquez al Ministerio de Relaciones Exteriores, 29 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 32-33; Luis E. Márquez al Ministerio de Relaciones Exteriores, 13 de agosto de 1879, 17 de septiembre de 1879, 1 de octubre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 35, 39-41; R. Vallarino al Ministerio de Relaciones Exteriores, 18, 23 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 46-47; Declaración del gobierno colombiano, Panamá, 27 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 47-48; Vallarino al Ministerio de Relaciones Exteriores, 19 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 49; Ansenio V. de la Torre al Ministerio de Relaciones Exteriores, Buenos Aires. 5 de junio, 31 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 75-76; M.M. Rivas al Ministerio de Relaciones Exteriores, Panamá, 27 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 102.

Después de la destrucción de la armada peruana, transportes con bandera extranjera, ocasionalmente, lograron descargar suministros militares en uno de los numerosos puertos no vigilados de Perú. El bloqueo chileno de los principales puertos peruanos hacia tan difícil importar objetos que las autoridades peruanas ofrecieron a sus ciudadanos una recompensa por entregar cualquier rifle Peabody, Remington o Comblain, un caballo o cien rondas de municiones. Los que se negaban a vender sus armas o municiones a las autoridades recibían una multa de doscientos soles y pasaban seis meses en la cárcel. El gobierno ofrecía cien soles a cualquiera que tuviera información que facilitara el cumplimiento de esta medida. Estos problemas se agudizaron tras la toma de Lima. El general Andrés Cáceres, quien dirigía la resistencia a Chile, prometió una recompensa –al parecer pagable en pagarés con intereses– a cualquiera que entregara sus armas a las autoridades<sup>237</sup>.

Al igual que sus enemigos, Chile también enfrentó problemas para comprar armas, municiones y equipamiento bélico de fabricantes extranjeros. Gran Bretaña, por ejemplo, se negaba a permitir que Chile recibiera suministros militares o navales en tierra inglesa. Por su lado, los diplomáticos peruanos intentaban detener estos envíos. A veces fallaban cuando los funcionarios ingleses argumentaban que no podían diferenciar un bote de torpedo sin armamento de una lancha civil. Normalmente los agentes de Santiago enviaban lo que los ingleses consideraban contrabando de guerra, primero al continente europeo, por lo general a Bélgica o Alemania, donde podía ser transbordado a Chile. Los funcionarios estadounidenses eran casi tan rígidos como sus colegas británicos. El ministro de Aníbal Pinto en Estados Unidos algunas veces tuvo que enviar armas a Inglaterra y desde ahí a Alemania.

A diferencia de Perú, Chile en general no tenía muchos problemas para transportar los envíos de armas que llegaban a Valparaíso vía el estrecho de Magallanes. Aunque una vez, en el invierno de 1879, los peruanos intentaron, sin éxito, interceptar a un envío de armamento. Los agentes peruanos también intentaron, de nuevo sin éxito, convencer a los diplomáticos rioplatenses de prohibir a barcos que llevaban armamentos a Chile, detenerse en puertos argentinos o uruguayos. Las autoridades peruanas sugirieron que algunos agentes intentaran capturar los navíos que llevaran una patente de corso boliviana.

A medida de que el ejército chileno crecía, también lo hacía la demanda militar por armas pequeñas, artillería y municiones. Como los fabricantes belgas del Comblain II no podían satisfacer el hambre de La Moneda por armas o cartuchos, las autoridades chilenas tuvieron que encontrar sustitutos. Naturalmente, el hecho de que las tropas llevaran tal variedad de rifles dificultaba mucho el proceso de suministro. De manera eventual, las autoridades chilenas compraron rifles Chassepot, Peabody, Grass y Beaumont a los que

<sup>237</sup> Juan M. Echenique, “Bando”, Lima, 21 de enero de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 344; Andrés Cáceres, Tarma, 22 de julio, 29 de noviembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 247, 387-338.

les cambiaron la recámara para que cupieran cartuchos del mismo tamaño que los del Comblain. Algunas veces este arreglo funcionaba, pero otras veces no. En 1880 Santiago adquirió otros diecisés mil rifles Gras que habían sido modificados para que aceptaran balas Comblain. Al mismo tiempo, el diplomático Alberto Blest Gana compró unos veinticuatro millones de cartuchos, quince millones de ellos llenos de pólvora.

Adquirir municiones era solo uno de los obstáculos; encontrar una compañía de transporte, como Kosmos Line, para llevar estas balas o proyectiles resultó bastante difícil. El temor a un incendio a bordo de un barco de municiones hacía vacilar al marinero más valiente y también al armador más codicioso. Curiosamente, los veleros estaban dispuestos a llevar municiones, tal vez porque eran menos valiosos, pero estos viajes demoraban tres meses en llegar a Chile<sup>238</sup>. Por último, una compañía naviera aceptó transportar este peligroso cargamento, pero solo si los chilenos pagaban un seguro de cuatro mil libras esterlinas. Cuando se desató la guerra, los costos del seguro subieron. Para minimizar los gastos, algunas compañías navieras sugirieron enviar por separado los casquillos de los cartuchos, las balas y la pólvora. Al final, la mayoría de los envíos de armamento llegaron sanos y salvos, pero un navío, el *Alwick Castle*, explotó, al parecer víctima de polvo de carbón inflamable, no de munición sobrecalentada. Por suerte para la tripulación y los habitantes de las cercanías, el navío no llevaba pólvora<sup>239</sup>.

De las tres naciones, Bolivia parecía ser la más agobiada por los problemas de logística. Las armas llegaban a La Paz solo después de pasar por un puerto argentino, por lo general Buenos Aires o Rosario, y luego de seguir un largo viaje a través de las pampas. Normalmente La Paz tenía que contratar los servicios de un agente, a menudo el infame Adolfo Carranza, para actuar como intermediario. En agosto de 1879, llegó un envío de tres mil rifles a Bolivia a pesar de que había disturbios en Argentina, lo que interrumpía los viajes, a pesar de que los chilenos intentaron detenerlo. Pero Adolfo Carranza no era de fiar. Hilarión Daza, que no desconocía el engaño, denunció al mercader de armas argentino como “un especulador y... un hombre de mala fe”, en parte porque a veces vendía municiones defectuosas a los bolivianos. Las afirmaciones de Hilarión Daza no carecían de mérito: Narciso Campero reclamó que

<sup>238</sup> Alberto Blest Gana al Ministerio de Guerra, París, 6 de marzo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 6; C. Morla Vicuña a Alberto Blest Gana, Amberes, 5 de marzo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 6-7; Alberto Blest Gana al Ministerio de Guerra, París, 21 de marzo, 18 de abril, 29 de mayo, 11 de julio, 8 de agosto y 29 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 7-9, 11-12, 14-17, 20-21; C. Morla Vicuña al Ministerio de Guerra, París, 17 de mayo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 10-11; Alberto Blest Gana al Ministerio de Guerra, París, 28 de enero y 20 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VI, pp. 21-22, 26.

<sup>239</sup> Alberto Blest Gana al Ministerio de Guerra, Londres, 20 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 25; C. Morla Vicuña al Ministerio de Guerra, Hamburgo, 12 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 25-26.

de cuarenta y cuatro mil balas que entregó el argentino, cuarenta y dos mil se atascaban en los rifles. Adolfo Carranza tenía su propia serie de quejas: se negó a entregar equipamiento bélico a la 5<sup>a</sup> división hasta que Hilarión Daza le pagara. Creyendo que Adolfo Carranza los estaba estafando, los bolivianos rechazaron sus demandas, confiados en que sus tropas podían sobrevivir sin la asistencia del argentino<sup>240</sup>.

En vez de esperar los envíos del exterior, los beligerantes trataron de manufacturar sus propias armas y municiones. Bolivia, por ejemplo, estableció una fundición en Cochabamba y una fábrica de monturas en Oruro; su casa de moneda fabricó balas. La maestranza de Perú fabricó proyectiles para la artillería. Lima también tenía una fábrica de pólvora, que producía explosivos de mejor calidad a un costo más bajo que las importaciones y operaba con ganancias. En Chile, varias fundiciones producían armas, cañones o reparaban armas de fuego. Pero Aurelio Arriagada se quejó de que no hubiera una instalación para manufacturar pólvora y otra para producir balas. Una planta así, señaló, permitiría a Santiago adquirir municiones por menos costo que las importadas y garantizaría que el Estado las tuviera en tiempos de guerra<sup>241</sup>. En efecto, los talleres del ejército lograron producir municiones para armas pequeñas, empleando a veces cartuchos usados. Pero no tuvieron una máquina para producir casquillos de cartuchos hasta 1882<sup>242</sup>.

Ninguno de los ejércitos en pugna creó unidades de transporte o de telecomunicaciones. De hecho, Bolivia empezó la guerra sin un sistema telegráfico ni ferroviario doméstico, y perdió los pocos kilómetros de línea cuando los chilenos conquistaron el desierto de Atacama. Aunque Perú y Chile dependían de los ferrocarriles para llevar a cabo la guerra, estos no representaron un papel tan importante como lo hicieron en América del Norte o Europa Occidental. En parte, esto ocurrió porque ni los chilenos ni los peruanos poseían un sistema ferroviario tan extenso como Prusia, Francia o Estados Unidos. En el caso de Chile, el sistema ferroviario estatal, que cubría unos mil seiscientos kilómetros, transportaba hombres y suministros desde el Valle Central a Santiago y luego

<sup>240</sup> Otro agente, Alejandro Fraser también se negó a entregar balas hasta recibir el pago. Telmo Ichaso a Narciso Campero, Tupiza, 5 de octubre de 1879, en *Documentos relativos...*, *op. cit.*, p. 110; Hilarión Daza a G. Campero, Tacna, 21 de agosto de 1879; Narciso Campero al Jefe de Personal, Cota, 1, 5 de agosto de 1879, en *Documentos relativos...*, *op. cit.*, pp. 6, 49-50; Agustín Blanco a J.L. Quiñones, Cochabamba, 12 de septiembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 30-31; Manuel Landaeta al ministro peruano en Bolivia, Sucre, 26 de septiembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 31; Manuel Landaeta al ministro peruano en Bolivia, Potosí, 26 de septiembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 31; Alba, *op. cit.*, p. 33.

<sup>241</sup> Francisco Buitrago a Narciso Campero, Potosí, 1 de agosto de 1879 en *Documentos relativos...*, *op. cit.*, p. 78; Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria 1883*, *op. cit.*, p. 21; Perú, Ministerio de Guerra y Marina, 1878, *op. cit.*, pp. 6-7, 9; Chile, Ministerio de Guerra, 1878, *op. cit.*, p. 107; Le León, *op. cit.*, p. 23; *El Peruano*, Lima, 9 de junio de 1879.

<sup>242</sup> A. Benedicto, “Servicio de Alimentación y Amunicionamiento en la guerra de 1879-1884”, pp 63-64.

a Valparaíso, el puerto de embarque hacia el norte. En el norte existían unos mil cien kilómetros de vías férreas de propiedad privada, pero estas líneas por lo general transportaban mineral desde las minas a puertos cercanos para su exportación. La red ferroviaria de Perú consistía básicamente en unos mil quinientos kilómetros de líneas que eran propiedad del gobierno. Una de las líneas más importantes del país recorría los ciento cuarenta kilómetros desde el puerto de Callao a la capital y desde allí hacia los faldeos de los Andes; otra línea conectaba Arequipa y la región de Puno con Mollendo, un puerto seis-cientos cuarenta kilómetros al sur de Lima. Al igual que Chile, Perú tenía una serie de líneas férreas regionales que unían a los centros agrícolas o mineros con los puertos cercanos<sup>243</sup>.

Ninguno de los bandos trató de incorporar los ferrocarriles a las fuerzas armadas creando unidades especiales que dirigieran la red de transporte. En parte, esto se puede haber debido a una falta de personal técnico. Hacia 1870, por ejemplo, solo se había graduado un ingeniero civil de la Universidad de Chile<sup>244</sup>. Por otro lado, tal vez estaba demasiado arraigada la tradición de respetar la propiedad privada. Cuando los militares chilenos necesitaban mover tropas fuera del país, no requisaban el sistema férreo del enemigo sino que lo alquilaban<sup>245</sup>. Dirigidos por el ingeniero Federico Stuven, que había estudiado en Europa, los chilenos también usaron las vías férreas peruanas, cuando tenían la buena suerte de capturarlas intactas, para mover suministros hacia Tarapacá, para mover tropas de Tacna a Arica, y para transportar hombres y equipamiento bélico desde la costa al altiplano durante la fase final de la guerra. Pero durante la ocupación de Perú, cuando el administrador chileno Patricio Lynch fue virrey *de facto*, seguía pagando la cuenta de flete, aunque con un descuento de cincuenta por ciento, a los dueños de la línea entre Callao y Lima, el *Ferrocarril Inglés* y el *Central Transandino*, para transportar hombres y equipamiento militar en sus trenes<sup>246</sup>.

Chile y Perú tenían acceso a un sistema telegráfico; con unos cinco mil seiscientos kilómetros de línea, el chileno era el más grande. De nuevo, ninguno de los beligerantes creó un cuerpo de telecomunicaciones para operar el telégrafo<sup>247</sup>. En cambio, patrocinaban a las compañías de comunicaciones de propiedad particular, tal como lo hacían con las vías férreas. Gracias a la bancarrota de la Compañía Nacional Telegráfica en 1875, el gobierno peruano se hizo propietario del sistema telegráfico doméstico del país. Recién en 1880, el

<sup>243</sup> “Sinopsis estadística de la República de Chile”, en *Diario Oficial*, Santiago, 5 de enero de 1880; Markham, *op. cit.*, pp. 42-43; Basadre, *op. cit.*, vol. v, p. 2061.

<sup>244</sup> Sergio Villalobos *et al.*, *Historia de la ingeniería en Chile*, p. 159.

<sup>245</sup> *Diario Oficial*, Santiago, 30 de agosto de 1880.

<sup>246</sup> Patricio Lynch, *Memoria que el vice-almirante D. Patricio Lynch jeneral en jefe del Ejército de operaciones en el norte del Perú presenta al supremo gobierno de Chile*, pp. 82-83.

<sup>247</sup> “Sinopsis estadística”, en *Diario Oficial*, Santiago, 5 de enero de 1880.

gobierno nombró a Carlos Paz Soldán, quien había sido el director general de los telégrafos civiles, como jefe de la sección telegráfica del Estado Mayor<sup>248</sup>. Tras la captura de Lima, los chilenos recurrieron al sistema telegráfico al mismo tiempo que eran clientes de las líneas férreas. Santiago siguió empleando a telegrafistas peruanos quienes, por su puesto, ponían en peligro la seguridad del sistema. Bolivia, como se señaló antes, no tenía telégrafos operando dentro del país.

#### EL SERVICIO MÉDICO

Considerando la demora en la creación de un sistema de abastecimiento, no debiera sorprender que los ejércitos beligerantes tampoco establecieran un cuerpo médico. Aunque los cuadros de organización de los ejércitos bolivianos y peruanos incluían puestos para cirujanos y también un cirujano general, no existían unidades médicas cuando empezó la guerra<sup>249</sup>. Sin embargo, en mayo de 1879, la administración de Mariano Prado logró mantener una unidad de ambulancia en el campo de batalla que ayudó a los heridos de la *Independencia*; también atendió a los heridos de la batalla de San Francisco. Sin embargo, no fue hasta 1881 que el ejército peruano trató de promulgar varios reglamentos que rigieran al servicio médico<sup>250</sup>. El gobierno boliviano también publicó reglamentos para la creación de un servicio médico en junio de 1879, aunque no fue hasta diciembre de 1879, después de enterarse de que “nuestros heridos quedaran abandonados en el campo [de la batalla de San Francisco] a la piedad del vencedor,” que los bolivianos organizaron formalmente el Cuerpo de Ambulancias. La primera unidad médica, que consistía en tres compañías de ambulancias y estaba integrada por médicos civiles, llegó a tiempo para participar en la batalla de Tacna en mayo de 1880<sup>251</sup>. Los peruanos tenían algunas de las mismas ventajas para proporcionar atención médica como para el abastecimiento de sus hombres: como casi toda la guerra ocurría en su territorio, el gobierno pudo usar el personal médico y las instalaciones hospitalarias ya existentes para ayudar a los heridos y enfermos de la patria.

Los chilenos no tenían ese lujo. Cuando sus tropas ocuparon Antofagasta, por ejemplo, el hospital civil local demandó que Chile pagara por el cuidado

<sup>248</sup> Perú, Ministerio de Guerra, Comisión Permanente de la historia del ejército de Perú, *La gesta de Lima*, pp. 30-31.

<sup>249</sup> Perú, Ministerio de Guerra y Marina, 1878, *op. cit.*, p. 69 señala que el cuerpo médico consistía en cincuenta y siete hombres.

<sup>250</sup> Nava Carrión, *op. cit.*, pp. 21, 46; Juan Lastres, *Historia de la medicina peruana*, vol. III, pp. 239, 243; Plácido Garrido Mendivilto presidente Junta Central de Ambulancias, Arica, 3 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 50-51.

<sup>251</sup> Zenón Dalence, *Informe histórico del servicio prestado por el cuerpo de ambulancias del ejército boliviano*, pp. 2, 56; Díaz Arguedas, *op. cit.*, p. 171; Manuel Othón Jofré a Prefectos, La Paz, octubre de 1879 en Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, p. 256.

entregado a los militares<sup>252</sup>. En realidad, el ejército de Chile no tuvo médicos hasta después del inicio de la guerra. Los soldados que tenían la mala suerte de enfermarse buscaban atención de un médico civil, un hospital de caridad, o un camarada solidario. Tal vez como este sistema frágil había funcionado bien en la frontera con los indígenas, el ejército descuidó incluir un médico o ambulancias cuando sus fuerzas invadieron el litoral boliviano. Recién a principios de mayo de 1879, cuando veintenas de sus fuerzas expedicionarias de cinco mil hombres empezaron a caer por una variedad de males, el general Justo Arteaga pidió al ministro de Guerra que enviara instrumental médico, medicamentos y los médicos para usarlos. La petición llevó al gobierno a crear un cuerpo de servicio de ambulancias, cuya dirección fue encargada eventualmente al médico Ramón Allende Padín.

Los servicios médicos para los combatientes, como su sistema de abastecimiento, eran una mezcla de participación estatal y empresa privada<sup>253</sup>. Las unidades médicas chilenas, por ejemplo, que quedaron bajo la autoridad de la Intendencia General del Ejército y Armada en Campaña, estaban integradas por médicos civiles. La filantropía privada y pública proveía las ambulancias, instrumentos y medicamentos. Bolivia, como Chile, dependía en cierta medida de la caridad pública y de médicos civiles para entregar atención médica<sup>254</sup>. Esta dependencia de donaciones persistió a lo largo de la guerra: los representantes bolivianos tuvieron que pedir fondos al arzobispo Juan de Dios Bosque para pagar la repatriación de sus heridos. Desafortunadamente, la donación del clérigo, de dos mil pesos, no fue suficiente. En un caso, el general chileno Manuel Baquedano tuvo que conseguir el pasaje<sup>255</sup>. Incluso, los médicos peruanos tuvieron que pedir prestado dinero después de la batalla de Dolores o San Francisco, para costear el cuidado de los heridos<sup>256</sup>. Al margen de sus deficiencias, algunos chilenos consideraban que el servicio médico boliviano, como también el de Perú, funcionaban mejor que el de Chile<sup>257</sup>.

Para los heridos, los tres países en guerra adherían a la Convención de Ginebra. Y hay que reconocer el mérito de las unidades médicas de los beligerantes, que a menudo atendían a los enemigos heridos, además de los suyos. Esta generosidad de espíritu resultó afortunada para Chile: en noviembre de 1879 el general Erasmo Escala tuvo el descuido de no incluir ambulancias o médicos en

<sup>252</sup> Poblete, “El servicio...”, *op. cit.*, p. 470.

<sup>253</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria 1879*, p. 7; Poblete, “El servicio...”, *op. cit.*, pp. 468-469.

<sup>254</sup> Dalence, *op. cit.*, pp. 5 y 22.

<sup>255</sup> Federico Granier y L. Salinas Vega al arzobispo Juan de Dios Bosque, Tacna, 6 de agosto de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 403-404; Arzobispo a Federico Granier, La Paz, 17 de agosto de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 404; Dr. Z. Dalence al Obispo, Tacna, 16 de agosto de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 405-406.

<sup>256</sup> Plácido Garrido Mendivil a presidente Junta Central de Ambulancias, Arica, 3 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 50-51.

<sup>257</sup> Poblete, “El servicio...”, *op. cit.*, p. 475.

la expedición que invadió a Tarapacá, lo que obligó a sus hombres a pedir ayuda a sus enemigos. Para ser justos, Erasmo Escala devolvió el favor, prestándoles algunas mantas y camillas a los médicos peruanos y también cuidando a los heridos hasta que su equipo pudo organizar su evacuación a través de la Cruz Roja<sup>258</sup>.

A pesar de las mejores intenciones, surgieron disputas: los peruanos acusaron a los chilenos de disparar a sus ayudantes médicos cuando estaban retirando a los heridos del campo de batalla y de robar suministros de sus ambulancias<sup>259</sup>. Los bolivianos se quejaban de que los chilenos trataban a sus médicos como prisioneros comunes de guerra, en vez de como no combatientes. Sin embargo, los chilenos accedieron a repatriar a estos hombres lo antes posible<sup>260</sup>. Como veremos, los chilenos actuaron con mayor brutalidad durante la batalla de Tacna, robando suministros médicos, agua y estropeando instrumental<sup>261</sup>. Al parecer, Perú perdió muchas de sus unidades médicas mientras defendía el sur, lo que obligó al gobierno a pedir a los civiles que crearan compañías médicas adicionales y a establecer un hospital en un salón que había albergado una exposición pública<sup>262</sup>.

## ATROCIDADES

Por desgracia, la Guerra del Pacífico se caracterizó por una brutalidad casi febril. Un estadounidense, tras señalar la gran cantidad de muertos en combate entre las tropas peruanas –seiscientos solo en la batalla de Huamachuco– concluyó que muchos habían muerto después de entregarse o caer heridos. No fue el único que hizo esta afirmación. Otro estadounidense anónimo observó:

“La mayoría de estas batallas fueron sanguinarias, y todas fueron horriblemente brutales. En los números de pérdidas es común encontrar que el *número de muertos iguala al número de heridos*, lo que prueba que en el campo de batalla los heridos fueron atacados en una sanguinaria carnicería. La proporción de muertos a heridos en nuestra batalla de Gettysburg fue de menos de uno a cinco” (cursivas en original)<sup>263</sup>.

<sup>258</sup> Plácido Garrido Mendivil a presidente Junta Central de Ambulancias, Arica, 3 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 50-51; Plácido Garrido Mendivil al Jefe del Ejército chileno, oficina Huáscar, 20, 21 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 51.

<sup>259</sup> Erasmo Escala a Plácido Garrido Mendivil, Dolores, 21 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 51.

<sup>260</sup> Dr. Z. Dalence al Arzobispo, Tacna, 16 de agosto de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 405-406; Eliodoro Camacho al Jefe del Ejército chileno, Tacna, 25 de agosto de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 406.

<sup>261</sup> Dalence, *op. cit.*, p. 23.

<sup>262</sup> R. Torrico, Lima, 4 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 353.

<sup>263</sup> Albert Browne Jr., “The Growing Power of the Republic of Chile”, pp. 56, 74; Anónimo, “The Growing Power of the Republic of Chile”, p. 114.

Clements Markman, un reconocido properuano, relató que los chilenos no daban cuartel, destrozándoles a golpes las cabezas a sus enemigos, o en algunos casos lanzándolos cerro abajo<sup>264</sup>. Además, concordó con el crítico estadounidense, indicando que los peruanos tuvieron setecientas bajas en la batalla de Arica y solo cien heridos.

Muchos chilenos llevaban un corvo, un cuchillo particular de ellos. Al parecer, las tropas chilenas usaban estas armas mortales para degollar a los capturados y heridos, y para desfigurar a los muertos. En un caso, un soldado chileno supuestamente entró a una estación de ayuda peruana, donde, después de afirmar “hoy no queda ni un solo cholo”, decapitó a los enemigos heridos. Algunos testigos extranjeros relataron que el noventa por ciento de los muertos aliados fueron encontrados degollados. Los

“Chilianos [sic] no tomaban prisioneros, excepto cuando capitulaba todo el ejército. El conocimiento de esta característica, y el temor al cuchillo chiliano [sic], fue un factor importante en la subyugación de los peruanos, que eran más humanos”,

comportamiento que inspiró al argentino D.E. Uriburu a describir a los chilenos como “caníbales” y a un contemporáneo peruano a comparar su comportamiento al salvajismo de la conquista española. Al parecer, algunos chilenos se enorgullecían de usar el corvo para “vengarse sin piedad ni compasión”. Curiosamente, de acuerdo con un observador neutro, los soldados chilenos no vacilaban en usar estas armas contra sus compatriotas al disputar la propiedad de los botines<sup>265</sup>. Aunque fuera terrible, algunos podrían argumentar que morir degollado era, tal vez, una muerte más humana que ser devorado con lentitud por una herida gangrenosa.

Ambos bandos se acusaron de usar balas explosivas. Un médico chileno y un oficial con el improbable apellido de Moltke entregaron pruebas de que los peruanos usaron balas explosivas, una acusación repetida después<sup>266</sup>. Pero en vez de cargas explosivas, es más probable que fuera la gran velocidad de las balas la que causaba el daño.

Los aliados también cometieron atrocidades. Los indígenas del altiplano le contaron con orgullo a la mujer del general Andrés Cáceres que les gustaba cortarles la cabeza a los soldados chilenos y usarlas para decorar la entrada a

<sup>264</sup> Markman, *op. cit.*, pp. 207-208.

<sup>265</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 15 de abril de 1879; William Elroy Curtis, “The South American Yankee”, p. 566; Uriburu, *op. cit.*, p. 154; Paz Soldán, *op. cit.*, pp. 476-477, 495; Modesto Molina, *Hojas del Proceso. Apuntes para un libro de Historia*, p. 26; Caviano, *op. cit.*, vol. II, p. 69; *El Correo de Quillota*, Quillota, 13 de junio de 1880.

<sup>266</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 5, 10, 13 de diciembre de 1879; J. Martínez a Alejandro Gorostiaga, 20 de diciembre de 1879, en *El Mercurio*, Valparaíso, 18 de enero de 1880; D. Zañartu al Presidente, 21 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 103; Grieve, *op. cit.*, p. 341.

sus pueblos. Por supuesto, los peruanos argumentaban que tal conducta estaba justificada, que fue la costumbre chilena de violar a las mujeres indígenas durante la campaña de la Sierra lo que inspiró a los indios a mutilar sexualmente a los heridos y muertos chilenos. Estos actos de salvajismo llevaron a los chilenos, a su vez, a colgar montoneros muertos en los postes del telégrafo. Este ciclo de violencia pareció profundizarse, en particular durante las batallas de guerrilla de 1881 y 1882<sup>267</sup>.

### CRIMEN Y CASTIGO

Todos los beligerantes parecían preferir los mismos métodos para mantener a sus tropas en línea: el látigo y, para violaciones más extremas, la ejecución. Aunque eran draconianas, estas penas tenían una cierta lógica. El ejército chileno no poseía una prisión para albergar a los recalcitrantes, y los comandantes no deseaban enviar a los soldados problemáticos de vuelta a su patria. Por tanto, el castigo corporal y el pelotón de fusilamiento constituían la única alternativa<sup>268</sup>.

No es de sorprender que en los bandos en guerra, el castigo fuese diferente dependiendo del país, el oficial al mando y la ofensa. Cuando un soldado boliviano, de modo intencional o no, le disparó a su comandante, el coronel Miguel Castro Pinto, las autoridades ordenaron flagelarlo con doscientos latigazos. El general boliviano Narciso Campero era en particular sanguinario. En un caso, sentenció a los alborotadores o desertores a quinientos latigazos. Cuando el látigo no inspiró el suficiente temor, ordenó la ejecución de cualquier desertor, incluyendo a Francisco Álvarez, quien no solo huyó sino que lo hizo mientras estaba en un turno de guardia.

La deserción plagaba a todos los ejércitos. En agosto de 1879 las autoridades descubrieron, después de una revisión, que habían desaparecido dos soldados bolivianos. Un teniente que fue enviado a capturarlos, detuvo a todo hombre de aspecto boliviano y que hablara solo quechua. Al encontrar un hombre que cumplía con ambos criterios, el oficial lo obligó a enlistarse, luego ordenó que lo golpearan antes de enviarlo al cuartel<sup>269</sup>. El presidente Nicolás Piérola ordenó la ejecución de dos hombres por matar a un oficial e instigar un motín, pero sentenció a sus cómplices solo a veinte latigazos. Irónicamente, los peruanos ordenaron azotar a algunos de sus compatriotas cuando estos amenazaron con hacerles daño a unos prisioneros de guerra chilenos.

<sup>267</sup> Manrique, *op. cit.*, pp. 147, 201; Ricardo Palma, *Crónicas de la Guerra con Chile*, p. 217; Bulnes, *op. cit.*, vol. III, pp. 24-25.

<sup>268</sup> Greene, *op. cit.*, p. 110; Edward Spiers, *The Late Victorian Army, 1868-1902*, pp. 73-74; Edward Coffman, *The Old Army*, pp. 196-197; Frank D. McCann, *Soldiers of the Patria*, p. 72.

<sup>269</sup> Miguel Mercado Moreira, *Guerra del Pacífico. Nuevos esclarecimientos. Causas de la retirada de Camarones. Asesinato de Daza*, p. 263; Claros, *op. cit.*, p. 19.

Los soldados chilenos borrachos siempre recibían veinticinco latigazos, los ladrones cincuenta y cualquiera que atacara a un suboficial, cien. Alberto del Solar vio a un soldado soportar cincuenta golpes. Sus gritos pueden no haber perturbado al suboficial que blandía el látigo, pero Alberto del Solar confesó que prefería renunciar a su cargo en vez de ser testigo de una paliza similar. Luego, cambió su opinión, y ordenó que se flagelara con cincuenta latigazos al cabecilla de un disturbio en que se reclamaba por la mala calidad de la comida. Cuando el alborotador, Francisco Canchú, dijo de forma temeraria que el castigo no cambiaría su comportamiento, Alberto del Solar ordenó otros cincuenta latigazos.

Desafortunadamente para Francisco Canchú, llegó el Coronel del regimiento y ordenó otros cincuenta, prometiendo dispararle al próximo agitador en el cuartel. Al parecer, los castigos duros eran bastante comunes. Un oficial inglés quedó horrorizado de ver que las tropas delictivas chilenas recibían hasta doscientos latigazos en las nalgas desnudas. Los chilenos también castigaron a Francisco León con doscientos latigazos; cuando terminaron le dieron un trago de pisco. Curiosamente, Estanislao del Canto, quien una vez ordenó a sus hombres no dar cuartel a los peruanos capturados, estaba en contra del látigo, afirmando que solo los animales debían ser golpeados. Tras ver la espalda de un hombre empapada en sangre y su traste “hecho en harnero”, el soldado periodista Justo Abel Rosales estuvo de acuerdo con esta opinión<sup>270</sup>.

Si bien eran generosos con el látigo, los beligerantes rara vez aplicaban la pena de muerte. Las autoridades chilenas sentenciaron a José Romero a muerte por insubordinación. Estaba parado al borde de un cementerio, rodeado de los hombres del regimiento de Artillería, el Melipilla y el Aconcagua, esperando ser ejecutado cuando se enteró de que el gobierno redujo su sentencia a seis años de cárcel. La noticia encantó a sus camaradas, quienes manifestaron su aprobación haciendo sonar sus bayonetas dentro de sus fundas<sup>271</sup>.

Tal generosidad no fue habitual durante la ocupación chilena de Perú: las autoridades chilenas ejecutaban a tres civiles por cada soldado chileno que era asesinado por la resistencia peruana. Bastaba con la declaración de un solo testigo para que las autoridades sentenciaran a muerte a cualquiera condenado por asesinar a un soldado chileno. Los comandantes chilenos ordenaron darle entre doscientos y quinientos latigazos a un peruviano para obligarlo a denunciar a los francotiradores o montoneros. Si el culpable no se presentaba, sus captores ejecutaban al desafortunado espectador<sup>272</sup>. Obviamente, castigos tan crueles no

<sup>270</sup> Benavides, *op. cit.*, p. 35; Alberto del Solar, *Diario de Campaña*, pp. 44, 69-70; Acland, *op. cit.*, p. 10; Rosales, *op. cit.*, pp. 25, 99, 138; Guillermo Chaparro W., *Recuerdos de la Guerra del Pacífico*, p. 48.

<sup>271</sup> Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, p. 263; Alba, *Diario...*, *op. cit.*, pp. 61, 81, 82; Piérola, 14 de junio de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 439; Ibarra Díaz, *op. cit.*, p. 72; Rosales, *op. cit.*, pp. 138, 145-146.

<sup>272</sup> Palma, *op. cit.*, pp. 56, 67, 72.

hicieron queribles a los chilenos a los ojos de sus anfitriones temporales. No obstante, este tipo de comportamiento fue característico a lo largo de la guerra.

A menudo comandados por oficiales de aptitudes limitadas, compuestos por tropas obligadas a enrolarse y equipados con una variedad de armas obsoletas, los ejércitos en lucha en gran medida no estaban preparados para una guerra. La falta de una infraestructura militar –intendencia general, cuerpo médico, de transmisiones y transporte– limitaban de forma seria su capacidad de combatir. En efecto, la Guerra del Pacífico se convirtió rápidamente en una pesadilla logística y médica, en que los beligerantes tenían que luchar unos con otros, y de manera simultánea improvisar soluciones para resolver sus problemas técnicos. Como no tenían la pericia necesaria, los países en guerra tuvieron que dirigirse al sector civil en busca de apoyo financiero y asistencia técnica, en lo particular en el caso de proveedores de salud y equipamiento.

Como veremos, los aliados y Chile no solo declararon la guerra por diferentes motivos sino que, además, perseguían distintos objetivos. Furiosos frente a lo que consideraban la duplicidad de Bolivia, los chilenos ocuparon el desierto de Atacama. Y para proteger al territorio recién ocupado de futuras agresiones aliadas, Chile debía expulsar al ejército del presidente Mariano Prado de su provincia más sureña, Tarapacá. Por supuesto, Bolivia deseaba recuperar su litoral, mientras que Perú esperaba asegurar su propia integridad territorial manteniendo una zona neutral entre su país y su belicoso vecino. Estos objetivos tan diferentes moldearon el comportamiento de cada uno de los beligerantes: para ganar, Chile tenía que montar una expedición para capturar territorio en Perú. Estas campañas probarían el temple de los ejércitos beligerantes que, si bien estaban integrados por soldados con poca noción de conceptos como la nación-Estado, actuaron de forma heroica en los campos de batalla. Pero para que se enfrentaran estos ejércitos, la flota chilena primero tuvo que barrer a los peruanos del mar.



## ESCUADRAS COMPARADAS

Resulta fastidioso evaluar cuáles eran las relativas fortalezas de las flotas de los beligerantes en la víspera de que se desatara la Guerra del Pacífico. Tradicionalmente, los historiadores chilenos y peruanos han declarado que los navíos de sus países eran apenas aptos para navegar y menosprecian las habilidades profesionales de sus tripulaciones, mientras que exageran las destrezas de sus oponentes. Este rito de modestia tenía un claro objetivo: al subestimar sus flotas de preguerra y a los que servían en ellas, los escritores podían racionalizar las derrotas de sus países y al mismo tiempo elevar sus victorias al nivel de lo milagroso<sup>273</sup>. Sí, efectivamente, había problemas reales. Si bien los problemas de presupuesto obligaron al gobierno chileno a reducir sus gastos navales, lo que limitó el desempeño de su escuadra fue el discutible criterio y las prioridades equivocadas de Juan Williams Rebolledo, el comandante de la armada chilena, y no las deficiencias materiales. Por el contrario, la habilidad y dedicación del almirante Miguel Grau, el comandante de la flota peruana, permitió a la marina de su país compensar la pérdida de parte de su equipamiento y detener a la armada chilena durante los primeros seis meses de la guerra.

### APRENDIENDO LAS LECCIONES DEL PODER NAVAL

La primera escuadra de Chile salió al mar en 1818, una flota minúscula, bajo el mando del escocés lord Thomas Cochrane, que zarpó hacia el norte desde Valparaíso para liberar a Perú y Bolivia del dominio español. Algunos de los oficiales británicos que sirvieron en la flota de Thomas Cochrane permanecieron en la Armada de Chile, lo que explica la presencia de tantos marinos con apellidos ingleses: John Williams, Santiago Bynon, Roberto Forster, Roberto Henson, Guillermo Wilkinson, Robert Simpson, Jorge O'Brien y Raimundo Morris, a los que se suman algunos estadounidenses, como Charles Wooster, que también sirvieron en la armada chilena. Algunos, como Robert Simpson y Juan Williams Wilson, incluso dieron origen a una segunda generación de oficiales navales chilenos, de los cuales tres alcanzaron el rango de almirante<sup>274</sup>.

<sup>273</sup> Carlos Grez, “La supuesta preparación de Chile para la Guerra del Pacífico”, pp. 111-139 y Edmundo H. Civati Bernasconi, *La Guerra del Pacífico*, vol. I, pp. 117, 123; Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, pp. 27-30, 65.

<sup>274</sup> Rodrigo Fuenzalida Bade, *Marinos ilustres y destacados del pasado*, pp. 27-29, 55-57, 151-152, 160, 227-230 y 265-271.

Los dirigentes chilenos se dieron cuenta temprano que necesitaban tener una marina fuerte, dado que la economía nacional y su población costera eran muy vulnerables a un ataque desde el mar. El gobierno usó esta armada para vencer a la Confederación Peru-Boliviana en 1836. Dentro del país, la flota ayudó a suprimir las abortadas revoluciones de 1851 y 1859. Pero después de 1860, tal vez adormecidos por la falta de enemigos extranjeros y locales, los chilenos descuidaron su armada. El error de esta política se hizo dolorosamente evidente a mediados de la década de 1860, cuando Chile y España entraron en guerra y un escuadrón naval español sometió a Valparaíso a un bombardeo de tres horas que infligió daños al puerto por catorce millones de pesos. Esta incursión española enseñó a La Moneda que necesitaba una armada fuerte, en especial porque la flota peruana, que recién se había reforzado con la adquisición de algunos acorazados, ahora hacía sombra a la de Chile. Siguiendo esta política, Santiago compró dos corbetas de fabricación británica, la *Chacabuco* y la *O'Higgins*, en 1866 y 1867. Dos años después de que Perú respondiera adquiriendo el *Oneota* y el *Catawba*, unos monitores fluviales excedentes de la guerra civil en Estados Unidos, el gobierno chileno encargó dos buques oceánicos acorazados a los astilleros británicos. También obtuvo dos corbetas de madera adicionales, la *Magallanes* y la *Abtao*, además de un transporte.

Como estaban ansiosos por lograr una paridad naval con Chile, los peruanos querían comprar más buques de guerra. La legislatura destinó unos cuatro millones de soles a estas compras. A mediados de la década de 1870, el inicio de una recesión económica mundial obligó a Lima a abandonar su programa de expansión naval. Afectados por el mismo malestar económico, los funcionarios chilenos llegaron a estar tan desesperados que consideraron vender los acorazados de la flota por cuatro millones de libras esterlinas. Por suerte para los chilenos, el gobierno no logró encontrar compradores. En consecuencia, hasta el inicio de la Guerra del Pacífico, las composiciones de las armadas peruana y chilena se mantuvieron relativamente estables<sup>275</sup>.

#### LOS BUQUES DE GUERRA DE LOS BELIGERANTES

##### *Chile*

Los buques de guerra chilenos más nuevos, y claramente más poderosos, eran sus acorazados de fabricación británica con batería central: el *Almirante Cochrane* y el *Almirante Blanco Encalada*. Estas embarcaciones gemelas –diseñadas por el principal arquitecto naval de Inglaterra, sir Edward Reed– se movían gracias a dos motores compuestos horizontales troncales y propulsores de doble hélice

<sup>275</sup> Alberto Blest Gana a Aníbal Pinto, París, 8 de marzo de 1878, en ANFV, vol. 413; Geraldo Arosemena Garland, *Armamentismo antes de 1879*, pp. 147, 154-160.

a una velocidad de casi trece nudos. Además de los motores a carbón, los acorazados llevaban tres mástiles cuyo velamen de bergantín podían incrementar la velocidad o servir de alternativa si el barco se quedaba sin carbón.

Los cascos de hierro de los barcos estaban reforzados con franjas de ébano o teca, instaladas entre las corazas blindadas: una franja central de nueve pulgadas de grosor iba entre otras dos, cada una de seis pulgadas de espesor, lo que formaba una faja que protegía a los acorazados a nivel del agua. Estos paneles de blindaje se adelgazaban hasta llegar a unas cuatro y media pulgadas de grosor en la popa y proa del navío. Tres pulgadas de blindaje, que también se reducían a dos pulgadas en la proa y popa, reforzaban la cubierta superior cerca de las casamatas de cañón. Cada batería estaba protegida por dos barreras de blindaje, una de ocho pulgadas y la otra de seis pulgadas de grosor, que se iban reduciendo a cuatro pulgadas y media hacia el final de la popa.

Los acorazados chilenos llevaban seis cañones Armstrong estriados de avancarga de nueve pulgadas (MLRs), con detonador eléctrico. Había dos de estos cañones montados a cada lado de las secciones delanteras del barco; los cuatro restantes estaban en la mitad del barco, dos a cada lado, ubicados en proyecciones laterales, barbetas que sobresalían de los cascos como si fueran el estómago protuberante de un gordo por encima de su cinturón. Aunque los navíos se veían un tanto desgarbados, la ubicación de los seis cañones le daba a los buques de guerra un ámbito de disparos casi sobrepuertos<sup>276</sup>. Los acorazados llevaban tres cañones adicionales que disparaban proyectiles de veinte, nueve y siete libras. Ambos navíos cargaban ametralladoras Nordenfelt: en el *Blanco Encalada* iban a ambos lados del puente y en el *Cochrane* en la proa<sup>277</sup>. Como era típico para la época, la dotación de cada barco incluía doce infantes de marina que, durante una batalla, tomaban posición de combate en la punta de los mástiles para disparar hacia abajo a los marineros enemigos. Como complemento a los cañones navales, ambos acorazados poseían un espolón blindado sumergido que presumiblemente podía rasgar un navío naval enemigo haciendo un agujero enorme debajo de la línea de flotación. También montaban torpedos de pétigas, aunque estos no representaron un papel significativo en las primeras etapas de la guerra.

La armada chilena también tenía cuatro corbetas de madera, dos de las cuales eran la *O'Higgins* y la *Chacabuco*, embarcaciones gemelas. Accionados por una combinación de velas y motores a vapor, estos navíos podían avanzar entre ocho y diez nudos. Las corbetas montaban tres cañones estriados Armstrong de avancarga, de siete toneladas. En los costados, llevaban dos cañones MLR Armstrong de setenta libras y cuatro de cuarenta libras<sup>278</sup>. La tercera corbeta, la *Abtao*, también de fabricación inglesa y gemela de la *Alabama*, antigua nave

<sup>276</sup> William Laird Clowes, *Four Modern Naval Campaigns*, p. 105.

<sup>277</sup> Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, p. 14.

<sup>278</sup> *Op. cit.*, p. 15; Clowes, *op. cit.*, p. 77.

corsaria de la Confederación, era impulsada por una combinación de velas y motor de vapor. Más lento que la *Chacabuco* y la *O'Higgins*, la *Abtao* navegaba entre cinco y seis nudos por hora, y montaba seis cañones Armstrong MLR: tres de ciento cincuenta libras en carros de pivote y tres de treinta libras, dos de ellos montados al costado y uno en un carro de pivote<sup>279</sup>. La corbeta más nueva, la *Magallanes*, con aparejo de bergantín, era uno de los navíos más rápidos de la Armada, capaz de alcanzar unos once nudos y llevaba tres cañones, todos Armstrong MLR –un arma de siete pulgadas (ciento quince libras), uno de sesenta y cuatro libras, y uno de veinte libras– cada uno sobre un carro de pivote.

Otros dos buques de guerra completaban la flota chilena de la preguerra: la corbeta *Esmeralda*, construida en 1854, era la más antigua de la escuadra; la más lenta, capaz de avanzar a solo tres nudos; y tal vez el menos armado, con doce a catorce cañones Armstrong estriados de avancarga de cuarenta libras. La *Covadonga*, una goleta capturada por los chilenos en la guerra con España, solo parecía marginalmente mejor que la *Esmeralda*. El barco de tres mástiles, lanzado en 1858, navegaba a cinco nudos y llevaba dos cañones Armstrong estriados de avancarga de setenta libras. A decir verdad, no solo ninguno de estos dos buques era apto para salir a la mar: la *Covadonga* y la *Esmeralda* solo eran cascos desarmados, que flotaban sobre el fondo inmundo de la rada de Valparaíso<sup>280</sup>.

Una vez que se desató la guerra, los chilenos intentaron adquirir buques de guerra adicionales, pero las leyes extranjeras de neutralidad a menudo lo hacían difícil. Cuando no podía obtener armas, el gobierno de Aníbal Pinto improvisaba: Chile compró el *Angamos*, llamado antes *Belle of Cork*, un transporte rápido de construcción británica, en el que la Armada montó un cañón de ocho pulgadas. Chile también compró a la Compañía Sudamericana de Vapores el *Loa*, y lo convirtió en un crucero rápido, aunque no blindado, al instalarle un cañón de setenta libras, además de otros cuatro más pequeños<sup>281</sup>. Ya avanzada la guerra, Chile adquirió once torpederos. Además de sus buques de guerra, la marina chilena poseía dos transportes más o menos rápidos, el *Toltén*, un vapor de ruedas, y el *Amazonas*. Luego, montó un cañón de siete pulgadas en el *Amazonas*, convirtiéndolo en un buque mercante armado; también armó livianamente al *Toltén*. En caso de emergencia, el gobierno chileno tenía derecho a apropiarse de los transportes de la Pacific Steam Navigation

<sup>279</sup> Por razones económicas, la Armada vendió el *Abtao* antes del inicio del conflicto. Cuando empezó la guerra, volvió a comprar la embarcación. Alejandro García Castelblanco, *Estudio crítico de las operaciones navales de Chile*, p. 155.

<sup>280</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria... 1878*, *op. cit.*, pp. 16, 190. Antes del 21 de mayo, la Armada agregó dos cañones de nueve libras.

<sup>281</sup> Carlos López, *Historia de la marina de Chile*, p. 407; Chile, Ministerio de Guerra y de la Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, p. 6.

Company, la Compañía Inglesa de Vapores. Por fortuna para el país, la familia Cousiño, que tenía minas de carbón en el sur, prestó algunos de sus carboneros.

### Perú

Al igual que Chile, Perú aprendió bien las lecciones de la incursión española. A fines de 1878, adquirió dos navíos de construcción británica –una fragata blindada con una batería al centro, la *Independencia*, y un buque con torreta central, el monitor *Huáscar*. Tal como los acorazados chilenos, la *Independencia* y el *Huáscar* eran propulsados por una combinación de velas y motores a vapor. La *Independencia* llevaba un cañón Vavasseur de avancarga de ciento cincuenta libras, que estaba montado en un carro con pivote en la proa, y un cañón de avancarga Parrot de ciento cincuenta libras en la popa. Además de un ariete o espolón sumergido, la *Independencia* también llevaba doce piezas Armstrong estriadas de avancarga de setenta libras, cuatro de treinta y dos libras, y cuatro de nueve libras en el costado del barco. Los costados de la nave estaban protegidos por un blindaje de cuatro pulgadas y media de espesor, sobre un fondo de diez pulgadas de teca, pero esto no cambiaba el hecho de que el acorazado peruano era muy semejante a las antiguas fragatas de hélice con casco de madera.

El *Huáscar* era el buque mejor armado de Perú y su principal activo naval. Producido por Laird Brothers, llevaba dos MLRs de diez pulgadas y trescientas libras, colocados sobre rodillos en una torreta blindada. También poseía un espolón protegido y tres MLRs Armstrong: uno de cuarenta libras y uno de doce libras en la cubierta de estribor y el alcázar a babor y uno de cuarenta libras en la popa. Una franja de blindaje, reforzada con una combinación de teca y hierro lo protegía, que era de bajo calado. Los costados de la torreta estaban resguardados por un armazón de armadura de cinco pulgadas y media de grosor, también reforzado con teca, mientras que su techo y cubierta estaban revestidos por láminas de hierro de dos pulgadas de grosor. Uno de los dos mástiles del navío y su chimenea estaban en la superestructura, que se extendía de la parte de atrás de la torreta hasta la popa, al igual que una torre de mando blindada detrás de la cual el comandante del barco podía disparar y comandar al navío durante las batallas. A diferencia de los navíos en cualquiera de las flotas, había participado recientemente en una campaña naval. En mayo de 1877 se convirtió en el buque insignia de aquel tábano político de Perú, Nicolás de Piérola, quien había intentado un golpe de Estado contra el gobierno de Mariano Prado. Este último ordenó a tres buques militares que permanecían fieles a su régimen, que lo capturaran o lo destruyeran, pero no lograron hundir al acorazado ni evitar que huyera.

Apenas había escapado, tuvo que enfrentar a un enemigo más tremendo: los buques *Shah* y *Amethyst* de la Royal Navy, comandados por el almirante Algernon de Horsey. Furioso por el supuesto daño que había hecho el *Huáscar*

a navíos y propiedad británica, Algernon de Horsey decidió enseñarle una lección al saqueador peruano. Tras capturar la nave rebelde frente al puerto sureño de Ilo el 29 de mayo de 1877, el almirante británico primero les ofreció salvoconducto a un puerto neutral si se entregaban; amenazó con colgarlos como piratas si no lo hacían. No está claro qué es lo que indignó más a Nicolás Piérola: el tono condescendiente de la carta de Algernon de Horsey o su atrevida intromisión en un tema interno del país. Sea cual sea su motivación, Nicolás Piérola rechazó la oferta del inglés, lo que significó el comienzo de una batalla.

Durante tres horas, el HMS *Shah*, una fragata sin blindaje, y el HMS *Ametyst*, una fragata de madera, bombardearon al *Huáscar*. Pero este encuentro, tal como el enfrentamiento previo con la armada peruana, resultó inconcluso: el *Huáscar* mantuvo a raya a los barcos británicos y luego, aprovechando su bajo calado, se escapó en la noche. Los británicos alardearon que su Armada había ganado una victoria estratégica, pero el *Huáscar*, por cierto, demostró su valor al absorber sin mucho efecto unos ochenta disparos de los buques británicos. Como comentó un observador contemporáneo, si solamente los artilleros del *Huáscar* hubiesen tenido la habilidad de su comandante, habrían huido los navíos ingleses, y no el peruano<sup>282</sup>.

Aunque el *Huáscar* probó su valor en combate, sufría de graves defectos: su superestructura limitaba el campo de fuego de la torreta principal, de modo que sus cañones de trescientas libras solo podían disparar a objetivos dentro de dos arcos angostos de ciento treinta y cinco grados extendidos desde los costados del monitor; peor aún, no podía disparar de forma directa a proa y a popa. Además, como la torreta principal del *Huáscar* usaba fuerza humana en vez de vapor para mover la cureña en que yacían los pesados cañones, a veces la tripulación se demoraba hasta quince minutos en ajustar la manivela de la maquinaria antes de que los artilleros pudieran cargar o apuntar sus armas. Esta tecnología primitiva limitaba severamente su capacidad para responder a una amenaza naval.

Siguiendo la tradición de ponerle nombres incas a sus buques de guerra, los peruanos bautizaron a sus dos monitores de fabricación estadounidense *Manco Cápac* y *Atahualpa*. Estos navíos llevaban dos cañones de ánima lisa Dahlgren de avancarga, de quince pulgadas y quinientas libras, que rotaban en una torreta blindada accionada por vapor. Diseñados originalmente para guerras fluviales, el *Manco Cápac* y el *Atahualpa* eran tan bajos que los otros buques solo podían ver sus mástiles, chimeneas y torretas<sup>283</sup>. Si bien esta ca-

<sup>282</sup> Lisle, *op. cit.*, p. 70; Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, p. 17.

<sup>283</sup> Las especificaciones son tomadas en gran parte de la *Memoria 1878* reimprresa en Héctor López Martínez, *Historia marítima del Perú. La República - 1876 a 1879*, pp. 252-262; Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, p. 20; José Valdizán Gamio, *Historia naval del Perú*, vol. iv, pp. 191-193. Cualquier diferencia puede deberse al hecho de que la *Memoria 1878* obviamente apareció antes del inicio de la guerra mientras que Theodorus Mason publicó su estudio en 1883 luego de haberse hecho varias reparaciones y agregados.

racterística bajaba las siluetas de los monitores y así reducía su vulnerabilidad, cuando había tormentas el mar podía inundar las torres de las armas y hundir las naves. En consecuencia, los monitores solo tenían una utilidad limitada, en especial en alta mar<sup>284</sup>. Aunque eran mucho más lentos que el *Huáscar*, las enormes armas de los monitores podían disparar en cualquier dirección excepto hacia la popa.

Si bien la armada peruana poseía más buques armados que Chile, tenía menos barcos auxiliares. La *Unión*, una corbeta de madera de fabricación francesa, llevaba doce cañones de setenta libras y uno de nueve libras. Gracias a su velocidad y buena fortuna, se convertiría en la última unidad sobreviviente de la flota peruana. A la *Pilcomayo*, otra corbeta de madera construida en Inglaterra en 1873, le tocó un destino menos heroico. Este navío llevaba seis piezas Armstrong estriadas de avancarga, dos cañones de setenta libras, cuatro de cuarenta libras y cuatro de doce libras. La flota peruana también poseía cuatro transportes, dos de ellos poco armados –el *Chalaco* y el vapor de ruedas *Limeña*– más el *Oroya*, otro vapor de ruedas y el *Talismán*. Hacia 1879, cuando se desató la guerra, el gobierno peruano había renovado su flota<sup>285</sup>.

#### LA ARMADA VIRTUAL DE BOLIVIA

Hasta 1878, por lo menos, cinco navíos bolivianos navegaban desde sus ciudades costeras hacia puertos chilenos; otros dos o tres ejercían el cabotaje en aguas chilenas. Hasta 1878, Bolivia poseía una marina mercante y una flota de guerra. Sin embargo, en 1879 estos barcos ya no existían, o si existían, ya no enarbolaban la tricolor boliviana<sup>286</sup>. No obstante, La Paz tenía esperanza de participar en la guerra naval, pero como admitió el ministro del Exterior Serapio Reyes Ortiz “sin un solo barco en el mar”, era poco lo que su nación podía contribuir para ayudar a su aliado. Sin embargo, Serapio Reyes Ortiz concibió una manera de unirse a la guerra marítima y anunció que su gobierno desplegaría la armada del pobre: una flota de corsarios. El 26 de marzo de 1879 el presidente Hilarión Daza ofreció de manera formal patentes de corso a quien estuviera dispuesto a navegar bajo los colores bolivianos<sup>287</sup>. Si bien sus acciones eran objetables, no eran ilegales: como Bolivia no había firmado el Tratado de París de 1856 –que hacía ilegal el corso– aún tenía derecho a usar corsarios.

<sup>284</sup> Los peruanos tenían que esperar catorce meses llenos de ansiedad para remolcar estos monitores, difíciles de manejar, desde Nueva Orleans hasta Callao. Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, pp. 18-20

<sup>285</sup> *Estadística comercial de la República de Chile correspondiente al año de 1878*, p. 364.

<sup>286</sup> José Vargas Valenzuela, *Tradición naval del pueblo boliviano*, pp. 40-43.

<sup>287</sup> “Decreto”, La Paz, 26 de marzo de 1879, Chile, *Boletín de la Guerra del Pacífico*, Valparaíso, 29 de mayo de 1879.

Por supuesto, la perspectiva de que los corsarios asecharan a los buques mercantes neutrales inquietó a los diplomáticos estadounidenses. Los ingleses, normalmente lacónicos, se indignaron ante la idea de corsarios saqueando barcos neutrales. A pesar de las quejas de la comunidad internacional, Bolivia argumentó que tenía todo el derecho legal a emitir patentes de corso. Aunque de manera técnica fuera correcto, Estados Unidos, Inglaterra y Francia se negaron a reconocer la legalidad de la postura de Bolivia. Perú, al comprender que La Paz estaba causando más problemas que ayudando, intentó disuadir a su aliado<sup>288</sup>.

Felizmente, prevaleció la cordura. Tras algo de estudio, los abogados de la Oficina de Extranjería británica decidieron que la amenaza de Hilarión Daza, de usar corsarios, carecía de toda credibilidad: la ocupación del ejército chileno del litoral boliviano a principios de 1879 dejaba a La Paz sin costa desde la cual pudieran operar sus barcos. Los corsarios bolivianos tampoco podían operar de forma legal desde un puerto peruano: como el gobierno de Mariano Prado, a diferencia de La Paz, sí había firmado el Tratado de París, no podía permitir a los corsarios bolivianos entrar a sus puertos<sup>289</sup>. Pero en el caso improbable que Hilarión Daza decidiera proceder con sus planes, el gobierno británico afirmó que “no reconocerá patentes de corso y por ende resistirá, por la fuerza, cualquier interferencia en navíos con bandera británica” y que trataría a los corsarios como piratas<sup>290</sup>. Aunque los gobiernos estadounidense y francés no usaron exactamente estas palabras, dejaron en claro que esperaban que los corsarios bolivianos respetaran sus banderas<sup>291</sup>. Por tanto, como muchos de sus dichos, la amenaza de Hilarión Daza, de desatar una ola de filibusteros, nunca se hizo realidad: Bolivia, que aportaba tropas al esfuerzo bélico aliado, no podía contribuir de manera significativa al conflicto naval<sup>292</sup>. Sin embargo, Bolivia lo intentó: desmanteló el buque a vapor *Sorata*, que normalmente navegaba en el lago Titicaca, y lo envió al puerto peruano de Mollendo, donde las autoridades lo reflotaron. Al parecer, el barco navegó alrededor de la Isla de los Alacranes antes de desaparecer en las tinieblas de la historia<sup>293</sup>. Así, el aspecto naval de la Guerra del Pacífico pasó a ser un partido entre Perú y Chile.

<sup>288</sup> Manuel Irigoyen al ministro peruano en Londres, Lima, 16 de septiembre 1879, en AM, *op. cit.*, vol. iv, p. 45.

<sup>289</sup> Draft, Law Offices, 12 de julio de 1879 en FO 16/205, pp. 163-164.

<sup>290</sup> Borrador de carta del marqués de Salisbury al lord Commissioners of the Admiralty, 15 de agosto de 1879, pp. 205, 266 y Thomas Osborn a William Evarts, Santiago, 11 de junio de 1879.

<sup>291</sup> William Evarts a Newton Pettis, Washington, 23 de junio de 1879, *Message...., op. cit.*, pp. 1, 88; John Holker a Lord Salisbury, 19 de julio, 28 de julio de 1879, en FO 205.

<sup>292</sup> Evaristo Gómez Sánchez al Secretary of State in Foreign Ministry, Montevideo, 19 de agosto de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. iv, p. 89.

<sup>293</sup> Ochoa, *Diario...., op. cit.*, p. 74. Aparentemente un grupo de marineros peruanos compraron otro barco, el *Laura*, que, como el *Antofagasta*, participó en la guerra hasta que el gobierno peruano obligó a su capitán a renunciar. Pedro Sapunar Peric, “El cosario boliviano Laura”, pp. 72-75.

*Chile*

Si en 1879 los chilenos se quejaban de la situación en que se encontraba su Armada, tenían buenas razones para ello: recortes de presupuesto la obligaron a vender la *Independencia* y desarmar el *O'Higgins* y la *Covadonga*. Como consecuencia de la pérdida de estos navíos, la flota también despidió a veintidós oficiales y poco más de cuatrocientos marineros. Al año siguiente, argumentando que estaban en tan malas condiciones que no se justificaba hacer reparaciones, el Ministerio de Guerra y Marina vendió el *Ancud* y, luego de muchos intentos, por último, remató el *Abtao*. Quiso la suerte que el gobierno lograra vender el *Abtao* justo antes de la guerra. Una vez que comenzó la batalla, la necesidad de navíos se hizo tan grande que el ministro de Guerra y Marina de Aníbal Pinto tuvo que recomprar el buque. Los chilenos también habían desarmado las claramente decrepitas *Esmeralda* y *Covadonga*.

En vez de reducir el tamaño del escalafón naval, la Armada intentó retener todo el personal esencial que pudo. Por tanto, en vez de licenciar a los pocos guardiamarinas que permanecían y que servían como oficiales subalternos de cubierta, el gobierno chileno los envió a completar su entrenamiento en las armadas de Gran Bretaña, Francia y Alemania. Los oficiales de línea que sobraban recibieron nombramientos en la administración marítima de puertos, lo que permitió al gobierno reducir su presupuesto al despedir burócratas civiles y, al mismo tiempo, retener todos los oficiales que podía<sup>294</sup>. El gobierno de Aníbal Pinto también cerró la Escuela Naval, que había entrenado a los oficiales navales chilenos, en parte para ahorrar dinero y en parte porque la flota mucho más pequeña no necesitaba muchos oficiales. Por supuesto, una vez que comenzó la guerra, la Armada estaba dispuesta a alistar a cualquiera, incluso a oficiales mercantes extranjeros, en un programa intensivo para entrenar a más oficiales subalternos<sup>295</sup>. También creó un nuevo rango, aspirante, un oficial subalterno que tomaba el lugar del guardiamarina.

Al principio del conflicto, había menos hombres en las cámaras de oficiales de la Armada, pero debajo de las cubiertas, en palabras del futuro almirante Luis Uribe

“reinaba a bordo de éstos [los buques de la marina chilena] un desconcierto que nada de bueno auguraba, y que fue motivo de serios tropiezos en los comienzos y por mucho tiempo después de abierta la campaña marítima”<sup>296</sup>.

<sup>294</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria... 1878*, *op. cit.*, pp. 20, 187-188.

<sup>295</sup> Luis Uribe, *Los combates de la Guerra del Pacífico*, p. 9; García Castelblanco, *op. cit.*, p. 158.

<sup>296</sup> Uribe, *op. cit.*, p. 9.

Las filas de alistados de la Armada tal vez sufrieron más que sus oficiales, cuando las economías de fines de la década de 1870 obligaron a la flota a reducir las raciones de las tripulaciones y negarles vestimenta adecuada, aun cuando servían en los fríos lugares de destino en el sur. Estos recortes de presupuesto bajaron la moral en una flota donde la borrachera generalizada ya reducía la eficiencia de los marineros. Obligados a vivir en cuarteles hacinados, usar uniformes andrajosos y subsistir con raciones pequeñas, la armada dispensaba solo un artículo con generosidad: el látigo, que aplicaba de acuerdo con las reglas draconianas estipuladas por las ordenanzas coloniales españolas. No es de sorprender que un gran número de los hombres alistados en la Armada desertaran, y la flota emitió una variedad de mandatos, todos en gran parte inútiles, para limitar los efectos de esta huida.

Reducciones de personal disminuyeron la eficiencia. Como los tripulantes del *Blanco Encalada* trabajaban siete días a la semana simplemente para mantener a su barco, no tenían tiempo para perfeccionar sus habilidades militares<sup>297</sup>. Oscar Viel, capitán del *Chacabuco*, que era más pequeño, denunció la política de la Armada, de rotar hombres cada tres meses, lo que, afirmó, afectaba de forma negativa a su entrenamiento<sup>298</sup>. En toda la flota había tan pocos marineros que la mayoría de los navíos no podían desempeñar maniobras sin canibalizar a las tripulaciones de otras unidades. Durante años, la Armada siguió deteriorándose. La disputa limítrofe con Argentina obligó a la flota chilena a permanecer en alerta. En noviembre de 1878 Aníbal Pinto envió sus acorazados hacia el sur, al puerto carbonífero de Lota, para que estuvieran a una distancia estratégica de la Patagonia argentina; esta orden fue una carga para el personal de la flota. Un oficial chileno sugirió que el gobierno enviara al *Chacabuco* y no a sus acorazados al estrecho de Magallanes porque la Armada simplemente no tenía marineros suficientes para tripularlos<sup>299</sup>.

La Armada de Chile también necesitaba ingenieros en sus buques. Al comienzo de la guerra se hizo evidente que el gobierno de Aníbal Pinto no podía encontrar suficientes chilenos para operar o mantener los motores y las calderas de la flota. Algunos hombres adquirieron capacitación técnica en la Escuela de Artes y Oficios de Santiago, pero muchos no tenían experiencia práctica. Los que aún eran aprendices necesitaban años de destreza para adquirir las habilidades técnicas necesarias<sup>300</sup>. Sin duda alguna, la flota no podía esperar este proceso de maduración; en cambio, la Armada empezó a contratar extranjeros a los que tentaba para alistarse ofreciéndoles un salario más alto que el autorizado por la ley. Esta táctica no siempre funcionaba: en 1883 la

<sup>297</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria... 1878*, *op. cit.*, pp. 190, 224-227, 229, 232, 234-235.

<sup>298</sup> *Op. cit.*, pp. 231-232; Francisco Echaurren, “Marinera de la Escuadra”, Valparaíso, 7 de agosto de 1872, vol. II, pp. 196-197 y Francisco Echaurren, “Desertores de la Armada”, Valparaíso, 17 de marzo de 1875, vol. II, pp. 260-261.

<sup>299</sup> Cornelio Saavedra a Eulogio Altamirano, 29 de octubre de 1878, en ANFV, vol. 559.

<sup>300</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria 1882*, p. x.

flota no pudo llenar las vacantes para trece terceros maquinistas porque pagaba tan poco que los hombres con experiencia se negaron a enrolarse<sup>301</sup>. A fines de la guerra, el cincuenta y tres por ciento de los mecánicos navales mayores eran extranjeros; el veinte por ciento de los primeros oficiales de máquinas; el ocho por ciento de los terceros maquinistas y cinco por ciento de los aprendices. Lógicamente, la presencia de tantos extranjeros preocupaba al Ministro de Guerra, que reconocía que los chilenos hubieran preferido que la nación contara con sus propios hijos, “cuyo patriotismo i abnegacion” era incuestionable, en vez de depender de la incierta lealtad de mercenarios extranjeros<sup>302</sup>.

Una escasez similar de personal afectaba también al servicio sanitario de la Armada, que no tenía suficientes médicos ni, en algunos casos, las instalaciones para cuidar a los heridos o enfermos de la escuadra. Felizmente, algunos profesionales se alistaron, pero muchos de estos hombres no tenían experiencia; otros renunciaron para seguir sus estudios o porque les pagaban muy poco<sup>303</sup>. El cirujano jefe de la Armada pidió de forma pública que “los sacrificios y riesgos [de los médicos voluntarios]... sean dignamente compensados”<sup>304</sup>. Claramente, si no se hacía algo al respecto, se preocupaba el cirujano jefe, “los barcos de la flota no tendrán el personal necesario para realizar este servicio [entregar tratamiento médico]”<sup>305</sup>. La situación no se deterioró hasta ese punto, pero desincentivados por la baja paga y falta de ascensos profesionales, el éxodo de médicos se aceleró, en particular una vez que habían obtenido experiencia para tratar “la enfermedad del marinero”<sup>306</sup>. En 1882 el cirujano general de la Armada observó que el número de personal médico era “inadecuado, incluso en la etapa pasiva de la guerra marítima” para apoyar a las flotas en bloqueo, para las tropas en tránsito, y para las unidades del ejército en sus guarniciones<sup>307</sup>. La entrega de asistencia a las fuerzas en tierra a menudo exacerbaba el problema. La flota chilena agotó sus recursos médicos cuidando a los soldados heridos en las batallas de Chorrillos y Miraflores. En consecuencia, este éxodo indiscriminado de médicos “perjudica notablemente a la asistencia de los enfermos a bordo i a la buena organización de la botica i enfermería de los buques”<sup>308</sup>.

<sup>301</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria 1883*, pp. 72-73; Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria 1884*, *op. cit.*, p. 174.

<sup>302</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria 1884*, *op. cit.*, pp. 243-244.

<sup>303</sup> *Op. cit.*, pp. 243-244; Dr. Manuel Ramírez al Intendente General, 22 de junio de 1879, en *Diario Oficial*, Santiago, 28 de junio de 1879; Dr. Alexis Scherbakoff al cirujano mayor del Departamento de Marina, Valparaíso, 1 de abril de 1881, Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria 1880*, *op. cit.*, pp. 158 y 261.

<sup>304</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria 1880*, *op. cit.*, p. 262.

<sup>305</sup> Dr. Alexis Scherbakoff al cirujano mayor del Departamento de Marina..., *op. cit.*, p. 159.

<sup>306</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria 1882*, *op. cit.*, pp. 10-11. Javier Villanueva al Comandante General de Marina, Valparaíso, 29 de abril de 1882, en Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria 1882*, *op. cit.*, p. 76; Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria 1884*, *op. cit.*, pp. 18, 178, 191.

<sup>307</sup> Javier Villanueva al Comandante Jeneral de Marina..., *op. cit.*, pp. 75-76.

<sup>308</sup> “Cirujano mayor del departamento”, 29 de abril de 1882, en Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria 1882*, *op. cit.*, p. 76.

Los navíos de la flota de guerra de Chile estaban, aun, en peores condiciones que el personal encargado de estos: el *Chacabuco* y el *O'Higgins* necesitaban “reparaciones tan extensas y radicales”, incluyendo carenado y cambio de calderas, que el ministro de Guerra y Marina sugirió que fueran usados como barcos de velas. El *Chacabuco*, por ejemplo, podía generar menos de un tercio de la presión de vapor que necesitaba<sup>309</sup>. Hasta los barcos más nuevos sufrían de falta de cuidado: la Armada tuvo que enviar el *Cochrane* a Inglaterra para reemplazar las planchas de la coraza de zinc, y si el gobierno quería salvar al *Blanco Encalada* de mayores daños, también debió haberlo enviado a Gran Bretaña, pero la tesorería del país no tenía los fondos para pagar siquiera las reparaciones más urgentes. La condición de la flota se deterioró tanto que el informe anual del comandante de arsenales concluyó que de los siete buques de guerra de la Armada, solo la *Magallanes* y el vapor de ruedas *Toltén* estaban “en perfecto estado de servicio”<sup>310</sup>.

La crisis boliviana obligó a Aníbal Pinto a enviar sus acorazados a Antofagasta, pero estacionar a estos buques en el norte no solo desgastó los recursos de personal de la armada sino que, también, dañó a las naves. Desde fines de 1878 los motores, calderas y cascos empezaron a sufrir del constante desgaste de la navegación a vapor. Por tanto, la Armada de Chile empezó la guerra con sus buques capitales, y la mayor parte de sus navíos auxiliares, en distintos estados de deterioro. Estas fallas, más la falta de entrenamiento, comprometían las fuerzas marítimas de Aníbal Pinto. Como observó tristemente el comandante Boys del HMS *Pelican*:

“Los acorazados chilenos son... navíos útiles y eficientes, pero por falta de práctica, puede haber cierta duda con respecto a su capacidad de maniobrar con suficiente rapidez y habilidad para que puedan evitar o eludir un ataque del espolón del *Huáscar*”<sup>311</sup>.

### Perú

Mientras que los chilenos se quejaban sobre la condición miserable en que se encontraba su escuadra, un folleto del gobierno peruano, “Le Perou en 1878”, describía la flota de Lima modestamente como “la mejor organizada y disciplinada de todo el Pacífico”<sup>312</sup>. El informe de 1878 del ministro de Marina peruano reforzó esta optimista evaluación, afirmando que desde que el *Huáscar* “tiene además calderas nuevas y su máquina, recientemente recorrida...

<sup>309</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria... 1878*, *op. cit.*, pp. 16, 18, 228, 232, 241.

<sup>310</sup> *Op. cit.*, p. 241.

<sup>311</sup> Parkenham a Salisbury, Santiago, 7 de abril de 1879, N° 14, en FO 16, vol. 202.

<sup>312</sup> “Le Perou en 1878. Notice historique et statistique (publicación oficial hecha con motivo de la exposición universal de París), p. 62.

se halla en perfecto estado y expedito para desempeñar cualquiera comisión militar". El mismo oficial afirmó que el *Manco Cápac* "ha quedado en el mejor estado y listo para el servicio a que se halla destinado" y que el casco, máquina, mástiles y arboladura del *Pilcomayo* están "en estado perfecto"<sup>313</sup>. Sin embargo, no todas las unidades de la escuadra estaban en condiciones tan maravillosas: la *Unión*, a pesar de dos refacciones en 1873 y 1877, aún necesitaba algunas reparaciones, pero estas, según observaba la *Memoria de Marina*, no eran cruciales. El *Atahualpa* necesitaba ser reparado, mientras que la *Independencia*, después de la extracción de sus máquinas, parecía ser un gran rompecabezas a la espera de ser armado. Aunque le hubiera gustado comprar otro buque de guerra, el presidente Mariano Prado en general estaba satisfecho con su flota<sup>314</sup>. Lo que Perú necesitaba era tiempo para preparar a su Armada, y gracias al Presidente, eso fue lo que obtuvo.

En febrero de 1879, mientras ofrecía públicamente mediar en la disputa entre Bolivia y Chile, el presidente Mariano Prado, con el consentimiento de su consejo de ministros, ordenó en secreto a sus subordinados preparar la flota además de comprar equipamiento nuevo y, en lo posible, adquirir navíos adicionales<sup>315</sup>. Las autoridades aprovecharon bien este tiempo: durante la última semana de febrero, el *Manco Cápac* fue declarado apto para navegar después de una estadía en un dique seco de Callao, donde trabajadores limpiaron y pintaron su fondo. Y para principios de marzo, *El Comercio* de Lima informaba que los motores desmantelados de la *Independencia* no solo habían sido reensamblados sino que funcionaban tan bien que las calderas nuevas del barco podían navegar entre once y media y doce millas por hora, una velocidad que, sin duda, se incrementaría después de que se hubiera raspado su fondo. La *Independencia* también recibió un cañón Blackley de cuatrocientos milímetros, que el astillero de Callao montó en su proa; más adelante las autoridades colocaron un cañón Vavasseur estriado de avancarga de doscientas cincuenta libras en la proa y un cañón Parrott estriado de avancarga de ciento cincuenta libras en la popa. Mientras el *Pilcomayo* y la *Unión* –cada uno de los cuales había recibido dos caños estriados Parrott de avancarga de cien libras– esperaban su turno para completar reparaciones en el dique seco, empezaron a transportar tropas y equipamiento a las ciudades de Arica e Iquique, al sur de Perú<sup>316</sup>. En el ínterin, el *Chalaco* y la *Limeña* también instalaron nueva artillería naval. Por tanto, tal vez el ministro de Guerra peruano no se dejó llevar solo por el entusiasmo cuando afirmó que a excepción del indolentemente lento *Atahualpa* y la *Independencia*, "que estarán expeditos dentro de poco tiempo, todo el resto

<sup>313</sup> Perú, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria de Guerra y marina*, 1878, vol. II, pp. 9-10, 12.

<sup>314</sup> El discurso inaugural de Prado fue reimpresso en el *Diario Oficial* de Chile, Santiago, 28 de agosto de 1878.

<sup>315</sup> López Martínez, *Historia...*, *op. cit.*, vol. X, p. 757.

<sup>316</sup> López Martínez, *Historia...*, *op. cit.*, vol. X, pp. 776-777.

de la flota esta prestando actualmente los servicios de esta institución”<sup>317</sup>. No sin razón, el ministro de Chile en Perú observaba: Es claro que el Perú nos es hostil i que en un término más o menos breve, tal vez el curso de la presente semana, la guerra con ese nación habrá estallado”<sup>318</sup>. Erró por cuatro días.

La Armada de Mariano Prado aparecía mejor preparada para la guerra que sus oficiales. Si bien algunos de ellos demostraron gran habilidad y garbo cuando pelearon con la flotilla de Algernon de Horsey, no todos los líderes de la flota poseían tales virtudes. Aun así, lo que le faltaba a la oficialidad peruana en habilidad, lo compensaban en número. En verdad, Lima tenía suficientes oficiales para dotar de personal a tres armadas. Para comandar una flotilla de seis buques de guerra, Perú empleó a trescientos setenta y cinco oficiales; en comparación, Chile solo necesitaba ciento veinte oficiales para dirigir su escuadra de siete naves. Muchos de los oficiales peruanos restantes realizaban tareas de carácter claramente no naval: siete servían en el Ministerio de Relaciones Exteriores, incluyendo dos capitanes de navío, y treinta y dos trabajaban en el Ministerio de Tesorería y Comercio<sup>319</sup>, entre ellos dieciocho capitanes de navío. Al parecer, había dos motivos para esta sobredotación administrativa. Uno era que la Escuela Naval de Perú producía demasiados oficiales. Otra era que la armada peruana, al parecer, se negaba a pasar a retiro a sus oficiales. En cambio, el Departamento de Marina mantuvo a varios de estos hombres en la lista de oficiales, aunque con sueldos más bajos. Llamados apropiadamente “indefinidos”, estos oficiales vivían en un limbo administrativo, pasando el tiempo, a la espera de ser llamados a servir de nuevo. Muchos de ellos, como el capitán Aurelio García y García, terminaron por volver al servicio activo<sup>320</sup>.

El favoritismo complicó los problemas de personal en Perú. Justo antes de la guerra: por ejemplo, el capitán de fragata Nicolás Portal reemplazó a Juan Bautista Cobian como comandante de la *Unión*: los poderosos amigos de Nicolás Portal triunfaron sobre las habilidades navales superiores de Juan Bautista Cobian. Mientras el diario de Lima *El Comercio* parecía afligido, *La Opinión Nacional* no lo estaba, y publicó una carta que incluía una lista de otros cambios de personal<sup>321</sup>. Como veremos, la Armada de Chile no era inmune a estos mismos problemas.

<sup>317</sup> Perú, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria de Guerra...*, *op. cit.*, 1878, vol. II, p. 13. Ciento veinte años más tarde, el almirante (ret.) Melitón Carvajal P., *Historia marítima del Perú. La República 1879 a 1883*, tomo XI, vol. I, pp. 98, 108-110, 158, señaló que los barcos de la armada peruana estaban en general en condiciones de navegar.

<sup>318</sup> Alejandro Fierro al ministro de Guerra y Marina, Santiago, 25 de marzo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 4.

<sup>319</sup> López Martínez, *Historia...*, *op. cit.*, vol. X, pp. 72-73.

<sup>320</sup> *Op. cit.*, vol. X, pp. 23, 76-78.

<sup>321</sup> *El Comercio*, Lima, 14 de marzo de 1879 y *La Opinión Nacional*, Lima, citado en López Martínez, *Historia...*, *op. cit.*, vol. X, pp. 779-790. El material en *La Opinión Nacional* fue una carta al periódico que fue republicada en *El Comercio*, Lima, 28 de marzo de 1879.

La tendencia de retener oficiales en la lista de servicio activo produjo una marina cuyos rangos superiores parecían más el elenco de un hogar para marinos retirados que una armada lista para navegar, por ejemplo, los capitanes de navío José María Salcedo y Pedro Carreño, que habían ingresado como guardiamarinas en 1821 y 1828, respectivamente, llevaban veintiocho y veintiséis años en su cargo; Pedro Santillana, el capitán de fragata de mayor antigüedad, con veinticinco años de servicio en ese rango, se había unido a la marina en 1830. Es verdad que algunos de los oficiales navales superiores chilenos distaban mucho de ser jóvenes imberbes, pero pocos de ellos sirvieron tantos años como sus congéneres peruanos. Solo uno, el antiguo oficial de la *Royal Navy*, contraalmirante Santiago Bynon, nacido en Gran Bretaña, había estado en la Armada durante cincuenta años, mientras que solo el contraalmirante José Goñi y los capitanes de navío Miguel Hurtado y Ramón Cabieses habían pasado cuarenta o más años en la flota. Más aún, todos ellos, excepto Ramón Cabieses, servían en la Junta de Asistencia de la Armada, que parece ser más una sinecura honorífica que un mando real.

Cuando no eran ancianos, numerosos oficiales navales carecían de las destrezas navales requeridas porque su país no había creado las academias para preparar a los oficiales para la guerra. La primera institución educacional era la Escuela Central Militar, que entrenaba a los oficiales para el Ejército y la Armada. Luego sería reemplazada por la Escuela Central Naval. Los requisitos para ingresar a esta institución no parecían demasiado exigentes: para matricularse, el candidato tenía que saber leer y escribir, ser sano e hijo de padres decentes. La escuela sufrió de una variedad de problemas: levantamientos políticos obligaron a cerrarla en 1854 y 1856, y un motín de guardiamarinas llevó a cerrarla de nuevo de 1867 a 1870. Incluso, cuando la escuela estaba funcionando, a veces graduaba alumnos que no habían completado ciertos cursos<sup>322</sup>. Hubo otros problemas: los guardiamarinas normalmente tenían que pasar un año en el mar en un navío para ser promovidos a alférez de fragata. En 1877, como Perú no tenía un buque de guerra disponible, tres guardiamarinas completaron su entrenamiento sirviendo en barcos mercantes; otros sirvieron en armadas extranjeras. Aún así, estos hombres fueron promovidos. Miguel Grau, la figura naval peruana preeminente en la guerra, recibió gran parte de su entrenamiento en la marina mercante<sup>323</sup>.

Una vez que se graduaban, los oficiales gozaban de pocas –si es que las había– oportunidades para hacerse a la mar o practicar artillería; en parte porque el gobierno, temiendo que la flota participara en un motín o rebelión, ocultaba parte de las máquinas de los barcos, dejándolos inutilizables. Algunos

<sup>322</sup> Fernando Romero Pintado, *Historia marítima del Perú. La República - 1850-1870*, tomo VIII, vol. 2, pp. 132-147; López Martínez, *Historia..., op. cit.*, vol. x, pp. 105-106; Perú, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria de Guerra..., op. cit.*, 1878, vol. II, p. 5.

<sup>323</sup> López Martínez, *Historia..., op. cit.*, vol. x, pp. 111-112.

historiadores navales peruanos han alabado a los oficiales de la flota, en parte porque sirvieron en la *Royal Navy* británica. Otros, como los alféreces Fermín Diez Canseco y Jorge Velarde, navegaron con la flota francesa. El teniente Theodorus Mason, un oficial de la marina estadounidense dudó de estas aseveraciones: la mayoría de los oficiales navales de Lima, concluyó, obtenían su “experiencia profesional simplemente viviendo a bordo de barcos que no se les enseñaba manejar y raramente ejercitaban sus cañones”<sup>324</sup>.

La tripulación de la Armada de Perú parecía más deficiente que sus oficiales, si es que eso fuera posible. Como señalaba *El Comercio* de Lima, “casi todos los marineros que tripulan nuestras naves de guerra carecen de la pericia necesaria en el manejo de éstas; falta que si es de peligro en las expediciones pacíficas de un buque, lo es en mucho mayor escala al tener que desempeñar las diversas maniobras y evoluciones de que es susceptible un combate naval”<sup>325</sup>. El diario tenía poca fe en estas tripulaciones mal nutritidas y pobemente vestidas, “no creemos que el marinero cumpla satisfactoriamente con sus obligaciones cuando está el estómago de por medio”, y no es el patriotismo lo que los inspira<sup>326</sup>. El duro comentario de *El Comercio* no erraba. En efecto, antes del inicio de la guerra, una gran porción de la cubierta inferior estaba poblada por los “desertores y fugitivos de casi cada armada del mundo, los mejores de los cuales eran Chilianos [sic]”<sup>327</sup>.

Sin embargo, reemplazar a los marineros extranjeros con peruanos no solucionó los problemas de personal de la Armada. Los que ingresaron a la Escuela de Grumetes “provenían de los estratos más bajos de la sociedad”, los más “marginalizados: delincuentes, vagabundos”, alcohólicos, tuberculosos, los con enfermedades venéreas, los rechazados de la Escuela de Clases del Ejército o peor, las cárceles de Lima. De acuerdo con el capitán de navío Camilo Carrillo, quien alguna vez fue director de la Escuela de Grumetes, el resultado fue que los hombres alistados que entraban en la flota eran “viciosos y advenedizos, sin conocimientos en la profesión, sin nociones de ninguna especie, sin costumbres de moralidad y sin hábitos de obediencia ni disciplina”. Las autoridades trataron de forzar a hombres ya embrutecidos “para conseguir de ellos el debido respeto y aun el cumplimiento de sus compromisos”, pero fallaron: peor aún, al amenazar a sus oficiales, los nuevos marineros debilitaron la eficiencia de la flota<sup>328</sup>. La herramienta tradicional a la que recurrió la Armada para reclutar, la leva, resultó igual de ingrata, ya que los marineros levados generalmente abandonaban el barco en la primera oportunidad que tenían. En efecto, en

<sup>324</sup> Manuel I. Vegas G., *Historia de la marina de guerra del Perú*, p. 189; Perú, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria de Guerra..., op. cit.*, 1878, vol. II, p. 5; Mason, *The War on the Pacific..., op. cit.*, p. 555.

<sup>325</sup> *El Comercio*, Lima, 3 de marzo de 1879, en López Martínez, *Historia..., op. cit.*, vol. x, p. 778.

<sup>326</sup> *El Comercio*, Lima, 20 de marzo de 1877, citado en López Martínez, *Historia..., op. cit.*, vol. x, p. 67.

<sup>327</sup> Mason, *The War on the Pacific..., op. cit.*, p. 555.

<sup>328</sup> López Martínez, *Historia..., op. cit.*, vol. x, pp. 115, 117-118.

mayo de 1878 *La Opinión Nacional* de Lima se quejaba de que más de la mitad de los doscientos miembros de la tripulación de la *Unión* habían desertado<sup>329</sup>.

La calidad de la tripulación se degeneró aún más después de abril de 1879. Una vez que se desató la guerra, la armada peruana tenía que reemplazar a sus marinos chilenos con extranjeros que sirvieran como suboficiales y marineros<sup>330</sup>. Sin embargo, en los niveles más bajos de la Armada, continuó el predominio de “los cholos nativos”, en el mejor de los casos “novatos” y en el peor, la escoria del todo incompetente de las cárceles peruanas, de los que un oficial naval estadounidense comentó: “los mejores oficiales del mundo no podrían haber hecho nada con ese material”<sup>331</sup>. Esta afirmación resultó tristemente cierta. Juan Moore, capitán peruano de la desventurada *Independencia*, lamentó la calidad, o falta de ella, de los marineros brutos que se ponían histéricos durante su primer combate<sup>332</sup>. Peor aún, llegó a temer a sus propios hombres: en abril tuvo que entregar a las autoridades navales algunos tripulantes de los que sospechaba que iniciaron deliberada o de forma accidental un incendio a bordo<sup>333</sup>. Un documento peruano reveló que tan tarde como junio de 1879, ninguno de los tripulantes del *Huáscar* sabía cómo disparar el cañón del barco. Para remediar este problema, al menos en forma parcial, el almirante Antonio de la Haza recomendó que la Armada contratara hasta treinta extranjeros que tuvieran experiencia en artillería naval<sup>334</sup>. Esta solución, aunque tal vez sabia, convirtió las torretas de cañones en torres de babel navales donde los distintos tripulantes no se entendían unos a otros<sup>335</sup>.

Dotar a las tripulaciones de personal constituía solo parte del problema. La armada peruana había llegado a depender casi exclusivamente de ingenieros extranjeros, en especial británicos y estadounidenses. El *South Pacific Times*, el principal diario peruano en inglés, instaba al gobierno a reclutar y entrenar a peruanos para trabajar en las salas de máquinas<sup>336</sup>. Aún así, los registros de personal indican que seis de los ocho ingenieros y maquinistas del *Huáscar* eran extranjeros. Entre los tripulantes del monitor había trece ingleses, tres griegos, dos alemanes, un noruego, un francés y un danés. Solo uno de los veintiún artilleros contratados era peruano<sup>337</sup>.

<sup>329</sup> *La Opinión Nacional*, en Vegas, *op. cit.*, p. 184.

<sup>330</sup> Antonio 2º Marazzi a J. Frederick, Iquique, 10 de abril de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 76.

<sup>331</sup> Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, p. 18; López Martínez, *Historia...*, *op. cit.*, vol. X, p. 70.

<sup>332</sup> Juan Moore al Comandante General de la Primera División Naval, Iquique, 22 de mayo de 1879, en Paz Soldán, *op. cit.*, pp. 172, 174.

<sup>333</sup> *El Peruano*, Lima, 29 de abril de 1879; Carvajal Pareja, *op. cit.*, tomo XI, vol. I, p. 368.

<sup>334</sup> Antonio de la Haza a Miguel Grau, Callao, 15 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 597.

<sup>335</sup> Vegas G., *Historia...*, *op. cit.*, p. 184.

<sup>336</sup> *El Peruano*, Lima, 27 de marzo de 1879.

<sup>337</sup> “Nómina de los prisioneros i muertos a bordo del *Huáscar*”, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 500, también *Boletín de la Guerra del Pacífico*, 20 de octubre de 1879; Luis Castillo, Antofagasta, 10 de octubre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 500.

Un observador oficial de la Guerra del Pacífico, Theodorus B.M. Mason, graduado de la Academia Naval de Estados Unidos, uno de los intelectuales más destacados de la armada estadounidense, consideraba que la flota chilena tenía buenos barcos y “un cuerpo de jóvenes oficiales idóneo para manejarlos”, juicio secundado por otro joven oficial naval estadounidense, el teniente J.F. Meiggs. Mientras observaba la presencia de extranjeros en la flota, particularmente en la sala de máquinas, comentó que los indígenas chilenos que servían en los rangos inferiores provenían de provincias con tradición de navegación marítima, a diferencia de sus contrapartes peruanos. En pocas palabras, concluyó que en la armada chilena “la disciplina e instrucción de los hombres era muy equitativa”, a diferencia de la flota peruana, cuya “disciplina era muy laxa y donde los ejercicios son casi desconocidos”<sup>338</sup>. Algunos, como el teniente de la armada estadounidense, J.F. Meiggs, atribuiría luego la posterior victoria de Santiago a la calidad superior de los oficiales y marinos chilenos<sup>339</sup>. No así Luis Uribe, uno de los héroes chilenos en la Guerra del Pacífico, quien comentó de manera ácida que “la escuadra enemiga se encontraba tanto o más desorganizada que la nuestra en lo que respecta a su disciplina”<sup>340</sup>.

El comienzo de la Guerra del Pacífico tomó por sorpresa a la flota chilena, y en menor medida a la de Perú. La recesión económica mundial había obligado a ambas naciones a desarmar sus flotillas como parte de un programa de austeridad. Aunque tuvo que refaccionar algunos de sus barcos, la flota de Perú estaba en mejores condiciones, o al menos no más deficiente, que la de Chile. Las constantes navegaciones, inicialmente en respuesta a la amenaza de un ataque de Argentina y luego para reivindicar el litoral boliviano, habían hecho fuertes exigencias a los activos navales de Chile. Ahora tendría que enfrentarse a lo que podía ser considerada una de las flotas más poderosas de la zona. Pelear una guerra marítima con barcos extremadamente necesitados de reparaciones se convertiría en una prueba para la marina de Chile y complicaría su participación en la guerra. La flota de Perú también necesitaba reparaciones, pero Lima poseía los recursos, incluyendo un dique seco, para preparar a su Armada para la guerra. La distancia entre Lima y sus provincias sureñas no era tan grande como la que tenían que atravesar los navíos chilenos desde Valparaíso al teatro de la guerra. Sin embargo, la mejor calidad de los oficiales y gente de mar de Chile, resultarían esenciales para la conducción del lado naval de la Guerra del Pacífico.

<sup>338</sup> J.F. Meigs, “The War in South America”, p. 462; Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, pp. 13, 21; Peter Karsten, *The Naval Aristocracy*, pp. 300-303.

<sup>339</sup> Meigs, *op. cit.*, pp. 461-462.

<sup>340</sup> Uribe, *op. cit.*, p. 10.

*Cuadro N° 6*  
 UNA COMPARACIÓN DE LAS EMBARCACIONES MARÍTIMAS  
 CHILENAS Y PERUANAS

ARMADA CHILENA: ACORAZADOS

	<i>Fecha de construcción</i>	<i>Tonelaje</i>	<i>Caballos de fuerza</i>	<i>Velocidad en nudos</i>	<i>Armamento</i>
<i>Almirante Cochrane</i>	1874	3,560	2,000	9-12.8	6 (9-pulgadas) 250 libras 10 libras 1 libras 9 1 enfelt nord mg
<i>Almirante Blanco Encalada</i>	1875	3,560	3,000	9-12.8	6 (9 pulgadas) 250 libras 120 libras 1 libras 9 2 enfelt Nord mg

ARMADA CHILENA: EMBARCACIONES DE MADERA

<i>Abtao</i>	1864	1,050	300	6	3 150 libras 3-4 0-libras 4
<i>Chacabuco</i>	1866	1,670	1,200	8-10	3 115 libras 2 0-libras 7 4 0-libras 4
<i>Covadonga</i>	1858	412	140	5	2 70-libras 2 -libras
<i>Esmeralda</i>	1854	850	200	3	12 40-libras
<i>Magallanes</i>	1872	950	1,200	11	1 115-libra 1 4-libra 6 1 0-libra 2
<i>O'Higgins</i>	1866	1,670	1,200	8-10	3 115 libras 2 0-libras 7 4 0-libras 4
<i>Amazonas</i>	1874	1,970	2,400	11	1 6-pulgadas
<i>Angamos</i>	1876	1,180	480	14	1 8 pulgadas
<i>Toltén</i>	1875	240	270	9	

ARMADA CHILENA: BOTES TORPEDO

<i>Colo Colo, Tucapel</i>	1879	35	40	19	2-3 par S torpedos 2 ametralladoras
<i>Janequeo</i> (Sunk)	1879	35	400	20	2-3 par S torpedos 1 ametralladora
<i>Runcumilla,</i>	1881-1881	35	400	20	2 par S torpedos

	<i>Fecha de construcción</i>	<i>Tonelaje</i>	<i>Caballos de fuerza</i>	<i>Velocidad en nudos</i>	<i>Armamento</i>
<i>Teguelda Glaura, Guale, Janequeo</i>					1 ametralladora
<i>Lauca, Quidora</i>	1880-1881	70	400	20	2 par S torpedos 1 ametralladora
<i>Guacolda</i>	1879	30	100	16	2 par S torpedos
<b>ARMADA PERUANA: ACORAZADOS</b>					
<i>Huáscar</i>	1865	1,130	1,200	10-11	2 300-libras 2 40-libras
<i>Independencia</i>	1865	2,004	1,500	12-13	2 150-libras 12 70-libras 4 32-libras 4 4-libras
<i>Atahualpa</i>	1864	1,034	320	6	2 500-libras
<i>Manco Cápac</i>	1864	1,034	320	6	2 500-libras
<b>ARMADA PERUANA: EMBARCACIONES DE MADERA</b>					
<i>Pilcomayo</i>	1873-1874	600	180	10-11	2 70-libras 4 40-libras
<i>Unión</i>	1864-1865	1,150	450	12-13	12 70-libras 1 12-libras
<i>Limenña</i>	1860	1,163	350	12	2 40-libras
<i>Oroya</i>	1873	1,159	400	12	2 40-libras
<i>Chalaco</i>	1863	1,000	300	12-14	4 70-libras 2 12-libras
<i>Talisman</i>	1871	310	90	10-11	
<i>Mayo</i>	1861	671	250	5-6	2 12-libras
<b>ARMADA PERUANA: BOTES TORPEDO</b>					
<i>República, Allay</i>	1879		100	16	2 par S torpedos

FUENTES: Mason, *The War on the Pacific...*, op. cit., pp. 14-16, 18; Rodrigo Fuenzalida Bade, *La Armada de Chile*, vol. 3, pp. 721-27, 947; “Armada de Chile”, 1 de abril de 1882, en Chile, Ministerio de la Marina, *Memoria, 1882*; Roger Chesneau, *Conways All the World’s Fighting Ships, 1860-1905*, pp. 411-415, 418-419; Clowes, op. cit., p. 77; López Martínez, *Historia...*, op. cit., pp. 252-262. Hay numerosas diferencias de opinión sobre la velocidad y armamento de los barcos. Algunas de estas diferencias pueden atribuirse al hecho de que las variadas fuentes pueden haber evaluado los barcos en distintas épocas.

## DE CHIPANA A IQUIQUE

Durante las primeras semanas de la Guerra del Pacífico, la armada chilena se caracterizó por su pereza. El almirante chileno Juan Williams Rebolledo se impuso a sus jefes civiles e instaló un bloqueo en el puerto peruano de Iquique a principios de abril. Después de que había sido casi erradicado por terremotos y maremotos en 1868, 1875 y 1877, el hallazgo de salitre revivió a Iquique. La ciudad recién reconstruida –ahora con edificios más suntuosos y calles más anchas– se había convertido en el principal centro exportador de la floreciente industria de nitratos de Lima<sup>341</sup>. Luego de bloquear al puerto peruano, la escuadra de Santiago se vio por completo paralizada. La flota de Perú, en cambio, vibraba con actividad: estaban renovando sus barcos, completando el rearme, importando equipamiento de guerra desde Panamá y reforzando sus guarniciones del sur. Si Perú no controlaba las vías marítimas, al menos disfrutaba de la libertad para usarlas con impunidad.

La política pasiva, si no totalmente apática, de Chile no requería que su flota buscara y destruyera al enemigo. De hecho, durante semanas pareció que la armada chilena no tenía otra estrategia más que esperar a que la flota peruana hiciera algo. Por supuesto, los peruanos estaban haciendo algo. Mientras tanto, Juan Williams Rebolledo parecía contento de consumir el escaso carbón de su flota, desgastar los motores de sus barcos, y disipar la energía de sus compañeros de barco, sin hacer nada en la práctica.

Ocurrieron dos enfrentamientos navales en los primeros meses de la guerra: el primer encuentro, que transcurrió frente al puerto peruano de Chipana, sucedió por azar, no como parte de la estrategia general de Juan Williams Rebolledo. Eventualmente, los chilenos se cansaron de su política pasiva. El Almirante, que estaba ansioso por convertirse en presidente, se dio cuenta de que tenía que hacer algo para salir del estancamiento. Después de que su flota patrullara hacia el norte, los peruanos atacaron Iquique. Este encuentro inesperado tuvo implicaciones de largo alcance. Gracias a una combinación de astucia chilena y mala suerte peruana, la flota de Aníbal Pinto obtuvo de manera accidental una significativa victoria estratégica. Por desgracia, los líderes navales chilenos, en particular Juan Williams Rebolledo, no fueron capaces de cambiar su enfoque para conducir la guerra marítima; en cambio, J. Williams Rebolledo impuso de nuevo un bloqueo de Iquique, lo que les dio

<sup>341</sup> J. Studdy Leigh, “Peruvia, Bolivia, and Chile”, p. 539; Spencer St. John, “El Perú en 1878. Informe general”, vol. 1, pp. 176 y 194.

a los peruanos muchas oportunidades de hacer fechorías. La falta de acción no solo retrasó en efecto la persecución del lado naval del conflicto por parte de Chile sino, también, probablemente su ofensiva por tierra.

### MIGUEL GRAU VERSUS JUAN WILLIAMS REBOLLEDO

Dos personalidades dominaron las campañas marítimas durante los primeros meses de la Guerra del Pacífico. El primero fue el comandante naval chileno almirante Juan Williams Rebolledo (1828-1910) y el otro, su rival, el capitán de navío peruano y luego almirante, Miguel Grau (1838-1879).

El padre de Miguel Grau era un oficial de ejército colombiano quien ayudó a liberar a Perú del dominio español, y su madre era la hija de un oficial colonial español. Miguel Grau, quien se hizo a la mar, por primera vez, a los nueve años, abandonando su plan de proseguir una carrera marítima cuando se hundió su primer barco. Por insistencia de su madre, volvió a la escuela, pero tuvo tan mal rendimiento que sus padres le permitieron, ahora de once años, enlistarse de nuevo en la marina mercante<sup>342</sup>. Estos años resultaron ser una experiencia formativa, al navegar en una variedad de navíos bajo diferentes banderas en las aguas de los océanos Atlántico y Pacífico. De vuelta en Perú, entró a la armada como guardiamarina en 1854. No duró mucho en el puesto, pues perdió su cargo cuando eligió el lado erróneo de una de las muchas revoluciones que agitaban su patria. Volvió brevemente a la marina mercante, para regresar a la Armada en 1863 como subteniente. Otra vez fue llevado a la corte marcial, esta vez por insubordinación. Aunque se le declaró inocente, de todas formas renunció. Tras comandar por poco tiempo el *Puno*, un navío mercante de una compañía de vapores británica, se unió otra vez a la flota en 1872. Cuatro años después volvió a renunciar, esta vez para servir en la legislatura peruana como diputado por Paita. Cuando se desató la Guerra del Pacífico, cedió su puesto parlamentario y volvió a servicio activo en su rango anterior, capitán de navío. Primero serviría en el Ministerio de la Armada antes de tomar el mando del *Huáscar*<sup>343</sup>.

Tal como Miguel Grau, Juan Williams Rebolledo provenía de una familia étnicamente mixta: era hijo de un oficial naval inglés que había servido en las guerras de independencia y una mujer chilena. A los dieciocho años, el anglo-chileno ingresó a la flota en 1844 como guardiamarina, y cruzó el estrecho de Magallanes en el pequeño *Ancud*. A los dos años fue nombrado subteniente. Para 1850, el primer teniente comandaba el bergantín *Meteoro* y en ese cargo ayudó al gobierno a reprimir una revolución en 1851. El año

<sup>342</sup> "Grau: el marino epónimo del Perú", en *Fuentes para el estudio de la historia naval del Perú*, Lima, Museo Naval del Perú, 1958, vol. II, pp. 761-762.

<sup>343</sup> Basadre, *op. cit.*, vol. VIII, p. 95

siguiente participó en el restablecimiento del orden en Magallanes cuando un grupo de prisioneros tomó control de la colonia penal al sur de Chile. En 1854 navegó a Inglaterra, donde sirvió como el segundo al mando de la recién construida *Esmeralda*. El viaje de regreso resultó inesperadamente turbulento: tuvo que reprimir un motín de la tripulación británica que había contratado para navegar el barco hacia Chile. Después de 1856, navegó las aguas chilenas, reprimió levantamientos indígenas y recorrió las costas de su país. Cuando la flota española atacó Perú, era capitán de fragata a cargo de la *Esmeralda*, la que bajo su liderazgo logró penetrar el bloqueo español. En noviembre de 1866 capturó la *Covadonga* frente a Papudo, lo que le significó ser promovido a capitán de navío. Como oficial en la escuadra peruano-chilena defendió de manera exitosa a Abtao y Huito de ataques españoles. Luego tomó el comando de la flotilla chilena durante la crisis argentina de fines de 1878, y en esa función supervisó la toma de Chile de Antofagasta<sup>344</sup>.

#### LAS PRIMERAS SEMANAS DE LA GUERRA NAVAL

El simple hecho de llegar a Antofagasta fue una prueba a la resiliencia de los navíos chilenos que tenían que navegar desde Valparaíso. La *Esmeralda* y el *Chacabuco*, por ejemplo, llegaron arrojando tales cantidades de vapor que más parecían locomotoras que buques de guerra; cuando el resto de la flota ocupó los demás puertos del litoral boliviano, el *O'Higgins* tuvo que permanecer en Antofagasta para que fueran reparados sus motores decrepitos<sup>345</sup>. Además, el viaje al norte consumía tanto del escaso combustible de la escuadra que no era mucho lo que podían hacer sus barcos una vez que llegaban a Antofagasta. No fue hasta fines de marzo, cuando la flotilla recibió las provisiones y el carbón que necesitaba, que se pudo considerar un actuar más agresivo.

Como comandante, Williams Rebolledo se convirtió en el arquitecto de la estrategia naval de su país durante los primeros meses de la guerra. Su superior en más que el mero rango, el presidente chileno Aníbal Pinto, de aspecto y comportamiento apacible, junto a muchos consejeros civiles, lo instó a bloquear la flota peruana mientras estuviera anclada en Callao. Aníbal Pinto argumentaba que una vez que hubiera contenido la flotilla enemiga, la armada chilena podía apoyar cuando fuera conveniente una invasión de las provincias sureñas de Perú o, más audazmente, atacar la capital Lima<sup>346</sup>. Williams Rebolledo, de cincuenta y tres años, rechazó la sugerencia de Aní-

<sup>344</sup> Fuenzalida, *op. cit.*, pp. 267-271.

<sup>345</sup> Juan Williams Rebolledo, *Operaciones de la escuadra chilena mientras estuvo a las órdenes del contra-almirante Williams Rebolledo 1879*, pp. 12-13.

<sup>346</sup> Rafael Sotomayor a Aníbal Pinto, 5, 7, 12 de mayo de 1879, en Correspondencia de Aníbal Pinto, ANFV, vol. 1, pp. 285-294.

bal Pinto con arrogancia. En vez de arriesgar sus barcos en Callao, que era defendido por impresionantes baterías de artillería costera, quería bloquear Iquique, un puerto de nitratos ubicado a doscientos noventa kilómetros al norte de Antofagasta. Su estrategia, como su imaginación, olía a banalidad. Si la flota de Chile ponía en cuarentena a Iquique, afirmó, Perú no podría exportar nitratos, la materia prima que había reemplazado al guano –que era más nocivo– como la principal fuente de ingresos del país. Bajo la amenaza de perder los recursos económicos que necesitaba para financiar la guerra, el presidente peruano Mariano Prado estaría obligado a ordenar a su flota que levantara el bloqueo. Luego, cuando la escuadra de Mariano Prado saliera navegando fuera de la sombra y el alcance de los cañones costeros de Callao, Williams Rebolledo la destruiría<sup>347</sup>.

El almirante chileno se salió con la suya: el 3 de abril su escuadra, que consistía en el *Cochrane*, el *Blanco* y las tres corbetas *Chacabuco*, *Magallanes* y *Esmeralda*, navegaron desde Antofagasta hacia el norte. Dos días después informó innecesariamente a las autoridades civiles y militares de Iquique lo que cualquier idiota podía ver: que la armada chilena había bloqueado su puerto. Pero Williams rara vez se desviaba de su estrategia de defensa. Una vez, en la década de 1860, había atormentado a la flota española, pero la combinación de edad, un temor que bordeaba a lo irracional, y mala salud –ya sea de origen sifilítico o psicogénico– lo convirtió en la década de 1870 en un guerrero reacio<sup>348</sup>. Una vez asegurado su primer objetivo, dividió su flotilla en dos divisiones: la primera estaba integrada por el *Blanco*, la *Magallanes* y el *O'Higgins*, que él comandaba; la segunda por el *Cochrane*, *Chacabuco* y *Esmeralda*, bajo el control del capitán de navío alcoholizado, Enrique Simpson. Así, tras derrotar la inexistente armada de Bolivia, tomar el puerto prácticamente indefenso de Antofagasta y bloquear Iquique, Williams Rebolledo descansó.

La decisión del Almirante, de aislar a Iquique, no logró sus objetivos. Tender bloqueo a Iquique mientras permitía que permaneciera abierto el puerto cercano de Pisagua, demostró su falta de imaginación, si no su total ignorancia de geografía. Como había una vía férrea y carretera costera que conectaban a Pisagua e Iquique, los peruanos sortearon de forma fácil el cerco desembarcando hombres y equipamiento bélico primero en Pisagua y luego transportándolo por tierra. La elección de Williams Rebolledo de Antofagasta como base de avanzada de operaciones también resultó en extremo mal aconsejada: ubicada 1.300 km al norte de Valparaíso, no tenía los suficientes

<sup>347</sup> Williams, *op. cit.*, pp. 20-21.

<sup>348</sup> Rafael Sotomayor a Aníbal Pinto, “Secreto”, 4 de junio de 1879, en Correspondencia de Sotomayor, pp. 292-293; Sotomayor a Antonio Varas, Iquique, 5 de junio de 1879, en Antonio Varas, *Correspondencia de don Antonio Varas sobre la Guerra del Pacífico*, pp. 128,155-156; Domingo Santa María a Pinto, 25 de junio de 1879, Correspondencia de don Domingo Santa Marina a don Aníbal Pinto, en ANFV, vol. 416.

recursos que necesitaba, como un amplio suministro de agua o instalaciones para reparaciones. Por tanto, cada vez que los barcos chilenos que patrullaban las aguas de Iquique necesitaban reparaciones sustanciales, tenían que dejar el teatro de la guerra y partir a Valparaíso. Las largas vías de abastecimiento y malas comunicaciones conllevaban problemas adicionales: la flota solo tenía un barco carbonero, el *Matías Cousiño*, que la familia Cousiño, dueña de numerosas minas de carbón, había cedido a la Armada. En consecuencia, Chile tuvo que improvisar una forma de llevar combustible hacia el norte. Sin embargo, el error más notable en el plan naval de Williams Rebolledo era que, básicamente, condenaba a su flota a la inacción total: el Almirante había convertido la armada de Chile en el equivalente de la fea del baile en un cotillón que espera la compañía de alguien, en este caso Miguel Grau, para poder unirse a las actividades.

Así, su estrategia desacertada les dio a los peruanos el tiempo suficiente para mejorar las defensas de Callao y reequipar por completo su Armada. Peor aún, mientras los fondos de los barcos de Williams Rebolledo acumulaban crustáceos en el muelle de Iquique, la flota de Miguel Grau usaba la libertad de las vías marítimas para enviar tropas y equipamiento a sus cuarteles al sur del país. Durante los primeros días de la guerra, por ejemplo, transportes peruanos como el *Talismán* y el *Chalaco*, llevaron de manera descarada hombres, armas y municiones hacia el sur, a Arica y Mollendo, mientras que otras embarcaciones navegaron a Panamá para conseguir armas y equipamiento bélico.

#### LA BATALLA DE CHIPANA

El comandante chileno se dio vueltas por el escenario bélico como Sansón ciego y afeitado. Ordenó que la *Magallanes* y el *Cochrane* interceptaran una flotilla peruana que él creyó erróneamente iba en camino a la planta de destilación de agua de Antofagasta. También esperaba que la *Magallanes* se reabasteciera en Antofagasta. La flotilla chilena nunca se encontró con los barcos peruanos, y después de que la *Magallanes* se había abastecido de carbón, recibió nuevas órdenes de proceder al norte para un reconocimiento de la zona frente al puerto de Huanillos, un centro de minería de guano, y de ser posible, destruir sus instalaciones de embarque. El comandante militar de Antofagasta, el coronel Emilio Sotomayor, también pidió a la *Magallanes* que entregara una carta importante a la flota que bloqueaba Iquique.

El viaje de la *Magallanes* a Iquique desató, de forma involuntaria, el primer encuentro naval de la guerra. Miguel Grau, tras enterarse de que el transporte chileno *Copiapó* llevaba mil quinientos hombres, suministros y carbón hacia el norte –información de la que los peruanos se enteraron simplemente leyendo la prensa chilena, que de manera constante publicaba las fechas de embarque de los barcos y sus destinos– envió la *Unión* y el *Pilcomayo* a interceptarlo. Sin

embargo, el buque mercante chileno *Copiapó* ya había atracado en Antofagasta. Así, el 12 de abril, mientras buscaban al transporte chileno, los navíos peruanos se toparon con la *Magallanes*. Al principio, los peruanos pensaron que el barco que divisaron era el transporte *Copiapó*. No eran los únicos que se equivocaban: el comandante de la *Magallanes*, Juan Latorre –hijo de un padre peruano y hermano de un oficial peruano que comandaba una batería de artillería costera en Callao– concluyó de modo erróneo que las dos estelas de humo que divisó pertenecían a la *Esmeralda* y el *O'Higgins*<sup>349</sup>. Solo después de una hora de navegar el uno hacia el otro, ambos bandos se dieron cuenta de su error (La equivocación peruana se explica en parte; el capitán Nicolás Portal de la *Unión* afirmó que la *Magallanes* ondeó la tricolor chilena solo una vez que empezó la batalla).

Los peruanos lanzaron el primer bombardeo, pero debido a los artilleros sin experiencia, quedó claro que Nicolás Portal tendría que acercarse a su enemigo para infingirle daño. Maniobrar se hizo crucial porque, aunque el *Pilcomayo* tenía cañones ubicados en su proa, la *Unión* no; solo podía disparar cañones que estaban montados a mitad del barco. Para obtener la máxima ventaja del uso de sus cañones estriados navales, la *Pilcomayo* primero cruzó la estela de la *Magallanes* y luego volteó hacia el norte. Esta maniobra dejó al navío chileno entre los dos barcos enemigos. Por un breve lapso, ambos buques de guerra peruanos sometieron a la *Magallanes* a un agotador fuego cruzado. Pero cuando el *Pilcomayo* tuvo problemas de caldera, tuvo que salirse del esquema. Este percance inesperado dejó sola a la *Unión*; la *Magallanes*, que era más rápida, huyó, dejándola atrás fácilmente, lo que puso fin a la batalla.

A diferencia de los encuentros navales posteriores, el combate de Chipana no causó derramamiento de sangre ni muertes. Un disparo fallido de los peruanos, que dejó a la tripulación de la *Magallanes* sin el cañón número cuatro, fue lo más cercano a que alguien fuera herido. Y los barcos no sufrieron más que daños menores. Si no fuera por unos pocos proyectiles peruanos que dieron a sus costados, la *Magallanes* hubiera salido de la batalla ilesa<sup>350</sup>. El capitán

<sup>349</sup> Enrique Merlet Sanhueza, *Juan José Latorre. Héroe de Angamos*, pp. 29-31.

<sup>350</sup> Durante la batalla, el cañón de ciento quince libras de la *Magallanes* se soltó de la cubierta y podría haber caído al océano si los chilenos no hubiesen detenido el fuego. Pero fue la fabricación defectuosa, no la habilidad peruana, lo que causó este incidente. En forma similar, los chilenos perdieron una lancha a vapor, pero no porque fuera dañada por los bombardeos. La tripulación de la *Magallanes* tuvo que arrojarla al mar porque obstruía el campo de fuego del barco. “Combate de Chipana”, 17 de abril de 1879 (reportaje del corresponsal de *El Mercurio*, Valparaíso; Carta de Manuel José Vicuña a Eulogio Altamirano, Caldera, n.d.; Juan José Latorre, “Partes oficiales”, 1 de abril de 1879; Aurelio García y García, “Parte del Comandante García y García”, Loa, 12 de abril de 1879; “Parte de Comandante Portal”, en el mar, 12 de abril de 1879; “Parte de Comandante de la Guerra”, en alta mar, 12 de abril de 1879; Carta de Onofre Pérez a Elio T. Cavidez”, n.d.; Carta de J.M. Villarreal C. a Daniel, Iquique, 14 de abril de 1879; Carta de Vicente Zegers a su padre, Iquique, 13 de abril de 1879, AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 218-221; Rosendo Melo, *Historia de la marina del Perú*, vol. I, p. 323.

de fragata Juan Latorre, admitió: “Nuestras punterías... no brillaron por su exactitud”, sin embargo, afirmó que los proyectiles de la *Magallanes* tenían que haber golpeado a la *Unión* porque su chimenea empezó a emitir vapor. El guardiamarina Vicente Zegers sonó aún más positivo, cuando escribió a su padre que sus compañeros de barco le dieron diez veces a su enemigo. Pero Juan Latorre y Vicente Zegers se equivocaban: los daños que sufrieron la *Unión* y el *Pilcomayo* fueron consecuencia de problemas de motor sin relación alguna con los cañones chilenos<sup>351</sup>.

En un sentido, Chipana fue el encuentro ideal, una oportunidad espléndida para que ambos bandos se entregaran a la exageración nacionalista: ninguno de los dos perdió; ambos ganaron. Los peruanos, por ejemplo, se jactaron que en su primera acción naval en cuarenta y cinco años, habían expulsado a la *Magallanes* sin sufrir daño alguno porque: “la Providencia con que proteje la justicia de nuestra causa no ha permitido que nos causen la más leve desgracia”<sup>352</sup>. Al mismo tiempo, los chilenos proclamaron que la *Magallanes*, con menos armas, primero dañó a sus enemigos y luego los repelió, lo que probaba, en palabras del diario santiaguino *El Independiente* que “la verdadera fuerza de Chile no se encuentra ni en sus blindados ni en sus cañones sino en los pechos de su valientes defensores”<sup>353</sup>. Mientras los orgullosos ciudadanos de Santiago enviaban un reloj de oro a Juan Latorre en agradecimiento, Rafael Sotomayor, un funcionario de gobierno de alto rango, parecía más escéptico:

“El combate de la *Magallanes* ha sido desfigurado de tal modo que se considera como gran triunfo... el hecho no ha tenido ninguna importancia: Latorre puso su máquina a toda fuerza para escapar... no podía hacer otra cosa que lo [que] hizo”<sup>354</sup>.

En vez de celebrar, Rafael Sotomayor parecía desconcertado de que “la marina peruana diese muestra de mayor audacia que la nuestra”<sup>355</sup>.

#### DE VUELTA A PUNTO MUERTO

Para justificar su estrategia original, Juan Williams Rebolledo tomaba, de manera ocasional, tibias iniciativas para incitar no solo a la *Unión* y el *Pilcomayo*

<sup>351</sup> Melo, *op. cit.*, vol. I, p. 323.

<sup>352</sup> Remo, “La expedición de la “Unión” i el “Pilcomayo””, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 224-225.

<sup>353</sup> *El Independiente*, Santiago, 19 de abril de 1879; *El Ferrocarril*, Santiago, 30 de abril de 1879.

<sup>354</sup> Rafael Sotomayor a Aníbal Pinto, 27 de abril de 1879, en Sotomayor, “Correspondencia”, p. 192; Antonio Marazzi dijo más lacónicamente: el *Magallanes* escapó gracias a “su buena velocidad y la sangre fría de su comandante”. Antonio Marazzi a Jorge Frederick, Iquique, 12 de abril de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 76.

<sup>355</sup> Rafael Sotomayor a Belisario Prats, en Bulnes, *op. cit.*, vol. I, p. 213.

sino, también, al *Huáscar* a atacar. A veces el Almirante ordenaba a barcos específicos abandonar el bloqueo de Iquique para ir a hostigar la costa peruana. El 15 de abril, por ejemplo, el *Cochrane* y la *Magallanes*, bajo el mando del capitán Enrique Simpson, navegaron hacia el norte a Mollendo con órdenes de destruir las instalaciones de su muelle. Como parte de su estrategia general de evitar que los peruanos exportaran salitre y obligarlos a atacar, también envió al *Blanco*, *Chacabuco* y *O'Higgins* a destruir equipamiento portuario, plantas de destilación y vías férreas en los puertos de Pabellón de Pica y Huanillos<sup>356</sup>.

Como los peruanos seguían rehusando morder el anzuelo, el almirante chileno redobló sus esfuerzos por asolar la costa peruana. El ataque de Williams Rebolledo a Pisagua marcó el clímax de su guerra a la economía peruana. A bordo del *Blanco* y acompañado del *Chacabuco*, llegó al puerto peruano el 18 de abril. Los dos barcos enviaron equipos de desembarco hacia la orilla para que capturaran cualquier lancha que pudieran encontrar. Sin embargo, sus barcos solo quemarían o capturarían los botes que pertenecían a los puertos y que se usaban para cargar o descargar artículos; los barcos extranjeros, que normalmente llevaban los nitratos, estaban vedados.

Para su intensa angustia, la guarnición peruana abrió fuego a la flota chilena. Indignado, al parecer, porque los peruanos tuvieron el mal gusto de responder, ordenó que sus cañones bombardearan no solo las fortificaciones costeras de Pisagua sino que la ciudad entera. Después de un breve cañoneo, despachó un segundo equipo de desembarco. Cuando los peruanos descortesmente abrieron fuego de nuevo, los chilenos desataron un bombardeo masivo<sup>357</sup>. Los resultados fueron sobresalientes: para cuando se retiró J. Williams Rebolledo, dejó “una ciudad indefensa en llamas: [destruyó] alrededor de un millón de pesos en propiedad], matando tres mujeres, una criatura y un asiático”, y dejó herido a un puñado de soldados. Incluso, el mismo Almirante reconoció que podía haber sobrereactuado, pero creía, sin embargo, que les había enseñado a los peruanos una bien merecida lección<sup>358</sup>. Después de su victoria en Pisagua, continuó arrasando las ciudades costeras del sur de Perú, “para ofender y provocar al enemigo a un combate naval”<sup>359</sup>.

El capitán Enrique Simpson también intentó aumentar la presión<sup>360</sup>. Entre mediados de abril y el primero de mayo, el *Cochrane* y el *O'Higgins* entraron a los puertos de Mollendo y Mejillones, al sur de Perú, en busca de contrabando

<sup>356</sup> “Telegramas oficiales Peruanos”, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 230; telegramas de Oscar Viel al ministro de Guerra, Caldera, 23 de abril de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 230-231.

<sup>357</sup> Eulogio Altamirano al ministro de la Armada, Valparaíso, 27 de abril de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 232-233.

<sup>358</sup> Ejército del Perú. “Apuntes para la historia. Diario de la Campaña, 16 de abril de 1879”, pp. 12-13; Williams Rebolledo, *op. cit.*, pp. 28-29; Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, p. 29.

<sup>359</sup> Williams Rebolledo, *op. cit.*, p. 31.

<sup>360</sup> Enrique Simpson, “Partes oficiales”, Iquique, 1 de mayo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 233-235.

y para devastar lo que se les daba la gana. En ambos puertos la guarnición local, que en Mejillones sumaba cinco soldados, disparó a los chilenos cuando empezaron a destruir algunas lanchas. En ambos casos, Enrique Simpson, angustiado, decidió que tenía que “tomar medidas energéticas”: el *O'Higgins*, primero con su cañón más pequeño, pero eventualmente incluyendo sus cañones más grandes, bombardeó Mollendo durante veinte minutos. Enrique Simpson también atacó Mejillones, dejando el puerto en llamas sin lanchas y muelles. Mientras que Enrique Simpson sin duda consideraba bien merecida esta retribución, un oficial peruano describió sus acciones como “la afrenta más grande de los filibusteros”<sup>361</sup>.

Para mediados de mayo se hacía cada vez más evidente que bloquear Iquique y de manera simultánea hostigar ciudades y navíos peruanos había fallado. En consecuencia, algunos chilenos empezaron a cuestionar la estrategia de Williams Rebolledo. Antonio Varas, ministro del Interior y por ello el segundo político más poderoso de Chile, se quejó de la negativa del Almirante de atacar Callao<sup>362</sup>. Parte de la prensa también se unió al coro de detractores<sup>363</sup>. Si bien Williams Rebolledo ignoró con arrogancia al gobierno, no se podía permitir enemistarse con el público. Esperaba compilar un brillante historial de guerra que planeaba usar en 1881, cuando se postulara a la presidencia<sup>364</sup>. Reconociendo que el fracaso de su estrategia en Iquique podía desencantar al electorado, decidió que tenía que actuar con audacia para recuperar su popularidad. Así que si seis días antes se había negado a atacar la flota peruana anclada en Callao, cambió radicalmente su estrategia<sup>365</sup>. El 15 de mayo, sin informar al gobierno de su destino, la flotilla de Williams Rebolledo navegó hacia el norte.

#### EL COMBATE DE IQUIQUE

El ofuscado Juan Williams Rebolledo había elaborado un plan tan complejo que bordeaba lo barroco. La flota entera, con excepción de la corbeta *Esmeralda* y la cañonera *Covadonga*, dejaría Iquique en dirección a Callao, de la forma más discreta y subrepticia posible. Las dos corbetas *Chacabuco* y *O'Higgins* saldrían primero de la bahía. Los seguirían el *Cochrane* y el barco carbonero *Matías Cousiño*, mientras que la lancha cañonera *Abtao* y el *Blanco* partirían después

<sup>361</sup> Andrés Bustamante al Coronel, Prefecto de Tarapacá, Mejillones del Perú, 1 de mayo de 1879, *El Peruano*, Lima.

<sup>362</sup> Antonio Varas a Juan Williams Rebolledo, Santiago, 25 de Abril de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. V, pp. 6-7.

<sup>363</sup> *La Patria*, Valparaíso, 9, 10, 16 Abril 1879; *El Ferrocarril*, Santiago, 13 de abril de 1879.

<sup>364</sup> Rafael Sotomayor a Aníbal Pinto, junio de 1879, en Rafael Sotomayor, “Correspondencia de don Rafael Sotomayor con don Aníbal Pinto sobre la Guerra del Pacífico”, p. 415.

<sup>365</sup> Juan Williams Rebolledo al ministro de Relaciones Exteriores, puerto de Iquique, 9 de mayo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 8; Juan Williams Rebolledo a Aníbal Pinto, Iquique, 15 de mayo de 1879 y a Antonio Varas, Iquique. 15 de mayo de 1879, en ANFV, vol. 838.

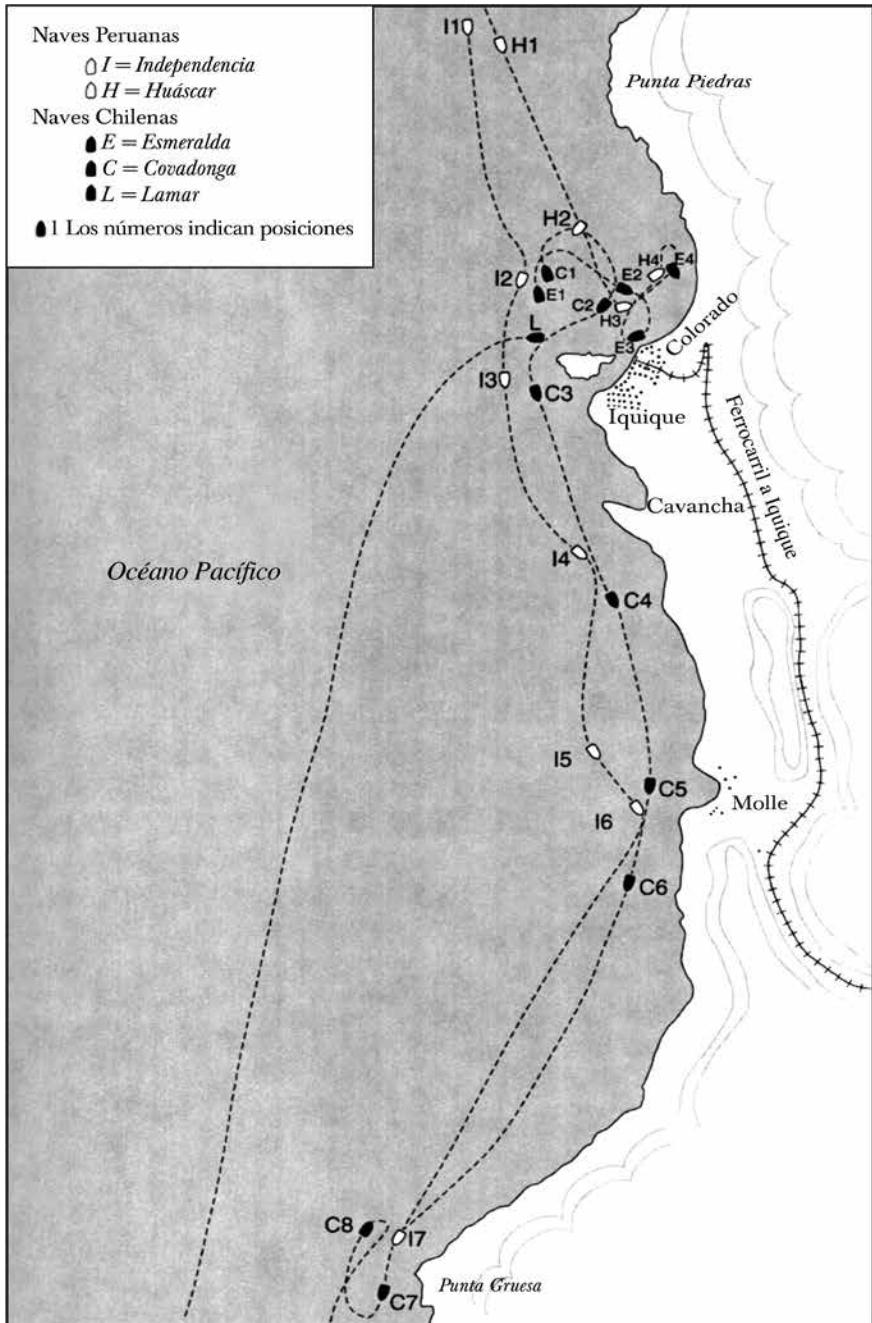
Naves Peruanas

○ I = *Independencia*  
○ H = *Huáscar*

Naves Chilenas

● E = *Esmeralda*  
● C = *Covadonga*  
● L = *Lamar*

■ 1 Los números indican posiciones



Combate naval de Iquique,

del crepúsculo. Una vez en la mar, la flota se reuniría unas cuarenta millas frente a Pisagua y navegaría hacia Callao.

Su plan de ataque dividía la escuadra en tres secciones. La primera, que incluía los dos acorazados y el *Abtao*, cuya bodega estaba llena con sesenta quintales de pólvora, se escurriría en la bahía de Callao. Luego, la lancha cañonera se deslizaría entre los buques de guerra enemigos. Una vez en su lugar, su pequeña tripulación de voluntarios atacaría a la flota peruana, incendiaria el navío y lo evacuaría antes de que explotaran simultáneamente las calderas y el polvorín del barco. Con la bahía iluminada por el fuego del *Abtao* en llamas, el *Blanco* y el *Cochrane* bombardearían los barcos enemigos. Mientras los acorazados peruanos lucharán para repeler los efectivos de abordaje –seleccionados de entre la tripulación del *Blanco*– tres barcos torpederos improvisados, consistentes en las lanchas de los acorazados y una de las corbetas, atacarían al enemigo. Mientras tanto, el *Chacabuco* y el *O'Higgins* debían abrir fuego hacia la flota enemiga o de preferencia hacia Callao, mientras la *Magallanes* entraría a la bahía para recoger los sobrevivientes del *Abtao* y cualquier otro marinero chileno que pudiera haber caído por la borda. El barco carbonero *Matías Cousiño* no se uniría a la pelea: su tarea era permanecer lejos en el mar, custodiando el carbón que se necesitaba para el viaje de regreso de la flota.

Nada salió de acuerdo con el plan de Juan Williams Rebolledo. Las dos corbetas y la cañonera sufrieron averías mecánicas, lo que redujo de forma sustancial la velocidad del convoy. Cuando los chilenos arribaron frente a Callao el 21 de mayo, la preparación de los tres barcos torpederos se retrasó debido a problemas técnicos, lo que lo obligó a reprogramar el ataque para el amanecer del día siguiente. El amanecer del 22 de mayo le trajo gran tristeza: los acorazados peruanos, que eran el objetivo de las maniobras, no estaban anclados en el puerto; habían navegado hacia el sur. En vez de atacar a los restantes buques de guerra peruanos, petulantemente fijó el curso hacia Iquique, línea de acción que el gobierno peruano ridiculizó<sup>366</sup>.

El viaje de retorno se convirtió en la “vía dolorosa” de la Armada. Los problemas con los motores o calderas del *Abtao* redujeron de manera drástica la velocidad del convoy. Emergió un tema más urgente: la flotilla no podía ubicar al *Matías Cousiño*. El Almirante no lo sabía, pero como el personal no podía leer las señales de la flota, el barco carbonero había permanecido en el punto original de encuentro frente a Pisagua, en vez de acompañar a la expedición en su viaje a Callao. Con su único barco carbonero cientos de millas al sur, la escuadra chilena empezó a quedarse sin carbón. Para asegurarse de que el *Blanco* y el *Cochrane* llegaran a puerto, sanos y salvos, ordenó al *O'Higgins* y al *Chacabuco* transferir su carbón a los acorazados y luego dirigirse al sur con las velas: el primero a Valparaíso a reparar sus motores, y el segundo a Iquique

<sup>366</sup> *El Peruano*, Lima, 23 de mayo de 1879.

o Antofagasta. También ordenó que el *Cochrane* llevara a la lancha cañonera *Abtao* al arrastre.

Mientras planeaba su inútil ataque a Iquique, el presidente Mariano Prado había consultado con algunos de los oficiales políticos y navales más importantes del país para determinar qué debía hacer su flota para enfrentar la amenaza chilena. De acuerdo con Mariano Paz Soldán, un ministro de gobierno, el capitán Miguel Grau informó a Mariano Prado que el *Huáscar* no se igualaba a ninguno de los acorazados de Chile. Peor aún, su tripulación consistía de reclutas brutos, hombres que “apenas conocían sus principales obligaciones”, y que menos aún poseían la “disciplina y práctica indispensable” para hacerse cargo de un barco y disparar su cañón. El capitán Juan Guillermo Moore de la *Independencia* también se quejaba de problemas de disciplina. Miguel Grau, alegando que era “peligroso” emprender cualquier misión seria, instó al gobierno a esperar.

Desgraciadamente, Mariano Prado no pudo: el público peruano demandaba acción, anhelo que el Presidente tenía que satisfacer si quería permanecer en el poder. En segundo lugar, si Lima no actuaba con rapidez, su guarnición en Arica, que Mariano Prado consideraba esencial para la defensa del país, se moriría de hambre. A mediados de mayo, después de consultar primero con sus consejeros civiles y luego con los oficiales mayores de la Armada, Mariano Prado ordenó que sus dos acorazados, sus monitores y tres transportes que llevaban los suministros, municiones y reforzamientos necesarios, navegaran hacia Arica. Si todo salía bien, los monitores formarían un muro de contención a las defensas de Arica mientras permitían que el resto de la flota atacara a la flota de Chile o a su costa. Esta escuadra nunca logró salir de Callao: una de las calderas de los monitores funcionaba mal. En consecuencia, la flotilla volvió a su amarradero y partió el 16 de mayo, esta vez sin el *Manco Cápac* ni el *Atahualpa*<sup>367</sup>.

En camino, uno de los transportes peruanos, la *Limeña*, se separó de la flota principal y se dirigió al cercano Mollendo, donde ancló brevemente antes de navegar hacia Ilo. El resto de los navíos llegó a Arica la mañana del 20 de mayo. Luego de atracar, Mariano Prado se enteró de que la flota chilena, excepto la *Esmeralda* y la *Covadonga*, habían salido hacia Callao. Su inesperada ausencia le daría a los peruanos la oportunidad de reforzar y reabastecer no solo Arica sino, también, Iquique, cuya guarnición había empezado a sufrir los efectos del bloqueo chileno.

Frente a la nueva situación, Mariano Prado convocó a una nueva reunión. Se acordó que los dos transportes, después de descargar el pesado cañón necesario para fortificar a Arica, partirían hacia Pisagua para entregar armas y refuerzos, incluido el batallón Olañeta de Bolivia<sup>368</sup>. Mientras tanto, el

<sup>367</sup> Paz Soldán, *op. cit.*, pp. 121, 155-160; Bulnes, *op. cit.*, vol. I, p. 219.

<sup>368</sup> Aurelio García y García al Comandante en Jefe de la Segunda División Naval, Callao, 25 de mayo de 1879, en Guillermo Ugarte Chamorro, *Diario de la campaña a bordo del ‘Huáscar’* El

*Huáscar* y la *Independencia* aprovecharían la ausencia de Williams Rebolledo para atacar a los chilenos en Iquique la madrugada del 21 de mayo. Después de destruir los barcos chilenos que encontraran en Iquique, los acorazados peruanos atacarían Antofagasta, hundiendo todo navío chileno que encontraran, bombardearían las defensas del puerto y cortarían el cable submarino que conectaba con Valparaíso.

Idealmente, los barcos peruanos también atacarían los navíos chilenos más al sur. En la eventualidad, estos movimientos marítimos culminarían en una ofensiva terrestre de Perú y Bolivia, que expulsaría a los chilenos del litoral boliviano. Esta estrategia sería exitosa, concluyó Mariano Prado, “debido a la estupidez del almirante Rebolledo, que al emprender su operación sobre el Callao, con el objeto de batirla o dejarla sin salir del Callao i bloquear el puerto” no tomó la precaución de determinar si la flota enemiga había salido o no de Callao<sup>369</sup>. Así, los peruanos navegaron hacia Iquique el 20 de mayo, el mismo día en que Juan Williams Rebolledo había planeado destruir el *Huáscar* y la *Independencia*.

Tres barcos chilenos ocupaban la bahía de Iquique el 21 de mayo 1879: un transporte, el *Lamar*, la corbeta *Esmeralda*, comandada por el capitán de fragata de treinta y un años Arturo Prat y la más rápida *Covadonga*, dirigida por el capitán de corbeta, mitad peruano mitad británico, Carlos Condell. El vigía de la *Covadonga* vio primero al enemigo, que la tripulación al instante identificó como los acorazados peruanos. Carlos Condell, quien dormía y fue despertado, verificó la información, y luego hizo señales a Arturo Prat sobre la presencia enemiga. Arturo Prat, quien ya había oído la noticia, llamó a zafarrancho de combate.

Ambos oficiales tienen que haber sabido que sus barcos de madera y escaso armamento, casi no tenían posibilidades de hundir a sus enemigos acorazados; ya sería un logro sobrevivir. Por tanto, muy conscientes de que no vivirían hasta la tarde, se prepararon para la batalla. Después de destruir la correspondencia de su barco, abrochándose la espada, Arturo Prat –tal vez creyendo que para morir se requería vestimenta formal– se puso un par de guantes antes de subir a la cubierta.

Totalmente consciente del aprieto en que se encontraba, Arturo Prat posicionó la *Esmeralda* de modo de aprovechar bien su calado poco profundo. Después de ordenar que el *Lamar* abandonara Iquique –lo que hizo, con la bandera estadounidense en su mástil– y enviarle a Carlos Condell señales de que lo siguiera, Arturo Prat le dijo a su tripulación que ningún navío chileno había jamás arriado la bandera, y que la tripulación de la *Esmeralda* no sería la primera en traicionar esa tradición. Tras informar a sus hombres que esperaba

---

combate de Iquique, p. 127; Mariano Ignacio Prado al señor general ministro de Estado en el despacho de Guerra y Marina, Arica, 24 de mayo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 383.

<sup>369</sup> “Plan frustrado”, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 385.

que ellos, y sus oficiales, cumplieran su deber, terminó su discurso gritando, “¡Viva Chile!”. Bajo cubierta, dos de sus oficiales se tomaron un último trago juntos.

La batalla empezó mal para los chilenos. Las frágiles calderas de la *Esmeralda* funcionaban mal, reduciendo la velocidad del barco a unos dos nudos por hora. Por suerte para Arturo Prat, el capitán del puerto, capitán de corbeta Salomé Porras, informó a Miguel Grau que como un aro de minas protegía a la corbeta, debía acercarse a la *Esmeralda* con cierta prudencia<sup>370</sup>. Solomé Porras se equivocaba: aunque los chilenos habían experimentado con la fabricación de algunas rudimentarias cargas explosivas, nunca avanzaron más allá de las etapas iniciales.

Mientras tanto, Arturo Prat se posicionó con acierto entre Iquique y el *Huáscar* porque esperaba que Miguel Grau fuese reacio a disparar a la casi inerte *Esmeralda*, ya que podría dar de manera accidental a la ciudad. En retrospectiva, no necesitaba haberse movido: después de casi noventa frustrantes minutos, los cañones del acorazado peruano aún no habían acertado a la casi inamovible *Esmeralda*. El comandante militar de Iquique, el general Juan Buendía, ordenó a sus unidades de artillería que dispararan a la corbeta chilena. Los artilleros del ejército, a diferencia de sus hermanos en el mar, empezaron a causar bajas entre los chilenos, cuando, al final uno de los proyectiles del *Huáscar* se estrelló contra la *Esmeralda* en su límite de flotación.

Consciente de estar atrapado en un severo fuego cruzado, Arturo Prat trató de alejarse de la orilla, pero su navío no tenía el poder para hacer eso. Entretanto, Miguel Grau, al descubrir que no había un círculo de minas protegiendo a la *Esmeralda*, y dolorosamente consciente de la mala puntería de su tripulación, decidió embestir la nave de Arturo Prat. El comandante chileno no pudo hacer mucho para detener al monitor peruano: sus cañones de cuarenta libras no podían siquiera abollar el blindaje del *Huáscar*, y cuando explotó su última caldera, la *Esmeralda* fue incapaz de evitar el ataque peruano. En el primer intento, el acorazado de Miguel Grau clavó el espolón con profundidad en el costado de la corbeta.

En ese momento, Arturo Prat, con la esperanza de capturar el monitor, gritó, “¡Al abordaje！”, y acompañado de un sargento, Juan de Dios Aldea, saltó a bordo del *Huáscar*. Miguel Grau puso sus motores en reversa para retirar su ariete, dejando a Arturo Prat y Juan de Dios Aldea varados en la cubierta del *Huáscar*. Sus muertes fueron propias de poemas épicos: Arturo Prat fue reducido mientras avanzaba en el puente blindado. Y mientras yacía herido e

<sup>370</sup> Solomé Porras tenía razones más que suficientes para creer que algunas minas protegían a la *Esmeralda*. De acuerdo con uno de los sobrevivientes de la embarcación, guardiamarina y más tarde almirante Arturo Wilson, los chilenos habían experimentado fabricando una mina para defenderse. Bajo la dirección de un ingeniero o un electricista, llenaron una lata con pólvora que detonaron eléctricamente. Viendo la explosión desde la costa, los peruanos creyeron que los chilenos tenían más armas como esa. Arturo Wilson a G. Bulnes, en Bulnes, *op. cit.*, vol. 1, pp. 292-293.

indefenso en la cubierta, un marinero peruano al parecer administró el tiro de gracia; Juan de Dios Aldea cayó cerca, acribillado por balas de rifle<sup>371</sup>. Aunque el *Huáscar* siguió disparando, el segundo al mando de la *Esmeralda*, el teniente Luis Uribe, trató de superar de forma táctica a Miguel Grau. Sin embargo, otra embestida rompió el casco de la *Esmeralda*, dejando al barco inmóvil. Los chilenos seguían resistiendo. En efecto, inspirados por el ejemplo de Arturo Prat y liderados por el teniente Ignacio Serrano, doce marineros abordaron el *Huáscar*, donde también fueron reducidos con rapidez.

Miguel Grau esperó, tal vez con la esperanza de que la *Esmeralda* arriara su bandera. Cuando no lo hizo, otra embestida, al parecer, partió la nave en dos. Mientras el navío empezaba a hundirse, lanzando a sus muertos y heridos al océano, un guardiamarina adolescente, Ernesto Riquelme, logró disparar una salva final simbólica desde su barco moribundo. A las doce con diez minutos de la tarde la *Esmeralda* se deslizaba bajo las aguas, su bandera aun ondeando. Arturo Prat y sus hombres pueden haber perdido la batalla, pero no habían roto una venerable tradición: no habían arriado la bandera.

Si el comportamiento de Miguel Grau bordeaba en lo vergonzoso, el del capitán de la *Independencia*, el cortés anglo-peruano y antiguo oficial de la Royal Navy Juan Guillermo Moore, pronto validaría una previa evaluación chilena de que carecía de las habilidades y el carácter para comandar un barco<sup>372</sup>. Al inicio, la *Covadonga* había seguido los pasos de Arturo Prat, como se le había ordenado. Pero instalado entre la *Independencia* y otros treinta botes más pequeños, que intentaron colocar piquetes de abordaje en el barco chileno, Carlos Condell huyó de la bahía. Arturo Prat se preguntó por qué la *Covadonga* había desobedecido sus órdenes, pero como estaba ocupado con el *Huáscar*, era poco lo que podía hacer más que especular sobre las motivaciones de Carlos Condell.

Carlos Condell con sabiduría se aprovechó de su calado poco profundo, acercándose a la orilla tan cerca como le era posible mientras era atacado por la *Independencia*. Los artilleros inexpertos del barco peruano trataron de darle repetidamente a la *Covadonga*, pero resultó demasiado escurridiza. Los hombres de Juan Guillermo Moore también tenían que lidiar con otro factor: los hábiles tiradores que disparaban desde el aparejo de la *Covadonga*, evitaban que los equipos de la *Independencia* usaran el cañón de la proa del barco. Los mismos francotiradores chilenos también lograron herir o acabar con tres de los mejores timoneles de Juan Guillermo Moore. A la larga, la pérdida de estos hábiles intendentes puede haber sido decisiva para el desenlace del combate.

Con dos de sus cañones desmontados, y desanimado por la falta de pericia de sus artilleros, Juan Guillermo Moore no tuvo más opción que usar su ariete.

<sup>371</sup> Un marinero peruano presente en la batalla afirmó que él y sus camaradas llevaron a Arturo Prat a la cabina de Miguel Grau donde falleció posteriormente. *Boletín de la Guerra del Pacífico*, 29 de octubre de 1879.

<sup>372</sup> *El Independiente*, Santiago, 23 de abril de 1879.

Navegando al frente de Punta Gruesa, al sur de Iquique, el aventurero Carlos Condell, perseguido ávidamente por Juan Guillermo Moore, logró navegar sobre un arrecife sumergido. Aunque no tenía un timonel diestro que los condujera por las aguas llanas, la *Independencia*, sin embargo, siguió adelante, solo para encallar en unas rocas inexploradas. Juan Guillermo Moore puso las máquinas en reversa con la esperanza de escapar, pero el barco, atrapado como si “una mano de hierro lo hubiera clavado en la roca”, no se pudo mover. A medida que el agua de mar fluía en el acorazado, apagando sus calderas, la *Independencia* se ladeó, lo que hizo que entrara más agua por las cañoneras. Aunque las baterías de Juan Guillermo Moore dejaron de funcionar, sus hombres siguieron resistiendo de manera heroica, disparando sus metralletas, rifles e, incluso, pistolas a la *Covadonga*<sup>373</sup>.

Al darse cuenta de que su torre de mando se estaba hundiendo literalmente debajo de sus pies, el capitán peruano ordenó a sus hombres hundir la *Independencia*, incendiando los depósitos de pólvora del barco. Por desgracia, para Juan Guillermo Moore, había entrado tanta agua al polvorín que la tripulación no pudo detonar los explosivos. El oficial peruano se enfrentaba a otro problema: si hundía su barco, la mayoría de su tripulación, que consistía en conscriptos brutos que no sabían nadar, se ahogaría. Mientras Juan Guillermo Moore intentaba llevar a estos hombres indefensos a la orilla en botes, Carlos Condell se dio la vuelta para golpear a la *Independencia*. Atascado en un arrecife como una salchicha de cóctel ensartada en un pincho, bajo el fuego de la *Covadonga*, y con la mayoría de sus cañones inoperantes, los peruanos arriaron su bandera<sup>374</sup>. Aunque la batalla en teoría había terminado con ese gesto, Juan Guillermo Moore y un puñado de oficiales permanecieron a bordo tratando de manera frenética de destruir la correspondencia de su barco o cualquier cosa que pudiera ser útil para los chilenos. Anteriormente, había ordenado a sus hombres abandonar sus armas y clavar una espiga en el casco del barco de modo de dejarlo inutilizable. Luego, los peruanos rescataron dos cañones pesados de la *Independencia*, que usaron para defender Iquique<sup>375</sup>. Una vez que Juan Guillermo Moore se rindió, Carlos Condell tenía planeado volver a Iquique para auxiliar a la *Esmeralda* o, dado el poder de su oponente, recoger los sobrevivientes del barco. Pero en camino hacia el sur, el chileno vio al *Huáscar* navegando hacia él. Tal vez entendiendo que había llegado al límite de su buena suerte, Carlos Condell huyó, dejando al *Huáscar* la tarea de rescatar a Juan Guillermo Moore y sus compañeros de a bordo.

<sup>373</sup> José Rodolfo del Campo, *Campaña Naval. Correspondencia a “El Comercio”*. Año de 1879, pp. 15-25.

<sup>374</sup> Juan G. Moore al Comandante General de la 1<sup>a</sup> División Naval, Iquique, 22 de mayo de 1879, “Partes Oficial”, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 299-300. Juan G. Moore negó que bajó su bandera mientras que Carlos Condell afirma que sí lo hizo.

<sup>375</sup> *El Peruano*, Lima, 2 de septiembre de 1879.

Aunque había escarmentado, Miguel Grau no se escabulló de vuelta a Callao. Al contrario, intentó cumplir al menos parte de su mandato original atacando navíos costeros chilenos. Después de obtener carbón adicional en Pisagua, el *Huáscar* volvió de nuevo al sur. Cerca de Tocopilla, al sur de Iquique, persiguió sin éxito al transporte *Itata*. Si ese navío se le escapó, no lo hizo el bergantín *Recuperado*, una pilotina peruana que los chilenos habían tomado como botín. Como no le sobraban tripulantes, destruyó el barco al igual que la balandra peruana *Clorinda*, otro premio chileno que el comandante peruano recapturó en Mejillones. El *Huáscar* estuvo a punto de capturar al transporte chileno *Rimac*, que tuvo la velocidad y buena suerte para escapar<sup>376</sup>. Luego, entró al puerto de Antofagasta, la sede principal de la fuerza expedicionaria de La Moneda, con la esperanza de bombardear las preciadas plantas de destilación de agua del puerto. En lugar de eso, intercambió bombardeos con las baterías de cañones locales y la *Covadonga*, que inicialmente había intentado esconderse entre un grupo de barcos neutrales antes de partir durante la noche. El *Huáscar* volvió la mañana siguiente, deteniéndose el tiempo suficiente para cortar el cable submarino que conectaba Antofagasta con Valparaíso, antes de partir.

El 28 de mayo, logró eludir la desanimada flotilla de Juan Williams Rebolledo en su camino hacia el sur. Evitando a los buques de guerra chilenos, la flota peruana destruyó algunas lanchas en Cobija y recapturó el otrora botín chileno, la goleta *Coqueta*, tomó la barca chilena *Emilia*, que estaba navegando de modo ilegal con documentos de registro falsos. Como estaba en el tramo de vuelta a casa de su viaje, envió estos navíos de vuelta a Perú como premios, en vez de hundirlos. Finalmente se dirigió hacia el norte, parando en el camino para dejar algo de su botín en Iquique y abastecerse de carbón en Ilo antes de navegar hacia Callao, adonde llegó a fines de mayo<sup>377</sup>.

Mientras Miguel Grau saqueaba las vías marítimas del norte de Chile, el gobierno en Santiago aún no tenía idea donde estaba Juan Williams Rebolledo. Uno de los agentes chilenos encontró las últimas aventuras de Miguel Grau particularmente preocupantes y observó que si Perú no hubiera perdido la *Independencia*, los acorazados de Lima podrían haber tomado Antofagasta, “cayendo como lo habrían hecho... se habrían apoderado de todos nuestros transportes... incendiado Antofagasta, y enseguida toda nuestra costa”. Temía que “Dios puede cansarse de protejernos si seguimos tan torpes”<sup>378</sup>.

Los sobrevivientes del combate de Iquique tuvieron distintos destinos. Como era de esperar, Arturo Prat se convirtió en el héroe principal: los chi-

<sup>376</sup> Justo Arteaga al ministro de Guerra, Antofagasta, 30 de mayo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. 1, p. 390; Del Campo, *op. cit.*, pp. 34-50.

<sup>377</sup> Miguel Grau al Sr. Director de Marina en el Ministerio del ramo, anclado, Ilo, 31 de mayo de 1879, en *Correspondencia jeneral de la Comandancia Jeneral de la I Division Naval bajo el mando del Contra-Almirante don Miguel Grau, Comandante del "Huáscar"*, pp. 178-180.

<sup>378</sup> Eulogio Altamirano a Antonio Varas, 29 de mayo de 1879, en Varas, *op. cit.*, p. 108.

lenos nombraron sus calles, sus hijos, incluso una cerveza en honor al oficial muerto. La prensa chilena se vio envuelta en la misma ola de emoción, alabándolo con efusividad y comparando su sacrificio y sentido del deber con los espartanos en las Termópilas o Nelson en Trafalgar<sup>379</sup>. Si en un principio fue un héroe, Carlos Condell no permaneció como tal, en particular entre sus oficiales hermanos que muy rápido se cansaron de sus fanfarronadas<sup>380</sup>. Juan Guillermo Moore tenía sus propios motivos para cuestionar la versión sobre el encuentro frente a Punta Gruesa, en que se exaltaba a sí mismo. Observó que el chileno no había obtenido la victoria por su habilidad sino que gracias a “una fatal casualidad que favoreció su salvación y la de su buque”<sup>381</sup>.

El público peruano intentó de forma desesperada entender el hundimiento de la *Independencia*. Muchos culparon a los pilotos locales que, aunque sabían de la existencia del arrecife, no advirtieron al capitán de la *Independencia* de este<sup>382</sup>. Otros, mientras criticaban la “imprudencia temeraria” de Juan Guillermo Moore y su patriótica “insolencia”, intentaron quitar importancia a la pérdida del blindado<sup>383</sup>. “El actual conflicto” señalaba el *South Pacific Times*, “se decidirá en tierra, no en el mar”<sup>384</sup>. Unos pocos, como Celso, un correspondiente de *El Comercio*, concluyó que el combate de Iquique demostraba “la negligente y estúpida falta de cuidado [de los chilenos], la falta de previsión y razonamiento, y su miopía militar”. El presidente Mariano Prado se negó a entregarse a la hipocresía o fantasías: la destrucción de la *Independencia* no era solo “este funesto acontecimiento del cual no lamentaremos jamás lo suficiente, [sino que también] ha venido a interrumpir el plan que me había propuesto”<sup>385</sup>. Por tanto, los peruanos tuvieron que consolarse con la “victoria” de Miguel Grau sobre la *Esmeralda*. Algunos comparaban su trato humanitario hacia los sobrevivientes de la *Esmeralda* con el de Carlos Condell, al que acusaban de no haber ayudado a los tripulantes de Juan Guillermo Moore después de que habían abandonado el barco<sup>386</sup>. En efecto, Miguel Grau se convirtió en el héroe del público peruano, y fue promovido a contraalmirante.

Ni Juan Guillermo Moore ni Miguel Grau sobrevivieron a la guerra: el Almirante murió cinco meses después, mientras aún estaba al mando del *Huáscar*.

<sup>379</sup> William F. Sater, *The Heroic Image in Chile*, pp. 48-68.

<sup>380</sup> Domingo Santa María a Aníbal Pinto, 25 de junio de 1879, en ANFV, vol. 415.

<sup>381</sup> Juan Moore a Carlos Condell, Arica, 14 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. 1, p. 306.

<sup>382</sup> *El Peruano*, Lima, 26 de mayo de 1879.

<sup>383</sup> José T. Torres Lara, *Recuerdos de la guerra con Chile*, p. 87; *El Peruano*, Lima, 26 de mayo, 18 de julio de 1879.

<sup>384</sup> *El Peruano*, Lima, 29 de mayo de 1879.

<sup>385</sup> *El Peruano*, Lima, 18 de julio de 1879; Mariano Ignacio Prado al ministro de Estado en el despacho de Guerra y Marina, Arica, 24 de mayo de 1879, en Guillermo Ugarte Chamorro, *Diario de la campaña naval escrito a bordo del Huáscar. El combate de Iquique*, p. 116.

<sup>386</sup> Julio O. Reyes, “Informaciones de Julio O. Reyes, corresponsal a bordo del “Huáscar” de la *Opinión Nacional*” de Lima, sobre el combate de Iquique”, p. 152.

*car.* Juan Guillermo Moore, aunque fue exonerado por una corte marcial, al parecer estaba tan abatido por la culpa que consideró el suicidio. Por último, en vez de tomar su propia vida, aceptó siempre las designaciones militares más peligrosas, y finalmente pereció en un intento en vano por detener el ataque de 1880 de Chile a las principales defensas de Arica<sup>387</sup>.

### EL IMPACTO EN IQUIQUE

Una vez que el público chileno terminó de celebrar a Arturo Prat y Carlos Condell, empezó con lentitud a darse cuenta de que la expedición a Callao de Juan Williams Rebolledo había sido un completo fiasco. El Almirante había desperdiciado los escasos activos navales de su país en una empresa insensata que, de acuerdo con Roberto Souper, un oficial del ejército chileno, había llevado a Chile “casi hacia la puerta del desastre”. Sin la presencia de su flota, observó, el *Huáscar* podría haber destruido de manera fácil los transportes que llevaban hombres y suministros hacia el norte. En su defecto, podría haber atacado Antofagasta, que no tenía las suficientes baterías defensivas costeras para repeler al monitor peruano<sup>388</sup>. Alguien más caritativo podría haber atribuido su fracaso en la misión a una inusual racha de mala suerte. Pero la empatía rápidamente dio lugar al análisis y luego, a la ira. Un crítico afirmó luego que tendría que haber tenido suficiente sentido común para determinar la ubicación de la flota peruana antes de intentar enfrentarse con ella<sup>389</sup>. Pero no había actuado sin conocer de antemano la ubicación de su enemigo. Al contrario, sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Al atardecer del 15 de mayo, el Almirante, su jefe de Estado Mayor, capitán de corbeta Domingo Salamanca, y otro oficial hablaron con un tal capitán Potts, un oficial de marina mercante inglés que se supone les informó que la flota peruana se estaba preparando para partir de Callao hacia el sur<sup>390</sup>. Si esta afirmación es verdadera, y admitió que se reunió con Potts, ¿por qué el Almirante navegó a la sede principal de la armada peruana cuando sabía que los acorazados no estarían ahí? Por otro lado, ¿por qué no intentó tender una

<sup>387</sup> Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, pp. 32-33; Vegas G., *op. cit.*, p. 21.

<sup>388</sup> Carta de Roberto Souper a Cornelio Saavedra, Antofagasta, 29 de mayo de 1879, en ANFV, vol. 559.

<sup>389</sup> García Castelblanco, *op. cit.*, p. 175.

<sup>390</sup> Roberto Souper a Cornelio Saavedra, Antofagasta, 4 de junio de 1879, en ANFV, vol. 559; José Alfonso a Aníbal Pinto, Antogasta, 13 de junio de 1879, en ANFV, vol. 414; Holger Birkedal, “The Late War in South America”, p. 88. Jaime Puig, un diplomático ecuatoriano destinado en Iquique, señaló que la flota chilena bloqueadora habló con todos los barcos-correo de la Pacific Steam Navigation Company a medida que se dirigían al sur y que la mayoría de los habitantes de Iquique estaban conscientes de que los peruanos habían salido de Callao. Jaime Puig y Vedaguer, *Memorias del bloqueo de Iquique*, pp. 48-49.

emboscada a los peruanos que se acercaban a Arica, si ya no estaban protegidos por los pesados cañones de los fuertes de Callao ni Arica?

Al parecer, no planeaba seriamente atacar a la flota peruana en su ancladero de Callao. El Almirante era un hombre que se había puesto cada vez más protector de su propia salud y reputación, y se negaba a realizar cualquier acto que pusiera en peligro a cualquiera de las dos. Como ya se ha observado, esperaba sacar provecho de su historial de guerra para convertirse en Presidente de la República. A mediados de junio se hacía cada vez más evidente que su estrategia de perder el tiempo en el puerto de Iquique había empezado a causar hostilidad en el público. Por lo tanto tenía que hacer algo para salvar su carrera política en cierres<sup>391</sup>.

El ataque a Callao tenía dos objetivos: le permitía representarse como agresivo sin exponerse a sí mismo ni a su flota al peligro. También aumentaba su reputación como héroe de guerra. En pocas palabras, la incursión en Callao era una estratagema de relaciones públicas diseñada para persuadir a la nación a creer que estaba dedicado de manera activa a la guerra cuando de hecho no lo estaba haciendo. Estas mismas razones explican por qué no atacó a la *Unión*, el *Pilcomayo* o el *Atahualpa* cuando yacían anclados en Callao: no quería en realidad correr peligro.

Pero su elaborada farsa salió mal. No esperaba que los barcos peruanos navegaran hacia el sur desde Arica para atacar a Iquique. Cuando los peruanos lo hicieron, aunque a un alto precio, quedó como tonto. Al principio, se salvó de críticas debido al delirio patriota que siguió al combate de Iquique. Sin embargo, eventualmente parte de la prensa dejó de alabar a Arturo Prat para cuestionar su estrategia y sus motivaciones. José Alfonso, un civil designado para trabajar con el ejército, preguntaba: “¿Por qué se dejaron solos a esos dos barcos [la *Esmeralda* y la *Covadonga*] en el puerto de Iquique?”<sup>392</sup>. Más allá de consumir el combustible de la flota y sus pocos recursos, ¿qué había logrado su incursión? ¿Y por qué tomó tanto tiempo el viaje de vuelta desde Callao? Los diarios más moderados instaban al público a no prejuzgarlo sin conocer su versión de los hechos<sup>393</sup>.

Pero el presidente Aníbal Pinto y sus consejeros no tenían ni motivo ni deseo de ser tan caritativos. El gobierno aún estaba furioso porque Juan Williams Rebolledo había actuado no solo sin su permiso sino, también, sin su conocimiento previo. El Almirante simplemente había enviado dos comunicados al Presidente: el primer mensaje decía que estaba navegando hacia

<sup>391</sup> Rafael Sotomayor a Aníbal Pinto, Antofagasta, 24, 27, 28 de abril de 1879 en Rafael Sotomayor, “Correspondencia”, pp. 292-293; Rafael Sotomayor a Antonio Varas, Iquique, 5 de junio de 1879 y Domingo Santa María a Antonio Varas, Antofagasta 27 de junio de 1879 en Varas, *op. cit.*, pp. 132, 155-156.

<sup>392</sup> José Alfonso a Aníbal Pinto, Antofagasta, 23 de mayo de 1879, en ANFV, vol. 414.

<sup>393</sup> *Los Tiempos*, Santiago, 25, 27, 29 de mayo; *El Ferrocarril*, Santiago, 24 de mayo de 1879; *La Patria*, Valparaíso, 30 de mayo, 14 de agosto de 1879; *Las Novedades*, Santiago, 23, 30 de mayo de 1879; *El Independiente*, Santiago, 24 de mayo de 1879.

el norte, a Arica; el segundo, que ignorara el primer mensaje<sup>394</sup>. Por mucho que su comportamiento indignara a Aníbal Pinto y sus consejeros, no podían hacer nada: su aliados políticos en el Congreso lo protegían del castigo del gobierno. Sin embargo, su buena suerte terminaría por agotarse.

El bloqueo que de Iquique tuvo dos resultados lamentables: despilfarró la ventaja inicial que Chile podía haber tenido y, al mismo tiempo, con estupidez, ponía su flota a la defensiva. En cierto sentido, el Almirante había olvidado las lecciones de la propia historia de Chile: que había triunfado sobre la confederación peruano-boliviana a fines de la década de 1830 enviando a su flota a atacar a Callao directamente. Si hubiera hecho eso en 1879, habría encontrado a las defensas costeras peruanas no preparadas, y tal vez algunos de sus barcos desmantelados. El bloqueo dio al gobierno peruano tiempo para completar sus defensas costeras, alistar los barcos, además de llevar con celeridad refuerzos, municiones y suministros a sus guarniciones del sur. Más adelante, cuando tuvieron que tomarse estos puertos, los chilenos descubrieron cuánta sangre y riquezas era el costo de la inacción de Juan Williams Rebolledo.

Ni el bloqueo ni los ataques a las ciudades litorales y navíos de Perú instaron a Miguel Grau a atacar. Juan Williams Rebolledo, reconociendo, tarde, que si continuaba la guerra defensiva tendría que descartar sus aspiraciones presidenciales, tramó un curioso plan para atacar Callao. Paradójicamente, esta incursión logró de forma involuntaria el objetivo del Almirante: forzar a los acorazados peruanos a navegar hacia el sur. Tal vez esta incursión en Callao justificó su estrategia original, pero, por desgracia, cuando llegaron los peruanos, las unidades más pesadas de la armada chilena se habían marchado, y con ellas la posibilidad de involucrar a Miguel Grau en un combate decisivo. En pocas palabras, el ballet entre Juan Williams Rebolledo y Miguel Grau representaba una metáfora de los primeros meses de la guerra naval de Chile: dos fuerzas que se buscaban, pero que nunca se encontraban.

Puede que los chilenos aún celebren el ejemplo moral de Arturo Prat en el combate de Iquique, pero fue en Punta Gruesa donde su nación dio los primeros pasos en dirección a ganar la guerra naval. Con la pérdida de la *Independencia* se “desvanecía toda esperanza racional de equilibrar la ventaja de material de que incuestionablemente gozaba el enemigo”<sup>395</sup>. Después del 21 de mayo de 1879 el balance del poder naval claramente se había trasladado a favor de Chile. Pero hundir la *Independencia* resultó mucho más fácil que desplazar a Juan Williams Rebolledo de su mando. Mientras eso no se hiciera, lo que no pudo suceder hasta varios meses después, Chile no controlaría las vías marítimas.

<sup>394</sup> Juan Williams Rebolledo a Aníbal Pinto, Iquique, 15 de mayo de 1879, en ANFV, vol. 838; Williams Rebolledo, *op. cit.*, pp. 45-46

<sup>395</sup> Melo, *op. cit.*, p. 337.



## ANGAMOS Y MÁS ALLÁ

Con la destrucción de la *Independencia*, Perú perdió el cuarenta por ciento del poder ofensivo de su flota. Lo único que quedaba de su flotilla, que alguna vez fue poderosa, era el *Huáscar*, sus dos lentes monitores, dos corbetas, la *Unión* y el *Pilcomayo*, más unos pocos transportes armados. La armada chilena debió haber aprovechado su potencia de fuego superior y su ventaja numérica persiguiendo y destruyendo el resto de la armada de Perú, pero el almirante Juan Williams Rebolledo parecía incapaz de percibirse de que él gozaba si no de supremacía, de superioridad sobre la armada peruana. Por tanto, en vez de tomar la ofensiva, junto con sus hombres, volvieron a hacer lo que sabían hacer mejor: bloquear el puerto de Iquique. Aunque el combate frente a Punta Gruesa obligó al presidente Mariano Prado a ajustar su estrategia naval a la nueva realidad estratégica del país, los peruanos no carecían de recursos, en particular el almirante Miguel Grau, quien aún comandaba la flota peruana. De forma irónica, Miguel Grau fue ayudado idóneamente por Juan Williams Rebolledo, quien al estacionar la casi totalidad de la flota de su país en la bahía de Iquique, le dio al audaz oficial naval peruano libertad completa para reforzar y reabastecer los puestos de avanzada del sur, además de atacar los navíos de Chile. De ahí en adelante, los hombres de Miguel Grau no se enfrentarían a la armada chilena en inferioridad. Y gracias a esta estrategia y las habilidades de Miguel Grau, la flota peruana logró esquivar a la escuadra chilena hasta octubre de 1879.

Tuvieron que ocurrir dos cambios para que la flota chilena al final actuara como si llevara la voz cantante. Primero, el presidente Aníbal Pinto tenía que reemplazar al esclerótico Juan Williams Rebolledo. Pero la política hizo difícil este cambio. Pasaron meses de costosos errores hasta que el público se enojara tanto con Juan Williams Rebolledo que ni sus aliados conservadores pudieron salvarlo. Una vez que se deshizo del Almirante, el gobierno pudo encargarse de las necesidades materiales de la Armada. Los barcos tenían que ser sometidos a un reacondicionamiento sustancial, de modo que pudieran generar el suficiente vapor para erradicar al *Huáscar* de los mares. Eventualmente, el Presidente y su gabinete tuvieron que asumir un papel activo en la conducción de la guerra naval de modo de remediar los problemas de la flota y fijar su agenda. La participación de ministros de gobierno, consejeros y delegados en el proceso de toma de decisiones resultó crucial para que Chile ganara supremacía naval, lo que a su vez permitió que su ejército invadiera Perú.

En vez de tomar la ofensiva durante los meses después del 21 de mayo, Juan Williams Rebolledo volvió a su equivocada estrategia del bloqueo. La decisión del Almirante dejó perplejos a los peruanos, que obviamente se beneficiaban de la confusión del oficial chileno. Rosendo Melo, un historiador naval peruano, observó:

“Solo la oclusión o congestión cerebral constante, de que se decía víctima a Rebolledo, pudo prolongar la fácil movilidad de las naves peruanas, descartando la incontestable superioridad naval de Chile, que apenas los niños o los muy ignorantes en asuntos de mar, podrían desconocer”<sup>396</sup>.

Pero puede ser que el paso del tiempo, y tal vez la neurastenia, hayan perjudicado su capacidad mental, ya limitada. Los que lo conocieron durante la guerra con España estaban impactados por su dramático deterioro: su barba que alguna vez fue negra, se tornó blanca; se había puesto “trémulo en sus movimientos” y temperamental, si no clínicamente deprimido y hedía a alcohol<sup>397</sup>. Aun así, en opinión de Roberto Souper, un oficial de ejército estacionado en Antofagasta, no fue la edad lo que causó su inacción sino el hecho de que “es un cobarde, ni más ni menos” y hasta que La Moneda lo despidiera, Roberto Souper creía “que el enemigo [que] lleva la ventaja en inteligencia y actividad y hasta en el valor” dominaría el mar<sup>398</sup>.

La acusación de Roberto Souper, aunque era dura, no carecía de fundamento. Juan Williams Rebolledo se negaba de forma categórica a reconocer que su escuadra no tenía solo más barcos, sino también mejores, que sus acorazados poseían seis cañones frente a los dos del *Huáscar*, que cada uno de los navíos chilenos era impulsado por dos hélices, mientras que el *Huáscar* solo tenía una, y que los artilleros chilenos tenían un campo de fuego mucho más amplio que los del *Huáscar*. Pero en vez de usar estas ventajas, parecía paralizado por temor o por un sentido sobredesarrollado de cautela.

Después de que la defensa peruana de Iquique presuntamente desplegara un torpedo o una mina naval en un intento por hundir su buque insignia, empezó a temer casi de forma patológica que lo intentaran una segunda vez. En consecuencia él, al igual que la mayoría de su escuadra, huía cada noche del puerto de Iquique hacia la supuesta seguridad de alta mar, lo que causaba gran diversión a los peruanos<sup>399</sup>. Se puso en extremo sensible. Cuando recibía

<sup>396</sup> Melo, *op. cit.*, vol. I, p. 349.

<sup>397</sup> Ejército del Perú, *op. cit.*, vol. II, pp. 99-100.

<sup>398</sup> Roberto Souper a Cornelio Saavedra, 28 de junio 28, 9 de julio de 1879, Antofagasta, ANFV, vol. 559.

<sup>399</sup> Domingo Santa María a Antonio Varas, Antofagasta, 20 de julio de 1879, Varas. *op. cit.*, pp. 189-190.

noticias de que su inacción o una ofensiva peruana angustiaban al público, se retiraba a su camarote para cuidar sus numerosos, y a veces imaginarios, males o su ego herido<sup>400</sup>.

En un intento por aparecer dinámico, a veces sobreactuaba. Al parecer, creía que los residentes de Iquique debían aceptar su bloqueo graciosamente, o con alegría. Pero una vez que las autoridades del puerto tuvieron la desfachatez de lanzar un torpedo en el puerto de Iquique, respondió con histeria, dando órdenes tan contradictorias que si hubiesen sido obedecidas, el *Cochrane* hubiera abierto fuego sobre el *Abtao*. Domingo Santa María, figura destacada de la administración de Aníbal Pinto, observó: “Esto le dará a Usted la medida de la confusión y aturdimiento de nuestros marinos”. Roberto Souper añadió: “Estoy ahora más desencantado que nunca respecto a la marina bajo las órdenes de Williams, no hará nada puesto que no se atreve a nada”<sup>401</sup>.

Por suerte para Perú, Miguel Grau no parecía padecer de la neurosis de su adversario. Mientras la flotilla chilena merodeaba en el puerto de Iquique, reforzó las guarniciones del sur de su país, trayendo tropas nuevas, armas y artillería, en general importados de Panamá; destruyó las instalaciones portuarias de Chile y hostigó a los barcos mercantes chilenos que intentaban transportar hombres y equipamiento bélico hacia el norte<sup>402</sup>. A principios de junio el *Huáscar*, aunque aún sufría de daños estructurales que en gran parte eran resultado de embestir la *Esméralda*, partió de nuevo al sur para arrasar los navíos costeros de Chile<sup>403</sup>.

Juan Williams Rebolledo se dedicó a tareas más mundanas. A fines de mayo el barco carbonero *Matías Cousiño*, que había permanecido en la mar desde que se separó de la flotilla de Juan Williams Rebolledo, al final entró navegando al puerto de Iquique. El Almirante, que restableció el bloqueo de Iquique el 31 de mayo, tiene que haber estado encantado porque su escuadra al fin tenía acceso a carbón<sup>404</sup>. Aún envuelto en quehaceres domésticos, envió buzos a raspar el fondo del *Blanco*<sup>405</sup>. Una vez que estuvo listo, y como se creía que Miguel Grau atacaría de nuevo, el *Blanco* recién raspado y la *Magallanes* navegaron el 2 de junio hacia Huanillos. Ese mismo día, el *Huáscar* casi capturó al *Matías Cousiño*, que aprovechó la oscuridad para huir hacia el sur<sup>406</sup>.

<sup>400</sup> William F. Sater, “Chile During the First Months of the War of the Pacific”, pp. 149, 153.

<sup>401</sup> Domingo Santa María a Antonio Varas, 20 de julio de 1879, en Varas, *op. cit.*, p. 191; Roberto Souper a Cornelio Saavedra, Antofagasta, 28 de junio de 1879, en ANFV, vol. 559.

<sup>402</sup> Miguel Grau al ministro de Guerra, Ilo, 31 de mayo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 392.

<sup>403</sup> Mason, *The War on the Pacific..., op. cit.*, pp. 34-35; George Robinson al contraalmirante A.F.R. de Horsey, H.M.S. *Turquoise*, Callao, 11 de junio de 1879, en F.O. 16 205 y 195. Véanse también las cartas de Miguel Grau al Comandante General de Marina, 7 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 557; Miguel Grau al Supremo Director de la Guerra, 18 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 558.

<sup>404</sup> “Llegada del Huáscar a Mollendo”, 31 de mayo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 399.

<sup>405</sup> Williams Rebolledo, *op. cit.*, p. 73; Rodrigo Fuenzalida B., *La armada de Chile*, vol. III, p. 803.

<sup>406</sup> Williams Rebolledo, *op. cit.*, p. 71.

Al amanecer del 3 de junio un vigía divisó un barco que el Almirante adivinó correctamente era el *Huáscar*. Al ver a los chilenos, Miguel Grau dio marcha atrás –aún estaba bajo órdenes de no enfrentarse con fuerzas superiores– mientras que Juan Williams Rebolledo aumentó el vapor. Con lentitud, el barco chileno empezó a cerrar el espacio de casi ochocientos cincuenta metros que separaba a los dos navíos. Y después de cuatro horas de navegar, parecía que el *Huáscar* podía estar al alcance de los cañones del *Blanco*. Al descubrir que el personal en la sala de máquinas estaba quemando carbón de baja calidad, que había obtenido en Ilo y Pisagua, Miguel Grau lo reemplazó con un combustible inglés de mayor calidad. El monitor aceleró con rápidez. Para aumentar la velocidad, los hombres de Miguel Grau tiraron por la borda todo lo que era prescindible, como botes salvavidas y grandes cantidades de carbón de baja calidad que llevaba en la cubierta (Uno de los ítems que desecharon fue un periodista peruano, Antonio Cucalón, que al parecer, cayó por la borda y no fue descartado deliberadamente como lastre. De ahí en adelante, los chilenos usaron su nombre como sinónimo de un civil torpe que se inmiscuye con imprudencia en materias militares o navales). Una vez que la distancia alcanzó los trescientos cincuenta metros, el *Huáscar* abrió fuego. Cuando el *Blanco* respondió, sus proyectiles cayeron cerca del barco peruano, pero no lo alcanzaron. Por tanto, Juan Williams Rebolledo ordenó a sus artilleros aumentar la carga de pólvora y elevar la mira, pero esta vez sus descargas pasaron por sobre el *Huáscar*. Miguel Grau devolvió el fuego con resultados igualmente deprimentes<sup>407</sup>.

En este punto, cometió un error crucial. Al principio, el *Blanco* solo había disparado con sus cañones delanteros. Debido a su arquitectura, el acorazado no podía apuntar todos sus cañones al buque peruano. En consecuencia, Juan Williams Rebolledo alteró el curso del *Blanco* para que pudiera usar más armas contra el navío peruano. Aunque les había entregado un mejor campo de fuego a los artilleros chilenos, estos seguían sin dar en el blanco. Peor todavía, al cambiar el ángulo de fuego del *Blanco* sobre el *Huáscar*, Juan Williams Rebolledo había aumentado sin querer la distancia entre los dos navíos. La combinación del error de navegación de los chilenos y la alta calidad del carbón inglés que usaban los peruanos resultó ser demasiado. Temprano en la mañana del día siguiente, descubrió que la *Magallanes*, que había comenzado el combate junto al *Blanco*, había desaparecido y que el *Huáscar* había aumentado la distancia entre los dos buques. Un alicaido Juan Williams Rebolledo puso fin a la persecución, afirmando de manera falsa que se les había acabado el carbón. En menos de una hora, se encontró con la *Magallanes*, y juntos partieron de vuelta a esconderse en Iquique<sup>408</sup>. Miguel Grau navegó hacia Callao; se es-

<sup>407</sup> “Encuentro del Huáscar con el Blanco Encalada”, en *La Opinión Nacional*, Lima, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 398.

<sup>408</sup> Juan Williams Rebolledo al Comandante General de Marina, bahía de Iquique, 2 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. V, pp. 11-12; Williams Rebolledo, *op. cit.*, p. 79; José Rodolfo del Campo (J.R.C.), “La campaña del ‘Huáscar’, *El Comercio*, Lima, 8 de junio de 1879”, pp. 34-50.

taba quedando sin proyectiles de artillería, temía no poder conseguir carbón de mejor calidad y sabía que las máquinas, el casco y el aparejo del *Huáscar* necesitaban reparaciones<sup>409</sup>.

En algunos aspectos, este fútil encuentro se parecía a la batalla de Chipana: un intercambio fortuito de fuego de artillería seguido de una persecución que no logró nada. Por supuesto, en sus memorias, Juan Williams Rebolledo hace que este encuentro parezca emocionante. También indicó que puso fin a la persecución porque no quería arriesgar a la *Magallanes*. Sea cierto o no, su decisión fue una sabia precaución. El hundimiento de la *Esmeralda* ya había encendido la ira del público; perder la *Magallanes* lo habría convertido en un paria.

El encuentro que se produjo al frente de Huanillos, un puerto al sur de Iquique, entregó un dividendo inesperado: el *Huáscar* fue ingresado a un dique seco de Callao, donde permaneció el mes de junio sometido a extensas reparaciones<sup>410</sup>. Miguel Grau tenía mucho que hacer: además de ajustar las máquinas del monitor, que según él funcionaban mal “debido a la falta de competencia de los encargados de dirigirla”, también necesitaba hombres de mar entrenados, en particular oficiales artilleros. En consecuencia, revisó exhaustivamente las pensiones de Callao, contratando a marineros extranjeros, en especial los que tenían experiencia como artillero naval y timonel<sup>411</sup>. Gracias a sus esfuerzos, el número de los artilleros del *Huáscar* aumentó de cinco en mayo a veinticinco en agosto de 1879, donde la mayoría eran extranjeros<sup>412</sup>. La ausencia temporal del Almirante no redujo el nivel de conflicto: la armada peruana permaneció en la ofensiva, aunque no estaba presente su protagonista principal.

La reputación de Juan Williams Rebolledo, ya hecha harapos, siguió deshilachándose a fines de mayo o principios de junio. Cada vez más cansadas de la incompetencia del Almirante, que había demostrado en abundancia en Iquique, las fuerzas internas del gobierno empezaron a pedir su reemplazo<sup>413</sup>. Incluso el futuro ministro de Guerra y Marina en campaña, Rafael Sotomayor, quien alguna vez había alabado la cautela del Almirante, buscó su renuncia. Pero poderosos legisladores y diarios conservadores aún tenían la capacidad de protegerlo de un bien merecido castigo de parte de Aníbal Pinto. En efec-

<sup>409</sup> Miguel Grau al Sr. Director General de la Guerra, 4 de junio de 1879 en *Correspondencia general...*, *op. cit.*, p. 35.

<sup>410</sup> Miguel Grau al Comandante General de Marina, 7, 9, 19 de junio de 1879, en *Correspondencia jeneral...*, *op. cit.*, pp. 38, 40-41, 53.

<sup>411</sup> Luciano Benjamín Cisneros al ministro del Estado, París, 15 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 75; Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, p. 35; Miguel Grau al Comandante General de Marina, 7, 9 de junio de 1879, en *Correspondencia general...*, *op. cit.*, pp. 38-39 y 41.

<sup>412</sup> Geraldo Arosemena Garland, *El Almirante Grau*, pp. 195 -197; *Fuentes para el Estudio...* *op. cit.*, vol. I, pp. 398 y 434.

<sup>413</sup> Roberto Souper a Cornelio Saavedra, Antofagasta, 29 de mayo, 4 de junio de 1879, en ANFV, vol. 559.

to, al darse cuenta de que gozaba de tal protección, jugó sádicamente con los ministros de gobierno. Aduciendo su supuesta mala salud, ofreció renunciar a su mando –sufría de una afección crónica de la garganta que un cirujano de la flota diagnosticó como “difteria gangrenosa de la garganta”, pero que puede haber sido “gumma”, un mal venéreo, mal diagnosticado<sup>414</sup>. Por mucho que lo despreciara, La Moneda tuvo que rechazar el cínico ofrecimiento del Almirante: el gobierno temía las repercusiones políticas que podría tener; además no tenía a nadie para reemplazarlo. Una de las opciones más lógicas, el capitán de navío Enrique Simpson, bebía tanto que el ministro del Interior de Aníbal Pinto, Antonio Varas, no osaba ponerlo a cargo de la flota. Es un misterio por qué el Ministro lo dejó al mando del *Cochrane*. Así, por mucho que Aníbal Pinto y sus asistentes deseaban obligar al Almirante a mostrar sus verdaderas cartas, no podían hacerlo: mantuvo su mando<sup>415</sup>. Sin embargo, el gobierno despidió a algunos oficiales, como al capitán de fragata Domingo Salamanca, al Jefe de Estado Mayor de Juan Williams Rebolledo, quien pasó más tiempo apuntalando el frágil ego del Almirante que supervisando la flota<sup>416</sup>. El reemplazante de Domingo Salamanca era un veterano experimentado, el capitán de navío Galvarino Riveros.

A fines de junio, Juan Williams Rebolledo reorganizó la flota para apaciguar los temores del ejército sobre la seguridad de sus fuerzas en Antofagasta y para proteger la ruta al sur hacia la zona central de Chile. Una división, compuesta por el *Cochrane*, la *Magallanes*, el *Abtao* y el *Matías Cousiño*, mantuvo el bloqueo de Iquique, mientras que el resto de los barcos navegó hacia Antofagasta bajo el mando del “siempre audaz” Juan Williams Rebolledo<sup>417</sup>. La inacción del Almirante confundió a los bolivianos, quienes comentaron: “Su escuadra apenas se da concierto para atender a las peripecias del *Huáscar*, y mantener el irrisorio bloqueo de Iquique”<sup>418</sup>.

El comportamiento del Almirante se tornó cada vez más confuso: mientras reconocía de forma abierta que Chile tenía supremacía naval, instaba paradójicamente a la contención. Afirmaba que la velocidad del *Huáscar* y la *Unión* excluían la posibilidad de una “batalla decisiva”. Si el gobierno quería que él aniquilara al “Fantasma del Pacífico,” necesitaba libertad completa para diseñar

<sup>414</sup> Rafael Sotomayor a Cornelio Saavedra, Iquique, 9 de abril de 1879, en ANFV, vol. 559; Rafael Sotomayor a Aníbal Pinto, 4 de junio de 1879, “Correspondencia de don Rafael Sotomayor con don Aníbal Pinto sobre la Guerra del Pacífico”, en *Revista Chilena*, año VI, tomo xv, N° 17, Santiago, 1922, pp. 411-418; Valdizán, *op. cit.*, vol. 5, p. 12; Conversación con el Dr. Joel Shulman, 5 de mayo de 1999, Los Ángeles, California.

<sup>415</sup> Domingo Santa María a Aníbal Pinto, 25 de junio de 1879, en ANFV, vol. 415; Sater, *Chile...*, *op. cit.*, pp. 40-41.

<sup>416</sup> Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, pp. 36-37.

<sup>417</sup> Juan Williams Rebolledo al Ministro de Guerra, a bordo del *Blanco Encalada*, bahía de Iquique, 15 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 13-14.

<sup>418</sup> Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, p. 70.

y ejecutar un plan. Esta última afirmación, como muchas otras, no era verdad: con anterioridad La Moneda le había dado libertad de acción, solo que insistía que le informara antes de emprender una misión importante<sup>419</sup>. Aníbal Pinto no debía haberse preocupado: los “nuevos planes” de Juan Williams Rebolledo, a principios de julio, consistían en destruir los suministros de agua en los puertos de guano de Huanillos y Pabellón de Pica. Una vez logrado este objetivo, volvería a Iquique, donde, en palabras de un diario de La Paz: “La escuadra chilena continúa en Iquique. No hace más que un acto de presencia”<sup>420</sup>.

Mientras que los chilenos titubeaban, los peruanos actuaban. Después de escoltar al transporte *Oroya* a Pisagua, el 6 de julio, la *Pilcomayo* atacó Tocopilla y Duende, destruyendo instalaciones costeras, lanchas y hundiendo la barca chilena *Matilde de Ramos*. Solo el arribo fortuito del *Blanco* y el *Chacabuco*, que recién habían vuelto a la flota tras un reacondicionamiento en el sur, hizo huir a la *Pilcomayo*. El *Blanco* lo persiguió, pero de nuevo con los mismos resultados: luego de una carrera de trescientos kilómetros el buque peruano escapó, llegando a Arica.

El 10 de julio, el *Huáscar* mostró que había vuelto a la guerra atacando la flota que bloqueaba a Iquique. Miguel Grau no tenía muchos blancos porque la mayor parte de la flotilla de Juan Williams Rebolledo no estaba en el puerto de Iquique. Después de que un barco torpedero peruano intentara asaltar al *Matías Cousiño*, parte importante de la escuadra bloqueadora de Chile tomó la costumbre de dejar la bahía de Iquique a cambio de la seguridad de alta mar. Por tanto, Miguel Grau tuvo que optar por destruir el buque de guerra *Abtao*, que patrullaba la bahía por la noche.

Luego de requerir, por telegrama, que la guarnición y población civil de Iquique oscureciera la ciudad, Miguel Grau se escurrió fácilmente en el puerto justo después de la medianoche del 10 de julio. El *Huáscar* no encontró al *Abtao*, que por lo general vigilaba la entrada al puerto. Sí se encontró con el *Matías Cousiño*, al que Miguel Grau ordenó rendirse. La tripulación del barco carbonero estaba en proceso de obedecer esta orden cuando el *Huáscar*, sin darse cuenta de que los chilenos habían capitulado, disparó a lo largo de la proa. La advertencia, que estaba pensada para animar a la tripulación del *Matías Cousiño*, alertó involuntariamente al resto de la flota chilena. Así, justo cuando Miguel Grau estaba en el proceso de enviar un equipo para capturar el barco carbonero, vio un barco enemigo persiguiéndolo. Entendiendo que no podía tomar al *Matías Cousiño* como botín, lo habría destruido si el enemigo no hubiese empezado a navegar en dirección de su navío<sup>421</sup>.

<sup>419</sup> Basilio Urrutia a Juan Williams Rebolledo, Santiago 24 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 14.

<sup>420</sup> Juan Williams Rebolledo al Comandante en Jefe, Antofagasta, 5 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 14.

<sup>421</sup> Hay algún debate sobre el estatus del *Matías Cousiño*. Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, p. 36 afirmó que Miguel Grau había, en realidad, capturado al buque carbonero cuando divisó a un barco que resultó ser la *Magallanes*. Incapacitado de tomar al barco carbonero como

El primer barco chileno que llegó a auxiliar al *Matías Cousiño* fue la *Magallanes*, comandado por Juan José Latorre, quien decidió investigar después de que su tripulación oyera fuego de cañones y rifles. Aunque obviamente lo superaba en armas, Juan José Latorre no dudó en atacar. El *Huáscar* y la *Magallanes* intercambiaron cañonazos y fuego de armas pequeñas, pero, como de costumbre, los artilleros del *Huáscar* no le dieron al blanco. Frustrado por “la marcada inseguridad de nuestros tiros de cañón”, Miguel Grau intentó, de manera repetida, embestir a la *Magallanes*, táctica que Juan José Latorre eludió con habilidad<sup>422</sup>. Una de las armas pesadas de la *Magallanes* logró disparar un proyectil que penetró el blindaje del *Huáscar* y dañó al navío. Miguel Grau, al darse cuenta de que las cosas habían salido mal, abandonó el puerto de Iquique perseguido por Enrique Simpson del *Cochrane*. Después de más de siete horas, los chilenos abandonaron la persecución. Así terminó lo que algunos historiadores navales llaman grandiosamente el Segundo Combate de Iquique, un encuentro que no afectó de forma directa a la guerra, aunque, como sugirió un observador, el mal desempeño del *Cochrane* puede haber contribuido, posteriormente, a que el alcohólico Enrique Simpson fuera retirado del mando del acorazado<sup>423</sup>.

Dada la naturaleza de la escaramuza, el Segundo Combate de Iquique trajo poca alegría a Lima. Los peruanos se consolaron un poco con el “sentido de simple humanidad” de Miguel Grau, su disposición a permitir que la tripulación del barco carbonero abandonara el navío antes de abrir fuego. El capitán del *Matías Cousiño*, Augusto Castleton, quien estaba agradecido de estar vivo, claramente compartía este sentimiento: envió a Miguel Grau una caja de vino, la que el Almirante agradeció prometiendo beberla brindando a la continua buena salud y buena fortuna de Augusto Castleton<sup>424</sup>.

Juan Williams Rebolledo se enteró del ataque del *Huáscar* a Iquique y su intercambio con la *Magallanes* cuando iba en ruta al norte desde Antofagasta. Al llegar a Iquique el 16 de julio, su buque insignia, el *Blanco*, más la *Magallanes*, el *Abtao* y el transporte *Limari*, se convirtieron en la nueva fuerza de bloqueo. Mientras tanto, ordenó al *Cochrane* abastecerse de carbón en Antofagasta y luego navegar a Valparaíso para un reacondicionamiento.

---

premio, trató de destruirlo. Juan José Latorre, Iquique, 10 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 422. Hay alguna diferencia de opinión. Los peruanos afirmaron que el *Huáscar* disparó al barco carbonero. *El Mercurio*, 15 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 423-424; *El Comercio*, Lima, 11 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 424-426. Juan J. Latorre a la Comandancia de la división bloqueadora de Iquique, Iquique, 10 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 422-423.

<sup>422</sup> Miguel Grau al Supremo Director de la Guerra y Director de Marina, 10 de julio de 1879, en *Correspondencia general..., op. cit.*, p. 84.

<sup>423</sup> Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, p. 37; Juan José Latorre al oficial al mando del *Cochrane*, Iquique, 10 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 422; Enrique Simpson al oficial al mando, división bloqueadora de Iquique, Iquique, 10 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 422.

<sup>424</sup> Miguel Grau a Augusto Castleton, Arica, 14 de agosto de 1879, en Arosemena, *El almirante..., op. cit.*, pp. 202-203.

El 16 de julio, en lo que se convirtió en el distintivo de la guerra, el *Cochrane* se encontró, sin querer, con la *Pilcomayo*, que estaba atacando mercantes en el puerto de Tocopilla. Se desarrolló un esquema conocido: mientras el *Pilcomayo* se dirigía al sur, detectó humo que resultó ser el buque de Enrique Simpson. El navío peruano, que era más pequeño, por supuesto huyó perseguido por el *Cochrane*. Y luego de horas de inútil navegación, Enrique Simpson puso fin a la persecución, permitiendo que la *Pilcomayo* volviera a su puerto de base.

Los defensores del viejo Almirante al final empezaron a lamentar su elección. El atardecer del 16 de julio, los peruanos supuestamente lanzaron un torpedo a la flota chilena que bloqueaba Iquique. Pocos vieron el misil, y los que lo hicieron no estuvieron de acuerdo sobre la forma y tamaño que tenía. De hecho, la información era tan escasa que algunos escépticos se preguntaron si los peruanos en realidad habían atacado. Sin embargo, Juan Williams Rebolledo se mantuvo firme y en un acto descrito por el coronel peruano Santiago Contreras, un oficial en el gobierno de Iquique, como “digno únicamente de los vándalos de la Edad Media”, ordenó a sus barcos cañonear a los ciudadanos de Iquique mientras dormían<sup>425</sup>. Cayeron, alrededor de cincuenta y cinco proyectiles chilenos, que dañaron algunos edificios y mataron a un soldado y tres niños. Algunos chilenos cuestionaron la sabiduría, más aún la humanidad, de las represalias de Juan Williams Rebolledo. Domingo Santa María escribió:

“Una ridícula cobardía nos hace aparecer como miserables, capaces de matar en las horas avanzadas de noche mujeres, viejos enfermos y niños. No batimos a los buques pero somos audaces de turbar el sueño de los indefensos y sorprenderlos con la muerte”<sup>426</sup>.

Durante el resto de julio y todo agosto, Miguel Grau humilló a la armada chilena devastando sus pueblos costeros y acechando a su marina mercante. El *Huascar* y la *Unión*, por ejemplo, entraron a Chañaral, seiscientos cincuenta kilómetros al sur de Antofagasta y frente a la costa chilena, donde el 19 de julio capturaron dos barcos chilenos que ondeaban la bandera de Nicaragua, la fragata cargada de carbón *Adelaida Rojas* y el mineralero *Saucy Jack*. Los peruanos también hundieron varios botes pequeños en Chañaral, Huasco y Carrizal Bajo. En su viaje de retorno, Miguel Grau y el capitán de navío Aurelio García y García, comandante de la *Unión*, destruyeron lanchas en Carrizal y Pan de Azúcar, y capturaron a otro mercante que llevaba cobre, *Adriana Lucía*, que

<sup>425</sup> Prefectura del departamento de Tarapacá, Iquique, 17 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. 1, p. 427.

<sup>426</sup> Domingo Santa María a Antonio Varas, Antofagasta, 20 de julio de 1879, en Varas, *op. cit.*, p. 191.

enviaron a Callao como botín<sup>427</sup>. Las audaces incursiones del *Huáscar* primero enfurecieron y luego atemorizaron a los chilenos. Domingo Santa María, quien sucedería a Aníbal Pinto como Presidente, se preguntó quejumbroso: ¿cómo la armada peruana, que supuestamente era inferior, pudo hostigar con tanto éxito las ciudades costeras de Chile? Luego de escuchar las excusas del capitán Enrique Simpson, Domingo Santa María comprendió que el derrotismo del Almirante había infectado a la flota entera<sup>428</sup>.

#### EL FIASCO DEL *RÍMAC*

Los peruanos estuvieron a punto de dar un golpe maestro. Al enterarse por la *Chala* de la Compañía Inglesa de Vapores, que un grupo de oficiales militares y civiles de alto rango, entre ellos Domingo Santa María, habían partido en el transporte *Itata*, que estaba en Antofagasta, Miguel Grau y Aurelio García y García decidieron salir de ese puerto con la esperanza de capturarlos. En cambio, los marineros peruanos se apoderaron de un premio aun mayor<sup>429</sup>.

Las osadas incursiones de Miguel Grau ocurrieron justamente en el momento en que el alto mando chileno planeaba encargar a dos mercantes, el *Rímac* y el *Paquete del Maule*, transportar tropas, armas, y cabalgaduras a Antofagasta. En vez de arriesgar a que el *Huáscar* atacara estos navíos, el ministro de Marina ordenó que los dos transportes permanecieran en Valparaíso hasta que hubiera pasado el peligro. El 20 de julio, tras recibir la noticia de que las vías marítimas estaban de nuevo seguras, un funcionario local, Eulogio Altamirano, el intendente de Valparaíso, autorizó la partida de los buques. En anticipación a la llegada del *Rímac* y el *Paquete del Maule*, las autoridades chilenas en el norte también tomaron precauciones especiales. Domingo Santa María, uno de los consejeros del presidente Aníbal Pinto, ordenó al *Blanco* volver a Tocopilla para descargar carbón que necesitaba y luego navegar frente a Antofagasta para proteger a los mercantes, que se esperaba llegarían el 22 de julio.

El plan se descarriló. A mediados de la mañana del 21 de julio, Eulogio Altamirano envió un telegrama a Domingo Santa María en el que le advertía que la *Unión* y el *Huáscar* estaban en Caldera, un puerto al oeste de Copiapó, y que debía indicar al *Cochrane* que navevara al sur desde Antofagasta para proteger

<sup>427</sup> Miguel Grau al Comandante General de la I División General, Arica, 25 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 439-440; Aurelio García y García, Arica, 25 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 440-441.

<sup>428</sup> Domingo Santa María a Antonio Varas, Antofagasta, 20 de julio de 1879 en Varas, *op. cit.*, p. 191; Domingo Santa María a José V. Lastarria, 6 de octubre de 1879 (sic), en Domingo Santa María, “Cartas de don Domingo Santa María a don José Victorino Lastarria”, pp. 255-260.

<sup>429</sup> Miguel Grau al Supremo Director General de la Guerra, Director de Marina y Comandante. General de las Baterías y Fuerzas Existentes en esta plaza de Arica, 25 de julio de 1879, en *Correspondencia general...*, *op. cit.*, p. 90.

a los transportes chilenos. El capitán Enrique Simpson, por desgracia, ya había partido y Domingo Santa María no tenía idea de la ubicación del *Cochrane* y si la hubiese tenido, no disponía de los medios para ponerse en contacto con él. Del mismo modo, como las autoridades en el sur no conocían el paradero del *Rímac* y el *Paquete del Maule*, tampoco les podían advertir del inminente peligro que los esperaba. Con la esperanza de alertarlos, las autoridades ordenaron al *Itata* navegar desde Antofagasta para advertir a los transportes<sup>430</sup>. Los oficiales tenían dos alternativas: esperar a que Enrique Simpson volviera a Antofagasta para enviarlo hacia el sur para que escoltara a los transportes o rezar con el fin de que el *Rímac* y el *Paquete del Maule* abortaran su viaje.

El 22 de julio, Domingo Santa María recibió un telegrama informándole que habían vuelto dos transportes a Valparaíso. Creyendo que estos eran el *Rímac* y el *Paquete del Maule*, Domingo Santa María concluyó que había pasado el motivo de angustia. De hecho, el oficial chileno había leído mal el telegrama: los dos navíos que mencionaba el cable eran el *Copiapó* y el *Toltén*; el *Rímac* y el *Paquete del Maule* aún iban navegando hacia el norte. Enrique Simpson, tras decidir incorrectamente que ya no estaba bajo ninguna obligación de proteger al *Rímac* y al *Paquete del Maule*, navegó a Caldera, donde esperaba entablar combate con el *Huáscar*. Llegó a Caldera, pero no en la forma en que le hubiera gustado. El *Cochrane* se quedó sin carbón y el *Itata* tuvo que arrastrar el acorazado hasta el puerto. El intento de Enrique Simpson, de atribuir su fracaso a una falta de combustible, no fue creída: el director del servicio de suministro aseguró que el *Cochrane* tenía carbón más que suficiente para hacer el viaje.

“No es admisible pretexto alguno para que puedan carecer en ninguna circunstancia de este articulo... pues se provee con verdadera profusión i abundancia”,

observó<sup>431</sup>. El general Basilio Urrutia, ministro de Guerra y Marina, estuvo de acuerdo: Enrique Simpson debía haber tomado las precauciones adecuadas

“para asegurar el éxito de cualquier comisión que le es asignada, y particularmente para evitar la posibilidad de ser atacado por fuerzas enemigas, sin tener los elementos indispensables de resistencia”<sup>432</sup>.

Si el gobierno no tenía idea del paradero del *Rímac* y el *Paquete del Maule*, Miguel Grau sí sabía. El *Huáscar* interceptó al *Colombia*, un transporte inglés

<sup>430</sup> Basilio Urrutia al oficial al mando de la Armada, Santiago, 30 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 18.

<sup>431</sup> *Op. cit.*, p. 19.

<sup>432</sup> *Op. cit.*, p. 18; Basilio Urrutia al oficial al mando de la Escuadra, Santiago, 30 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 19.

cuyo capitán informó a los peruanos que el *Rímac*, que llevaba un destacamento de caballería, los Carabineros de Yungay, habían partido el 21 julio de Valparaíso. Miguel Grau rápidamente aprovechó la oportunidad<sup>433</sup>. Calculando la velocidad del barco, el almirante peruano concluyó que su objetivo debía llegar a Antofagasta el 23 de julio. Por tanto, la *Unión* y el *Huáscar* navegaron hacia el sur para esperar a su presa.

Sin embargo, los transportes chilenos ya no estaban viajando juntos: el capitán del *Paquete del Maule*, que había decidido hacer el viaje hacia el norte navegando cerca de la costa, llegó a Antofagasta. El *Rímac*, que optó por salir a alta mar para ir al norte, casi había llegado a su destino cuando se detuvo. El capitán civil del transporte, Pedro Lathrop, temiendo que la defensa de Antofagasta pudiera disparar a su barco si entraba al puerto de noche, redujo de modo deliberado la velocidad del *Rímac*. Gracias a esta decisión, el mercante llegó en la mañana, a tiempo para que el *Huáscar* y la *Unión* lo capturaran.

Al amanecer del 23 de julio, los pasajeros del *Rímac*, que se movía lentamente, vieron un acorazado que identificaron de manera equivocada como el *Cochrane*. Cuando comprendió que era la *Unión*, Pedro Lathrop, siguiendo sus órdenes, cedió el mando al capitán de fragata Ignacio Gana. Mientras tanto, la *Unión* se acercó a unos pocas cientos de metros, donde empezó a barrer al *Rímac* con sus cañones. La situación de Ignacio Gana era desesperada: su barco no tenía ni la velocidad para huir de los peruanos ni las armas para vencerlos –solo llevaba cuatro cañones de ánima lisa de treinta y dos libras. El chileno podía intentar hundir su barco. Sin embargo, el *Rímac* solo llevaba suficientes botes salvavidas para un tercio de los doscientos cincuenta soldados de caballería de los Carabineros de Yungay. En verdad, Ignacio Gana se enfrentaba a la elección hobessoniana de una sola opción: destruir el transporte y dejar a los peruanos sin botín, pero a cambio de perder un número sustancial de las tropas chilenas. El oficial naval también podría haber seguido la rebuscada sugerencia de Gonzalo Bulnes, el comandante de Carabineros, y ordenar a los soldados de caballería abordar el buque de guerra peruano.

El *Huáscar* rápidamente resolvió el asunto: un proyectil de trescientas libras disparado a lo largo de la proa del *Rímac* convenció de inmediato a Ignacio Gana de capitular. Sin embargo, el chileno intentó minimizar la victoria peruana: mientras destruía los libros de códigos del *Rímac*, los carabineros tiraban por la borda sus armas y equipamiento. Hay quienes aseguran que muchos de los soldados también bebieron todas las provisiones de alcohol a bordo, lo que los llevó a vandalizar el navío<sup>434</sup>. Ignacio Gana ordenó, a los ingenieros del *Rímac*, abrir los grifos de fondo con la esperanza de hundir el barco<sup>435</sup>. Por

<sup>433</sup> Bulnes, *op. cit.*, vol. I, p. 394; José Rodolfo del Campo (J.R.C.), “Captura del ‘Rímac’ 3 buques mercantes y el regimiento Yungay”, *El Comercio*, 29 de julio de 1879”, pp. 67-83.

<sup>434</sup> Del Campo, “Captura...”, *op. cit.*, p. 83.

<sup>435</sup> Ignacio Luis Gana al Comandante de la Marina, Arica, 25 de julio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 435-436; Pedro Lathrup al Comandante del *Rímac*, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 436-

desgracia para Ignacio Gana, los marineros peruanos abordaron el navío a tiempo para cerrar las válvulas. El *Rímac* fue llevado de vuelta a Perú, donde integró la fuerza operativa de Miguel Grau. Luego, Ignacio Gana fue llevado a corte marcial, pero fue exonerado cuando el tribunal decidió que el oficial naval fue víctima de instrucciones erradas y una tripulación civil incompetente que se emborrachó tanto que no pudo obedecer sus órdenes<sup>436</sup>.

La captura del *Rímac* desató una tormenta en Chile. En Santiago estallaron disturbios cuando las muchedumbres irrumpieron en las calles amenazando al Congreso y al Presidente. El gobierno de Aníbal Pinto tuvo que usar el ejército para reprimir la sublevación. La revuelta obligó a Antonio Varas a renunciar como ministro del Interior. Para reemplazarlo, Aníbal Pinto eligió a Domingo Santa María, violento anticlerical. Curiosamente, Juan Williams Rebolledo logró librarse de la censura a pesar de que hasta los peruanos creían que sus días estaban contados<sup>437</sup>. Sin embargo, algunos concluyeron que solo despedir al Almirante no cambiaría la situación. De acuerdo con Roberto Souper, una putrefacción seca impregnaba a toda la flota: el gobierno necesitaba licenciar no solo a Juan Williams Rebolledo, cuya “imbecilidad y cobardía” causó estos problemas, sino, también, a su compatriota “decadente, flojo y tímido” Enrique Simpson, “una masa sin calor, sin vida, sin ideas”<sup>438</sup>. El disgusto con el alto mando naval emergió, incluso, dentro de la flota. Juan José Latorre afirmó, desesperado, que mientras la Armada no hacía nada, “nuestros enemigos, que poseen buques rápidos, se han enseñoreado realmente de nuestras costas en el norte”. Juan José Latorre señaló:

“No podemos ni debemos hacer otra cosa que suspender el bloqueo i dedicar uno de nuestros blindados, acompañado por un transporte, a perseguir hasta que se consiga ultimarlos, el Huáscar i la Unión”.

El oficial señaló en pocas palabras: “Necesitamos morder para no ser moridos”<sup>439</sup>.

Miguel Grau, quien consideró la captura del transporte “un triunfo moral”, lanzó otra serie de ataques<sup>440</sup>. A principios de agosto, acompañado por el recién

---

437; Gonzalo Bulnes, “Relación de don Gonzalo Bulnes sobre la captura del ‘Rímac’”, vol. I, pp. 437-438.

436 Sentencia dada por el Consejo de Oficiales Generales en el proceso seguido al capitán de fragata Ignacio Gana, Valparaíso, 5 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 200-201.

437 Samuel Márquez a José Rafael de Izcue, Arica, 2 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 85.

438 Roberto Souper a Cornelio Saavedra, Antofagasta, 29 de julio de 1879, en ANFV, vol. 559; Eulogio Altamirano a Aníbal Pinto, 6 de agosto de 1879, en ANFV, vol. 415.

439 Juan José Latorre a Benjamín Vicuña Mackenna, Iquique, 27 de julio de 1879, en *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 20 de octubre de 1879.

440 Miguel Grau al Supremo Director de la Guerra, Director de Marina y Comandante General de las Baterías y Fuerzas Existentes en esta Plaza de Arica, 25 de julio de 1879, en *Correspondencia general...*, *op. cit.*, p. 92.

capturado *Rímac*, el Almirante salió navegando para atacar otra vez las vías marítimas chilenas. Cuando los motores del transporte no anduvieron bien, el *Huáscar*, tras tomar tanto carbón del *Rímac* como podía llevar, siguió solo en su misión. Miguel Grau entró al puerto de Caldera dos veces a principios de agosto, pero al no ver nada que valiera la pena demoler o capturar, se retiró. Después de una escaramuza, sin éxito, con el *Cochrane* y el transporte *Lamar*, se detuvo en Taltal, donde estaba destruyendo unas lanchas cuando fue descubierto por el *Blanco* y el transporte *Itata*. Ambos lo persiguieron, pero sin resultado: el *Huáscar* se alejó con facilidad de ellos, y el acorazado peruano llegó a Arica el 10 de agosto<sup>441</sup>. Además de causar estragos, la actividad de Miguel Grau logró otra meta: mientras la flota chilena estaba obsesionada con el *Huáscar*, un transporte peruano, el *Talismán*, iba remolcando al monitor *Manco Cápac* desde Callao a Arica, donde se convirtió en parte de las defensas de ese puerto.

#### LA REDADA DE PUNTA ARENAS

En agosto, los peruanos agregaron un nuevo escenario de operaciones cuando la *Unión* navegó con osadía hasta Punta Arenas, puerto ubicado en medio del estrecho de Magallanes, a más cinco mil cuatrocientos kilómetros al sur de Callao. El viaje al sur resultó arduo para los peruanos, que en el camino se encontraron con algunos indios de Tierra del Fuego, una tribu que luego se extinguiría<sup>442</sup>. Inicialmente, cuando el capitán Aurelio García y García entró a Punta Arenas, el 16 de agosto, pocos chilenos le prestaron mucha atención porque la *Unión* ondeaba un tricolor francés que no suscitó ninguna sospecha. Solo después de capturar una lancha que cargaba carbón, *Katie Kellok*, el capitán Aurelio García y García desplegó la bandera peruana. Por supuesto, para entonces los oficiales locales no podían hacer nada. Además del carbón que ya había tomado, Aurelio García y García exigió provisiones frescas. Al comienzo los chilenos se negaron a acceder a sus demandas, pero cuando los peruanos amenazaron con bombardear la ciudad, los oficiales locales reconsideraron su posición. Por fortuna, el cónsul local británico logró un compromiso: los mercantes extranjeros venderían a la *Unión* las provisiones que demandaba a cambio de la promesa de no bombardear el puerto. Aurelio García y García accedió.

La *Unión* no había navegado tan lejos solo por comida gratis y la oportunidad de aterrorizar a los burgueses de Punta Arenas. Usando documentos encontrados a bordo del *Rímac*, Aurelio García y García esperaba capturar al carguero británico *Gleneg*, que transportaba armas y suministros desde Europa. Sus esfuerzos no dieron fruto: el barco inglés, escoltado por el *Loa*, ya había

<sup>441</sup> Miguel Grau al Supremo Director de la Guerra y Director de Marina, 10 de agosto de 1879, en *Correspondencia general...*, *op. cit.*, pp. 83-84.

<sup>442</sup> José Rodolfo del Campo (J.R.C.), “El viaje de la Unión a Magallanes”, *El Comercio*, Lima, 19 de septiembre de 1879, p. 111.

atravesado el estrecho. El 18 de agosto, una vez abastecido con depósitos sustanciales de carbón, la *Unión*, junto al barco botín *Luisita*, navegaron hacia el norte. El capitán puede no haber logrado su misión original, pero la redada a Punta Arenas obligó a los chilenos a enviar dos barcos hacia el sur para proteger al transporte *Genovese*, otro navío que trasladaba armas. El gobierno advirtió a todos los transportes futuros tomar precauciones, como navegar en alta mar sin luces, cuando hicieran el viaje hacia el norte<sup>443</sup>.

#### EL PRINCIPIO DEL FIN

Está claro que, algo había resultado muy mal en la guerra naval de Chile. La flota peruana, que se supone estaba incapacitada, había tomado la ofensiva, mientras que la escuadra chilena, que era superior, estaba comandada por un hombre que pasó la mayor parte del invierno amurrido en su camarote. El comportamiento del Almirante se tornó tan extraño que en julio corría el rumor de que Juan Williams Rebolledo había interrumpido temporalmente la persecución del *Pilcomayo* para cazar una enorme tortuga marina<sup>444</sup>. Si la historia es cierta, solo se puede suponer que quería carne fresca. Sea verdad o no, la historia parece indicar que su comportamiento había pasado de lo excéntrico a lo irracional.

A fines de julio, Juan Williams Rebolledo lamentó que su barco careciera de combustible y que “por el constante uso de las máquinas i calderas de los buques, obligados a estar siempre en movimiento a fin de evitar la aplicación de torpedos” se habían desgastado, y le dijo al gobierno que quería abandonar el bloqueo que alguna vez apoyó con tanto vigor<sup>445</sup>. Cuando La Moneda no respondió, ordenó de forma unilateral a sus naves, con el *Abtao* en remolque, que volvieran a Valparaíso<sup>446</sup>. Esta fue la segunda y última vez que actuó sin

<sup>443</sup> Aurelio García y García a la Comandancia Jeneral de la 2<sup>a</sup> División Naval, Punta Arenas, 14 de septiembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 476-7; Carlos Wood al ministro de la Marina, Magallanes, 19 de agosto de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 475-476. Basilio Urrutia al Gobernador, colonia de Magallanes, Santiago, 4 de agosto de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 19; Rafael Sotomayor a Comandante, *Blanco Encalada*, Antofagasta, 2 de septiembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 32. Chile, Ministerio de Guerra y de la Marina, *Memoria 1880*, p. 7. Rafael Sotomayor ordenó al *Blanco Encalada* salir navegando desde Arica por si la *Unión* había tomado trofeos. Rafael Sotomayor al Comandante, *Blanco Encalada*, Antofagasta, 2 de septiembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 32.

<sup>444</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, en Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de la campaña de Tarapacá*, vol. II, p. 94.

<sup>445</sup> Williams Rebolledo, *op. cit.*, p. 103. El oficial a cargo del suministro de la flota vehemente-mente negó la alegación de que la flota no tenía suficiente carbón. Basilio Urrutia al Comandante de la Escuadra, Santiago, 30 de julio de 1879 y Francisco Echaurren, Valparaíso, 16 de agosto 1879, en AM, *op. cit.*, vol. V, pp. 19, 20-24.

<sup>446</sup> Juan Williams Rebolledo al ministro de la Marina, Tocopilla, 3 de agosto de 1879; Antofagasta, 4 de agosto de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. V, pp. 17-18.

informar al gobierno. Al llegar a Valparaíso recibió orden de reportarse de inmediato en Santiago, donde Aníbal Pinto lo despidió el 17 de agosto<sup>447</sup>. La noticia de su humillación encantó a la prensa peruana que, olvidando a Juan Guillermo Moore, señaló de forma burlona que Juan Williams Rebolledo “ha pasado al panteón de las nulidades”<sup>448</sup>. De ahí en adelante, el hombre responsable de obtener, en palabras de Lytton Strachey, la “mayor matanza con el menor gasto” sería Rafael Sotomayor, quien como ministro de Guerra en campaña fue los ojos y oídos de Aníbal Pinto y el cerebro de los militares<sup>449</sup>. El cargo de Rafael Sotomayor fue creado con la intención de que se hiciera cargo de los problemas de la Guerra del Pacífico.

Como de costumbre, los peruanos se mantenían ocupados. Para fines de agosto, Miguel Grau ideó una táctica más atrevida. Planeaba usar unos torpedos Lay, recién adquiridos, para destruir al *Blanco* mientras era sometido a reparaciones en Antofagasta<sup>450</sup>. El 22 de agosto, el *Huáscar* salió de Arica antes del amanecer y llegó a Antofagasta tres días después. Aunque el *Blanco* ya había partido, Miguel Grau decidió lanzar sus torpedos Lay a los buques de guerra *Abtao* y *Magallanes* o a los transportes *Limarí* y *Paquete del Maule*.

Si Miguel Grau esperaba introducir su navío entre los más de una docena de mercantes extranjeros que yacían anclados en el puerto de Antofagasta, su treta falló: un transporte, al detectar al *Huáscar*, disparó una señal de bengala para alertar a la flota chilena. Después de haber llegado tan lejos, el Almirante no dudó. Sus hombres dispararon de inmediato el torpedo. Al parecer, alguien había dañado sin querer su mecanismo de dirección. Sea cual fuera la causa, una vez que fue lanzado, nadie pudo guiar el arma hacia su objetivo. Peor aún, el misil se volvió sobre sus pasos en dirección al *Huáscar*. Supuestamente, si no hubiese sido por un joven teniente peruano, Fermín Diez Canseco, quien saltó al agua y desvió el pícaro torpedo, Miguel Grau podría haber hundido su propio buque insignia<sup>451</sup>. Aunque aún tenía una variedad de objetivos a su

<sup>447</sup> Juan Williams Rebolledo al ministro de la Marina, bahía de Iquique, 28 de julio, 3, 4 de agosto 1879, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 16-18; Basilio Urrutia al oficial al mando de la Armada, Santiago, 5 de agosto de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 18.

<sup>448</sup> *El Peruano*, Lima, 2 de septiembre de 1879.

<sup>449</sup> La cita se originó en la descripción que hizo Lytton Strachey del trabajo hecho por su compañero Apóstol, John Maynard Keynes durante la guerra en el gobierno británico. *The Times Literary Supplement*, Londres, 24 de diciembre de 1999.

<sup>450</sup> El torpedo Lay, inventado por el estadounidense John Lay, fue un explosivo guiado por un cable hacia el objetivo y hecho explotar por un artillero. Edwyn Gray, *Nineteenth Century Torpedoes and Their Inventors*, pp. 41-61.

<sup>451</sup> Curiosamente, ningún oficial de Miguel Grau relata la batalla como Julio Octavio Reyes, un periodista de un diario limeño a bordo del *Huáscar*, que alabó a Fermín Diez Canseco por salvar el buque de un torpedo perdido. Tampoco lo hizo Melitón Carvajal, que sirvió en el *Huáscar* al mismo tiempo, al referirse a este incidente. Fermín Diez Canseco, además, había servido en el *Huáscar* cuando se enfrentó a la *Esmeralda* en Iquique. Sir William Laid Clowes señala que ha sido “incapaz de comprobar [la historia de la explosión de Fermín Diez Canseco] a mi entera

disposición, el frustrado Miguel Grau dejó Antofagasta en la mañana del 25 de agosto. El presidente Mariano Prado, que no sabía a quién culpar por el errático torpedo Lay, se negó a pagar el arma. Mientras tanto, Miguel Grau, quien estaba molesto por el fiasco de Antofagasta, disparó otro torpedo de prueba, otra vez con resultados deficientes. El almirante peruano, al parecer resuelto a demostrar su desprecio por los torpedos Lay, ordenó enterrarlos en un cementerio de Iquique<sup>452</sup>.

El 26 de agosto, Miguel Grau atacó Taltal, un puerto salitrero a casi trescientos veinte kilómetros al sur de Antofagasta, donde capturó algunas lanchas y una barcaza. Dos días después asaltó de nuevo Antofagasta con la esperanza de cortar el cable submarino. Cuando el *Abtao*, que estaba inmovilizado, imprudentemente abrió fuego sobre el monitor, el *Huáscar* respondió de la misma forma, disparando a la lancha cañonera, *Magallanes*, y a varias baterías costeras chilenas. En un intercambio con el *Abtao*, los artilleros del *Huáscar* dieron dos veces al buque chileno –lo que no era una tarea en particular difícil, ya que no se podía mover– matando a nueve marineros e hiriendo a doce. Sin embargo, el *Huáscar* no se escapó ileso: un proyectil de uno de los cañones del fuerte golpeó al barco de guerra, eliminando a Carlos Heros, un joven oficial peruano que se había destacado en el ataque previo a Antofagasta. Miguel Grau retrocedió, pero en el camino a Arica casi se encontró con el *Blanco*, que iba navegando hacia el sur. Sin embargo, esta vez el navío peruano se escapó oculto por la oscuridad. El viaje a casa tuvo algunos logros: Miguel Grau logró destruir o capturar algunos pequeños navíos en Mejillones, Cobija y Tocopilla, puertos ubicados entre Iquique y Antofagasta, y llegó a Arica el 31 de agosto. Empero, esta incursión sería el último viaje de Miguel Grau<sup>453</sup>.

---

satisfacción, debido a la inusual reticencia del oficial que presenció el hecho". Clowes, *op. cit.*, p. 90. Aun en 1883 Fermín Diez Canseco era considerado un héroe de guerra peruano. Markham, *op. cit.*, p. 119. Así, tanto Miguel Grau como Julio O. Reyes y Melitón Carvajal difieren en sus relatos sobre la participación de Fermín Diez Canseco en este incidente. Por otro lado, un informe de Patricio Iriarte del 12 de julio de 1880, que critica la forma como se había desplegado el torpedo Lay, alaba la intervención de Fermín Diez Canseco. Melo, *op. cit.*, vol. 1, p. 355. Ciertamente, el observador naval estadounidense, teniente Theodorus B.M. Mason, se muestra escéptico: "El siguiente informe de lo que recientemente sucedió [la descripción la acción heroica de Fermín Diez Canseco] es generalmente aceptado", comienza el oficial, "pero no he logrado verificarlo satisfactoriamente a causa de la inusual reticencia del oficial que fue testigo del hecho". Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, p. 38. En cierto sentido, poco importa si el incidente sucedió o no en la realidad: Fermín Diez Canseco le proporcionó a Perú una de sus pocas victorias navales. Investigaciones recientes ofrecen evidencia de que logró, en efecto, evitar el hundimiento del *Huáscar*. Carvajal Pareja, *op. cit.*, tomo 11, vol. 2, pp. 392-393, n. 143, pp. 811-812.

<sup>452</sup> Miguel Grau al Comandante General de las Baterías y Fuerzas existentes de la plaza y Director de Marina, 31 de agosto de 1879, en *Correspondencia general...*, *op. cit.*, pp. 104, 106; Mariano Prado a La Puerta, 1 de septiembre de 1879, en Grieve, *op. cit.*, p. 120; Mason, *The War on the Pacific...*, *op. cit.*, p. 39; Clowes, *op. cit.*, p. 91.

<sup>453</sup> Miguel Grau al Comandante en Jefe de las baterías y fuerzas de la plaza, Arica, 31 de agosto de 1879, en , en *Correspondencia general...*, *op. cit.*, pp. 104-111.

Prescindir de Juan Williams Rebolledo fue el primer paso en la reorganización de la marina chilena. El mando de la flota pasó al capitán de navío Galvarino Riveros, el “héroe de papel” descalificado por el periódico oficial del gobierno peruano como “improvisado por el ministro de la Compañía de Antofagasta”, un comentario sarcástico que insinuaba que los intereses del nitrato controlaban al gobierno<sup>454</sup>. A diferencia de Juan Williams Rebolledo, Galvarino Riveros ardía con un cierto espíritu vital. “Mi plan”, escribió a Eusebio Lillo, un novelista y funcionario de gobierno,

“es buscar al enemigo aunque se esconda en una cueva, porque estoí viejo, enfermo, pobre i aspiro a legar a mi familia la honra de haber muerto en un campo de batalla”<sup>455</sup>.

El gobierno parecía haber aprendido su lección del fiasco con Juan Williams Rebolledo. Esta vez La Moneda emitió una variedad de sugerencias, en realidad órdenes, indicando a Galvarino Riveros que destruyera al *Huáscar*<sup>456</sup>. Como mencionó Domingo Santa María: “Vamos a jugar con naipes nuevas” y el Ministro reemplazó al comandante del *Cochrane*, Enrique Simpson, con Juan José Latorre, quien era mucho más dinámico y competente y hasta entonces había sido capitán de la *Magallanes*<sup>457</sup>.

El nuevo ministerio y el comandante de la flota por fin prestaron atención a mejorar el estado de la marina. Gracias a Eulogio Altamirano y otros, la flota chilena empezó a rotar sus barcos para que se pudiera reparar sus motores y carenar sus cascos. En los acorazados, este trabajo resultó particularmente problemático. Los buzos tuvieron que limpiar el fondo del *Cochrane* a mano porque las instalaciones en Valparaíso no podían acomodar al acorazado. El navío también recibió tubos de caldera nuevos, de fabricación local, en reemplazo de la mayor parte de los originales, que se habían estropeado por el carbón. La combinación de reparar los motores del barco y limpiar su casco permitió al *Cochrane* avanzar alrededor de doce nudos por hora<sup>458</sup>. En Mejillones se repararon los motores del *Blanco* y los tubos de su caldera –algunos estaban tapados con pequeñas almejas. Pero como estaba en peores condiciones y las instalaciones de reparación eran más primitivas, el *Blanco* renovado

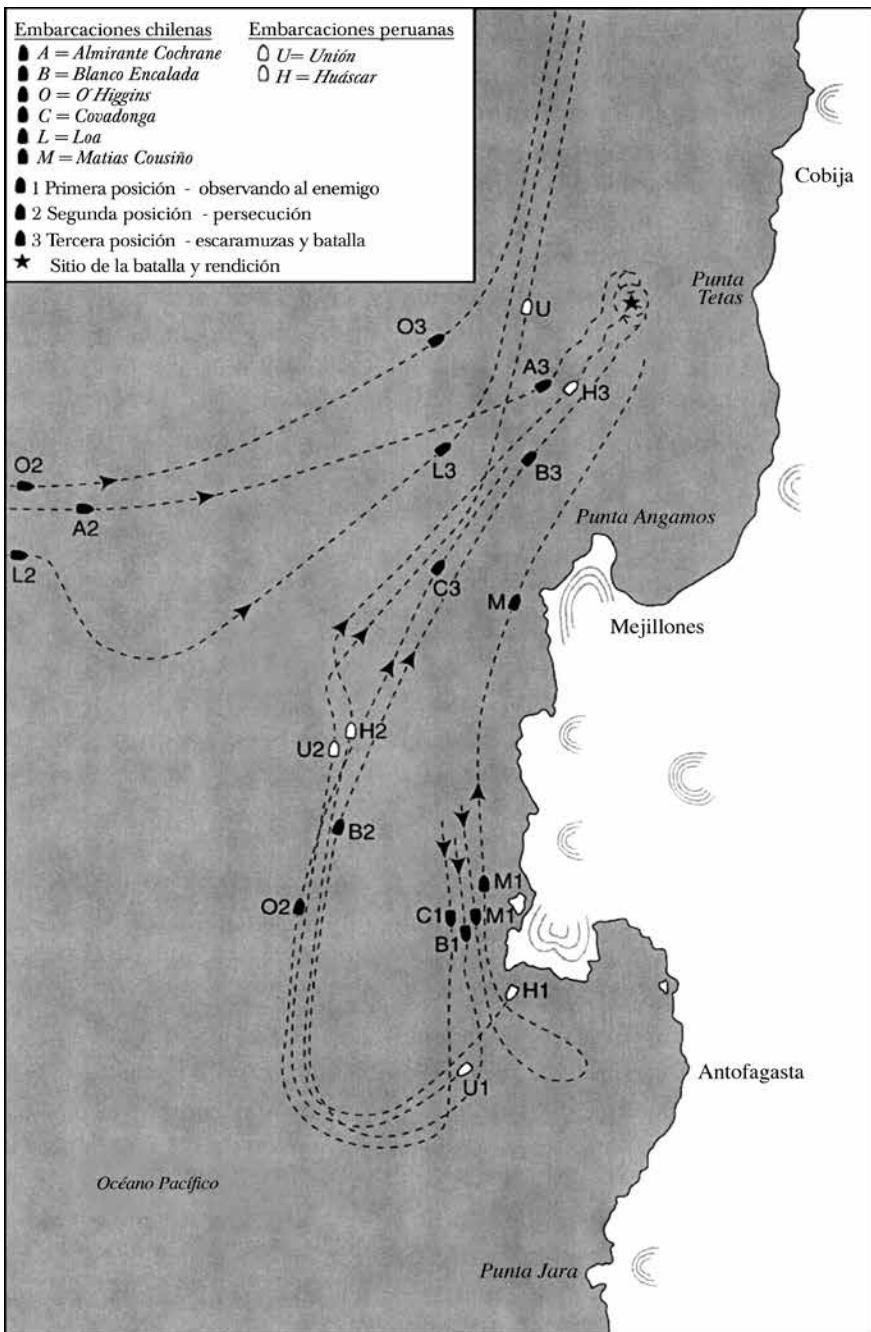
<sup>454</sup> *El Peruano*, Lima, 6 de octubre de 1879.

<sup>455</sup> Véase Bulnes, *op. cit.*, vol. I, pp. 439-440.

<sup>456</sup> Domingo Santa María a Galvarino Riveros, “Instrucciones para el Comandante en Jefe de la Escuadra, capitán de navío don Galvarino Riveros”, Santiago, 18 de septiembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 474-475.

<sup>457</sup> Domingo Santa María a Erasmo Escala, Santiago, 8 de septiembre, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 50.

<sup>458</sup> Robert L. Scheina, *Latin America. A Naval History 1810-1987*, p. 34.



Batalla naval de Angamos.

no fue capaz de alcanzar su velocidad máxima. Además de los acorazados, el *O'Higgins*, *Chacabuco*, *Loa* y *Covadonga* fueron todos sometidos a reparaciones y en algunos casos recibieron armamento adicional<sup>459</sup>. La flota recién refaccionada consistía en dos divisiones: la primera, bajo Galvarino Riveros, incluía al *Blanco*, la *Covadonga* y el *Matías Cousío*; la segunda, comandada por Juan José Latorre, incluía al *Cochrane*, el *O'Higgins* y el *Loa*. Una vez que la escuadra estuvo lista, el gobierno ordenó a Galvarino Riveros perseguir a los barcos peruanos mientras el contingente de Juan José Latorre permanecía en Antofagasta para apoyar al ejército<sup>460</sup>.

En vez de permanecer pasivamente a la espera del buque peruano, como había sido la táctica de Juan Williams Rebolledo, el ministro de Guerra en campaña Rafael Sotomayor tendió una compleja trampa para destruir a Miguel Grau. Advertido por el capitán del mercante *Bolivia* de que el *Huáscar* y tal vez la *Unión* podrían atacar Antofagasta, el civil urdió una respuesta<sup>461</sup>. Primero, ordenó al *Blanco* navegar hacia el sur, supuestamente a Coquimbo, donde dejaría al transporte *Lamar*, que en ese momento era sometido a reparaciones, como anzuelo. Luego indicó a los oficiales en el norte que avisaran al capitán de un barco de correo, del que sospechaba que espiaba para Perú, que el *Lamar* estaba indefenso porque la flota chilena lo había dejado solo. Sin que Miguel Grau lo supiera, el *Blanco* se volvería sobre sus pasos, siguiendo de cerca al barco de correo. Cuando el último se topara con el *Huáscar*, el *Blanco* atacaría. El plan algo rebuscado falló, al parecer porque el buque chileno llegó demasiado tarde<sup>462</sup>.

Los chilenos lo intentaron de nuevo el 3 de octubre, esta vez con la esperanza de destruir a los acorazados anclados en el puerto de Arica. Galvarino Riveros y su escuadra improvisaron una flotilla de torpederas, que en verdad eran las lanchas a vapor sacadas del *Cochrane* y el *Blanco*, que fueron acondicionadas para disparar sus proyectiles a los acorazados del enemigo. Estas torpederas improvisadas debieron ser remolcadas a su posición para que pudieran atacar temprano en la mañana. Después de lanzar sus torpedos, el resto de la escuadra chilena empezaría a disparar al *Huáscar*.

Por desgracia, el ataque con torpedos se atrasó un día debido a un accidente. Luego, justo cuando la escuadra de Galvarino Riveros estaba lista para poner en acción su plan, el comandante se enteró por unos pescadores italianos que el *Huáscar* y la *Unión* ya habían zarpado. Tras decidir que era inútil gastar sus

<sup>459</sup> Fuenzalida, *op. cit.*, vol. III, pp. 827-828.

<sup>460</sup> Bulnes, *op. cit.*, vol. I, p. 438.

<sup>461</sup> C. Aguirre al Intendente, Caldera, 21 de septiembre de 1879; Domingo Santa María al intendente de Copiapó, 22 de septiembre de 1879, ANIA, vol. 513.

<sup>462</sup> Domingo Santa María a Guillermo Matta, Moneda, 26, 27, 28 de agosto de 1879; Rafael Sotomayor al intendente de Atacama, Antofagasta, agosto de 1879, ANIA, vol. 528; Rafael Sotomayor al ministro de Guerra, Antofagasta, 3 de septiembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 31.

recursos en los blancos que quedaban, los atacantes se separaron: el *Blanco* y la *Covadonga* volvieron a Antofagasta, mientras que el *Cochrane*, el *O'Higgins* y el *Loa* tornaron hacia el norte en busca del *Huáscar*. Más adelante, estos tres barcos recibieron nuevas órdenes de navegar hacia Mejillones<sup>463</sup>.

Mientras tanto, el *Huáscar*, tras escoltar al *Rímac*, que llevaba tropas y equipamiento a Iquique, se juntó con la *Unión*, merodeando en busca de objetivos en los puertos septentrionales de Chile. Después de capturar el transporte *Coquimbo* en Sarco, un puerto al norte de Huasco, Miguel Grau navegó hacia el sur a Tongoy. El 5 de octubre, el monitor peruano se volvió en dirección contraria y ancló temporalmente al frente de Coquimbo para que la tripulación pudiera reparar sus motores antes de dirigirse de nuevo hacia el norte. A tempranas horas del 8 de octubre, el *Huáscar* y la *Unión* vieron las luces de Antofagasta. El *Huáscar* hizo un reconocimiento del puerto y, al descubrir que había poca cosa de valor, acompañó a la *Unión* en su viaje a casa.

Entretanto, Rafael Sotomayor había ideado una estratagema simple, pero efectiva para neutralizar a Miguel Grau: las dos escuadrillas chilenas esperarían con calma hasta que el *Huáscar* y la *Unión*, cuyos movimientos monitorearía cuidadosamente el gobierno, empezaran su viaje hacia el norte. Luego la Primera División de Galvarino Riveros, el *Blanco*, la *Covadonga* y el *Matías Cousiño*, esperarían cerca de Antofagasta para defender esta ciudad de un posible ataque peruano. Si Miguel Grau pasaba de largo y se dirigía al norte, la Primera División de Galvarino Riveros perseguiría a los navíos peruanos. Mientras tanto, la Segunda División de Juan José Latorre se habría posicionado treinta kilómetros al oeste de Antofagasta. Como un batidor que espanta las aves en una cacería, Galvarino Riveros impulsaría al *Huáscar* hacia adelante; luego la Segunda División se movería para bloquear la ruta de escape de Miguel Grau. Una vez que estuviera atrapado en la tenaza naval chilena, las dos escuadras al final podrían destruir al *Huáscar*.

A principios de octubre, los chilenos rastrearon de cerca los movimientos del *Huáscar* a su salida de Arica. Basándose en telegramas de sus oficiales en los puertos de Chañaral, Caldera, Huasco y Tongoy, La Moneda determinó que la escuadra peruana, después de navegar tan al sur como Tongoy, finalmente viró al norte para regresar a Perú. Para el 7 de octubre, los buques de Miguel Grau habían tomado posición un poco al norte de Antofagasta en un acantilado con el poco elegante nombre de Punta Tetas<sup>464</sup>.

<sup>463</sup> Galvarino Riveros *et al.*, “Actas del Consejo de Guerra de la Marina, Mejillones, 1 de octubre de 1879”, vol. 1, pp. 576-577; Galvarino Riveros *et al.*, “Actas del Consejo de Guerra de la Marina, Mejillones, 5 de octubre de 1879”, vol. 1, pp. 576-577; Galvarino Riveros al oficial al mando de la Armada, Antofagasta, 10 de octubre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. 1.

<sup>464</sup> Guillermo Matta al ministro del Interior, Copiapó, 5 de octubre de 1879; J. Walton al Intendente, Ovalle, 5 de octubre de 1879; Rafael Sotomayor a A. Gandarillas, Antofagasta, 5 de octubre de 1879; P. Gómez Solar al ministro del Interior, Coquimbo, 5 de octubre de 1879; Rafael Sotomayor a Domingo Santa María, Antofagasta, 7 de octubre de 1879; Rafael Sotomayor

El 8 de octubre, cerca de las tres y media de la madrugada, vigías a bordo de los buques de Galvarino Riveros, que avanzaban rumbo al norte, detectaron a los peruanos. Al reconocer a los chilenos, Miguel Grau dio media vuelta de modo que el *Huáscar* y la *Unión* se dirigieron al norte. A las cuatro de la madrugada, ordenó al ingeniero del buque Samuel MacMahon darle máxima potencia. El ingeniero obedeció y forzando sus máquinas para que dieran alrededor de sesenta revoluciones por minuto, o 10.75 nudos por hora. Cerca de las cinco cuarenta de la madrugada, seguro de haberse alejado de los chilenos, ordenó al ingeniero reducir la velocidad a poco más de nueve nudos por hora.

El *Huáscar* y la *Unión* habían estado navegando rumbo al norte, con Galvarino Riveros aún en persecución, cuando alrededor de las siete quince de la mañana, los hombres de Miguel Grau divisaron la flotilla de Juan José Latorre, liderada por el *Cochrane*, que venía acercándose desde el noroeste. Creyendo, sin duda, que podía huir fácilmente de los chilenos, en un comienzo, Miguel Grau no reaccionó. Pero después de casi una hora, el capitán peruano, entendiendo que Juan José Latorre estaba cerrando la distancia entre ellos, ordenó de nuevo a Samuel MacMahon darle máxima potencia. Cerrando las válvulas de seguridad para generar más vapor, el ingeniero empujó sus motores casi hasta el límite. Por desgracia, los depósitos marinos en el casco del monitor redujeron su velocidad a menos que la de los acorazados chilenos<sup>465</sup>. La situación de Miguel Grau era en la práctica imposible: mientras más abría la distancia entre el *Huáscar* y el *Blanco*, más se acercaba su buque al *Cochrane*; el monitor peruano estaba atrapado en una tenaza y cuando el buque de Juan José Latorre se acercó a tres mil metros, el *Huáscar* abrió fuego, pero sin ningún resultado. Una segunda salva peruana dio en el blanco, pero no logró detener al *Cochrane*.

Juan J. Latorre maniobró su nave de manera magistral. Se abstuvo de manera deliberada de acercarse a Miguel Grau desde cualquier ángulo que pudiera haberle permitido usar su espolón. En cambio, posicionó su buque de modo de que seguía el mismo curso que el *Huáscar*. Aunque navegaba más o menos de forma paralela a Miguel Grau, mantuvo su navío con habilidad un poco a popa del buque de guerra peruano. Esta táctica permitió al chileno apuntar los cañones delanteros del *Cochrane* hacia el almirante peruano, mientras que la torreta principal del *Huáscar*, debido a la arquitectura del navío, no podía responder.

A las nueve cuarenta de la mañana, luego de acortar lentamente la distancia a dos mil metros, los hombres de Juan José Latorre abrieron fuego. Uno de estos proyectiles penetró la torreta principal de cañones del *Huáscar*, matando a parte de la tripulación y atascando el mecanismo para girar la torre de artillería.

---

al ministro de Guerra, Antofagasta 7 de octubre 1879, ANMI, vol. 910. Información adicional sobre este tema se puede encontrar en ANIA, vol. 528.

<sup>465</sup> Grieve, *op. cit.*, pp. 245-250.

De ahí en adelante, los peruanos no pudieron recargar y apuntar sus baterías principales con rapidez. Mientras los hombres de Miguel Grau luchaban por reparar el daño, otro proyectil cortó los cables que el timonel necesitaba para maniobrar el monitor. El *Huáscar*, que ya había sufrido problemas de manejo cuando el timón era trasladado de la timonera a una posición más protegida, ahora oscilaba de forma errática hacia estribor. Mientras tanto, el *Cochrane* ajustó su curso y disparó otra salva. Esta vez un proyectil golpeó el puente blindado y arrasó con Miguel Grau, dejando solo sus pies y unos dientes. El impacto del proyectil también mató al teniente Diego Ferré<sup>466</sup>.

Aunque el capitán Elías Aguirre, segundo comandante del *Huáscar*, asumió el mando, era poco lo que podía hacer: el mismo proyectil que mató a Miguel Grau también había penetrado la torreta del barco, matando primero a más integrantes de la tripulación y luego aniquilando o hiriendo a los marineros que luchaban para maniobrar la nave. Una vez más el *Huáscar* se desvió temporalmente de su curso, lo que permitió a Juan José Latorre, quien aún temía que el monitor peruano lo quisiera embestir, disparar otra salva. Estos proyectiles mataron a muchos de los tripulantes que intentaban hacer funcionar el mecanismo de manejo mal diseñado del *Huáscar*. Los marinos del blindado intentaron devolver el fuego, pero sus armas, ahora a cargo de los artilleros de menor experiencia, en general erraron. El *Cochrane* intentó embestir al *Huáscar*, y cuando esa maniobra falló disparó otra salva. Esta descarga, que de nuevo afectó al sistema de manejo, penetró el blindaje del monitor, matando a más tripulantes, entre ellos al médico de a bordo. El *Cochrane* trató, sin éxito, de embestir al *Huáscar* una segunda vez.

En medio de las agonías de la muerte del monitor, el *Blanco* también intentó agredir al buque de guerra peruano en llamas. Sin embargo, al interponer su barco entre el *Cochrane* y el *Huáscar*, Galvarino Riveros le dio al navío peruano unos pocos metros de espacio, además de un breve respiro de la golpiza de los barcos chilenos. Juan José Latorre, quien tuvo que desviarse de su curso para evitar que lo golpeara el ariete del *Blanco*, describió un círculo y logró navegar paralelo al *Huáscar*, usando sus armas para devastar el casco en llamas mientras que masacraba a muchos de los tripulantes que quedaban. En tanto, el *Blanco* también dio vuelta atrás de modo que, al igual que el *Cochrane*, navegaba paralelo a babor del *Huáscar*.

Alrededor de las diez veinte de la mañana, la bandera peruana desapareció por unos momentos, lo que llevó a los chilenos a creer que el *Huáscar* se había rendido. Pero cuando reapareció la bicolor peruana, los barcos chilenos, por

<sup>466</sup> Mason, *op. cit.*, pp. 42-43; Manuel M. Carvajal al Contralmirante Comandante General de Arica, San Bernardo, 16 de octubre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. 1, pp. 495-496 y Pedro Gárezon a Melitón Carvajal, Antofagasta, 10 Octubre, en AM, *op. cit.*, vol. 1, p. 497; Samuel MacMahon al Oficial al Mando del *Huáscar*, Antofagasta, 10 Octubre 1879, en AM, *op. cit.*, vol. 1, p. 497; *El Mercurio*, Valparaíso, 12 de octubre de 1879.

momentos, a solo cinco metros del *Huáscar*, abrieron fuego de nuevo. Incluso la *Covadonga*, tal vez un poco de manera injusta, se unió en el bombardeo del otro orgulloso monitor peruano. Para entonces, la mayoría de los oficiales del *Huáscar*, entre ellos Elías Aguirre, había muerto. El mando del monitor recayó en Pedro Gárezon, un mero primer teniente, quien ordenó bajar la bandera del *Huáscar*. Aunque estaba dispuesto a salvar las vidas de su tripulación, hizo todo lo posible por denegar un trofeo a los chilenos: ordenó al ingeniero jefe Samuel MacMahon abrir los grifos de fondo para hundir el barco. En un gesto más melodramático, los oficiales peruanos sobrevivientes lanzaron sus espadas sobre la borda para no entregarlas a los chilenos. El plan de Pedro Gárezon para hundir el monitor falló. El *Cochrane* despachó un equipo de abordaje que incluía personal de la sala de máquinas para tomar control del navío muy dañado, cuyas quillas tenían poco más de un metro de agua. Sin embargo, para cuando llegaron, el equipo de la sala de máquinas ya había abierto los grifos de fondo. El ingeniero británico esperaba que al disfrazarse de fogonero común, los chilenos lo ignorarían mientras buscaban frenéticos las válvulas para detener la inundación. El plan podría haber funcionado, pero el teniente Juan Simpson, quien comandaba el equipo de abordaje, reconoció a Samuel MacMahon. Sujetándolo del cuello, le dijo “Mira, gringo: vas a cerrar las válvulas sobre la marcha; si no, te disparo los seis tiros”. Convencido por la claridad de la amenaza de Juan Simpson, Samuel MacMahon aseguró las válvulas. Gracias a este acto, y a la extinción de los fuegos, los chilenos salvaron al *Huáscar*. De forma humanitaria, Juan José Latorre también envió parte de su personal médico y un capellán para asistir a los heridos y entregar la extremaunción a los moribundos<sup>467</sup>.

El combate de Punta Angamos resultó un éxito rotundo para los chilenos. El *Blanco*, que llegó recién al final de la lucha, no sufrió daños; el *Cochrane* recibió cinco golpes, que mataron a un marinero ehirieron a nueve. Al *Huáscar* no le fue tan bien; recibió diecinueve proyectiles de nueve pulgadas, que le perforaron el blindaje, trataron su mecanismo de puntería e inhabilitaron, de forma parcial, su sistema de manejo. La cifra de bajas peruanas era alta: treinta y cinco muertos de la tripulación de doscientos hombres, entre ellos cinco oficiales. Muchos habían muerto porque el blindaje del *Huáscar*, cuando fue alcanzado por los pesados proyectiles del *Cochrane*, se desmenuzó en fragmentos de hierro, parecidos a metralla, que arrasaron a la tripulación del monitor.

Aunque las torretas de los cañones y el casco del *Huáscar* sufrieron fuertes daños, sus motores aún funcionaban. Por tanto, los vencedores remolcaron el monitor a puerto, donde fue reparado, y eventualmente pasó a formar parte de la flota chilena. En un inusual eufemismo, Rafael Sotomayor señaló que

<sup>467</sup> Pedro Gárezon a CF Melitón Carvajal, Antofagasta, 10 de octubre de 1879 en Ugarte Chamorro, *op. cit.*, p. 105. *El Corresponsal*, “Conversación con los prisioneros del ‘Huáscar’”, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 520.

la captura del *Huáscar* “nos ha colocado en una situación más despejada”<sup>468</sup>. Mientras Chile se alegraba, los aliados se lamentaban. Incluso, en el altiplano de Bolivia un enviado peruano temía que la noticia de Angamos precipitara una rebelión. Otro enviado observó “ha muerto la esperanza pues con la decidida preponderancia de Chile en el mar se prevé un mal resultado. Nada se espera de nadie”<sup>469</sup>.

Por supuesto, la reacción en Chile fue de jubiloso éxtasis. Multitudes se congregaron en puertos como Chañaral para saludar el recién capturado *Huáscar* mientras navegaba a lo largo de la costa. Una vez que llegó a Valparaíso para reparaciones, el nuevo trofeo atrajo tantas multitudes de admiradores que la compañía ferroviaria puso trenes especiales para llevar a los alegres visitantes del interior del país hacia el puerto. El gobierno también promovió a Galvarino Riveros al rango de contraalmirante y a Juan José Latorre a capitán de navío<sup>470</sup>.

En menos de seis semanas los peruanos sufrieron otra pérdida menos catástrofica. A principios de noviembre, cerca de Mollendo, la flotilla de Galvarino Riveros espió a la *Unión*, el *Chalaco* y el *Pilcomayo* mientras navegaban hacia el norte. Cuando los chilenos se movieron al ataque, la *Unión*, al divisar la flotilla de Galvarino Riveros, alertó a sus compañeros antes de usar su velocidad superior para escapar. Cuando el capitán del *Blanco*, Luis Castillo, decidió perseguir al *Pilcomayo*, el capitán del *Chalaco*, Manuel Villavicencio, logró escapar navegando cerca de la orilla. Disparando en su camino, el *Pilcomayo* intentó esquivar al barco chileno, hasta que comenzaron a disparar los cañones grandes del *Blanco*. Al darse cuenta de que los chilenos podían fácilmente destruir su navío, el comandante peruano, capitán de navío Carlos Ferreyros, planeó ordenar a su tripulación abandonar la nave. Pero primero, esperando asegurarse de que los chilenos no sacaran provecho de su victoria, ordenó a sus oficiales abrir los grifos de fondo del *Pilcomayo*, inundar su polvorín e incendiar varias cabinas. Para asegurarse de que el buque de guerra no sobreviviera, los peruanos también destruyeron sus bombas y usaron los cañones para disparar agujeros en el fondo del barco. Solo después de que los ingenieros del *Pilcomayo* le informaran que su navío se hundiría luego, Carlos Ferreyros le dijo a sus hombres que abordaran los botes salvavidas. El y sus oficiales permanecieron a bordo.

Un grupo de abordaje, al mando del teniente Oscar Goñi, se hizo cargo del *Pilcomayo*, obligando a sus ingenieros a revelar la ubicación de los grifos de fondo. Luego de cerrarlos, los chilenos empezaron a apagar los incendios. Oscar Goñi intentó alistar a los oficiales peruanos en su misión, advirtiéndoles

<sup>468</sup> Rafael Sotomayor a Antonio Varas, Santiago, 17 de octubre de 1879, en ANFV, vol. 838. Hoy, los restos del *Huáscar* se encuentran en el puerto de Talcahuano.

<sup>469</sup> Federico Landaeta al ministro de Perú, Potosí, 24 de octubre de 1989, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 108; J.L. Quiñones al ministro de Relaciones Exteriores, La Paz, 7 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 118.

<sup>470</sup> Fuenzalida, *op. cit.*, vol. III, p. 857.

que si no ayudaban el barco podía explotar. No obstante, Carlos Ferreyros y sus hermanos oficiales eligieron no ser cómplices de los chilenos. Sin ellos, los hombres de Oscar Goñi lograron extinguir los fuegos y, usando bombas del *Blanco*, evitaron que el *Pilcomayo* se hundiera<sup>471</sup>. Una vez trasladados los peruanos heridos al *Blanco*, una tripulación llevó al *Pilcomayo* a puerto como trofeo, donde después de algunas reparaciones pasó a formar parte de la Armada chilena, tal como el desafortunado *Huáscar*. Perú ahora tenía solo un barco de guerra apto para el mar: la *Unión*.

#### LA GUERRA SIGILOSA

Chile logró obtener casi completa supremacía en el mar, pero esto no significó que hubiera concluido la guerra naval. Al contrario, en 1880 cuando apenas existía la Armada de Nicolás Piérola, la flota chilena sufrió sus pérdidas más grandes, debido casi solo al hábil uso de los peruanos de sus torpedos y artimañas. El torpedo se había convertido poco en parte del arsenal naval. La más primitiva de estas armas, el torpedo de pétiga, era en esencial una bomba sujetada a una vara larga, que era arrastrada o unida al costado o la proa del barco. En el momento apropiado, los marineros del navío que atacaba balanceaban la vara con punta explosiva, parecido a un jugador de *baseball* intentando darle a una pelota *picheada*. Idealmente, la carga sumergida se detonaba al golpear debajo de la línea de flotación del buque enemigo, destruyendo así la nave y su tripulación. En algunos casos, la explosión se detonaba por carga eléctrica.

Como se necesitaba tan poca pericia técnica para usarlo, el torpedo de pétiga gozaba de gran popularidad. Sin embargo, su alcance era una limitante para su potencial. Separado de su enemigo solo por el largo de la vara sumergida, el agresor tenía que tener gran habilidad para atacar a su enemigo. Si este detectaba el barco al ataque antes de que llegara lo más cerca como para detonar el torpedo, el presunto atacante se convertía de repente en el infeliz recipiente de

“una tormenta arrolladora de plomo y acero de las metralletas de rápido disparo y tendría poca o ninguna posibilidad de acercarse a una distancia eficaz”<sup>472</sup>.

<sup>471</sup> Carlos Ferreyros al ministro de Guerra y Marina, Pisagua, anclado, 22 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 127-128; Galvarino Riveros al ministro de Guerra y Marina, Pisagua, 20 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 126-127; Manuel Villavicencio al capitán de navío Mayor de Órdenes del Departamento, a bordo del *Chalaco*, 20 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 128-129.

<sup>472</sup> George Elliot Armstrong, *Torpedoes and Torpedo Boats*, p. 72.

En esencia, desplegar el torpedo de pértiga se convertía casi en un acto suicida.

Algunos de los torpedos con propulsión propia se parecían a las armas contemporáneas guiadas por cable. Viajando en la superficie o levemente debajo de la línea de flotación, este tipo de torpedo permanecía unido a un artillero por un cable eléctrico, y este guiaba el misil naval y los detonaba en el momento oportuno. Uno de los ejemplos principales de este modelo era el torpedo Lay de fabricación estadounidense, que los peruanos habían empleado en su ataque sin éxito a Antofagasta en agosto.

No es de sorprender que la armada peruana intentara de forma desesperada obtener torpedos, las naves para lanzarlos y los técnicos para operar estas armas, porque, como señaló *El Peruano*,

“El más fuerte blindado, con los más fuertes cañones, con los mejores jefes y la mejor tripulación de que puede dotarse un buque, puede desaparecer en un momento dado... cuando un buque es atacado por botes torpedos”<sup>473</sup>.

En efecto, días después del inicio del estallido del conflicto, Charles Flint, un estadounidense que sirvió como agente peruano y representante diplomático en Nueva York, envió a Perú diez torpedos dirigibles Pratt Whitney además de dos botes torpederos Herreshoff de quince metros y fabricación estadounidense. Siguieron otros envíos de armamento.

Los peruanos también usaron otro dispositivo que llamaron torpedo, pero que era, de hecho, una mina naval. En efecto, estos artefactos muy sofisticados y peligrosos se convirtieron en el arma favorita de Lima. A principios de mayo de 1880, marineros del transporte armado chileno *Amazonas* divisaron dos tubos de cobre flotando en el puerto de Callao, que contenían trescientas libras de explosivos y estaban dotados de un detonador químico. El hecho de que los peruanos colocaran estas máquinas infernales a la deriva, de modo que la marea las llevara a la bahía donde podían dañar a cualquier buque, indignó a los comandantes de la flotilla chilena. La flota se angustió, aún más, cuando los peruanos disparaban a cualquier buque chileno que intentaba neutralizar estas armas. Eventualmente Galvarino Riveros tuvo que ordenar a una de sus torpederas, recién llegadas, la *Guacolda*, que usara sus ametralladoras para destruir una de las minas-torpedos. La segunda fue remolcada hacia la isla San Lorenzo en la bahía de Callao, donde explotó cuando tocó la playa<sup>474</sup>. El mes siguiente un torpedo Lay se detonó sin hacer daño cerca del *Blanco* y el *Huáscar*<sup>475</sup>.

<sup>473</sup> *El Peruano*, Lima, 25 de agosto de 1879.

<sup>474</sup> Galvarino Riveros al ministro de Guerra y Marina, Callao, 12 de mayo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 536-537. Los peruanos afirmaron que estos eran torpedos flotantes Mc Evoy. Pedro Luis Storace, *Un marino italiano en la guerra de 1879*, p. 105.

<sup>475</sup> Galvarino Riveros al ministro de Guerra y Marina, Callao, 12 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 59.

Los esfuerzos de Perú por manufacturar minas a veces resultaban tan fútiles como sus esfuerzos por desplegarlas. A fines de abril el mayor Pedro Ruiz, un relojero convertido en fabricante de bombas, intentó confeccionar un torpedo. Al parecer, el primer modelo funcionó bien, pero el segundo explotó antes con tal fuerza que sacudió a varios buques surtos en el puerto. También arrancó la carne de los huesos de Pedro Ruiz, y mató a otros cuatro peruanos mientras, de forma simultánea, dañaba a seis edificios. Por supuesto, tales accidentes encantaban a los chilenos. El diario principal de Valparaíso, *El Mercurio*, alardeaba:

“Estas relaciones vienen a confirmar lo que ya sabíamos que los cholos no han nacido para manejar los torpedos u otras máquinas infernales. Para confecccionar y aplicar esas terribles pero delicadas armas de guerra se necesita destreza y arrojo, y nuestros enemigos son torpes y cobardes”<sup>476</sup>.

En efecto, el diario no sabía, o había olvidado con tacto, el frustrado intento previo de la armada chilena de usar bombas de dinamita para destruir el *Huáscar*. Un técnico chileno había revestido dinamita con alquitrán. Luego, la *Magallanes* esperaba colocar unos explosivos cubiertos con alquitrán en una barcaza, que dejaría a flote. Claramente, los chilenos tenían pensado que los peruanos capturarían esta lancha, transferirían el carbón a los búnkeres del *Huáscar*, para que algún día un obrero fogonero echara la dinamita cubierta de alquitrán en las calderas, donde explotaría, destruyendo el monitor. Este supuesto nunca ocurrió porque, como sabemos, el *Huáscar* sucumbió a tácticas más convencionales.

Las bombas de dinamita casi lograron una consecuencia no intencionada. Tras el combate de Angamos, el capitán de la *Magallanes* devolvió el carbón, que aún contenía los explosivos, a los búnkeres de su barco. Los carboneros de la *Magallanes* estaban quemando este combustible cuando, justo a tiempo, alguien notó que habían empezado a derretirse algunos trozos de carbón: los fogoneros casi habían destruido a la *Magallanes* con las bombas que la Armada creó para hundir al *Huáscar*. Al parecer, los chilenos preferían difundir la noticia de que los peruanos habían intentado este ardid, pues “más vale dejar que se corra desde que hacer saber la verdad del caso, no nos hace humor, y puede imitar al enemigo a jugarretas análogas”<sup>477</sup>.

Los peruanos adoptaron esta táctica: con la destrucción de su flota, el torpedo se convirtió en su arma por elección o por necesidad y, por cierto, la única que los chilenos debían temer. En consecuencia, el almirante Galvarino Riveros ordenó a todas sus torpederas que permanecieran en alerta,

<sup>476</sup> *La Patria*, Lima, 26 de abril de 1880; *La Sociedad*, Lima, 7 de mayo de 1880, en *El Mercurio*, Valparaíso, 21 de mayo de 1880.

<sup>477</sup> Eduardo de la Barra a Augusto Matte, Valparaíso, 22, 26 de abril de 1880, en ANFV, vol. 826.

para hacerse cargo de la defensa contra minas y torpedos peruanos<sup>478</sup>. La advertencia de Galvarino Riveros no estaba fuera de lugar. En la tarde del 4 de julio de 1880, el transporte armado chileno *Loa* divisó un pequeño velero flotando abandonado en el puerto de Callao. Al examinarlo más de cerca, los chilenos descubrieron que, aunque no estaba tripulado, el bote contenía enormes cantidades de frutas frescas, arroz, verduras y aves de corral vivas. El comandante del *Loa*, el capitán de corbeta Juan Guillermo Peña, ordenó a su tripulación acercar su navío a un costado del bote y luego indicó a su guardiamarina Manuel Huidobro conducir un registro. Varios oficiales, entre ellos el primer teniente Leóncio Señoret y un piloto, Pedro Stabell, advirtieron a Juan Guillermo Peña que sospechaban que se trataba de una trampa, pero él descartó sus temores. Ordenó a su tripulación, que tenía pocas oportunidades de comer comida fresca, transferir el cargamento del velero al *Loa*. Después de descargar la mayor parte de estas provisiones, la tripulación empezó a mover algunos sacos de arroz, cuando se detonó una bomba de dinamita de trescientas libras, que en apariencia estaba oculta en el fondo falso de la lancha.

La explosión mató o hirió a unos cuarenta tripulantes, entre ellos a Juan Guillermo Peña, quien perdió la mayor parte de su uniforme, además de una buena porción de una oreja. Muchos de los oficiales, que habían estado descansando en la cámara de oficiales, se abalanzaron a la cubierta principal donde descubrieron que su barco se hundía con rapidez debajo de sus pies. La situación se convirtió en un caos. Al descubrir que la explosión había destruido todos excepto dos de los botes salvavidas del *Loa*, algunos tripulantes, en especial los reclutas más nuevos, entraron en pánico. En su fervor por huir, se amontonaron tantos marineros en uno de los botes salvavidas que quedaban, que se hundió rápidamente. Por fortuna, otro bote salvavidas, el último del *Loa*, no se inundó. Por desgracia, no había otros botes salvavidas disponibles y demasiado pocos chalecos salvavidas, de modo que los tripulantes que no sabían nadar, se ahogaron. Peor aún, la tripulación de Juan Guillermo Peña no tuvo tiempo suficiente para disparar una bengala para indicar que estaban en situación de peligro. Pasaron dos horas antes de que unos navíos cercanos, algunos de ellos buques de guerra franceses y británicos, rescataran a los pocos que pudieron sobrevivir aferrándose a los restos de la nave que flotaban.

Muchos se preguntaron cómo Chile pudo sufrir semejante humillación. Por cierto, un ataque así no era del todo inesperado. Con antelación, habían circulado rumores de que un joven peruano llamado Manuel Cuadros había construido una mina torpedo que se colocaría en un velero grande lleno de provisiones frescas<sup>479</sup>.

<sup>478</sup> Galvarino Riveros al ministro de Guerra y Marina, a bordo del *Blanco Encalada*, Pisagua, 26 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 37-38.

<sup>479</sup> Orden del día, 4 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 72. Benjamín Vicuña Mackenna afirma que la fuente de este torpedo era el inglés, Harris, que tenía una fábrica de torpedos en la Isla de San Lorenzo. *Historia... Lima*, *op. cit.*, pp. 433-434.

Al parecer, los peruanos habían ensayado la misma estratagema con anterioridad en un intento en vano por hundir el *O'Higgins*. A diferencia del capitán del *Loa*, el de ese barco se negó a morder el anzuelo<sup>480</sup>. Dados estos hechos, muchos creían que el capitán del *Loa* sabía, o ciertamente debería haber sabido, del ardid peruano. Pero si Juan Guillermo Peña no sabía del intento previo en el *O'Higgins*, el teniente Leoncio Señoret y varios altos oficiales le hicieron ver el potencial peligro. A pesar de estas advertencias, Juan Guillermo Peña y su tripulación “cayeron en la trampa”<sup>481</sup>. Sin embargo, como señaló el piloto Pedro Stabell, Juan Guillermo Peña era obstinado, y “dicho señor era enemigo que se le contrariara en lo menor”<sup>482</sup>.

La pérdida del *Loa* enfureció al público chileno. Por desgracia, el debate sobre el desastre fue sesgado. El hermano de Juan Guillermo Peña acusó que el almirante Galvarino Riveros no había informado a la flota de que los peruanos podían usar un ardid para destruir un buque de guerra chileno<sup>483</sup>. Otros también culparon a la Armada, no por dejar de advertir a Juan Guillermo Peña, sino por permitir que un oficial tan deficiente comandara un buque de línea<sup>484</sup>. Los críticos de Juan G. Peña lo describían como apenas competente, mientras que otros consideraban su muerte fortuita. Si hubiese sobrevivido, el gobierno con seguridad lo hubiera sometido a una corte marcial<sup>485</sup>.

Los críticos encontraron hipócritas los clamores de indignación de los chilenos por el uso de torpedos. La *Estrella de Panamá* señaló que eran los chilenos quienes usaron primero los torpedos en mayo de 1879: el ataque de Juan Williams Rebolledo a Callao requirió tres lanchas a vapor, todas cargando torpedos, que participaron en la redada. No importaba que los intentos de Juan Williams Rebolledo fallaran; había preparado un ataque con torpedos. El periodista peruano José Ulloa hizo eco de estos sentimientos, considerando que la destrucción del *Loa* era una retribución por la tendencia de Santiago a bombardear de manera indiscriminada las ciudades peruanas<sup>486</sup>.

<sup>480</sup> El primer intento de Manuel Cuadros en la fabricación de torpedos supuestamente falló, matando a un oficial y más ocho marineros. Su segunda creación puede haber sido diseñada para destruir el *O'Higgins*. Vegas G., *op. cit.*, p. 260.

<sup>481</sup> Aníbal Pinto a José V. Lastarria, Santiago, 12 de junio de 1880, en Aníbal Pinto, “El hundimiento del trasporte Loa en 1880”, p. 249.

<sup>482</sup> Leoncio Señoret al ministro de la Marina, bahía de Callao, 4 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 291-292; Ernesto Turenne, bahía de Ancón, 23 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 293-296; Sumario indagatoria para averiguar la pérdida del crucero “Loa” en la rada del Callao, el día 3 de julio de 1880”, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 301.

<sup>483</sup> *El Ferrocarril*, Santiago, 15 de agosto, 14 de septiembre de 1880.

<sup>484</sup> Manuel Baquedano a Aníbal Pinto, 9 de julio de 1880, en ANFV, vol. 415; Victor Bianchi a Benjamín Vicuña Mackenna, Callao, 17 de julio de 1880. Archivo Benjamín Vicuña Mackenna, vol. 357; *El Mercurio*, Valparaíso, 12 de julio, 11 de agosto de 1880.

<sup>485</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 10 de julio de 1880.

<sup>486</sup> *La Estrella de Panamá*, Panamá, 6 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 297; José Casimiro Ulloa, *El Peruano*, Lima, 3 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 350-351.

Como era de esperar, Galvarino Riveros respondió tomando medidas defensivas, aunque un tanto tardías. Para proteger su buque insignia, ordenó a la *Magallanes* y al *Abtao* posicionarse de modo que estos, y no el acorazado, amortiguaran cualquier torpedo errante. También requirió a todos los navíos chilenos abandonar Callao a las cinco de la tarde. Las únicas excepciones eran los transportes y el *Abtao*, que tenía la tarea de alertar a la flota en el caso de otro ataque de torpedos<sup>487</sup>. Tal vez como una precaución adicional, los chilenos ocuparon la isla San Lorenzo, una pequeña mota de tierra frente al puerto de Callao, de modo que la guarnición pudiera alertar en caso de un ataque<sup>488</sup>.

Dos meses después del fiasco del *Loa*, la *Covadonga* estaba bloqueando el puerto de Chancay. Mientras se intentaba interrumpir las comunicaciones férreas, un vigía detectó una lancha y un velero a una distancia aproximada de doscientos metros. La *Covadonga* destruyó la lancha, pero luego se entusiasmó con el velero, que estaba recién pintado, con todas sus velas y asientos de cuero. Después de que algunos tripulantes inspeccionaran el velero abandonado, el capitán de la *Covadonga*, capitán de corbeta Pablo de Ferrari, decidió llevarlo al costado de su buque de guerra. El capitán debió haber entendido que esto podía resultar peligroso porque instruyó a su tripulación inspeccionar la nave con gran cuidado, además registrando debajo del casco por si había una carga explosiva. Cuando la tripulación no pudo encontrar nada extraño, ordenó una segunda inspección que, como la primera, no reveló nada. Al fin convencido de que el bote no constituía peligro, ordenó a su oficial ejecutivo, el primer teniente Enrique Gutiérrez, supervisar el rescate del barco. Enrique Gutiérrez, siguiendo la sagrada tradición de las fuerzas armadas, delegó esta tarea al oficial de guardia, el subteniente Froilán González. Antes de que Froilán González pudiera hacer nada, un tripulante descubrió unas cajas ubicadas en la popa y la proa del velero. El carpintero del barco las examinó, pero declaró que no eran un peligro para el barco. A pesar de su convicción, algunos oficiales se instaron a la cautela. Froilán González, siguiendo la cadena de mando, ordenó al equipo de trabajo levantar el bote. Cuando la tripulación obedeció, el esquife explotó con tremenda fuerza.

Tal como en el caso del *Loa*, la *Covadonga* empezó a hundirse muy rápido. Por desgracia, solo dos de los cinco botes salvavidas del barco, los más pequeños, sobrevivieron al estallido, y fueron tantos los tripulantes aterrados que intentaron abordarlos, que casi los colmaron. Mientras uno de los botes intentaba alejarse del barco que se hundía, Enrique Gutiérrez distribuyó chalecos salvavidas a los hombres. Un periódico peruano, *La Patria*, afirmó que los oficiales de la *Covadonga* usaron sus armas cortas para asegurar los

<sup>487</sup> Galvarino Riveros al ministro de Guerra y Marina, Callao, 4 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 62.

<sup>488</sup> Galvarino Riveros al ministro de Guerra y Marina, Callao, 11 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 64.

botes y chalecos salvavidas para su uso exclusivo<sup>489</sup>. Felizmente para Chile, el hundimiento de la *Covadonga* no causó tantas bajas como el desastre del *Loa*, en parte porque la *Covadonga* se hundió en aguas poco profundas cerca de la orilla. Además, los sobrevivientes encontraron suficientes restos flotando para aferrarse a ellas hasta que llegara ayuda.

Una comisión de investigación culpó de la pérdida de la *Covadonga* a los dos tripulantes que no habían revisado el bote de forma adecuada. Otros tenían sus propias teorías preferidas. Uno de los periodistas más importantes de Chile, Benjamín Vicuña Mackenna, afirmó que no fue la negligencia de la tripulación de la *Covadonga* sino un torpedo Lay, detonado desde la orilla, lo que destruyó la corbeta chilena. Otros periodistas atribuyeron el desastre “a la imprevisión del jefe de la marina i a la lenidad i vacilaciones del Gobierno”<sup>490</sup>. Por supuesto, la responsabilidad última recaía en el capitán Pablo de Ferrari, quien debió haber actuado de manera diferente, en especial después del hundimiento del *Loa*. Pablo de Ferrari, como el desafortunado Juan Guillermo Peña, logró evitar la indignidad de una corte marcial: él también se hundió con el barco<sup>491</sup>. Sin embargo, elementos contrarios al gobierno atribuyeron la debacle a la ineptitud de este<sup>492</sup>.

Envalentonados por sus recientes éxitos, los peruanos intentaron de nuevo el mismo truco. En octubre de 1880 el *Toltén* se topó con una pequeña lancha. Como el comandante de la flotilla, el capitán de navío Juan José Latorre, no quería compartir el destino de los fallecidos y no añorados Juan Guillermo Peña y Pablo de Ferrari, ordenó a su tripulación destruir el esquife. Pero después de una hora de bombardeos esporádicos y obviamente sin dar en el blanco, el bote seguía a flote. Enfurecido por la inaptitud de los artilleros del *Toltén*, Juan José Latorre les ordenó detener el fuego. Segundos después, el navío sospechoso explotó. Aunque su flotilla escapó del peligro, Juan José Latorre seguía furioso: quería tomar represalias, pero no podía hacerlo porque las armas del barco carecían del alcance para dar con blancos significativos. Un mes después, los peruanos intentaron

<sup>489</sup> *La Patria*, Lima, 15 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 441-442.

<sup>490</sup> *La Esmeralda*, Coronel, 22 de septiembre de 1880. Benjamín Vicuña Mackenna afirma que el ministro de Desarrollo del Perú, Echegaray, había contratado los servicios de dos aventureros extranjeros, Pedro Beausejour y Aquiles Canti, para construir más máquinas infernales. Su remuneración se basaba en lo que lograran hundir: un acorazado ganaría \$600,000 de oro. Hundir al *Huáscar* o cualquier otro barco reportaría \$1.000.000 o \$800.000 en billetes. Vicuña Mackenna, *Historia... Lima*, *op. cit.*, p. 461.

<sup>491</sup> A. Alfonso al Presidente, Iquique, 17 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 433; Enrique T. Gutierrez al Jefe de la Escuadra (Riveros), a bordo del *Blanco Encalada*, septiembre 14 de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 434; reportaje de *El Mercurio* corresponsal, Arica, 18 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 435; “Como fué echada a pique la ‘Covadonga’: ‘descripción documentada por Benjamín Vicuña Mackenna’, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 442-443; Sumario seguido para averiguar las causas de la pérdida de la goleta ‘Covadonga’ en Chancai, el 13 de setiembre de 1880”, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 443-448.

<sup>492</sup> *El Independiente*, Santiago, 18 de septiembre de 1880.

usar una carga sumergida, detonada por electricidad. El intento falló porque no pudieron lograr que el arma improvisada permaneciera bajo el nivel del agua<sup>493</sup>.

Si la guerra hubiera durado un poco más, los chilenos podrían haber tenido que enfrentarse a la nueva súper arma de Perú: un submarino. Federico Blume, un ingeniero entrenado en Alemania y residente en Perú, había construido un buque de guerra sumergible propulsado por vapor, que logró franquear las aguas de Callao sin ahogar a su tripulación de voluntarios. Federico Blume esperaba que idealmente su barco de catorce metros de largo se acercara lo suficiente a un buque chileno, como para destruirlo con un torpedo Lay o una bomba de dinamita antes de escapar. Federico Blume había completado su submarino cuando los chilenos capturaron Lima. Antes de permitir que cayera en manos enemigas, la guarnición de Lima destruyó el submarino, junto con los restos de la flota peruana<sup>494</sup>.

La escuadrilla de Galvarino Riveros triunfó al final, pero a cambio de un alto costo. La destrucción del *Loay* y de la *Covadonga*, junto con los otros ataques, llenó a la flota chilena de temor, si no fobia, a los torpedos, lo que el médico de un barco diagnosticó de forma sarcástica como “torpeditis”<sup>495</sup>. Estos temores eran razonables: los peruanos habían plantado tantos torpedos en las aguas de Callao –una fuente asegura que fueron ciento cincuenta– que la flota chilena se atrevió a entrar solo a algunas partes del puerto cuando deseaba bombardear a su enemigo. Incluso el normalmente apático ministro inglés, además de los comandantes de las flotas británica, alemana y estadounidense estacionadas en Callao, se quejaban del peligro que significaban las minas para los navíos neutrales<sup>496</sup>. Esta ansiedad sobre las minas también afectó a los comandantes chilenos, quienes temían interceptar buques que se dirigían a Perú cuando aún estaban en aguas panameñas<sup>497</sup>. Como no tenían que sufrir las consecuencias, no es de sorprender que algunos funcionarios de gobierno se preguntaran si la Armada no estaba siendo demasiado cautelosa<sup>498</sup>.

En la época de la destrucción de la *Covadonga*, los peruanos trataron de desalojar a los chilenos de la isla San Lorenzo. Al atardecer del 15 de septiem-

<sup>493</sup> Juan José Latorre al ministro de Marina, Callao, 13 de octubre de 1880, en *Boletín de la Guerra del Pacífico*, 6 de noviembre de 1879; Vegas G., *op. cit.*, p. 261.

<sup>494</sup> Watt Stewart, “Federico Blume’s Peruvian Submarine”, pp. 468-478.

<sup>495</sup> Ernesto Turenne a Benjamín Vicuña Mackenna, bahía de Ancon, 23 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 295.

<sup>496</sup> Markham, *op. cit.*, p. 221; M. García de la Huerta al Comandante de la Flota, Santiago, 27 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 80; Galvarino Riveros al ministro de Guerra y Marina, Arica, 12 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 81; Spencer St. John a conde de Granville, Lima, 6 de octubre de 1880, en FO 61 y 92; capitán Stephens, HMS *Tétis* a Spenser St. John, Callao, 11 de octubre de 1880, en FO 61 y 92.

<sup>497</sup> Galvarino Riveros al ministro de Guerra, Callao, 26 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 77.

<sup>498</sup> M. García de la Huerta al oficial al mando de la Armada, Santiago, 27 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 80.

bre de 1880, siete botes llenos de tropas peruanas intentaron recapturar la isla, mientras que otras lanchas disparaban a una nave cercana, el carbonero *Princesa Luisa*. El asalto falló: la guarnición de San Lorenzo rechazó a los invasores, mientras que la torpedera chilena *Fresia* se estrenó en sociedad acudiendo a ayudar a otra lancha chilena. La *Fresia* habría destruido un navío enemigo si uno de sus torpedos hubiese funcionado adecuadamente y no hubiese tenido una falla mecánica, que le impidió atacar por segunda vez<sup>499</sup>.

El público chileno, indignado por la pérdida de dos naves y enojado de que las fuerzas armadas peruanas se hayan atrevido a atacar la isla San Lorenzo, exigió que la flota tomara represalias. La Moneda obedeció con gusto. El nuevo ministro de Guerra y Marina en campaña, José Francisco Vergara, ordenó a Galvarino Riveros que exigiera a Perú devolver el *Rímac*, que había capturado en julio de 1879, y entregar la *Unión*. Si Perú optaba por no acatar la exigencia dentro de veinticuatro horas, José Francisco Vergara autorizó a Galvarino Riveros a cañonear los puertos cercanos de Chorrillos, Ancón y Chancay el 22 de septiembre de 1880. Cuando los miembros de la comunidad diplomática de Callao se enteraron de las demandas de Galvarino Riveros, protestaron con vigor: señalaron que el hundimiento de la *Covadonga* era un resultado desafortunado de la guerra y, por cierto, no un acto que justificara una respuesta tan bárbara como la de bombardear ciudades indefensas. Galvarino Riveros desestimó sus argumentos, indicando que Chorrillos y Chancay difícilmente eran indefensos, ya que sus guarniciones habían disparado a sus barcos.

El bombardeo de Galvarino Riveros no satisfizo sus deseos: las armas de la flota no desataron la tormenta de fuego con la que el Almirante esperaba devorar las ciudades. Peor aún, las baterías de la costa devolvieron, de manera insolente, el fuego, impactando, pero no dañando, al *Cochrane*. Es evidente que los resultados no justificaron el gasto de casi trescientos proyectiles de cañón<sup>500</sup>. Aun la flota más hábil no podía capturar y quedarse con Lima; esa tarea recaería en el ejército.

Desde mayo, Miguel Grau había conducido una brillante campaña naval bajo condiciones en exceso adversas. Desde el inicio, el comandante peruano reconoció que su buque insignia carecía del blindaje, el armamento y la

<sup>499</sup> R. Amengual al Comandante del *Cochrane*, Callao, 16, 17 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 448-450; R. Osorio al Oficial Comandante de la Escuadra, Callao, 16 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 448.

<sup>500</sup> José Francisco Vergara al Comandante de la Escuadra, Santiago, 17 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 73; Galvarino Riveros al decano del cuerpo diplomático, puerto del Callao, 21 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 73; Galvarino Riveros a Aníbal Pinto, 6 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 471; Juan José Latorre al Comandante de la Flota, Callao, 22 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 472-473; Luis A. Castillo a Galvarino Riveros, 24 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 473; Carlos Moraga al Comandante de la Flota, Arica, 25 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 473; Correspondencias i descripción de los puertos bombardeados, Las últimas operaciones marítimas, Arica, 8 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 477-478.

maniobrabilidad de los acorazados chilenos. Peor aún, la escasez de artilleros experimentados lo obligó a usar el ariete sumergido del *Huáscar* como un soldado de infantería usa la bayoneta –no un arma por elección, sino que por desesperación<sup>501</sup>.

Eventualmente, la suerte de Miguel Grau se agotó: en el transcurso de la guerra, el fondo del *Huáscar* se volvió tan inmundo como el de los acorazados chilenos al inicio del conflicto. El Almirante le rogó al presidente Mariano Prado permitirle reparar su barco antes de partir en otra correría. Si no, advirtió, su quilla incrustada de balano haría al *Huáscar* tan lento que los chilenos lo alcanzarían y destruirían de forma fácil. Mariano Prado no quería oír nada de eso. Tal vez víctima de excesivo optimismo, insistió que Miguel Grau navevara al sur. El Almirante obedeció, pero se cree que dijo: “Obedezco porque así me lo impone mi deber, pero sé que llevo el *Huáscar* al sacrificio”. Estaba tan seguro de que no sobreviviría que antes de partir de Arica envió a un señor del Río de Lima, un paquete con documentos y recuerdos familiares que quería salvar. La profecía de Miguel Grau se hizo realidad: tal como Arturo Prat, él cumplió con su deber, y tuvo una muerte de héroe<sup>502</sup>.

Por supuesto, Miguel Grau se transformó en el héroe principal de Perú, reverenciado hasta hoy. Sin embargo, el capitán de la corbeta peruana *Unión*, Aurelio García y García, se convirtió en objeto de desprecio. Un crítico anónimo se quejó de que no ayudó a Miguel Grau sino que, en cambio, huyó del puerto, perseguido por dos barcos de guerra de madera. El crítico desconocido fue aún más lejos, asegurando que los oficiales de la *Unión*, llorando de frustración, demandaron que el gobierno castigara a Aurelio García y García. Peor aún, el crítico advirtió que la tripulación de la *Unión* podía amotinarse o desertar y que uno de los oficiales del barco había escrito una declaración condenándolo, pero que temía someterlo a las autoridades superiores. Exigió una corte marcial que lo exoneró<sup>503</sup>.

Chile triunfó en Angamos por varios motivos. La Moneda debía su victoria en gran parte al hecho de que el derrotista almirante Juan Williams Rebolledo ya no comandaba la flota. Sustituirlo con Galvarino Riveros y a Enrique Simpson con Juan José Latorre, transfirió el control de los buques más importantes de la nación de un hipocondríaco neurasténico y un alcohólico a manos más capaces. También permitió a las autoridades hacerse cargo de los problemas más evidentes de la flota: corregir el desgaste causado por casi un año de navegación a vapor y darle cierto liderazgo a la flota. No se puede subestimar el papel de Rafael Sotomayor, el civil encargado de implementar la voluntad del gobierno. Gracias a él, la armada logró formular una estrategia

<sup>501</sup> Melo, *op. cit.*, pp. 328-331.

<sup>502</sup> Caviano, *op. cit.*, vol. I, p. 259.

<sup>503</sup> Conducta del García y García, Arica, 9 de octubre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 85-86. Para los autos de la corte marcial véase *La Corbeta ‘Union’ el 8 de octubre de 1879*.

global para neutralizar al *Huáscar* en vez de pelear la guerra del día a día, como había hecho Juan Williams Rebolledo.

Irónicamente, la victoria en Angamos abrió una caja de Pandora de egos heridos. La mayoría de los observadores creían que solo Juan José Latorre merecía el crédito por derrotar a Miguel Grau<sup>504</sup>. Pero el almirante Galvarino Riveros intentó reclamar una gran porción de la gloria por la victoria, aunque al mismo tiempo negaba que uno de sus proyectiles hubiera dado por inadvertencia al otro acorazado de Chile, el *Cochrane*<sup>505</sup>. Mientras los partidarios de los dos oficiales reñían, se hizo evidente que el gobierno de Chile tenía poco, si es que algo, que temer en los mares. Ahora tenía que enfrentarse a la sobrecogedora tarea de atacar a Perú.

<sup>504</sup> “The Capture of the ‘Huáscar’”, p. 454.

<sup>505</sup> Galvarino Riveros, *Angamos y En la escuadra*.

## EMPIEZA LA GUERRA TERRESTRE

El gobierno de Aníbal Pinto tuvo que retrasar la invasión de Perú, lo que quizá era la única manera de obligar a Mariano Prado a sentarse en la mesa de negociaciones, hasta después de octubre de 1879, cuando Galvarino Riveros, en la práctica, barrió a la armada de Lima del mar. Afortunadamente para Chile, su ejército había usado los meses transcurridos desde abril para movilizar varias unidades de guardias nacionales, para importar armas y equipos, y para entrenar a sus nuevos reclutas. Pero las jefaturas del Ejército y de la Armada parecían congeladas en el pasado. El comandante de la fuerza expedicionaria, el general Justo Arteaga Cuevas, de setenta y cuatro años, era esclerótico y apático, se confundía con facilidad y era incapaz de pensar con independencia. Y tal como las vacilaciones de Juan Williams Rebolledo retardaron la guerra naval, su inabilidad para formular una estrategia general demoró la prosecución de la campaña terrestre. Por fortuna para Chile, no poseía la arrogancia de Juan Williams Rebolledo ni su ambición por cargos públicos. Por el contrario, en julio de 1879, en un breve momento de lucidez patriótica reconoció el deterioro de su condición y renunció a su mando. Para reemplazarlo, Aníbal Pinto y sus asesores eligieron al general Erasmo Escala, un soldado que era más conocido por su piedad que por sus habilidades militares. Al principio se mostró reacio, sin embargo, aceptó el cargo y prometió llevar la guerra a Perú<sup>506</sup>. Solo tendría un éxito limitado.

Pero antes de que el General pudiera hacer algo, sus jefes debían decidir dónde atacar. Previamente, en junio, los asesores del gobierno, Domingo Santa María, Rafael Sotomayor, José Francisco Vergara y José Alfonso se reunieron con el general Justo Arteaga Cuevas para planificar una estrategia. Aunque todos apoyaban un ataque a Perú, los asesores de Aníbal Pinto debatieron sobre si el Ejército debía atacar Tarapacá, Moquegua o Lima. Alcanzaron consenso general en que Tarapacá ofrecía la mejor posibilidad de éxito: su proximidad a Chile y su base naval en Antofagasta no sería un desafío para las líneas de abastecimiento de Santiago, y la captura de las salitreras de Perú financiaría el esfuerzo bélico de La Moneda. Además, la confiscación chilena de los depósitos de nitrato de Perú, privaría a Lima de su principal fuente de ingresos y, por consiguiente, coartaría sus esfuerzos bélicos y forzaría a Perú a capitular. Y finalmente, para que Chile conquistara Tarapacá, tendría que aniquilar de

<sup>506</sup> Erasmo Escala al ministro de Guerra y Mar, Antofagasta, 9 de agosto de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p.26.

forma necesaria algunas de las unidades principales del ejército peruano, lo que debilitaría la capacidad de Mariano Prado para librarse la guerra<sup>507</sup>. Dados estos atractivos, el gobierno seleccionó a Iquique como su principal objetivo.

### LA CAMPAÑA DEL DESIERTO

Condenada alguna vez por misioneros cristianos como la Sodoma y Gomorra del Pacífico, Iquique había llegado a ser el principal puerto por donde Perú exportaba sus nitratos a Europa. Por tanto, la captura de esa ciudad y las salitreras cercanas constituiría una victoria económica y estratégica. Sin embargo, optar por invadir la árida provincia de Tarapacá planteaba un serio problema para los chilenos. En vez de sitiar directamente a la bien defendida Iquique, Rafael Sotomayor abogó por dos desembarcos al norte del puerto. Un contingente pequeño crearía una distracción bajando a tierra en la caleta Junín, mientras el cuerpo principal de tropas desembarcaba en Pisagua. Una vez que los chilenos capturaran estos objetivos, se reunirían para dirigirse al interior, en dirección este, y luego, siguiendo la línea del ferrocarril local, marcharían hacia el suroeste para aislar Iquique desde el este. Bloqueados desde el mar y sin acceso terrestre a Perú o Bolivia, los defensores del puerto tendrían que capitular.

Dado que la Armada tenía que transportar a la fuerza expedicionaria y sus cabalgaduras, equipamiento y provisiones, la flota desempeñaba un papel crucial en la invasión del norte. El oficial seleccionado para comandar la flotilla de transportes fue Patricio Lynch, un teniente chileno, pelirrojo, que había servido como oficial subalterno en la armada británica durante las guerras del Opio. La flotilla de Patricio Lynch consistía en nueve transportes a vapor –el *Itata*, *Lamar*, *Limarí*, *Matías Cousiño*, *Santa Lucía*, *Copiapó*, *Toltén*, *Huanay* y el *Paquete del Maule*– el buque carbonero *Toro* y la fragata a vela *Elvira Álvarez*. Escoltada por el *Cochrane*, la *Magallanes*, el *O'Higgins*, la *Covadonga*, el *Amazonas*, *Angamos*, *Abtao* y el *Loa*, la flota tenía que transportar hacia el norte cerca de nueve mil quinientos hombres y más de ochocientos cincuenta animales. El plan de invasión requería que estos buques, separados por una distancia de cuatrocientos metros, navegaran hacia el oeste desde Antofagasta, donde, una vez mar adentro, se reunirían para luego seguir hacia el norte. Partiendo el 28 de octubre, esperaban atacar Pisagua el 2 de noviembre de 1879<sup>508</sup>. Pero surgieron problemas: la escasez de boteros y estibadores, muchos de los cuales habían sido reclutados en la milicia, demoró la carga. Aunque Isidoro Errázuriz atribuía muchos de estos fracasos a la falta de oficiales calificados, el proceso mejoró al día siguiente, cuando las autoridades, usando grandes barcazas es-

<sup>507</sup> Junta de Antofagasta, 28 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 80-82.

<sup>508</sup> “Orden en que salió el convoy de Antofagasta i distribución del ejército”, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 64-65.

pecialmente construidas para tal fin, lograron embarcar a dos mil quinientos soldados en los transportes. Isidoro Errázuriz, que comparaba el movimiento de tantos hombres a “la emigración de una tribu”, se sintió muy orgulloso<sup>509</sup>.

El 1 de noviembre, conforme a lo previsto, la mayoría de la flota se reunió para una sesión informativa final. Aunque la Armada había planeado empezar el asalto a Pisagua el 2 de noviembre a las cuatro de la madrugada, tuvo que posponer el bombardeo inicial. Debido a algunos errores de navegación por parte del capitán Manuel T. Thomson, la flotilla se reunió en un sitio a veinte kilómetros al norte del objetivo planeado<sup>510</sup>. La flota demoró dos horas en regresar a Pisagua. Por último, aproximadamente a las siete de la mañana encabezados por el *Cochrane*, la *Magallanes*, la *O'Higgins* y la *Covadonga*, los chilenos abrieron fuego contra las posiciones costeras del enemigo.

#### EL DESEMBARCO EN PISAGUA

Pisagua estaba levantada sobre unas empalizadas que se erguían aproximadamente trescientos a cuatrocientos metros sobre la línea del mar. No era una caída vertical desde las alturas hasta el océano: un pequeño tramo de playa rocosa separaba la línea de la costa de la escarpadura de los acantilados. Hacia el extremo sur de la bahía se ubicaban algunas estructuras, así como también el terminal de una línea ferrea cuya ruta zigzagueaba desde la línea de la costa, por el costado de la montaña, hasta la cima de los acantilados. Las fuerzas bolivianas y peruanas que defendían Pisagua habían erigido dos fuertes, llamados imaginariamente Norte y Sur, cada uno de ellos dotado de un cañón Parrot de cien libras. Aunque estas armas no podían repeler un ataque naval por sí solas, por cierto que podían causar dificultades a cualquiera que tratara de desembarcar. El mando boliviano suplementó estos fuertes con mil doscientos soldados, de preferencia de los batallones Victoria e Independencia, que se atrincheraron detrás de la línea de ferrocarril que serpenteaba su ascenso en la montaña costera.

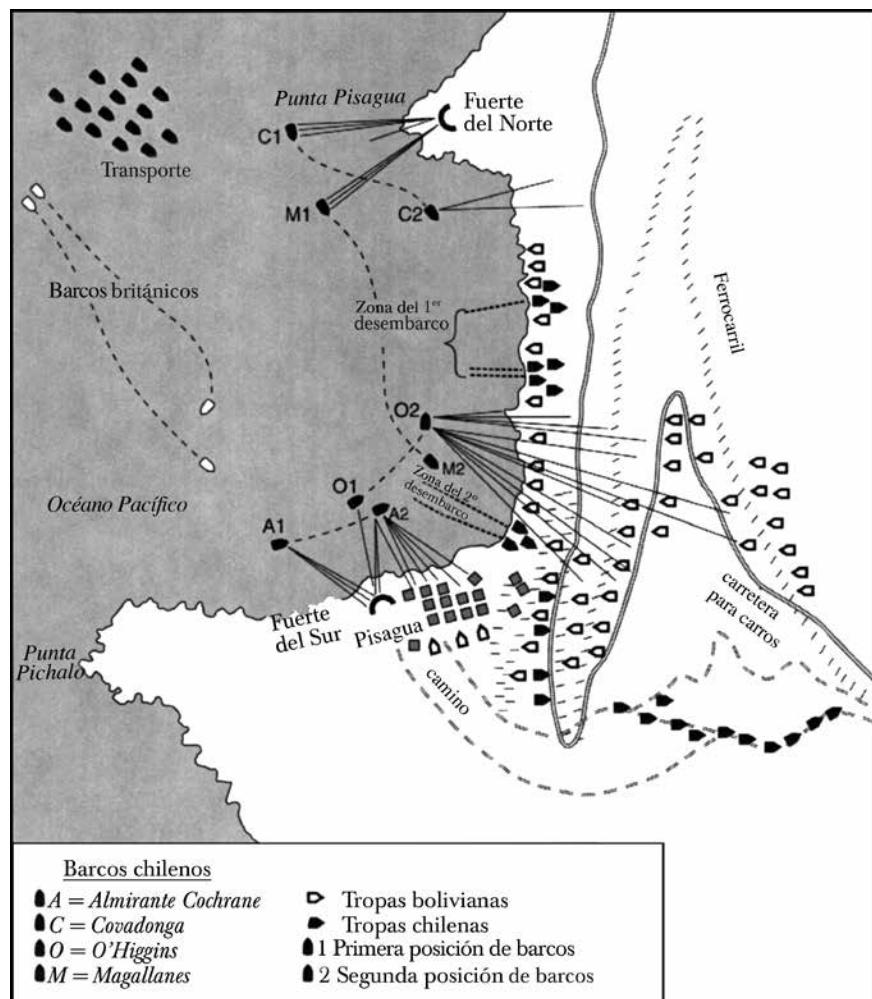
Chile tenía que enfrentar un enemigo más intratable: la geografía. La bahía en forma de media luna de Pisagua ofrecía solo dos sitios con suficiente playa para que desembarcara la tropa: Playa Blanca, un tramo de trescientos a quinientos metros localizado casi al medio de la bahía, y, hacia el sur, Playa Huainai, otra franja de costa de aproximadamente quinientos metros de longitud, ubicada cerca de la aduana de Pisagua y el inicio de la línea de ferrocarril. Aunque no era demasiado rocosa para que las tropas bajaran a tierra, el desembarco se complicó debido a mareas desfavorables y fuertes vientos.

<sup>509</sup> Isidoro Errázuriz a ministro de Guerra, Antofagasta, 27 de octubre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 34-35.

<sup>510</sup> Bulnes, *op. cit.*, vol. I, p. 527.

Los chilenos debieran haberse detenido a reconsiderar su plan, al enfrentar la combinación de obstáculos naturales y un enemigo atrincherado.

El 2 de noviembre de 1879 a las siete quince de la mañana, los residentes de Pisagua sintieron el impacto de algunas explosiones, que por error creyeron estaban relacionadas con la minería del salitre. De hecho, los autores de las explosiones eran buques de guerra de la armada chilena que dispararon a los fuertes de Pisagua y a las posiciones de las tropas mientras los transportes permanecían a buena distancia, cerca del extremo norte de la bahía. Los chilenos se concentraron, primero, en las baterías de defensa costera: el



Desembarco en Pisagua.

acorazado *Cochrane* y la corbeta *O'Higgins* se concentraron en el Fuerte del Sur, la corbeta *Magallanes* y la goleta *Covadonga* se enfocaron en el cañón del norte. Los chilenos rápidamente neutralizaron estas baterías, decapitando, en el proceso, a uno de los comandantes de artillería. Una vez que las baterías de defensa costera fueron silenciadas –una hazaña que requirió menos de una hora– los barcos desplazaron sus cañones para disparar a las tropas enemigas atrincheradas en la ladera de la montaña y en la ciudad<sup>511</sup>.

A las nueve treinta de la mañana los mercantes chilenos *Copiaopó*, *Limari* y *Lamar* se desplazaron a dos mil cien metros de la playa para desembarcar a los hombres del regimiento Buin, el Primero de Línea, dos compañías de una unidad movilizada de milicia, el batallón Atacama y uno de los Zapadores, más dos baterías de artillería de montaña. Estas tropas descendieron en escaleras lanzadas a los costados de los transportes, luego quedaron hacinados en una variedad de embarcaciones pequeñas, algunas especialmente construidas para la invasión o simples chalupas, todas movidas a remo.

El general George Meade, vencedor de la batalla de Gettysburg en la guerra civil estadounidense, observó una vez que “las batallas a menudo se deciden por los accidentes”. Pisagua validaría sus palabras<sup>512</sup>.

Debido a un error, el grupo que desembarcó primero constaba de solo cuatrocientos cincuenta hombres y no novecientos como especificaba el plan de invasión. La ola inicial de tropas chilenas pagó un alto precio por el honor de ser la primera. A medida que los botes se aproximaban a las playas, fueron expuestos a intenso fuego enemigo. No solo las tropas sino, también, los marineros y los oficiales a cargo de las barcazas de desembarco empezaron a sufrir bajas, a veces de hasta un cincuenta por ciento, antes de que siquiera llegaran a la playa. Aunque no se suponía que lo hicieran, a veces el personal naval se unía a la lucha. El teniente Amador Barrientos del transporte blindado *Loa*, por ejemplo, ayudó a tomar una posición y fue el primero en plantar la bandera chilena en suelo enemigo. A veces ser espectador resultaba fatal: dieciséis soldados del regimiento Cuarto de Línea recibieron disparos, tres fatales, cuando miraban la invasión desde la cubierta del *Toltén*<sup>513</sup>.

Una vez en tierra, los chilenos tenían que tomar y mantener una cabeza de playa mientras los botes de desembarco regresaban a los transportes en

<sup>511</sup> J.T. (Santiago) Humberstone, *Huida de Agua Santa en 1879*, p. 14; *El Comercio*, Lima, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 95-96; *El Nacional*, Lima, 9 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 93-94.

<sup>512</sup> “George Meade to Mrs. George G. Meade, Frederick, 8 July 1863”, in George Gordon Meade, *The Life and Letters of George Gordon Meade, Major-general United States Army*, New York, Charles Scribner's sons, 1913, vol. II, p. 132.

<sup>513</sup> Manuel T. Thomson al Comandante General de la Marina, Pisagua, 3 de noviembre de 1879, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria... 1880*, *op. cit.*, pp. 24-26; Patricio Lynch al Oficial General de la Marina, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria... 1880*, *op. cit.*, pp. 40-42; Erasmo Escala al Ministerio de Estado, Hospicio, 10 de noviembre de 1879, en Chile, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria... 1880*, *op. cit.*, p. 48.

busca de refuerzos. En la hora que transcurrió mientras los botes volvieron, los soldados de la primera oleada, que estaban claramente en minoría, experimentaron graves pérdidas<sup>514</sup>. Bajo fuego constante, encontraron dificultades para avanzar, en parte porque sus botas se llenaban de arena y porque empezaron a agotarse las municiones. Por desgracia, el capitán de navío Enrique Simpson, quien estaba encargado de supervisar el desembarco de las tropas, desempeñó esta tarea tan mal como había comandado al *Cochrane*; al parecer estaba borracho y no fue encontrado a tiempo para que ejecutara sus órdenes. Reemplazarlo costó una hora a los invasores, tiempo que los bolivianos usaron eficientemente para reagruparse<sup>515</sup>. Por fortuna para la infantería chilena, sus buques de guerra utilizaron ese tiempo para bombardear las defensas del enemigo. Por consiguiente, cuando empezó a desembarcar la segunda oleada –el resto del Atacama y los Zapadores más tropas del Buin y del Segundo de Línea–, los cañones de la flota habían obligado a muchos de los defensores bolivianos a abandonar sus posiciones.

El calor y la intensidad de la resistencia del enemigo hicieron más lento el avance de los atacantes que ascendían hacia las alturas. Pero los defensores bolivianos enfrentaban sus propios problemas: el bombardeo naval encendió cúmulos de nitrato y carbón, lo que produjo espesas nubes de humo que ocultaban a los invasores chilenos y sofocaban a los defensores, dificultándoles la lucha. Casi asfixiados y con sus municiones agotadas, los bolivianos, que estaban superados en número y exhaustos, huyeron al desierto, lo que permitió a los hombres de Erasmo Escala, apoyados por una tercera oleada de refuerzos, capturar Hospicio, un pueblo ubicado en la cima del escarpe, en las primeras horas de la tarde.

Los bolivianos habían combatido bien. Aun el comandante peruano, general Juan Buendía, alabó “el brío y serenidad,” de las tropas superadas en número, al tiempo que un periodista afirmaba: “los filibusteros de la América han recibido una eterna i sangrienta lección de heroísmo, i valor que tendrán que recordar siempre”. Pero los hombres de Bolivia pagaron un alto precio, en sangre, por estas palabras de elogio: el batallón Victoria perdió doscientos noventa y ocho de cuatrocientos noventa y ocho conscriptos; la otra unidad perdió casi lo mismo. El ejército y la armada chilena sufrieron menos: cincuenta y cinco muertos y ciento cuarenta y dos heridos. Los bolivianos derrotados huyeron al desierto solo con la ropa que llevaban puesta<sup>516</sup>.

<sup>514</sup> Erasmo Escala al ministro de Guerra, Campamento de Hospicio, 10 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 73-76.

<sup>515</sup> Francisco Machuca, *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico*, vol. I, p. 263.

<sup>516</sup> Isaac Recabarren al Jefe del Ejército del Sur, Agua Santa, 4 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 84-85; Ezequiel de la Peña al general Pedro Villamil, Agua Santa, 4 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 85-86; “El ayudante del Estado Mayor Boliviano”, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 86; *El Nacional*, Lima, Pozo Almonte, 9 de noviembre de 1879, en AM,

Entretanto, la *Magallanes*, el *Amazonas* y el *Itata*, que transportaban al regimiento Tercero de Línea, al batallón Naval, al batallón Valparaíso y dos baterías de artillería de montaña, habían dejado la flota principal de invasión para atacar Junín. Estas tropas encontraron poca resistencia porque los defensores aparentemente huyeron al escuchar los cañones del *Amazonas*. Aunque no tuvieron que superar el mismo grado de oposición que los hombres que habían desembarcado en Pisagua, la combinación de una playa en extremo rocosa y mar profundo demoró de tal forma el desembarco en Junín que cuando dos mil soldados chilenos lograron escalar los acantilados, el resto de la fuerza expedicionaria ya había capturado Pisagua<sup>517</sup>.

La toma de Pisagua estableció una cabeza de playa de los chilenos en la provincia de Tarapacá, pero quedaba mucho por hacer. Lo que resultó más preocupante fue que el desembarco reveló muchas fallas en las fuerzas armadas chilenas: las luchas internas en el Ejército y entre oficiales y civiles, la navegación defectuosa de Manuel T. Thomson, y el torpe desembarco de Enrique Simpson, preocuparon profundamente al Ministerio de Guerra y Marina. Las autoridades se horrorizaron al descubrir que Erasmo Escala había olvidado incluir unidades médicas en la invasión, lo que obligó a uno de sus capellanes, el padre J. Valdés Carrera, a organizar un hospital, al que el cirujano naval de la *Magallanes*, David Tagle equipó y dotó de personal<sup>518</sup>. Pero el hombre que pareció despertar mayor enojo fue el coronel Emilio Sotomayor, primero por elegir un sitio tan malo para desembarcar y luego por negarse a modificar el plan cuando quedó claro que el clima y la costa rocosa complicarían el desembarco<sup>519</sup>.

Dado este inicio poco auspicioso, Aníbal Pinto no quiso que sus tropas se precipitaran de forma desorganizada en el árido páramo de Tarapacá. En cambio, esperaba usar Pisagua como base desde la que la caballería chilena lanzaría una serie de ataques que, el Presidente esperaba, incitarían a los aliados a contraatacar. Solo si los peruanos y bolivianos no reaccionaban a esta provocación, los chilenos invadirían el desierto, cortarían las líneas de abastecimiento del enemigo y de esa manera forzarían la rendición de Iquique<sup>520</sup>.

La esperanza de Aníbal Pinto, de que la presencia chilena en Pisagua provocara una respuesta de los aliados, zozobró rápidamente: las tropas bolivianas

---

<sup>517</sup> *op. cit.*, vol. II, pp. 93-94; Modesto Molina, “Sangriento Combate de Pisagua” *El Comercio*, Lima, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 95-96; Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. V, p. 228; Juan Granier a Hilarión Daza, Agua Santa, noviembre 1879 y Jorge Salinas Vega a Luis Salinas Vega, Carmen Bajo, 9 de noviembre de 1879 en Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, pp. 202-203.

<sup>518</sup> Emilio Valverde a oficial al mando, Pisagua, 3 de noviembre de 1879, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria... 1880*, *op. cit.*, pp. 36-37.

<sup>519</sup> Joaquín Matte Varas, “Informe del Capellán de la Guerra del Pacífico J. Valdés Carrera”, p. 195.

<sup>520</sup> José Alfonso a Aníbal Pinto, Valparaíso, 12 de noviembre de 1879, en ANFV, vol. 414; Eduardo de la Barra a Augusto Matte, en 14 de noviembre de 1879, en ANFV, vol. 826; Pío Puelma a Mariano Guerrero Bascuñán, 5 de noviembre de 1879, en ANFV, vol. 826.

<sup>520</sup> Bulnes, *op. cit.*, vol. I, p. 511.

y peruanas no picaron el anzuelo. Peor aún, a cuatro días del desembarco, quedó claro que los condensadores de la flota no podían producir agua suficiente para mantener al ejército expedicionario de diez mil hombres, sus cabalgaduras y la población civil de Hospicio. La fuente más cercana de agua era la quebrada de Pisagua, ubicada a diez kilómetros hacia el este del litoral, pero este pozo, que producía solo un poco de “agua salobre y malsana” cada tres o cuatro horas, obviamente no podía saciar la sed de los chilenos<sup>521</sup>. En principio las autoridades eligieron ignorar este problema, pero cuando la escasez de agua llevó a algunos soldados al suicidio, los comandantes comprendieron que tenían que hacer algo. El teniente coronel José Francisco Vergara, un oficial de la guardia nacional y futuro ministro de Guerra, se ofreció para conducir una misión de reconocimiento al interior, donde, dado el número de salitreras que todavía funcionaban, estaba seguro de poder encontrar abundante abastecimiento de agua. Aunque los oficiales más antiguos del ejército regular en un principio se opusieron a su sugerencia, el Teniente Coronel fue autorizado.

Siguiendo la línea del ferrocarril y desplazándose de noche, los hombres de José Francisco Vergara se dirigieron al este; llegaron primero a San Roberto y luego a Jazpampa, donde encontraron una locomotora funcionando y material rodante. También descubrieron suministros, carbón y tres grandes tanques que contenían agua dulce. Luego se dirigieron al sureste de Jazpampa, y llegaron a la salitrera de Dolores el 5 de noviembre, donde de nuevo encontraron más pozos y enormes depósitos de agua, bombas, más material rodante y un taller de reparación de ferrocarriles. Al día siguiente, luego de despachar un tren transportando agua a Pisagua, se dirigieron hacia el sur a Agua Santa, otra salitrera, donde descubrieron que la mayor parte de la guarnición de Iquique se había replegado al interior, dejando el puerto casi indefenso.

José Francisco Vergara continuó siguiendo la línea de ferrocarril que avanzaba hacia el sureste. Consciente de que podría encontrar algunas tropas aliadas en retirada, ordenó a un destacamento de caballería, bajo el mando del teniente Gonzalo Lara, adelantarse a explorar. Cerca de Germania, el 16 de noviembre, Gonzalo Lara cayó en una emboscada de los aliados que los obligó, sobre pasados en número, a huir de las caballerías peruana y boliviana en una persecución mortal. Desafortunadamente para los jinetes aliados, se tropezaron con el cuerpo principal de la caballería de José Francisco Vergara, que contraatacó, matando a más de cincuenta hombres, cuyos cuerpos insempultos fueron abandonados por los chilenos para que se pudrieran en la pampa salitrera<sup>522</sup>. Comprendiendo, tal vez, que podía estar abusando de su suerte, José Francisco Vergara retrocedió, primero hacia Negreiros y luego hacia Dolores.

<sup>521</sup> Telegrama, Caldera, 9 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 1 y 22; José Francisco Vergara, “Memorias de José Francisco Vergara”, p. 39.

<sup>522</sup> José Francisco Vergara, Combate de Agua Santa, Dolores, 8 de noviembre de 1879, Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria... 1879*, *op. cit.*, pp. 50-53.

*Cuadro N° 7*  
EJÉRCITO BOLIVIANO, 1 DE ABRIL DE 1879

	<i>Número de tropas</i>
Legión boliviana	
Escuadrón Rifleros del Norte	283
Escuadrón Vanguardia/Murillo, Rifleros del Centro	227
Escuadrón Libres del Sur	225
1 <sup>a</sup> división: Comandante, general de división Carlos Villegas	
BATALLÓN DAZA, GRANADEROS 1 DE LA GUARDIA	588
Batallón Paucaparta, 2 de la Paz	434
Batallón Olañeta, 2 Cazadores de la Guardia	469
REGIMIENTO BOLÍVAR, 1 DE HÚSARES	280
2 <sup>a</sup> división: general de brigada Castro Arguedas	
BATALLÓN SUCRE 2, GRANADEROS DE LA GUARDIA	540
Batallón Victoria, 1 de la Paz	537
Batallón Dalence, Carabineros 1 de Oruro	538
Regimiento Santa Cruz de Artillería	226
3 <sup>a</sup> división: general de brigada Pedro Villamil	
BATALLÓN ILLIMANI, CAZA 1 DE LA GUARDIA	536
Batallón Independencia, 3 de la Paz	435
Batallón Vengadores, 3 de Potosí	533
Escuadrón Libertad, 1 de Coraceros	58
4 <sup>a</sup> división: General de brigada Luciano Alcoreza	
Batallón Oropeza, 1 de Cochabamba	
Batallón Aroma, 2 de Cochabamba	
Batallón Viedma, 3 de Cochabamba	
Batallón Padilla, 4 de Cochabamba	
Escuadrón Junín, 3 de Coraceros	
Escuadrón Libertad, 4 de Coraceros	
5 <sup>a</sup> división: General de brigada Narciso Campero	
Batallón Bustillo, 1 de Potosí	
Ayacucho, 2 de Potosí	
Chorolque, 4 de Potosí	
Tarija, 3 de Granaderos	
Escuadrón Mendez, 2 de Coraceros	
Lejión de Bolivia	

Se hizo un llamamiento a los bolivianos residentes en Atacama que se habían refugiado en Perú para que formaran una división compuesta de los batallones Antofagasta, Mejillones y Caracoles, Rifleros de Atacama. Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria*; La Paz, 1 de abril de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 107-1088. Las divisiones Cuatro y Cinco no habían llegado y, por tanto, no pertenecían al Ejército de Tacna; sin embargo, sí pelearon más adelante.

Las unidades en versalita integraban el ejército regular preguerra de Bolivia.

*Cuadro N° 8*  
**FUERZAS PERUANAS ESTACIONADAS  
 EN LA PROVINCIA DE TARAPACÁ,  
 5 DE NOVIEMBRE DE 1879**

		<i>Número de tropas</i>
División de Exploración	Coronel Bustamante	
	Batallón 1 Ayacucho N° 3	908
	Batallón Provincia Lima N° 3	355
	Columna Voluntarios de Pasco	185
División de Vanguardia	Coronel Justo Pastor Dávila	
	Batallón Puno N° 6	438
	Batallón Lima N° 8	443
	Regimiento Guías N° 3	173
	Escuadrón Castilla	81
Primera División peruana	Coronel Velarde	
	Batallón Cazadores del Cuzco N° 5	468
	Batallón Cazadores de la Guardia N° 7	458
	Regimiento Húsares de Junín	343
Segunda División	Coronel Andrés Cáceres	
	Regimiento 2 de Mayo	476
	Batallón Zepita N° 2	636
Tercera División	Coronel Francisco Bolognesi	
	Batallón 2 de Ayacucho	441
	Batallón Guardia de Arequipa	498
Quinta División	Batallón Iquique N° 1	417
	Cazadores de Tarapacá	171
	Columna Loa (B)	343
	Columna Tarapacá	246
	Columna Artesanos de Costa	93*
	Brigada de Artillería	91*
Total, incluyendo estados mayores de las divisiones:		6.453

FUENTES: Ochoa, *Semblanzas...*, *op. cit.*, p. 101; José Manuel Cevallos Ortiz, “Estado de las fuerzas del ejército aliado el 5 de noviembre de 1879”, p. 101.

\* Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 130, asegura que en los primeros meses de la guerra, los peruanos perdieron mil ciento setenta y cuatro hombres en Pisagua por heridas, muerte, deserciones o enfermedad.

Mientras José Francisco Vergara retrocedía a lo largo de la línea del ferrocarril, los presidentes Hilarión Daza y Mariano Prado se reunieron en Tacna para analizar cómo responder a la invasión chilena. El líder boliviano había llegado a

Tacna a fines de abril con ocho mil soldados, completando la ardua marcha de seiscientos diez kilómetros desde La Paz en doce días. A continuación Hilarión Daza envió su Primera y Tercera División al sur, a Tarapacá; las divisiones Segunda y Cuarta permanecieron en Tacna. Después de algunos debates, los dos generales acordaron que tres mil hombres de Hilarión Daza marcharían ciento quince kilómetros hacia el sur a Tana, un pueblo ubicado aproximadamente a setenta kilómetros al noreste de Pisagua. Al mismo tiempo, los nueve mil soldados bolivianos y peruanos del general Juan Buendía avanzarían noventa kilómetros hacia el norte, en forma paralela a la vía férrea de La Noria a Tana. Una vez que las tropas de Hilarión Daza y Juan Buendía se conectaran, girarían hacia el oeste a Hospicio para empujar a los chilenos al mar.

*Cuadro N° 9*  
**EL EJÉRCITO BOLIVIANO EN TARAPACÁ,  
 5 DE NOVIEMBRE DE 1879**

---

1 <sup>a</sup> DIVISIÓN		
Batallón Illimani – Coronel Ramón González	539	
Batallón Olañeta – Coronel Eloi Martínez	483	
Batallón Paucarpata – Coronel Pablo Idiaquez N° 1	456	
Batallón Dalence – Coronel Donato Vazquez N° 1	545	
Escuadrón francotiradores – Coronel Napoleón Tejada	150	
Regimiento Bolívar 1 de Húsares – Coronel Julián María López	280	
2 <sup>a</sup> DIVISIÓN		
Batallón 1 de Aroma – Coronel Beslario Antesana, N° 1	558	
Batallón Independencia – Coronel Pedro Varas, N° 1	433	
Batallón Loa* – Coronel Detelino Echazu T.	300	
Batallón Vengadores – Coronel Federico Murga, N° 1	528	
Batallón Victoria – Coronel Juan Granier, N° 1	427	
Nacionales de Bolivia	N/A	
TOTAL	4,699	

---

\* Compuesto de bolivianos residentes en Perú, el Loa servía con las fuerzas peruanas.  
 FUENTES: Hilarión Daza, “Manifiesto del Jeneral Hilarión Daza a sus conciudadanos”, París, 5 de julio de 1881, pp. 51, 155, 160-161; José Manuel Cevallos Ortiz, Iquique, 28 de octubre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 101; *La Democracia*, La Paz, 7 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 102.

Aunque al inicio reticentes, los chilenos habían encontrado buenas razones para avanzar hacia el interior. Capturar las salitreras de Tarapacá e Iquique le daría a Santiago no solo una bonanza económica sino, también, un activo diplomático que podría permutar a cambio del término de la guerra por parte de Perú<sup>523</sup>. Así, el 5 de noviembre Rafael Sotomayor ordenó que tres mil

<sup>523</sup> Bulnes, *op. cit.*, vol. I, p. 512.

quinientos hombres, bajo el mando del coronel José Domingo Amunátegui, pertenecientes al regimiento Cuarto de Línea, el Buín y los batallones Atacama y Coquimbo y una batería de artillería de montaña, partieron de Pisagua para Dolores y Negreiros. Tres días después, los dos mil quinientos soldados del coronel Martiniano Urriola, del regimiento Tercero de Línea, los batallones Navales y Valparaíso y un contingente de artillería de campaña, también penetraron hacia el interior. El 10 de noviembre estos seis mil hombres se habían reunido en Dolores para iniciar su ofensiva para capturar Pozo Almonte, lo que, si tenía éxito, cortaría las líneas de suministro de Iquique con el interior y, por consiguiente, forzaría a la guarnición del puerto a capitular. Curiosamente, aun cuando sus tropas marchaban hacia el sur, la atención de Erasmo Escala todavía parecía clavada en el norte. El 11 de noviembre, espías le informaron que las legiones de Hilarión Daza se dirigían hacia el sur desde Arica y que todo lo que separaba a los bolivianos de Pisagua eran tres mil quinientos hombres. El dictador boliviano había partido de Tacna con gran ceremonia. Un correspondiente de un diario de La Paz reportó que las bandas reunidas interpretaron los himnos nacionales peruano y boliviano mientras las tropas de Hilarión Daza, con los oídos resonando con los vítores de la multitud que agitaba sombreros, desaparecían en el desierto<sup>524</sup>. Las informaciones de inteligencia resultaron correctas, pero Erasmo Escala no debió haberse preocupado: Hilarión Daza pudo haber partido para Tana, pero nunca llegó. Su fracaso para conectarse con los peruanos tendría un enorme impacto en la guerra.

Si las consecuencias no hubiesen sido tan trágicas, la excursión de Hilarión Daza al interior de Tarapacá podría provocar risas irreverentes. Desde el inicio de su campaña, el General demostró una incompetencia casi monumental: se negó a contratar guías para conducir a sus fuerzas a través del implacable y desconocido páramo. En vez de viajar de noche, y así evitar a sus hombres el abrazador sol del desierto, Hilarión Daza avanzó durante el día. Al parecer, temía, con buenas razones, que sus tropas aprovecharan la oscuridad para desertar. El general boliviano rechazó una oferta peruana de ambulancias, y ordenó a su artillería permanecer en Arica. Quizá uno de los actos más criminalmente negligentes de Hilarión Daza fue su negativa a llevar suficiente agua. Peor aun, permitió a sus hombres llenar sus cantimploras con vino o alcohol bruto, un error desastroso dado que el suministro de agua más cercano estaba a una distancia considerable de Arica. El coronel Narciso Tablares, alertado por un comisario que la expedición de Hilarión Daza llevaría solo once odres de agua, advirtió al general boliviano que sus hombres podrían quedar sin agua. Cuando Hilarión Daza arrogantemente descartó estos temores con las palabras “Usted cumpla con lo que se le manda”, Narciso Tablares no tuvo más remedio que obedecer. Debido a esta decisión, quien quisiera verificar

<sup>524</sup> *El Titicaca*, La Paz, 23 de noviembre de 1879.

el avance del ejército de Hilarión Daza solo tenía que seguir la sucesión de soldados bolivianos deshidratados o a veces muertos que habían sucumbido a la sed, al “soroche, cansancio y hambre”. Tres tortuosos días después, las exhaustas y sedientas tropas de Hilarión Daza llegaron a Camarones, alrededor de ochenta kilómetros al sur de Arica, donde Hilarión Daza planeaba realizar un descanso antes de retomar la marcha hacia el sur a Tana<sup>525</sup>. Pero cuando los bolivianos levantaron el campamento, no se dirigieron a Tana sino al norte, a Arica.

El 16 de noviembre, Hilarión Daza analizó la estrategia futura en Camarones con sus oficiales de mayor rango. Luego de la reunión, el dictador de forma abrupta canceló la ofensiva, ordenando en cambio a sus hombres volver a Arica. Las motivaciones de Hilarión Daza confunden aun hoy a los estudiosos. Algunos han sugerido que oficiales chilenos sobornaron a Hilarión Daza para que cancelara su ofensiva<sup>526</sup>. Aunque Santiago no habría tenido reparos en recurrir a esta estratagema, no existen pruebas para sustanciar esta acusación. Otros aseveran que el dictador, al descubrir que sus opositores dentro del Ejército planeaban derrocarlo, canceló la ofensiva para volver inmediatamente a La Paz con el fin de asegurar su permanencia en la presidencia. No sería ajeno al narcisista Hilarión Daza concluir que él, no Bolivia, debía tener prioridad en los servicios del ejército, en particular sus amados Colorados<sup>527</sup>.

Luego Hilarión Daza argumentó que había abortado su campaña de Tacna por dos razones:

- primero, no podía avanzar hacia el sur porque el presidente Mariano Prado no logró equipar su ejército con la artillería necesaria, víveres, agua y cabalgaduras;
- segundo, sus comandantes de más alto rango le habían rogado volver a Arica.

Ambas explicaciones le permitían a Hilarión Daza proclamar, hipócritamente:

“No soi, pues, yo el autor de la retirada de Camarones... accedí únicamente al tristemente celebre acuerdo de ese Consejo... minaban mi autoridad, buscaban ocasión de suplantarme i unificaron su pensamiento en cuanto el coronel Camacho tomo la palabra para dirijirlos”<sup>528</sup>.

Los subordinados de Hilarión Daza, sin embargo, insistieron en que el caudillo había “dicho a varios oficiales, en secreto, *que de este lugar* [Camarones]

<sup>525</sup> Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, p. 186; Mercado, *op. cit.*, pp. 54, 57.

<sup>526</sup> Eliodoro Camacho, *Tratado sumario del arte militar seguido de una reseña crítica de la historia militar de Bolivia*, pp. 392-393; José Gamarra Zorrilla, *La Guerra del Pacífico. Breve bosquejo y reflexiones*, p. 114.

<sup>527</sup> Díaz Arguedas, *op. cit.*, p. 203; Mercado, *op. cit.*, p. 157; Gamarra, *op. cit.*, p. 118.

<sup>528</sup> Daza, “Manifesto...”, *op. cit.*, pp. 157-158.

*va a contramarchar el ejercito [a Arica]*” (en cursiva en el original). Pocos de sus oficiales se atrevieron a disentir porque, como observó el periodista peruano Juan José Pérez alguna vez, el caudillo no tolera a nadie “que no piensa i no dice sino lo que Daza quiere”<sup>529</sup>. A las tropas bolivianas, por supuesto, no les importaba qué había motivado la decisión de su comandante. Arrojando sus gorros al aire y alentados por música de banda, marcharon alegres hacia el norte. Hilarión Daza, sin embargo, no se unió a ellos: tras declarar que deseaba reunirse con Juan Buendía, se dirigió al sur, escoltado por un pequeño grupo de caballería<sup>530</sup>.

El general Erasmo Escala, que no sabía de la decisión de Hilarión Daza de volver a Arica, aún temía que el oficial boliviano condujera a sus hombres al sur. Por consiguiente, Erasmo Escala ordenó a su caballería ir al norte, a Tiliviche cerca de Tacna, donde los caballos de batalla podrían pastar en amplias praderas, mientras que sus hombres podrían alertar sobre posibles movimientos bolivianos. El 17 de noviembre, Erasmo Escala y José Francisco Vergara recibieron la noticia de que algunos piquetes habían avistado la vanguardia boliviana en Tana. Para confirmar este rumor, Erasmo Escala ordenó al teniente coronel Feliciano Echeverría registrar la zona. Sin saber de esta orden, José Francisco Vergara también condujo un grupo de jinetes hacia el norte para cumplir la misma misión. Al divisar la caballería enemiga, ambos hombres dieron la alarma.

*Cuadro N° 10*  
**FUERZA EXPEDICIONARIA CHILENA INVADIENDO TARAPACÁ,  
 2 DE NOVIEMBRE DE 1879**

---

**General Erasmo Escala**

Teniente coronel Luis José Ortiz	Regimiento Buin 1 de Línea	1100
Teniente coronel Eleuterio Ramírez	Regimiento 2 de Línea	1117
Teniente coronel Ricardo Castro	Regimiento 3 de Línea	1100
Teniente coronel Domingo Amunátegui	Regimiento 4 de Línea	1076
Teniente coronel Ricardo Santa Cruz	Regimiento Zapadores	400
		(1 brigada)

**Teniente coronel Domingo de Toro**

Herrera	Batallón Chacabuco	600
Teniente coronel José Echeverría	Batallón Bulnes	500
Coronel Jacinto Niño	Batallón Valparaíso	300
Teniente coronel Alejandro Gorostiaga	Batallón Coquimbo	500
Teniente coronel Juan Martínez	Batallón Atacama	590
Coronel Martiniano Urriola	Batallón Navales	640

<sup>529</sup> Mercado, *op. cit.*, pp. 157-159, 177-178; Juan José Pérez, *El Comercio*, Lima, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 163.

<sup>530</sup> Daza “Manifiesto...”, *op. cit.*, p. 158; Mercado, *op. cit.*, p. 57.

Coronel Ricardo Santa Cruz	Batallón Zapadores	400
Teniente coronel Pedro Soto Aguilar	Regimiento Cazadores a Caballo	395
Capitán Rodolfo Villagrán	Regimiento Granaderos a Caballo	125
	(1 compañía)	
Teniente coronel José Velásquez	Regimiento 2 de Artillería	625
Teniente coronel José Ramón Viadurre	Regimiento Artillería de Marina Ponteros	400
Total		9.868

FUENTES: Chile, “Plan Mayor”, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 64-68; Chile, Ministerio de Guerra y Armada, *Memoria... 1880*, *op. cit.*, pp. 22-23.

Lo que José Francisco Vergara y Feliciano Echeverría espiaron no era la caballería de Hilarión Daza sino al presidente boliviano y su escolta. Si una de las unidades chilenas hubiera atacado, podría haberlo capturado de modo sencillo. Sin embargo, no lo hicieron debido a un error crucial: como no estaban informados de que otra unidad chilena operaba en ese momento en la zona de Tacna, tanto Feliciano Echeverría como José Francisco Vergara confundieron al grupo explorador del otro por la vanguardia de las legiones de Hilarión Daza. Por lo tanto, en vez de enfrentar a lo que creían era el ejército boliviano completo, retrocedieron rápidamente para alertar a Erasmo Escala.

Como no sabía de este error crucial, Erasmo Escala se desplazó de inmediato para bloquear el avance putativo de Hilarión Daza hacia el sur. El 18 de noviembre, le ordenó al teniente coronel José Echeverría trasladar al batallón Bulnes desde Hospicio a Jazpampa, un cruce clave ubicado en el camino de Arica al sur. También ordenó al coronel Emilio Sotomayor transferir parte de la guarnición de Dolores a Jazpampa. El coronel Emilio Sotomayor obedeció, delegando en el teniente coronel Ricardo Castro la tarea de conducir hacia el norte al regimiento Tercero de Línea, al batallón Coquimbo y parte de la artillería. Aunque había despachado a algunos de sus hombres a Jazpampa, Emilio Sotomayor continuó obedeciendo las órdenes de Erasmo Escala de dirigirse al sur para sitiar Iquique. Emilio Sotomayor envió al capitán Manuel Barahona al sur, hacia Santa Catalina, para que se adelantara a explorar. Allí los chilenos se toparon con el grupo de avanzada de Juan Buendía.

Mientras el ejército de Hilarión Daza huía hacia el norte, el desprevenido general Juan Buendía se enfrentaba al difícil problema de reunir a sus fuerzas. Primero, llevó a los sobrevivientes de Pisagua, lejos de la costa, y luego hacia el sur, a las arenas desérticas de Tarapacá. Luego reunió estas tropas con todos los soldados aliados que estaban estacionados en la costa y en el interior para concentrar su fuerza, de manera de poder repeler una posible incursión chilena. El 8 de noviembre logró reunir a estos hombres en Pozo Almonte. Ocho días después, Juan Buendía, quien aún seguía el plan original

de Mariano Prado e Hilarión Daza, ordenó a su ejército de nueve mil hombres dirigirse al norte. El 8 de noviembre llegaron a Agua Santa. Mientras su infantería descansaba, Juan Buendía envió una unidad de caballería al norte a Negreiros, para recabar información. Fue esta unidad la que chocó con la caballería de Manuel Barahona.

La noticia del avistamiento de las fuerzas de Juan Buendía de parte de Manuel Barahona sin duda consternó a Emilio Sotomayor, quien comprendió que a menos que actuara, sus hombres podían ser aplastados entre los ejércitos de Hilarión Daza y Juan Buendía. Tras decidir tomar partido por la salitrera de Santa Catalina, Emilio Sotomayor llamó de vuelta con desesperación a las tropas que recién había enviado a reforzar el norte. Mientras los hombres de Ricardo Castro volvían sobre sus pasos, Emilio Sotomayor trasladó al regimiento Cuarto de Línea, doscientos veinte hombres de caballería y cuatro piezas de artillería a Santa Catalina, donde más adelante se les uniría el batallón Atacama. Erasmo Escala también actuó, ordenando a la Artillería de Marina, a una batería de artillería, al Segundo de Línea, a los Zapadores y al batallón Chacabuco dejar Hospicio para reforzar a los chilenos en el sur.

*Cuadro N° 11*  
FUERZAS ALIADAS DEFENDIENDO PISAGUA

---

Guarnición de Pisagua	Guardia nacional peruana	240
	Artilleros peruanos	45
	Batallón Victoria (B)	498
	Batallón Independencia (B)	397
Mejillones de Perú	Batallón Aroma (B)	490
Germania	Batallón Vengadores (B)	489

B = Boliviano

---

FUENTES: Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, pp. 94-100; Estado Mayor de Segunda División Boliviano, Agua Santa, 4 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 86.

A sugerencia de Bernardo de la Barra, el mismo sabio que había instado a Erasmo Escala a desembarcar en Junín, Juan Sotomayor decidió atrincherarse en Santa Catalina. Por fortuna para Chile y luego de un acalorado intercambio, José Francisco Vergara logró convencer a Emilio Sotomayor de abandonar Santa Catalina y enfrentar al enemigo en San Francisco, una amplia colina que se eleva a ciento ochenta metros sobre la pampa salitrera. Por el contrario, el cambio de opinión de Emilio Sotomayor requería que sus tropas abandonaran sus posiciones defensivas recientes preparadas en Santa Catalina, correr alrededor de seis kilómetros hacia el norte y atrincherarse nuevamente. Obedecer esta orden resultó ser una tarea ardua para los hombres del batallón Atacama,

que llegaron a Santa Catalina a las dos de la madrugada, del 9 de noviembre, solo para descubrir que tenían que volver de inmediato a Dolores, una tarea agotadora que lograron terminar justo antes del amanecer.

Mientras el ejército de Juan Buendía se movía fatigado hacia el norte, Emilio Sotomayor preparó sus defensas frenéticamente. El cerro San Francisco consistía en dos picos: el más bajo, llamado San Francisco Norte o cerro Dolores, daba a los defensores una vista de la pampa hacia el oeste y el suroeste, y el más alto, San Francisco Sur, tenía vista hacia el sur, el este y el oeste. El coronel Emilio Sotomayor ubicó al Cuarto de Línea y al batallón Coquimbo en las laderas más bajas del San Francisco Sur.

Levemente hacia la parte trasera y al noreste, el coronel Emilio Sotomayor emplazó ocho cañones de campaña bajo el mando del mayor José Salvo. También situó al batallón Atacama y a una unidad de artillería, que consistía en cuatro cañones de montaña y dos ametralladoras, al norte de estas unidades, con el objetivo de proteger el flanco izquierdo u oriental chileno. Doce piezas de artillería, cuyos campos de tiro cubrían sectores en el oeste y en el sur se ubicaron en el flanco derecho del San Francisco Norte. Un poco más abajo de estos cañones se extendía el regimiento Primero de Línea y los batallones Valparaíso y Naval mirando hacia el suroeste. Para defender la retaguardia chilena, así como los vitales pozos de agua de Dolores, los chilenos ubicaron ocho piezas más de artillería arriba de Tres Clavos, un afloramiento rocoso ubicado al norte del cerro Dolores. Estos cañones también podían impedir que cualquier unidad enemiga se dirigiera al norte para flanquear la posición chilena. Una fuerza mixta de tropas de infantería sacadas de otras unidades, dos escuadrones de caballería y los Zapadores, protegían la artillería cercana así como la parte posterior del San Francisco y el pozo de agua de Dolores<sup>531</sup>.

*Cuadro N° 12*  
BATALLA DE SAN FRANCISCO/DOLORES,  
19 DE NOVIEMBRE DE 1879

---

Fuerzas aliadas (dotación autorizada)

Ala derecha aliada

4 <sup>a</sup> división peruana – coronel Justo Pastor Dávila	
Batallón Puno N° 6	452
Batallón Lima N° 8	456
Regimiento Guías N° 3	173
Escuadrón Castilla	81
6 <sup>a</sup> división peruana – general Pedro Bustamante (exploradora)	
Batallón Ayacucho	702
Batallón Lima N° 3	355
Escuadrón Pasco	185

<sup>531</sup> Urquieta, *op. cit.*, vol. I, pp. 190-191; Amunátegui, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 137; Juan Martínez a José Amunátegui, Dolores, 21 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 138-139.

1 <sup>a</sup> división boliviana – general Carlos Villegas	
Batallón Paucarpata	457
Batallón Dalence	546
Batallón Illimani	530
Batallón Olañeta	484
Regimiento Bolívar N° 1 Húsares	281
Escuadrón Francotiradores	147
Ala izquierda aliada	
1 <sup>a</sup> división peruana – coronel Velarde	
Batallón Cazadores del Cuzco	482
Batallón Cazadores de la Guardia	472
Regimiento Húsares de Junín	343
3 <sup>a</sup> división peruana – coronel Francisco Bolognesi	
Batallón Ayacucho N° 2	460
Batallón Guardias de Arequipa	498
3 <sup>a</sup> división boliviana – General Pedro Villamil	
Batallón Aroma	559
Batallón Vengadores	529
Batallón Independencia	434
Batallón Victoria	537
Centro aliado	
2 <sup>a</sup> división peruana – coronel Andrés Cáceres	
Batallón Zepita	477
Batallón 2 de Mayo	636
Infantería aliada adicional	
Batallón Iquique 1	410
Batallón Voluntarios de Pasco	
Batallón Cazadores de Tarapacá	171
Columna Navales	
Columna Loa	303
Columna Tarapacá	196
Artillería aliada	
Columna Artillería de Costa	65
Brigada de Artillería	200
Total	11.662
Fuerzas chilenas	
Flanco izquierdo o este chileno – coronel Ricardo Castro	
Regimiento 3 de Línea	700
1 batería de 4 piezas de artillería	
Centro chileno – coronel José D. Amunátegui	
Batallón Atacama	500
Batallón Coquimbo	500
Regimiento 4 de Línea	1000
2 baterías de artillería (14 armas) más 2 ametralladoras Gatling	
Flanco derecho u oeste chileno – Coronel Martiniano Urriola	
Batallón Navales	600
Batallón Valparaíso	300

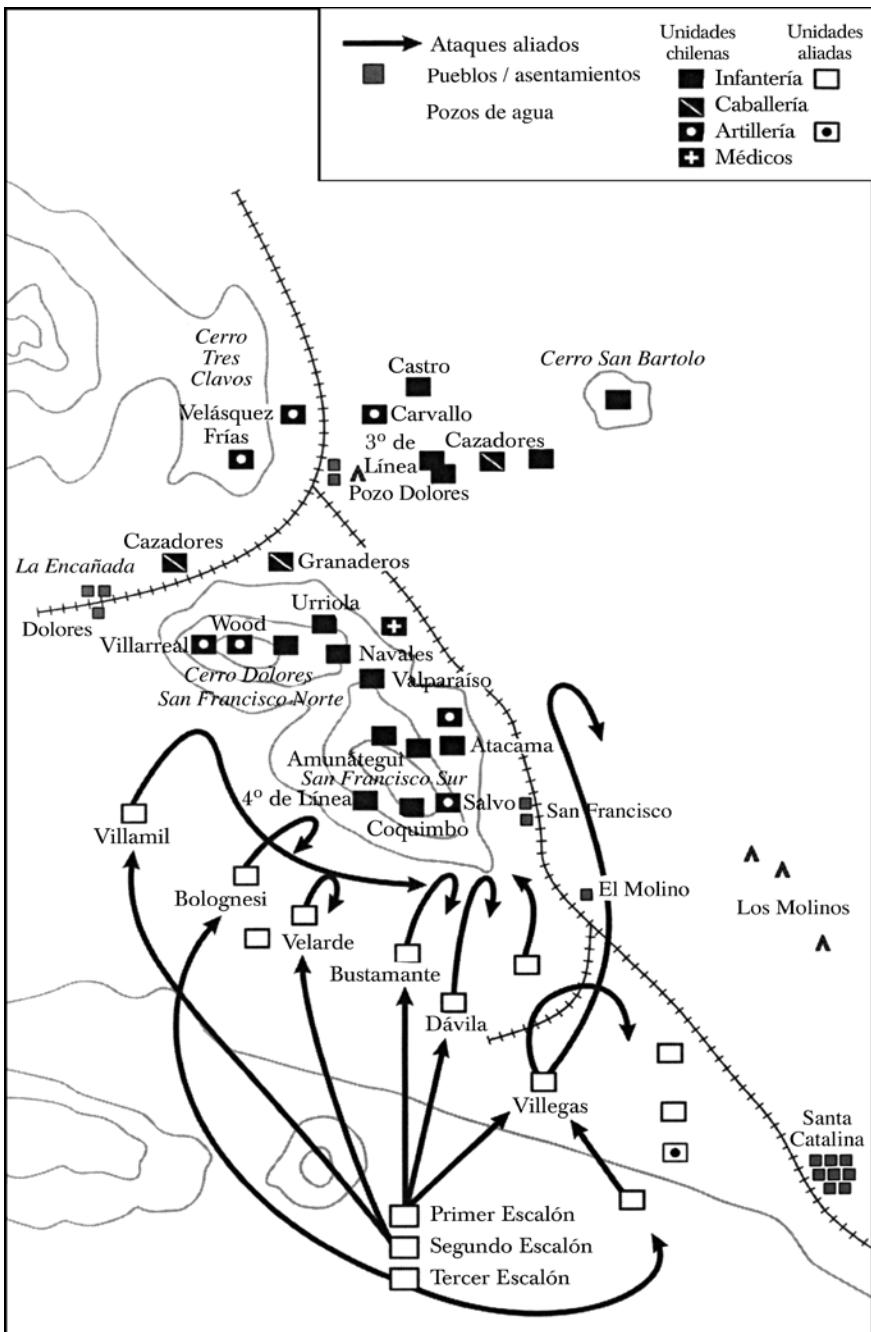
Regimiento Buin	1000
2 baterías de 6 piezas	
Infantería chilena	
Varios elementos tomados de otras unidades, algunos ingenieros	
Artillería chilena	
Repartida en flancos y retaguardia	106
Caballería chilena	
Regimiento cazadores a caballo – 1 escuadrón	
Escuadrón granaderos a caballo	

FUENTES: Buendía, *op. cit.*, pp. 153-154; Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, pp. 129-130; Machuca, *op. cit.*, vol. I, pp. 304-307; Agustín Toro Dávila, *Síntesis histórico militar*, pp. 256-257; Augusto Pinochet Ugarte, *La Guerra del Pacífico: Campaña de Tarapacá*, pp. 163-164; El informe del general Erasmo Escala dirigido al ministro de Guerra señala que los hombres del Bulnes pelearon, pero él es el único que menciona esa unidad. Erasmo Escala al ministro de Armada y Guerra, Partes oficiales chilenos, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 135.

### LA BATALLA DE DOLORES

Mientras los chilenos se apresuraban a tomar sus posiciones sobre el cerro San Francisco, siete mil cuatrocientos hombres, tres mil doscientos de ellos bolivianos, marchando en tres columnas paralelas, divididas en tres componentes, y encabezados por una línea de exploradores, que iban adelante para alertar la vanguardia y los flancos, avanzaron hacia el norte. La primera columna, al mando del general Pedro Bustamante, consistía en la Cuarta División peruana o Vanguardia del coronel Justo Dávila (batallones Puno y Lima Número 8), la Sexta División peruana o Exploradora del coronel Pedro Bustamante (batallones Ayacucho, Lima Número 3 y Columna Pasco) y la Primera División boliviana bajo el general Guillermo Villegas (batallones Paucarpata, Dalence, Illimani y Olañeta). El segundo grupo estaba compuesto de la Primera División peruana de Baltasar Velarde (batallones Cazadores del Cuzo y Cazadores de la Guardia), la Tercera División peruana del coronel Francisco Bolognesi (batallones Ayacucho Número 2 y Guardias de Arequipa) y la Tercera División boliviana, al mando del general Pedro Villamil (batallones Aroma y Vengadores, más el resto de los sobrevivientes de la batalla de Pisagua). La tercera oleada era la Segunda División peruana del coronel Andrés Cáceres (batallones Zepita y 2 de Mayo). A medida que avanzaban, las columnas se separaron del cuerpo principal de tropas, tomando cada una un camino diferente: la primera oleada formando la derecha de los aliados, la segunda constituyendo su izquierda. Parte del tercer destacamento, estacionado en la retaguardia, se convirtió en la reserva. Las unidades de artillería y caballería de los Aliados tomaron posiciones ligeramente más adelante del coronel Andrés Cáceres<sup>532</sup>.

<sup>532</sup> Andrés Cáceres, *La Guerra del 79: Sus campañas*, p. 25.



Batalla de Dolores/San Francisco.

El ir y venir corriendo entre Santa Catalina y San Francisco puede haber debilitado a los chilenos, pero estaban en mucho mejores condiciones que sus enemigos. En lugar de usar el camino al norte, Juan Buendía había ordenado a sus hombres viajar por tierra. Esta decisión resultó desastrosa: durante su marcha nocturna, las unidades aliadas se tropezaron entre ellas, cayeron en socavones profundos que los mineros habían cavado para extraer caliche, o chocaron con los montones de salitre que yacían en espera de ser refinados. No es de sorprender que las unidades perdieran su cohesión, siendo forzadas a detenerse de manera periódica para reordenar las formaciones. Peor aún, estos hombres llegaron a San Francisco no sólo exhaustos sino, también, hambrientos y deshidratados: durante las veinticuatro horas precedentes, sus raciones solo habían consistido en cuatro onzas de charqui de vacuno y unas pocas gotas de agua. Los hombres de Juan Buendía y Belisario Suárez “descalzos, desnudos, sin tener con qué comprar cigarros ni qué mandar a sus familias”; parecían solo ligeramente superiores a sus camaradas bolivianos, que habían pasado dos días sin agua<sup>533</sup>. Juan Buendía estaba desesperado por alimentar a sus hombres, pero como no tenía los fondos gubernamentales para comprar provisiones, no podía hacerlo. Al final tuvo que firmar un pagaré para pedir prestado dinero de modo de poder comprar suministros<sup>534</sup>.

A pesar de estos problemas, al menos según el coronel Andrés Cáceres, las tropas aliadas avanzaron con entusiasmo hacia el cerro San Francisco, ansiosas de atacar antes de que llegaran más refuerzos chilenos desde Hospicio. Pero mientras las bandas tocaban aires marciales y los oficiales arengaban a sus tropas, Juan Buendía ordenó a sus hombres detenerse, construir refugios y descansar: los peruanos habían retrasado la ofensiva para esperar a Hilarión Daza, que estaría al mando de estos diez mil soldados. Como descubriría el comandante peruano, ni Hilarión Daza ni sus hombres llegaron el 19 de noviembre de 1879, como estaba planificado. Si esta noticia deprimió a Juan Buendía, debe haber desmoralizado a los soldados bolivianos que no solo se desanimaron sino que, además, se transformaron en blanco de groseras burlas peruanas. Debido a la defeción de Hilarión Daza, Juan Buendía tuvo que asumir repentinamente el comando de las tropas aliadas<sup>535</sup>.

Algunos de los camaradas de Juan Buendía dudaban que el oficial peruano fuera apto para asumir el mando. Aunque era conocido como un hombre educado y culto, se decía que no poseía una personalidad

“que impone respeto y obediencia en el ejército, ni tenía la capacidad profesional que inspira a sus subordinados la más ciega confianza en sus aptitudes”<sup>536</sup>.

<sup>533</sup> Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, pp. 124-125.

<sup>534</sup> Buendía, *op. cit.*, p. 30; Belisario Suárez, Tarapacá, 23 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 142-144.

<sup>535</sup> Ladislao Cabrera, *La Democracia*, p. 157.

<sup>536</sup> Camacho, *op. cit.*, p. 404.

Mal preparado, y llevado por casualidad al mando de un ejército heterogéneo y marcado por la intranquilidad, fue, al parecer, el hombre equivocado en el momento equivocado.

No resulta sorprendente que dedicara una buena parte de la mañana a tratar de ponerse al día, estudiando la situación para determinar si debía actuar y luego, después de concluir que sí debía, idear una estrategia para capturar San Francisco. Aproximadamente a las once de la mañana, presentó a sus oficiales de mayor rango su plan, que requería que una parte de su fuerza expedicionaria atacara a las tropas chilenas atrincheradas en el extremo sur del cerro San Francisco. Mientras el enemigo se defendía de este asalto, la derecha aliada se dirigiría primero hacia el noreste y luego viraría al norte, paralelo a la línea de ferrocarril, de manera de poder capturar el pozo de agua de Dolores. Entretanto, mientras los peruanos avanzaban lento hacia el oasis, su ala izquierda se dirigiría hacia el noroeste, a lo largo del costado oeste del cerro San Francisco y luego giraría hacia el este hasta llegar a La Encañada ubicada detrás del cerro Dolores. Si tenían éxito, los aliados habrían rodeado a los chilenos y al mismo tiempo los habrían privado del acceso a agua, dejando a Emilio Sotomayor con la desagradable alternativa de capitular o tratar de abrirse paso entre las líneas aliadas.

Algunos de sus oficiales se opusieron, si no a su plan, a los tiempos de su ejecución. Como observó el general Pedro Villamil, como la mayoría de las tropas bolivianas estaban hambrientas, sedientas, exhaustas y desmoralizadas por la defeción de Hilarión Daza, esa tarde no era el momento más propicio para lanzar una ofensiva. Sugirió, en cambio, que Juan Buendía postergara el ataque hasta la mañana siguiente, recomendación que secundó Belisario Suárez. Al parecer, Juan Buendía ignoró sus objeciones en un principio, ordenando el asalto cerca de las tres de la tarde. De hecho, el coronel Andrés Cáceres estaba en el proceso de conducir a sus hombres hacia las posiciones chilenas cuando de pronto llegó galopando un compañero de armas, el coronel Belisario Suárez, para informarle: “Felizmente he conseguido del comandante en jefe que se suspenda el ataque, postergándolo para mañana a primera hora”. Al parecer, Juan Buendía se había encontrado de forma inesperada con algunos de sus oficiales justo antes del ataque, quienes argumentaron en forma tan convincente, que canceló la ofensiva por segunda vez. Le dijo a sus subordinados que, en cambio, distribuyeran raciones a los hombres, de manera que pudieran pasar la tarde comiendo y descansando, preparándose para el asalto al cerro San Francisco al amanecer<sup>537</sup>.

Tal vez fueron fuerzas menos obvias las que inspiraron la decisión de Juan Buendía. Claramente, la defeción de Hilarión Daza empeoró la situación: tras asumir el mando de improviso, a Juan Buendía y su jefe de personal, el

<sup>537</sup> Cáceres, *op. cit.*, p. 26; Paz Soldán, *op. cit.*, p. 322; Belisario Suárez a Juan Buendía, Puno, 12 de agosto de 1885, en Buendía, *op. cit.*, p. 193; Gamarra, *op. cit.*, p. 99.

coronel Belisario Suárez, les preocupaba la confiabilidad de las tropas bolivianas. Esta no era la primera vez que los peruanos cuestionaban las capacidades de sus aliados: después de Pisagua un burócrata se quejó a Juan Buendía de que los bolivianos eran “una desilusión mayor, desobedientes o irrespetuosos con todos”<sup>538</sup>.

Juan Buendía también tenía abundantes motivos de preocupación: oficiales bolivianos de alto rango, entre ellos los generales Pedro Villamil y Guillermo Villegas, anunciaron con desenfado que su deber no consistía en tratar de arrebatar San Francisco a los chilenos, sino en derrocar a Hilarión Daza. Al escuchar por casualidad estos comentarios, el coronel peruano Justo Pastor Dávila murmuró: “con estos jefes inútiles, bien pueden llevarnos los diablos”. Peor aún, algunos comandantes peruanos informaron que unos pocos oficiales bolivianos, citando el abandono de Hilarión Daza, habían alentado a sus hombres a desertar, de modo que pudieran volver a La Paz para destituir al dictador. Al parecer, los conscriptos estaban dispuestos a seguir el consejo de sus oficiales: un coronel peruano que hablaba quechua, Víctor Fajardo, descubrió al escuchar con sigilo a algunos soldados bolivianos que estas tropas, como no querían morir por Perú, pensaban disparar sus rifles un par de veces y luego huir a La Paz. Claramente hubiese sido prudente que los peruanos reconsideraran su ataque hasta estar más seguros de sus camaradas bolivianos<sup>539</sup>.

Mientras tanto, los hombres del ejército aliado descansaban. Usando sus frazadas para protegerse del sol abrasador, algunos soldados comieron; otros, en especial los sedientos bolivianos, hicieron cola frente a un pozo cerca de la salitrera El Porvenir para beber y llenar sus cantimploras. De acuerdo con un testigo boliviano, Miguel Armaza, los soldados bolivianos solicitaron y recibieron permiso de Juan Buendía para que las unidades de las dos naciones se turnaran en el pozo. O los comandantes subordinados de Juan Buendía no recibieron la orden o eligieron hacer caso omiso. Cualquiera fuera la razón, a alrededor de las tres de la tarde los supuestos aliados empezaron a discutir por el agua; las palabras escalaron a golpes cuando un peruano atacó a un boliviano. Entonces, un rabioso soldado boliviano apuñaló a un peruano con una bayoneta al tiempo que instaba a sus camaradas a abrir fuego contra sus aliados<sup>540</sup>. Cuando alguien disparó su rifle –los espectadores no estuvieron seguros contra qué– otros también empezaron a disparar. No se supo la identidad del soldado de gatillo fácil. Aunque no estaban seguros y como era de esperar, los peruanos culparon a sus camaradas bolivianos; una fuente identificó al culpable como un sargento boliviano que servía en el batallón Illimani. Para

<sup>538</sup> Luis Felipe Rosas al General de División, La Angostura, 5 de noviembre de 1879, en Buendía, *op. cit.*, p. 182.

<sup>539</sup> Cáceres, *op. cit.*, pp. 26-27; Buendía, *op. cit.*, pp. 41-42; Belisario Suárez a Juan Buendía, Puno, 12 de agosto de 1885, en Cáceres, *op. cit.*, pp. 191-2; Gamarra, *op. cit.*, p. 99.

<sup>540</sup> Miguel Armaza, *La verdad sobre la campaña de San Francisco*, p. 5; Molina, *op. cit.*, p. 37.

complicar el asunto, un oficial de artillería chileno admitió luego que sus hombres, que interpretaron la presencia boliviana en el pozo de agua de Porvenir como el preámbulo de un ataque a sus posiciones, habían abierto fuego<sup>541</sup>. Este acto, a su vez, incentivó a las tropas reunidas en el pozo de agua, a avanzar. La repentina aparición de un oficial montado peruano, que ordenó avanzar a los hombres, convirtió este avance tentativo en una carga. Sea intencional o no, la batalla de Dolores había empezado<sup>542</sup>. Entretanto, al escuchar la balacera el resto de las tropas peruanas creyeron que la batalla había comenzado y se unieron al espontáneo ataque. Sus oficiales trataron de detener la carga, pero los bolivianos, como descubrió Belisario Suárez,

“sordos a la corneta, indóciles al ruego, a la amenaza, a la exhortación i a todo, los soldados bolivianos sin jefes, continuaban su obra con la precipitación i frenesí propio de quien no tiene otro objeto que hacer incontenible el desorden”,

siguieron adelante. Muy pronto se hizo evidente que los comandantes aliados no tenían más opción que atacar, siguiendo el plan de batalla que Juan Buendía había esperado emplear a la mañana siguiente<sup>543</sup>.

Como estaba programado, las columnas cerradas de los batallones peruanos Lima Número 8, Puno y Zepita, y los bolivianos Illimani y Olañeta, encabezados por los exploradores atacaron a los chilenos atrincherados en el extremo sur del cerro San Francisco. Al inicio las tropas aliadas gozaron de algún éxito porque habían logrado encontrar una zona muerta donde los proyectiles de la artillería chilena no podían alcanzarlos. Para mala fortuna, cuando los hombres de Justo Dávila y Pedro Bustamante empezaron a escalar la cuesta –una tarea difícil que se vio empeorada por el calor, el polvo, el suelo arcilloso y lo escarpado del terreno– algunas de las tropas del Olañeta y del Illimani, actuando en pequeños grupos desorganizados, abrieron fuego. Trágicamente, las tropas bolivianas cuyos rifles no tenían el alcance necesario, no dispararon sobre los defensores chilenos sino que abatieron a sus camaradas<sup>544</sup>.

Atrapado en un fuego cruzado mortal, que Remigio Morales del batallón Lima consideró “un error fatal que, no es de extrañar, produjo una calamidad”, el asalto se detuvo. A pesar de ello, algunos de los hombres del Zepita y del Illimani remontaron las alturas, silenciando un cañón de la batería chilena.

<sup>541</sup> Erasmo Escala al ministro de Guerra y Marina, Dolores, 25 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 134; Emilio Sotomayor a Erasmo Escala, Dolores, 3 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 135.

<sup>542</sup> Pedro Bustamante, *La Patria*, Lima, 19 de enero de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 216; Cáceres, *op. cit.*, p. 27; Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 136.

<sup>543</sup> Cáceres, *op. cit.*, p. 27; Belisario Suárez, Tarapacá, 23 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 142-144.

<sup>544</sup> Belisario Suárez, Tarapacá, 23 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 142-144.

Durante un breve momento, pareció que los peruanos triunfarían: de hecho unos pocos soldados capturaron dos piezas de campaña de los chilenos<sup>545</sup>. Pero los artilleros de la división de Artillería, que luchaban como infantería junto al Atacama y al Coquimbo, lanzaron una serie de cargas de bayoneta que repelieron a los atacantes<sup>546</sup>. Las tropas aliadas contraatacaron tres veces, pero al final las bajas causadas por la artillería, armas pequeñas y cañones chilenos, además del agotamiento y la falta de municiones, fueron demasiado: desmoralizados por el fuego amistoso de los bolivianos, los soldados aliados se retiraron<sup>547</sup>.

Mientras las tropas peruanas y bolivianas trataban de capturar las posiciones chilenas en el extremo sur del cerro San Francisco, los aliados lanzaron sus movimientos de envolvimiento. Las fuerzas de Juan Buendía –compuestas por los batallones Lima Número 3 y Ayacucho, más los batallones bolivianos Paucarpata y Dalence– se dirigieron al costado este del cerro San Francisco, mientras que los hombres de Belisario Suárez se desplazaron hacia el lado oeste de la colina. Ninguno de los comandantes tuvo éxito. Martiniano Urriola, que comandaba la artillería chilena, ubicada en la pendiente delantera del cerro Dolores, abrió fuego con “resultados magníficos”, tal como observó con recato el oficial chileno. Al otro lado del cerro San Francisco, los hombres del Aroma y Vengadores, junto a los sobrevivientes de Pisagua, trataron de avanzar hacia el norte para capturar la artillería chilena, pero fracasaron debido a los batallones Valparaíso y Bulnes que habían llegado hace poco y que, tras haberse trasladado con apremio desde la estación de trenes, para unirse a la batalla, repelieron el ataque<sup>548</sup>. Los hombres de Juan Buendía sufrieron un destino similar: aunque sus tropas lograron llegar a la línea de ferrocarril y avanzar hacia los pozos de agua de Dolores, la artillería chilena ubicada en la ladera este del San Francisco y en la cumbre del Tres Clavos los abatió con tal severidad que su comandante ordenó la retirada. Juan Buendía trató de concentrar a sus hombres, pero los cañones chilenos los detuvieron. Y cuando los aliados emprendieron la retirada, los chilenos contraatacaron<sup>549</sup>.

<sup>545</sup> Remigio Morales Bermúdez a Jefe del Estado Mayor, División de Vanguardia, Aguada de Ramírez, 20 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 145; Cabrera, *La Democracia*, *op. cit.*, pp. 156-157.

<sup>546</sup> José Amunátegui, Dolores, noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 137; Emilio Sotomayor a Erasmo Escala, Campamento de Dolores, 3 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 135-136; José Martínez a José Amunátegui, Campamento de Dolores, 21 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 138-139.

<sup>547</sup> Belisario Suárez, Tarapacá, 23 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 142-144; Manuel Isaac Chamorro al Jefe del Estado Mayor, División de Vanguardia, nd, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 144; Remigio Morales Bermúdez al Jefe del Estado Mayor, División de Vanguardia, Aguada de Ramírez, 20 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 144-145.

<sup>548</sup> Martiniano Urriola a Emilio Sotomayor, Campamento de Dolores, 20 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 139.

<sup>549</sup> Donato Vásquez al Prefecto y Comandante del departamento Oruro, 12 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 159.

Mientras tanto, bajo intenso fuego de artillería, algunas tropas bolivianas vacilaron primero y luego, cantando “a Oruro, a Oruro,” arrojaron sus armas al suelo y escaparon al desierto<sup>550</sup>. Estos soldados no solo huyeron sino que lo hicieron frente a toda la fuerza expedicionaria aliada, lo que desató un pánico derrotista que se propagó. Aunque Andrés Cáceres menospreciaría más adelante a los bolivianos por ser incapaces, no todos se acobardaron. El Dalence pudo haberse replegado, pero no salió huyendo. Además, algunas unidades peruanas no se comportaron con más valentía: la caballería de Juan Buendía, que se había mantenido en reserva, también se atemorizó. Una vez que empezo la huida ni “las amenazas, ni los llamamientos al patriotismo i a las obligaciones del soldado causaron efecto”. Hacia las cinco de la tarde, sin caballería o aliados bolivianos, las restantes unidades peruanas huyeron “en completo desorden a los campos de nitratos”. La disciplina había colapsado, y algunas tropas parecían estar al borde de la rebelión<sup>551</sup>.

La derrota en Dolores, que sucedió justo después de la pérdida de su escuadra y el desembarco de Chile en Pisagua, hirió de gravedad la psique peruana. *El Nacional* de Lima registró las terribles consecuencias:

“Por todos los poros de nuestro organismo mana la sangre de nuestra vergüenza i del vilipendio que un puñado de funcionarios indignos por su ineptitud han echado sobre la Republica”<sup>552</sup>.

*El Comercio*, un diario limeño, culpó de la derrota a Juan Buendía, observando:

“es inesplicable la temeridad del jeneral, que teniendo sobre sí la responsabilidad de la suerte de 10,000 soldados, hubiera decidido un ataque sin la menor probabilidad de triunfo, i con seguridad tan completa de un sacrificio estéril i dolorosamente caro para el país”.

El periódico esperaba que los generales involucrados, tras perder el treinta y siete por ciento de sus tropas, aprendieran de sus errores<sup>553</sup>. Sus supuestos aliados resultaron igual de críticos. Un boliviano observó, “el cerebro de Juan Buendía estaba confundido. En esa inmensa masa de hombres, era la única cabeza que no pensaba”. A Belisario Suárez no le fue mejor; fue descrito como alguien enfrentado a un laberinto “que no podía ordenar ni comprender”<sup>554</sup>.

Por supuesto, la derrota en Dolores no fue inesperada. Las inexpertas, agotadas, indisciplinadas, descalzas y miserablemente equipadas tropas bolivianas,

<sup>550</sup> Cáceres, *op. cit.*, p. 28.

<sup>551</sup> Donato Vázquez al Prefecto y Comandante del departamento, Oruro, 12 de diciembre de 1879, p. 159; Cabrera, *La Democracia*, *op. cit.*, p. 157; Molina, *op. cit.*, p. 44.

<sup>552</sup> *El Nacional*, Lima, 29 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 177.

<sup>553</sup> *El Comercio*, Lima, 18 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 155.

<sup>554</sup> Molina, *op. cit.*, p. 33.

que luchaban junto a aliados, que los denigraban, y bajo el mando de oficiales sin preparación que no conocían, no tenían posibilidad alguna de éxito. Qué más podía esperarse, preguntaba Miguel Armaza, de generales “incapaces de mandar tropas” que solo sabían como derramar “su sangre inútilmente”<sup>555</sup>. Un destacado político boliviano, Ladislao Cabrera, observó:

“No hubo un error que no se cometiera, desde el más trascendental hasta el del simple detalle. Ni siquiera fue una escaramuza bien dirigida. No hubo plan de batalla, no hubo Jeneral en Jefe, no hubo comandante jeneral de división que recibiera ordenes terminantes, ni siquiera indirectas”.

Mientras algunos atribuían la derrota a la huida de Hilarión Daza, Juan Buendía –al que un chileno retrató como alguien “que habla de todo sin saber nada”– también se quedó corto. Un boliviano atribuyó sus fracasos al hecho de que estaba tan embobado enamorando a su amante, una chilena de trece o catorce años, que prestó poca atención a dirigir la guerra<sup>556</sup>.

Aunque salieron victoriosos en Dolores, los chilenos también tenían motivos de preocupación más que suficientes. El general Erasmo Escala se reveló como un hombre tan ultramontano que parecía más preocupado de que sus oficiales cumplieran con sus obligaciones religiosas que con proteger la salud de sus tropas: olvidó agregar ambulancias o unidades médicas a la fuerza invasora, condenando así a muchas de sus tropas heridas a una muerte angustiosa y lenta. La letanía de los errores de Erasmo Escala no se detenía: el general había esperado hasta las tres de la madrugada del 19 de noviembre antes de enviar a San Francisco los refuerzos que se necesitaban con tanta urgencia. No logró ordenar a su caballería, que permanecía fuera de la batalla, a cazar a los rezagados. En realidad, Erasmo Escala, quien iba acompañado de su capellán personal, solo llegó a Dolores después de que sus hombres habían terminado de limpiar el campo de batalla. No sin razón, algunos argumentaron que el general contribuyó poco o nada a la batalla.

Aun así, Erasmo Escala tenía estilo: en vez de ordenar a sus tropas perseguir y exterminar al enemigo en fuga, el General observó con benevolencia mientras su compañero clérigo –a quien Juan Williams Rebolledo había expulsado de la Armada– desplegó con orgullo un estandarte que llevaba la imagen de la Virgen del Carmen. Quizá olvidando que el ejército boliviano también reclamaba a la Virgen del Carmen como su santa patrona, Erasmo Escala le dijo a José Francisco Vergara: “Aquí tiene, señor secretario, lo que nos

<sup>555</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 10 de diciembre de 1879; *La Opinión Nacional*, Lima, 29 de diciembre de 1879; Armaza, *op. cit.*, p. 13.

<sup>556</sup> *El Independiente*, Santiago, 23 de abril de 1879; *El Mercurio*, Valparaíso, 15 de enero de 1880; Cabrera, *La Democracia*, *op. cit.*, I, pp. 156-157. Hay diferencias de opinión con respecto a la edad de esta joven. Alberto del Solar la describió de dieciocho años con lo que elevó el estatus del general de pedófilo al de sátiro braguetero. Alberto del Solar, *Diario de Campaña*, p. 65.

ha de dar el triunfo, aunque Ud. no crea en ella". Por una vez el General, cuya perspicacia el "Señor Secretario" cuestionaba con razón, estaba en lo correcto: José F. Vergara –un gran maestro en la Logia Masónica de Santiago– rechazó enfático la piadosa afirmación de Erasmo Escala. Los chilenos, respondió el oficial, "lo deberemos más a nuestro valor y bayonetas que a lo que pueda hacer por nosotros esta buena imagen". *El Mercurio* también compartía el anticlericalismo de José Francisco Vergara. Crítico del General por sustituir con un estandarte religioso el tricolor chileno, el diario argumentó que Erasmo Escala rara vez encabezaba a sus tropas: "En Pisagua, estaba en Junín; en Dolores en Hospicio, en Tarapacá en Iquique, y hoy dónde los conducirá?". Sin embargo, los beatos veían la mano de Dios en la victoria chilena. El capellán Ruperto Marchant citó a Erasmo Escala diciendo que ni los cañones ni las bayonetas importaban: "Es el Dios de los Ejércitos el que sabe dar la victoria a quien quiere y cuando quiere". El mismo cura también vio una correlación directa entre la asistencia a misa de las tropas y las victorias de Chile<sup>557</sup>.

A pesar de los reportajes repletos de patrióticos hechos de sangre, las bajas en Dolores no fueron tan elevadas. Ladislao Cabrera estimó que los bolivianos perdieron de cuatrocientos a quinientos hombres, entre muertos y heridos. Juan Buendía colocó la cifra para los peruanos en cuatrocientos ochenta y ocho (poco más que el diez por ciento). Los chilenos indicaron que sesenta y uno de sus hombres habían muerto, siendo el batallón Atacama el que sufrió las mayores pérdidas; otros ciento setenta y seis fueron heridos. La tasa de muertos de Chile subió pronto: como Erasmo Escala no incluyó personal médico y ambulancias, los chilenos estuvieron obligados a evacuar sus heridos. Cuando los sobrevivientes de la batalla de San Francisco llegaron a Chile, muchas de sus heridas estaban gangrenadas<sup>558</sup>.

El número relativamente bajo de muertos y heridos no debiera ocultar la ferocidad del combate: Juan Martínez, el comandante del Atacama, reportó haber encontrado un soldado chileno y uno peruano, quienes, tras haberse disparado y empalado uno a otro, permanecían entrelazados por el *rigor mortis* en un mortal abrazo final. Modesto Molina, un periodista boliviano, mencionó que muchos cuerpos de los muertos aliados en Germania tenían heridas causadas por corvo, además de signos de haber sido mutilados. Peor aún, los hombres de José Francisco Vergara dejaron a sus enemigos sin vida en la pampa, donde aves de rapiña destrozaron sus hinchados cuerpos<sup>559</sup>.

<sup>557</sup> Diego Dublé Almeyda, "Diario de Campaña", pp. 111-112; Vergara, *op. cit.*, p. 56; *El Mercurio*, Valparaíso, 23 de febrero de 1880; Ruperto Marchant Pereira, *Crónica de un capellán de la Guerra del Pacífico*, p. 31.

<sup>558</sup> Buendía, *op. cit.*, p. 39; Cabrera, *La Democracia*, *op. cit.*, p. 158; Poblete, "El servicio...", *op. cit.*, p. 480; Erasmo Escala al ministro de Guerra y Armada, nd, en Chile, Ministerio de Guerra y de la Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, p. 65.

<sup>559</sup> Molina, *op. cit.*, pp. 26-27.

Los chilenos, por supuesto, tenían sus propias quejas: un oficial, por ejemplo, insistió en que sus enemigos usaban balas explosivas<sup>560</sup>. En realidad, no eran explosivas sino misiles de alta velocidad que causaban graves daños.

El desorden y la confusión marcaron la retirada de los aliados. Decididos solo a sobrevivir, los bolivianos desmoralizados, enfermos y añorando su hogar se precipitaron hacia el desierto alto. Una vez a solas, estas tropas degeneraron en una horda de saqueadores y pillos que se cree rivalizaban con los hunos de Atila: “no eran hombres, eran fieras de Senegal, que no quieren sino saciar su apetito sin límite”<sup>561</sup>. Las legiones de Juan Buendía se comportaron apenas mejor, desprendiéndose de sus equipos al fugarse. Los chilenos que los siguieron, recogieron las banderas de combate, suministros y doce piezas de campaña desmontadas del enemigo<sup>562</sup>. Los peruanos por lo menos tuvieron la presencia de ánimo de tratar sus cañones cuando descubrieron que no tenían animales para arrastrar su artillería<sup>563</sup>.

La incompetencia y el sufrimiento que causó se convirtieron en el *leitmotiv* de la travesía aliada por el desierto. Las tropas en fuga pasaron su primera noche sin avanzar hacia el este, deambulando en círculos. Solo la buena suerte y una espesa niebla los salvó de tropezar con un campamento chileno. Ninguno de los comandantes aliados, que tenían órdenes de conducir a sus hombres a Arica, sabía su ubicación o cómo llegar. Al parecer, tampoco tenían mapas para consultar. Para mala fortuna, sus guías parecían solo mejor informados. Unos cuantos afortunados montaban mulas que habían sido utilizadas para arrastrar la artillería aliada. La marcha boliviana a través del desierto casi repitió la desorganización que había caracterizado el malogrado viaje de Hilarión Daza desde Arica a Camarones. El tren de suministros colapsó. Obligados a caminar solo un poco grandes distancias bajo un sol abrazador y sin agua, algunos soldados bebieron su propia orina, y el único alimento de las tropas consistió en dos o tres cabras vivas, que los hombres tuvieron que sacrificar<sup>564</sup>. De alguna forma los sobrevivientes aliados llegaron de manera desordenada a Tarapacá el 22 de noviembre.

Mientras los supervivientes de Dolores se tambaleaban hacia el este, Juan Buendía telegrafió al coronel Miguel Ríos, ordenándole unirse a los restos de

<sup>560</sup> Alejandro Gorostiaga al editor de *Los Tiempos*, Dolores, 31 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 302.

<sup>561</sup> Cabrera, *La Democracia*, *op. cit.*, pp. 156-57; Molina, *op. cit.*, p. 46.

<sup>562</sup> Cabrera, *La Democracia*, *op. cit.*, p. 157; Buendía, *op. cit.*, p. 38; Erasmo Escala al ministro de Guerra, Pisagua, 2, 24 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VI, p. 33; Emilio Sotomayor al General en Jefe, Pisagua, 29 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 166-167; José Martínez a José Amunátegui, Campamento de Dolores, 21 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 139; Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. V, p. 362; Buendía, *op. cit.*, p. 38.

<sup>563</sup> Pinochet, *op. cit.*, p. 174.

<sup>564</sup> Cáceres, *op. cit.*, pp. 30-31; *La Patria*, Lima, 24 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 236-238; Molina, *op. cit.*, pp. 44-45, 47; *La Democracia*, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 157; Molina, *op. cit.*, pp. 44-47.

la fuerza aliada en Tarapacá, a ciento diez kilómetros del puerto. Pero antes de entregar Iquique, Miguel Ríos desarmó sus cañones costeros y destruyó todo lo que sus hombres no podían llevarse. Así, el 22 de noviembre, después de entregar la ciudad al cuerpo consular local, Miguel Ríos condujo a sus hombres, principalmente guardias nacionales, hacia el desierto. Al día siguiente, marineros del escuadrón de bloqueo ocuparon el puerto hasta que las tropas del regimiento Esmeralda tomaron el control. Tres días más tarde, después de perderse dos veces y luego de marchar los últimos ochenta y siete kilómetros sin alimento o agua, novecientos de los originales mil treinta y cuatro hombres

—“era un conjunto de hombres desesperados por el calor de la arena, por el hambre y sobre todo por la sed, en completo desorden, con las ansias del martirio. Los más fuertes llevaban la delantera y los desfallecidos quedaban rezagados entregándose a los designios de la Providencia”—

llegaron arrastrándose a Tarapacá<sup>565</sup>.

## TARAPACÁ

Como Erasmo Escala creía que San Francisco era solo un prefacio para otra batalla más titánica, esta vez con todo el ejército aliado, se negó a perseguir a sus enemigos en fuga<sup>566</sup>. Pero una vez que la camanchaca, la niebla del desierto, se despejó y los chilenos pudieron ver la nube de polvo provocada por sus enemigos en retirada, se dieron cuenta de que los aliados no tenían intención de lanzar otro ataque. El coronel Emilio Sotomayor, hermano de Rafael, confirmó esta opinión cuando algunos arrieros capturados le informaron que Juan Buendía había elegido Tarapacá como el punto de reunión para sus desperdigadas tropas, información que el oficial transmitió a Erasmo Escala. El General también recibió noticia de que el ejército aliado tenía

“hombres en pésimas condiciones, agobiados por el cansancio, escasez de recursos, i en un estado de completa desmoralización, producida en gran parte por su vergonzosa fuga, i por la profunda disensión que se hacia sentir entre las fuerzas aliadas, i que se revelaba ya en hechos escandalosos i mui serios”<sup>567</sup>.

<sup>565</sup> Molina, *op. cit.*, 49-50; Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 154; Roberto, *El Nacional*, 8 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 216; Trinidad Guzmán, *Apuntes para la historia. La división Ríos en la campaña, batalla y retirada de Tarapacá*, pp. 8-9.

<sup>566</sup> José Echeverría a Jefe del Estado Mayor, San Francisco, 25 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 90-91.

<sup>567</sup> Erasmo Escala al ministro de Guerra, Santa Catalina, 5 de diciembre de 1879, en Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria 1879*, *op. cit.*, pp. 68-71.

Esta información subestimaba con desatino la condición del ejército de los aliados.

Tras escuchar este informe, el insopportablemente entusiasta José F. Vergara pidió y recibió autorización de Erasmo Escala para conducir una expedición hacia Tarapacá. Por tanto, el 24 de noviembre partió hacia el sur, a la cabeza de un escuadrón de Granaderos a Caballo, doscientos cincuenta zapadores y dos cañones de campaña. Al día siguiente, un prisionero peruano informó a José Francisco Vergara que en Tarapacá había mil quinientos soldados enemigos. Consciente de que su grupo operativo no disponía del personal para enfrentar una fuerza de tal envergadura, solicitó a Erasmo Escala que enviara tropas adicionales. El General cedió, y ordenó al coronel Luis Arteaga conducir mil novecientos hombres –el Chacabuco y el regimiento Segundo de Línea, la Artillería de Marina y la Unidad de Artillería, así como una sección de los Cazadores a Caballo– para reforzar el pequeño grupo de José Francisco Vergara. Tal vez porque no había combatido en Pisagua o Dolores, Luis Arteaga no entendía la importancia de asegurar que sus hombres llevaran suministros adecuados de víveres, forraje y sobre todo agua para ellos y sus animales de carga. Sus tropas pagaron muy caro por este descuido.

El 25 de noviembre los hombres de Luis Arteaga se trasladaron en tren y a pie desde Santa Catalina a la oficina salitrera de Negreiros, donde se suponía que se reunirían con José Francisco Vergara. El oficial de la guardia nacional, sin embargo, ya había partido hacia Tarapacá. Aunque tenía más experiencia en la guerra en el desierto, José Francisco Vergara lamentablemente cometió el mismo error crucial que Luis Arteaga: tampoco se aseguró de que sus hombres llevaran suficientes suministros, en especial agua. Furioso porque José Francisco Vergara no lo había esperado, Luis Arteaga logró alcanzarlo y presentó al oficial de milicia dos alternativas: volver a Negreiros o permanecer en Iluga, donde ahora estaba descansando. José Francisco Vergara aceptó la segunda alternativa y pasó el 26 de noviembre esperando que llegaran las tropas de Luis Arteaga. Ansioso por hacer algo, envió algunos exploradores a espiar al desaliñado contingente de Miguel Ríos, las tropas que antes habían guarnecido Iquique, que llegaban arrastrándose a Tarapacá. Sobre la base de su apariencia y número, concluyó por error que la guarnición enemiga consistía en no más de dos mil quinientos hombres exhaustos. Pero Luis Arteaga, en vez de esperar por los suministros que el general Erasmo Escala había prometido enviar, ordenó a un oficial y algunos hombres conducir la columna prometida de abastecimiento al resto de la unidad mientras él partía al desierto. Nueve agotadoras horas después de salir de Negreiros, alcanzó a José Francisco Vergara. Por desdicha, como habían consumido todas sus raciones y agua en el camino, los hombres del Coronel llegaron con las manos vacías. Esta noticia dejó desolado, a José Francisco Vergara, que estaba esperando que Luis Arteaga trajera suministros para sus hambrientos y deshidratados hombres. Los chilenos se enfrentaron a una desagradable elección: o atacar Tarapacá, que tenía pozos de agua, o

perecer en el desierto. Por tanto, Luis Arteaga, que aún creía que sus enemigos eran pocos en número y que estaban en peor condición que ellos, decidió atacar antes que los peruanos evacuaran la ciudad<sup>568</sup>.

### LA BATALLA POR TARAPACÁ

Tarapacá era un pueblo pequeño situado al fondo de una quebrada profunda, de trescientos a seiscientos metros de ancho y aproximadamente quince kilómetros de largo. Era común que corriera un río por la garganta, aunque durante las sequías era salobre y se estancaba. En un inicio, el pueblo tuvo al menos cuatro mil quinientas tropas aliadas –el triple de su población normal–, pero cuando llegaron los chilenos, mil quinientos hombres de la División Vanguardia del coronel Juan Pastor Dávila y la Primera División del coronel Alejandro Herrera ya habían llegado a Pachica, en ruta a Arica, su destino final. Permanecían cuatro unidades: la Segunda División de Andrés Cáceres, la Tercera de Francisco Bolognesi, la Quinta División (la milicia de Miguel Ríos de Iquique) y la Exploradora de Francisco Bedoya. Además, el coronel Emilio Castaño comandaba una unidad de artillería sin sus cañones, a parte de la unidad de infantería de Ramón Zalava, el Provisional de Lima Número 3.

*Cuadro N° 13*  
FUERZAS PERUANAS QUE PARTICIPARON  
EN LA BATALLA DE TARAPACÁ,  
27 DE NOVIEMBRE DE 1879

---

Comandante: General Juan Buendía

Camino a Pachica

División de Vanguardia	Coronel Justo Pastor Dávila	
Batallón Puno N° 6	Coronel Rafael Chamarro/Ramírez	438
Batallón Lima N° 8	Coronel Remigio Morales	443
Regimiento Guías N° 3	Coronel Juan González	173
Escuadrón Castilla	Coronel Santiago Zavala	80
Primer División	Coronel Alejandro Herrera	
Batallón Cazadores del Cuzco N° 5	Coronel Víctor Fajado	470
Batallón Cazadores de la Guardia N° 7	Coronel Mariano Bustamante	473
Regimiento Húsares de Junín	Coronel Rafael Ramírez	200
En Tarapacá		
Segunda División	Coronel Andrés Cáceres	
Regimiento 2 de Mayo	Coronel Manuel Suárez	487
Batallón Zepita N° 2	Coronel Andrés Cáceres	640

<sup>568</sup> Ricardo Santa Cruz a Vicente Santa Cruz, Iquique, 24 de diciembre de 1879, en *El Mercurio*, Valparaíso, 7 de enero de 1880.

Tercera División	Coronel Francisco Bolognesi	
Batallón 2 de Ayacucho	Coronel Andrés Moreno	439
Batallón Guardia de Arequipa	Coronel Carrillo	498
Quinta División	Coronel Miguel Ríos	
Batallón Iquique N° 1	Coronel Alfonso Ugarte	391
Batallón Cazadores de Tarapacá	Joaquín Carpio	171
Columna Loa (B)	Coronel Echazú	290
Columna Tarapacá	Coronel José Santos Aduvire	201
Escuadrón gendarmes de Iquique	Mayor P. Espejo	N/A
Columna Navales	Comandante Carlos Richardson	297
Columna de Honor	Coronel Juan Hidalgo	200
Columna Artillería de Costa		61
Brigada de Artillería	Coronel Emilio Castañón	188
División de Exploración	Coronel F. Bedoya	
Batallón 1 Ayacucho N° 3	Coronel Melchor Ruiz	898
Batallón Provisional Lima N° 3	Coronel Ramón Zavala	355
Columna Voluntarios de Pasco		185
Total		7.578

FUENTES: Cáceres, *op. cit.*, pp. 33-34; Juan Buendía a Director Supremo S.E., “Parte del Jeneral en Jefe”, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 195-196; “Relacion de las planas mayores”, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 241; “Estado Jeneral del ejército del Perú”, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 242, Buendía, *op. cit.*, p. 153; Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p.130.

*Cuadro N° 14*  
COLUMNNA DE VERGARA

Granaderos a caballo		
1 Escuadrón	Capitán R. Villagrán	115
Batallón Zapadores		
2 Compañías	Teniente coronel Santa Cruz	270
Artillería de cañones de montaña		
2 piezas	Teniente J. Ortúzar	27
		Total 412

Fuerzas chilenas que atacaron Tarapacá

Coronel Luis Arteaga		
Regimiento Artillería		
de Marina – 4 armas	Teniente coronel Vidaurre	358
Batallón Chacabuco	Teniente coronel D. de Toro	450
Sección de artillería, cañones de bronce		
Regimiento de Artillería 2		39
		847

Columna del teniente coronel R. Santa Cruz		
Granaderos a caballo		86
Batallón Zapadores		
2 compañías	Teniente coronel Santa Cruz	289
2 de Línea, 1 compañía	Capitán R. Villagrán	110

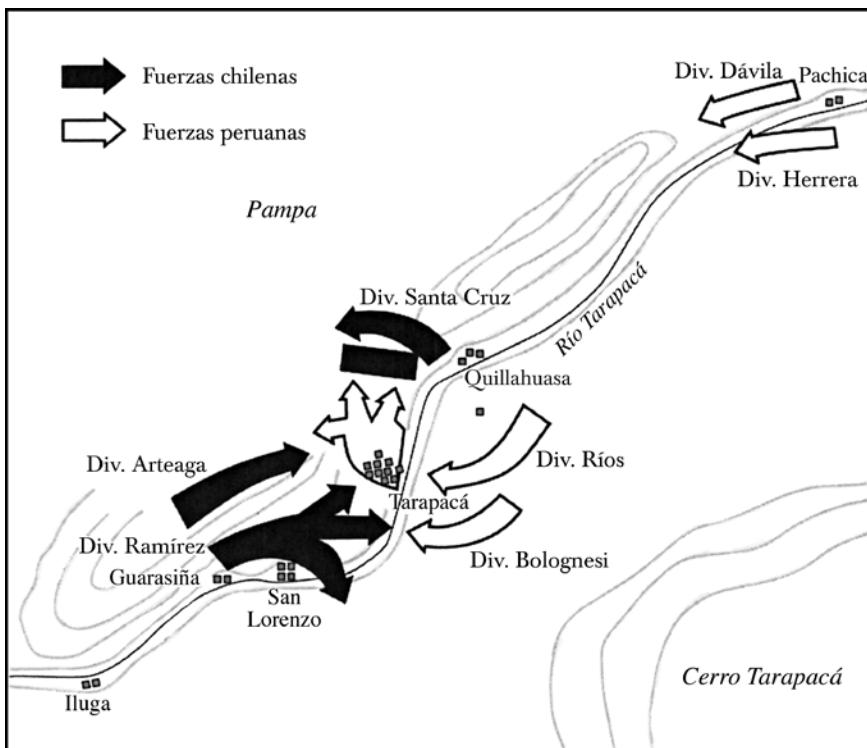
4 cañones Krupp, Artillería de Marina	Mayor E. Fuentes	57
		532
Columna de teniente coronel Eleuterio Ramírez		
2 de línea, 7 compañías,		820
Teniente coronel Ramírez		
2 cañones de montaña franceses,		40
Artillería de marina		
1 trinchera de caballería		
		866
Total		2.286

FUENTES: Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 155; Carta a *El Mercurio*, Santa Catalina, 2 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 210-11; Machuca, *op. cit.*, vol. I, p. 329; “Partes oficiales chilenos”, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 186-195. Las fuentes chilenas no concuerdan sobre el tamaño de las unidades que atacaron Tarapacá.

El plan de ataque de Luis Arteaga requería que el teniente coronel Ricardo Santa Cruz –a la cabeza de quinientos hombres de los regimientos Zapadores, Primero de Línea, algo de artillería y unos pocos soldados de caballería– partieran antes que las otras unidades para llegar a capturar Quillahuasa, un pueblo ubicado a un kilómetro y medio de distancia en el extremo más estrecho de la quebrada. Entretanto, el teniente coronel Eleuterio Ramírez conduciría una segunda columna de ochocientos ochenta hombres del Segundo de Línea, un escuadrón de caballería y dos baterías de artillería para atacar a las tropas aliadas ubicadas por lo menos trescientos metros más abajo, en el fondo de la quebrada. Al mismo tiempo, los ochocientos cincuenta soldados de Luis Arteaga del Chacabuco y Artillería de Marina, apoyados por dos cañones, avanzarían hacia el flanco oeste de Juan Buendía y luego atacarían Tarapacá desde el oeste. Si todo transcurría conforme al plan, Luis Arteaga y Eleuterio Ramírez empujarían a los aliados hacia el noreste de la quebrada de Tarapacá, lo que permitiría a Ricardo Santa Cruz encerrarlas en Quillahuasa. El plan de Luis Arteaga adolecía de varios defectos: no tenía idea de la geografía de su objetivo, la ubicación de sus enemigos o su número. Quizá el comandante chileno creía que él y sus hombres tenían una oportunidad, pero no así el teniente coronel Eleuterio Ramírez, quien señaló proféticamente, “me mandaron al matadero”<sup>569</sup>. Tal como temía Eleuterio Ramírez, el plan de Luis Arteaga se desintegró. Los exhaustos y sedientos hombres de Ricardo Santa Cruz, que iniciaron su marcha hacia el noreste a las tres y media de la madrugada, se perdieron en la camanchaca y desperdiciaron dos horas dando vueltas en círculo. Cuando se levantó la niebla, se dieron cuenta de que no habían llegado a su destino. Ricardo Santa Cruz envió a la caballería adelante, a Quillahuasa, con la idea de que siguiera la

<sup>569</sup> Bulnes, *op. cit.*, vol. I, p. 681.

infantería. Desafortunadamente para Luis Arteaga, los peruanos avistaron a los chilenos, y esta pérdida del factor sorpresa comprometió de manera irremediable a la ofensiva chilena. Después de alertar a toda la guarnición, Andrés Cáceres ordenó a sus hombres escalar el lado oeste de la quebrada para enfrentarse con las fuerzas de Ricardo Santa Cruz. En este momento, el chileno pudo haber salvado la situación: aunque sobrepasados en número, sus cañones estaban en territorio elevado, y podrían haber devastado a las fuerzas aliadas ubicadas debajo de ellos con facilidad. Pero Ricardo Santa Cruz rehusó improvisar: Luis Arteaga le había ordenado ir a Quillahuasa y a Quillahuasa iría. Así, mientras continuaba siguiendo la quebrada hacia el noreste, las tropas del Zepita y del Dos de Mayo irrumpieron en las alturas y atacaron la retaguardia de Ricardo Santa Cruz. En menos de treinta minutos, los mil quinientos hombres del Ayacucho de Francisco Bolognesi y del Provisional de Lima de Zavala se unieron al ataque, sobre pasaron a la artillería de Ricardo Santa Cruz causando fuertes pérdidas. La situación de los chilenos se hizo desesperada<sup>570</sup>.



Batalla de Tarapacá.

<sup>570</sup> Ricardo Santa Cruz al Coronel Jefe de Operaciones, Dibujo, 29 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 191-192.

Al escuchar los sonidos de la batalla, Luis Arteaga abandonó su plan original, apresurándose en ayudar a Ricardo Santa Cruz. Por desdicha gracias al “excesivo cansancio de la tropa, debido a lo violento de la jornada, al enorme peso que conducía ésta, i a los desfallecimientos de la sed”, no pudieron salvar a sus camaradas. Sin municiones e incapaces de repeler a los nuevos refuerzos peruanos con sus bayonetas, los chilenos tuvieron que replegarse. Cuando los hombres empezaron a retirarse, José Francisco Vergara envió un mensajero para solicitar ayuda a Erasmo Escala. De pronto, por un breve momento pareció que la suerte chilena había cambiado: la caballería de Ricardo Santa Cruz, que había llegado a Quillahuasa, dio la vuelta al oír la balacera. Retenidos brevemente por el fuego enemigo y el terreno, los Granaderos a Caballo atacaron la retaguardia de la infantería peruana, forzándolos a retroceder y dando a los chilenos un breve alivio<sup>571</sup>.

Entre tanto, la mayoría de los hombres de Eleuterio Ramírez entraron al valle, mientras dos de sus compañías empezaron a escalar el lado este de la quebrada. Previo a ello, los peruanos habían desplazado a los hombres de Miguel Ríos y Francisco Bolognesi a la ladera este de la quebrada, lo que colocaba a los atacantes chilenos en un fuego cruzado fatal. Así, cuando el cuerpo principal se acercó al pueblo de Tarapacá, chocó con un muro de balas cuando sus enemigos abrieron fuego desde posiciones cubiertas, atrapando a los chilenos al descubierto. Eleuterio Ramírez ordenó a dos compañías golpear el flanco de los aliados mientras él avanzaba al pueblo mismo. Desafortunadamente, el enemigo se retiró, induciendo a los hombres de Eleuterio Ramírez a adentrarse en el valle, donde llegaron a la plaza principal de Tarapacá. Además, empezaron a producirse víctimas entre los peruanos atrincherados de la defensa. Cuando quedó claro que los chilenos estaban demasiado agotados, Eleuterio Ramírez ordenó a sus hombres retroceder hacia el sur a Guarasiña, un pequeño caserío a la entrada de la quebrada de Tarapacá, donde se les unieron las tropas de dos compañías. Para entonces, la batalla en las calles había consumido la mitad de los hombres de Eleuterio Ramírez así como la mayor parte de sus municiones.

Después de la carga de caballería de Ricardo Santa Cruz y la retirada de Eleuterio Ramírez, un inesperado respiro aquietó el campo de batalla. Los chilenos, creyendo que habían triunfado, aprovecharon la calma para sacar agua, alimentar a sus caballos y buscar alimentos. Esta bucólica escena –bucólica si se ignoraban los cuerpos muertos– terminó cuando las fuerzas aliadas, reforzadas por las tropas de los coroneles Juan Pastor Dávila y Alejandro Herrera, que habían vuelto apresurados desde Pachica, lanzaron otro asalto. El amplio ataque de los aliados, que avanzaron por los dos costados y el centro del valle,

<sup>571</sup> Luis Arteaga al Comandante Ejército del Norte, Santa Catalina, 29 de noviembre de 1879, en Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria 1879*, *op. cit.*, pp. 72-74; Ricardo Villagrán a Luis Arteaga, nd, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 192-193.

obligó a retroceder a los chilenos, algunos de los cuales estaban reducidos para entonces a pelear con bayonetas o con herramientas para cavar trincheras<sup>572</sup>.

Alrededor de las tres y media de la tarde quedó claro que los chilenos no podían frenar el avance peruano. Eleuterio Ramírez, quien fue herido dos veces y cuya única arma era su revólver, trató de conducir a sus acosados hombres a otro ataque de bayoneta. Herido por tercera vez y con una unidad que estaba sufriendo fuertes pérdidas, se refugió al costado de una casa, donde murió. Las tropas chilenas sin mando continuaron usando sus sables para resistir hasta que también cayeron<sup>573</sup>. Mientras tanto, otros chilenos escalaron el frente de la quebrada o se replegaron lentamente. Fue una derrota total: solo la falta de caballería aliada impidió a los agotados hombres de Juan Buendía terminar con los pocos sobrevivientes que quedaban<sup>574</sup>.

Manuel Baquedano, que luego recibió la solicitud de ayuda de José Francisco Vergara, envió una columna de relevo a Tarapacá, donde encontró los restos de la expedición de José Francisco Vergara. Para entonces, sin embargo, los chilenos habían experimentado fuertes pérdidas: quinientos cuarenta y seis muertos y doscientos doce heridos. En el Segundo de Línea de Eleuterio Ramírez, el cuarenta y cinco por ciento del total de hombres fue herido o muerto, los Zapadores perdieron 37,5% de su fuerza<sup>575</sup>. Los peruanos también sufrieron – doscientos treinta y seis caídos y doscientos sesenta y un heridos– lo que llevó a uno de los soldados a describir el campo de batalla, que estaba cubierto por los muertos pudriendose en el calor del desierto, como otro Waterloo. Trinidad Guzmán, un boliviano, describió Tarapacá no como una batalla sino como “una serie de duelos a muerte”<sup>576</sup>.

De hecho, la batalla fue inusualmente cruel. Los chilenos heridos, entre ellos dos cantineras y el teniente coronel Eleuterio Ramírez, se habían refugiado en una casa cerca de la entrada a la quebrada. Cuando los chilenos, en teoría, mataron a un subalterno peruano que ofreció aceptarles su rendición, las fuerzas peruanas incendiaron el rancho, inmolando a los defensores que no tuvieron la buena fortuna de sucumbir antes por la inhalación de humo. Estos no fueron los únicos chilenos que fallecieron. Un oficial chileno, Liborio Echanes, afirmó que las fuerzas aliadas también mataban a los chilenos heridos, masacrándolos con sus rifles o a bayonetazos. En realidad, si sus oficiales no hubiesen intervenido, los bolivianos del batallón Loa habrían aniquilado

<sup>572</sup> O. Liborio Echanes a Luis Arteaga, Santa Catalina, 1 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 189-190.

<sup>573</sup> “Importante correspondencia”, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 208-209.

<sup>574</sup> Guzmán, *op. cit.*, p. 20.

<sup>575</sup> Luis Arteaga al Comandante en Jefe, Santa Catalina, 4 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 189; O. Liborio Echanes a Luis Arteaga, Santa Catalina, 1 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 190; Ricardo Santa Cruz al Jefe de División, Dibujo, 29 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 191-192.

<sup>576</sup> Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 163; Molina, *op. cit.*, p. 63; Guzmán, *op. cit.*, p. 15.

a todos los chilenos heridos o prisioneros<sup>577</sup>. Meses más tarde, una patrulla del ejército chileno volvió a Tarapacá para enterrar los cadáveres que todavía estaban esparcidos por todo el campo de batalla. El comandante descubrió y verificó los restos de Eleuterio Ramírez, colocando el cuerpo carbonizado en un ataúd con desinfectante<sup>578</sup>.

Los peruanos capturaron el estandarte del Segundo de Línea además de ocho piezas de artillería, pero sin bueyes para remolcar los pesados cañones, tuvieron que enterrarlos en la arena. Gracias a algunos informantes, los chilenos encontraron estos cañones, haciendo, más adelante, buen uso de ellos en la guerra. Estas mismas piezas de campaña pueden haber apoyado a las tropas chilenas en la batalla de Tacna, cuando el Segundo de Línea recuperó sus estandartes<sup>579</sup>.

Los peruanos ganaron la batalla, pero su victoria no alteró el curso de la guerra. Aislados en el desierto, sin acceso a suministros o alimentos, su situación llegó a ser tan mala que macabramente despojaron a los chilenos muertos y heridos, no solo de sus armas sino, también, de sus municiones, ropas, botas y utensilios para comer. Las tropas victoriosas no tuvieron más elección, como admitió con pesar el coronel Belisario Suárez, que abandonar Tarapacá a los chilenos<sup>580</sup>. Incapacitados de seguir la ruta más corta por temor a que los chilenos los atacaran, los sobrevivientes aliados, huyeron al desierto. El viaje de trescientos quince kilómetros desde Tarapacá al norte hasta Arica, constituyó un nuevo *via crucis* para los aliados: esquivando a los chilenos, “un inmensa caravana (sic) de soldados hambrientos, harapos y estenuados por falta de alimentos” sobrevivió comiéndose sus mulas y caballos, y bebiendo agua de charcos estancados. Los heridos, marchando descalzos en senderos rocosos, con “los dedos en estado de putrefacción, agangrenados”, dejaron huellas ensangrentadas en el suelo de la pampa. Solo cuando el ejército se aproximó a Arica, donde llegaron el 18 de diciembre, los soldados recibieron un poco de galletas, charqui de vacuno y arroz. Durante esta odisea trescientos a cuatrocientos soldados, “cuyo fin sólo Dios sabe”, desaparecieron<sup>581</sup>.

El sufrimiento de Juan Buendía, de José Francisco Suárez y de tantos otros oficiales de alto rango de los aliados no terminó cuando llegaron a Arica: todavía tenían que explicar su conducta a una corte marcial. Los jueces militares

<sup>577</sup> Liborio Echanes a Luis Arteaga, Santa Catalina, 1 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 190; Guzmán, *op. cit.*, pp. 19-20; Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, p. 237.

<sup>578</sup> José Vidaurre, Quillasguasa, 25 de enero de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 347-348.

<sup>579</sup> Pinochet, *op. cit.*, p. 213; Francisco Bolognesi, “Parte del comandante de la tercera división”, pp. 199-200.

<sup>580</sup> Juan Buendía al Secretario Jeneral del General Supremo Director de la Guerra, nd, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 196; Belisario Suárez a Lizardo Montero, Mocha, 30 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 197.

<sup>581</sup> Claros, *Diario...*, *op. cit.*, p. 26; Buendía, *op. cit.*, p. 36. Benito Neto, *La Patria*, Lima, 24 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 236-238; Charles de Varigny, *La Guerra del Pacífico*, p. 105; Guzmán, *op. cit.*, p. 27.

posteriormente culparon a Juan Buendía por preparar en forma inadecuada la batalla de Dolores y por no conservar su equipamiento cuando los chilenos lo derrotaron. El mismo tribunal condenó a José Francisco Suárez, Manuel Bustamante y al coronel Manuel Velarde, por abandonar a sus hombres en el campo de batalla sin jefatura y exigió castigar al coronel Rafael Ramírez, cuya caballería escapó sin disparar un tiro, por huir de la batalla “en una manera inusitada”. Aunque muchos de estos crímenes eran delitos sancionados con pena de muerte, el juez sugirió que el gobierno solo eliminara los nombres de estos comandantes del registro de oficiales y los despidiera<sup>582</sup>. Muchos culparon a Juan Buendía por las derrotas en Pisagua y Dolores y la “victoria” en Tarapacá. Algunos de sus críticos esperaban que él confesara públicamente lo errado de sus métodos. Pero el General “se encierra en el mutismo de los grandes culpables. No ha tenido hasta hoy el aliento necesario ni para balbucear una disculpa en su favor”<sup>583</sup>.

Para los chilenos, la campaña tuvo sus pros y sus contras. La conquista de Tarapacá y la captura de los yacimientos salitreros dieron a Chile enormes beneficios. En lo sucesivo, el gobierno de Aníbal Pinto controlaría un recurso que, cuando se le aplicaran impuestos, generaría suficientes ingresos para financiar el esfuerzo bélico de Chile. A la inversa, la captura privaba a Lima de su mayor fuente de financiamiento. Pero la invasión de Pisagua, el enfrentamiento en Dolores y en especial el fracasado ataque en Tarapacá revelaron serias fallas en el ejército chileno.

#### LA POLÍTICA DE LA DERROTA

Aunque no participó en la campaña de Tarapacá, el presidente boliviano Hilarión Daza no había estado ocioso. A diferencia de sus contrapartes Aníbal Pinto y Mariano Prado, tenía que luchar en dos frentes: proteger a Bolivia de las hordas chilenas y defenderse a sí mismo de sus enemigos domésticos, que eran cada vez más numerosos. Solo en los primeros meses de 1879, los enemigos del Presidente intentaron, sin éxito, tres golpes de Estado. Su conducción deslucida de la guerra no atenuó el descontento: en septiembre estallaron disturbios en Cochabamba. Aunque las autoridades los reprimieron, un diplomático peruano predijo otro golpe<sup>584</sup>. Es evidente que la paranoia de Hilarión Daza sobre retener el poder no era injustificada.

Dar media vuelta en Camarones destruyó, efectivamente, el régimen de Hilarión Daza, como señaló Zolio Flores, el embajador de Bolivia en Perú, convirtiéndolo

<sup>582</sup> Lizardo Montero, Arica, 27 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 219-220.

<sup>583</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 20 de enero de 1880.

<sup>584</sup> J.L. Quiñones a Irigoyen, La Paz, 26 de octubre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 35.

“De una esperanza en una decepción, de una figura colosal en un ser vulgar, de un valiente en un cobarde, de un objeto de envidia en un objeto de desprecio, de una garantía de la victoria en la causa de nuestro desastre; i lo que es mas grave todavía, de un leal en un traidor, de un elemento de gloria nacional en un instrumento de vilipendio, de humillación i de vergüenza para la patria”<sup>585</sup>.

*La Reforma* vio la decisión de Hilarión Daza, de batirse en retirada, como una “que coloca su propio interés y seguridad personal” sobre las necesidades de la nación y afirmó que “hai derecho para creer que la única aspiración política del jeneral Daza es dominar a Bolivia por diez o mas años,” aun al costo de embrutecer a la nación<sup>586</sup>. El coronel Juan Granier escribió sobre

“Esa inercia criminal, en que por nueve meses se han gastado las fuerzas vitales de Bolivia, enervándose su representante en la satisfacción de pasiones personales”<sup>587</sup>.

Esta claro que Hilarión Daza tenía un control precario del poder. A fines de noviembre un diplomático peruano informó que un grupo de cholos corrió por las calles de La Paz gritando, “¡Viva Chile!”. Para entonces, su escolta presidencial estaba en su contra<sup>588</sup>. Las fuerzas contrarias a Hilarión Daza, que parecían multiplicarse, se hicieron más abiertamente críticas: evocando la huida del general de Camarones y el desastre de San Francisco, un ciudadano lo denunció por carecer de “cualidades personales i virtudes públicas i privadas que Ud. no posee, que Ud. no puede poseer”. En Tacna un grupo de soldados disparó a una efigie de él. Para conmemorar el lugar donde él traicionó al ejército boliviano, el pelotón de fusilamiento pegó un dibujo de Camarones al pecho del maniquí. *El Comercio* de La Paz fue más explícito: para Bolivia “no queda otra cosa que hacer, sino formular la degradación del autor de nuestra deshonra [...] y enviar otro director [...] para renovar la campaña”. Al comprender que sus días estaban contados, algunos de sus ministros renunciaron a sus cargos, refugiándose en una embajada diplomática o desapareciendo. Aunque algunos de estos hombres volvieron, otros, temiendo lo que podría ocurrir en La Paz cuando sus humillados soldados regresaran, pidieron que alguien preservara el orden<sup>589</sup>.

<sup>585</sup> Zoilo Flores a Hilarión Daza, Lima, 8 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 261.

<sup>586</sup> *La Reforma*, La Paz, 2 de diciembre de 1879, en *El Mercurio*, Valparaíso, 15 de enero de 1880.

<sup>587</sup> Juan Granier a Hilarión Daza, Tacna, 20 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 263.

<sup>588</sup> Rafael Velarde a ministro de Guerra y Marina, secreto, Lima 26 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 57; Zolio Flores a Hilarión Daza, Lima, 8 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 261.

<sup>589</sup> Zolio Flores a Hilarión Daza, Lima, 8 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 261-262; J.L. Quiñones a Manuel Irigoyen, La Paz, noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p.

Dado que el poder de Hilarión Daza descansaba en gran parte en las bayonetas de sus consentidos Colorados, cualquier golpe en su contra tenía que empezar neutralizando esta unidad. Los rebeldes, dirigidos por el general Eliodoro Camacho –quien lo denunció como “el Judas de Bolivia”– lograron esta hazaña ordenando a los Colorados marchar a un río cercano para bañarse y lavar sus ropas. Como no necesitaban sus armas, los soldados las dejaron en su campamento. Cuando estas tropas volvieron de sus abluciones, descubrieron que los conspiradores habían rodeado sus barracones después de haber removido todas sus municiones; los Colorados no tuvieron más alternativa que rendirse<sup>590</sup>.

Hilarión Daza, mientras tanto, abordó un tren rumbo a Arica el 27 de diciembre, para conferenciar con el almirante Lizardo Montero sobre la conducción futura de la guerra. El boliviano no regresó jamás: después de su reunión, recibió un telegrama de Eliodoro Camacho, informándole que el ejército ya no reconocía su autoridad. Cuando Lizardo Montero rehusó ayudarlo a aplastar la conspiración, el ex dictador, vociferando, en apariencia obscenidades, partió a un exilio europeo<sup>591</sup>. Afortunado de haber escapado con vida, y con la no poco considerable suma de quinientos mil pesos, no pareció sufrir mientras vivió en Europa. En 1894 volvió a Bolivia en una jugada arriesgada, se presume que para limpiar su nombre. Esta vez no tuvo tanta suerte: en el andén de una estación de trenes de provincia en Bolivia, un oscuro oficial del ejército lo asesinó<sup>592</sup>. Había vuelto para quedarse. Irónicamente, Eliodoro Camacho, que lideró la conspiración para derrocarlo, no llegó a ser Presidente. Luego de una serie de cuartelazos en provincias, el público eligió al general Narciso Campero para gobernar Bolivia<sup>593</sup>, que permaneció en el poder hasta el fin de la guerra.

Mariano Prado también perdió su cargo, aunque en forma menos violenta. Con la responsabilidad por la captura de la *Pilcomayo*, la derrota en San Francisco y la victoria agridulce en Tarapacá sobre sus hombros, el Presidente que –“No nos han dado triunfos sino derrotas [...] quién nos ha llevado siempre de tumbo en tumbo al naufragio mas seguro”– se transformó en la aversión de las multitudes de Lima<sup>594</sup>. Parte de la prensa exigió una reestructuración de su gabinete. *La Tribuna*, por ejemplo, quería un nuevo ministro de Guerra, idealmente alguien que tuviera las habilidades de Helmuth von Moltke y o del

---

259; Juan Granier a Daza, Tacna, 20 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 262-263; *El Comercio*, La Paz, 19 de diciembre de 1879.

<sup>590</sup> Claros, *Diario...*, *op. cit.*, p. 28; Daza, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 158.

<sup>591</sup> Juan José Pérez, “Quién con los traidores?”, p. 164.

<sup>592</sup> Enrique Vidaurre Retamoso, *El Presidente Daza*, p. 312.

<sup>593</sup> *La Revista del Sur*, Tacna, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 280-281; Pérez, “Quién...”, *op. cit.*, pp. 164-165.

<sup>594</sup> *La Patria*, Lima, 27 de noviembre de 1879, en *El Mercurio*, Valparaíso, 10 de diciembre de 1879.

*Kaiser Guillermo*<sup>595</sup>. Otros pidieron un cambio político más radical, aunque *El Comercio* se oponía a una vuelta a la dictadura, la que consideraba era la raíz de los problemas de la nación: Perú nunca debía apartarse del camino del orden constitucional. El *South Pacific Times*, por otra parte, ofreció una tercera alternativa: Perú, argumentó el diario, ya había perdido la guerra. En vez de persistir en esta locura, la nación debía negociar “no la paz a todo evento, bien entendido, sino la paz con honor”, una hazaña que no era imposible. Una vez terminada la guerra, Perú podría dedicarse a reconstruir la nación. En resumen: “La mayor victoria que el Perú podría ahora alcanzar sería la de vencerse a sí mismo”<sup>596</sup>.

Mariano Prado trató de evitar una crisis invitando a su principal rival político, Nicolás Piérola, a ingresar a su gobierno, quien se negó: ¿por qué servir, se habrá preguntado, cuando podía conducir? Había quedado claro, además, que un cambio de gabinete no salvaría al Presidente. En realidad, la indignación pública se hizo tan evidente que las autoridades estacionaron tropas alrededor de la casa del Presidente para protegerlo. En vez de empujar al país a un torbellino político, el Jefe de Estado se embarcó rumbo a Panamá. Afirmando que se iba a comprar armas, entregó su cargo a su sucesor institucional, el anciano general Luis La Puerta. El antiguo guerrero inspiraba aún menos confianza pública que su antecesor. Por consiguiente, cuando Nicolás Piérola llevó a los hombres de su unidad de milicia a la rebelión, tenía pocos enemigos. Las balaceras se propagaron a través de la capital y causaron bajas entre los bandos en competencia. El 23 de diciembre de 1879, apoyado por el ejército y varias organizaciones civiles, Nicolás Piérola se convirtió en el Jefe de Estado<sup>597</sup>.

Algunos peruanos vieron a Nicolás Piérola como un salvador. A los pocos días de su ascenso al poder, un periódico elogió los cambios que había hecho: gracias a él, señaló:

“La guerra recibe más fuerte impulso. En la capital hai ya un ejercito formidable, apto, disciplinado y entusiasta. En los parques se acumulan armas y pertrechos. En los talleres se funden cañones. En los cuarteles se trabaja, se dispone, se manda, hai vida, vigor y actividad”.

<sup>595</sup> *La Tribuna*, Lima, 7 de octubre de 1879 citado en *El Mercurio*, Valparaíso, 29 de octubre de 1879.

<sup>596</sup> *El Nacional*, Lima, 9 de diciembre de 1879; *El Comercio*, Lima, 29 de noviembre y 5 de diciembre de 1879, en *El Mercurio*, Valparaíso, 22 de diciembre de 1879; *The South Pacific Times*, Callao, 13 de diciembre de 1879, en *El Mercurio*, Valparaíso, 24 de diciembre de 1879.

<sup>597</sup> R.M. Espiell al General, Lima, 23 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 54-55; N. Beingolea a Nicolás Piérola, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 52; J. de Osma al ministro de Guerra, Lima, 23 de diciembre de 1878, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 53; Ramón Vargas Machuca a Osma, Ancon, 22 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 52.

El dictador, al que *El Nacional* instó a un “más rápido, más impulsivo, más eficaz” esfuerzo de guerra, de hecho, logró algunas cosas. Reorganizó a los militares, creando un ejército en el centro, otro en el norte y dos en el sur. Los motivos de Nicolás Piérola para crear el Segundo Ejército del Sur no eran solo militares: a fines de diciembre de 1879 se hace evidente que buscó asegurar que el almirante Lizardo Montero, que comandaba al Primer Ejército del Sur, no pudiera desafiarlo desde lo político. Nicolás Piérola también creó dos componentes de reserva, que en teoría incluirían a todos los hombres físicamente aptos: los activos, compuesto de hombres de edades entre trece y treinta años, y los sedentarios, de treinta y uno a cincuenta años de edad. Como corresponde a una sociedad de clases, las excepciones fueron generosas: empleados públicos, profesores, estudiantes universitarios, abogados, médicos, empleados de hospital, hijos únicos de madres viudas, dueños o empleados de imprentas, hermanos sobrevivientes de alguien muerto en combate, los no aptos, y al final, los que contribuían cincuenta soles mensuales al esfuerzo de guerra<sup>598</sup>. Nicolás Piérola aprendería muy rápido que detentar el poder requería más que reorganizar al Ejército y promulgar decretos.

A diferencia de sus homólogos, Aníbal Pinto completó, en 1881, su período en el cargo. Es un homenaje al sistema político chileno que durante la Guerra del Pacífico el gobierno llevó a cabo dos elecciones, para renovar el Congreso y para elegir Presidente. También es notable que ni el presidente Aníbal Pinto ni su sucesor amordazaran a la prensa o la legislatura, aunque a veces ambas dieron abundantes razones para hacerlo. En cambio, Bolivia prohibió la publicación de material que, al favorecer la paz, debilitaba el esfuerzo bélico nacional<sup>599</sup>. Los cínicos también pueden argumentar que Chile podría deber su éxito más a la suerte que a la madurez política. No sabemos, por ejemplo, por cuánto tiempo la nación habría tolerado una guerra estancada o qué hubiese sucedido si Galvarino Riveros no hubiese logrado vencer a la flota peruana o si hubiese cometido otros errores. Los disturbios que siguieron a la captura del *Rimac* indican que la democracia chilena tenía su punto vulnerable. Por otra parte, el país sobrevivió a acontecimientos más trágicos, como la batalla de Tarapacá. Ya sea por un tema de sincronización o de buena fortuna, el gobierno chileno, a diferencia del peruano o boliviano, tuvo que combatir solo a los aliados, no a sus propios ciudadanos.

La ofensiva militar de Chile, la primera desde la guerra civil de 1859, dio a Santiago el control de las lucrativas salitreras de Tarapacá. También cambió los panoramas políticos boliviano y peruano: las derrotas de Pisagua y Do-

<sup>598</sup> *La Patria*, Lima, 7 de febrero de 1880 y *El Nacional*, Lima, 27 de diciembre de 1879 citado en *El Mercurio*, Valparaíso, 9 de enero y 24 de febrero de 1880; Decreto del 26 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 272.

<sup>599</sup> Decreto, Ministerio de Gobierno, La Paz, 8 de abril de 1881, en *El Mercurio*, Valparaíso, 2 de junio de 1881.

lores obligaron al venal Hilarión Daza y al desafortunado Mariano Prado a alejarse del poder. Como su sucesor, Nicolás Piérola llegó a descubrir que sin acceso a las vías marítimas y los ingresos de sus salitreras, Perú encontraría más difícil proseguir la guerra. Sin litoral, la situación de Bolivia se hizo más frágil: aislada en los Andes, sus núcleos políticos y demográficos separados por grandes distancias de los campos de batalla y sin una red de transportes o comunicaciones, la participación de La Paz en la guerra se hizo más facilante, si no problemática.

Aníbal Pinto superó la crisis del *Rimac* y así fue el único líder de preguerra que permaneció en el poder. Sin embargo, él también tenía que derrotar a sus propios demonios. Reconociendo que el liderazgo esclerótico del Ejército y la Marina había puesto en peligro las campañas chilenas marítimas y terrestres, y con ello la estabilidad de su régimen, reafirmó la autoridad civil sobre las fuerzas armadas de la nación. Claramente, no podía tolerar otro desembarco chapucero o una “derrota gloriosa”, como Tarapacá. En adelante, los civiles crearían y se harían cargo en gran parte de los cuerpos médicos y de suministros de las fuerzas armadas. De igual forma, ciudadanos particulares como Rafael o Emilio Sotomayor y luego José Francisco Vergara representarían importantes papeles en la planificación y dirección de la fase siguiente de la guerra: invadir Tacna.

## LAS CAMPAÑAS DE TACNA Y ARICA

La rendición de la provincia de Tarapacá apaciguó muy brevemente a los halcones en Chile, partidarios de la guerra, que exigían que el Ejército siguiera hacia el norte. Pero, aunque lo quisiera, el alto mando no pudo responder de inmediato: la campaña de Tarapacá había reducido las filas del Ejército, consumido sus provisiones, equipamiento, vestimenta, calzado y transporte, al tiempo que mostraba falencias en los servicios de suministros y médicos recién creados. Por tanto, antes de que los militares pudieran lanzar otra ofensiva, necesitaban encontrar nuevos reclutas, reabastecer sus depósitos de pertrechos y adquirir nuevos equipos además de transportes, entre ellos tres a cuatro mil mulas de carga. También tenían que reorganizar las ramas técnicas del Ejército, en especial el servicio médico. Así, mientras el Ejército se restablecía, los líderes civiles y militares del país sopesaban sus opciones<sup>600</sup>.

El gobierno de Aníbal Pinto consideraba dos posibles blancos: Lima, la capital de Perú, o Arica, su puerto más importante al sur de Callao. Dada la existencia de numerosos posibles sitios de desembarco, además de su acceso al mar y, por ende, el apoyo de los cañones de la flota, el general Erasmo Escala abogaba por asaltar a Lima. Sin embargo, Rafael Sotomayor señaló una crítica, que, incluso, Erasmo Escala reconoció era válida: sitiar la capital peruana sin primero erradicar la guarnición de Arica expondría a la retaguardia chilena a un ejército aliado que podría atacar a la recién capturada Tarapacá. Otros consejeros de gobierno estuvieron de acuerdo, y advirtieron que la presencia enemiga en Arica amenazaba las vías de abastecimiento chilenas. En cambio, capturar este puerto garantizaba el acceso de Chile a un suministro adecuado de agua y forraje mientras que permitía amenazar las vías de abastecimiento del enemigo para las tropas que estaban estacionadas en las ciudades de Arequipa y Moquegua. Además, una vez que la hubieran tomado, los chilenos podrían ofrecer ceder Arica a Bolivia, a cambio de prometer poner fin a su participación en la guerra.

Pero asaltar Arica también tenía sus inconvenientes: los peruanos habían construido numerosos fuertes costeros para defender el puerto. Y el Morro se erguía a más de doscientos metros sobre la orilla del mar, un bloque de montaña sobre el cual se levantaban varios fuertes con artillería pesada y una vista despejada sobre el mar. El monitor peruano *Manco Cápac*, que estaba

<sup>600</sup> Erasmo Escala al ministro de Guerra, campamento Santa Catalina, 1 de enero de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 92.

anclado ahí abajo, aún permanecía en guardia. Es evidente que un amerizaje en el puerto mismo sería costoso, si no suicida. Si los militares chilenos esperaban capturar lo que Benjamín Vicuña Mackenna llamó “el Sebastopol del Pacífico”, primero tendrían que situar a su ejército en otro lugar, luego mover las tropas, artillería y suministros por tierra, de modo de acometer contra la fortaleza con ubicación estratégica desde el este, algo parecido a lo que hicieron los japoneses en Singapur en 1942<sup>601</sup>. Finalmente, un consejo de guerra seleccionó al puerto de Ilo, situado al rededor de ciento diez kilómetros al norte de Arica, como el lugar de invasión. Pero antes de que pudiera atacar hacia el norte, el ejército tenía que acumular suministros y personal; también tenía que coordinar sus planes con la armada chilena para procurar los navíos para transportar sus unidades a Ilo y protegerlos en el camino de los remanentes de la flota peruana. Una vez que se hubiesen completado estas tareas, el ejército chileno estaría listo para atacar a Tacna y Arica, y así acercarse a su destino final: Lima.

#### EL BLOQUEO DE LA COSTA PERUANA

Desde octubre de 1879, la armada de Perú consistía en dos monitores y unas pocas torpederas, ninguno de los cuales se atrevía a aventurarse en mar abierto. Sólo la *Unión*, de mayor calado, aún podía causar daños sustanciales. En vez de rondar por los mares en busca de la corbeta enemiga, el gobierno de Aníbal Pinto decidió ordenar a sus naves cerrar los puertos de Perú. En efecto, al confinar a la *Unión*, los chilenos, además, podrían restringir, si no detener por completo, la importación de parte de Perú del equipamiento bélico que necesitaba<sup>602</sup>. Por tanto, para noviembre de 1879 el *Cochrane*, la *Covadonga* y la *Magallanes* ya estaban bloqueando Iquique y Mollendo, mientras vigilaban los puertos menores de Chucumata y Patillos. Tras la toma de Iquique, los chilenos desviaron su foco hacia el norte, poniendo en cuarentena a los puertos al norte de Pisagua y al sur de Callao. La flota chilena aún necesitaba patrullar Iquique y Pisagua por temor a que la *Unión* pudiera atacar estos lugares indefensos. Por tanto, el *Abtao* permaneció frente a Pisagua y el *Magallanes* frente a Iquique hasta que estas ciudades tuviesen artillería o minas suficientes para defenderse<sup>603</sup>.

<sup>601</sup> Erasmo Escala al ministro de Guerra, campamento Santa Catalina, 1 de enero de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 93.

<sup>602</sup> Domingo Santa María, Miguel Luis Amunátegui, Augusto Matte, José Gandarillas al General en Jefe, Pisagua, 31 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 285-286; Rafael Sotomayor al General en Jefe, Pisagua, 25 de enero de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 346; Galvarino Riveros al ministro de Guerra y Armada, a bordo del *Blanco Encalada*, Pisagua, 26 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. V, pp. 37-38.

<sup>603</sup> Rafael Sotomayor al ministro de Guerra, Pisagua, 14 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 38.

El 28 de noviembre el *Chacabuco*, el *O'Higgins* y la *Magallanes* navegaron al puerto de Arica. Proclamando de modo formal el bloqueo a ese puerto, la flota chilena le dio a los navíos neutrales diez días para salir. Cuatro días después llegaron la *Covadonga* y el transporte *Lamar*. Por último, el 5 de diciembre Juan José Latorre, capitán del *Cochrane*, asumió el mando de la escuadra chilena. Al mismo tiempo, la Armada incrementó su zona de control cuando, a fines de diciembre de 1879, envió unidades para recorrer las aguas frente a Ilo<sup>604</sup>.

Durante las primeras semanas, los sitiados y sus enemigos coexistieron pacíficamente. En febrero de 1880 la armada chilena rotó algunos de sus buques, enviando al recién reacondicionado *Huáscar* a Arica. El capitán del monitor era Manuel Thomson, un oficial que combinaba un ego sensible y una personalidad desagradable con una sed impropia por publicidad<sup>605</sup>. En un intento por ganar la atención del público chileno, Manuel Thomson navegó insultante a lo largo del puerto de Arica, como un adolescente en busca de una pelea. El 28 de febrero, tal vez cansados de lo que consideraban el comportamiento insolente de Manuel Thomson, los fuertes peruanos, además del *Manco Cápac*, abrieron fuego contra el *Huáscar* y su escolta, la *Magallanes*. Durante menos de una hora, los barcos chilenos y sus agresores en tierra intercambiaron descargas sin infligirse mucho daño.

El intercambio de cañonazos había empezado a aquietarse cuando Manuel Thomson abrió fuego a un tren de ferrocarriles que transportaba soldados a Arica. De inmediato, el *Manco Cápac* y los fuertes cercanos empezaron a disparar al barco chileno. Esta vez los artilleros peruanos alcanzaron al *Huáscar*: cuatro proyectiles mataron a seis marineros e hirieron a otros catorce. Estas bajas no lo desalentaron. Al contrario, cuando el *Manco Cápac*, que con anterioridad había sido descrito como una “batería flotante”, empezó a moverse lento hacia la bahía, Manuel Thomson respondió intentando disparar su cañón mientras que, al mismo tiempo, atravesaba al monitor peruano con su espolón. El oficial chileno ya había maniobrado su barco cuando descubrió un bote torpedo acurrucado a un costado del *Manco Cápac*. Temeroso de ser torpedeado, ordenó a su sala de máquinas incrementar la velocidad, para que pudiera escapar. Por desgracia, los motores del *Huáscar* funcionaron mal, lo que impidió que el monitor se moviera<sup>606</sup>. El *Manco Cápac* puede haber sido lento, pero sus artilleros no lo eran: el barco peruano, aprovechándose de la falta temporal de movilidad de Manuel Thomson, abrió fuego. Uno de los proyectiles, de quinientas libras golpeó al *Huáscar*, y prácticamente lo arrasó. Todo lo que quedó de su presencia alguna vez impactante fue un pedazo de su cráneo y su corazón, que se encontró colgando de un bote salvavidas.

<sup>604</sup> José Goñi al ministro de la Armada, Valparaíso, 14 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 275; Oscar Viel al Prefecto, Arica, 26 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 221.

<sup>605</sup> Rafael Sotomayor a Aníbal Pinto, Ilo, 2, 28 de febrero de 1880, en ANFV, vols. 412, 416.

<sup>606</sup> Gustavo Rodríguez al Director, *El Nacional*, Lima, 9 de marzo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 391-392.

Aunque eran incapaces de devolver el fuego porque el mecanismo principal para girar la batería se había atascado, el oficial ejecutivo de Manuel Thomson, Emilio Valverde, logró liberar al buque chileno herido. Carlos Condell asumió el mando del *Huáscar* en su calidad de oficial de mayor graduación, sobreviviente de la escuadrilla, y ordenó al teniente Tomás Rogers asumir como capitán de la *Magallanes*. La Armada envió los restos de Manuel Thomson, y a algunos de los heridos, de vuelta a Chile. Y mientras la nación estaba de duelo, su flota se vengaba: el *Angamos* y el *Huáscar* bombardearon Arica durante horas, concentrándose en sus centros poblados<sup>607</sup>.

En marzo los chilenos tuvieron una oportunidad para neutralizar a la *Unión*. La corbeta peruana, que llevaba la lancha torpedo *Alianza*, logró atravesar el bloqueo chileno y llegar a Arica. Aunque el navío peruano había humillado y sorteado el bloqueo de la flota, algunos chilenos veían la presencia de la *Unión* como un regalo de Dios: si los bloqueadores podían contener o destruir la nave mientras estaba en Arica, la flota peruana dejaría de existir.

El almirante Galvarino Riveros rápidamente organizó sus fuerzas y ordenó a la *Pilcomayo*, el *Angamos*, y el *Blanco* que partieran rumbo a Arica. Además, solicitó que el *Cochrane* y el *Amazonas* se unieran de nuevo a la flota. En vez de esperar refuerzos, el *Huáscar* empezó a intercambiar fuego con la corbeta peruana, el *Manco Cápac*, además de algunas de las fortalezas navales. El *Cochrane*, que arribó con el *Amazonas*, se unió a Carlos Condell en una segunda ronda de bombardeos, de nuevo concentrado sobre la *Unión*.

Tanto el *Cochrane* como el *Huáscar* sufrieron impactos, entre ellos unos pocos de los pesados cañones del *Manco Cápac*. Aunque habían recibido cierto daño, Juan José Latorre y Carlos Condell se consolaron con el hecho de que sus artilleros también dieron a la *Unión*: más de seis proyectiles golpearon a la nave peruana, con lo que destruyeron su lancha, dañaron su caldera e hirieron o mataron parte de la tripulación.

Después de casi dos horas de bombardeos, Juan José Latorre llamó a una reunión con los comandantes del *Huáscar* y el *Amazonas* para discutir cómo evitar que la *Unión* se escapara en la oscuridad de la noche. Mientras discutían este tema, el barco peruano, alentado por las tripulaciones de los buques de guerra europeos cercanos, huyó del puerto en dirección al sur<sup>608</sup>. El *Cochrane* de

<sup>607</sup> Galvarino Riveros al ministro de Marina, Pacocha, 1 de marzo de 1880, Galvarino Riveros al ministro de Marina, Ilo, 1 de marzo de 1880, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, pp. 195-198; Emilio Valverde a Carlos Condell, Arica, 27 de febrero de 1880, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, pp. 199-201; “Combate de Carlos Condell al Jefe de la Flota, Arica, 27 de febrero de 1880, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, pp.201-202; Fuenzalida, *op. cit.*, vol. III, p. 886; Rafael Sotomayor al ministro de Marina, Ilo, 1 de marzo de 1880, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, p. 203.

<sup>608</sup> Galvarino Riveros al Comandante General de Marina, Pacocha, 10 de marzo (sic) de 1880, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, p. 209; Juan José Latorre, 19 de marzo de 1880, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, pp. 209-210; Carlos Condell, Pacocha, 19 de marzo de 1880, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, pp. 210-211.

inmediato empezó una persecución, como lo hicieron también otras unidades de la flota chilena, pero fue en vano: la *Unión* había escapado una vez más. Parecía imposible que la corbeta peruana hubiese podido evadir el bloqueo, pero eso había hecho. Al ver salir columnas de vapor de la *Unión*, al parecer los chilenos concluyeron que el barco peruano no podía lograr una buena presión de vapor. Esta suposición era errada: las calderas de la *Unión* estaban buenas. Pero como los chilenos actuaron a partir de esta premisa equivocada, relajaron su vigilancia y permitieron que el barco peruano escapara<sup>609</sup>.

Rafael Sotomayor, el ministro de Guerra en campaña de Chile, decidió actuar con firmeza: en vez de tratar de destruir paso a paso a cada uno de los restantes navíos peruanos, ordenó a Galvarino Riveros encerrarlos en Callao. Esta cuarentena tendría numerosos beneficios secundarios: al demostrar la incapacidad de Lima de protegerse a sí misma, el cerco podría desestabilizar al gobierno; también dañaría la economía ya deteriorada de Perú. Además, al privar a Lima de sus ingresos por exportaciones también reduciría la solvencia de Perú entre sus acreedores extranjeros, lo que le dificultaría obtener préstamos de guerra en el exterior. Finalmente, un bloqueo le permitiría a Chile hacer redadas en toda la costa peruana, interrumpiendo comunicaciones y comercio, y al mismo tiempo aislando al norte del sur. Rafael Sotomayor reconoció con hidalguía que su plan era ambicioso, pero en palabras de alguien que no tiene que obedecer sus propias órdenes, afirmó que sus sugerencias eran “de fácil implementación, inmediatas y útiles”<sup>610</sup>.

Sin embargo, intentar contener la *Unión* también significó una fuerte presión sobre los limitados recursos de la armada chilena. Además de los barcos que patrullaban el puerto principal de Perú, el *Cochrane* y la *Magallanes* aún rondaban las aguas frente a Arica, el *Chacabuco* merodeaba cerca de Mollendo, mientras que el *Abtao* y la *Covadonga* protegían varios transportes que traían suministros a las tropas que habían invadido la provincia de Arica<sup>611</sup>. El bloqueo no absorbia solo buques de guerra sino, también, a los de suministro. José Gandarillas estimó que se necesitarían tres barcos carboneros solo para mantener navegando a la escuadra de Callao. Por desgracia, la flota no tenía disponible suficientes de estos navíos. Además, la Armada necesitaba comprar carbón de mejor calidad<sup>612</sup>.

Con la *Unión* y los varios transportes inmovilizados en Callao, la flota de Perú se mantuvo neutralizada. Además de disparar minas o, alternativamente,

<sup>609</sup> Melo, *op. cit.*, vol. I, p. 390; Pedro Luis Storace, *Diario Personal del maquinista Italiano*, pp. 94-96; Galvarino Riveros al ministro de Marina, Pacocha, 26 de marzo de 1880, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, pp. 211-212.

<sup>610</sup> Rafael Sotomayor a Galvarino Riveros, Ilo, 28 de febrero de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 336.

<sup>611</sup> Galvarino Riveros al ministro de Guerra y Marina, Pacocha, 5 de abril de 1880, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, p. 213.

<sup>612</sup> José Gandarillas al Intendente General del Ejército en Campaña, Santiago, 19 de abril de 1880, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, p. 51.

ordenar a las baterías costeras disparar a los buques chilenos, la armada peruana tenía dos opciones: permanecer atada a las defensas costeras de Callao o intentar una corrida suicida hacia el mar. Como descubriremos, la escuadra peruana prefirió autoinmolarse en vez de caer en manos chilenas.

Aunque sin navíos, los marineros peruanos muy rápido descubrieron fallas en el cordón naval chileno. En vez de intentar romper el bloqueo, el transporte peruano *Talismán* atracaría en Quilca, el puerto principal de entrada a Arequipa, o Mollendo, donde trasladaba su carga en lanchas para luego enviarlas con prontitud hacia Arequipa por las vías férreas locales<sup>613</sup>. Las armas y los suministros destinados para Lima y Callao llegaban por los puertos de Chancay, Chira o Lurín<sup>614</sup>. Mientras tanto, había buques –algunos sin bandera– que seguían entrando cañones, rifles y torpedos desde Panamá<sup>615</sup>. Por desgracia para los chilenos, los potenciales sitios de desembarco de Perú eran más numerosos que los barcos patrulleros de la flota de Aníbal Pinto.

#### LA INVASIÓN DE TACNA

Mientras la armada chilena intentaba neutralizar la flota de Perú, el ejército de Chile se dedicó a acumular hombres y suministros. Hacia mediados de febrero la bahía de Pisagua estaba llena de naves, debido a que las autoridades empezaron a embarcar una nueva fuerza expedicionaria y su artillería y caballería en transportes para la invasión de Arica. A medida que las tropas abordaban sus respectivos navíos, la Armada intentó completar la construcción de balsas capaces de llevar doscientos cincuenta hombres. El 24 de febrero las autoridades terminaron de cargar diecinueve barcos que llevaban entre diez mil quinientos y once mil soldados de la Primera, Segunda y Tercera División más su equipamiento. La Cuarta División permanecería en Pisagua. A las cuatro de la tarde, protegido por el *Blanco Encalada*, el *Toro* y la *Magallanes*, además de los botes torpedo *Guacolda* y *Janequio*, el convoy zarpó, transportando las barcazas recién completadas.

Como lo había hecho en ocasiones anteriores, la Armada usó la técnica de aparear un velero con un transporte impulsado por vapor porque liberaba a los buques de guerra de cualquier responsabilidad más allá de proteger el convoy y perseguir al enemigo. También garantizaba que ni el clima ni las condiciones marítimas impidieran que los veleros cumplieran sus órdenes<sup>616</sup>.

<sup>613</sup> Corresponsal para *El Comercio* en la *Unión*, 22 de diciembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 274-275.

<sup>614</sup> Galvarino Riveros al ministro de Guerra y Marina, Callao, 19 de junio y 1, 10 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 61-63.

<sup>615</sup> Manuel Orella al oficial al mando de la flota, 12 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 70-71.

<sup>616</sup> Chile, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria de los trabajos ejecutados de la intendencia general del ejército y armada en campaña 1880-1881*, p. 8.

Para mantener la formación del convoy y evitar colisiones, cada barco navegaba a una velocidad de seis millas por hora mientras mantenía una distancia de tres cables entre los navíos.

Cuando la fuerza invasora se acercó a su destino, las torpederas dejaron el convoy para realizar un reconocimiento de la playa. La armada chilena llegó frente a Punta Coles, cerca de Pacocha, donde los barcos anclaron a las nueve de la mañana del 26 de febrero. Después de cerciorarse, por la *Magallanes* y las torpederas, que habría poca oposición, empezó el desembarque. Los distintos navíos, cada uno siguiendo un orden predeterminado, soltaron escaleras para que las tropas abordaran las falúas o barcazas que las llevarían hasta la orilla.

El regimiento Esmeralda empezó el desembarco a las cuatro y media de la tarde, aproximadamente al mismo tiempo que parte de la Artillería de Marina bajó a tierra y capturó Pacocha, un puerto en la entrada al valle Monquegua. Al no encontrar resistencia, la fuerza expedicionaria decidió usar el muelle de Ilo en vez de depender de las barcazas más lentas. Por tanto, hacia las ocho de la tarde, cinco mil hombres habían bajado a tierra. Los chilenos dedicaron el día siguiente a desembarcar a la gente de los restantes navíos. Una vez completado esto, Galvarino Riveros ordenó al *Amazonas*, *Loa*, *Matías Cousiño* y *Toro* que volvieran a Pisagua para transportar a la Cuarta División hacia Ilo<sup>617</sup>.

Aunque el presidente Aníbal Pinto apoyaba el plan de atacar Arica, estaba bajo fuertes presiones para evitar la torpeza que había caracterizado la expedición previa de Erasmo Escala. Por tanto, en vez de hacer marchar a sus tropas hacia el interior, táctica que había resultado desastrosa en la campaña de Tarapacá, el Presidente ordenó a su ejército atrincherarse después del desembarco en Ilo. De nuevo, Aníbal Pinto y sus consejeros esperaban que la presencia chilena incitara a los peruanos a tratar de expulsarlos de su cabeza de playa. No se logró. Por tanto, cuando el almirante Lizardo Montero, el comandante local peruano se negó a morder el anzuelo, Aníbal Pinto ordenó a su caballería arrasar la zona alrededor de Ilo. Si esa táctica no impulsaba al almirante peruano hacia la acción, Rafael Sotomayor planeaba aumentar la presión: enviaría una unidad de infantería a destruir instalaciones de carga y equipamiento ferroviario en el cercano puerto de Mollendo. Idealmente, este ataque forzaría a Lizardo Montero a atacar, porque cortar las comunicaciones y vías de abastecimiento de Arequipa con la costa, amenazaba la existencia de este baluarte peruano. Además, el ataque a Mollendo podría alarmaarlo al punto que desplazara a los soldados que defendían Tacna, otro de los objeti-

<sup>617</sup> “Segunda expedición i de ocupación de Ilo”, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 371-371; Galvarino Riveros al ministro de Marina, Pachoca, 28 de febrero de 1880, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, pp. 190-191; Luis A. Castillo al ministro de Marina, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, pp. 191-193.

vos de Chile, para proteger Arequipa<sup>618</sup>. Así, el 8 de marzo los buques *Blanco*, *Amazonas* y *Lamar*, transportando al Tercer Regimiento de Línea, el batallón Naval y Zapadores, además de una pequeña cantidad de soldados de caballería, dejaron Pacocha. Para no alertar a las autoridades de Mollendo, la Armada dejó a unos doscientos soldados del batallón Naval cerca del puerto de Islay, donde cortaron los cables telegráficos. Tras lograr este objetivo, el resto de los hombres bajó a tierra y empezó la marcha hacia Mollendo.

El desembarco, aunque exitoso, no empezó de manera auspiciosa. El ministro de Guerra, José Gandarillas, se quejó de que la Armada había puesto de forma intencionada al Ejército en la orilla, en una parte donde el agua era tan profunda que las tropas invasoras casi se ahogaron<sup>619</sup>. La expedición se desorganizó aún más cuando los hombres llegaron a Mollendo. Muchos de los soldados chilenos eran mineros que habían trabajado en las salitreras de Tarapacá y que había sufrido a manos de los ciudadanos peruanos una vez que se desató la guerra. Estas tropas aprovecharon la oportunidad para vengarse de despellos del pasado y saldar cuentas pendientes. Al descubrir una partida de licor escondida, los mineros convertidos en soldados se emborracharon sin vacilar y, junto a algunos de sus oficiales, empezaron a saquear la ciudad. Este arrebato de rapiña, se cree que incluyó violaciones, saqueo de una iglesia e, incluso, la profanación de la hostia. Los disturbios, que causaron daños por más de dos millones de pesos, duraron más de un día y los oficiales chilenos tuvieron que usar la fuerza para restablecer la disciplina, tras lo cual los hombres volvieron a Ilo el 11 de marzo<sup>620</sup>.

La anarquía manifestada en Mollendo reforzó la creencia de Aníbal Pinto de que los comandantes del ejército no podían controlar a sus tropas. Peor aún, si sus soldados habían desobedecido a sus oficiales en Mollendo, podían volver a ignorar a sus superiores cuando se les ordenara atacar a un enemigo armado. Pero el gobierno decidió que no tenía más opción que avanzar hacia el interior: Lizardo Montero, cuyo poder estaba debilitado por Nicolás Piérola y que creía que podía usar mejor sus limitados recursos concentrando sus hombres en Tacna, se negó a reaccionar a la incursión chilena. Por tanto, Aníbal Pinto tuvo que ordenar de mala gana al general Manuel Baquedano, comandante de la caballería, que avanzara a Moquegua, un pueblo ubicado en la profundidad del desierto. Los batallones del General harían el viaje de

<sup>618</sup> José Francisco Vergara a Aníbal Pinto, 10 de marzo de 1880, en Bulnes, *op. cit.*, vol. II, p. 145.

<sup>619</sup> José Gandarillas al oficial al mando de la flota, Santiago, 5 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 48 (aunque Barbosa estaba al mando de la expedición, el informe fue escrito por José Gandarillas); Galvarino Riveros al ministro de Guerra, Callao, 26 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. V, pp. 48-9; Rafael Torreblanca a Manuel Torreblanca, Pacocha, 27 de febrero de 1880 en Fernández Larraín, *op. cit.*, p. 180.

<sup>620</sup> “Informe del Vice-Cónsul Sr. Robilliard sobre el intercambio comercial y comercio de Mollendo en 1880”, House of Commons, *Accounts and Papers*, London, 1881, vol. XCI, pp. 1578-1579, en Bonilla, *Gran Bretaña...*, *op. cit.*, vol. IV, p. 5.

ochenta y siete kilómetros en etapas: la caballería partiría primero, y la infantería y artillería un día después. Luego de unirse en Conde, sesenta y ocho kilómetros al este de Ilo, el destacamento atacaría Moquegua.

#### AVANCE HACIA EL INTERIOR

Aunque los chilenos tuvieron la suerte de apoderarse de cuatro locomotoras además de material rodante, que incluía un vagón cisterna que acarreaba agua, la expedición de Manuel Baquedano no empezó de forma auspiciosa. Su caballería llegó a Hospicio donde, como era de esperar, encontraron un enorme estanque lleno de agua. Después de que los hombres del General y sus caballos prácticamente vaciaran la cisterna, Manuel Baquedano ordenó que se llevara más agua por tren desde Conde para las unidades de infantería y artillería, que estaba previsto llegarían el día siguiente. Por desgracia, el tren se descarriló antes de que pudiera completar su misión. Las tropas, que no se enteraron de este hecho, ya habían partido desde Ilo. Peor aún, al parecer las mochilas de veintitrés kilos que llevaban los soldados contenían de todo excepto suministros adecuados o agua: los oficiales no lo habían pedido, creyendo que las tropas encontrarían estos ítemes en Hospicio. Rafael Sotomayor había tratado de remediar esta deficiencia obligando a las unidades que partían que incluyeran raciones de reserva y agua en sus bultos, pero muchos soldados no pudieron obedecer sus órdenes porque no tenían mochilas o, en un cuarto de los casos, cantimploras<sup>621</sup>.

Las unidades de infantería y artillería, comandadas por el coronel Mariano Muñoz, partieron de Ilo al atardecer del 12 de marzo. Tras arribar a Estanques el día siguiente, descansaron antes de reanudar su excursión. Sofocados por el polvo del desierto, quemados por el Sol, y entumecidos por el peso de sus bultos, los hombres lograron llegar a Hospicio a mediados de la mañana del 14 de marzo. Motivados por la perspectiva de, al fin, saciar su sed, muchas de las tropas, que ya habían acabado su agua, literalmente trotaron los últimos metros. Por supuesto, el tanque de agua estaba vacío.

El Coronel debiera haber ordenado a sus soldados marchar durante la noche, cuando estaba más fresco, con la esperanza de encontrar agua en la siguiente parada. En cambio, los dejó descansar. El siguiente amanecer trajo consigo el sol ardiente, que hizo casi insoportable el viaje. Los hombres colapsaron y algunos, como un teniente Navarro, murieron de insolación. El desesperado comandante del Segundo de Línea, Estanislao del Canto, concibió una forma novedosa de revivir a sus tropas: usando una bayoneta, separaba las mandíbulas de los soldados inconscientes y los revivía rociando un poco

<sup>621</sup> Rafael Torreblanca a Manuel Torreblanca, Ilo, 12 de marzo de 1880, en Fernández Larraín, *op. cit.*, p. 184.

de vino en sus bocas. Estas curas improvisadas no podían ocultar los fracasos de los que estaban más arriba en la jerarquía militar. “La imprevisión”, señaló un oficial con amargura,

“sigue pues haciendo víctimas y es seguro que nos hará más daño que el enemigo. ¿Es verdad, entonces que hay jentes que no aprenden nunca y son incapaces de aprender?”<sup>622</sup>.

Cada día traía noticias que confirmaban los temores de Aníbal Pinto y socavaban su confianza en Erasmo Escala. Al ver el río Ilo, los soldados alterados empezaron a luchar para llegar primero al agua. Mariano Muñoz solo evitó un quiebre completo de la disciplina, cuando amenazó con ordenar a su artillería disparar a cualquiera que rompiera filas para llegar al río. Habiendo evitado un motín, organizó un sistema rudimentario para extraer y distribuir el agua del Ilo entre los hombres y sus animales. Las tropas saciadas entonces siguieron hacia Condes, donde descubrieron viñas cuyos tanques contenían enormes cantidades de vino. Los chilenos se entregaron a una orgía de beber y excesos –un soldado incluso se ahogó en una cuba de vino– que Manuel Baquedano apenas logró reprimir. Para prevenir una nueva ocurrencia, ordenó que vaciaran las cubas, lo que hizo fluir tanto vino que los ríos se tornaron rojos y las mulas, que bebían de estos, se tambaleaban borrachas de un lado a otro<sup>623</sup>.

Ansioso por evitar otro quiebre en la disciplina, la autoridad civil chilena, Rafael Sotomayor, juró supervisar la campaña con más cuidado y tomar un papel más activo en la dirección de la guerra. Pero su involucramiento, aunque era justificado, exacerbó la relación ya dañada entre él y su general en jefe. Eventualmente, la disputa entre los dos llevó a una ruptura declarada. Los oficiales, que estaban desesperados por un general que parecía confiar más en la fe que en las buenas obras, hicieron un llamado al gobierno para que lo despidiera. La administración de Aníbal Pinto también se había cansado del comandante ultramontano, “cuya falta de prestigio es tan espantosa” y cuyas políticas desmoralizadoras amenazaban extenderse a través del ejército como gangrena<sup>624</sup>. Por tanto, cuando Erasmo Escala muy petulante entregó su dimisión, el régimen, para su sorpresa, la aceptó. Para reemplazarlo, el gobierno de Aníbal Pinto nombró a los generales Manuel Baquedano y José Velásquez como

<sup>622</sup> Estanislao del Canto, *Memorias militares del general Estanislao del Canto*, pp. 91-93; Máximo Lira a Isabel Errázuriz, Pacocha, 13 de marzo de 1880 en Regina Claro Tocornal, “Cartas de don Máximo R. Lira a Doña Isabel Errázuriz desde los campamentos chilenos durante la Guerra del Pacífico (1879-1881)”, p. 73.

<sup>623</sup> Rafael Torreblanca a Manuel Torreblanca, Ilo, 12 de marzo de 1880, en Fernández Larraín, *op. cit.*, p. 187; Máximo Lira a Isabel Errázuriz, Pacocha, 25 de marzo de 1880, en Claro Tocornal, *op. cit.*, p. 76.

<sup>624</sup> Máximo Lira a Isabel Errázuriz, Pacocha, 13 de abril de 1880, en Claro Tocornal, *op. cit.*, p. 76.

comandante y Jefe del Estado Mayor del Ejército, respectivamente. Manuel Baquedano, de sesenta y siete años, quien había ingresado al Ejército a los quince, seguiría siendo el comandante del Ejército hasta principios de 1881.

### LA BATALLA POR LOS ÁNGELES

A pesar del fiasco de Hospicio, Manuel Baquedano se tomó Moquegua. Su victoria no fue una hazaña impresionante, ya que los defensores, comandados por el coronel Andrés Gamarra, ya habían abandonado el pueblo, refugiándose en Los Ángeles, una meseta que se erguía a unos sesenta metros sobre el fondo del valle. Por desgracia, no podía solo circunvalar las tropas peruanas, cuya presencia amenazaba a Moquegua, como también a la red de comunicaciones que se extendía al sudeste a lo largo del valle de Locumba hacia Tacna, al noroeste hacia Arequipa y el noreste de Bolivia. En efecto, tenía que destruir la posición enemiga, pero para hacerlo tendría que desalojar una guarnición peruana atrincherada en una posición que parecía impenetrable.

*Cuadro N° 15*  
BATALLA DE LOS ÁNGELES,  
22 DE MARZO DE 1880

---

#### Lado peruano

Andrés Gamarra

Coronel Julio C. Chocano	Batallón Grau	300
Coronel Manuel Gamarra	Batallón Granaderos de Cuzco	300
Coronel Martín Álvarez	Batallón Canchis	350
Coronel Manuel Velasco	Batallón Canas	300
Teniente coronel Manuel Jiménez	Coronel gendarme de Moquegua	50
	Total	1300

#### Lado chileno

Mayor Manuel Baquedano

Mayor Juan Martínez	Batallón Atacama	590
Coronel Mauricio Muñoz	Segunda de Línea	1000
Mayor Estanislao León	Regimiento Santiago	1000
Mayor José Echeverría	Batallón Bulnes	500
	1 compañía regimiento Buin	155
Teniente coronel Tomás Yávar	Granaderos a Caballo	100
Teniente coronel Pedro Soto	Cazadores a Caballo	200
Teniente coronel José Novoa	Regimiento 2 de Artillería	97
Total		3642

---

FUENTES: Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 208; Andrés Gamarra a Comandante, segundo ejército del Sur, Omate, 4 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 440-441, Manuel Baquedano a Jefe del Ejército, Moquegua, 27 de marzo de 1880, "Partes Oficiales

chilenos, muertos i heridos durante la expedición sobre Moquegua i acción de Los Ángeles”, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 433, 438-439; Paz Soldán, *op. cit.*, p. 845.

No hay fuente, primaria o secundaria, que entregue el tamaño exacto de las fuerzas chilenas que atacaron Los Ángeles. Las cifras de la artillería y caballería pueden ser verificadas en varios informes. Sí sabemos que el contingente que llegó a Moquegua consistió en al rededor de tres mil doscientos cincuenta soldados de infantería, ochocientos cuarenta de caballería y doscientos noventa de artillería. Machuca, *op. cit.*, vol. II, p. 133.

Ubicados entre los ríos Torata y Moquegua, que habían abierto profundas quebradas a ambos lados de la planicie de Los Ángeles, los mil trescientos hombres de Andrés Gamarra –tres batallones de infantería, el Grau, Canas y Chaquis, más uno de caballería, el Granaderos de Cuzco, complementados con cincuenta hombres de los Gendarmes de Moquegua– parecían inmunes a ataques. Convencido de que nadie podía escalar el barranco por su flanco derecho, Andrés Gamarra se concentró en defender el centro y la izquierda. Por ende, ordenó al batallón Grau atrincharse en el borde delantero de la meseta. Esta posición les dio a los peruanos un campo de fuego despejado sobre el camino en zig-zag que subía tortuosamente el cerro hacia la pampa del Arrastrado, la planicie que yacía sobre Los Ángeles, y desde ahí a Arequipa. Para proteger el flanco este, colocó la mayoría de los Granaderos de Cuzco además de una unidad de artillería en Quilinchile, una montaña ubicada en la pampa. Los Canas y los Chaquis ocuparon posiciones hacia la parte posterior de la pampa del Arrastrado, desde donde se podían mover con facilidad para reforzar las defensas que estuvieran bajo amenaza. La noche previa a la batalla, Andrés Gamarra ordenó a los Canchi reemplazar a los Granaderos de Cuzco en Quilinchile.

La estrategia de Manuel Baquedano era simple: los exploradores de los batallones Bulnes y Santiago, apoyados por dos baterías de artillería, lanzarían una finta en el centro peruano. Mientras los hombres de Andrés Gamarra se concentraban en repeler este ataque, el batallón Atacama, bajo el coronel Juan Martínez, intentaría encontrar una vía para subir el desfiladero de Torata a la derecha de los peruanos, mientras que el coronel Mariano Muñoz, encabezando siete compañías del Segundo de Línea, un batallón del regimiento Santiago, una batería de cañones de montaña y trescientos integrantes de la caballería, escalarían las alturas de Quilinchile en la izquierda peruana. Si todo iba de acuerdo con el plan, las dos columnas chilenas se juntarían en la pampa del Arrastrado, atacarían la retaguardia de Andrés Gamarra y capturarían a los peruanos antes de que estos pudieran retroceder.

El atardecer del 21 de marzo, los hombres de Juan Martínez, que llevaban cien rondas de municiones, agua y varias herramientas improvisadas de montañismo, empezaron su ascenso de la quebrada Quilinchile. La combinación de caminos malos, montañas y el río impidieron que las tropas de Mariano Muñoz ubicaran un lugar desde donde pudieran iniciar su ascenso. Se cree que

el Coronel quedó tan consternado que buscó ayuda de los habitantes locales, quienes le indicaron con gusto la dirección adecuada. Estos mismos peruanos también informaron a Andrés Gamarra qué había sucedido. Esta inteligencia no solo retrasó la salida de los chilenos sino que confirmó lo que Andrés Gamarra había aprendido anteriormente de unos prisioneros chilenos capturados: que las unidades de Manuel Baquedano atacarían su flanco izquierdo. En consecuencia, movió a los Granaderos y Canchis para reforzar sus posiciones a lo largo de la quebrada Quilinque. A las cinco de la madrugada, cuando los chilenos fueron vistos, los Canchis y Granaderos, más los Gendarmes en Púlpitos, abrieron fuego. Los hombres de Mariano Muñoz y sus caballos se vieron envueltos en un fuego cruzado letal, mientras se esforzaban por subir en una sola fila por una fuerte pendiente. Incapaces de retroceder, porque la caballería no podía darse vuelta, los chilenos intentaron guarecerse. Por fortuna, los artilleros de Mariano Muñoz maniobraron una pieza de artillería Krupp hacia un pliegue en una montaña cercana al frente de Quilinque. Una vez en el lugar, los artilleros chilenos obligaron a retroceder a los peruanos de su centro y flanco izquierdo, dándoles la cobertura suficiente para poder avanzar despacio.

Los planes de Juan Martínez también parecían haber ido mal. Como estaba acordado, su unidad dejó el campamento después de la medianoche. Tras enviar una compañía bajo el capitán Rafael Torreblanca para ir explorando, el resto del batallón esperó quince minutos antes de comenzar su marcha. Pero cuando el Atacama llegó al lugar para iniciar el ascenso, los chilenos escucharon disparos. Temiendo haber perdido el elemento sorpresa, Juan Martínez no sabía si proceder o abortar su misión. Luego de pedirle indicaciones a Manuel Baquedano, le informaron que, en efecto, había estallado un tiroteo momentos antes, pero que debía obedecer sus órdenes originales.

A las cuatro de la madrugada las tropas del Atacama, avanzando en una sola línea y usando sus bayonetas para sujetarse, escalaron exitosamente la quebrada en la derecha peruana. Después de dos horas lograron llegar a la meseta en lo alto, a la retaguardia de los defensores, sin ser vistos; los chilenos, entonces, avanzaron cerro abajo. Al principio, Andrés Gamarra creía que estos soldados eran sus propias tropas, que venían a reforzar su posición. Pero cuando el Atacama, gritando, “¡Viva Chile!”, se lanzó con sus bayonetas, el oficial peruano se dio cuenta del error. Entretanto, los hombres de Mariano Muñoz también llegaron a la cúspide del flanco izquierdo de la planicie, y también atacaron las posiciones peruanas. Abatidos por artillería a su izquierda y desde el valle abajo, apretados desde el centro y sus flancos, la defensa peruana se desmoronó. Dejando a los Granaderos como retaguardia, el Grau retrocedió. Aunque los hombres exhaustos del Atacama no tenían la fuerza para perseguir a los peruanos que huían, la caballería de Manuel Baquedano intentó capturarlos. Una buena porción de las fuerzas de Andrés Gamarra escaparon exitosamente, y llegaron a la seguridad de Arequipa. Los peruanos

perdieron entre cien y ciento treinta y cuatro entre muertos y heridos; los chilenos sufrieron cuatro o cinco muertes y no más de cuarenta heridos<sup>625</sup>.

## AVANCE HACIA TACNA Y ARICA

La *Opinión Nacional* de Lima exageraba cuando llamó la batalla de Los Ángeles “otro desastre más para Perú”. Aunque no fue causa de alegría, la derrota de Andrés Gamarra no cambió mucho las cosas: las guarniciones de Tacna y Arica permanecieron intactas; los chilenos aún tendrían que aniquilar estas fuerzas si deseaban asegurar la provincia<sup>626</sup>. En vez de asaltar Arica directamente, lo que podría resultar en extremo costoso, los chilenos planearon avanzar tierra adentro, desde Ilo a Tacna, una ciudad situada en el cruce de varios caminos que comunicaban el interior con la costa a sesenta y cinco kilómetros de distancia, y luego atacar el puerto desde el este. Para capturar estos puntos fuertes, los chilenos debían, primero, cruzar un desierto, al parecer carente de recursos y del cual no sabían nada<sup>627</sup>.

La estrategia de Manuel Baquedano exigía que la Segunda División, de Mauricio Muñoz, y la Tercera, de José Amunátegui, marcharan desde sus respectivas bases en Ilo y Moquegua a Hospicio, desde donde partirían hacia el sureste, al desierto. Si todo iba bien, se unirían con otras unidades chilenas en Buenavista. Incluso, después de completar esta odisea de noventa kilómetros, los chilenos aún estarían a unos cuarenta y dos kilómetros de Tacna. Mientras tanto, los elementos de la Primera División del coronel Santiago Amengual dejarían Ilo para iniciar la fatigosa marcha hacia el sur, en paralelo a la costa

<sup>625</sup> Manuel Baquedano al General en Jefe, Moquegua, 27 de marzo de 1880, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria 1880*, *op. cit.*, pp. 86-89; Juan Martínez al General, Alto de la Villa, Moquegua, 25 de marzo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 434-435; Mauricio Muñoz al General, en marcha, Molino, 22 de marzo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II p. 435; Lisandro Orrego al General de Infantería, Alto de la Villa, Moquegua, 25 de marzo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 436; Feliciano Echeverría al General, Moquegua, 25 de marzo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 436; José Novoa al Coronel, Pacocha, 28 de marzo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 437; José Velásquez al Coronel, oficial al mando, 2<sup>a</sup> división, Alto de la Villa, Moquegua, 24 de marzo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 436-437; Simon Barriónuevo al Coronel, oficial al mando de la división, Omate, 4 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 439-440; Andrés Gamarra al General del segundo ejército del sur, Omate, 4 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 440-441; Julio C. Chocano al General, Primera y Segunda División del Ejército, Omate, 31 de marzo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 441-442; Martín Álvarez al Teniente coronel Jefe de la primera división del segundo ejército del sur, Omate, 28 de marzo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 442-443; *El Mercurio*, Valparaíso, 19 de abril de 1880.

<sup>626</sup> *La Opinión Nacional*, Lima, 1 de abril de 1880, en *El Mercurio*, Valparaíso, 14 de abril de 1880.

<sup>627</sup> “Informe del Vice-Cónsul Sr. G. H. Nugent sobre el intercambio comercial de Arica correspondiente a 1866”, en House of Commons, *Accounts and Papers*, London, 1867-1868, vol. LXVIII, pp. 303-305 en Bonilla, *Gran Bretaña...*, *op. cit.*, vol. IV, p. 260.

hasta llegar a Ite, donde también penetrarían tierra adentro, hacia el noreste, para unirse al resto del ejército en Buenavista. Como los caminos del desierto no podían soportar la artillería de las fuerzas expedicionarias, el alto mando decidió transportar los cañones pesados, además de la Cuarta División de Orizombo Barbosa, por mar a Ite, otro puerto con acceso a un camino a Buenavista. A principios de mayo, la Cuarta División del Ejército, su artillería y su tren de suministros arribó a Ite, y marchó hacia el interior para encontrarse con el resto de la fuerza expedicionaria en Buenavista y Yaras. La mar gruesa complicó el desembarco de los pesados cañones, que no llegaron al campamento hasta el 11 de mayo.

A partir del 8 de abril, algunas de las unidades de Santiago Amengual empezaron su larga travesía; las tropas de José Amunátegui siguieron dos semanas después. El cruce exigió un gran esfuerzo a los hombres: los caminos traicioneros atrasaron a los trenes de suministros; los mosquitos se devoraron a las tropas desafortunadas, mientras que las enfermedades – fiebres de origen desconocido, disentería y una peste hemorrágica, que mató al setenta por ciento de los infectados – arrasaron con los soldados antes de que siquiera vieran al enemigo. Los soldados que enfermaban en la mañana no vivían hasta el atardecer. El médico Ramón Allende Padín, cabeza del servicio médico chileno, tuvo que evacuar entre dos mil a dos mil quinientos soldados que sufrían de fiebre, además de tratar mil soldados adicionales que marchaban por tierra hacia Tacna. En un caso, una unidad que sobrevivió a la batalla de Los Ángeles casi intacta, perdió la mitad de su guarnición en la caminata a través del desierto. Estos problemas no fueron una sorpresa. Anteriormente, el Jefe del Estado Mayor de Manuel Baquedano se había quejado de la falta de medicina y “la alarmante escasez de médicos”<sup>628</sup>.

La disciplina durante la marcha se deterioró a medida que las tropas, a veces por incitación de sus oficiales, descartaban su equipamiento, reteniendo solo sus armas y municiones; los soldados quedaban empapados en sudor después de moverse con dificultad por las colinas arenosas durante el día, y sufrían cuando el aire frío de la noche convertía sus uniformes saturados de transpiración en mantas congeladas<sup>629</sup>. La deshidratación llevó a los hombres agobiados a tomar medidas desesperadas. Un soldado adolescente en el Lautaro, Arturo Benavides, mezcló azúcar no refinada con su orina, aunque estaba muy sediento, no pudo llegar a tomarse su mejunje. Como buen compañero, ofreció su orina mezclada con azúcar a otro soldado que no tuvo escrúpulos

<sup>628</sup> Poblete, “Servicio...”, *op. cit.*, p. 467; Manuel Baquedano al ministro de Guerra y Marina, Ilo, 17 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 112; Dr. Ramón Allende Padín al Intendente General del Ejército y Armada en Campaña, Tacna, 5 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 342-343; Máximo Lira a Isabel Errázuriz, Pacocha, 20 de abril y 3 de mayo de 1880, en Claro Tocornal, *op. cit.*, p. 78.

<sup>629</sup> Hipólito Gutiérrez, *Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico*, p. 43.

en tragarlo. Al parecer, esta no fue una experiencia inusual: como señaló el sargento Manuel Salas en una carta a su padre, la situación se había tornado tan terrible que “hasta los oficiales toman orina”. Cuando la sed y la fatiga se hacían insoportables, algunos soldados se mataban: un cabo de apellido Cordero se disparó a sí mismo, algunos de sus compañeros se abrieron las muñecas con cuchillos, y otros también murieron, aunque con menos estilo<sup>630</sup>. Pobremente avitualladas, las tropas hambrientas comían caña de azúcar, una ofensa que se castigaba con el látigo<sup>631</sup>. De alguna forma, las tres divisiones chilenas lograron superar las pruebas y llegaron a Locumba: la Tercera División de José Amunátegui hizo el viaje en ocho días.

Advertidos por la prensa chilena, que proveía informes casi diarios del progreso del ejército de Manuel Baquedano, los aliados tuvieron que decidir dónde hacer su resistencia. Se desarrollaron dos escuelas de pensamiento: el coronel Eliodoro Camacho y el general Juan José Pérez querían hacer marchar el Ejército aliado al valle Sama, para sorprender a las fuerzas chilenas mientras cruzaban el desierto en etapas y antes de que pudieran concentrarse. Sin embargo, los peruanos, el almirante Lizardo Montero y coronel Juan José Latorre estaban a favor de atrincherarse en Tacna y Arica<sup>632</sup>. Por tanto, recayó en Narciso Campero, quien recién llegó a Tacna a fines de abril, tomar esta crucial decisión.

Tras asumir el mando de un ejército aliado del cual sabía muy poco, el comandante boliviano pasó sus primeros días tratando de aprender sobre sus tropas y la habilidad de estas para completar la misión. Al parecer, para probar su capacidad y resistencia, Narciso Campero ordenó a sus tropas emprender una marcha por el desierto. Luego de cubrir solo siete kilómetros, el boliviano ordenó a sus hombres volver a su base. Concluyó que la fuerza aliada no tenía suficiente transporte para mover a terreno su artillería, sus raciones y, más importante, sus suministros de agua. En consecuencia, Narciso Campero tuvo que abandonar toda esperanza de atacar al ejército chileno mientras iba en camino hacia Tacna; en cambio, sus tropas tendrían que “esperar al enemigo en su posición”<sup>633</sup>.

Luego de estudiar el terreno, Narciso Campero decidió, por motivos de logística, establecerse en el Alto de la Alianza, una planicie a unos ocho kilómetros al noroeste de Tacna. Era una amplia pampa que se estrechaba progresivamente en la base, como una piedra angular, hasta que topaba con un cerro de dos mil metros de largo que corría perpendicular, en un eje de este a oeste, al valle. Rodeado por montañas, la loma controlaba los terrenos altos hacia el sur, con vista al valle del río Caplina y la ciudad de Tacna, además del campamento

<sup>630</sup> Cartas de Tristán Chacón y Manuel Salas, en Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de la Campaña de Tacna y Arica*, pp. 651-654; Benavides, *op. cit.*, pp. 53-57.

<sup>631</sup> Gutiérrez, *op. cit.*, p. 47.

<sup>632</sup> Florencio del Mármol, “Descripción de la batalla de Tacna”, p. 355.

<sup>633</sup> Narciso Campero, “Informe del General Narciso Campero ante la convención nacional de Bolivia, como jefe del ejército aliado”, pp. 592-593.

chileno hacia el norte. Estas alturas no solo eran grandes montículos de tierra; contenían una serie de cuestas que corrían en paralelo, también sobre un eje de este a oeste. Las tropas aliadas aumentaron estas depresiones naturales, convirtiéndolas en trincheras que medían tres metros de diámetro, dos de ancho y casi uno de profundidad. Una vez completada, la berma sí escondía a las fuerzas aliadas y sus reservas de la vista de los chilenos. Reforzados con reductos de bolsas de arena, que protegían a los emplazamientos de diecisiete cañones y dos ametralladoras Gatling, y reforzados por tres escuadrones de caballería, esta posición hubiera dado qué pensar a Helmuth von Moltke<sup>634</sup>.

Narciso Campero dividió sus fuerzas en tres grupos, asignando a cada uno un sector para defender: una posición de artillería que consistía de seis piezas nuevas Krupp de campaña y dos ametralladoras al extremo derecho de la línea. Hacia el oeste, a la izquierda, el almirante Lizardo Montero comandaba la Primera y Sexta divisiones del Ejército peruano, formadas por los batallones de infantería Lima Número 11, Cuzco, Lima Número 21 y Cazadores del Rímac. Las divisiones bolivianas Tercera y Cuarta –los batallones Colorados, Aroma, Murillo y Zapadores– se ubicaron detrás de las unidades peruanas, preparadas para asistir en caso de necesidad. Otro reducto de artillería, que contenía un cañón y dos ametralladoras, separaba a la derecha aliada de su centro, que comandaba el coronel Miguel Castro Pinto. Este sector, como el de la derecha, consistía en dos líneas, la delantera, con los batallones bolivianos Loa, Grau, Chorolque y Padilla, dirigidos por el coronel Claudio Acosta, y la reserva del centro, formada por la Quinta División peruana, los batallones Arequipa y Ayacucho y la columna Sama. Un tercer reducto de artillería, de un cañón y dos ametralladoras, separaba el centro de la izquierda aliada. La primera fila consistía en los batallones peruanos Pisagua, Arica, Zepita y Misti, respaldados por los batallones de reserva Huáscar y Victoria. Otra posición de artillería, que contenía nueve cañones además de los batallones bolivianos Viedma, Tarija y Sucre, estaba emplazada al final de la línea al extremo oeste. Estas unidades se mantenían ubicadas en la posición elevada, que se desviaba en un ángulo de aproximadamente cuarenta y cinco grados desde la línea principal de defensa. Al borde este de esta línea y situada hacia la retaguardia estaban las caballerías peruanas Gendarmes de Tacna, Flanqueadores de Tacna y Nacionales, mientras que las Guías y Junín servían como su reserva. Asimismo, los bolivianos Coraceros, Vanguardia de Cochabamba, Libres del Sur y Escolta respaldaban el punto más al oeste. En términos de personal, las fuerzas bolivianas sumaban cerca de cinco mil ciento cincuenta entre oficiales y hombres, los peruanos ocho mil quinientos. Se enfrentarían a catorce mil ciento cuarenta y siete chilenos<sup>635</sup>.

<sup>634</sup> Campero, “Informe...”, *op. cit.*, p. 593.

<sup>635</sup> Machuca, *op. cit.*, vol. II, pp. 246, 263-265; Toro Dávila, *op. cit.*, p. 288; “Cuadro demográfico”, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 121. Varios académicos peruanos y bolivianos han afirmado que el ejército aliado era, en realidad, mucho más pequeño. Algunos, como Roberto Querajazu

*Cuadro N° 16*  
**FUERZAS ALIADAS, BATALLA DE CAMPO DE ALIANZA/TACNA,  
 26 DE MAYO DE 1880**

---

Contraalmirante Lizardo Montero	
Ala derecha	Coronel Adolfo Flores
Batallón Murillo (B)	C. Remigio Morales B
Batallón Lima N° 11	Valentín Quintanilla
Batallón Cuzco N° 19	C. Díaz
Batallón Lima N° 21	Coronel Víctor Fajardo
Batallón Cazadores del Rimac	
Centro	
Coronel Miguel Castro Pinto	
Batallón Loa N° 3	Coronel Raimundo González
Batallón Grau N° 9	Coronel Lizandro Penarrieta
Batallón Chorolque N° 8	Coronel Justo de Villegas
Batallón Padilla N° 6	Coronel Pedro Vargas
Ala izquierda	
Coronel Narciso Camacho	
Batallón Pisagua	Mayor Pedro Matiz
Batallón Arica	Coronel Belisario Barriga
Batallón Zepita	Mayor Carlos Llosa
Batallón Misti	Coronel Samuel Lara
Reservas de Ala derecha	
Batallón Nacionales	Prefecto Pedro del Solar
Batallón Colorados N° 1	Coronel Ildefonso Murguía
Batallón Aroma N° 2 (Amarillos)	Coronel Juan Aramayo
Batallón Zapadores	
Reservas del centro	
Batallón Arequipa N° 7	Coronel Martín Rimachi
Batallón Ayacucho N° 3	Coronel Nicanor de Somocurcio
Batallón Sama	
Reservas del Ala izquierda	
Batallón Huáscar	Coronel Belisario Barriga
Batallón Victoria	Coronel José Godines
Batallón Viedmam N° 5	Coronel Ramón González
Batallón Tarija N° 7	Coronel Miguel Estenssoro
Batallón Sucre N° 2	Coronel Juan Ayala
Retaguardia de Ala derecha	
Escuadrón Húsares de Junín	Coronel A. Salcedo
Escuadrón Guiás	Coronel Pedro Nieto
Escuadrón Flanqueadores de Tacna	Coronel Pedro del Solar
Escuadrón Gendarmes de Tacna (Nacionales)	

---

Calvo, estimó una cantidad tan baja como ocho mil quinientos, p. 540. Al contrario, José Jiménez escribió a su padre que, al 24 de abril, el ejército aliado se estimaba en dieciséis mil, Tacna, 24 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 50.

Retaguardia de ala izquierda	
Escuadrón Coraceros	Coronel Octavio la Faye
Escuadrón Vanguardia de Cochabamba	
Escuadrón Libres del Sur	
Escuadrón Escolta	

FUENTES: Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, pp. 247-249; Díaz Arguedas, *op. cit.*, pp. 206, 216-217, 275-276, 318-321; Machuca, *op. cit.*, vol. II, pp. 264-265; en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 560.

Gracias a sus informes de inteligencia, los aliados sabían que los chilenos tenían la intención de marchar hacia Tacna. En efecto, para el 22 de mayo podían ver el humo que salía desde los fuegos de campaña de Manuel Baquedano. Lo que no conocían los oficiales aliados era el tamaño del ejército de su enemigo, su composición y armamento<sup>636</sup>. El Jefe del Estado Mayor chileno, el coronel José Velásquez, en un intento por averiguar a qué se enfrentaban sus tropas, despachó una fuerza mixta de mil quinientos a dos mil hombres para sondear las defensas de Tacna. Antes del amanecer del 22 de mayo este contingente dejó la base principal camino a quebrada Honda, una profunda zanja ubicada aproximadamente a mitad de camino entre el campamento chileno de Yaras y el peruano cerca de Tacna. Una vez ahí, algunos chilenos se separaron en grupos pequeños para estudiar la zona; los artilleros también dispararon algunos proyectiles a la posición aliada para obtener alguna idea del alcance.

La incursión chilena parecía despertar en los aliados más curiosidad que angustia: las tropas peruanas y bolivianas observaron con calma las actividades de los chilenos mientras devoraban grandes desayunos de carne de res cocida, papas, sopas, pescado asado, lengua y huevos<sup>637</sup>. El general Narciso Campero parecía igualmente apático: en un principio no sabía si la incursión del enemigo era un ataque o una misión de reconocimiento. Pero después de consultar su reloj, concluyó que los chilenos no atacarían: “Son las dos de la tarde,” señaló, “y ninguna batalla empieza a esta hora”<sup>638</sup>. Tenía razón, aunque la hora tardía no impidió que la artillería de ambos bandos se cañoneara en forma intermitente.

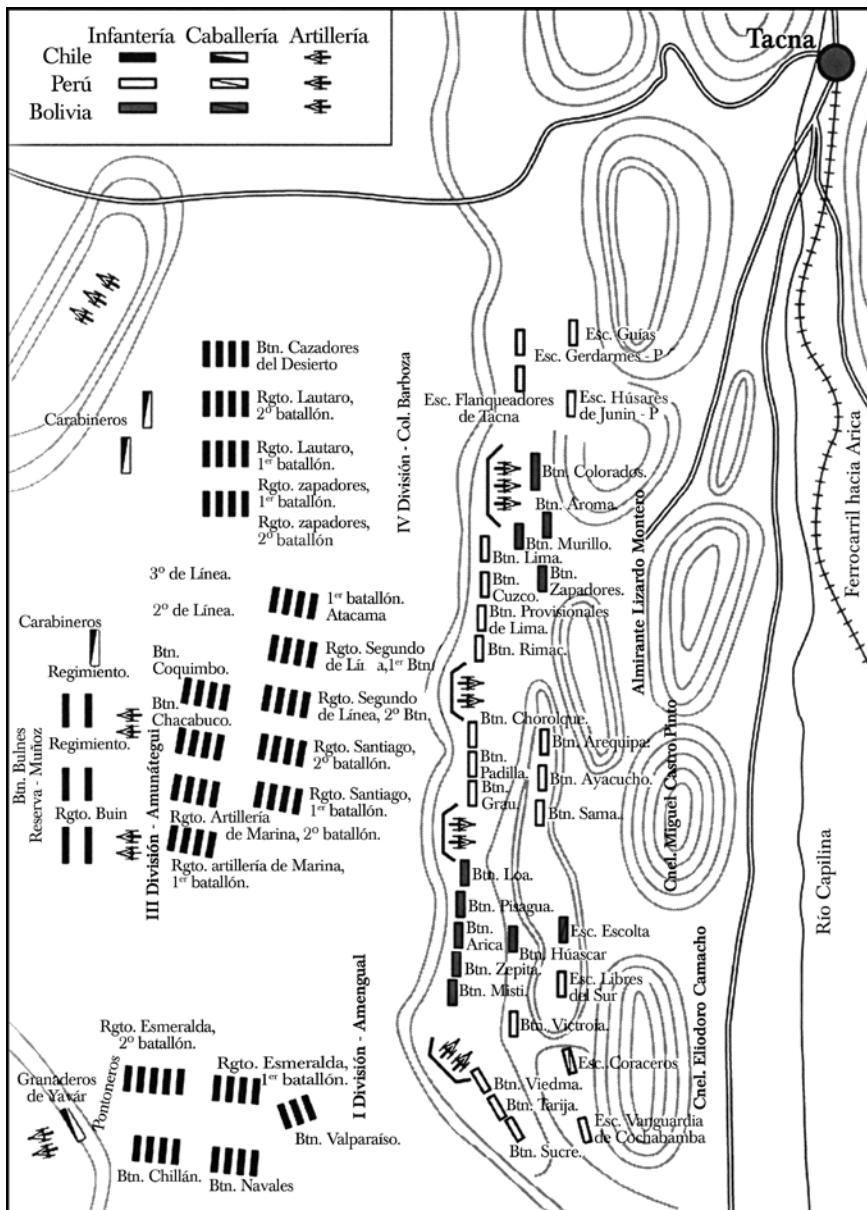
Al atardecer del 25 de mayo, intentó iniciar la batalla, si no a una hora más razonable, al menos en términos más ventajosos. Al enterarse de que los chilenos habían acampado en quebrada Honda, el boliviano convenció a sus colegas que las unidades aliadas debían atacar las fuerzas de Manuel Baquedano antes del amanecer, antes de que los chilenos pudieran desplegar su artillería o caballería y cuando, por supuesto, los aliados tuvieran la ventaja de la sorpresa. Sus asociados estuvieron de acuerdo, y a medianoche guió sus tropas hacia el oscuro desierto.

<sup>636</sup> Miguel Aguirre, *Lijeras reminiscencias del Campo de la Alianza*, p. 10.

<sup>637</sup> Claros, *Diario...*, *op. cit.*, p. 48.

<sup>638</sup> Alba, *Diario...*, *op. cit.*, p. 97.

La táctica falló por completo. Como era típico, la camanchaca descendió sobre el desierto, cubriendo a las tropas de Manuel Baquedano. Y como el chileno había ordenado a sus hombres abstenerse de hacer fogatas de modo



Batalla de Tacna/Campo de la Alianza.

de ocultar su ubicación, la fuerza aliada no tenía modo de localizar a sus enemigos. Esta restricción obligó al coronel Estanislao del Canto a recurrir al ardido adolescente de fumar debajo de una manta sus cigarrillos enrollados a mano en hoja de maíz<sup>639</sup>. Después de dos horas de deambular sin rumbo, los aliados se percataron de que habían perdido toda orientación en las nieblas de la noche. De hecho, las fuerzas de Nicolás Campero se confundieron tanto que una unidad peruana casi cayó en una posición chilena. De seguro, los centinelas de Manuel Baquedano debieron haber oído las tropas de Narciso Campero porque dieron la alarma, lo que desató una búsqueda de los intrusos. Al reconocer la futilidad de dar tumbos en la oscuridad, y con una unidad chilena persiguiéndolos, los exhaustos aliados abortaron su ataque. Aunque no lo sabían en ese momento, algunos de los hombres de Manuel Baquedano se habían despertado lo suficientemente temprano para ver cómo salía el Sol a espaldas de sus enemigos.

Muy temprano el 26 de mayo, ambos bandos comenzaron sus preparativos para la batalla inminente. Durante la tarde anterior, el padre Ruperto Marchant, un capellán del ejército chileno, convirtió su carpa en una improvisada capilla donde escuchaba las confesiones y rezaba con los que se lo pedían. Luego, hizo las rondas con los hombres en turnos de guardia. Justo antes del amanecer, celebró una misa y dio absolución completa a las tropas de los regimientos Esmeralda, Navales, Valparaíso y Chile. Al final del servicio religioso, las tropas lanzaron sus quepis en el aire mientras ofrecían un “ensorecedor ‘Viva Chile’ de Dios a la patria”<sup>640</sup>.

*Cuadro N° 17*

FUERZAS CHILENAS, BATALLA DE CAMPO DE ALIANZA/TACNA,  
26 DE MAYO DE 1880

1 <sup>a</sup> División	Coronel Santiago Amengual
Regimiento Esmeralda	Teniente coronel Adolfo Holley
Batallón Navales	Coronel Martiniano Urriola
Batallón Valparaíso	Coronel Jacinto Niño
Batallón Chillán	Teniente coronel Juan Antonio Vargas
2 <sup>a</sup> División	Coronel Francisco Barceló
Regimiento Santiago	Teniente coronel Ladislao Orrego
Regimiento 2 de Línea	Teniente coronel Estanislao del Canto
Batallón Atacama N° 1	Teniente coronel Juan Martínez
3 <sup>a</sup> División	Coronel José Amunátegui
Batallón Chacabuco	Teniente coronel Domingo Toro Herrera
Batallón Coquimbo N° 1	Teniente coronel Alejandro Gorostiaga
Batallón Artillería de Marina	Teniente coronel José Ramón Vidaurre

<sup>639</sup> Del Canto, *op. cit.*, pp. 103-104.

<sup>640</sup> Marchant Pereira, *op. cit.*, pp. 41-43.

4 <sup>a</sup> División	Coronel Orizimbo Barboza
Batallón Zapadores	Teniente coronel Ricardo Santa Cruz
Batallón Cazadores del Desierto	Teniente coronel Jorge Wood
Batallón Lautaro	Teniente coronel Eulojio Robles
Reserva	Coronel M.Muñoz
Regimiento Buin	Teniente coronel José Ortíz
Regimiento 3 de Línea	Coronel Ricardo Castro
Regimiento 4 de Línea	Teniente coronel José San Martín
Batallón Bulnes	Teniente coronel José Echeverría
Caballería y artillería	
Regimiento granaderos de Yungai	Teniente coronel Manuel Bulnes
Regimiento 2 de Artillería	Teniente coronel José Francisco Vergara
Regimiento granaderos a caballo	Teniente coronel Tomás Yavar
Escuadrón Carabineros de Maipú	Teniente coronel Rosauro Gatica

FUENTES: Machuca, *op. cit.*, vol. III, pp. 257-259; “Partes oficiales chilenos,” Arica, 11 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 560-577.

Al amanecer, bandas tocando el himno nacional chileno, y el más marcial Himno de Yungay despertaron a las tropas de Manuel Baquedano que habían logrado dormir a pesar del estrépito. Los soldados tenían mucho que hacer: muchos confiaron sus petates y efectos personales a los miembros de las bandas, como el tamborilero Gococillo del regimiento Coquimbo, y conservaron solo sus armas y bayonetas para llevarlas a la batalla<sup>641</sup>. Las tropas también sacaron una carga básica de municiones –ciento treinta balas por hombre, excepto los soldados del Esmeralda, que recibieron solo cien cartuchos, hecho que tendría cierta importancia más tarde en el día– además de raciones secas y agua. Esto mantendría a las tropas a lo largo del día, si es que, por supuesto, lograban vivir tanto tiempo. Los desafortunados que cargaban rifles Grass tuvieron que llevar a cabo una tarea en esencia poco estética, si no extraña: como el fino polvo del desierto atascaba sus armas, los hombres orinaban en los mecanismos de disparo de sus rifles para liberar el bloqueo de la culata<sup>642</sup>. A diferencia de las tropas aliadas que deambularon en su campamento al amanecer, la mayoría de los chilenos logró comer un desayuno caliente. Hipólito Gutiérrez, quien dormía sentado con su rifle acunado en los brazos, tuvo tiempo de preparar café para él y su teniente<sup>643</sup>. Como es típico en todos los ejércitos, largas esperas interrumpían algunos minutos de actividad frenética. Después de comerse una tortilla de desayuno, Arturo Benavides estaba muy cansado o indiferente porque usó este tiempo de descanso para dormir<sup>644</sup>.

<sup>641</sup> Urquieta, *op. cit.*, vol. II, p. 8.

<sup>642</sup> Machuca, *op. cit.*, vol. II, p. 271.

<sup>643</sup> Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 50-51.

<sup>644</sup> Benavides, *op. cit.*, pp. 68-71.

A las siete veinte de la mañana las tropas se habían ubicado en sus formaciones. Algunos oyeron las palabras de aliento de sus oficiales. Estanislao del Canto, por ejemplo, recordó a sus tropas las grandes pérdidas de vidas humanas que había sufrido el Segundo de Línea en Tarapacá. Asegurando que los peruanos supuestamente habían quemado vivo al teniente coronel Eleuterio Ramírez, el comandante de la unidad, además de sus cantineras, ordenó a sus tropas no perdonar a ningún soldado enemigo, ni siquiera a los heridos. Para ser honestos, el Coronel trataba a sus hombres solo con un poco menos de dureza, sugiriendo que sus tropas dispararan a todo compañero que se comportara de modo cobarde<sup>645</sup>. Sin duda, esta escena se repitió en todo el ejército chileno. Por último, al son de más música marcial, el estruendo de fuego de artillería y las bendiciones colectivas de los capellanes, las legiones de Manuel Baquedano marcharon hacia la batalla.

Al otro lado de la pampa, las tropas aliadas realizaban muchos de los mismos rituales que sus enemigos. Pero las bandas tocando “alegres toques de diana e incluso marineras” no pudieron disipar el aire de ansiedad general que envolvía el campamento aliado. Tras ser despertados a las seis de la mañana, los bolivianos sacaron municiones además de su asignación diaria para víveres. No tuvieron que esperar mucho para gastar su dinero: una vivandera circulaba entre ellos vendiendo sopa, carne asada y un trago de coñac para los que necesitaban un tónico temprano en la mañana<sup>646</sup>. Algunos de los bolivianos más afortunados gozaban de un cuidado más personalizado. La fiel rabona del sargento Olaguibel, que cargaba al hijo de ambos en la espalda, llevaba su comida en un recipiente de greda. Mientras preparaba su desayuno, el soldado jugaba con su hijo. Luego el sargento la abrazó, quizás por última vez, y se despidió con un beso de su hijo. Ella desapareció en una nube de polvo levantada por un proyectil chileno. Por fortuna, ella sobrevivió, aunque no estamos seguros del destino de su amante<sup>647</sup>.

Al parecer, esta escena se repitió una y otra vez ese día. Un oficial argentino, Florencio del Mármol, señaló que a medida que andaba en su mula camino a la batalla vio entre trescientas y quinientas rabonas, sus bebés en la espalda, con ollas en la mano, y “sus ojos llenos de lágrimas, hablando con el corazón roto”, abandonando lo que luego se convertiría en el campo de batalla<sup>648</sup>. Los soldados aliados, como sus enemigos, intentaron atar los cabos sueltos de sus vidas: el teniente coronel César Moscoso le pidió a un compañero que cuidara a su madre por él; otro oficial, Julián Vargas Machicado, le dio algo de dinero a un amigo, rogándole que lo llevara a su hermana si él moría<sup>649</sup>.

<sup>645</sup> Del Canto, *op. cit.*, p. 105.

<sup>646</sup> *El Nacional*, Lima, 26, 27, 28 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, 618; Pedro Vargas a Severino Zapata, La Paz, 18 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 590, Claros, *Diario...*, *op. cit.*, pp. 52-53.

<sup>647</sup> Ballivián, *op. cit.*, p. 14.

<sup>648</sup> Florencio del Mármol, *Recuerdos de viaje y de guerra*, p. 102.

<sup>649</sup> Alba, *Diario...*, *op. cit.*, p. 100.

Los oficiales aliados también intentaron inspirar a sus hombres. Mientras tocaban las bandas de las distintas unidades, el mayor Juan Reyes tranquilizaba a sus Colorados: “No se preocupen”, aconsejaba, “las balas no matan, el destino sí”<sup>650</sup>. También ocurrieron actos discretos de patriotismo: Juanito Pinto, un niño tamborilero de doce o trece años del Alianza, agarró municiones y un rifle de un civil para unirse a la batalla, y el general Claudio Acosta y el coronel Miguel Estensorro se levantaron de sus lechos de enfermos para unirse a sus unidades<sup>651</sup>. Otro oficial se topó con una niña de catorce o quince años de edad que caminaba no hacia atrás, sino al campo de batalla. Como no tenía madre, prefería compartir el destino de su padre, sin el cual, observó, “no tendría a nadie en mi vida, si lo sobrevivo”. No sabemos qué sucedió con ella, pero Narciso Campero intentó ordenar a Miguel Estensorro y Claudio Acosta que se retiraran del campo de batalla. Ellos se negaron, pero prometieron “volver a ver si sobrevivimos [la batalla]”. Claudio Acosta nunca llegó: un proyectil de artillería chilena dio con él. En una de las muchas ironías de la guerra, después de matar a los bolivianos en la batalla, los chilenos lo enterraron con toda la pompa de un funeral militar completo, incluyendo una guardia de honor del regimiento Buin<sup>652</sup>.

El Campo de la Alianza fue parecido a la batalla de San Francisco, excepto que esta vez los chilenos tuvieron que atacar a los contingentes aliados atrincherados en las tierras altas. Gracias a la buena fortuna, los chilenos capturaron un documento enemigo que indicaba cuántas unidades se enfrentaban a ellos y las ubicaciones de estas. Este conocimiento solo los hizo dolorosamente conscientes de lo que tenían que lograr. Para enfrentarse a un enemigo atrincherado así, el coronel José Francisco Vergara había sugerido que una parte de las fuerzas chilenas lanzara una finta para distraer a las fuerzas aliadas mientras que el cuerpo principal envolvía la derecha del enemigo, cortando así a Tacna y sus defensores de su suministro de agua, un recurso esencial en la árida planicie. Si se implementaba, el plan de José Francisco Vergara también evitaría que las tropas aliadas huyeran a Tacna o, en el caso de los bolivianos, a su patria. Irónicamente, hasta un oficial boliviano criticó después a Manuel Baquedano por no adoptar dicho plan en Tacna. Si lo hubiera hecho, los chilenos habrían atrapado a los defensores de la ciudad o los habrían obligado a tratar de huir a Arica, un esfuerzo desgastante<sup>653</sup>.

Pero Manuel Baquedano y su Jefe de Estado Mayor, José Velásquez, rechazaron con vehemencia el plan del civil: argumentaron que rodear la línea aliada sería demasiado complicado, reduciría la habilidad de Manuel Baquedano

<sup>650</sup> Ballivián, *op. cit.*, p. 10.

<sup>651</sup> Dalence, *op. cit.*, p. 20; Ochoa, *Semblanzas...., op. cit.*, p. 26; Alba, *Diario..., op. cit.*, p. 98; *Armada Boliviana*, [www.armada.mil.bo](http://www.armada.mil.bo).

<sup>652</sup> Alba, *Diario..., op. cit.*, p. 99; Dalence, *op. cit.*, pp. 34, 56; Campero, *Informe..., op. cit.*, p. 17.

<sup>653</sup> Camacho, *op. cit.*, pp. 436-437.

para controlar sus tropas, y expondría el flanco de las fuerzas chilenas a un contraataque enemigo. Como ocurriría en Lima, Manuel Baquedano prefería el más simple, sino simplista, ataque frontal. Consciente de las muchas bajas que causaría esta decisión, creía que sus tropas aun triunfarían, solo porque eran chilenas. Un hombre lacónico, que al parecer tartamudeaba y se dice que desechó las propuestas de José Francisco Vergara con las palabras “Soldado chileno, adelante, adelante”<sup>654</sup>.

El plan de Manuel Baquedano requería que la Primera División de Amengual –que consistía en los batallones Valparaíso, 1 y 2, Esmeralda y Chillán, la Segunda División de Barceló– compuesta de cinco batallones del Atacama, el Segundo de Línea y Santiago –destrozaran primero la izquierda aliada, atravesando la línea defensiva, y luego atacaran a las tropas restantes desde atrás. Mientras el enemigo se concentraba en la defensa de su flanco izquierdo, la Tercera División de José Amunátegui, que comprendía los dos batallones del regimiento de Artillería Naval además de Coquimbo y Chacabuco, estaba lista para reforzar la Primera o Segunda División. Entretanto, la Cuarta División del coronel Orozimbo Barbosa, que consistía de las unidades Lautaro y Cazadores del Desierto –que eran del mismo tamaño que el batallón de Zapadores– atacaría al enemigo por el centro y la derecha. Una reserva, comandada por el coronel Mauricio Muñoz, compuesta del Tercero y Cuarto de Línea y el Bulnes además de Carabineros, iba justo detrás de la Tercera División.

Las tácticas de Chile, avanzando “en sólidas columnas, desplegando solo compañías ligeras como exploradores, y [...] disparando [...] en formaciones cerradas de rangos dobles”, eran, como señaló un oficial naval estadounidense, dignas de un ejército napoleónico<sup>655</sup>. Peor aún, la decisión de Manuel Baquedano de atacar frontalmente no solo disminuía la ventaja numérica de Chile sino que “era un acto de locura heroica, la peor estrategia que podíamos haber adoptado”, y convertía la tarea que enfrentaban sus veteranos, endurecidos por la batalla, de peligrosa a homicida: sus hombres tendrían que cruzar cerca de tres mil cuatrocientos a tres mil setecientos metros de arena que a veces les llegaba a los tobillos, lo que hacía más lento el avance tanto de la infantería como de la artillería, sin cubierta, calcinados por el Sol y bajo fuego de los cañones de campaña del enemigo, antes de que pudieran siquiera iniciar la mortífera tarea de asaltar a las tropas aliadas atrincheradas en la altura. Peor aún, como observó Santiago Amengual,

“yo no tenía idea del objetivo de la marcha ni tenía instrucciones de Usted [Baquedano] o el jefe de estado mayor para el plan de ataque, o la ubicación del enemigo”.

<sup>654</sup> Ekdahl, *op. cit.*, vol. II, p. 297.

<sup>655</sup> Theodorus Mason, “The War between Chile, Peru, and Bolivia. Shakings from the Log-Books of a Lieutenant”, p. 557.

Santiago Amengual bajó la velocidad de su avance mientras esperaba recibir instrucciones que nunca llegaron<sup>656</sup>. Esencialmente, Manuel Baquedano, quien siempre era generoso con la sangre de otros, lanzó sus unidades hacia la batalla sin dar más indicación que la de extender su dedo hacia las fuerzas aliadas.

El parque de artillería de Chile, que consistía en treinta y ocho cañones y seis ametralladoras Gatling, estaba dividido en secciones y distribuido para proteger el avance. A la retaguardia de la Cuarta División, Gumercindo Fontecilla comandaba una batería de seis cañones de montaña Krupp. Diez cañones y dos ametralladoras bajo Santiago Frías que estaban detrás, y a la izquierda, de la Primera División. Once cañones, entre ellos cinco piezas de montaña Krupp, bajo José Errázuriz y Exequiel Fuentes, seguían a la Segunda y Tercera División<sup>657</sup>. La caballería chilena se desplazaba en la retaguardia y los flancos de Manuel Baquedano: los Cazadores del Desierto estaban atrás y a la izquierda, de la Cuarta División, los Cazadores a Caballo y el Segundo Escuadrón de Carabineros de Yungay a la retaguardia de esta división. Los Granaderos a Caballo, bajo el coronel Yávar, estaban ubicados entre la retaguardia de la Primera División y la batería de artillería de José Salvo.

Cuando la artillería aliada abrió el fuego, cerca de las nueve de la mañana, los cañones chilenos respondieron de la misma forma. Los cañones de los bandos no infligieron mucho daño: los chilenos dispararon metralla, que no pudo penetrar las defensas de los aliados, y los proyectiles que sí aterrizaron a veces se hundieron en la arena sin estallar. Los artilleros aliados no lograron enfocar a las unidades de Manuel Baquedano, y en los casos en que sus proyectiles acertaron, no infligieron bajas sustanciales. Por tanto, después de dos horas de intercambio fútil de artillerías, las baterías de ambos bandos dejaron de disparar, mientras que la Primera División de Santiago Amengual y la Segunda División de Francisco Barceló iniciaron su avance. El ataque tenía toda la precisión de un minué: los chilenos avanzando, “maniobrando como si estuvieran en las graderías de un desfile. Y el enemigo mirando”<sup>658</sup>. Los atacantes tendrían que hacer una larga caminata.

A medida que se acercaban los chilenos, las tropas aliadas empezaron a cantar sus himnos nacionales y a darse gritos de aliento. En verdad, no había mucho más qué hacer para los soldados de Narciso Campero, además de rezar para que la caminata a través de la pampa agotara tanto a los chilenos que no tendrían la fuerza para atacar las posiciones aliadas. Aun así, tiene que haber sido inquietante para los hombres de Narciso Campero mirar pasivamente mientras que “esa línea negra y polvororienta” de tropas chilenas entraba poco a poco en el lugar y en el alcance de los rifles. Pero como señaló un oficial

<sup>656</sup> Guillermo Chaparro White, *Batalla de Tacna*, p. 25; Santiago Amengual al General en Jefe, Tacna, 2 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 562-563.

<sup>657</sup> Barrientos, *Historia...*, *op. cit.*, p. 192.

<sup>658</sup> Urquieta, *op. cit.*, vol. II, p. 9.

boliviano, gracias a la “proverbial obediencia y disciplina inalterable” de sus tropas, se mantuvieron firmes<sup>659</sup>.

A eso de las diez de la mañana, cuando los hombres de Santiago Amengual se habían acercado a unos tres mil doscientos metros de la línea aliada, se detuvieron para permitir que la artillería chilena ablandara, otra vez, las posiciones enemigas. Una vez que cesó la andanada de fuego, Santiago Amengual ordenó a sus unidades formarse en una columna de batallones y a sus artilleros a mover sus armas hacia adelante. Para entonces, los aliados habían formado una línea de hostigadores sobre la primera cresta, que ocultaba la ubicación del cuerpo principal de las tropas peruano-bolivianas. Próximo a las once y media de la mañana Santiago Amengual, todavía a unos mil metros del enemigo, ordenó al Valparaíso formar una línea de soldados, seguido de otra línea integrada por el Primer Esmeralda, los Navales y detrás de ellos, una tercera línea formada por el Segundo Esmeralda y el Chillán. Cuando se acercaron a la posición de los aliados, las tropas en la segunda fila se separaron en compañías para iniciar un ataque.

Mientras los chilenos, que ya habían sufrido grandes bajas simplemente cruzando el terreno abierto, disparaban a las tierras altas, apareció de repente la infantería aliada y, sin esperar ordenes, abrió fuego. Su primera descarga anonadó a los atacantes del Valparaíso y el Primer Batallón del Esmeralda, y mató o hirió entre ochenta y cien chilenos<sup>660</sup>. La batalla se tornó más brutal a medida que los hombres de Santiago Amengual empezaron a usar sus bayonetas o corvos para despachar a sus enemigos. Capturar la línea siguiente de atrincherados resultó en especial problemático: los aliados habían enviado nuevos refuerzos que, respaldados por dos cañones y una ametralladora, destrozaron a la división de Santiago Amengual. Cuando los chilenos intentaron envolver el flanco izquierdo aliado, de modo de rodearlos desde atrás, los defensores extendieron su frente, con lo que frustraron a las fuerzas de Manuel Baquedano. Aun así, a pesar de las terribles barreras y los intensos disparos, las tropas de Santiago Amengual lograron tomar la segunda línea de trincheras e, incluso, capturaron algo de artillería.

A la izquierda de Santiago Amengual, a Francisco Barceló no parecía irle mucho mejor. Encabezados por tres compañías de hostigadores –los soldados de los regimientos Santiago y el Segundo de Línea y el batallón Atacama– la Segunda División avanzó en una sola línea. Para no agotar a sus hombres o sus municiones, Francisco Barceló había ordenado a sus tropas descansar brevemente antes de lanzar un ataque sin cuartel a la posición aliada. Pero el coronel Estanislao del Canto, del Segundo de Línea, desobedeció la orden

<sup>659</sup> Alba, *Diario...*, *op. cit.*, p. 100; Ildefonso Murguia al ministro de Guerra, Oruro, 13 de agosto de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 73.

<sup>660</sup> Adolfo Holley a Santiago Amengual, Tacna, 29 de mayo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 564; Campero, “Informe...”, *op. cit.*, p. 595.

de su comandante: se presume que ansioso por vengar el honor de su unidad por la derrota en Tarapacá, exhortó a sus soldados a atacar la línea enemiga. Francisco Barceló, quien temía la aniquilación del Segundo de Línea, no tuvo más opción que indicar al resto de sus hombres seguir las órdenes del coronel del Segundo de Línea. Tras formar una línea alargada de tiradores, su división se lanzó hacia el enemigo.

El intenso fuego de los rifles enemigos detuvo, por un tiempo, el ataque. El coronel boliviano Eleodoro Camacho, al darse cuenta que Santiago Amengual pensaba rodearlo o aplastarlo, ordenó a su artillería retirarse para reducir su vulnerabilidad a los fusileros chilenos y colocarse en una ubicación donde aún pudiera disparar a los cañones de campaña del enemigo. Pero cuando cambió la ubicación de sus piezas de artillería, dejó un espacio en su línea, que ordenó llenar a los batallones de reserva Huáscar y Victoria. También indicó a sus reservas bolivianas –el Viedma, Tarija y Sucre– moverse hacia la izquierda, de modo de extender su flanco y frustrar los posibles planes chilenos de rodearlos. Pero estas maniobras lo dejaron con solo cuatro escuadras de caballería boliviana para reforzar su frente extendido.

Tras gastar las reservas de su sector, pidió y recibió como refuerzo adicional a los batallones Arequipa y Ayacucho, que provenían de fuerzas originalmente designadas como reserva para el centro aliado. Cuando estas unidades no fueron capaces de contener a los chilenos, el general Narciso Campero envió tropas para ayudarlo de los batallones Alianza (los Colorados) y el Aroma (los Coloraditos, llamados así porque, tal como los Colorados, usaban chaquetas rojas, pero con pantalones grises). Si bien el traspaso de estos soldados reforzó a la izquierda aliada, debilitó tanto a su centro y derecha que los dejó vulnerables a un ataque de las divisiones chilenas Tercera y Cuarta.

La feroz batalla empezó a pasar la cuenta a los defensores. La sangre de Narciso Campero “se volvió hielo en sus venas” cuando vio al batallón peruano Victoria ceder primero y luego desintegrarse. Además el comandante del Victoria, intentó contener la huida ondeando banderas peruanas. Cuando esta estratagema no dio resultado, ordenó a los recién llegados Colorados y a una de sus unidades peruanas, disparar a los hombres que huían para obligarlos a volver al frente. Sin embargo, ni las balas ni el ondear de los estandartes pudieron reagrupar a las tropas desmoralizadas.

Luego de una hora de duro combate, las divisiones chilenas Primera y Segunda habían capturado la segunda línea de las trincheras aliadas, pero el ataque a la tercera línea de trincheras se detuvo cuando Santiago Amengual y Francisco Barceló se enteraron de que sus unidades se estaban quedando sin municiones. Aunque un capitán logró llevar dos cajas de balas hacia adelante, estas eran inadecuadas: los comandantes chilenos rogaron a Manuel Baquedano que les entregara más municiones y refuerzos. Superados en número, exhaustos y casi sin municiones, Santiago Amengual y Francisco Barceló ordenaron a sus hombres retirarse. Por suerte para ellos, la retirada

no se transformó en derrota: los chilenos se retiraron lentamente, pausado, a menudo, para bombardear a su enemigo.

En un intento por aprovechar aún más su ventaja, Eliodoro Camacho ordenó a los Colorados y al Aroma que atacaran. El comandante de los Colorados, el coronel Ildefonso Murguia y su oficial ejecutivo, el teniente coronel Felipe Ravelo, montaron sus caballos de inmediato para dirigir a sus tropas hacia el corazón de la batalla. Ildefonso Murguia, calvo y con barba delgada, exclamaba “con voz imponente ‘Rotos cobardes, súbanse los pantalones porque aquí vienen los Colorados de Bolivia’”<sup>661</sup>. Pero antes de que pudieran acercarse al enemigo, los Colorados y Coloraditos primero tuvieron que pasar por encima de tres filas de cuerpos inertes, que llevaban “chaquetas amarillas, pantalones blancos y gorros blancos”, que yacían en líneas de doscientos cincuenta metros y estaban separados por intervalos de doscientos metros. Estos cuerpos eran de los Amarillos, o el batallón Sucre, hombres que en la muerte mantenían leales la misma formación en que habían marchado a la batalla.

Con andanadas disciplinadas, los Aromas y Colorados hicieron retroceder a los chilenos, y recapturaron algunas pesadas armas peruanas que los hombres de Manuel Baquedano se habían tomado anteriormente además de algunos cañones de campaña chilenos y una ametralladora. La división de Francisco Barceló también recibió presión desde el centro, cuando las tropas de Miguel Castro Pinto se unieron al contraataque aliado. En una brutal lucha mano a mano, los soldados de Narciso Campero recuperaron poco a poco el territorio que los chilenos habían tomado con tanto sacrificio<sup>662</sup>. Seguros de haber vencido a los chilenos, los Colorados empezaron a ondear sus rifles en el aire. Su alegría fue prematura.

Al divisar una unidad de caballería, los Granaderos a Caballo, comandada por Tomás Yávar, el desesperado oficial al mando del Esmeralda, Adolfo Hollay, les rogó que lo ayudaran. Tomás Yávar accedió, y ordenó a sus hombres atacar las líneas aliadas. Esta táctica falló por dos motivos: primero, como el humo y polvo de la batalla dificultaba la visión, los Granaderos mataron, sin querer, a parte de las tropas que fueron a rescatar. Los chilenos, además, subestimaron a sus enemigos: los Colorados no entraron en pánico sino que formaron rápidamente cuadrados de infantería. Luego de esperar a que la caballería chilena estuviera a una distancia de dieciocho metros, los cuadrados bolivianos abrieron fuego, con lo que sorprendieron a los jinetes de Tomás Yávar, frenando su ataque<sup>663</sup>. Si bien los Granaderos no pudieron expulsar al enemigo del terreno, sí lograron mantener ocupadas a las tropas aliadas por el tiempo suficiente para que se reagrupara la infantería asediada de Santiago

<sup>661</sup> Claros, *Diario...*, *op. cit.*, p. 35.

<sup>662</sup> Mármol, “Descripción...”, *op. cit.*, p. 357. Ildefonso Murgua al Ministro, Oruro, 13 de agosto de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 73-75.

<sup>663</sup> Ildefonso Murgua al Ministro, Oruro, 13 de agosto de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 74.

Amengual y Francisco Barceló. Usando las balas de sus compañeros muertos y heridos, pudieron resistir hasta que llegaron municiones adicionales –estas llegaron en cajas selladas que debían ser abiertas con un hacha– y Manuel Baquedano ordenó avanzar a su Tercera División bajo el mando de Santiago Amunátegui<sup>664</sup>.

A la Tercera División chilena le tomó cerca de noventa minutos avanzar. Pero una vez que lo hizo, el batallón de infantería Chacabuco –dirigido por el teniente coronel Domingo de Toro Herrera, fumador de puros– y el Coquimbo embistieron el centro aliado, mientras que la artillería de Marina, avanzando a un trote rápido, dio sobre la izquierda de Eleodoro Camacho. Bajo enormes presiones causadas por la llegada de estas nuevas tropas, las unidades a las que Eleodoro Camacho y Miguel Castro Pinto habían ordenado atacar a la derecha chilena, tuvieron que retroceder a sus posiciones fortificadas<sup>665</sup>. Como señaló Ildefonso Murguía con cierta pena, él habría aniquilado a los chilenos si hubiese podido llamar a filas a las reservas, pero no tenía ninguna: Narciso Campero ya había incorporado a estos hombres a la batalla<sup>666</sup>. Para complicar las cosas para los aliados, el batallón de infantería chileno Lautaro, alineándose con cuidado bajo el estandarte cargado por el teniente Arturo Benavides, avanzó en formación cerrada. Cuando finalmente escucharon el toque de corneta, el batallón y el resto de la Cuarta División atacaron la derecha de Lizardo Montero, que estaba en minoría<sup>667</sup>.

El general Narciso Campero vio como los soldados chilenos y aliados lucharon tan cerca unos de otros que se fusionaron en

“una masa densa y oscura, impenetrable a la vista, pero iluminada de momento a momento, como cuando un rayo de luz cruza el espacio de una noche de tormenta”.

El Campo de la Alianza se convirtió en un campo “de desolación y muerte, disfrazada con ropa deslumbrante”, mientras “las víctimas que caían eran reemplazadas de inmediato por otros”<sup>668</sup>. Cegados por “pólvora, humo y nubes de arena”, los soldados enfrentados quedaron tan entremezclados que ningún bando se atrevió a disparar su artillería por temor a dar contra su propia tropa<sup>669</sup>. Por el mismo motivo, las tropas vacilaron en descargar sus armas; en cambio,

<sup>664</sup> Benedicto, *op. cit.*, p. 66.

<sup>665</sup> Vicuña Mackenna, *Historia... Arica*, *op. cit.*, p. 1014.

<sup>666</sup> Ildefonso Murguía al Ministro, Oruro, 13 de agosto de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 74.

<sup>667</sup> Benavides, *op. cit.*, p. 73.

<sup>668</sup> Narciso, “Informe...”, *op. cit.*, p. 595; Mármol, “Descripción...”, *op. cit.*, p. 357; Urquieta, *op. cit.*, vol. II, p. 70; Abraham Quiroz a Leoncio Quiroz, Tacna, 14 de junio de 1880, en Abraham Quiroz, “Epistolario inédito de su campaña como soldado raso durante toda la Guerra del Pacífico”, p. 80.

<sup>669</sup> Abraham Quiroz a Leoncio Quiroz, Tacna, 14 de junio de 1880, en Abraham Quiroz *Dos soldados en la Guerra del Pacífico*, p. 80; Mármol, “Descripción...”, *op. cit.*, p. 357.

recurrieron a las bayonetas, sus corvos o blandían sus rifles como garrotes. Ocasionalmente, el combate mano a mano se hacía personal. Cuando el batallón Buin entró en acción, sus miembros exclamaron exigiendo saber dónde estaban los Colorados. La infantería boliviana respondió primero disparando una salva y luego lanzando un ataque de bayoneta. Un colorado logró ensartar su bayoneta en un integrante del Buin y fue empalado justo después por el chileno<sup>670</sup>. El sonido de la guerra, que Narciso Campero llamó “una tormenta prolongada infinitamente”, se hizo cada vez más fuerte. Miguel Claros, otro boliviano, señaló que las balas que silbaban sobre su cabeza sonaban como gatos maullando; su enemigo chileno Abraham Quiroz, quien servía en el Lautaro, comparó los disparos como un redoble de tambores<sup>671</sup>. Sea como fuere, los sonidos mataban.

A medida que la mañana tardía daba paso a la tarde, la situación se tornó cada vez más sombría para los aliados: los hombres del batallón Padilla, que habían acabado sus municiones, se defendieron con los Comblains, que quitaron a los muertos chilenos. Aprovechándose de sus metralletas y mayor número, los chilenos tornaron al flanco izquierdo aliado –lo que le costó al batallón Zepita su oficial al mando, el coronel Sebastián Luna, quien dirigía un contraataque– mientras que batía la raleada defensa del centro de Eleodoro Camacho<sup>672</sup>. Al mismo tiempo, la derecha aliada, cuyas reservas habían sido enviadas a fortalecer a las tropas de Eleodoro Camacho, cayeron frente a la Cuarta División de Orozimbo Barbosa. Narciso Campero exhortaba a los hombres a resistir con gritos de amenazas y ondeando un estandarte de combate. Pero, atravesando las masivas brechas en la línea aliada, los chilenos hicieron retroceder a sus enemigos, mientras capturaban una enorme cantidad de botines, entre ellos unos cañones Krupp de 1879, cinco ametralladoras Gatling, más cinco mil rifles de diversa manufactura.

Horas después de su colapso, las tropas y los oficiales aliados “cubiertos de polvo, bañados en sudor, y muchos manchados de sangre”, empezaron a llenar las calles de Tacna. Si bien muchos civiles ofrecieron agua e, incluso, cerveza a las tropas vencidas, algunos integrantes de la clase más baja de la ciudad, entre ellos mujeres, persiguieron a las exhaustas tropas bolivianas por las calles, gritándoles groseramente que ellos habían causado la derrota. Como observó José Ochoa, “Para nosotros no hay otra opción que empezar el viaje a nuestra patria desafortunada”. Por tanto, con gritos de “A Pachia”, los aliados vencidos abandonaron el campo de batalla<sup>673</sup>.

<sup>670</sup> Mármol, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 103.

<sup>671</sup> Campero, “Informe...”, *op. cit.*, p. 595; Claros, *Diario...*, *op. cit.*, p. 55, Abraham Quiroz a Luciano Quiroz, Tacna, 14 de junio de 1880, en Quiroz, *Dos soldados...*, *op. cit.*, p. 79.

<sup>672</sup> Andrés Cáceres al General en Jefe del Estado Mayor del Primer Ejército, nd, np, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 580.

<sup>673</sup> *El Comercio*, Lima, 1 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 622; Mármol, “Descripción...”, *op. cit.*, p. 355; Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, p. 313.

Al llegar a Pachia, los soldados que huían tenían dos opciones: un camino llevaba a las montañas y las ciudades peruanas de Arequipa y Puno, el otro a Tacora y el altiplano. La caminata a Bolivia mató a varias tropas, algunas de las cuales murieron congeladas. Los pocos afortunados que sobrevivieron, lo hicieron devorando chancaca y maíz; muchos de los que no tenían nada qué comer murieron. Florencio del Mármol estaba sentado al lado de un hombre que pasó su última noche en la tierra escupiendo sangre de una herida mortal<sup>674</sup>. Temeroso de ser tomado prisionero, Miguel Claros tuvo la previsión de ponerse dos trajes debajo del uniforme. Aunque sus compatriotas se rieron de él, pudo sobrevivir bien el frío de los Andes en la larga marcha hacia La Paz<sup>675</sup>. Sin embargo, y tal como muchos otros, tendría que soportar grandes dificultades, viajando sin mucha agua y obligado a comer carne casi cruda de llama y alpaca.

Los oficiales chilenos declararon a Tacna como zona vedada para sus hombres. Esta decisión enfureció a soldados como Hipólito Gutiérrez, quien alegó que el general Manuel Baquedano les había prometido libertad en la ciudad si derrotaban a los peruanos. Así, en vez de saquear la ciudad vencida, él y sus camaradas tuvieron que pasar la noche en el campo, con hambre, sed y frío<sup>676</sup>. Más tarde, los aliados acusarían a los chilenos de saquear a Tacna además de despojar a sus ciudadanos, pero esta versión acerca del destino que sufrió la ciudad es muy diferente de la de Hipólito Gutiérrez y del alto mando chileno. Un testigo, un oficial del Buin, indicó que Tacna y sus residentes sí habían sufrido, pero a manos de sus antiguos defensores, no de los chilenos<sup>677</sup>.

La batalla por Tacna había sido brutal. Manuel Baquedano triunfó, pero sus tácticas tuvieron un alto costo para Chile: sus cuatro divisiones tuvieron seiscientas ochenta y nueve bajas y mil quinientos nueve heridos, aproximadamente el quince por ciento de las fuerzas<sup>678</sup>. Muchos de los ochenta a cien heridos murieron de shock porque los cirujanos tuvieron que operar a algunos de ellos sin cloroformo<sup>679</sup>. Algunas unidades estaban más que diezmadas: el Atacama perdió el 24,9% de sus hombres, y también cayó el 11,2% del regimiento Santiago. Afuera de las estaciones de auxilio crecían los altos de extremidades amputadas. Está claro que el dicho del agregado militar estadounidense sobre la guerra entre Rusia y Turquía –que “la artillería de retrocarga no respeta a las personas”– se aplicaba también al encuentro en Tacna<sup>680</sup>. Solo la Cuarta División, que servía como reserva, emergió casi ilesa. Las frías estadísticas

<sup>674</sup> Mármol, “Descripción...”, *op. cit.*, p. 355.

<sup>675</sup> Claros, *Diarío...*, *op. cit.*, p. 53.

<sup>676</sup> Gutiérrez, *op. cit.*, p. 56.

<sup>677</sup> Paz Soldán, *op. cit.*, p. 477; L. Lucio Venegas Urbina, *Sancho en la Guerra. Recuerdos del ejército en la campaña al Perú y Bolivia*, p. 192.

<sup>678</sup> “Razón de las bajas del Ejército de Chile en la batalla del Campo de la Alianza”, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 598-599; Vicuña Mackenna, *Historia... Arica*, *op. cit.*, p. 1084 menciona un número más alto de muertos.

<sup>679</sup> Poblete, “Servicio Sanitario...”, *op. cit.*, p. 477.

<sup>680</sup> Urquieta, *op. cit.*, vol. II, pp. 24-25; Greene, *op. cit.*, p. 145.

esconden las verdaderas tragedias personales de la batalla. Por ejemplo, el comandante de la Cuarta Compañía de Atacama, el mayor Juan Martínez, perdió dos hijos, Melitón y Walterio. La única respuesta de su padre fue: “Lo que Dios me dio, me lo quitó la patria”. No pasó mucho tiempo llorando la muerte de sus hijos guerreros: moriría en el ataque a Lima<sup>681</sup>.

Los chilenos ciertamente pagaron con la misma moneda: el médico Zenón Dalence, cabeza de la unidad médica boliviana, estimó las bajas aliadas en mil quinientas, mil menos que lo informado por un oficial del Estado Mayor boliviano. También observó un fenómeno interesante: Perú perdió más oficiales, pero menos hombres alistados que los bolivianos<sup>682</sup>. Muchos de los bolivianos, que con frecuencia eran denigrados, lucharon hasta que sus unidades casi ya no existían: los batallones Chorolque, Amarillos y Colorados sufrieron entre 80 a 81,7% de bajas; los Padilla perdieron el sesenta y siete por ciento. El oficial ejecutivo del batallón de Sucre, a quien le mataron dos caballos mientras los cabalgaba y quien sufrió una grave herida en la pierna, le contó a su sobrino que su unidad ya no existía. Como ya había predicho el mayor Juan Reyes, el destino era caprichoso: el comandante del Estado Mayor boliviano, el general Juan José Pérez, sufrió una herida mortal en la cabeza, mientras que el coronel Eleodoro Camacho, quien había rezado para “nada más que una bala me matara” sobrevivió<sup>683</sup>. En total, se estima que el 45,6% de las tropas bolivianas murieron defendiendo Tacna<sup>684</sup>.

Los peruanos también sufrieron fuertes bajas: azotados por los fuegos de la artillería, rifles y ametralladoras chilenas, poco más del treinta por ciento del batallón Ayacucho sobrevivió en Tacna; el batallón Provisional Lima 21, que retrocedió luchando, perdió doscientos de sus cuatrocientos ochenta soldados. Una unidad, la Columna de Artesanos, estaba tan destruida que el Alto Mando no pudo informar adecuadamente sobre el número de bajas. Los oficiales sufrieron de manera desproporcionada: Andrés Cáceres sufrió dos heridas, y murieron el coronel Carlos Llosa del Zepita y los comandantes del Arica y los Cazadores del Rímac<sup>685</sup>. Se hace evidente que no se podía acusar a los aliados de ser cobardes.

<sup>681</sup> Vicuña Mackenna, *Historia... Arica*, *op. cit.*, p. 997.

<sup>682</sup> Dalence, *op. cit.*, pp. 25, 29; Pedro J. Armayo a Narciso Campero, La Paz, 12 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 590.

<sup>683</sup> Campero, “Informe...”, *op. cit.*, p. 595; Ballivián, *op. cit.*, pp. 24-25; Pedro P. Vargas (Batallón Padilla 6) al General de la 2<sup>a</sup> división del Ejército de Bolivia Severino Zapata, La Paz, 18 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 590; Pedro Armayo a Narciso Campero, La Paz, 12 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 590; Machuca, *op. cit.*, vol. III, pp. 290-291; *El Mercurio*, Valparaíso, 8 de julio de 1880.

<sup>684</sup> Cáceres, *op. cit.*, p. 59; Díaz Arguedas, *op. cit.*, pp. 275, 468; Pedro P. Vargas a Severino Zapata, La Paz, 18 junio 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 590.

<sup>685</sup> “Relación de las principales bajas del ejército peruano en la batalla Campo de Alianza”, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 599-600.

Actos de heroísmo emergieron de la matanza como breves estallidos de luz: por ejemplo, oficiales como el coronel boliviano Francisco Solís y sus oficiales subordinados lucharon como simples soldados de infantería<sup>686</sup>. En los Colorados, los superiores del teniente Daniel Ballivián le ordenaron llevar un mensaje a la escuadra de caballería. Al darse cuenta de que cuando llegara los chilenos habrían aplastado a su unidad, el joven oficial trató de desobedecer. Anda, insistieron sus comandantes, ve donde

“puedes hacer algo. Hay muchos de nosotros aquí, veteranos para los que la vida no es más importante que un centavo, ve a escribir esta última página de gloria”.

Partió. Su última imagen del campo de batalla fue la de un oficial herido, su pierna destrozada sangrando, avanzando hacia las líneas de batalla aún bramando, blandiendo su espada en una voz “que aun escucho en mis oídos: ¡adelante, muchachos, adelante! ¡Adelante, adelante!”<sup>687</sup>. Claramente, quedaban insuficientes tropas para acatar su súplica. Aun así, la larga lista de bajas permitió al teniente coronel Felipe Ravelo, el oficial ejecutivo de los Colorados, declarar que en Tacna Bolivia había “perdido todo excepto [su] honor”<sup>688</sup>.

Tal como los bolivianos, muchos peruanos también estuvieron a la altura de las circunstancias: el coronel Andrés Cáceres siguió luchando después de haber perdido dos caballos, su oficial ejecutivo, dos edecanes, su portaestandarte, y el ochenta por ciento del batallón Zepita. Como era usual, los soldados mostraron lo mejor y lo peor de sí mismos: la unidad que luchaba junto al Zepita y los Gendarmes de Tacna, pudo haber huido, pero dos miembros del Estado Mayor, los coroneles Manuel Velarde y Agustín Moreno, lucharon sin “ninguna esperanza de triunfar... [pero] en busca de una muerte gloriosa”<sup>689</sup>. Al final, por supuesto, el heroísmo aliado no hizo ninguna diferencia excepto para los vencidos: hacia las dos de la tarde, los chilenos dominaban el campo de batalla.

Algunos de los soldados triunfadores parecían seguir el consejo de Estanislao del Canto –había instado a sus hombres a matar a los heridos peruanos en represalia por las pérdidas que infligieron a sus camaradas en Tarapacá– y, de hecho, no tomaron prisioneros. En efecto, un soldado chileno, Alberto del Solar, declaró que los chilenos masacraron a dos mil quinientas tropas aliadas,

<sup>686</sup> Severino Zapata al Director Supremo de la Guerra, La Paz, 18 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 120.

<sup>687</sup> Ballivián, *op. cit.*, pp. 31-33.

<sup>688</sup> Felipe Ravelo a Senón Zamora, Tacna, 2 de junio de 1880, en Querejazu, *Guano...*, *op. cit.*, p. 575.

<sup>689</sup> Cáceres, *op. cit.*, p. 59; Lizardo Montero al ministro de Estado en Despacho de Guerra, Tarata, 1 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 578.

en parte porque aún estaban enojados por la ferocidad de su resistencia. Un oficial del batallón Santiago informó que un soldado amenazó a su comandante cuando intentó evitar que matara a un soldado aliado herido, solo un ejemplo de “esta fiebre por matar que poseía a los vencedores, particularmente los del Segundo de Línea”<sup>690</sup>.

Lamentablemente, los puestos de primeros auxilios no entregaban protección. Al parecer las tropas chilenas invadieron una unidad hospitalaria peruana, despojaron a un coronel Barriga de su uniforme, y luego le destrozaron su cara disparando de cerca balas hacia su cabeza. El médico boliviano, Zenón Dalence, también culpó a los chilenos de cortar con frecuencia las gargantas de los heridos. Se hizo común robarle a los muertos enemigos: el coronel Agustín López perdió sus botas de montar y su insignia de rango. Los soldados chilenos también saquearon los suministros de la unidad de ambulancia de Zenón Dalence, llevándose el aguardiente y usando las camillas como leña. No obstante, las autoridades chilenas, entre ellos el médico Ramón Allende Padín, además de algunos oficiales, intentaron proteger el hospital de campaña boliviano e, incluso, compartieron algunos remedios con este.

Trasladar a los heridos del campo de batalla a los puestos de primeros auxilios era el mayor problema de los médicos. Se producían atrasos por la falta de paramédicos, camilleros y ambulancias. Los más afortunados, los heridos que podían caminar, lograban arrastrarse hacia los puestos de campaña, a veces ayudados por un amigo. El gran número de bajas tras el Campo de Alianza parece haber colmado las unidades médicas chilenas. El equipo médico de Ramón Allende instaló hospitales improvisados en un almacén de Tacna. Cuando esto resultó inadecuado, envió los heridos a una escuela, un teatro y un mercado, donde al parecer los médicos trabajaron durante horas haciendo amputaciones, la “cura” tradicional para miembros destrozados por balas, una tarea que se hacía más macabra cuando el cirujano se quedaba sin cloroformo. Por fortuna, los cirujanos que servían en los buques de guerra chilenos y extranjeros anclados en el puerto de Arica ayudaron a cuidar a los heridos.

Los chilenos intentaron limpiar Tacna y desinfectar sus instalaciones. Por desgracia, ni las mejores intenciones pudieron mejorar la situación: los heridos a menudo sucumbían a septicemia, gangrena, y otra serie de infecciones fatales. La única solución era evacuarlos a hospitales adecuados. Manuel Baquedano poseía las naves y las instalaciones, aunque las condiciones insalubres en los transportes a veces mataban a estos hombres antes de que llegaran a Chile. Y mientras los peruanos usaban la Cruz Roja para llevar sus heridos a casa por mar, Bolivia no podía hacerlo y tenía que enviar a sus bajas por tierra<sup>691</sup>.

<sup>690</sup> Del Solar, *op. cit.*, pp. 175-177; Rosales, *op. cit.*, p. 168; Cáceres, *op. cit.*, p. 59; Paz Soldán, *op. cit.*, p. 476; Del Canto, *op. cit.*, p. 105.

<sup>691</sup> Dalence, *op. cit.*, pp. 17-21, 24, 27, 30, 47-49; Ramón Allende Padín al Intendente General del Ejército y Armada en campaña, Tacna, 5 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 339-344;

La noticia de la debacle de Tacna entristeció profundamente a los aliados. Al igual que antes, parte de la prensa adjudicaba la derrota no a habilidades chilenas sino

“casi exclusivamente a la falta de voluntad, incompetencia e inercia de los oficiales superiores que tenemos la mala fortuna de tener a la cabeza de soldados tan valientes y leales”<sup>692</sup>.

Aun así, parte de la prensa peruana intentó muy animada convencer a sus lectores de que como Chile también había sufrido grandes pérdidas, la guarnición en Arica podría vencer a los soldados de Manuel Baquedano<sup>693</sup>. *La Tribuna*, un diario de La Paz, describía la victoria como “la prostituta infame del azar”, e instaba a sus lectores a animarse: una nación, señalaba, no se inmola porque haya perdido una batalla. En cambio, el “martirio” de su ejército servía de inspiración a los ciudadanos de Bolivia, quienes debían continuar la guerra<sup>694</sup>. Pero el gobierno y sus tropas derrotadas ignoraron la postura de *La Tribuna*: los bolivianos podían seguir siendo uno de los beligerantes, pero Tacna marcó la última batalla de la Guerra del Pacífico en la que participaron. Aun así, el país sin salida al mar podía sentirse orgulloso de la resistencia feroz, casi suicida, de sus soldados.

La lógica y el pensamiento militar prevaleciente indicaban que los chilenos debieran haber triunfado en Tacna. Los dos ejércitos eran casi iguales en tamaño: las fuerzas peruano-bolivianas sumaban sobre diez mil. En teoría, el ejército de catorce mil hombres de Manuel Baquedano eclipsaba a sus enemigos. De hecho, al dejar de lado las reservas, solo cuatro divisiones chilenas –entre nueve mil seiscientos y diez mil quinientos hombres– lucharon en Tacna. Por tanto, la diferencia entre los dos bandos no fue tan significativa. En cambio, como los textos militares comunes especificaban que un atacante debía tener una mayoría de tres a uno para capturar una posición fortificada, en teoría los chilenos necesitaban treinta y dos mil soldados para vencer a sus enemigos. Las tropas aliadas, muchas de ellas equipadas con rifles de retrocarga, artillería de campo Krupp, y ubicadas sobre una altura bien fortificada, debieron haber aniquilado a los chilenos mucho antes de que cubrieran la extensión de cuatro mil metros de arena abierta que los separaba. Como observó el coronel peruano, Justo Pastor Dávila:

“Ni la superioridad numérica de los invasores, ni la superioridad de sus armas hubiesen causado nuestra derrota si las líneas de combate se hu-

---

Manuel Baquedano a ministro de Guerra y Marina, Ilo, 17 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 112.

<sup>692</sup> *El Nacional*, Lima, 22 de mayo de 1880, en *El Mercurio*, Valparaíso, 16 de junio de 1880.

<sup>693</sup> *La Opinión Nacional*, Lima, 2 de junio de 1880, en *El Mercurio*, Valparaíso, 18 de junio de 1880.

<sup>694</sup> *La Tribuna*, La Paz, 12 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 144-145.

bieran formado conforme a las reglas inquebrantables dictadas por táctica y estrategia; desafortunadamente, esto no sucedió, y por este motivo la valentía de la división y la sangre que derramó tan liberalmente, mientras que glorificaba su nombre [...] también causó un resultado trágico para nuestras armas”<sup>695</sup>.

Se hace evidente que Manuel Baquedano no había aprendido la lección demostrada tan sangrientamente en la guerra civil estadounidense y la guerra franco-prusiana: que los asaltos frontales a la infantería atrincherada equipada con rifles de fuego repetitivo era un asunto mortal. Por fortuna para Chile, aunque sus enemigos poseían suficientes ametralladoras Gatling y rifles de retrocarga, no tenían la habilidad para usarlos en forma eficiente. Además, su artillería no cañoneó con metralla a los chilenos que avanzaban. Si lo hubieran hecho, lo más probable es que las tácticas de Manuel Baquedano habrían fallado. De manera similar, el rechazo del General a luchar en orden disperso o abierto llevó a una gran pérdida para su nación. El coronel Orozimbo Barbosa de la Cuarta División, quien había aprendido esta táctica de Santa Cruz, aplicaba este método. Resultó exitoso: el regimiento Esmeralda, que atacaba en la formación tradicional en masa, perdió doscientos cuarenta y ocho hombres; los Zapadores, que siguieron el plan de Orozimbo Barbosa, solo setenta y siete<sup>696</sup>.

#### LA TOMA DE ARICA

La caída de Tacna no puso fin a la campaña: aún seguía intacta la guarnición de Arica. Mientras algunos políticos cuestionaban la importancia de intentar capturar ese puerto, otros creían que Chile lo necesitaba para reabastecer a sus fuerzas, que se estaban quedando sin víveres, municiones y equipamiento militar. Arica también servía de puerto principal para abastecer a las guarniciones aliadas del interior, además de las ciudades principales de Bolivia; por tanto, su captura permitiría a Chile hostigar a sus enemigos y así obligarlos a rendirse. Curiosamente, a algunos peruanos, al menos tras la pérdida de Tacna, no les parecía lógico intentar defender el puerto. Por ejemplo, el funcionario peruano Pedro del Solar instó al coronel Francisco Bolognesi, el comandante peruano en Arica, a destruir primero el equipamiento militar del puerto y luego llevar a sus hombres hacia las montañas<sup>697</sup>. Pero desde su base en las

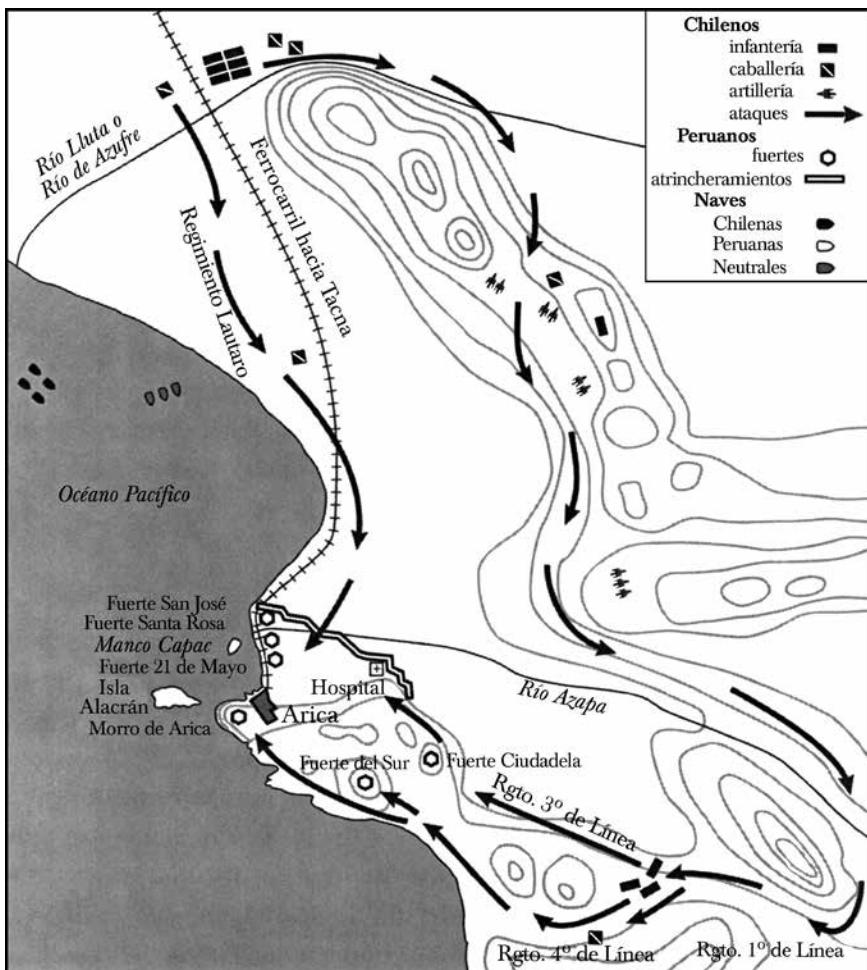
<sup>695</sup> Francisco J. Salazar, *Las batallas de Chorrillos y Miraflores y el arte de la guerra*, p. 25; Justo Dávila al Jefe de Personal, Primer Ejército del Sur, Tarata, 29 de mayo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 578; Cáceres, *op. cit.*, p. 57.

<sup>696</sup> Vicuña Mackenna, *Historia... Arica*, *op. cit.*, pp. 1063-1064.

<sup>697</sup> “Informe del Vice-Cónsul Sr. G. H. Nugent sobre el intercambio comercial y comercio de Arica correspondiente a 1877”, en House of Commons, *Accounts and Papers*, London, 1878,

alturas del altiplano, el almirante Lizardo Montero convirtió la defensa de Arica en un tema de honor nacional peruano: la guarnición del puerto, entonó con lentitud y énfasis, “debiera hacerse explotar con todos sus defensores y asaltantes” en vez de capitular<sup>698</sup>.

El puerto era un objetivo formidable. Al igual que Gibraltar, las defensas de Arica estaban en una montaña, El Morro, que se erguía doscientos metros sobre



Batalla de Arica.

vol. LXXV, pp. 1699-1702, en Bonilla, *Gran Bretaña...*, *op. cit.*, vol. IV, p. 291; Alberto del Solar a Nicolás Piérola, Torata, 3 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 149.

<sup>698</sup> Manuel de la Torre al secretario de Estado a cargo de la guerra, a bordo del *Limarí*, Arica, 9 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 185; Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 276.

el nivel del mar y se inclinaba de forma gradual hacia los Andes, fundiéndose con la planicie de la pampa cinco kilómetros hacia el este. Al norte de El Morro, el río Lluta o Azufre corría hacia el oeste desde los Andes hasta el océano Pacífico. Casi perpendicular al río, una línea férrea y un camino conectaban a Arica con Tacna. Además de anclar el monitor *Manco Cápac* al pie de El Morro, Francisco Bolognesi construyó varios fuertes, entre ellos tres baterías de cañones, a nivel de tierra en el flanco norte de la montaña. Estas instalaciones, los fuertes San José, Santa Rosa y 2 de Mayo, que juntos montaban dos cañones Parrot y dos Vavasseur, conocidos como los cañones del norte. Los defensores de Arica también habían cavado una trinchera de tres kilómetros de largo, que iba del sudeste desde el borde del mar hasta El Morro, para proteger la parte de atrás de los fuertes del norte de ataques de infantería. En las alturas del puerto estaban emplazadas tres fortalezas con varios cañones de gran calibre: el fuerte Ciudadela, ubicado en el lado norte de la montaña; el fuerte Este, que curiosamente estaba al oeste de Ciudadela; y al extremo norte de El Morro, el fuerte El Morro, que consistía en dos plataformas de cañones, la Alta y la Baja, que contaban con cinco y cuatro cañones cada cual<sup>699</sup>. El comandante de la Alta era el capitán naval Juan Moore, quien aún hacía penitencia por encallar con la *Independencia* durante el combate naval de Iquique.

*Cuadro N° 18*  
**BATALLA DE ARICA,**  
**7 DE JUNIO DE 1880**

---

Comandante aliado: Coronel Francisco Bolognesi

7<sup>a</sup> División

Batallón Artesanos de Tacna	Coronel Joaquín Inclán
Batallón granaderos de Tacna	Mayor Varela
Batallón cazadores de Piérola	Coronel Justo Arias

8<sup>a</sup> División

Batallón Tarapacá	Teniente coronel Francisco Cornejo
Batallón Iquique	Coronel Alfonso Ugarte

Fuertes de defensa costera

Norte	Coronel Juan Ayllon
Este	Teniente coronel Medardo Cornejo
Morro	Capitán de navío Juan Moore

Chile

Comandante chileno – Coronel Pedro Lagos

Regimiento Buin 1 de Línea	Teniente coronel Luis Ortiz
Regimiento 3 de Línea	Teniente coronel Ricardo Castro
Regimiento 4 de Línea	Teniente coronel Juan San Martín
Regimiento Lautaro	Teniente coronel Eulogio Robles

<sup>699</sup> Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. vi, pp. 115-116.

2 regimiento de artillería	Teniente coronel José Novoa
Escuadrón carabineros de Yungai	Teniente coronel Rafael Vargas
Regimiento cazadores a caballo	Capitán Alberto Novoa

---

FUENTES: Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 277; Manuel de la Torre, “Primer Ejército de Sur, Plaza de Arica”, 5 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 186; “Partes oficiales chilenos”, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 176-184.

Además de los artilleros de la costa, los peruanos organizaron dos divisiones casi a partir de cero: la Séptima División, con ochocientos cinco hombres enrolados en los batallones Artesanos de Tacna, Granaderos de Tacna y Cazadores de Piérola, y la Octava División; los quinientos dieciocho hombres de los batallones Tarapacá e Iquique. Junto con los contingentes en los fuertes, la guarnición de El Morro sumaba cerca de mil ochocientos cincuenta y ocho hombres<sup>700</sup>. Sacadas de las milicias locales, estas unidades estaban pobresmente armadas y con un entrenamiento incompleto; sus oficiales, muchos de ellos nombrados hacía poco, no tenían experiencia. Por ejemplo, el coronel Alfonso Ugarte, educado en Chile, había sido comerciante y alcalde de Iquique antes de quedar al mando de la Séptima División. Con todas sus deficiencias, Alfonso Ugarte al menos permaneció en su puesto: muchos de los demás oficiales, entre ellos un coronel Belaúnde, prefirieron huir antes del inicio de la batalla<sup>701</sup>.

Los peruanos introdujeron una nueva arma al campo de batalla: la mina terrestre. Un ingeniero, Teodoro Elmore, había usado unos doscientos cincuenta quintales de dinamita para manufacturar minas de detonación eléctrica o por presión, cada una con un peso entre una y media y treinta libras, que colocó encima de El Morro, en los fuertes del norte, y en otras ubicaciones estratégicas. Los chilenos descubrieron estas armas por primera vez el 2 de junio, cuando un caballo de una partida de reconocimiento detonó involuntariamente un artefacto explosivo, hiriendo a tres soldados. Para suerte de los chilenos, lograron capturar a Teodoro Elmore, quien tras ser amenazado de muerte, “rápidamente entendió su situación”: entregó un mapa que indicaba no solo las diferentes ubicaciones de los campos de minas sino, también, los lugares desde donde podían ser detonadas<sup>702</sup>.

Desde el 2 de junio, el general Manuel Baquedano usó dos locomotoras y una variedad de material rodante, capturado tras la caída de Tacna, para llevar

<sup>700</sup> Ricardo O'Donovan, censo del 1 de mayo de 1880, en Machucha, *op. cit.*, vol. II, pp. 307-308. Esta cifra no incluye algunas de las tropas a cargo de la artillería, algunas de las cuales habían servido en la tripulación del *Independencia*.

<sup>701</sup> José Inclán al Jefe de la Plaza, Arica 1 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 227; El Jefe de la Torre a Nicolás Piérola, 29 de mayo, 6 junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 227.

<sup>702</sup> Rafael Vargas (Cazadores a Caballo) a su padre, Arica, 11 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 199-200. Teodoro Elmore negó de manera categórica esta imputación y publicó su versión, así como varias cartas apoyándolo en Teodoro Elmore, *Defensa de Arica la improvisada fortificación*.

rápidamente tropas y suministros hacia la costa. Para el 3 de junio, cuatro mil cuatrocientos soldados de los regimientos Primero (Buin), Tercero y Cuarto de Línea, el batallón Bulnes, cuatro baterías de artillería y algo de caballería llegaron a Arica, y luego acamparon en Chucalluta, en la ribera norte del río Lluta o Azufre. El regimiento Lautaro, integrado por mil hombres, llegó al puerto dos días después.

Al atardecer del 4 de junio, la Primera, Tercera y Cuarta unidades de infantería, tres baterías de artillería de campaña y una escuadra de caballería cruzaron el Lluta a hurtadillas, tomando posiciones en las Lomas de Condorillo, una cadena de cerros paralela a la costa al este de El Morro. La mañana siguiente, la artillería chilena abrió fuego hacia las baterías del norte y la infantería atrincherada. Como antes habían descubierto la ubicación de los cañones peruanos, los artilleros chilenos vieron para su pesar que su artillería no contaba con el alcance para dar con las baterías enemigas, que estaban a una distancia de cinco mil metros. En efecto, como la artillería peruana, que era más poderosa, tenía un mayor alcance, los artilleros chilenos tuvieron que mover sus propios cañones de campaña de un lado a otro para evitar ser alcanzados<sup>703</sup>.

Esperando que la demostración de la potencia de fuego chilena hubiera amedrentado a los peruanos, Manuel Baquedano envió al mayor José de la Cruz Salvo para sugerirle a Francisco Bolognesi que capitulara<sup>704</sup>. Pero tras consultar con sus subordinados, el peruano se negó. “Arica –señaló– no se rendirá: tengo deberes sagrados que cumplir, y los cumpliré hasta que haya disparado mi último cartucho”. Así, el 6 de junio un batallón del Lautaro y unas tropas del Buin lanzaron una incursión exploratoria de las defensas peruanas cerca de los fuertes del norte. Aunque los soldados de Francisco Bolognesi repelieron fácilmente a los invasores, los peruanos se convencieron de que los chilenos convertirían estas baterías de cañones en el foco de su ofensiva. En consecuencia, Francisco Bolognesi ordenó a su Octava División fortalecer las defensas de los fuertes del norte<sup>705</sup>.

Mientras tanto, Manuel Baquedano, quien aún pretendía intimidar a los peruanos, ordenó que se llevara a cabo otro despliegue de artillería, esta vez pidiendo a sus colegas navales que se unieran al bombardeo de Arica. El 6 de junio, el *Loa*, la *Magallanes*, la *Covadonga* y al fin el *Cochrane* empezaron a disparar sobre el Morro. Cerca de cuatro horas la artillería costera peruana y el *Manco Cápac* intercambiaron descargas con los artilleros del Ejército y la Armada chilena. La flota chilena recibió la peor parte del intercambio: el *Cochrane* fue impactado por un proyectil que destruyó un cañón y mató a nueve marineros. Los artilleros peruanos también lograron dar a la *Covadonga*, pero no mataron a ningún miembro de su tripulación.

<sup>703</sup> Machuca, *op. cit.*, vol. II, p. 390; Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 284.

<sup>704</sup> Paricio Lynch, Santiago, 7 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 174.

<sup>705</sup> Ekdahl, *op. cit.*, vol. II, p. 391.

Aunque la artillería no había afectado a las defensas peruanas, Manuel Baquedano tenía la esperanza de que el segundo despliegue de artillería convenciera a Francisco Bolognesi de capitular. Por tanto, envió a Teodoro Elmore a pedirle al Coronel que se rindiera, pero él se negó. El coronel Marcelino Varela, quien servía en la guarnición de Arica, observó posteriormente que los peruanos parecían rechazar la oferta chilena más por su forma que por su contenido.

“Estábamos –señaló– dispuestos a recibir la bandera oficial de tregua, con suficiente autorización y que él [el delegado] ofreciera propuestas que estén de acuerdo con el honor militar y las leyes de la guerra”.

Pero al parecer, como un civil entregó el ultimátum, “la reunión fue finalizada, nos despedimos del señor Elmore y nos dirigimos cada uno a nuestros puestos”<sup>706</sup>.

En vez de liderar el asalto, Manuel Baquedano delegó esta responsabilidad al coronel Pedro Lagos. El nuevo plan del comandante para capturar Arica exigía que el Primero, Tercero y Cuarto de Línea atacaran El Morro desde el sudeste. Al mismo tiempo, el Lautaro cruzaría el río y atacaría de forma frontal las posiciones de infantería rodeadas de sacos de arena, tomando los fuertes del norte. El batallón Bulnes permanecería en los cerros para proteger la artillería, mientras que la caballería, al inicio de la ofensiva, despejaría el valle de peruanos.

Como temía que una batalla prolongada resultaría demasiado costosa en términos de hombres y suministros –y escaseaban las municiones– Pedro Lagos ordenó a sus tropas atacar al amanecer, cuando, según esperaba, sus soldados podrían tomar los fuertes clave antes de que reaccionara la defensa. Así, el 7 de junio entre las seis y media y siete de la tarde, los soldados de Pedro Lagos –el Primero, Tercero y Cuarto de Línea además del Bulnes– dejaron sus posiciones en los cerros, y cruzaron el fondo del valle furtivamente para establecerse en los cerros al sudeste de El Morro. Hacia las once de la noche las unidades chilenas estaban entre dos o tres kilómetros del enemigo. El día siguiente a las tres de la madrugada el Lautaro cruzó con tranquilidad el río Lluta, de modo que a las seis de la mañana ya estaba a un tiro de rifle de distancia de los peruanos. Para engañar a Francisco Bolognesi para que creyera que las unidades chilenas no se habían movido durante la noche, Pedro Lagos ordenó a la caballería, que permanecía en el campamento original, manteniendo encendidas las fogatas.

Antes del amanecer del 7 de abril, las tropas chilenas empezaron su ascenso de El Morro. Después de una hora habían trepado de trescientos a cuatrocientos metros de distancia del primer fuerte. Las tropas de la Séptima División que

<sup>706</sup> Marcelino Varela al secretario de Estado en el Ministerio de Guerra, Tacna, 10 de agosto de 1880, en Vargas Hurtado, *op. cit.*, p. 367.

estaban a cargo del fuerte Ciudadela vieron, al despertar, “una línea negra que apenas podía ser distinguida,” para percatarse luego de que mil soldados de caballería del Tercero de Línea se habían acercado lo suficiente, “para estar al alcance de sus rifles Peabody”, según observó un coronel<sup>707</sup>. Una vez que los peruanos abrieron fuego, el Cuarto de Línea chileno se apresuró a tomar el fuerte Este, mientras que el Tercero atacó el Ciudadela.

La infantería peruana, que estaba en minoría, empezó a disparar de inmediato, pero los chilenos se toparon con los artilleros de Francisco Bolognesi antes de que pudieran accionar su cañón a tiempo para abrir fuego<sup>708</sup>. Ayudado por minas eléctricas plantadas en los accesos a los fuertes en las montañas y apuntalados por refuerzos, los peruanos resistieron con fiereza. Aun así, los chilenos lograron penetrar las líneas delanteras y habían empezado a luchar dentro de Ciudadela cuando explotaron dos minas. De acuerdo con el informe de Ricardo Castro, comandante del Tercero de Línea, la explosión lanzó al teniente Ramón Toribio Arriagada en el aire, y aterrizó sordo, magullado y desnudo en una pila de cadáveres. A pesar de este percance, presumiblemente aun sin ropa, se unió de inmediato a la lucha para capturar otro fuerte. El teniente José Poblete perdió más que su dignidad: el estallido lo decapitó. La detonación de estos aparatos tuvo dos consecuencias inesperadas: mató a más peruanos que chilenos y, al destruir las defensas, facilitó a los chilenos el ataque al fuerte<sup>709</sup>. En minutos, los peruanos abandonaron el Ciudadela, huyendo hacia El Morro, todo el rato bajo el fuego devastador de la infantería chilena, que también capturó el fuerte Este. Exaltado por la hazaña de sus compañeros, el Buin ignoró la orden de Pedro Lagos, de servir solo como reserva, y, en cambio, encabezó un asalto que tomó las fortalezas Alta y Baja.

Una vez que comenzó la batalla, los peruanos se dieron cuenta de que Pedro Lagos los había engañado: la incursión del 6 de junio no era más que una finta; el impulso principal de Chile no estaba enfocado en los fuertes del norte, sino en las baterías de cañones ubicadas en El Morro. Al parecer, al mismo tiempo que el coronel Alfonso Ugarte ordenaba a la Octava División fortalecer las defensas de El Morro, el Lautaro lanzó su ofensiva. Cuando los peruanos ya estaban en el proceso de retirada, los chilenos, apoyados por la artillería de campaña de Pedro Lagos, penetraron con facilidad la línea defensiva peruana. A pesar del fuego de los fuertes peruanos y el *Manco Cápac*, los hombres de Pedro Lagos capturaron el fuerte San José. Los cañoneros de los fuertes Dos de Mayo y Santa Rosa detonaron intencionalmente las minas o tal vez estas explotaron por accidente. Sea cual fuera la causa, para los hombres del Lautaro, la explosión asemejó un fuerte terremoto, que los dejó sordos y

<sup>707</sup> Marcelino Varela, en Vargas Hurtado, *op. cit.*, p. 368.

<sup>708</sup> Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 292.

<sup>709</sup> *Op. cit.*, p. 293; Ricardo Castro a Pedro Lagos, Pocollai, 9 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 180.

cubiertos de tierra<sup>710</sup>. Mientras, elementos del Tarapacá e Iquique retrocedieron hacia El Morro donde, exhaustos tras su subida por el costado de la montaña, se unieron a la Séptima División para intentar repeler a los chilenos<sup>711</sup>.

Entonces, la defensa se hizo desesperada. Un intento por destruirse a sí mismos y a los fuertes no resultó cuando un problema mecánico evitó que explotaran los polvorines de los fuertes. Los peruanos no podían retroceder más: los sobrevivientes, entre ellos Francisco Bolognesi, se levantaron en una planicie de doscientos metros al borde de El Morro con la bandera peruana ondeando en alto. Resultaba obvio que la batalla había finalizado, y no parecía inapropiado admitir la derrota. Pero los chilenos que, al parecer, estaban indignados porque las minas peruanas habían causado tantas bajas, se mostraron reacios a ofrecer a sus adversarios una oportunidad de rendirse. En cambio y de acuerdo con todos los indicios, los chilenos lanzaron un ataque feroz a los hombres que quedaban. Francisco Bolognesi murió disparando su pistola a un soldado chileno que literalmente partió su cráneo en dos. Al final Juan Moore expió el episodio de Iquique al morir al lado de Francisco Bolognesi. El coronel Alfonso Ugarte, el alcalde que se convirtió en comandante de división, se envolvió en la bandera peruana antes de espolpear a su caballo a saltar desde El Morro al mar.

Aunque no se enteró de ello, el capitán José Sánchez Laramarsino del *Manco Capac*, fue el último defensor de Arica. Había oído los ruidos del fuego de cañones y armas pequeñas, y cuando vio a la flota chilena entrando en el puerto de Arica, supo que había comenzado el último ataque. El *Manco Cápac* abrió fuego de inmediato hacia las fuerzas chilenas que atacaban el fuerte San José. Cuando vio explotar las otras ciudadelas, se volvió hacia el sur con la esperanza de poder asistir a las fuerzas de tierra. Al ver la bandera chilena sobre El Morro, y encontrarse bajo el fuego de su cañón, intentó entablar combate con la flota chilena, pero fue en vano: las calderas de su barco no podían generar el vapor suficiente ni para luchar ni para huir. Además, se hizo evidente que a excepción del monitor, los chilenos habían capturado Arica. Como no quería poner en peligro a su tripulación, ordenó a sus marineros sabotear el motor del barco y trancar los cañones. Luego, indicó a la tripulación abrir los grifos de fondo. Cuando el agua había inundado la sala de máquinas y los polvorines, trasladó a sus compañeros de a bordo a los navíos que los esperaban, y abandonó el *Manco Cápac*<sup>712</sup>. Los restantes navíos peruanos, entre ellos la torpedera *Alianza* se apresuraron hacia la entrada del puerto y en vano intentaron escapar. A las nueve de la mañana la batalla había terminado: Chile ahora controlaba no solo las provincias de Atacama y Tarapacá sino, también, Tacna.

<sup>710</sup> Benavides, *op. cit.*, p. 81.

<sup>711</sup> Manuel Espinosa al teniente coronel, Aduana de Arica, 7 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 186.

<sup>712</sup> José Sánchez Laramarsino al jefe de la plaza, Arica, 7 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 188.

Arica fue la carnicería de la juventud peruana. La mayoría de los historiadores estiman las bajas chilenas en cuatrocientos setenta y cuatro, de los que ciento veinte murieron y trescientos cincuenta y cuatro resultaron heridos. Dependiendo de la fuente, de los entre mil ochocientos a dos mil defensores peruanos, murieron entre setecientos a novecientos, una tasa de mortalidad de entre treinta y cinco y cuarenta y siete por ciento. Otros doscientos sufrieron heridas, y los chilenos capturaron cerca de mil trescientos hombres<sup>713</sup>. La costumbre chilena de arrojar los cuerpos de los peruanos muertos, desde El Morro al océano, los persiguió como un fantasma: las mareas lanzaron muchos de estos cadáveres de vuelta a las playas de Arica, donde empezaron a pudrirse. En algunos casos, los muertos peruanos estuvieron hasta diez días sin ser sepultados. Eventualmente, los chilenos tuvieron que quemar algunos de estos cuerpos para evitar la propagación de infecciones<sup>714</sup>.

Pero Arica se convirtió en sinónimo no tanto de muerte como de atrocidades. Los soldados de Manuel Baquedano, según aseguran personas que estuvieron bajo sus órdenes, solían matar a los heridos, en especial a los oficiales, a los que a veces desnudaban primero y luego mutilaban. Mariano Paz Soldán, un peruano, afirmó:

“El lema del ejército chileno en la batalla era *hoy no habrá prisioneros* y esto lo lograban con un salvajismo que no se había visto en América desde la conquista” [cursivas en el original].

Más aún, las matanzas no terminaron con la captura de El Morro: las tropas chilenas asesinaron entre setenta y noventa sobrevivientes de los batallones Iquique y Tarapacá que habían huido a Arica<sup>715</sup>, donde supuestamente

“borrachos con [un mejunje] de alcohol mezclado con sangre, seguían saqueando casas, donde no tuvieron respeto por la modestia o por los ancianos... [y] cualquier hombre que encontraban, sea soldado o no, caía bajo la hoja del traidor corvo”<sup>716</sup>.

<sup>713</sup> Vicuña Mackenna, *La campaña... Arica*, *op. cit.*, p. 1158; Bulnes, *op. cit.*, vol. II, p. 388; Ekdahl, *op. cit.*, vol. II, p. 398.

<sup>714</sup> Véanse las declaraciones de varios testigos oculares, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 336-339.

<sup>715</sup> Dr. P. Bertonelli (Cirujano Jefe del Ejército del Sur) al Cirujano Jefe del Ejército, Tacna, 4 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 330; Plácido Garrido Mendivil al presidente de la Junta Central de Ambulancias Civiles de la Cruz Roja, Lima, 14, 27 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 330-31; Felipe Duran (Jefe de 4 Unidad de Ambulancia) a Roja (sic) presidente de la Junta Central de Ambulancias Civiles de la Cruz Roja, Lima, 14 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 332; Claudio Aliaga a Plácido Garrido Mendivil (presidente) Junta Central de Ambulancias Civiles de la Cruz Roja, Lima, 16 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 333-334; Vicente Dávila Larraín al ministro de Guerra, Valparaíso, 16 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 343; Vargas Hurtado, *op. cit.*, pp. 227-229.

<sup>716</sup> Paz Soldán, *op. cit.*, pp. 494-496.

Los chilenos pueden no estar de acuerdo con estas apreciaciones, pero uno de ellos, Máximo Lira, describió la matanza como “horrible”:

“La sangre corrió desde la cima del cerro a la planicie y el cerro es de arena [...] Sobre lo que allí hicieron nuestros soldados me reservo para hablarle cuando nos veamos”<sup>717</sup>.

Un oficial de caballería chileno, al ver lo que había hecho el Cuarto de Línea, señaló que “la sangre [había] formado riachuelos”, mientras que pedazos de cuerpos humanos –entre ellos un oficial decapitado– estaban “diseminados en una terrible confusión y el hedor a sangre marea”<sup>718</sup>. La compasión resultó ser un bien escaso en la cima de El Morro. Un oficial anónimo observó: “Aquí se oyen clamores de misericordia, los gritos desgarradores de los que caen, atravesados por las bayonetas de nuestros soldados”. Pero a veces los chilenos tenían motivos más que suficientes para actuar con tanta dureza: cuando el coronel Justo Arias y Arragüéz, comandante del Granaderos de Tacna, atravesó la cabeza de un soldado chileno que ofreció aceptar su rendición, las tropas que quedaban atacaron con bayoneta al descortés oficial<sup>719</sup>. No era el único ingrato: el capitán Juan Moore intentó disparar al mayor Luis Solo de Zaldívar cuando sugirió que los peruanos reconocieran la derrota. Luis Solo puede haber sido indulgente, pero no hasta el punto de ser masoquista: devolvió el fuego y mató al oficial naval<sup>720</sup>. Felizmente, en medio de esta matanza, algunos chilenos actuaron de forma humanitaria, hasta poniéndose en riesgo a sí mismos: Ricardo Silva tuvo que mantener a sus tropas alejadas a punta de espada, para salvar a un futuro presidente de Argentina, Roque Sáenz Peña, y al teniente coronel Manuel de la Latorre, de sus hombres vengativos<sup>721</sup>.

Los peruanos interpretaban tales actos como un retroceso atávico que demostraba el tradicional odio araucano hacia la cultura superior de los incas<sup>722</sup>. Incluso, testigos estadounidenses y británicos mencionaron el gran número de muertos peruanos; un argentino comparó a los chilenos con caníbales<sup>723</sup>. Si bien puede ser emocionalmente gratificante, esta interpretación no explica la orgía de muerte. Al parecer el ejército chileno veía la guerra de minas de forma similar a como su flota veía al torpedo naval: una forma engañosa o cobarde

<sup>717</sup> Máximo Lira a I. Errázuriz, en Claro Tocornal, “Cartas...”, *op. cit.*, p. 81; Patricio Lynch, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 175.

<sup>718</sup> Capitán Manuel Barahona a N. N., Arica, 9 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 198-199.

<sup>719</sup> Carta de un oficial del 3, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 200-201; Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 193.

<sup>720</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 19 de junio de 1880.

<sup>721</sup> Ricardo Silva Arriagada, Tacna, 23 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 201-202.

<sup>722</sup> Vargas Hurtado, *op. cit.*, pp. 206 y 249.

<sup>723</sup> Markham, *op. cit.*, pp. 207-208; Spangler, *op. cit.*, p. 214; Uriburu, *op. cit.*, p. 154; Mason, *op. cit.*, p. 64.

de luchar. Como señaló Arturo Benavides Santos, las minas eran “contrarias a la forma de ser chilena, que ataca frontalmente y abiertamente”. Para Rafael Vargas de los Cazadores a Caballo, la decisión de no tomar prisioneros tenía una cierta lógica: una vez que los peruanos usaban minas, “nuestro soldado no daba cuartel”<sup>724</sup>. Eloy Caviedes, corresponsal de *El Mercurio*, parecía disfrutar de la guerra que Pedro Lagos le hizo a los muertos:

“No hay cuartel. La sangre demanda sangre. Minas, el corvo. Y se cortan todas sus gargantas. Nadie escapa. La tierra se calienta con los torrentes calientes. Se forman charcos de sangre [...] Ha terminado el comportamiento ridículo de caballeros. Contra las minas, corvos”.

Aun así, el corresponsal de la *Estrella de Panamá* temía que la supuesta matanza y violación de Arica era solo un preludio de lo que harían los chilenos cuando capturaran “la Ciudad de los Reyes, cuya población incluye entre setenta y ochenta mil mujeres y niños”<sup>725</sup>.

La toma chilena de Tacna y Arica marcó un momento significativo en la Guerra del Pacífico. Para todos los efectos, los ejércitos regulares de preguerra de Perú y Bolivia, dejaron de existir. Solo un puñado de oficiales experimentados y suboficiales sobrevivieron a los mataderos del Campo de la Alianza y El Morro. Que los ejércitos aliados sufrieran tales pérdidas es testimonio no de su habilidad sino de su sentido del deber. A menudo mal armadas, muchas de las tropas peruanas y bolivianas pelearon con gran tenacidad. En este punto el liderazgo resultó crucial: algunas unidades siguieron luchando siempre que sus comandantes pudieran seguir liderando. Cuando estos oficiales sucumbían a heridas o la muerte, las tropas a veces se desanimaban y huían del campo de batalla; otros permanecían para pelear hasta el fin. Aun los mejores oficiales y el sentido más exaltado del deber no pudieron vencer el peso de los chilenos, bien equipados y mejor dirigidos.

Los peruanos que sobrevivieron el primer año y medio de la guerra, se enfrentarían a la enorme tarea de levantar, equipar y entrenar a otro ejército más. Curiosamente, pocos culparon a Nicolás Piérola por la situación desgraciada de su país. Al contrario, los descontentos concluyeron que “la oligarquía, con que gobernaba el partido político de Prado, ha sido fatal para Perú”. Por su lado, Nicolás Piérola preservó su “civilización, su naturaleza cristiana y su libertad” [cursivas en el original]. En efecto, gracias a este hombre que tiene “el corazón de un espartano y la constancia de Bruto [...] La República [...] está salvada”<sup>726</sup>.

<sup>724</sup> Benavides, *op. cit.*, p. 83; Rafael Vargas a su padre, Arica, 11 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 200.

<sup>725</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 2 de agosto de 1880.

<sup>726</sup> Nicanor Castro, *Opúsculo sobre la guerra y dictadura en el Perú*, pp. 9, 22-23.

La prensa peruana parecía igual de estridente. Perú, señalaba *La Patria*, aún tenía los recursos para continuar la lucha y, por tanto, era “el deber de todos y la obligación de cada uno [...] organizarse para la victoria”. En efecto, de acuerdo con *El Nacional*, se creía que Chile no tenía ni el personal ni los fondos para llevar la guerra hasta Lima<sup>727</sup>. Prestando atención al llamado a la acción de sus compatriotas y consciente de que su propia permanencia en el cargo dependía de llevar la guerra adelante, Nicolás Piérola se dedicó a preparar las defensas de la capital. Aunque los chilenos eventualmente capturaron Lima, la nación pelearía una guerra irregular por otros dos años más. Esta fase del conflicto, que ocurrió al interior de Perú, tuvo un alto costo para la nación en términos de su infraestructura, su tesoro y sus jóvenes.

Bolivia se enfrentó a un problema y un destino diferentes. Mientras que la batalla del Campo de la Alianza había erradicado la mayor parte de los soldados restantes, unos pocos oficiales regulares que sobrevivieron volvieron al altiplano con la esperanza de levantar un nuevo ejército. Pero el presidente Narciso Campero no enviaría a estos hombres al oeste para luchar contra Chile. En cambio, adoptó una política brillante, aunque cínica: mientras Chile y Perú se esforzaban en exterminarse mutuamente, Bolivia se sentaría en los márgenes. Tal vez cuando hubiera apaleado a Perú para que aceptara la paz, Chile habría perdido interés en la guerra y negociaría una generosa paz con Bolivia.

<sup>727</sup> *La Patria* 5, 9 de junio 1880, en *El Mercurio*, Valparaíso, 26 de junio de 1880; *El Nacional*, Lima, 10 de julio de 1879, en *El Mercurio*, Valparaíso, 2 de agosto de 1880.

## EL ASEDIO DE LIMA

La captura de las salitreras de Tarapacá y la destrucción del ejército regular de Perú en Tacna y Arica debería haber hecho meditar al presidente Nicolás Piérola. Hacia diciembre de 1879, Perú había perdido los recursos económicos que necesitaba para financiar su esfuerzo bélico. Y después de los primeros seis meses de 1880, Perú ya no poseía el personal militar experimentado que necesitaba para defenderse a sí mismo o a sus intereses. Era evidente que Lima sería el próximo objetivo, y Perú parecía casi indefenso. Si Nicolás Piérola hubiera pedido la paz en junio de 1880, hubiese salvado incontables vidas peruanas y el tesoro de la nación. Pero, al que algunos chilenos llamaban “El loco de Lima”, continuó la guerra: tal vez las muertes heroicas de Miguel Grau, Juan Moore y Francisco Bolognesi habían establecido una norma de comportamiento –luchar hasta la muerte– que el Presidente no podía ignorar. Pero cuando prometió resistir a los chilenos “hasta la última bala”, creó un monstruo que amenazaba destruirlo a él y a su nación<sup>728</sup>.

Paradojalmente, a pesar de su serie de victorias, Chile también se enfrentaba a un futuro poco atractivo. Sus muertos heroicos también clamaban por venganza. Si un público iracundo había empujado a Aníbal Pinto a declarar la guerra en 1879, ahora demandaría, tal vez con más justificación, que el Presidente finalizara el trabajo venciendo a Nicolás Piérola y obligándolo a firmar un tratado de paz draconiano. Para lograr este fin, los chilenos tendrían que sitiар Lima, cuya captura muchos esperaban pondría fin al conflicto.

Lanzar esta nueva campaña suponía para Chile, problemas aún mayores que sus expediciones previas: en Lima el ejército chileno tendría que enfrentarse en la práctica a toda la población masculina de la capital. Peor todavía, los peruanos estarían defendiendo posiciones preparadas, apoyados por una formidable colección de cañones costeros y artillería pesada. Solo para montar una expedición tan ambiciosa, Chile tendría que reunir miles de hombres, acopiar cientos de caballos, y toneladas de material bélico antes de fletar suficientes transportes para hacer el viaje de mil seiscientos kilómetros desde Valparaíso a Callao. Al contrario, los peruanos no solo peleaban en su propia tierra sino, también, a pocos kilómetros de los arsenales y almacenes de suministros de la capital.

Por tanto, la lucha por Lima prometía ser una batalla titánica, un armagedón en el que los chilenos tenían que ganar para triunfar. Para los peruanos, esta

<sup>728</sup> Hermójenes de Irizarri, *Una carta a propósito de la guerra entre Chile i las repúblicas del Perú y Bolivia*, p. 34.

contienda ofrecía la última oportunidad de infligir una derrota contundente a sus enemigos. Si las legiones de Nicolás Piérola tenían éxito, Perú ganaría meses antes de que los chilenos pudieran embarcarse en otra campaña. Por lo tanto, ambos bandos enfrentaron la lucha que se avecinaba con cierta ansiedad, conscientes de que el encuentro sería crucial. No es de sorprender que los beligerantes redoblaran sus esfuerzos: los peruanos para apuntalar sus defensas y los chilenos para acopiar los recursos necesarios para lanzar lo que ellos esperaban sería la última campaña. Además, los chilenos se enfrentaban a otro problema: cómo mantener la moral y el espíritu de lucha de las tropas en las guarniciones de Arica y Tacna mientras sus altos mandos se preparaban para el ataque a Lima.

#### LOS SAQUEADORES DE PATRICIO LYNCH

Un mes después de la caída de Arica, el capitán de navío Patricio Lynch escribió a Aníbal Pinto sugiriendo que autorizara una serie de redadas en la costa al norte de Lima<sup>729</sup>. Argumentaba que estas incursiones perfeccionarían las habilidades marciales de los soldados, elevaría la moral de los chilenos, aumentaría la presión sobre Nicolás Piérola, serviría para juntar impuestos que el presidente Aníbal Pinto podía usar para costear los gastos de la guerra, devastaría el campo de tal modo que los ricos de las provincias peruanas implorarían a su gobierno que capitulara, y por último, obligaría a Nicolás Piérola a destinar algunos de sus hombres asignados a la defensa de Lima para proteger el litoral peruano<sup>730</sup>. Al contrario, advertía Patricio Lynch, la inacción daba a Lima más tiempo de preparar sus defensas y consumía inútilmente los limitados recursos militares y bienes navales de Chile, mientras que se deterioraba la disciplina de la tropa y se iban perdiendo sus destrezas.

Lógicamente, Aníbal Pinto debiera haber rechazado la solicitud de Patricio Lynch y usado sus recursos para la ofensiva a Lima. Pero tal como el gobierno tenía que obtener los hombres y equipamiento para su invasión a Tacna, necesitaba tiempo para prepararse para lo que esperaba sería la ofensiva final de la guerra. Las redadas propuestas por Patricio Lynch prometían aplacar la opinión pública, que demandaba que la guerra se llevara a cabo de forma activa, a la vez que le daba al gobierno tiempo para reclutar y equipar tropas adicionales. Por tanto, en agosto de 1880 el Presidente autorizó la expedición punitiva.

Para evitar una repetición del fiasco de Mollendo, Aníbal Pinto impuso reglas básicas y estrictas: Patricio Lynch no impondría impuestos a las propiedades “que no entreguen una ganancia directa” al gobierno, y tuvo que garantizar

<sup>729</sup> Bulnes, *op. cit.*, vol. II, pp. 553-554.

<sup>730</sup> Patricio Lynch a Aníbal Pinto, Iquique, 26 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 141-142.

que sus hombres no provocarían “incendios o cometieran actos de destrucción vandálica”. Además, el oficial naval podía destruir propiedad peruana solo si su dueño se negaba a pagar un impuesto de guerra, en efectivo o en bienes; por supuesto, las propiedades de neutrales no serían afectadas. Y para asegurarse de que la expedición respetara estas precisiones legales, llegó a designar un abogado, Daniel Carrasco Albano, para resolver los temas relativos a los dueños de las propiedades<sup>731</sup>. Tras haber dejado en claro su posición, a principios de septiembre el gobierno chileno lo autorizó a comandar la expedición punitiva.

Su jurisdicción se extendería desde Paita, en el norte, cerca de la frontera con Ecuador, a Quilca en el sur. Las órdenes para sus comandantes eran simples: atacar cualquier punto fuerte enemigo, tomar los suministros o material militar que pudieran resultar útiles al ejército peruano, destruir los elementos ferroviarios del enemigo además de sus armas, cobrar impuestos y castigar a los que no cooperaran.

El 4 de septiembre de 1880, la fuerza de ataque de Patricio Lynch, integrada por dos mil soldados de los batallones Colchagua y Talca, el regimiento Buin, más ingenieros, artilleros, soldados de infantería y sus caballos y armas, además de municiones, se embarcaron en el *Itata* y el *Copiapó*, que navegaron desde Arica rumbo al norte. Al llegar a Mollendo el convoy incorporó a su escolta al *Chacabuco* y el *O'Higgins* se unió a la escuadra pocos días después. Por instrucción de Patricio Lynch, al amanecer del 10 de septiembre, el *Itata* y el *Copiapó* recalcaron en Chimbote. De inmediato, los chilenos exigieron unos cien mil soles en plata a un hacendado local, Dionisio Derteano, hombre bien conectado en la política, cuya plantación de azúcar Palo Seco y refinería tenían un valor estimado de un millón de libras esterlinas. Parecía apropiado que sufriera este destino, considerando que había respaldado la guerra y comando una unidad militar para la defensa de Lima en 1880<sup>732</sup>. El mayordomo de Dionisio Derteano se enfrentaba a una elección desagradable: si no le pagaba a Patricio Lynch, de seguro destruiría Palo Seco. De lo contrario, si accedía a las demandas del oficial chileno, un acto que el gobierno peruano calificaba de traición, Lima confiscaría las tierras de su señor<sup>733</sup>. Curiosamente, Patricio Lynch intentó persuadir al mayordomo para que cooperara, argumentando que como Lima no controlaba tal propiedad, el gobierno no le podía prohibir pagar el impuesto. Pero al darse cuenta de que los chilenos abandonarían Perú, Dionisio Derteano optó por sufrir la inconveniencia temporal de la ira de Patricio Lynch en vez de la pérdida permanente de su hacienda<sup>734</sup>.

<sup>731</sup> José Francisco Vergara a Patricio Lynch, 24 de agosto de 1880 y Lynch a Aníbal Pinto, sf, Bulnes, *op. cit.*, vol. II, pp. 554, 556.

<sup>732</sup> Ignacio Santa María al ministro de Guerra, 20 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 507.

<sup>733</sup> Orbegoso, Lima, 11 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 528.

<sup>734</sup> Patricio Lynch a Arturo Derteano, Chimbote, 13 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 529.

Por lo general, Patricio Lynch se encontró con poca resistencia seria. José M. Aguirre, quien comandaba unos doscientos cincuenta voluntarios y gendarmes, prometió dramáticamente que defendería el pueblo de Monsefú hasta la muerte. Sin embargo, cuando llegaron los chilenos, junto con sus hombres, huyó, pero no antes de entregar el cuidado del pueblo a unos extranjeros<sup>735</sup>. Algunos funcionarios peruanos preferían negociar a bravuconear. Un prefecto, Adolfo Salmon, intentó negociar con Patricio Lynch, pidiendo una prórroga del plazo límite para que los hacendados pudieran reunir los fondos que demandaban los chilenos. El oficial naval accedió, pero advirtió que si los lugareños no conseguían el dinero, la comunidad entera sufriría. Por fortuna, un ciudadano alemán, Luis Albrecht, le ofreció sesenta mil pesos a cambio de que se fuera, propuesta que el cónsul estadounidense local instó al chileno a aceptar. La noticia de esta cooperación enfureció a Lima, que exigió a Adolfo Salmon que investigara. Sin embargo, y sin que el gobierno de Nicolás Piérola supiera, Adolfo Salmon y Patricio Lynch ya habían entablado una suerte de amistad, y el peruano se refería al chileno como “mi querido amigo”; Patricio Lynch le correspondía, indicando que Perú estaría mejor servido y gobernado si tuviera más funcionarios como Adolfo Salmon<sup>736</sup>.

En general, Patricio Lynch cumplió con su misión. Sus métodos, a veces draconianos, embrollaron a su gobierno en una serie de incidentes que molestaron a los cónsules europeos y estadounidense locales. Pero a menudo, las demandas de protección de los diplomáticos también eran excesivas: algunos enviados reclamaron que como intereses financieros ingleses y franceses eran propietarios de la hipoteca de Palo Seco, por ejemplo, Patricio Lynch no debió haberlo atacado<sup>737</sup>. En su defensa, el oficial naval se refirió al testimonio del cónsul británico en Paita y a otros que indicaron con cuanto respeto los chilenos trataban la propiedad neutral<sup>738</sup>.

<sup>735</sup> José M. Aguirre a Patricio Lynch, Monsefú, 24 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 535.

<sup>736</sup> Adolfo Salmon a Nicolás Piérola, Chocope, 14 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 540-541; Piérola al Prefecto de Libertad, Lima, 15 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 541; Luis Albrecht a Patricio Lynch, Hacienda Casa Grande, 16 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 541; S.C. Montjoy a Lynch, Casa Grande, 18 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 542; N. Orbegoso a Piérola, Lima, 2 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 542-543; Salmon a Lynch, Chocope, 9, 14 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 543-544; Lynch a Salmon, San Pedro, 14 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 544; Orbegoso, Lima, 18 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 544.

<sup>737</sup> Spencer St. John a Patricio Lynch, Lima, 13 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 520; E. de Vöriges a Lynch, Lima, 12 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 520-521; Isaac Christiancy a Lynch, Lima, 14 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 521; Christiancy a Lynch, Lima, 17 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 522; G. Viviani a Lynch, Lima, 16 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 522.

<sup>738</sup> A. Blacker, Paita, 21 de septiembre de 1880; Luis Gualterio Gyton, Quilca, 6 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 532.

Sin embargo, a la propiedad peruana no le iba bien. Los hombres de Patricio Lynch capturaron y destruyeron grandes provisiones de municiones escondidas, además de las haciendas que las guardaban. A mediados de septiembre destrozaron el ferrocarril de Chimbote. Durante ese mismo mes, el capitán de navío recaudó impuestos y multas en los pueblos de Lambayaque y Monsefú. Cuando las élites de Eten o los dueños de propiedades individuales se resistieron a sus demandas, sus hombres simplemente destruyeron edificios de gobierno, vías férreas y material rodante, además de las máquinas de propiedad privada utilizadas para la refinación de azúcar; también incendiaron edificios de propiedad estatal en Paita y plantaciones completas, como Palo Seco y San Nicolás<sup>739</sup>.

Para algunos peruanos, el acto más barbárico de Patricio Lynch no fue la imposición de un impuesto de guerra, sino la liberación de los chinos que trabajaban en las haciendas peruanas. De algún modo estos trabajadores, que en teoría habían sido contratados para una servidumbre temporal, pero que en realidad estaban esclavizados, despertaron la compasión del oficial chileno, quien los liberó de su cautiverio. Como era de prever, los asiáticos huyeron del campo, para gran desazón de sus antiguos dueños, quienes temían que algunos podrían aprovecharse de su nueva libertad. Las acciones de Patricio Lynch alarmaron a los peruanos, pero inspiraron la gratitud de los chinos que sirvieron de manera fiel al Príncipe Rojo, como lo llamaron, y al ejército chileno durante el resto de la guerra<sup>740</sup>.

Al sumar todos los daños, su correría destruyó propiedades peruanas por 4.700.000 soles<sup>741</sup>. Desde el punto de vista positivo, la expedición chilena tomó víveres –azúcar, arroz y especies– además de bienes industriales, bronce, fósforos, hormigón, textiles, tubos y equipo de señalización ferroviaria. El *Chacabuco* también encontró una bonanza inesperada: mientras registraba el mercante *Islay*, los chilenos capturaron unos siete millones trescientos mil soles en billetes peruanos, además de trescientos setenta y cinco mil pesos o soles en estampillas postales. Además, los soldados reunieron veintinueve mil

<sup>739</sup> Patricio Lynch al Ministro, a bordo del *Itata*, Quilca, 1 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 508-511. Chile, Ministro de Guerra, *Memoria... 1881*, *op. cit.*, pp. 425-432; Lynch al ministro de Guerra, Paita, 22 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 530-531; Manuel Frías al ministro de Guerra, Piura, 28 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 531; Federico Stuven al capitán de navío, Comandante de operaciones, a bordo del *Itata*, 31 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 514-515; Manuel J Soffia, *Itata* en alta mar, 30 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 512-513.

<sup>740</sup> Aspíllaga Hermanos a Aspíllaga Hermanos, hacienda Cayaltí, 13 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 536-537.

<sup>741</sup> Expedición Lynch al Norte del Perú: telegramas i partes oficiales, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 507; Propósito de la Misión, telegrama, Comandante de armas al ministro de Guerra, Santiago 20 de septiembre de 1880, p. 507; Patricio Lynch, “Partes oficiales”, a bordo del “*Itata*”, 1 de noviembre de 1880, pp. 509-511; O. Viel, “Comandancia de la Corbeta ‘Chacabuco’ Arica (Quilca), 10 de noviembre de 1880, pp. 515-516; Federico Stuven a Lynch, *Itata*, 31 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 514-515; Chile, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria de... 1880*, *op. cit.*, pp. 423-432;

libras esterlinas y once mil pesos, soles o libras en plata<sup>742</sup>. Luego de haber obtenido una ganancia neta, el general Manuel Baquedano llamó de vuelta a los hombres de Patricio Lynch, para que pudieran participar en el ataque a Lima.

### EL AVANCE HACIA LIMA

Cuando a fines de 1880 el gobierno chileno decidió enviar una expedición para atacar la capital de Perú, lo hizo con vacilación y con pocas expectativas. Es verdad que la capital enemiga constituía uno de los pocos objetivos disponibles. Pero ya en julio, Aníbal Pinto concluyó que Chile difícilmente podía permitirse el costo de asaltar Lima. Además, el Presidente y muchos de sus consejeros también dudaban que la toma de Lima empujara a Nicolás Piérola a negociar la paz<sup>743</sup>. Aun así, como reconoció el agobiado Presidente, no tenía otra opción: su gobierno no podía oponerse a atacar Lima “sin exponer a la nación a disturbios”<sup>744</sup>. Por tanto, con gran reticencia y pocas esperanzas, el régimen de Aníbal Pinto empezó a montar su ofensiva más ambiciosa hasta la fecha.

Hacia la primavera de 1880, el ejército chileno sumaba cerca de cuarenta y un mil individuos. Cerca de la mitad de estos hombres –veintisiete mil– servían bajo el mando de Manuel Baquedano, y unos ocho mil adicionales ocupaban los territorios recién conquistados en Tarapacá y Tacna, y el resto estaba acantonado en el interior de Chile o patrullaba su frontera sur. La fuerza expedicionaria propuesta consistía en tres divisiones, cada una con dos brigadas de infantería, dos brigadas de artillería y un regimiento de caballería. Ya antes, el Ejército había establecido un parque general, un depósito de intendencia centralizado, además de tres ramas a nivel de división que proporcionarían suministros a las unidades en sus respectivas divisiones<sup>745</sup>. Fuera de su propio espacio de almacenamiento, cada división también tenía un “cuerpo de bagaje” que proporcionaba transporte<sup>746</sup>.

<sup>742</sup> J. Chaparro *et al.*, Chimbote, 13 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 517; J.R. Lira, a bordo del *Itata*, 26 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 517; F. Caces a bordo del *Coquimbo*, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 518; Manuel Sofía *et al.* a bordo del *Itata*, Paita, 29 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 518-519; J.R. Lira a bordo del *Itata*, 30 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 518-519.

<sup>743</sup> Aníbal Pinto a Eulogio Altamirano, Santiago, 24 de julio de 1880; Luis Jofre Alvarez, “Don Eulogio Altamirano”, p. 74; José Francisco Vergara a ministros del Estado, Tacna 30 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 224; Pinto a Eusebio Lillo, 2 de julio de 1880, Alfonso a Altamirano, 16 de julio de 1880, en Bulnes, *op. cit.*, vol. II, pp. 418, 425.

<sup>744</sup> Aníbal Pinto a Eulogio Altamirano, Santiago, 20 de septiembre de 1880, en Pinto; “Apuntes”, *op. cit.*, p. 125 y véase también Vicente Dávila a Domingo Santa María, 28 de julio de 1880, en Bulnes, *op. cit.*, vol. II, p. 429.

<sup>745</sup> Marcos Maturana al Ministro, Tacna, 3 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 227-228.

<sup>746</sup> Aníbal Pinto a José Francisco Vergara, Santiago, 29 de septiembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 223; Hermógenes Pérez de Arce, Arica, “Decreto y reglamentos sobre provisión

Los militares de Aníbal Pinto pueden haber contado con los hombres para lanzar la ofensiva a Lima, pero no tenían mucho más que eso. En efecto, de acuerdo con el jefe de suministros para las fuerzas armadas chilenas, el intendente Hermógenes Pérez de Arce, el Ejército no tenía “suministros, forraje, vestimenta, ni equipamiento [...] en una palabra, no ha habido preparación alguna para esta expedición”<sup>747</sup>. Claramente, los soldados parecían necesitar casi de todo: ochocientas mulas más su aparejo; seis millones de cartuchos de municiones varias –suficiente para proveer cuatrocientas balas por hombre– además de treinta y ocho proyectiles por pieza de artillería; mil quinientas carabinas Winchester; cuatrocientos sables; bayonetas; cantimploras; mil kilos de azúcar; uniformes y zapatos para veinte mil hombres; forraje para cuatrocientos animales; suficientes carros cisterna para evitar que los soldados y sus animales de carga se murieran de sed; naves y lanchas especiales, para transportar a los hombres al norte y desembarcarlos frente a Lima<sup>748</sup>.

Reunir estos ítemes requería tiempo y, en algunos casos, cierta arbitrariedad: para satisfacer las necesidades militares de animales de carga y monturas, las autoridades empezaron a confiscar mulas y caballos en las calles de la capital y en ciudades de provincia. Procurar el aparejo para montar resultó más difícil<sup>749</sup>. También parecía tarea avasalladora satisfacer las necesidades de víveres diarios del Ejército. Alrededor de catorce mil oficiales y hombres consumían diariamente tres mil doscientos kilos de carne seca, cuatro mil novecientos de porotos, mil seiscientos ochenta de cereales, dos mil ochocientas de galleta, dos mil ochocientas de harina tostada y setecientos de grasa. Por lo general los hombres también bebían o consumían dos a tres litros de agua; sus animales treinta. Por tanto, cerca de los cuatro mil animales de la expedición consumían ciento veinte mil litros de agua por día

---

de víveres, vestuario y equipo al ejército expedicionario”, 6 de noviembre de 1880, pp. 234-236; Machuca, *op. cit.*, vol. II, pp. 178-180, 182.

<sup>747</sup> Hermógenes Pérez de Arce, “Memoria del Delegado de la Intendencia Jeneral del Ejército y Armada, Hermógenes Pérez de Arce”, Callao, junio de 1881, pp. 123-133.

<sup>748</sup> Telegramas de Marcos 2. Maturana al ministro de Guerra, Tacna, 16 de octubre al 23 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 224-236; Intendente del Ejército, Delegado de la Intendencia, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 223-225; Machuca, *op. cit.*, vol. II, pp. 206, 208; José Francisco Vergara al ministro de Guerra y ministro de Estado, Tacna, 30 de octubre y 22 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 224; Vergara al Intendente General del Ejército, Tacna, 4 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 288; Vicente Dávila Larraín al ministro de Guerra en campaña, Valparaíso, 6 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 288; Maturana al Comandante General de Armas, Tacna, 7 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 289; Maturana al delegado de la Intendencia, Tacna, 5 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 225; Hermógenes Pérez de Arce, “Memoria del Delegado de la Intendencia Jeneral del Ejército y Armada, Hermógenes Pérez de Arce”, Callao, julio 1881, pp. 123-133.

<sup>749</sup> Aníbal Pinto a Vicente Dávila, 26, 29 de noviembre de 1880, en Bulnes, *op. cit.*, vol. II, p. 612; Machuca, *op. cit.*, vol. II, pp. 208, 249; Telegramas de Marcos Maturana al ministro de Guerra, Tacna, 23 de noviembre y 11 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 286-289.

más seiscientos quintales de forraje; los soldados requerían otros cincuenta mil litros diarios<sup>750</sup>.

La escasez de transporte limitaba seriamente los intentos del gobierno de alimentar y equipar a su ejército. Al comienzo de la guerra, Chile arrendaba los navíos de la Compañía Sudamericana de Vapores para transportar hombres y equipamiento militar. También usaba tres navíos que pertenecían a la Compañía de Carbón de Lota y los tres transportes de la flota. Si bien eran muy útiles, no eran suficientes, y La Moneda estuvo obligada a comprar quince veleros; también construyó treinta y cinco lanchas, diseñadas de modo especial, que eran capaces de transportar tres mil hombres o doce piezas de artillería desde sus navíos hasta la costa. La Intendencia tuvo que modificar gran parte de los transportes recién adquiridos, instalando cocinas, tanques de agua y sistemas de ventilación, para que pudieran llevar soldados<sup>751</sup>. Modificar los buques para acomodar a los cuatro mil caballos o mulas de las tres divisiones resultó una tarea más complicada. Por ejemplo, solo la ración diaria de agua de los animales ocupaba gran cantidad de espacio. En efecto, las autoridades dedicaron a la *Santa Lucía* solo a transportar agua. En anticipación al ataque a Lima, el ministro de Guerra adquirió los vapores *Chile*, *Paita* y *Pisagua* y fletó otro. Por desgracia, la adición de estos navíos aún no resolvía los problemas de transporte del Ejército: como observó José Francisco Vergara, el gobierno necesitaba naves para mover a las tropas y víveres no solo de Arica a la zona de guerra sino que, también, desde Valparaíso a Arica. Como los mercantes chilenos no podían transportar a la fuerza invasora entera y sus víveres de una sola vez, la invasión a Lima tendría que llevarse a cabo en etapas.

Mientras los militares y la burocracia civil trabajaban para resolver sus problemas de logística, el 6 de noviembre, el ministro José Francisco Vergara y sus consejeros civiles –Eulogio Altamirano, Eusebio Lillo y Máximo Lira– se reunieron con los generales Manuel Baquedano, Marcos Maturana y Cornelio Saavedra y los tres comandantes de divisiones para planificar la siguiente etapa de la guerra. Tras reconocer que carecían de los navíos para trasladar la expedición entera de una sola vez, los líderes decidieron enviar los ocho mil hombres, trescientos caballos y cuatrocientas toneladas de suministros de la Primera División del general José Antonio Villagrán para asegurar una cabeza de puente en Pisco, un puerto a mitad de camino entre Arica y Lima. Para defenderse de un posible contraataque peruano, José Francisco Vergara sugirió

<sup>750</sup> Hermógenes Pérez de Arce, “Instructions para maestres de Víveres”, pp. 233, 235; Machuca, *op. cit.*, vol. II, p. 259; Marcos Maturana, “Organización de Parque”, Tacna, 3 de noviembre de 1880, p. 228; H. Pérez de Arce al Intendente Jeneral del Ejército I Armada en Campaña, en Pérez de Arce “Memoria del Delegado....”, junio, *op. cit.*, p. 124.

<sup>751</sup> Claudio Véliz, *Historia de la Marina Mercante de Chile*, pp. 226-229; Chile, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria... 1880-1881*, *op. cit.*, pp. 6-9; José Francisco Vergara al ministro de Guerra en campaña, Tacna, 2 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 224; Bulnes, *op. cit.*, vol. II, p. 594; Machuca, *op. cit.*, vol. II, p. 206; Ekdahl, *op. cit.*, vol. III, p. 30.

y el consejo estuvo de acuerdo, en ordenar a la Primera Brigada de la Segunda División, comandada por el coronel José Francisco Gana, que apoyara a los hombres de José Antonio Villagrán<sup>752</sup>. Una vez que establecieran una base en Pisco y tomaran la capital provincial de Ica, estos hombres se atrincherarían y esperarían. Mientras tanto, los transportes volverían a Arica, donde primero recogerían la brigada de José Francisco Gana para su viaje hacia el norte.

Una vez acordado el plan, la brigada de Patricio Lynch, que constituía la vanguardia de José Antonio Villagrán, tomó el tren hacia Arica, donde el 12 de noviembre empezó a embarcarse en los transportes de la flota. Se necesitaron dos días enteros para embarcar los ocho mil ochocientos hombres de la Primera División, sus veinte cañones y sus víveres. Como en las campañas anteriores, los vapores remolcaron los siete veleros y cuatro lanchas que llevaban los suministros de la expedición<sup>753</sup>. Para evitar repetir los errores logísticos de invasiones previas, cada embarcación llevaba un número que las autoridades usaban para identificar las cargas de las naves. Este artificio le permitió al equipo de José Antonio Villagrán desembarcar primero los ítemes más esenciales de la fuerza expedicionaria; el resto fue almacenado. Como precaución, el almirante Galvarino Riveros ordenó a la *Pilcomayo* y la *Magallanes* acompañar al convoy por si la *Unión* o cualquiera de las cinco torpederas de Perú realizaban un ataque, aunque era muy improbable. El 15 de noviembre, alentado por los vítores de los soldados y la promesa de Manuel Baquedano que esta “sería la tercera y última campaña de la patria contra sus enemigos”, la flota zarpó rumbo a Pisco adonde arribó sin incidentes el 19 de noviembre<sup>754</sup>.

La mayor parte de la flota chilena estaba bloqueando Callao, una tarea particularmente onerosa para las tripulaciones que tenían que subsistir con una dieta de monotonía y raciones secas. El 7 y 8 de octubre, el ministro José Francisco Vergara ordenó a Galvarino Riveros dejar el *Huáscar* y el *Cochrane* para vigilar Callao mientras el resto de la escuadra bloqueadora –el *O'Higgins*, la *Pilcomayo*, el *Angamos*, la *Magallanes* y dos transportes– navegaba rumbo a Arica. El *Blanco* seguiría posteriormente, y en Arica recibió la orden de partir a Iquique para ser carenado.

El 19 de noviembre, cinco días después del zarpe, la división de José Antonio Villagrán llegó a Pisco. Como era de esperar, la mayoría de los oficiales, que recibían mejores raciones y cuarteles más espaciosos, disfrutaron del viaje hacia el norte. No así los subordinados, que no tuvieron estas comodidades.

<sup>752</sup> José Francisco Vergara al ministro de Guerra en Campaña, Tacna, 2 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 224; Manuel Baquedano a José Antonio Villagrán, Tacna, 12 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 231; Machuca, *op. cit.*, vol. II, p. 209; Ekdahl, *op. cit.*, vol. III, p. 32; Bulnes, *op. cit.*, vol. II, p. 596.

<sup>753</sup> Machuca, *op. cit.*, vol. II, p. 211.

<sup>754</sup> *El Heraldo*, Santiago, 16 de noviembre de 1880; Hermógenes Pérez de Arce, Arica, 6 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 230, 232-236; Manuel Baquedano, “Proclama a la 1 División a su llegada a Pisco”, 13 de noviembre de 1880, p. 231.

Por ejemplo, el subteniente Arturo Benavides, quien servía en el regimiento Lautaro, se quejó de que su espacio para dormir en el *Mateo Murzi* era tan estrecho que apenas se podía recostar, y si lo lograba, el calor era tan opresivo que cuando no podía pasar la noche en la cubierta, debía dormir desnudo. Aun así, señaló, los ánimos de sus compañeros mejoraron, tal vez en parte porque habían logrado pasar de contrabando a algunas mujeres a bordo<sup>755</sup>.

En vez de desembarcar a tontas y a locas, José Antonio Villagrán ordenó sabiamente a algunos de sus buques hacer primero un reconocimiento del puerto. Cuando desembarcó un grupo de cuatrocientos soldados de caballería y artilleros, descubrieron que tres mil peruanos se guarneían en Pisco y que las autoridades también habían minado el puerto y los accesos costeros<sup>756</sup>. Con la esperanza de asustar a los chilenos, el comandante peruano, el coronel Manuel Zamudio, detonó dos minas en el puerto de Pisco. Su ardil para asustar a José Antonio Villagrán funcionó solo en parte: en vez de arriesgarse a un desembarco en teoría peligroso en Pisco, el resto de los chilenos desembarcó en Paracas, dieciséis kilómetros hacia el sur, el mismo puerto donde las tropas chilenas y argentinas habían bajado a tierra en 1820 para ayudar a liberar a Perú del dominio español.

Aunque al parecer en calma, una combinación de arrecifes, bancos de arena y aguas poco profundas hacía de la bahía de Paracas un puerto potencialmente peligroso para la mayoría de los transportes. En consecuencia, muchas de las embarcaciones, en particular los veleros, anclaban lejos de la orilla. Pero gracias a los esfuerzos de Francisco Álvaro Alvarado y Pacífico Álvarez, dos expertos civiles y ciento dos estibadores traídos desde Valparaíso, el desembarque y transporte de hombres se desarrolló con fluidez. Una vez en tierra, la vanguardia chilena avanzó hacia Pisco con la intención de tomar el muelle de acero del puerto, para así facilitar el desembarco del resto del convoy<sup>757</sup>.

Los defensores de Pisco eran pocos en número, muy carentes de entusiasmo, y gracias a su negativa a asistir a los entrenamientos obligatorios, carecían de preparación alguna<sup>758</sup>. Paradojalmente, a medida que se acercaban los chilenos, los peruanos lanzaron amenazas cada vez más terribles, prometiendo quemar la tierra, desatar una guerra de guerrillas y envenenar los pozos locales antes de rendirse. Un grupo de hacendados pidió explosivos, los que prometieron usar para minar sus casas y fincas, y más rifles para que sus trabajadores agrícolas pudieran luchar como combatientes irregulares<sup>759</sup>. Sin embargo, la

<sup>755</sup> Hermógenes Pérez de Arce, “Decreto”, p. 235; Machuca, *op. cit.*, vol. II, p. 254; Benavides, *op. cit.*, pp. 101-102.

<sup>756</sup> *El Mercurio*, Pisco, 22 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 237-241; Machuca, *op. cit.*, vol. II, p. 227.

<sup>757</sup> Machuca, *op. cit.*, vol. II, pp. 211, 227-228; *El Mercurio*, Valparaíso, 22 de noviembre de 1880.

<sup>758</sup> Lucio Gutiérrez a Juan José Pinillos, Humai, 16 de octubre de 1880, en AM, vol. IV, p. 248.

<sup>759</sup> H. Camino a Oficina Ejecutiva, Escuadrón del Valle de Chuchanga, Pisco, 13 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 248-249; H. Fernández al prefecto y comandante en jefe del departamento, 8 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 249; Manuel de la Guardia et

llegada de los chilenos enfrió muy rápido el ardor patriótico peruano. Juan José Pinillos, el oficial peruano que sirvió como Jefe de Estado Mayor de Manuel Zamudio, se enfureció cuando descubrió que no solo soldados rasos sino que algunos de sus oficiales mayores habían “sin permiso abandonado al enemigo sus unidades o compañías”<sup>760</sup>.

Antes de atacar a Pisco, los chilenos le ofrecieron al coronel Manuel Zamudio la posibilidad de rendirse. El peruano rechazó melodramáticamente la sugerencia: “Ni un solo peruano –entonó– abandonará esta posición que tengo el deber defender contra las hordas invasoras”. En efecto, invocando el ejemplo de Francisco Bolognesi, Manuel Zamudio prometió de manera grandilocuente que los peruanos preferían “morir defendiendo el honor nacional” que rendirse<sup>761</sup>. Era evidente que los civiles del puerto no compartían su sentir: ellos huyeron, dejando a las tropas de Manuel Zamudio plantando minas –entre ellas una que contenía ciento veinte kilos de explosivos– y preparando posiciones defensivas en la plaza central de Pisco.

Sin embargo, Pisco no era Arica, y Manuel Zamudio, por cierto, no era Francisco Bolognesi. Una vez bajo fuego de los cañones chilenos “el pánico dominó todo,” acallando la voz de Manuel Zamudio. Y en vez de pelear hasta la última bala, a la guarnición local de cuatrocientos hombres le entró el miedo. En efecto, su banda de soldados no dejó de correr hasta llegar a Humai, cincuenta y seis kilómetros al norte<sup>762</sup>. En su apuro por huir, a Manuel Zamudio también se le olvidó detonar las minas que había plantado con tanta diligencia. Ver este espectáculo hizo concluir a un subprefecto provincial que “todo es una farsa, es como si no fuéramos peruanos”<sup>763</sup>. Después de que el general José Antonio Villagrán entró a Pisco el 20 de noviembre a las dos de la tarde, sus ingenieros desarmaron los explosivos restantes, permitiendo al resto de la división desembarcar sin obstáculos y luego ocupar varias ciudades costeras, además de la capital provincial de Ica.

Mientras tanto, la Primera Brigada de la Segunda División, que consistía en tres mil quinientos hombres del Esmeralda, el Chillán y el Buin, y las unidades de artillería, médica y de suministro –y sus cuatrocientos diecisésis caballos– empezaron a abordar los mercantes en Arica. Después de dos días de embarque, seis transportes y tres veleros partieron de Arica el 27 de no-

---

al. al Jefe superior, político y militar de los departamentos del Sur y Prefecto de Arequipa, 9 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.* vol. IV, p. 249.

<sup>760</sup> Juan José Pinillos, Orden General, Pisco 17 de noviembre de 1880, p. 248.

<sup>761</sup> Bello, Pisco, 19 de noviembre de 1880, *La Patria*, Lima, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 243. Los barcos aparecieron a las 9 AM, *op. cit.*, p. 244.

<sup>762</sup> Villena al Dr. Solar, Cañete, 21 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 243.

<sup>763</sup> Zamudio al Sr., Pisco, 19 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 242; [Agustín] Matute [El Subprefecto de Pisco sintió tantos remordimientos que se cortó la garganta con su navaja recta], en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 231 al secretario de Gobierno, Chincha, 19 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 242; Chincha, 20 de noviembre de 1880, en *op. cit.*, p. 244.

viembre. Llegaron a Pisco el 2 de diciembre y desembarcaron a la brigada de José Francisco Gana y la artillería de campaña de José Antonio Villagrán, antes de navegar al sur para recoger al resto del ejército.

Cuando José Francisco Vergara, quien había acompañado a la flota a Pisco, volvió a Arica para supervisar la embarcación del resto de la expedición, descubrió que las unidades restantes no estaban listas para partir. El general Marcos Maturana, Jefe del Estado Mayor de Manuel Baquedano, informó que sus hombres aún necesitaban con urgencia tres mil quinientos pares de calzoncillos, más de mil animales de carga, mil quinientas cantimploras, cien mil rondas de municiones, para armas pequeñas, y proyectiles adicionales de artillería, más piezas de repuesto para su cañón Armstrong y sus ametralladoras Gatling y Hotchkiss. Irónicamente, incluso si Hermógenes Pérez de Arce, quien dirigía el cuerpo de suministro, pudiese haber entregado de inmediato los requerimientos de Marcos Maturana, no tenía los barcos para enviar los suministros al norte: Manuel Baquedano había desviado los escasos transportes para llevar a cabo tareas que no estaban relacionadas de forma directa con la invasión. Por tanto, mientras el ministro de Guerra rastreaba Chile en busca de mil doscientos caballos y mulas, equipo para montar y arrieros, mil doscientos chilenos ocupaban Pisco<sup>764</sup>.

El 7 de diciembre, cuando las autoridades empezaron a acopiar los suministros que necesitaban, Manuel Baquedano y sus subordinados se reunieron con varios civiles de alto rango, entre ellos José Francisco Vergara. El General propuso que la Tercera División, más la Segunda Brigada de la Segunda División, navegaran a Chilca, un puerto sesenta y un kilómetros al sur de Lima, adonde desembarcaría el grueso del ejército. En camino hacia el norte, el convoy se detendría en Pisco, donde recogería la artillería de José Antonio Villagrán y la brigada de José Francisco Gana, que había llegado anteriormente. Mientras los barcos iban y venían, la división de José Antonio Villagrán partiría desde Pisco a más tardar el 14 de diciembre, para marchar por tierra con el fin de llegar a Chilca el 22 de diciembre, el mismo día que el resto del ejército. Una vez reunidos, los soldados seguirían hacia el norte a través del valle de Lurín a Lima. Aunque José Francisco Vergara no respaldaba con entusiasmo el plan de Manuel Baquedano, lo aceptó<sup>765</sup>.

El 15 de diciembre los mil cuatrocientos hombres del general Manuel Baquedano y sus cerca de dos mil cuatrocientos caballos y mulas partieron desde Arica al norte. Si no fuera por un incendio en un fogón de la *Elvira Álvarez*, que

<sup>764</sup> Vicente Dávila Larraín al ministro de Guerra en Campaña, Valparaíso, 6 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 289; Telegramas de Marcos 2. Maturana al ministro de Guerra, Tacna, 23 de noviembre al 11 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 286-289; José Francisco Vergara al Intendente General del Ejército, Tacna, 4 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 288; Maturana al Comandante General de Armas, Tacna, 7, 11 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 289.

<sup>765</sup> José Francisco Vergara a Aníbal Pinto, 8 de diciembre de 1880, en Bulnes, *op. cit.*, vol. II, pp. 615; Machuca, *op. cit.*, vol. II, p. 243; Ekdahl, *op. cit.*, vol. III, p. 38.

casi alcanzó al polvorín del barco, el viaje fue tranquilo como el mar. Aun así, los pasajeros de la flota invasora sufrieron: apretados como sardinas, el subteniente Justo Abel Rosales y mil quinientos de sus compañeros hicieron todo el viaje sobre la cubierta. Muchos soldados que fueron alimentados con “pan de dudosa procedencia” y un puchero con sabor a papas podridas y huesos de vacuno, vomitaron estas raciones incomibles las arrojaron por la borda. El 18 de diciembre, como estaba programado, el convoy llegó a Pisco para recoger la artillería de la Primera División más la brigada de José Francisco Gana<sup>766</sup>. Sin embargo, Manuel Baquedano se enfureció al enterarse de que los hombres de José Antonio Villagrán solo habían logrado llegar a Tambo de Mora, a solo treinta y dos kilómetros de Pisco y que, aunque los hombres de Patricio Lynch estaban en Cañete, aún estaban a ochenta kilómetros de su objetivo. Quejándose de que una combinación de malos caminos y falta de agua lo limitaba, José Antonio Villagrán se negó a seguir a Chilca, a menos que Manuel Baquedano asumiera primero la responsabilidad de cualquier percance que ocurriera en camino hacia el norte<sup>767</sup>. Manuel Baquedano, quien sin duda trataba de respetar el programa original, accedió a los deseos de José Antonio Villagrán: decidió aceptar la culpa por cualquier desgracia que ocurriera. Pero, señaló, el comportamiento de José Antonio Villagrán podría causar un “grave riesgo, si no una calamidad [al menos] el sacrificio estéril de un número considerable de vidas”. No es de sorprender que Manuel Baquedano también informara a José Antonio Villagrán de que si se producía una “falta” como resultado, no sería de él<sup>768</sup>.

El gobierno desconfiaba de Manuel Baquedano, de quien creía, correctamente, que estaba tratando de posicionarse como candidato para la elección presidencial de 1881. Pero Aníbal Pinto mal podía permitir que una riña entre José Antonio Villagrán y Manuel Baquedano paralizara lo que él esperaba sería la última campaña de la guerra. Por tanto, el Presidente con el entusiasta apoyo de José Francisco Vergara, despidió a José Antonio Villagrán y le ordenó que volviera a Santiago<sup>769</sup>. Manuel Baquedano, quien ahora era la mayor autoridad militar, emitió nuevas órdenes: la artillería de la Primera División y su Segunda Brigada más la de José Francisco Gana viajarían por mar a Chilca. Solo la brigada de Patricio Lynch marcharía los casi ochenta y ocho kilómetros hacia el norte a Chilca. El viaje no tuvo incidentes, aunque

<sup>766</sup> Alfonso al Presidente, Lurín, 24 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 295-296; Manuel J. Jarpa, 24 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 329; Rosales, *op. cit.*, pp. 187-188.

<sup>767</sup> José Antonio Villagrán a José Francisco Gana, Tambo de Mora, 17 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 254-255.

<sup>768</sup> Manuel Baquedano a José Antonio Villagrán, Pisco, 19 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 298.

<sup>769</sup> Manuel Baquedano a José Antonio Villagrán, San Pedro de Lurín, 25 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 298.

Patricio Lynch tuvo más problemas para encontrar suficientes suministros de agua que en superar la limitada resistencia peruana<sup>770</sup>.

El 22 de diciembre las tropas de la Segunda Brigada de la Segunda División del general Emilio Sotomayor y la Tercera División del coronel Pedro Lagos estaban listas para desembarcar en Chilca. Cuando las autoridades se percataron de que no sabían nada de la bahía como posible lugar de descenso, decidieron dejar que la infantería desembarcara en Curayaco, inmediatamente al norte de Chilca. Luego de que un explorador informara que la arena profunda en las cercanías complicaría el desembarco de la artillería, los líderes de la expedición decidieron descargar el cañón en otro puerto al sur de Lurín. El 23 de diciembre los soldados chilenos ocuparon Lurín mismo, donde disfrutaron de un bien merecido descanso<sup>771</sup>.

#### LA CIUDAD CELESTIAL DE LIMA

En 1879 Lima, el objeto de los deseos de Chile, tenía entre ciento veinte mil y ciento treinta mil residentes, alrededor de un tercio de ellos descritos por el peruano Héctor Valenzuela como “lumpen desempleado”. Aunque dura, su descripción resultó bastante acertada: estas masas cesantes se unirían alegres a los disturbios que destruyeron parte de la capital peruana. Durante sus primeros años, la guerra no parecía ser un inconveniente para la población local. El costo de provisiones esenciales pudo haber aumentado, al menos para los residentes de menores recursos, pero el consumo de importaciones extranjeras siguió sin disminución alguna. En efecto, los más pudientes parecían mostrar una total inconsciencia de la guerra a su alrededor. Como señaló el peruano Manuel Zanuttelli ásperamente.

“mientras en nuestros hospitales los soldados se morían de gangrena o tuberculosis [...] la venta de artículos estadounidenses o europeos seguía como en el mejor de los tiempos”<sup>772</sup>.

El presidente Nicolás Piérola se daba cuenta de que el siguiente paso de Manuel Baquedano sería atacar Lima. Si los peruanos temían a sus enemigos, tenían suficientes motivos para ello. Un oficial en la fuerza expedicionaria chilena supuestamente le confió al comandante naval británico que si los peruanos

<sup>770</sup> *El Ferrocarril*, Santiago, 29 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 303-305.

<sup>771</sup> Manuel Baquedano al Presidente, Carayaco, 24 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 295; Alfonso al Presidente, 24 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 295-296.

<sup>772</sup> *El Blanquillo*, Lima, 1 de mayo de 1880, en Castro Flores, *op. cit.*, p. 67; Spencer St. John al Conde de Granville, Lima, 2 de agosto de 1880, en FO 61, 326; Manuel Zanuttelli Rosas, “Semblanza antológica de la época”, pp. 23-32; Héctor Valenzuela Ricardo, Chorrillos, Miraflores y Lima, antes de 1881”, p. 43.

seguían resistiendo, Lima sería “borrada del mapa”. Si eso no hacía pensar a Nicolás Piérola, el cónsul británico en Valparaíso les informó a sus colegas en Lima que las autoridades chilenas estaban ofreciendo la posibilidad de saquear Lima, y violar a sus habitantes femeninos, como incentivo para alistarse<sup>773</sup>.

En junio, después de perder las mejores unidades de su ejército en Tacna y Arica, el líder peruano movilizó las reservas activas y sedentarias de la capital. En adelante, todos los hombres entre dieciséis y sesenta años tendrían que reportarse para un entrenamiento militar diario entre las diez de la mañana y las dos de la tarde. Y para asegurarse de que todos los reservistas en adecuadas condiciones físicas asistieran, el gobierno ordenó a los limeños suspender el comercio durante esas cuatro horas. Como de costumbre, el gobierno excusó a ciertas ocupaciones de los ejercicios –médicos, farmacéuticos, clérigos, trabajadores de la salud o caridad y empleados del Ministerio de Guerra o el Gobierno. Para asegurarse de que la gente no huyera, el gobierno de Nicolás Piérola exigió un pasaporte a todos los que quisieran salir de la provincia, excepto a los que estaban involucrados en el transporte de alimentos<sup>774</sup>.

En menos de un mes después, el gobierno ordenó a todos los hombres enrolarse para servir en un ejército de reserva recién creado, compuesto de diez divisiones de infantería además de unidades de artillería y caballería. Resulta curioso que la administración organizara estas formaciones sobre la base del empleo civil de los reclutas: la División Uno consistía en licenciados y hombres involucrados en el sistema legal o profesiones legales; la División Dos incluía a propietarios y hombres dedicados al comercio y a las finanzas. Profesores y estudiantes formaban la División Tres; arquitectos y constructores componían la División Cuatro. Los que trabajaban en cuero y sombrererías se enrolaban en la Quinta División. La División Seis estaba compuesta por trabajadores del metal y molineros. Los empleados de imprenta, de gobierno y de organizaciones de caridad se unieron a la Séptima División. Panaderos, servidores domésticos y empleados de tabernas formaban la Octava División. La Novena División consistía en pintores, empapeladores, tapiceros, barberos y vendedores. Finalmente, la Décima División incluía el rubro de transportes, servicios municipales, plomería y empleados ferroviarios. Los individuos que proveían servicios de caballerizas fueron asignados a la caballería; por algún motivo, bomberos y cocheros fueron ubicados en la artillería. Al ver estas organizaciones desde lejos, un diario chileno en alemán sugirió con sarcasmo que Nicolás Piérola organizara su ejército no por clase sino por color<sup>775</sup>.

El gobierno dejó en claro que esperaba que todos los peruanos, independiente de su clase o posición social, compartieran de modo igualitario el

<sup>773</sup> Spencer St. John al conde Granville, Lima, 2, 14 de agosto de 1880, N° 76, en FO 61.

<sup>774</sup> Nicolás Piérola, Decreto, Lima, 27 de junio de 1880, p. 266; Luis Jermán Astete, Callao, 29 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 352-353.

<sup>775</sup> “Deutsche Nachrichten” citado en *Los Tiempos*, Santiago, 7 de septiembre de 1880.

peso de defender a Lima. Y para asegurar que esto se cumpliera, amenazó con cobrar una multa de hasta mil incas a cualquiera que no compareciera al entrenamiento o que no se alistara. A mediados de julio, el gobierno ordenó a todos los establecimientos comerciales o negocios cerrar a las tres de la tarde, cuando sonaba una campana de iglesia para avisar que los reservistas tenían treinta minutos para reportarse en sus unidades para el entrenamiento diario. Los hombres que no obedecieran al llamado o que no se registraran podían ser arrestados y reclutados inmediatamente en el ejército activo<sup>776</sup>.

Si Manuel Baquedano hubiese atacado en julio, un diplomático pensaba que habría “destrozado el ejército opositor en pedacitos y tomado la capital en pocas horas”. Pero por suerte para Nicolás Piérola, los chilenos no lanzaron su invasión hasta diciembre. El dictador peruano prometió que usaría el respiro de cinco meses para levantar un ejército de hasta cuarenta mil hombres. El enviado británico en Lima no estaba impresionado, y pronosticó que el nuevo ejército consistiría en un cincuenta por ciento de indios quienes

“desertarán a la primera oportunidad y [...] otro gran cuerpo [...] de ciudadanos imperfectamente entrenados comandados por civiles degeneraría en un multitud armada, sin un general o líder eficiente”<sup>777</sup>.

La profecía del diplomático se cumpliría.

Aun así, los peruanos siguieron sirviendo en el Ejército, y las autoridades movilizaron a los reservistas de la nación el 6 de diciembre. En adelante, los soldados-ciudadanos vivirían en cuarteles y se entrenarían entre las seis y ocho de la mañana antes de partir a trabajar. A las ocho de la tarde, los hombres volverían a sus cuarteles para pasar la noche. La policía patrullaría la ciudad al atardecer, y arrestaría a cualquier hombre que encontrara en la calle sin excusa. Las autoridades podían confinar por tres días a todo reservista que se ausentara sin permiso de los cuarteles; los que se ausentaban en forma reiterada eran enviados al ejército activo. Para financiar esta nueva milicia de reserva, el gobierno peruano aplicó un impuesto especial a los propietarios “cuyos derechos e intereses defiende y protege este ejército”. Es interesante señalar que el gobierno no recaudaba este impuesto: en cambio, las autoridades contrataban a un recaudador quien, mediando una comisión del cinco por ciento, debía reunir los fondos, los que el gobierno prometía usar solo para proveer equipamiento para los militares<sup>778</sup>.

<sup>776</sup> Juan Martín Echenique, “Alistamiento militar”, Lima, 9 de julio de 1880, pp. 320-321; Juan Martín Echenique (Prefecto de este Departamento y oficial al mando del Ejército de Reserva), Lima, 17 de julio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 321-322.

<sup>777</sup> Spencer St. John al conde Granville, Lima, 16 de julio de 1880, N° 68, en FO 61.

<sup>778</sup> Miguel Iglesias, Lima, 30 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 352; Nicolás Piérola, Lima, 5 de agosto de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, pp. 402-403.

A pesar de las amenazas de castigos, muchos hombres, en particular los más influyentes, se negaron a asistir a los entrenamientos. Un oficial lamentó que la clase alta, que debiera dar el ejemplo de patriotismo,

“son los mismos que permanecen escondidos en clubs, cafés y salas de pool durante las horas en que los buenos ciudadanos usan su tiempo para prepararse para defender la patria”.

No es de sorprender que el funcionario sugiriera que las autoridades hicieran redadas a estos establecimientos y arrestaran a todos los hombres físicamente sanos que se descubrieran vagando en el barrio. Para ser justos, los soldados cómodos no residían solo en la capital. En Humai, los funcionarios locales también se quejaban de que los reservistas no asistían a los entrenamientos los domingos y días feriados<sup>779</sup>.

En vez de depender de forma exclusiva de las defensas improvisadas de Nicolás Piérola y la chusma armada, muchos peruanos recurrieron a Dios. El Ejército desfilaba sus batallones recién formados ante curas para ser bendecidos y recibir un medallón de plata en que estaba grabada la frase “Muerte o victoria”. De acuerdo con un corresponsal panameño, las mujeres y en particular las madres de la clase baja, rezaban ruidosamente a varios artefactos religiosos. El arzobispo de Lima instó a sus parroquianos a hacer una novena a Santa Rosa de Lima por la intercesión de los santos, y hacer el ejercicio del *Vía Crucis*. Para consolar a los fieles, el clérigo prometió proporcionar la hostia durante un mes a partir del 26 de diciembre. También instó a los que estaban sanos a ayunar el 28 de diciembre –cuando la Iglesia conmemoraba las muertes de los inocentes que Herodes había ordenado asesinar– para que Dios les ayudara a enfrentar “esta grave tribulación con que se ha dignado afigirnos”<sup>780</sup>.

Curiosamente, hasta la prensa secular acogió algo de la imaginería del Obispo, si no su piedad. “La Providencia –observó un periodista– no nos negará esta merecida compensación por nuestra fe en su justicia y nuestro esfuerzo”. Otro columnista argumentaba que Perú nunca perecería, que una nación recién resurrecta surgiría para castigar a los invasores. Lima, prometió, se convertiría en un cementerio chileno: “moriremos, pero también lo harán todos los filisteos”<sup>781</sup>.

<sup>779</sup> Lisle, *op. cit.*, p. 120; Juan Peña y Coronel, Lima, 26 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 352; Lucio Gutiérrez a Juan José Pinillos, Humai, 16 de octubre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 248.

<sup>780</sup> Carey-Brenton, *op. cit.*, pp. 102-134; Francisco [arzobispo de Lima] Pastoral, 25 de diciembre de 1880, pp. 329-330.

<sup>781</sup> *El Mercurio*, Valparaíso, 31 de agosto de 1880; Francisco [arzobispo de Lima], *op. cit.*, pp. 329-330; Manuel Jesús Obin, “Vencer o Morir”, pp. 334-5; M.G. de la Fuente Chávez, “La muerte de Chile o sea la muerte chilena”, pp. 335-336.

“El rifle, la maniobra, las barracas: aquí está, desde ahora, nuestro ídolo, nuestro culto, nuestro templo. Dios de los ejércitos, que también es el Dios de las naciones, bendecirá nuestros esfuerzos y premiará nuestros sacrificios”

convirtiendo el camino de Pisco a Lima en la *vía crucis* de Chile<sup>782</sup>. Observadores neutrales desestimaron estos comentarios cínicamente como mera retórica. “Ninguna ciudad”, observó el ministro británico, “podría ser menos apta para una guerra en la calle y ningún pueblo menos probable de hacer una defensa desesperada que los habitantes de Lima”<sup>783</sup>.

No es de sorprender que muchos limeños empezaran a huir. Por desgracia, los hombres encargados de defender los accesos a la capital se unieron a este éxodo espontáneo. En algunos casos, tenían motivos más que suficientes para huir: un comandante del sur, el coronel Pedro José Sevilla, describió a sus trescientos diez hombres como “descalzos, sin ropa y descontentos”<sup>784</sup>. Como tantas de sus tropas desertaron, podría haber añadido “sin entusiasmo” a su descripción. Dada esta situación, el Coronel sugirió salvar sus armas y sus hombres retirándose hacia el noreste, a las ciudades de Chincha o Cañete.

Sin embargo, las autoridades alentaron a Pedro José Sevilla a “resistir, hostigar al enemigo, aunque queden solo diez hombres, y si la única alternativa es llevar a cabo una guerra de guerrilla”<sup>785</sup>. Los ojos de toda la nación estaban mirando al Coronel, observó Mariano Paz Soldán, y señalando que el país premiaría a los que luchaban, rogó a Pedro José Sevilla asegurar que “nuestra bandera emerja con honor y que proceda con la prudencia y habilidad que todos estamos encantados de reconocer en él”.

En privado, un estadista peruano admitió que esperaba poco de Pedro José Sevilla, solo una muestra de resistencia simbólica para contrarrestar lo que había deprimido más al público: “las retiradas vergonzosas [que ocurrían] sin disparar un solo balazo”. Pedro José Sevilla sí logró satisfacer estas mínimas expectativas: tras atacar a algunas patrullas chilenas y supuestamente matar a dos hombres, huyó. Aunque los chilenos lo capturaron, sus emboscadas, que un periodista chileno denigró diciendo que sobrepasaban los límites de “la guerra civilizada”, encantaron a un oficial peruano, quien señaló: “dejen fluir la sangre, ya que así la regeneración se hace real”<sup>786</sup>.

<sup>782</sup> Manuel Jesús Obin, “Sacrificios”, p. 273; Cesáro Chacaltana, *El Nacional*, Lima, 22 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 273-274.

<sup>783</sup> Spencer St. John a conde de Granville, Lima, 20 de noviembre de 1880, N° 101, en FO 61.

<sup>784</sup> Sevilla, Humai Huaya Grande, 26 de noviembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 246-247.

<sup>785</sup> Mariano Felipe Paz Soldán a Romero, Lima, 18 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 247.

<sup>786</sup> Mariano Felipe Paz Soldán a Romero, 18 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 247; Peña y Coronel Subprefecto, 19 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 361.

Algunos peruanos observaron la retirada de sus soldados desde Pisco y la llegada del general Manuel Baquedano a Lima con calma casi glacial. El periodista José Casimiro Ulloa se convenció –no está claro sobre qué evidencia– que la invasión de Pisco había consumido los recursos de Chile, que las defensas de Perú funcionarían, y que de ahí en adelante la nación podía esperar a los huéspedes de Manuel Baquedano con serena confianza<sup>787</sup>. Otro periodista comparó la “disciplina, obediencia, unión entre los gobernantes y los gobernados” de Perú con el ejército de Chile, que era una horda de bárbaros<sup>788</sup>.

Hacia fines de diciembre, se aceleraron los preparativos para la defensa de Lima. El presidente Nicolás Piérola creó el ejército de Lima, de aproximadamente veinticinco a treinta y dos mil hombres, juntando a dos unidades, el ejército del Centro y el ejército del Norte. El recién creado ejército de Lima estaba dividido en dos componentes: los cerca de dieciséis a veinticuatro mil soldados del ejército de Línea se dividían en cuatro cuerpos. Las autoridades asignaron estos cuerpos para defender la ciudad: el Primero, bajo el coronel Miguel Iglesias, estaba compuesto por las divisiones Uno, Dos y Tres del ejército del Norte; el Segundo Cuerpo, comandado por el general Belisario Suárez, contenía las divisiones Cuarta y Quinta del ejército del Norte. El Tercer Cuerpo del ejército del Centro, dirigido por el coronel Justo Pastor Dávila, incluía las divisiones Tres y Cinco; el coronel Andrés Cáceres dirigía el Cuarto Cuerpo, también del ejército del Centro, que consistía en las divisiones Uno, Dos y Cuatro. El ejército de Reserva, de unas seis a diez mil tropas, consistía en los cuerpos Primero y Segundo, que incluía a los nuevos reclutas<sup>789</sup>.

#### Cuadro N° 19 DEFENSORES PERUANOS

---

1 compañía de ingenieros – Coronel Francisco Paz Soldán

10 compañía de ingenieros, cada una comandada por un capitán

Artillería – Coronel Adolfo Salmón

2 regimientos, cada uno comandado por un coronel e integrado por 6 compañías  
Brigada móvil – Coronel Manuel Ceballos

4 compañías

Caballería – Coronel Juan Francisco Elizalde

2 escuadrones, cada uno con dos compañías

<sup>787</sup> *El Peruano*, Lima, 22 de noviembre de 1880.

<sup>788</sup> A. A. Aramburú, “Deberes de Actualidad”, p. 272.

<sup>789</sup> Marcos Maturana, “Plan de operaciones sobre Lima”, p. 385; Miguel Iglesias, Lima, 22 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 397; Ministerio de Guerra (Perú), *La Gesta...*, *op. cit.*, p. 152; Vicente Holguín, “La toma de Lima (Correspondencia)”, p. 5.

## Infantería

- Cada división con 6 compañías comandadas por un capitán
- 1<sup>a</sup> División – Coronel honorario José Unanue  
Batallones 2, 4, 6, 8, 10 y 12
- 3<sup>a</sup> División – Coronel honorario Serapio Orbegozo  
Batallones 14, 16 y 18
- 4<sup>a</sup> División – Coronel honorario Juan Aliaga Puente  
Batallones 20, 22 y 24
- 5<sup>a</sup> División – Coronel honorario Manual Benavides  
Batallones 26, 28 y 30
- 6<sup>a</sup> División – Coronel honorario Ramón Montero  
Batallones 32, 34 y 36
- 7<sup>a</sup> División – Coronel honorario Dionisio Dertano  
Batallones 38, 40 y 42
- 8<sup>a</sup> División – Coronel honorario Juan Arrieta  
Batallones 44, 46 y 48
- 9<sup>a</sup> División – Coronel honorario Bartolomé Figari  
Batallones 50, 52 y 54
- 10<sup>a</sup> División – Coronel honorario Antonio Bentín  
Batallones 56, 58, 60 y 61
- 

FUENTE: Ministerio de Guerra (Perú), *La Gesta...*, *op. cit.*, pp. 63-123.

En los siguientes días, el Ejército absorbió a la policía de Lima, dejando el patrullaje de la ciudad a cargo de voluntarios extranjeros de la guardia urbana. Las autoridades militares también empezaron a requisar caballos, y de este modo paralizaron el sistema urbano de tranvías de Lima mientras que reservaron para el Ejército, con algunas excepciones, el uso de los trenes de rieles<sup>790</sup>. Los negocios seguirían abiertos, por la sencilla razón de asegurar a los residentes de Lima que pudieran comprar comida<sup>791</sup>.

Estos preparativos parecieron movilizar a los ciudadanos de la capital. La prensa informó que Lima ardía de sentimientos a favor de la guerra. Individuos que antes se rehusaban a asistir a los entrenamientos de pronto se ofrecieron voluntarios. Supuestamente, incluso los enfermos rogaban por armas. Como muchos, un periodista invocó la imagen de Francisco Bolognesi, comparando a Perú con Esparta. Justo antes de las batallas finales, otro reportero describió a los chilenos como cobardes, mientras que predijo de forma confiada la victoria para los soldados de Perú<sup>792</sup>.

Pero nadie esperaba un triunfo peruano. En diciembre, informó un observador, que el destino de Lima dependía de una “simple aglomeración”

<sup>790</sup> Miguel Iglesias, Lima, 22 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 396, 398; Luis Germán Astete, Callao, 25 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 398; Emeterio Pareja, Lima, 28 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 398.

<sup>791</sup> Juan Miranda, Lima, 27 de diciembre de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 398.

<sup>792</sup> Manuel Yarlequé, “El ejército peruano en campaña”, p. 402; Lisle, *op. cit.*, p. 120.

de aproximadamente treinta mil hombres, al menos la mitad de ellos indios de habla quechua “sin entrenamiento militar”, más un puñado de veteranos u hombres reclutados de otras partes de la nación. Sin entrenamiento, equipados con diferentes armas pequeñas, sin zapatos y vestidos con la misma ropa harapienta civil que usaban cuando entraron al Ejército, estas tropas desafortunadas eran dirigidas por oficiales que el presidente Nicolás Piérola había elegido basándose en su lealtad hacia él, no en su pericia militar. Tras suprimir a los que tenían experiencia y entrenamiento de la lista del ejército activo, purgó después a la Guardia Nacional. A pesar de que estos incipientes oficiales intentaron mejorar sus habilidades reuniéndose en casas particulares para seminarios sobre tácticas militares, las lecciones tuvieron poco efecto. Algunos de los mejores oficiales profesionales, en especial los que se oponían a Nicolás Piérola, fueron asignados a la reserva. Si deseaban servir en unidades de línea, tenían que hacerlo como soldados rasos. Las políticas de Nicolás Piérola hicieron lamentar a un clérigo italiano que Perú podía tal vez proteger con éxito su capital, pero solo si “hubiese podido poner en la cabeza de su gobierno un hombre aunque parcialmente dotado de buen sentido”. En cambio, Lima había elegido a Nicolás Piérola, quien “en vez de dedicarse a defender la capital”, usó la oportunidad para dar vueltas en la ciudad para lucir sus uniformes<sup>793</sup>.

Nicolás Piérola ordenó construir dos líneas paralelas de parapetos con puntos fuertes para escudar el flanco sur de Lima. La primera de estas barreras, una posición defensiva de dieciséis kilómetros, estaba ubicada en San Juan, cerca del pueblo de Chorrillos –un balneario frecuentado por las élites de Lima– donde nueve mil quinientos hombres se habían instalado en excavaciones en la tierra. Nicolás Piérola había colocado pesados cañones, entre ellos algunos que se habían recuperado de barcos hundidos, como la *Independencia*, en las fortificaciones elevadas sobre la capital. No es de sorprender que una de estas baterías defensivas, la Ciudadela Piérola, llevara el nombre del dictador. Por desgracia, los peruanos no podían disparar estos cañones, pues temían que sus proyectiles golpearan la ciudad y no al enemigo. Piezas de artillería más pequeñas, incluyendo las forjadas en las fundiciones de Lima, resguardaban los distintos reductos. Además, los defensores podían recurrir a las armas del *Atahualpa*, la malhadada nave gemela del *Manco Cápac*<sup>794</sup>.

Vista desde arriba, la cadena de cerros sobre la que estaban montadas las defensas de Chorrillos parecía una W torcida con el lado oeste de la letra extendida hacia el norte. Fueron llamadas acertadamente los Montes Zigzag, y su punto más alto era el Morro del Solar, de unos trescientos metros de altura. Los peruanos habían colocado con habilidad su primera línea de po-

<sup>793</sup> Carey-Brenton, *op. cit.*, p. 104; Alberto Tauro, “Preparación de la defensa: Marco histórico”, p. 142; Cáceres, *op. cit.*, p. 65; Caviano, vol. II, pp. 38, 40 y 51.

<sup>794</sup> Tauro, “Preparación...”, *op. cit.*, p. 143; Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, p. 318.

siciones defensivas a lo largo de una cresta, a cerca de cincuenta a cincuenta y cinco metros de altura, en que emplazaron varios cañones. Con su borde oeste colindando con el océano y numerosas baterías de cañones de montaña enterradas sobre la cima, los defensores del Morro del Solar tenían un claro campo de fuego hacia el este y sudeste. Los defensores de Lima también se habían instalado en los accesos al este y sudeste del Morro del Solar, lo que les permitía concentrar su fuego en cualquier unidad que los atacara desde el sur junto al océano.

Nicolás Piérola dividió su línea defensiva en tres sectores, cada uno integrado por una de sus cuatro divisiones. El coronel Miguel Iglesias, que dirigía los cinco mil doscientos soldados del Primer Cuerpo, cuarenta y ocho cañones y veinte ametralladoras, defendía la zona que incluía el área desde el océano Pacífico al flanco oeste de los montes Zigzag, incluyendo el Morro del Solar. Las tres mil quinientas tropas del Segundo Cuerpo del coronel Andrés Cáceres, apoyadas por veintitrés cañones, protegían el centro que se extendía al este desde el lado más occidental de los montes Zigzag a una colina apodada Viva el Perú. Los cuatro mil trescientos hombres del cuerpo del coronel Justo Pastor Dávila se anclaban en la izquierda peruana, el lado al extremo oeste del monte San Francisco. Los dos mil ochocientos soldados del cuerpo del coronel Belisario Suárez estaban atrás, entre el centro y la extrema izquierda, listos para desplegarse donde y cuando fuera necesario<sup>795</sup>. Las defensas de Nicolás Piérola pueden haber parecido imponentes a un civil, pero el coronel Andrés Cáceres las describió diciendo que estaban sin terminar, sin suficientes hombres, que no eran nada impresionante y que tenían medio siglo de atraso<sup>796</sup>. Por fortuna, Nicolás Piérola tenía respaldo: si los chilenos lograban penetrar la línea de San Juan, otra línea de parapetos construida cerca de la ciudad de Miraflores aún protegía a Lima.

Durante meses los marinos chilenos intentaron aislar la costa de Perú. Esta estrategia, en esencia pasiva, minaba la moral de la Armada: testigos informaron que las tripulaciones de los barcos gastaban su tiempo libre en masturbación, sodomía o beber el alcohol que subían de contrabando a bordo<sup>797</sup>. Sin embargo, la flota chilena representó un papel importante en el asalto final a Lima. El almirante Galvarino Riveros había despachado sus naves para hacer un reconocimiento de la zona y descubrir dónde se encontraban las tropas peruanas, ubicando sus fuertes y posiciones de artillería. La flota también planeaba usar sus cañones navales para apoyar a los atacantes. Para evitar los riesgos de fuego amigo, Galvarino Riveros envió un equipo a tierra para indicar las posiciones del ejército a los navíos y coordinar sus cañones pesados

<sup>795</sup> Alejandro Seraylán L. “La campaña de Lima”, p. 156.

<sup>796</sup> Cáceres, *op. cit.*, p. 69.

<sup>797</sup> *El Ferrocarril*, Santiago, 3 de mayo de 1880; Manuel Señoret al oficial al mando, División del Norte, Iquique, 4 de marzo de 1882, en Corvalán, *op. cit.*, p. 97.

de a bordo con los movimientos de la infantería que venía avanzando. Juan José Latorre, comandante de la flota invasora, estacionó sus torpederas cerca del amarradero de la *Unión* por si se daba el improbable caso de que intentara escapar y para informar al resto de la flotilla cuando empezara la batalla<sup>798</sup>.

El 13 de enero de 1881, cuando la infantería chilena comenzó su ataque, el *Blanco*, el *Cochrane*, el *O'Higgins* y el *Pilcomayo* ya habían tomado posiciones que les permitían bombardear el flanco oeste del Morro del Solar, en particular los emplazamientos de cañones que tenían un campo de fuego despejado. Aunque violaba órdenes, la Armada a veces abría fuego en blancos que no estaban contemplados, cuando creía que tal acción no pondría en peligro a las tropas chilenas. Además, una de las lanchas del *Blanco* patrullaba el litoral, mientras sus ametralladoras arrasaban con las posiciones costeras peruanas. Incluso, después de que terminara la batalla, la flota seguía sirviendo: Galvarino Riveros envió a sus cirujanos navales a cuidar de los heridos, mientras que los buques proveían víveres y agua a los exhaustos vencedores.

#### EL PRIMER ATAQUE: LA BATALLA DE CHORRILLOS

Los montes Zigzag no eran una cordillera sólida sino una cadena de cerros medianos. Al acercarse a la izquierda peruana, aparecían quebradas por las que corrían los diferentes caminos que conectaban el valle Lurín con la capital y Callao. En consecuencia, la línea supuestamente impresionante de Nicolás Piérola era bastante porosa. Mientras los chilenos exploraban las defensas peruanas para averiguar el número, ubicación y armamento de los contingentes de Nicolás Piérola, Manuel Baquedano se reunió con sus comandantes de mayor jerarquía para discutir cómo atacar a Lima. El propio Comandante en jefe visitó tres veces lo que sería el campo de batalla. Después de alguna reflexión, decidió que sus tropas lanzarían un ataque frontal a lo largo de toda la línea peruana y que, una vez que crearan o descubrieran una debilidad, recurrirían a la división de reserva para penetrar la línea y llegar a Chorrillos.

El general Marcos Maturana, el Jefe de Estado Mayor de Manuel Baquedano, propuso una estrategia diferente. A diferencia de su supuesto superior, Marcos Maturana se dio cuenta de que tomar Lima, aunque simbólicamente importante, no pondría fin a la guerra; sin embargo, erradicar al ejército peruano sí podría lograrlo. Por tanto, tenía especial interés en la estrategia de maniobrar: evitar el ataque frontal y, en lugar de eso, rodear las defensas fijas de Nicolás Piérola. Esta táctica permitiría a los chilenos capturar no solo la

<sup>798</sup> “Orden General de la Escuadra”, Callao, 16 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 101; Tauro, “Preparación...”, *op. cit.*, p. 143.

capital enemiga sino, también, a sus defensores antes de que pudieran huir al altiplano, donde podían reagruparse. Para lograr este objetivo quería que una división, con apoyo de los cañones de la Armada, fingiera un ataque en el frente peruano mientras que las otras divisiones chilenas se dirigirían hacia el noroeste y luego al oeste, a través de las montañas, emergiendo solo una vez que hubieran rodeado las defensas de Perú. Luego, los chilenos avanzarían al noroeste, empujando a los defensores peruanos hacia el valle de Surco y cortándoles el acceso a la vía férrea de Oroya y los caminos, las principales rutas para salir de la ciudad hacia los Andes. Si el plan de Marcos Maturana tenía éxito, los peruanos estarían encajonados, de espalda al mar, rodeados en tres lados por los chilenos<sup>799</sup>.

El ministro José Francisco Vergara apoyó a Marcos Maturana, estando también a favor de rodear las fuerzas de Nicolás Piérola. Señaló que Tacna debiera haberle enseñado al General que a pesar de que la infantería podía atacar y derrotar a un ejército atrincherado, el costo en vidas sería alto. En cambio, argumentó que si el ejército chileno marchaba hacia el noreste y luego se movía levemente al noroeste en Manchay,emergería al este de Rinconada, desde donde podía rodear no solo las defensas de Chorrillos sino, también, las de Miraflores. Encerrado entre el mar y los hombres de Manuel Baquedano, el ejército peruano no podría escapar porque los chilenos controlaban el acceso hacia el ferrocarril de Oroya y las carreteras al altiplano. Por lo tanto, Nicolás Piérola tendría que capitular.

Manuel Baquedano comprendía muy bien lo que Marcos Maturana y José Francisco Vergara planteaban. Incluso, había ordenado al coronel Orozimbo Barbosa liderar una fuerza de dos mil hombres que había llegado a Rinconada con éxito, siguiendo el mismo camino que sugerían José Francisco Vergara y Marcos Maturana<sup>800</sup>. Aunque tuvo que retroceder, Orozimbo Barbosa había demostrado que un ejército con artillería pesada podía rodear con desenvoltura la línea defensiva de Nicolás Piérola. Pero Manuel Baquedano, que siempre era generoso con la sangre ajena, no quiso saber nada de ello. Peor aún, los demás militares presentes en la reunión –los generales Emilio Sotomayor y Cornelio Saavedra, el capitán de navío Patricio Lynch y el coronel José Velásquez– se alinearon obedientes detrás de su comandante. José Velásquez, por ejemplo, argumentó que intentar rodear la izquierda del enemigo forzaría al ejército a arrastrarse por unos veintiséis kilómetros adicionales, con extensos tramos de arena profunda, antes de que los chilenos pudieran atacar. Además, seguir este curso de acción expondría el flanco y la retaguardia de los chilenos a un contraataque peruano, los separaría del apoyo naval y los obligaría a caminar a través de un desierto árido sin suministros adecuados. En una segunda

<sup>799</sup> Maturana, *op. cit.*, pp. 385-389; Maturana, Lurín, 9 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 390-391.

<sup>800</sup> Ekdahl, *op. cit.*, vol. III, pp. 74-76.

reunión, que se llevó a cabo el 11 de enero, José Francisco Vergara, Manuel Baquedano y otros oficiales de alto rango se reunieron nuevamente para discutir el plan del Ministro. José Francisco Vergara podría haberse ahorrado el esfuerzo: los aduladores de Manuel Baquedano apoyaron a su comandante.

*Cuadro N° 20*  
BATALLAS DE LIMA,  
13, 15 DE ENERO DE 1881

---

Contingente chileno

1 <sup>a</sup> División	Coronel Patricio Lynch
1 <sup>a</sup> Brigada	Coronel Juan Martínez
Regimiento 2 de Línea	Teniente coronel Estanislao del Canto
Regimiento Atacama	Teniente coronel Diego Dublé Almeida
Regimiento Colchagua	Teniente coronel Manuel Soffia
Regimiento Talca	Teniente coronel Silvestre Urizar
Batallón Melipilla	Teniente coronel Vicente Balmaceda
2 <sup>a</sup> Brigada	Coronel Domingo Amunátegui
Regimiento Artillería de Marina	Teniente coronel José Ramón Vidaurre
Regimiento 4 de Línea	Coronel José Amunátegui
Regimiento Chacabuco	Coronel Domingo Toro Herrera
Regimiento Coquimbo	Teniente coronel José Soto
Batallón Quillota	Teniente coronel José Echeverría
2 <sup>a</sup> División	General brigadier Emilio Sotomayor
1 <sup>a</sup> Brigada	Coronel Francisco Gana
Regimiento Buin 1º de Línea	Teniente coronel Juan García
Regimiento Esmeralda	Teniente coronel Adolfo Holley
Regimiento Chillán	Teniente coronel Pedro Guiñez
2 <sup>a</sup> Brigada	Coronel Orozimbo Barboza
Regimiento Curicó	Teniente coronel Joaquín Cortés
Batallón Victoria	Mayor Exequiel Soto
3 <sup>a</sup> División	Coronel Pedro Lagos
Primera brigada	Coronel Martiniano Urriola
Batallón Artillería Naval	Teniente coronel Francisco Fierro
Regimiento Aconcagua	Teniente coronel Rafael Díaz
2 <sup>a</sup> Brigada	Teniente coronel Francisco Barceló
Regimiento Santiago	Teniente coronel Demófilo Fuenzalida
Batallón Bulnes	Teniente coronel José Echeverría
Batallón Valdivia	Teniente coronel Lucio Martínez
Batallón Caupolicán	Teniente coronel José del Canto
Regimiento Concepción	Teniente coronel José Seguel
Reserva	Teniente coronel Arístides Martínez
Regimiento 3 de Línea	Teniente coronel José Gutiérrez
Regimiento Zapadores	Teniente coronel Guillermo Zilleruelo
Regimiento Valparaíso	Teniente coronel José Marchant

Regimiento de Artillería	Teniente coronel Carlos Wood
Primera brigada	Capitán Ansenio de la Torre
Segunda brigada	Teniente coronel Antonio González
Regimiento 2	Teniente coronel José Novoa
Caballería	
Regimiento cazadores	Teniente coronel Pedro Soto
Regimiento granaderos	Teniente coronel Tomás Yavar
Regimiento carabineros de Yungai	Teniente coronel Manuel Bulnes

FUENTES: Chile, Ministerio de Guerra, Partes Oficiales.

La estrategia de Manuel Baquedano era tan simple que bordeaba en lo primitivo: la Primera División de Patricio Lynch atacaría la derecha peruana, controlada por Miguel Iglesias; la Segunda División, bajo el general Emilio Sotomayor, asaltaría el centro y la izquierda peruana, defendidas por Andrés Cáceres y Justo Pastor Dávila. La Tercera División chilena, dirigida por el coronel Pedro Lagos, apoyaría a Patricio Lynch y Emilio Sotomayor y evitaría que Justo Pastor Dávila reforzara las unidades hacia el sur. Como señaló Manuel Baquedano, “Creo que ésta será la última acción que nos dará las llaves de Lima; por tanto es necesario tener mano dura”<sup>801</sup>.

El 12 de enero a las seis de la tarde, los hombres de Manuel Baquedano dejaron sus bases en el valle de Lurín al son de sus bandas militares y partieron a los puntos desde donde atacarían Lima. El domingo antes de la batalla, algunos chilenos asistieron a los servicios religiosos, escucharon los sermones y participaron en un *Té Deum*. Tras observar estos ritos, un oficial británico, sin duda protestante, concluyó cínicamente que como los hombres estaban demasiado lejos o la voz del cura demasiado baja, “me temo que los soldados se beneficiaron poco de la ceremonia religiosa”. Manuel Baquedano intentó hablarles a los hombres, pero al parecer las emociones lo sobrepasaron y no fue capaz<sup>802</sup>.

En su última tarde, el observador militar francés agregado al ejército de Manuel Baquedano señaló que parecía haberse instalado una sensación de melancolía entre los chilenos reunidos<sup>803</sup>. Después de envolver sus bayonetas y cantimploras en harapos –para amortiguar el sonido– las tropas confiaron a sus amigos los objetos que querían hacer llegar a sus familias en caso de que murieran en la batalla. Otros le entregaron cartas para sus familias al proveedor de su unidad para que las enviara en caso de que murieran. Gracias a la generosidad de uno de sus oficiales, cada soldado de la caballería del Co-

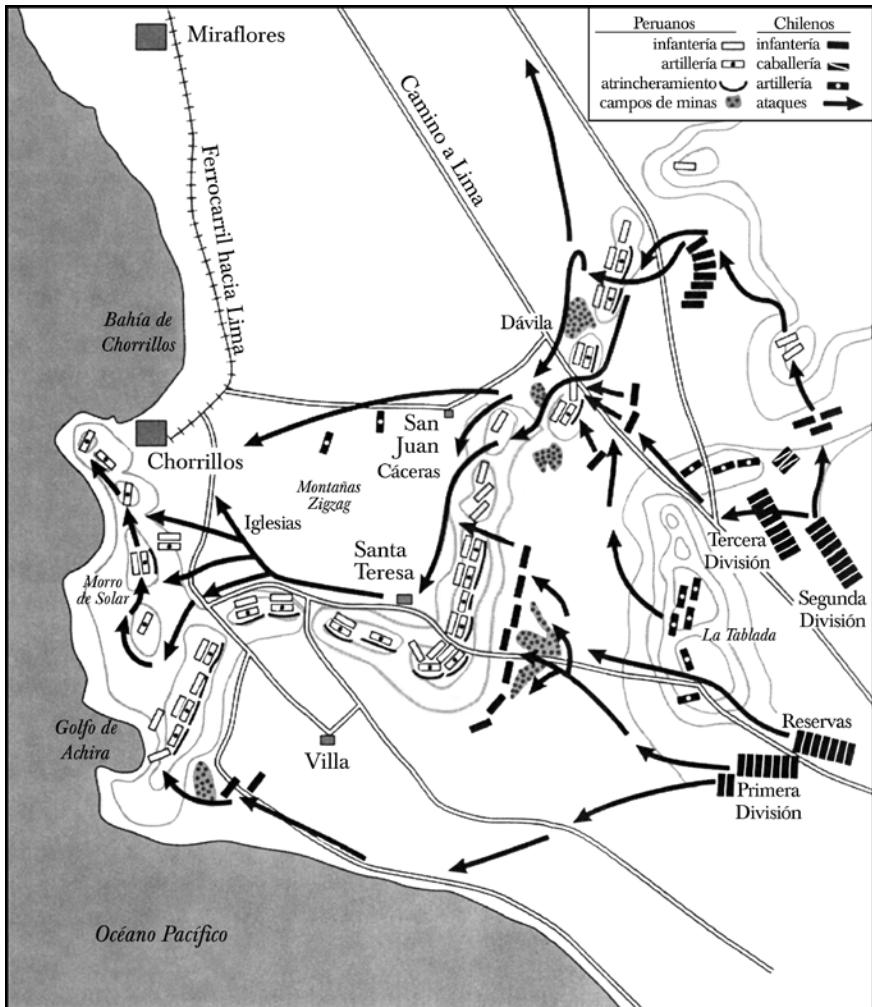
<sup>801</sup> Manuel Baquedano al Presidente, Recibido 19 de septiembre de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 411-412, citado en Del Canto, *op. cit.*, p. 136.

<sup>802</sup> Dyke Acland, *Six weeks...* *op. cit.*, p. 29; Memorias del capitán Elias Casa, regimiento Esmeralda, Diario, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 36-39.

<sup>803</sup> Le León, *op. cit.*, p. 102.

quimbo recibió dos cigarrillos. Otro oficial gastó cien pesos en dos botellas de aguardiente malo. No sabemos si compartió el licor. El capitán José de la Cruz Reyes le contó a su comandante que estaba seguro de que moriría porque veía su número de la mala suerte en todos lados. Por desgracia, resultó profético<sup>804</sup>.

Al otro lado del campo de batalla, un periodista boliviano vio al coronel Juan Manuel Montero Rosas alzar su vaso a “los que no podrán comer mañana”. Cuando nadie se unió a él, el Coronel observó, “Yo seré el único”. No lo fue. Los chilenos que lo matarían a él, y a muchas de sus tropas, dejaron



Batalla de Chorrillos.

<sup>804</sup> Urquieta, *op. cit.*, vol. II, pp. 154-155; Del Canto, *op. cit.*, pp. 136-139.

su equipamiento al cuidado de sus respectivas bandas de músicos, y gastaron toda su carga de municiones, ciento cincuenta balas por hombre, además de sus raciones de emergencia de dos días<sup>805</sup>.

La decisión de Manuel Baquedano de atacar las líneas peruanas simultáneamente causó ciertos problemas: tuvo que posicionar sus tropas en diferentes lugares y escalaron sus tiempos de partida para que pudieran llegar a sus respectivos puntos de salida a tiempo para lanzar un asalto coordinado. Las tropas de Patricio Lynch, seguidas por las reservas bajo el coronel Arístides Martínez, cruzaron el río Lurín en Santa Lucía, en dirección al noroeste hasta que el camino se bifurcó, allí un elemento siguió por el camino de Conchán al oeste del Morro del Solar; el segundo también viró hacia el noroeste, llevando a los chilenos hacia la hacienda de Villa y el paso Santa Teresa. La Segunda División del general Emilio Sotomayor cruzó el río Lurín hacia el noreste, en Palmas y Venturosa, antes de virar hacia el noroeste siguiendo el camino de Otocongo hasta que llegó al punto de partida del ataque, al norte del monte Tablada, frente a la planicie de Pamplona, desde donde atacaría el paso de San Juan. Como la división de Pedro Lagos, seguida de la artillería de campaña, seguía el mismo camino que la Segunda División, también terminó en la planicie de Pamplona, pero tomó posición frente a la división de Emilio Sotomayor. Las reservas de Manuel Baquedano, bajo el teniente coronel Arístides Martínez, siguieron a la división de Patricio Lynch. La artillería y caballería los siguieron. Una vez que las tropas llegaron a sus posiciones designadas, alrededor de la medianoche, pudieron descansar hasta las tres y media de la madrugada, cuando empezarían a moverse hacia el norte, esta vez hacia las defensas peruanas en Chorrillos.

Patricio Lynch dividió su Primera División en cuatro columnas: la primera, que consistía en el Segundo Regimiento de Línea y el Colchagua, atacaría los cerros que protegían la hacienda Santa Teresa; el Segundo de Línea, el regimiento Atacama y el Talca atacarían los cerros al sur del paso; los regimientos Tercero y Cuarto de Línea y el Chacabuco atacarían la hacienda de Villa, situada en una calle sin salida rodeada en tres lados por artillería peruana. La cuarta columna, el batallón Melipilla y el regimiento Coquimbo, tenía que marchar a una menor distancia, pero se enfrentaba el desafío mayor: estos hombres tenían que avanzar por el camino de la playa para asaltar frontalmente al Morro del Solar, donde los esperaba una guarnición con cincuenta y seis cañones y veinte ametralladoras. La Segunda División de Emilio Sotomayor se concentraría en forzar el paso a través de la línea peruana al norte de San Juan. La Tercera División del coronel Pedro Lagos golpearía la parte más al norte de la W, poniendo contra la pared a las defensas peruanas, y así evitando que reforzaran la segunda línea hacia el sur y suroeste. Si era necesario, Pedro

<sup>805</sup> Benavides, *op. cit.*, p. 112; Acland, *op. cit.*, p. 49; Rosales, *op. cit.*, p. 209; Julio Lucas Jaimes, “La versión del aliado”, pp. 125-133.

Lagos ayudaría a la Segunda División a atravesar el centro<sup>806</sup>. Si todo iba según lo planeado, la infantería chilena, apoyada por la artillería ubicada en la ladera delantera de un monte al norte del océano, atacaría simultáneamente, atravesando las defensas de Nicolás Piérola, y tomaría Chorrillos.

La experiencia chilena en Chorrillos estuvo a la altura de la máxima de varios teóricos militares de que los planes prefijados de batalla siempre salen mal una vez que comienza el combate. Las divisiones de Manuel Baquedano llegaron a sus posiciones alrededor de la medianoche, lo que les dio a sus hombres solo unas pocas horas para descansar y, para los más fatalistas, la oportunidad de dormir. Alrededor de las tres y media de la madrugada los hombres despertaron para descubrir que el campo de batalla estaba cubierto de niebla. Esto no detuvo a las tropas, que se pusieron a marchar bajo órdenes de mantener el silencio para no alertar al enemigo. En verdad, un cuerpo de tambores y trompetas podría haber precedido a las legiones chilenas: gracias a un desertor y algunos informes de tropas en terreno, Nicolás Piérola sabía que los hombres de Manuel Baquedano habían emprendido la marcha. Y, aunque la niebla oscurecía la posición peruana, las tropas de Nicolás Piérola empezaron a disparar una serie de bengalas de colores, rastreando las posiciones de los chilenos. A las cinco de la madrugada las baterías peruanas empezaron a abrir fuego. La artillería de Manuel Baquedano no respondió hasta que los cañones estuvieron a novecientos metros de los peruanos; sus soldados de infantería no dispararon hasta estar a doscientos cincuenta o trescientos cincuenta metros de sus objetivos.

Las unidades de Patricio Lynch que asaltaron la hacienda de Villa, el terreno elevado al este y las trincheras peruanas, empezaron de inmediato a sufrir grandes bajas, algunas causadas por minas y trampas caza bobos. Una unidad, la Chacabuco, perdió a su comandante, su oficial ejecutivo y su tercero al mando. Claramente sufriendo, Patricio Lynch solicitó ayuda de la Segunda División, y se enteró de que los hombres de Emilio Sotomayor aún no habían llegado a su posición de arranque asignada. El ataque de Patricio Lynch flaqueó y puede haberse interrumpido si Manuel Baquedano no hubiera ordenado a las reservas de Arístides Martínez unirse a la batalla. Gracias a estos elementos y algunos hombres de la Segunda División que llegaron, los chilenos lograron capturar la hacienda de Villa además de tomar el camino por las alturas hacia el oeste. Hacia las nueve de la mañana los hombres de Patricio Lynch habían tomado el paso Santa Teresa, mientras que partes de las Segunda y Tercera divisiones giraron para atacar el flanco este del Morro del Solar<sup>807</sup>.

<sup>806</sup> Arnaldo Panizo al Jefe de Estado Mayor de los Ejércitos, Lima, 9 de febrero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 488-90; Manuel Baquedano al ministro de Guerra, Lima, 12 de febrero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 416-417; Marcos Maturana a Baquedano, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 424-426.

<sup>807</sup> Patricio Lynch al General Jefe del Estado Mayor, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 430; Del Canto, *op. cit.*, p. 136.

Mientras algunos de los hombres de Miguel Iglesias levantaron el campo para partir a Chorrillos, otros se retiraron hacia el oeste, reforzando el ya fuertemente fortificado Morro del Solar. Gracias a que movieron parte de su artillería hacia adelante, lo que les permitió disparar a los defensores del Morro del Solar, el Coquimbo y el Melipilla capturaron las posiciones peruanas ubicadas en el extremo sur del Morro del Solar. Sin embargo, temprano en la mañana el desgaste de la batalla, el efecto de avanzar con dificultad cinco y medio kilómetros a través de arena, con numerosas pérdidas y escasez de proyectiles, tornó lento el avance de Patricio Lynch. Al ver a los chilenos vacilar, los peruanos contraatacaron, haciendo retroceder de manera severa a la división maltratada de Patricio Lynch y amenazando con sobrepasar también al Talca, y a los que servían los cañones de montaña. Entretanto, la falta de municiones casi obligó a los regimientos Segundo y Cuarto, el Atacama y el Chacabuco, a retroceder hasta que el coronel Estanislao del Canto, quien prometió disparar a los que vacilaban, ordenó a sus hombres preparar sus bayonetas y atacar<sup>808</sup>. De pronto cambió el curso de la batalla: los hombres de Patricio Lynch recibieron suministros adicionales de balas, lo que les permitió tomar de nuevo la ofensiva, mientras que la división de Pedro Lagos, tras vencer las defensas de Justo Pastor Dávila, giró hacia el oeste detrás de la línea defensiva de Nicolás Piérola para atacar la posición más al norte del Morro del Solar. Con pocas municiones, ametralladoras y cañones que funcionaban mal y sin infantería para protegerlos, los artilleros del coronel Miguel Iglesias dieron marcha atrás, pero no sin primero detonar sus polvorines. Reunidos de manera incidental con el regimiento Santiago, los batallones Bulnes y Valdivia, y sus compañeros del regimiento Caupolicán y Concepción, Patricio Lynch, Basilio Urrutia y José Domingo Amunátegui lograron conquistar la cumbre, tomando más de mil prisioneros, entre ellos a Miguel Iglesias. La victoria de Patricio Lynch fue impresionante, pero también lo fueron sus bajas: el 22,4% de sus hombres resultó herido o muerto<sup>809</sup>.

Alrededor de una hora después de que empezara la ofensiva chilena, los regimientos chilenos Buin, Esmeralda y Chillán de la Segunda División de Emilio Sotomayor se unieron a la batalla contra el Segundo y Tercer Cuerpo de Perú, comandados por los coroneles Andrés Cáceres y Justo Pastor Dávila, respectivamente. Emilio Sotomayor no logró poner a sus hombres en movi-

<sup>808</sup> Del Canto, *op. cit.*, p. 141.

<sup>809</sup> Patricio Lynch al General, Jefe del Estado Mayor, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 429-430; AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 478; J. D. Amunátegui a Lynch, Callao, 23 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 430-431; Luis Solo Zaldívar al oficial al mando de la Segunda, Brigada de la 1<sup>a</sup> División, Chorrillos, 14 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 431; Artemón Arellano a Coronel, Jefe de Brigada, Callao, 22 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 433; S. Urízar Gárfias al Coronel, Jefe de Brigada, Callao, 25 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 434-435; Emilio Gana a Lynch, Callao, 20 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 436; V. Balmaceda a Unk, Callao, 23 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. V pp. 171-172; Del Canto, *op. cit.*, p. 140.

miento antes de las cuatro y media de la madrugada –alegando, al parecer, que tenía que dejar descansar a su exhausta Segunda Brigada o que había perdido el camino en la niebla– una hora después de que había partido Patricio Lynch. Estas tropas no solo empezaron tarde su marcha sino que, además, se toparon con la formación de Pedro Lagos que, como tenía que cubrir una distancia mayor antes de atacar, había partido antes. Contento, Pedro Lagos cedió su lugar a Emilio Sotomayor, quien al oír entrar en acción a las tropas de Patricio Lynch, se dio cuenta de que ya había comenzado la lucha. Ansioso por unirse a la batalla, Emilio Sotomayor ordenó a sus tropas correr hacia el ruido de cañón. Por fortuna, llegaron casi al mismo tiempo en que las tropas de Lucio Martínez se unieron a la batalla contra los hombres de Miguel Iglesias, protegiendo así al flanco de Patricio Lynch de una réplica peruana<sup>810</sup>. Justo antes de entrar en acción con la Tercera División, el periodista convertido en subteniente del Ejército, Justo Rosales, se volteó inexplicablemente para mirar a su alrededor, como si quisiera imprimir en su memoria la batalla a la que se uniría luego.

“Por todas direcciones –señaló– veíamos atravesar al galope gruesos pelotones de caballería, sable en mano; la artillería posesionada de algunas colinas hacia fuego a las fortificaciones del enemigo y nosotros entrando al campo al trote, en columna de ataque, seguidos de los demás cuerpos de la división, cada uno de los cuales tenía desplegados al viento hermosos estandartes”<sup>811</sup>.

La Primera Brigada de la Segunda División chilena, dirigida por José Francisco Gana, avanzó en formación de compañías e ignorando el fuego de la artillería peruana, atacó al Cuarto Cuerpo de Andrés Cáceres y el paso de San Juan. Por desgracia para José Francisco Gana, las reservas de Ricardo Silva llegaron a tiempo para reforzar las defensas de Andrés Cáceres. Aun así, después de tres horas de intensa lucha, el Buin, dirigido por un oficial que los instaba a “agarrar a los cholos”, arrojó a los peruanos de sus posiciones, mientras que el Esmeralda, Chillán, Lautaro, Curicó y Victoria capturaron las alturas y el paso de San Juan. Tras descansar brevemente, persiguieron a los peruanos en retirada, que habían huido a Chorrillos, desde donde fueron expulsados temprano esa tarde<sup>812</sup>.

La Segunda Brigada de la Segunda División de Chile –el Lautaro, el Curicó y el Victoria– dirigidos por el coronel Orozimbo Barbosa, tenía como objetivo

<sup>810</sup> Machuca, *op. cit.*, vol. III, pp. 347, 351; Manuel Baquedano al ministro de Guerra, Lima, 12 de febrero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 417-418.

<sup>811</sup> Rosales, *op. cit.*, p. 209.

<sup>812</sup> José Francisco Gana al Comandante general, 2<sup>a</sup> División, Chorrillos, 23 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 440-441; Emilio Sotomayor al Comandante general, San Borja, 25 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 439; Adolfo Holley al Coronel, Primera Brigada, 2<sup>a</sup> División, Chorrillos, 18 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 441-442; Rosales, *op. cit.*, p. 207.

el extremo oeste de la posición de Justo Pastor Dávila. Al atacar en dos olas “esa montaña que vomita fuego [monte Viva el Perú]” y alentados por sus oficiales subalternos, los chilenos tomaron la posición enemiga a punta de bayoneta<sup>813</sup>. Después de penetrar las líneas peruanas, el Lautaro y el Curicó se movieron en círculo hacia el suroeste, describiendo un arco que los llevó a Chorrillos a las dos de la tarde. Algunos de los hombres del Esmeralda permanecieron en San Juan, pero Adolfo Holley, bajo órdenes de Emilio Sotomayor, envió a trescientos soldados de caballería a capturar Chorrillos. Con cierta dificultad, la artillería arrastró sus cañones por la arena, para luego descubrir que los peruanos amenazaban con asaltarlos. Gracias a la asistencia oportuna de la Tercera División chilena y las reservas, los artilleros escaparon, abriendo fuego primero al asediado Morro del Solar y luego a un tren armado peruano que iba en camino a reforzar Lima. Ya a las dos de la tarde, los hombres del general Emilio Sotomayor controlaban San Juan, y sus unidades continuaban su camino hacia el sudoeste para sitiар Chorrillos, mientras que la caballería perseguía al enemigo que huía<sup>814</sup>.

La tardanza de la Segunda División de Chile impidió que el coronel Pedro Lagos moviera a sus hombres a su posición asignada frente al extremo este de la posición defensiva del coronel Justino Pastor Dávila. Por tanto, tal como Emilio Sotomayor, al oír el ruido de disparos, Pedro Lagos llevó a sus unidades en marchas forzadas a unirse a la batalla. La izquierda de su división se sumó al ataque de Emilio Sotomayor al centro peruano. Rodeando la izquierda peruana, algunas de las tropas de Pedro Lagos marcharon al norte a Montericó Chico; los otros se movieron al noroeste al llano de Pamplona y luego al sudoeste, donde se incorporaron a la lucha por Chorrillos. Sin embargo, la Segunda Brigada se separó para reforzar los esfuerzos de la Primera División por expulsar a los peruanos del Morro del Solar. Para lograr este objetivo, los hombres de Pedro Lagos tenían que correr desde el extremo este de la línea peruana al punto más al oeste, donde el regimiento Santiago y los batallones Bulnes y Valdivia atacaron la parte de atrás del Morro del Solar, mientras que sus compañeros de los regimientos Caupolicán y Concepción atacaron el flanco izquierdo de la montaña.

La participación de la Tercera División chilena resultó providencial, ya que los hombres de Patricio Lynch habían comenzado a retirarse del Morro del Solar. La llegada, primero, de las unidades de Lucio Martínez, luego la recién reabastecida artillería de montaña, y luego las tropas de Pedro Lagos

<sup>813</sup> Rubén Guevara a Coronel, Segunda Brigada, 2<sup>a</sup> División, San Borja, 20 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 443; Benavides, *op. cit.*, p. 115.

<sup>814</sup> Manuel Jarpa a Coronel, Primera Brigada, 2<sup>a</sup> División, Lima, 20 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 444-445; Pedro Soto Aguilar al oficial al mando de Cavarly, Lima, 23 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 446-447; Adolfo Holley a Coronel, Primera Brigada, 2<sup>a</sup> División, Chorrillos, 18 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 441-442.

permitieron a los chilenos recuperar el impulso. Cuando un soldado del Colchagua dudó en atacar, Pedro Lagos habría dicho “maten a este hijo de puta”. Además, ordenó a sus ayudantes: “si alguien, sea coronel, oficial o soldado, vacila, matenlo”. El Morro del Solar quedó bajo fuego desde todos los lados: el Coquimbo y el Melipilla atacaron al este, y el capitán Troncoso del Valdivia dirigió tres cargas de bayoneta de sus tropas. Cuando el regimiento Santiago se quedó sin municiones, Pedro Lagos, quien anteriormente se negó a bajarse de su caballo grande, muy prominente y rojo, cabalgó entre sus hombres, gritando: “usen sus bayonetas muchachos [...] la victoria es de ustedes. ¡Adelante, adelante!”. Al final de la tarde, los chilenos habían vencido a sus enemigos<sup>815</sup>.

En muchos aspectos, la batalla en Chorrillos se pareció a la lucha por Arica. De nuevo los peruanos habían sembrado minas improvisadas en el campo de batalla; también habían dispuesto trampas caza bobos, tales como relojes, con los que esperaban mutilar la mayor cantidad de chilenos posible. Curiosamente, las minas no hirieron a muchos chilenos, en parte, tal vez, porque perros vagos detonaron, sin querer, estos aparatos explosivos. Los hombres de Manuel Baquedano también fabricaron un rudimentario detector de minas: enviaron adelante a un oficial peruano amarrado a un caballo para despejar los posibles terrenos minados. A veces les salía el tiro por la culata: por ejemplo, un subalterno peruano, Lizardo Benavides, pisó por error una de sus propias minas, que le desgarró la pierna y lo hirió de muerte<sup>816</sup>. Aunque estos explosivos no causaban muchas bajas, enfurecían tanto a los chilenos que, en castigo por plantar minas en el campo de batalla, rara vez tomaban prisioneros. El padre Salvador Donoso informó que los chilenos preferían usar sus bayonetillas y, a juzgar por el número de cráneos peruanos aplastados, usaban las culatas de sus rifles para eliminar a sus enemigos heridos o capturados<sup>817</sup>.

El pánico se apoderó de los peruanos. Un joven reservista peruano y futuro periodista, Alberto Ulloa, observó cuán rápidamente se desvaneció el entusiasmo de sus compatriotas una vez que se enfrentaron a las experimentadas tropas chilenas. El camino a Chorrillos, reporteó:

<sup>815</sup> Pedro Lagos al General, Jefe de Estado Mayor, Lima, 31 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. iv, pp. 447-448; Francisco Barceló al Coronel, Jefe de la 3<sup>a</sup> División, Lima, 20 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. iv, p. 449; Demofilo Fuenzalida al oficial al mando, Segunda Brigada, 3<sup>a</sup> División, Lima, 18 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. iv, p. 450; Lucio Martínez al oficial al mando, Segunda Brigada, 3<sup>a</sup> División, en AM, *op. cit.*, vol. iv, p. 450; José A. Pérez, *Apuntes biográficos sobre el muy ilustre general de brigada don Pedro Lagos*, pp. 78-79.

<sup>816</sup> Temistocles a Basilio Urrutia, Callao, 20 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 172-173; Diego a Shanklin, Chorrillos Cem. 13 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 173-74; Juan Matta a Valentín Letelier, Arica, 27 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 174-175; Le León, *op. cit.*, p. 115.

<sup>817</sup> P. Perolari-Malmignati, *op. cit.*, p. 317; padre Salvador Donoso a Carlos Irarrázaval, Lima, 19 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 177-179.

“estaba lleno de los separados [rezagados] que huyeron en un horrible desorden: algunos de los heridos se arrastraban por el suelo, otros clamaban pidiendo ayuda, algunos con armas, otros sin; cubiertos con sangre, usando uniformes rotos, presentando el espectáculo más desgraciado”<sup>818</sup>.

No es de sorprender que las unidades peruanas recién creadas, como el Huánuco 17, el Paucarpata 19 o el Libertad, fueran algunas de las primeras en desintegrarse, a pesar de los esfuerzos por reagruparlos de los comandantes de Nicolás Piérola –los coroneles Andrés Cáceres, César Canevaro, Ambrosio del Valle, Camilo Carrillo y Justo Pastor Dávila– armados con pistolas. Aun así, y gracias a las habilidades de los coroneles Belisario Suárez y Justo Pastor Dávila, un número sustancial de tropas peruanas retrocedió en forma ordenada hacia la seguridad provisoria de Lima.

Las luchas no terminaron después de que los chilenos rompieron la línea peruana. Muchos de los que sobrevivieron a la batalla por el Morro del Solar se encerraron en Chorrillos, donde los chilenos tenían que expulsarlos de las casas<sup>819</sup>. Como señaló el general Marcos Maturana, “este combate en las calles fue obstinado y sin cuartel, que los combatientes de uno y otro lado no daban ni pedían”. Incluso, si los hombres de Manuel Baquedano tenían inclinación hacia la lástima, la afición peruana de disparar a oficiales chilenos que trataban de instarlos a capitular, endurecía sus corazones. En consecuencia, como testimonió un observador francés, algunos soldados peruanos optaron por permanecer dentro de una casa en llamas en vez de entregarse<sup>820</sup>. Estos mismos incendios que los chilenos habían iniciado para hacer rendirse a los defensores de la ciudad, se extendieron con rapidez y, finalmente, envolvieron Chorrillos. En efecto, durante la noche las llamas detonaron tantas municiones sin explotar y explosivos almacenados, que sonaba como si se estuviera llevando a cabo otra batalla<sup>821</sup>.

Por infortunio, luego de vencer a los peruanos, las tropas chilenas empezaron a luchar unos con otros por mujeres peruanas, botín o licor. Un oficial describió a los soldados como hormigas “cargadas con lo que encontraran en las casas, mientras que otros buscaban en patios y jardines algo para comer.”<sup>822</sup> El nivel de violencia creció a medida de que los hombres, muchos de ellos borrachos, empezaron a saquear casas, aun las de neutrales, además de robarles o violar a los habitantes. La situación se tornó tan peligrosa que los oficiales chilenos

<sup>818</sup> Alberto Ulloa, “Lo que yo ví. Apuntes de un reservista sobre las jornadas de 13 y 15 de enero de 1881”, pp. 90-91.

<sup>819</sup> Pedro Silva al capitán de navío, secretario general de S.E. el Jefe Supremo de la República, Lima, 28 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 482-483; Del Solar, *op. cit.*, p. 218.

<sup>820</sup> Marcos Maturana a Manuel Baquedano, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 425-426; Le León, *op. cit.*, p. 121.

<sup>821</sup> Le León, *op. cit.*, p. 126.

<sup>822</sup> Rosales, *op. cit.*, p. 213.

no se atrevieron a intervenir<sup>823</sup>. Un danés que servía como ingeniero en el ejército chileno señaló:

“El ambiente se contaminó indescriptiblemente con el olor de cuerpos asándose y sangre caliente y el olor a pólvora y humo de las casas incendiadas”.

Los oficiales que cabalgaban por las calles pasaron sobre “una ciénaga de carne humana, mezclada con fragmentos de todo tipo”<sup>824</sup>.

Eventualmente, el general Manuel Baquedano tuvo que enviar algunas tropas, que en el proceso de reprimir los disturbios mataron a unos trescientos chilenos. El coronel Andrés Cáceres, consciente del colapso total de la disciplina chilena, quería liderar un contraataque a Chorrillos mientras que sus enemigos se concentraban en saquear la ciudad. Sin embargo, Nicolás Piérola se negó a autorizar una respuesta así porque el plan, aseguró el dictador,

“involucra un sacrificio estéril e inútil porque el ejército chileno ya está formado en las afueras de Chorrillos, y los que participan en los saqueos son sólo algunos pocos”.

Como de costumbre, Nicolás Piérola estaba mal informado<sup>825</sup>.

Aunque Manuel Baquedano destrozó los contingentes peruanos en Chorrillos, Nicolás Piérola no carecía de recursos. Aún comandaba un ejército de reserva de unos doce mil hombres, más cerca de ocho mil tropas con adiestramiento básico. Estas no eran unidades de élite: los más antiguos tenían solo dos años de entrenamiento; la mayoría, como las columnas de infantería ligera, habían sido organizadas solo días antes de la batalla. Peor aun, muchas de las tropas, en especial las del altiplano, no dominaban “los rudimentos más básicos de tácticas, porque no hablan el idioma de los instructores”. La artillería sufría de problemas similares: José Diez lamentaba que el veinte por ciento de sus ciento veintiún artilleros no estaban entrenados; los pequeños contingentes de caballería por lo general montaban caballos de calidad inferior y llevaban distintos tipos de armas<sup>826</sup>.

Nicolás Piérola incorporó a los sobrevivientes de Chorrillos y los reservistas en los cuerpos Primero, Segundo y Tercero, comandados por los coroneles Andrés Cáceres, Belisario Suárez y Justo Pastor Dávila, respectivamente. Estos oficiales controlaban una línea de trece kilómetros de reductos aun incom-

<sup>823</sup> John Spencer a conde de Granville, Confidencial, Lima, 22 de enero de 1881, en Celia Wu Brading, *Testimonios británicos de la ocupación chilena de Lima*, pp. 140-148.

<sup>824</sup> Birkedal, “The Late War...”, *op. cit.*, p. 119 así como su *Peru-Bolivia-Chile*.

<sup>825</sup> Cáceres, *op. cit.*, pp. 78-79.

<sup>826</sup> General Pedro Silva al capitán de navío, secretario general de S.E. el Jefe Supremo de la República, Lima, 28 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 479-485; José Diez al Ministro, 16 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 490.

pletos, separados uno de otro por quinientos cincuenta a novecientos metros de trincheras, que iban del oeste al noreste. Estos parapetos, compuestos por sacos de arena apilados de hasta dos metros de altura, protegían la infantería, además de las cuarenta piezas de artillería y ametralladoras, colocadas en hoyos de dos metros y medio de profundidad. Estos reductos al extremo norte de la línea estaban al frente del río Surco. Los que estaban en la extrema derecha peruana se enfrentaban a los chilenos a lo largo de la quebrada Almendáriz, de veintiún metros de profundidad. De acuerdo a un artículo en *El Comercio*, no todos estos reductos merecían el calificativo de fortificaciones. Por ejemplo, el batallón Cuatro, al ser incapaz de construir su posición fortificada, usó el dinero que juntó en el aristocrático Club Nacional para contratar unos trabajadores chinos para completar el emplazamiento. Desafortunadamente, se quedaron sin fondos antes de que pudieran terminar los asiáticos, obligando a los miembros del batallón, que consistía en algunos individuos de “las clases más selectas de esta capital” a concluir el trabajo<sup>827</sup>.

Nicolás Piérola tenía una ventaja sustancial: podía comandar las diversas baterías de armas pesadas, lo que el teniente estadounidense Theodorus Mason llamó “la media luna de acero” de Lima, para disparar sobre cualquiera posición chilena ubicada a una distancia de nueve kilómetros hacia el sur, el oeste o el este. Las autoridades peruanas también habían construido una nueva posición de cañones a orillas del mar, el *Alfonso Ugarte*, cuyo pesado cañón de defensa costera debiera haber hecho vacilar a la flota chilena. Aun así, mirando detrás de las fachadas de los impresionantes fuertes, los defensores de Lima, una mezcla de tropas con entrenamientos distintos, se enfrentaban a unos veintiún mil chilenos mejor equipados, mejor entrenados y mejor liderados, más sus ochenta y ocho piezas de artillería<sup>828</sup>.

La comunidad diplomática de Lima observaba el acercamiento de los chilenos con bastante inquietud. El saqueo de Chorrillos les había dado suficientes motivos de preocupación. Por ejemplo, los enviados extranjeros pedían permiso para mover a sus numerosos buques mercantes y de guerra más cerca de la orilla, para que sus ciudadanos pudieran refugiarse a bordo; unas seiscientas mujeres y niños rogaron por asilo en la embajada británica, recibiéndolo. Eventualmente, la mayoría de los ministros extranjeros pidieron a Nicolás Piérola que les diera seguridades a sus ciudadanos para salir de la ciudad.

Aunque estaba dispuesto a negociar la paz con Nicolás Piérola, el general Manuel Baquedano primero exigió que el dictador entregara Callao y abandonara su línea de fuertes defensivos en Miraflores. Los diplomáticos europeos, viendo lo mucho que había sufrido Perú, instaron al dictador a poner fin a la

<sup>827</sup> *El Comercio*, Lima, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 186-187.

<sup>828</sup> Mason, *op. cit.*, p. 57; Ekdahl, *op. cit.*, 177; José Díez al Ministro, 16 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. iv, p. 490; Seraylán, *op. cit.*, p. 167; Dellepiane, *op. cit.*, vol. ii, pp. 380-382.

guerra. Pero Nicolás Piérola se negó, incluso después de que Manuel Baquedano ofreció darles salvoconductos a los peruanos. Incapaces de detener los combates, los enviados extranjeros convencieron a ambos bandos de aceptar una tregua temporal: los chilenos prometieron no atacar a los peruanos, pero se reservaban el derecho de mover sus tropas. Aunque la obstinación de Nicolás Piérola enojó a los europeos, el comportamiento de Manuel Baquedano no le había resultado grato a los diplomáticos neutrales. De hecho, el almirante británico, junto con los comandantes de los navíos navales franceses e italianos, advirtieron al chileno que destruirían su flota si sus tropas atacaban a sus respectivas embajadas. Una vez entregado ese mensaje, los diplomáticos volvieron a Nicolás Piérola para discutir los términos de la rendición, cuando, cerca de las diez de la mañana, se desató una nueva batalla<sup>829</sup>.

#### EL SEGUNDO ACTO: LA BATALLA DE MIRAFLORES

Nadie sabe ya con seguridad quién empezó la batalla de Miraflores, como nadie sabe quién disparó primero en Dolores. Los chilenos estaban reorganizando sus tropas cuando un grupo de ellos, incluyendo al general Manuel Baquedano, al parecer se acercaron a cuatrocientos cincuenta metros de las líneas peruanas. Un coronel peruano, Mariano Ceballos, informó a Andrés Cáceres que los chilenos dispararon primero y que los peruanos, naturalmente nerviosos, habían respondido<sup>830</sup>. En realidad, los chilenos casi no estaban en posición de enfrentarse a los peruanos: las cuatro divisiones de Manuel Baquedano ocupaban posiciones, desde el borde del océano, que iban de oeste a este. Los elementos más cercanos a los peruanos y ligeramente al norte de Barranco, la Tercera División del coronel Pedro Lagos, mantenían una línea que iba desde las aguas del Pacífico a la vía férrea que conectaba a Lima con Chorrillos. Hacia la izquierda y detrás de Pedro Lagos, estaban los regimientos Tercero de Línea, Zapadores y Movilizado de Valparaíso, del coronel Arístides Martínez, más la artillería. Solo la Tercera División y las reservas estaban dirigidas hacia el este, en dirección a los reductos Uno y Dos. A una distancia sustancial hacia el sudeste, la división maltrecha del coronel Patricio Lynch –cuatrocientos veintidós hombres murieron y mil cuatrocientos resultaron heridos en su comando– mantenían posiciones casi al frente de los reductos Tres y Cuatro<sup>831</sup>. La Segunda Brigada de la Segunda División del coronel Orizombo Barbosa estaba estacionada al sur de Pedro Lagos, Patricio Lynch y Arístides Martínez. La primera brigada de José Francisco Gana y la

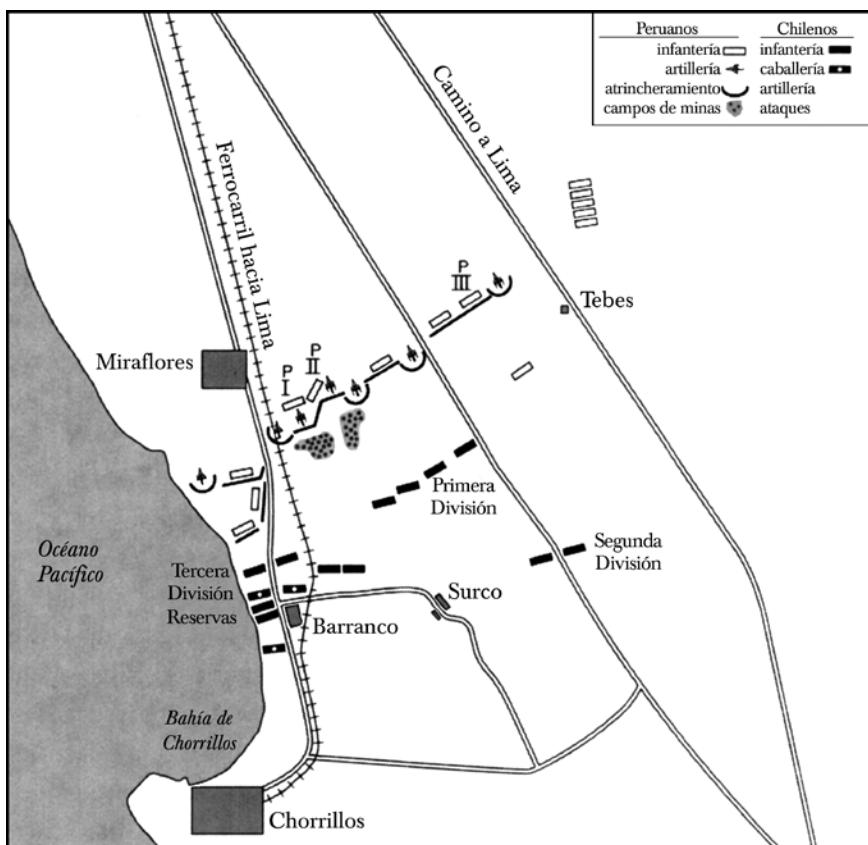
<sup>829</sup> Spencer St. John al conde de Granville, en Wu, *op. cit.*, p. 147.

<sup>830</sup> Cáceres, *op. cit.*, p. 82. Algunos deletrean su nombre como Cevallos.

<sup>831</sup> B. Maturana, “Ejército Expedicionario del Norte”, p. 479.

mayoría de la artillería y caballería de Manuel Baquedano estaban más cerca de Chorrillos y, por tanto, más lejos de Miraflores.

De todas las divisiones chilenas, solo las de Pedro Lagos y tal vez Arístides Martínez estaban en posición de responder. Y respondieron reuniendo a sus hombres en sus respectivas unidades para que luego ocuparan la línea. No es de sorprender que hubiera una confusión general cuando los oficiales intentaron formar a hombres de destacamentos distintos en unidades cohesionadas. Pero incluso si volvían todos los chilenos dispersos, la fuerza combinada de los cuerpos de los coroneles Belisario Suárez y Andrés Cáceres, que consistían en seis a siete mil hombres y doce cañones en cinco reductos, claramente eran muchos más que los tres a cuatro mil soldados de Pedro Lagos. Sin embargo, los chilenos podían recurrir a los cañones navales del *Blanco*, el *Huáscar*, el *O'Higgins* y el *Pilcomayo*, que lanzaron casi trescientos proyectiles a las posiciones peruanas hasta que un contraataque chileno obligó a la flota a dejar de disparar.



Batalla de Miraflores.

El coronel Andrés Cáceres de Perú, al percibir la vulnerabilidad de Pedro Lagos, atacó su flanco izquierdo, esperando rodear la brigada de Francisco Barceló mientras se movía simultáneamente al centro de Pedro Lagos, impiéndole así que el comandante de la división apoyara a los compañeros asediados. Para empeorar aún más la situación de Francisco Barceló, el cuerpo de Belisario Suárez también atacó, concentrándose en el flanco derecho chileno. La combinación de estas dos unidades hizo retroceder a los chilenos, lo que llevó a Andrés Cáceres a sostener, más tarde, que de haber tenido más tropas, podría haberse impuesto<sup>832</sup>.

La aparición de refuerzos, que empezó cerca de noventa minutos después del inicio de la batalla, contuvo la huida de los chilenos. La maltrecha división de Patricio Lynch sumada a los hombres de Arístides Martínez –el regimiento Tercero de Línea– llegaron y tomaron posición a la derecha de Pedro Lagos. Con lentitud el equilibrio de fuerzas se inclinó del lado de los chilenos, cuyos trece mil hombres empezaron a enfrentarse con los peruanos. Soldados de otras brigadas tomaron sus posiciones en la antes expuesta derecha chilena. Aproximadamente a las cuatro de la tarde, las divisiones del general Manuel Baquedano contraatacaron. Ahora era el turno del coronel Andrés Cáceres de alentar a sus hombres mientras que Patricio Lynch atacaba a sus flancos. Apoyados por el regimiento Tercero de Línea, los chilenos atacaron y capturaron el fuerte Alfonso Ugarte, aunque después de que el comandante destruyera sus provisiones, mientras que Pedro Lagos y Arístides Martínez golpearon el flanco derecho de Belisario Suárez<sup>833</sup>. Treinta minutos después, los chilenos lanzaron un asalto a lo largo del frente peruano, entre ellos las cuatro mil tropas del coronel Justo Pastor Dávila. Bajo esta presión, los batallones Concepción y 28 de julio del coronel Andrés Cáceres y el Manco Cápac del coronel Belisario Suárez abandonaron sus posiciones e ignorando las órdenes de sus comandantes, se echaron a correr hacia la retaguardia. Algunas tropas peruanas huyeron porque se les habían acabado las municiones. En el caso del general Pedro Silva, sus fuerzas no tenían los medios para llevar estos suministros cruciales al frente.

Algunos de los participantes de la batalla dudaban de que hubiera sido la escasez lo que motivó las huidas. En efecto, Ambrosio del Valle, un oficial naval peruano que servía en el Ejército, aseguró que algunos soldados botaron sus balas usando eso como excusa para huir. Pero muchas veces sus comandantes no se comportaban más heroicamente que eso. Ambrosio del Valle informó que la mayoría de los oficiales del Estado Mayor, después de gritar “todo hombre a su casa” o “sálvese quien pueda”, también se echaron a correr. Cuando los comandantes de las unidades de línea, como los generales Ramón Machuca y Andrés Segura, cayeron heridos y a otros, como Pedro Silva, les dispararon

<sup>832</sup> Cáceres, *op. cit.*, p. 84.

<sup>833</sup> José Diez al Ministro, 16 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 490.

al caballo en que iban montados, la retirada peruana se convirtió en derrota. Después de noventa minutos, los chilenos habían sobrepasado las líneas de Nicolás Piérola, haciendo huir a sus hombres<sup>834</sup>.

La lucha había sido brutal. El padre Salvador Donoso informó que había encontrado un soldado chileno del Buin atravesado por una bayoneta peruana, que al parecer gastó su último aliento en partir por la mitad la cabeza de su enemigo<sup>835</sup>. Miraflores, como la mayoría de las batallas chilenas, significó un alto costo para los vencedores: quinientos dos muertos y mil seiscientos veintidós heridos. Entre los muertos estaba el comandante de brigada coronel Juan Martínez, que había sobrevivido todas las batallas desde Pisagua. Como era de prever, la Tercera División de Pedro Lagos pagó el mayor tributo en sangre: el veintiocho por ciento de sus hombres sufrieron heridas o murieron. El general Cornelio Saavedra, un veterano de incontables batallas e Inspector General del Ejército, dijo que de tener unas pocas bajas más, a la batalla de Miraflores “le faltaba muy poco para que tuviéramos otra [tan sangrienta como] Tarapacá”<sup>836</sup>.

Mientras los chilenos se preparaban para entrar a Lima, Nicolás Piérola abandonó la capital y partió al interior. Su decisión de huir, que según afirmó tomó para poder conducir la resistencia, no gustó a sus compañeros de armas. Un soldado de la reserva criticó a Nicolás Piérola, afirmando que nunca tuvo “plan ni orden alguno sino el deseo de sacrificar un cierto número de víctimas” para asegurarse de que el dictador pueda “conservase en su puesto hasta el último momento”. Que Nicolás Piérola fallara, no sorprendió al periodista peruano José María Quimper, quien responsabilizó de la debacle de Chorrillos no solo a las habilidades marciales inadecuadas del “general semi-narista” sino, también, a su “vanidad e ineptitud personal”, que evitaba que usara adecuadamente los bienes militares que le quedaban. Otros peruanos adjudicaban la responsabilidad a fuerzas menos temporales: el decano de la principal iglesia de Arequipa veía la victoria chilena como el castigo de Dios por los pecados de Perú, aunque el clérigo indicó que él creía que el enojo punitivo de Dios tenía sus límites<sup>837</sup>. Los dos oficiales argentinos que servían

<sup>834</sup> Pedro Silva al capitán de navío, secretario general de S.E. el Jefe Supremo de la República, Lima, 28 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 484; G. Ambrosio del Valle al Capitán de navío, secretario general de S.E. el Jefe Supremo de la República, Lima, 5 de febrero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. iv, pp. 487-488; Le León, *op. cit.*, p. 143; José Dannert Bellido, *Cajamarca durante la Guerra del Pacífico*, p. 16.

<sup>835</sup> Padre Salvador Donoso a Carlos Irarrázaval, Lima, 19 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 177.

<sup>836</sup> Cornelio Saavedra a J. Besa, 27 de enero 1881, en ANFV, vol. 183.

<sup>837</sup> J.M. Quimper, “Manifiesto”, Lima, 25 de mayo de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 223-24; Un soldado de la reserva, herido en Miraflores a Piérola, Lima, 8 de marzo de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 223; J.M. Quimper, “Manifiesto”, pp. 223-228; *La Bolsa*, Arequipa, 13 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 219.

con el ejército de Nicolás Piérola atribuyeron la derrota en Lima a la miserable disciplina y al pobre entrenamiento de las tropas peruanas. Sin embargo, por muy deficientes que fueran, los argentinos aun consideraban a los reclutas peruanos infinitamente superiores a sus oficiales, quienes carecían de “valor, patriotismo y educación” y que eran “los primeros en huir vergonzosamente a los primeros tiros enemigos”<sup>838</sup>.

No obstante, la larga lista de bajas peruanas desmiente estas acusaciones de cobardía. Las estimaciones del número total de muertos y heridos peruanos, que está basada en evidencia anecdótica, parecen bastante altas. Un corresponsal chileno para *El Ferrocarril* calculó que, de un ejército de cerca de diecisiete mil hombres, murieron cuatro mil peruanos, en Chorrillos, y que los chilenos capturaron otros dos mil. Se supone que otros seis mil cayeron en Miraflores, tres mil más sufrieron heridas y otros tres mil fueron tomados prisioneros<sup>839</sup>. Por lo tanto, si bien es verdad que algunas unidades huyeron, como los hombres del batallón Libertad, que se llevaron a los de Ayacucho consigo, no todos los soldados peruanos reaccionaron de forma tan cobarde. Elementos como los hombres del Ancachs y el Jauja, comandados por el coronel Isaac Recabarren, quien resultó herido en Chorrillos, pelearon casi hasta ser superados<sup>840</sup>. Incluso, algunas de las unidades de reserva formadas con apremio resistieron con tenacidad: casi el cincuenta por ciento del batallón Seis cayó. Entre los voluntarios heridos de muerte estaba el teniente Adolfo Gosdinki, tal vez el primer varón judío nacido en el Perú moderno, quien junto a su hermano y primo sirvió en su nueva patria<sup>841</sup>. Tampoco todos los muertos y heridos eran indios enrolados del altiplano: el batallón Cuatro, que estaba integrado por jueces, ex legisladores y antiguos servidores civiles de altos rangos de la capital, perdió el noventa por ciento de sus integrantes, muchos de los cuales murieron<sup>842</sup>.

En verdad, es un testimonio a la valentía de las generalmente mal equipadas y entrenadas tropas peruanas que se hayan desempeñado tan bien como hicieron. Tampoco se acobardaron sus oficiales. Los coroneles Andrés Cáceres y Cesar Canevaro, por ejemplo, trataron de reagrupar con valentía a sus

<sup>838</sup> Ramón Rodríguez y Valentín Espejo a destinatario desconocido, Lima, 20 de enero de 1881, *La Pampa*, Buenos Aires, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp.196-197.

<sup>839</sup> Eduardo Hempel, “La batalla de Chorrillos”, p. 512.

<sup>840</sup> Pedro Silva al capitán de navío, secretario general de S.E. el Jefe Supremo de la República, Lima, 28 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. iv, p. 483.

<sup>841</sup> Quimper, *op. cit.*, pp. 223-228; *El Comercio*, Lima, en AM, *op. cit.*, vol. iv, pp. 491-493; Günter Böhm, *Judíos en el Perú durante el siglo XIX*, p. 74.

<sup>842</sup> “Las batallas de Chorrillos y Miraflores descritas por los peruanos”, *El Comercio*, Lima, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 186, 188; Pedro Silva, “Partes oficiales peruanos de las batallas de Chorrillos y Miraflores”, pp. 483, 485-486; “Relación nominal de los jefes I oficiales peruanos muertos, heridos y prisoneros”, *El Comercio*, Lima, en AM, *op. cit.*, vol. iv, pp. 491-493; Vicuña Mackenna, *Historia ...Lima*, vol. II, pp. 1173, 1177.

hombres cuando algunos empezaron a huir. A menudo estos líderes pagaron un alto precio por esta valentía: diecisiete coroneles murieron en Chorrillos, casi el diez por ciento de los ciento ochenta oficiales que murieron el 13 de enero, mientras que tres generales, once coroneles y otros ciento seis oficiales sufrieron heridas. Un correspolal chileno señaló que los

“peruanos, lejos de retirarse [...] lucharon desesperadamente, mientras defendían los últimos baluartes que yacían entre el ejército chileno y su marcha victoriosa en la vieja capital de los incas y los virreyes”<sup>843</sup>.

Anticipando una ola de vandalismo y saqueos, miles de ciudadanos limeños, en particular mujeres y niños, huyeron hacia la protección de consulados extranjeros. Unos dos mil acamparon en las playas de Ancón, bajo el benevolente cañón de la armada británica; dos mil seiscientos llenaron la embajada de Francia<sup>844</sup>. Comerciantes extranjeros colgaron las banderas de sus países en las fachadas de sus tiendas con la esperanza de desalentar a los saqueadores. No resultó. Eventualmente, los ministros de Gran Bretaña y Francia exigieron que el alcalde de Lima declarase ciudad abierta a la capital. El general Manuel Baquedano, tras ignorar adrede a la delegación de paz –en parte porque los chilenos aún estaban furiosos por el uso de minas de parte de Perú– al final accedió a esperar veinticuatro horas antes de entrar a la capital y a que enviarían solo tres mil hombres muy bien seleccionados para ocupar la capital con la condición de que los peruanos se desarmaran y desbandaran su ejército. Las horas entre la partida de Nicolás Piérola y la entrada de Manuel Baquedano resultaron difíciles para la *gente decente* de Lima: los *léperos* de la capital, a los que luego se unieron soldados enojados y armados, empezaron a saquear las tiendas, en especial las de propiedad china, y a iniciar incendios. Más de un observador asemejó la escena a la comuna de París. Solo la intervención de la guardia urbana de Lima, que tomó la política de disparar a cualquiera que sorprendiera saqueando o con un arma, restauró un mínimo de orden<sup>845</sup>.

A medida que se elevaba el humo de la ciudad destruida, las autoridades peruanas quemaron las unidades navales restantes y destruyeron las fortalezas de artillería en la costa que no habían logrado detener a los chilenos. El capitán de la *Unión* navegó el último buque de guerra de Perú hasta el centro de la bahía de Callao, donde le prendió fuego; el *Atahualpa* sucumbió por un torpedo. Los peruanos destruyeron tan minuciosamente los transportes *Rímac*,

<sup>843</sup> Silva, *op. cit.*, pp. 483, 486; Hempel, *op. cit.*, p. 512.

<sup>844</sup> Bulnes, *op. cit.*, vol. II, pp. 692-693.

<sup>845</sup> *La Actualidad*, Lima, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 106; *La Estrella de Panamá*, Panamá, Lima, 21 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 115; Holguín, *op. cit.*, p. 26; A. A. Aramburú. “A las armas”, p. 382; padre Salvador Donoso a Carlos Irarrázaval, Lima, 19 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 178.

*Tumbes, Limeña, Chalaco y Talismán* que los chilenos tuvieron que subastar los restos como chatarra<sup>846</sup>.

Así, la tarde de verano del 22 de enero de 1881, las primeras tropas chilenas entraron a la antigua capital del virreinato. Un clérigo italiano señaló: “la espléndida reina del Pacífico se asemejaba en esos tristes momentos a la triste majestuosidad de un cementerio”, confirmando el juicio de un soldado chileno de que la ciudad se veía como si estuviera conmemorando Viernes Santo<sup>847</sup>. Este debe haber sido un momento amargo para el periodista A.A. Aramburu, quien antes había proclamado “Lima es invencible” y predijo, asertivo en algunos casos, que sus fieles hijos imitarían a Francisco Bolognesi luchando hasta su último cartucho. Aun así, algunos pueden haber visto la capitulación como una bendición. Desde principios de enero, “maquinaciones comunistas” habían elevado el precio de la comida y los servicios, en parte por el valor en baja del *billete fiscal* impreso por el gobierno de Mariano Prado y el inca de Nicolás Piérola, sobre el cual señaló un visitante francés: “Estos rectángulos de papel sucio, sujetados solo con la punta de los dedos, son para el presente el medio principal de intercambio”<sup>848</sup>.

Inicialmente, el traspaso de poder transcurrió con fluidez. Un residente colombiano en Lima señaló:

“El ejército de Chile hizo su entrada [a la capital] con una moderación que muestra claramente la disciplina de los soldados y la sensibilidad de sus oficiales”.

Robert Ramsay, un escocés, estuvo de acuerdo:

“Las bandas –comentó– tocaban música muy tranquila, no tocaron el himno nacional o algo que pudiera ofender, y después de la marcha a lo largo de la plaza, los soldados se fueron en calma a sus cuarteles”<sup>849</sup>.

Después de mirar el desfile de los hombres de Manuel Baquedano, precedido por una banda, treinta cañones Krupp y su caballería, algunos observadores extranjeros informaron que ahora entendían por qué el ejército chileno había derrotado a las legiones improvisadas de Nicolás Piérola. Un marinero del

<sup>846</sup> Galvarino Riveros al ministro de Ejército y Marina en campaña, Callao, 16 de febrero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 246-247; José Francisco Vergara, Lima, 25 de febrero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 247.

<sup>847</sup> Caivano, *op. cit.*, vol. II, p. 119; Daniel Riquelme, *La expedición a Lima*, p. 157.

<sup>848</sup> Perolari-Malmignati, *op. cit.*, p. 306; Aramburú, “A las armas”, *op. cit.*, p. 382; Pedro José Calderón a Nicolás Piérola, Lima, 7, 11 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 94-95; Holguín, *op. cit.*, p. 1; Albert Davin, *Chile y Perú en tiempos de la guerra del Pacífico*, p. 83.

<sup>849</sup> Holguín, *op. cit.*, p. 31; Robert Ramsay a Catherine Sturrock, Lima, 18 de enero de 1881, en René Peri, *Los batallones Bulnes y Valparaíso*, p. 165.

*Garibaldi* estaba tan conmovido que aseguró: “Ellos son hombres como nosotros”. Incluso los peruanos estuvieron de acuerdo, un limeño hasta le contó al ministro británico “¡Ahora podemos entender nuestras derrotas!”<sup>850</sup>.

Por desgracia, la disciplina que permitió triunfar a los chilenos desapareció rápidamente. El cónsul español Ernesto Merlé observó amargado:

“hace pocos días, Lima era una ciudad modelo en términos de la seguridad dentro de las casas e incluso los lugares más aislados. Con la excepción de las calles más centrales de la ciudad, no hay seguridad ni de día ni de noche”<sup>851</sup>.

Tanto los peruanos como los chilenos saqueaban a los vivos y los muertos. Factores adicionales hacían a la ciudad casi insoportable: las miles de moscas, la imagen de setecientos perros salvajes dándose un festín con los restos de los gloriosos muertos, el olor de los “cuerpos aún desperdigados, medio quemados, en descomposición y putrefactos” de los soldados, además de sus caballos, lo que empeoró con el calor del verano que llenaba el aire de la capital con un “hedor insoportable”<sup>852</sup>.

Las autoridades chilenas intentaron responder: limitaron la venta de licor porque los residentes de Lima no se atrevían a aventurarse afuera de noche por temor a ser atacados por tropas chilenas borrachas. Para restaurar el imperio de la ley, el coronel Patricio Lynch, quien se convirtió en el gobernante chileno de Lima, creó un tribunal integrado por oficiales militares para tratar casos tanto criminales como civiles. Las autoridades también ordenaron la cremación de los soldados muertos y sus caballos –cuyos restos la gente temía retirar del campo de batalla por el peligro de detonar minas sin explotar– para evitar una epidemia<sup>853</sup>.

El ministro británico en Perú informó que, vistos los recientes excesos, la gente pudiente podría “desear que los chilenos prolongaran la ocupación del país”<sup>854</sup>. Esta opinión cambió con rapidez a medida que los chilenos se apropiaron para sí y para su país de los tesoros de Lima. La Biblioteca Nacional, creada en 1821, además de otras instituciones educacionales, perdió miles de libros e instrumentos científicos. Federico Stuven instó al ministro de Guerra a enviar las nuevas máquinas que fabricaban el dinero peruano, a

<sup>850</sup> P. Perolari-Malmignati, *op. cit.*, p. 313; “Otra Carta de Lima”, Lima, 17 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 176; Spencer St. John al conde de Granville, 22 de enero de 1881, en Wu, *op. cit.*, pp. 147-148.

<sup>851</sup> Citado en Margarita Guerra Martiniere, *La ocupación de Lima (1881-1883)*, p. 143.

<sup>852</sup> Heinrich Witt, *Diario y observaciones sobre el Perú (1824-1890)*, p. 318; Perolari-Malmignati, *op. cit.*, p. 315; Holguín, *op. cit.*, pp. 13-14; José Larraín, *Impresiones y recuerdos sobre la campaña al Perú*, pp. 362-363.

<sup>853</sup> Gmo. Carvallo, Ancón, 23 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 120; Patricio Lynch, Callao, 15 de febrero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 124-5; Holguín, *op. cit.*, p. 13.

<sup>854</sup> Spencer St. John al conde de Granville, 22 de enero de 1881 en Ministerio de Relaciones Exteriores, vol. 61.

la Casa de La Moneda de Santiago<sup>855</sup>. Los vencedores arrancaron los cañones costeros peruanos y los enviaron al sur. No se hizo excepción con los objetos culturales de Perú: libros, obras de arte, imprentas y también los animales del zoológico encontraron nuevos hogares en Santiago. Patricio Lynch sugirió que sus hombres desmantelaran un monumento en honor a Cristóbal Colón para enviarlo a Chile<sup>856</sup>.

No es de sorprender que aumentara el resentimiento hacia los chilenos. Patricio Lynch intentó limitar la tensión confinando a sus tropas en los cuarteles durante el día de la independencia de Chile. Pero con las tropas del general Manuel Baquedano vanagloriándose en las calles, ocurrían nuevos incidentes todos los días. A veces estas disputas escalaban al punto en que los peruanos mataban a soldados de la caballería chilena. Cuando se producían estas muertes, los subalternos de Patricio Lynch reaccionaban de forma rápida y brutal, generalmente ejecutando a los supuestos criminales. Si las autoridades chilenas no podían atrapar a los que de hecho habían cometido el asesinato, mataban a cualquier testigo –en una proporción de tres peruanos por cada chileno muerto– para convencer al asesino de entregarse o para lograr que alguien denunciara al verdadero criminal<sup>857</sup>. En ocasiones, los chilenos satisfacían los últimos deseos del condenado: antes de dispararle, le permitieron a Manuel Rolán casarse con su amante, para que ella pudiera heredar su finca<sup>858</sup>. En el proceso, las relaciones de los militares chilenos con los habitantes de Lima se suavizaron. Florentino Salinas, un soldado chileno en el Aconcagua, al principio había encontrado a los ciudadanos de la capital poco amistosos, al parecer porque una mujer negra, borracha y masticando tabaco, lo había insultado. Pero dentro de algunas semanas, él describió la vida de Lima como “un carnaval ininterrumpido” y a sus mujeres tan generosas que para septiembre de 1881, trescientos de los cerca de quinientos noventa hombres del Aconcagua sufrián de enfermedades venéreas<sup>859</sup>. Las relaciones entre los soldados chilenos y las mujeres peruanas se hicieron tan agradables que el intelectual Ricardo Palma criticó a los ciudadanos de Lima como “hombres sin fe y mujeres sin vergüenza”<sup>860</sup>.

<sup>855</sup> Federico Stuven al ministro de Guerra, Lima, 8 de febrero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 122; Isaac Christiancy a James G. Blaine, Lima, 16 de marzo de 1881, en Estados Unidos de América, *Message from the President of the United States Transmitting Papers relating to the War in South America, and Attempts to Bring About a Peace*, p. 465.

<sup>856</sup> Patricio Lynch, Cablegramas del 30 mayo y 6, 8 de junio de 1881, en “Cablegramas del Cuartel Jeneral de Lima, 1881-1882”, en posesión del autor.

<sup>857</sup> Palma, *Crónicas...*, *op. cit.*, pp. 56, 80.

<sup>858</sup> Manuel Zanuttelli Rosas, “Lima durante la ocupación chilena”, vol. 1, pp. 116-117.

<sup>859</sup> Florentino Salinas, *Los representantes de la Provincia de Aconcagua en la Guerra del Pacífico 1879-1884*, pp. 242, 257, 261.

<sup>860</sup> Ricardo Palma a Nicolás Piérola, Lima 5 de abril de 1881, Palma a Piérola, Lima 27 de junio de 1881, en Palma, *Cartas...*, *op. cit.*, pp. 33 y 51.

El victorioso general Manuel Baquedano dejaría Lima con gran ceremonia, y volvería a Chile a una bulliciosa recepción en Valparaíso y Santiago, donde cien mil personas asistieron a la celebración de la victoria en la capital peruana. La popularidad en tiempo de guerra del General no se tradujo en una victoria en la elección presidencial de 1881. A lo largo de la campaña política, el opositor de Manuel Baquedano, Domingo Santa María, recordó al público chileno los fracasos del General: su falta de experiencia en política, su alianza con los conservadores y la Iglesia, y, en no menor medida, su inepta conducción de la guerra, que costó tantas vidas. La contienda política se tornó tan cruel que el General puede haber deseado volver a la tranquilidad del campo de batalla. En vez de soportar los viciosos ataques personales de sus enemigos, abandonó la carrera, permitiendo triunfar a Domingo Santa María.

El nuevo virrey *de facto* de Perú era el almirante Patricio Lynch, el marino convertido en soldado, el héroe de los recién emancipados chinos. Gobernaría Perú hasta 1884. La tragedia marcó sus últimos días. En 1883 Domingo Santa María informó a Patricio Lynch que trataría de promoverlo al rango de vicealmirante, un honor poco frecuente. En la misma carta, el Presidente informó al Príncipe Rojo que su hijo Luis estaba enfermo de gravedad. Patricio Lynch tuvo la mala fortuna de sobrevivir a su hijo por tres años, para morir en el mar, tal vez apropiadamente, cuando volvía a Chile desde España, donde sirvió como ministro diplomático de Domingo Santa María en Madrid<sup>861</sup>.

La pérdida de Lima hizo a los peruanos debatir, otra vez, las causas de su derrota. Ricardo Palma culpó a los indios peruanos de la pérdida de Lima,

“que no tenían concepto de la patria [...] viendo a los chilenos como un turco”. “Aunque nos duele decirlo –señaló– uno tiene que estar de acuerdo en que la raza araucana era más viril porque resistió tenazmente la conquista”<sup>862</sup>.

No fue el único en endosar la responsabilidad de la derrota a los hombros de los más humildes de la nación. Manuel González Prada señaló que cuando alguien le preguntaba a las tropas indias que llegaban a Lima por qué habían venido a la capital, ellos respondían “Para matar a un chileno, un enorme animal con botas”. Otros creían que el conflicto era solo una guerra civil entre “General Chili e Piérola”, que ciertamente no valía la pena “recibir disparos por hombres blancos”<sup>863</sup>. Pero un académico moderno, Nelson Manrique, rechaza estos juicios despectivos:

<sup>861</sup> Domingo Santa María a Patricio Lynch, Santiago, 7 de agosto y 23 de noviembre de 1883, ANFV, vol. 414.

<sup>862</sup> Ricardo Palma a Nicolás Piérola, Lima, 8 de febrero de 1881, en Palma, *Cartas..., op. cit.*, p. 20.

<sup>863</sup> Citado en Adriana de González Prada, *Mi Manuel*, p. 83; Carey-Brenton, *op. cit.*, p. 104.

“Embarcados en la defensa de objetivos que les eran extraños, transportados como vacas a una tierra desconocida para luchar contra enemigos tan extraños como los oficiales del ejército en que servían [y] usados para morir como carne de cañón [...] en San Juan y Miraflores”,

los indios de Perú se desempeñaron magníficamente<sup>864</sup>. Solo no pudieron superar a las fuerzas chilenas, que estaban mejor entrenadas, equipadas y lideradas.

Para ser justos, Manuel González Prada reconoció la humanidad de los indios. Mientras servía al lado de estos hombres, vio a un comandante golpear a un indio por intentar insertar una bala en la boca de su rifle. Hombres así, señaló, merecían “compasión en vez de golpes”<sup>865</sup>. También Ricardo Palma, a diferencia de muchos de sus contemporáneos, con el tiempo se dio cuenta de que la culpa no era de la población indígena de Perú sino de sus gobernantes blancos y mestizos.

“Porque en nuestro país infeliz no hay virilidad ni patriotismo, porque la anarquía nos corre y porque la anarquía no ha entrado solamente en los hombres de nuestra generación sino en las venas de la generación que reemplazará a la nuestra”.

La dolorosa verdad era, como señalaba Ricardo Palma, que en Perú “el patriotismo es un mito”<sup>866</sup>.

Manuel Baquedano triunfaba de nuevo, aunque con un alto precio para su ejército. Los peruanos atrincherados, con el apoyo de su artillería, debieran haber aniquilado las formaciones chilenas mucho antes de que llegaran a los parapetos de los muros defensivos de Chorrillos. En cambio, permitieron avanzar a los chilenos, en formaciones cerradas, ondeando las banderas de sus divisiones, antes de lanzar una carga final con bayoneta. Tal vez los peruanos no tenían suficientes rifles de retrocarga, tal vez no sabían cómo usarlos y cómo usar su artillería para detener a los chilenos que iban al ataque. Es más probable que, aunque hubieran tenido las armas adecuadas y la artillería, no pudieran desplegarlos para su ventaja. Si Manuel Baquedano se hubiera enfrentado a tropas peruanas experimentadas, puede que no hubiera triunfado.

Irónicamente, la guerra se hizo más mortífera tras la caída de Lima. En vez de tragarse una paz dictada por Chile, algunos peruanos hicieron justo lo que un visitante extranjero advirtió que podrían hacer: convirtieron las alturas andinas en “el baluarte y el centro de refugio y de sus operaciones contra el

<sup>864</sup> Manrique, *op. cit.*, p. 59.

<sup>865</sup> González Prada, *op. cit.*, p. 218.

<sup>866</sup> Ricardo Palma a Nicolás Piérola, Lima, 27 de unio de 1881, 11de octubre de 1881, en Palma, *Cartas...*, *op. cit.*, pp. 51, 79.

invasor”<sup>867</sup>. Esta campaña de guerrilla, prolongada y brutal, entregaría a las generaciones posteriores de peruanos ejemplos de patriotismo. Los chilenos, por supuesto, vieron la resistencia peruana como una campaña de terrorismo y bandidaje.

<sup>867</sup> Bartolomé Bossi, *El Vapor Oriental “Chaurrua” en el Pacífico y Regiones Magallánicas con algunos datos sobre el Perú y Chile en la presente guerra*, p. 46.

## LA GUERRA SUCIA

Contrario a las expectativas y esperanzas de muchos chilenos, la captura de Lima no incentivó a los peruanos a pedir la paz. Sin embargo, esto no fue por falta de políticos. Después de todo, Perú estaba inundado de caudillos, aspirantes presidenciales y presidentes, ninguno de los cuales gobernaba en realidad a toda la nación. Nicolás Piérola, quien carecía de legitimidad constitucional y de una capital, luego de la caída de Lima, esperaba ansioso permanecer como el líder *de facto*, si bien no *de jure* de Perú. Un opositor lo llamó “gobernador de Perú por derecho divino”<sup>868</sup>. El encallado almirante Lizardo Montero, quien después de 1881 dirigió Perú desde sus cuarteles generales, en la ciudad andina de Arequipa, ejercería como vicepresidente provisional y luego como presidente. Otros dos, Juan Martín Echeñique y Pedro del Solar, controlaron el ejército del Centro y el ejército del Sur al final apareció un nuevo actor, que irónicamente parecía el menos interesado en gobernar Perú: el coronel Andrés Cáceres. Tras resultar herido en la batalla por Lima, se ocultó mientras se recuperaba de sus heridas. Una vez repuesto, viajó en tren vestido de civil desde la capital hasta Chiclayo, y pronto desapareció en el campo, para surgir como el líder de un ejército irregular, pero poderoso. Luego, Nicolás Piérola promovió a Andrés Cáceres a general y lo puso al mando del ejército del Centro. A diferencia de sus colegas, Andrés Cáceres tenía una sola obsesión: expulsar a los chilenos. Con tantos líderes dedicados a su propia agenda, la guerra se arrastró por dos años más.

Cualquiera de estos aspirantes a líderes podría haber terminado el conflicto, simplemente cediendo Tarapacá a Chile. Pero hasta el afán de poder de Nicolás Piérola tenía límites. Y si él hubiese querido transferir la provincia más sureña de su país a Santiago, lo que no era el caso, el general Lizardo Montero y en especial el general Andrés Cáceres, nunca hubiesen estado de acuerdo. Por tanto, los ministros de Aníbal Pinto tenían que encontrar a alguien diferente a Nicolás Piérola –al que detestaban y en el que desconfiaban– que estuviera dispuesto a abandonar Tarapacá. Hasta entonces, se mantendría un ejército de ocupación para hacer sentir a Perú “todo el peso de nuestras virtudes” y se obligaría a la nación derrotada a pagar los impuestos de guerra que Chile necesitaba para sufragar el costo de la ocupación, y financiar una campaña para erradicar los restos de la resistencia peruana<sup>869</sup>. Esta campaña duró casi

<sup>868</sup> Francisco García Calderón, *Memorias del cautiverio*, p. 89.

<sup>869</sup> M. García de la Huerta al ministro de Guerra en campaña, Santiago, 7 de febrero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 228.

dieciocho meses, y agotó las arcas chilenas y las reservas de personal, a la vez que sometía a los habitantes del altiplano de Perú a una guerra brutal de contrainsurgencia y al resto de los desdichados ciudadanos del país a una ocupación igual de brutal.

#### INTENTOS DE PAZ

Curiosamente, Nicolás Piérola y Aníbal Pinto habían tratado de negociar el fin a la guerra en una ocasión anterior. En octubre de 1880 el secretario de Estado de Estados Unidos, William Evarts, ordenó a sus ministros Newton Pettis en Bolivia, Thomas Osborn en Chile e Isaac Christiancy en Perú organizar una conferencia de paz a bordo del *USS Lackawanna*, una cañonera anclada en el puerto de Arica. Washington tomó esta inusual medida para anticiparse a una intervención británica o francesa en nombre de los ciudadanos de sus naciones que poseían bonos peruanos o acciones en las salitreras nacionalizadas. Isaac Christiancy ya había viajado a Santiago para conversar sobre las negociaciones con Aníbal Pinto. En esa ocasión, el presidente chileno le dijo al enviado de Estados Unidos que Chile bajo ninguna circunstancia aceptaría algo menos que la entrega de Tarapacá. Por lo tanto, aunque sabía que el gobierno chileno había rehusado volver al *status quo ante bellum*, Isaac Christiancy mintió: informó a Washington y Lima que el presidente Aníbal Pinto no había establecido condiciones previas para entablar conversaciones. Dada esta información crucial, cualquier necio podría haber predicho que la conferencia fracasaría.

Y las negociaciones fracasaron. Los chilenos exigieron que Bolivia cediera Atacama, que Perú entregara Tarapacá además de pagar una indemnización de veinte millones de pesos, que devolviera los bienes de propiedad chilena, incluyendo el *Rímac*, que desahuciara la alianza de 1873, y que se comprometiera a no reconstruir las defensas de Arica. Puesto que los bolivianos y los peruanos esperaban que los chilenos se conformaran con una reparación monetaria, las demandas de Aníbal Pinto parecieron cartaginesas. Como observó el delegado peruano Antonio Arenas, su país no cedería parte de su territorio, en particular la parte que constituía “la fuente principal de su riqueza”<sup>870</sup>. Reconociendo que estaban en un *impasse*, los participantes terminaron las negociaciones el 27 de octubre, cinco días después del inicio de las conversaciones. Con esta ingenua iniciativa, Washington fracasó en su intento de lograr la paz en el Pacífico, y al mismo tiempo enemistó a los beligerantes.

Habían transcurrido solo tres meses desde la fracasada conferencia de Arica en 1880 cuando la situación militar y diplomática cambió dramáticamente. Tras gastar sangre y fondos adicionales para capturar Lima, los chilenos

<sup>870</sup> *Conferencias diplomáticas de Arica entre los plenipotenciarios de Bolivia, Chile y el Perú con motivo de la mediación de Estados Unidos*, p. 14.

subieron la apuesta inicial. Aníbal Pinto pidió ahora el desarme de Perú, que cediera tanto Arica como Tarapacá, que le otorgara a Santiago concesiones comerciales y que le permitiera a las tropas chilenas ocupar Perú hasta que su administración cumpliera sus obligaciones. Además, continuó exigiendo que Bolivia entregase Atacama.

La demanda de Chile por territorio, aunque quizá draconiana, era predecible. Dado que Lima y La Paz no tenían los recursos financieros para pagar reparaciones, la mayoría de los chilenos insistió en que solo la anexión de Tarapacá y Atacama podría compensarlos por sus pérdidas humanas y financieras. La geopolítica también influyó a la decisión chilena: poseer las dos provincias protegería a Chile de sus vecinos revanchistas. Pero Perú y Bolivia rechazaron de modo perentorio la idea de entregar las partes más valiosas de sus territorios solo para gratificar la codicia chilena y apaciguar su sentimiento de inseguridad. Era evidente que los beligerantes habían llegado a un *impasse*.

En 1881, sin embargo, parecía que un Perú en bancarrota podría aceptar los términos chilenos. En febrero los miembros del Congreso elegidos durante el gobierno de Mariano Prado, previo al de Nicolás Piérola, se reunieron en Lima, donde restauraron la Constitución de 1860. Este congreso titere también acordó elegir un presidente provisional para negociar un acuerdo de paz. El hombre elegido fue Francisco García Calderón. Con la esperanza de que sería flexible, los chilenos rápidamente reconocieron el régimen de Francisco García Calderón, le cedieron una capital en Magdalena también donaron armas a su ejército recién formado. Mientras tanto, Francisco García Calderón llevó a cabo la labor de restaurar el gobierno previo a Nicolás Piérola: convocó al Poder Legislativo –los períodos de mandato de todos sus miembros habían expirado– y restauró el Poder Judicial. También llamó a elecciones para llenar las vacantes en el Congreso. La nueva asamblea respondió eligiendo a Francisco García Calderón como presidente permanente y otorgándole la autoridad para negociar un tratado de paz con Chile.

Pero si los ministros del presidente Aníbal Pinto esperaban que Francisco García Caleron accediera con pasividad a sus demandas territoriales, recibieron un golpe: en vez de cooperar, el nuevo Presidente exigió un armisticio y pidió a Chile abandonar Lima o permitir a su régimen administrar la capital. Más aún, Francisco García Calderón se volvió cada vez más difícil, negándose enfático a tratar el tema de la cesión territorial. Dada su falta total de recursos militares y en especial económicos, su resistencia parecía casi quijotesca. Sin embargo, como veremos, los torpes intentos de Washington para resolver la guerra endurecieron su resistencia, lo que casi precipitó un conflicto con Chile.

James Garfield asumió la presidencia de Estados Unidos a principios de 1881. La elección de James Garfield del muy competente James G. Blaine como Secretario de Estado resultó polémica. James G. Blaine, quien había sido senador por Maine, poseía una gran inteligencia, encanto y ambición,

valores morales relativamente elásticos, además de “una inagotable capacidad de hacer enemigos”<sup>871</sup>. El nuevo Secretario de Estado, del que varios historiadores diplomáticos reconocieron luego que había aportado mucha energía a su cargo, quería promover la presencia económica de Estados Unidos en todo el mundo, en particular en América Latina. Pero como reconocía que la agitación política desalienta la inversión económica, instó a Washington a resolver la Guerra del Pacífico antes de que se involucraran los europeos.

James G. Blaine, sin embargo, no era precisamente imparcial. El Secretario de Estado, un anglófobo, creía que Gran Bretaña había empujado a Chile a la guerra con el fin de proteger las inversiones inglesas. En consecuencia, el tratado de paz que propuso exigía que Chile aceptara indemnizaciones monetarias en vez de la anexión de Atacama y Tarapacá. En caso de tener éxito, la política de James G. Blaine lograría dos objetivos: al limitar las ganancias de Santiago, Washington mitigaría la influencia económica británica y al garantizar los límites previos a la guerra de Perú y Bolivia, Latinoamérica podría escapar de la maldición del revanchismo que atormentó a la Europa pos 1871 luego de la cesión de Francia de Alsacia y Lorena. Los chilenos, por supuesto, encontraron difícil de entender la antipatía de James G. Blaine a la exigencia de territorios por parte de Santiago. Muchos chilenos señalaron con tristeza que Estados Unidos también había usado la guerra para expandir sus fronteras. Entonces, si Washington podía exigir territorios, ¿por qué no Chile? Como descubriremos, la consistencia puede haber sido una pesadilla irritante para mentes comunes, pero no así para James G. Blaine.

Lamentablemente, la elección de los enviados a Chile y Perú de James G. Blaine complicó una situación que ya era compleja. El representante de Estados Unidos en Lima, Stephen Hurlburt, no era un diplomático inexperto: se había desempeñado durante tres años como ministro de Estados Unidos en Perú. Pero el General jubilado de la Guerra Civil estadounidense era también un borracho, fanfarrón y, de acuerdo con el abuso corrupto de su cargo militar, un hombre venal. El enviado de Washington a Chile, el ex general Judson Kilpatrick, gozaba de una reputación mucho mejor. También un diplomático de carrera y ex General, se había desempeñado en Chile durante la funesta guerra con España. Estaba casado con una prestigiosa mujer chilena, por lo que su nueva destinación a Santiago constituyó una especie de vuelta a casa. Sin embargo, Judson Kilpatrick sufría de mala salud. En general este tema no habría importado, pero a medida que aumentó su debilidad, la esposa de Judson Kilpatrick al parecer empezó a actuar como ministro *de facto*, presumiblemente usando su influencia para promover la causa de su nación, no la de Estados Unidos. La popularidad de Judson Kilpatrick era tal que luego de su muerte en 1881, el gobierno chileno le hizo un funeral de Estado. Independiente de

<sup>871</sup> Justus D. Doenecke citado en David Healy, *James G. Blaine and Latin America*, pp. 5-9.

sus vicios o virtudes, ninguno de los dos diplomáticos pudo persuadir a Chile de aceptar compensaciones monetarias en vez de territorios<sup>872</sup>.

En su afán por solucionar el conflicto, Stephen Hurlburt reconoció de manera unilateral a la administración de Francisco García Calderón y luego anunció que Estados Unidos toleraría la anexión a Chile solo si Perú no tenía los fondos para pagar reparaciones. Stephen Hurlburt, actuando de nuevo sin la autorización de Washington, convenció también a la administración de Francisco García Calderón de otorgar a Estados Unidos algunas concesiones ferroviarias más una estación carbonera en el puerto de Chimbote. Cuando se supo que Stephen Hurlburt se beneficiaría de este convenio, Chile concluyó que el ministro estadounidense estaba complicando, no facilitando, el proceso diplomático.

El desafortunado respaldo de Stephen Hurlburt a la agenda peruana sin duda reforzó la negativa de Francisco García Calderón a ceder Tarapacá. Y la repentina aparición de dos corporaciones antes desconocidas –el Credit Industriel y la Peruvian Corporation, que representaban a acreedores europeos y americanos– simplemente reforzó la determinación de Francisco García Calderón de no entregar territorio a Chile. Estas corporaciones ofrecieron prestarle a Perú el dinero que necesitaba para pagar reparaciones a Chile, pero a cambio el gobierno peruano tendría que otorgarles concesiones mineras en Tarapacá. Una vez obtenido el consentimiento de Francisco García Calderón, el Credit Industriel y la Peruvian Corporation, contrataron los servicios de una camarilla de viles políticos, traficantes de influencias y abogados codiciosos para presentar sus respectivas demandas en los tribunales de Estados Unidos y para convencer al Congreso estadounidense de apoyar la política de línea dura de James G. Blaine frente a Santiago. Estimulado por las acciones de Stephen Hurlburt y las promesas de fondos, Francisco García Calderón rechazó enfático las demandas territoriales de Chile. Su obstinación enfureció al nuevo presidente de Chile, Domingo Santa María, quien había cambiado dramáticamente la ecuación diplomática exigiendo que Perú entregara Arica y Tarapacá. Cuando Francisco García Calderón contempozó, el representante de Chile en Perú primero confiscó sus fondos, luego disolvió su ejército y al final arrestó al entonces presidente “pato cojo” antes de enviarlo al exilio en Chile, no a bordo de un buque de guerra, sino, por razones de economía, en un sucio transporte<sup>873</sup>.

El colapso del gobierno de Francisco García Calderón crispó las ya frías relaciones diplomáticas entre Chile y Estados Unidos. Dolorosamente consciente de que no podía confiar ni en el debilitado Judson Kilpatrick ni en el torpe, aunque no muy deshonesto, Stephen Hurlburt, el secretario James G.

<sup>872</sup> Jeffrey N. Lash, *A Politician Turned General: The Civil War Career of Stephen Augustus Hurlburt*, p. 212; Herbert Millington, *American Diplomacy and the War of the Pacific*, pp. 93-94.

<sup>873</sup> William F. Sater, *Empires in Conflict*, pp. 31-50; García Calderón, *op. cit.*, p. 92.

Blaine envió a su hijo Walker y a un diplomático profesional, William Trescot, a Chile. Ellos tenían dos misiones: determinar si el hecho que Chile hubiese encarcelado a Francisco García Calderón constituía una afrenta al honor de Washington –lo que podría dar una excusa a James G. Blaine para exhortar al presidente James A. Garfield a declarar la guerra– y ofrecer la mediación de Estados Unidos en la disputa chileno-peruana. James G. Blaine insinuó que si el presidente Domingo Santa María continuaba obstruyendo los esfuerzos de Washington, Estados Unidos podría usar su fuerza para llevar la paz al Pacífico.

A decir verdad, las amenazas de James G. Blaine sonaban vacías: Chile poseía una fuerza naval tan superior a la de Estados Unidos, que era Washington, no Santiago, quien debía temer un conflicto. Por fortuna el conflicto no llegó a la guerra. Luego de la inesperada muerte de James Garfield, el presidente Chester Alan Arthur designó a James Frelinghuysen para reemplazar a James G. Blaine. Al inicio de 1882, el nuevo Secretario de Estado, al darse cuenta que Estados Unidos estaba

“acercándose rápidamente a la guerra para el beneficio de un grupo de personas tan inmorales como jamás se juntaron alrededor de un departamento de Washington”,

rechazó en público la política de James G. Blaine, abandonando, al mismo tiempo, la idea de intervenir militarmente en la disputa de Chile con Perú<sup>874</sup>. Por desgracia para ellos, Henry Trescot y Walker Blaine se enteraron del cambio de política de su nación solo cuando llegaron a Chile. Aunque el algo frustrado Henry Trescot consiguió reparar la brecha entre Chile y Estados Unidos, no pudo persuadir a Chile o Perú de avanzar hacia la paz.

#### LA GUERRA INTERMINABLE

Si bien la captura de Lima resultó exitosa, no dio el dominio total de Perú al presidente Aníbal Pinto o su sucesor. De hecho, al inicio de 1881 el general Manuel Baquedano solicitó refuerzos para poder terminar la labor de aplastar bolsones aislados de resistencia peruana. Un miembro prominente del gobierno chileno, José Francisco Vergara, puso objeciones: simplemente ocupar Lima, Callao y algunas otras ciudades claves sería suficiente. Los hijos de la nación, señaló, “serán mucho más útiles para Chile cosechando trigo o trabajando la tierra que aprendiendo ahora como usar un rifle” para aniquilar los restos del ejército peruano. Finalmente, la decisión fue un tema de simple aritmética: intimidar a Perú requería sólo ocho mil soldados y marinos; erradicar los últimos vestigios de resistencia requeriría por lo menos veintidós mil tropas.

<sup>874</sup> Citado en David Pletcher, *The Awaraward Years: American Foreign Policy Under Garfield and Arthur*, p. 42.

La lógica de José Francisco Vergara se impuso: el gobierno ordenó a Manuel Baquedano y a la mayoría de sus soldados volver a Chile antes de que la combinación del pernicioso clima peruano y los deberes de la ocupación arruinaran la salud del Ejército y erosionaran su disciplina<sup>875</sup>. Le correspondería al ejército del Norte, con doce mil setecientos a quince mil hombres, bajo el mando del almirante Patricio Lynch, mantener el orden hasta que Perú aceptara los términos de Chile<sup>876</sup>.

Se hacía evidente que la Guerra del Pacífico había entrado a una nueva etapa. Cada beligerante perseguía distintos objetivos: el régimen de Domingo Santa María esperaba que la aplicación de elevados impuestos costeara el ejército de ocupación de Chile y que el rechazo de Santiago a aceptar reparaciones en efectivo, eventualmente, obligaría a los ciudadanos de Perú a ceder Tarapacá. En cambio, los patriotas peruanos como Andrés Cáceres, propugnaban desarrollar una guerra defensiva de “agotamiento” –que “lentamente erosionaría y debilitaría al invasor en el altiplano del Centro [de Perú]” a través de una mezcla de retiradas estratégicas y “contraataques cuando y donde hay posibilidades de éxito”– para derrotar las legiones de Domingo Santa María<sup>877</sup>. En otras palabras, consumir tal cantidad de sangre y fondos de Chile que los líderes del país abandonaran su exigencia de territorio, aceptando en cambio compensaciones monetarias.

Gracias a Andrés Cáceres, la dura situación del ejército de ocupación chileno se hizo cada vez más difícil. Bandas guerrilleras, los montoneros, empezaron a hostigar la guarnición que ocupaba Lima. La situación alcanzó tal punto que el almirante Patricio Lynch tuvo que estacionar sus tropas en la periferia de la capital para protegerla, y también para interceptar el flujo de suministros e inteligencia dirigido a Andrés Cáceres por la Junta Patriótica, una organización de resistencia clandestina peruana creada en septiembre de 1881 y que contaba con personal civil para funcionar como gobierno en las sombras y para apoyar la guerra de guerrillas<sup>878</sup>.

Patricio Lynch pronto entendió que la ocupación de Lima nunca erradicaría a los montoneros. Los combatientes irregulares peruanos, muchos de ellos sobrevivientes del ejército de Nicolás Piérola, se refugiaron en una serie de valles localizados entre tres mil quinientos a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, rodeados por dos brazos de la cordillera de los Andes. Incluso, las tropas veteranas chilenas palidecieron frente a la perspectiva de penetrar este

<sup>875</sup> Chile, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria 1881*, *op. cit.*, pp. 6, 55; Manuel Baquedano a José Francisco Vergara, Lima, 6, 9 de febrero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 230-231; Vergara a Baquedano, Lima, 7, 9 de febrero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 230-232.

<sup>876</sup> Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. vi, pp. 226-230; R. Riquelme, Callao, 28 de mayo de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 489.

<sup>877</sup> Cáceres, *op. cit.*, p. 97.

<sup>878</sup> Guerra, *op. cit.*, p. 304.

inxplorado laberinto de cordones montañosos y callejones sin salida. Los primitivos caminos del altiplano, a menudo solo estrechos senderos excavados en las laderas de las montañas bordeando profundos desfiladeros, dificultaban los movimientos. Las bandas de mонтонeros a veces incluían a los habitantes indígenas de los caseríos del altiplano, que demostraron tener gran habilidad para atacar y hostigar a las columnas chilenas. Su arma más letal era la *galga*, un peñasco o una roca grande, que las guerrillas hacían rodar cuesta abajo sobre los desprevenidos soldados chilenos, aplastándolos o lanzándolos al abismo. Los indios también usaban hondas y lanzas para matar o herir a los soldados chilenos, a los que luego decapitaban o mutilaban<sup>879</sup>.

Además de los mонтонeros, los enemigos más efectivos de los chilenos eran la aparentemente infinita población de insectos y reptiles venenosos y enfermedades endémicas –fallas respiratorias, viruela, disentería y diversas fiebres, incluyendo tifoidea, tifus y en especial el apunamiento o *soroche*, que lisieron o mataron a cientos de chilenos. En resumen, la campaña de la Sierra, que muchos consideraron una estrategia marginal, tuvo para Chile un elevado costo en recursos financieros y hombres.

#### LA LOCURA DE LETELIER

El Perú de 1881, a semejanza de la Galia de Julio César, estaba defendido por tres organizaciones militares distintas. El ejército del Norte, estaba bajo el mando del almirante Lizardo Montero y su asistente, el general Miguel Iglesias. El ejército del Sur, que estaba controlado al inicio por un político, Pedro del Solar, y su comandante militar, el coronel José de La Torre. Estas fuerzas palidecían en tamaño y poder frente al ejército del Interior, las tres mil tropas de Andrés Cáceres que aterrorizarían a los chilenos en los caminos y montañas de Perú así como en su capital.

Irónicamente, Chile encontró mayores dificultades para la pacificación del interior peruano que las que enfrentó para derrotar a los aliados durante los dos primeros años de la Guerra del Pacífico. Los cuerpos médicos y de suministros del ejército chileno que funcionaron carentes de recursos durante la primera etapa del conflicto, casi colapsaron cuando se enfrentaron con la tarea de aprovisionar o atender a las tropas que combatían en el altiplano. El Ejército no pudo distribuir alimentos, vestuario o cuidados médicos, en gran parte porque carecía de transporte adecuado. Y aun cuando los chilenos tenían los animales de carga y monturas necesarias, las guerrillas peruanas amenazaban de manera constante la red de caminos y ferrocarriles. En consecuencia, los soldados de Patricio Lynch tenían que vivir de la tierra de un enemigo cada

<sup>879</sup> Tomás Patiño al Coronel Prefecto de Ayacucho, Huancavelica, 30 de junio y 11 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 186-187.

vez más hosco e impredecible. Y cada expedición para recolectar alimentos, fuera exitosa o no, enemistaba tanto a los indios locales, que apenas podían alimentarse a sí mismos, que se unían al movimiento de resistencia.

Después de enero de 1881, Patricio Lynch concentró sus esfuerzos en pacificar la provincia de Junín. Encajado entre la ladera occidental de la cordillera de los Andes, a veces llamada los Andes Negros y los Andes Blancos, el valle del río Mantaro u Oroya, se extiende en un eje del noroeste al sureste. Para llegar a esta cuenca, los chilenos primero tenían que viajar en tren desde Lima a través de Chosica hasta Chicla, un pueblo ubicado a tres mil setecientos metros de altura en el costado oeste de los Andes Negros. Terminado el viaje en tren, las tropas tenían que subir y luego atravesar un paso ubicado a casi cuatro mil doscientos metros sobre el nivel del mar antes de descender hasta el valle Mantaro. Aquellos que se dirigían hacia el sureste a través del valle Mantaro, descubrieron que la altitud de los pueblos declinaba hasta alrededor de tres mil doscientos metros. En cambio, a medida que los chilenos marchaban fatigosamente hacia el noroeste, la altura aumentaba. El centro minero de Cerro de Pasco, por ejemplo, estaba a cuatro mil trescientos metros sobre el nivel del mar.

En febrero de 1881 Patricio Lynch lanzó su primera expedición punitiva, al ordenar al teniente coronel Ambrosio Letelier conducir una columna de setecientos soldados hacia el interior peruano. Ambrosio Letelier tenía tres misiones: aniquilar las bandas guerrilleras locales para detener sus ataques a Lima, proteger la crucial vía férrea que iba de Lima a La Oroya como también un hospital militar en Chosica, y recaudar impuestos suficientes para sufragar los costos de la ocupación. Desde el principio la expedición de Ambrosio Letelier encontró dificultades. En los dos primeros días el Teniente Coronel observó que el *soroche* había incapacitado a cien de sus hombres. Dos días después del inicio de la expedición, otro comandante informó que noventa de sus tropas estaban enfermas, y pidió asistencia médica, camas, y los medios para mantener abrigados a los enfermos. Otros se quejaron de raciones mediocres o inexistentes, falta de ganado, muy pocos caballos o mulas, botas en mal estado y vestuario y frazadas inadecuadas. La situación se deterioró a tal punto que un oficial describió a los hombres del regimiento Santiago como “básicamente desnudos”<sup>880</sup>.

Militarmente, la expedición logró muy poco. En un inicio, Ambrosio Letelier decretó ley marcial en Junín, Jauja y Tarma, ordenando que la población local entregara todas las armas o propiedades pertenecientes al gobierno peruano<sup>881</sup>. A medida que se dirigía hacia el norte a Cerro de Pasco, dejó

<sup>880</sup> Ambrosio Letelier a Daniel Silva Vergara, 17 de abril 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 94; José Echeverría al oficial al mando, Chicla, 19 de abril de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 95; V. Méndez a C. Staff, Casapalca, 8 de mayo de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 97; Méndez a Adolfo Silva, 8 de mayo de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 97.

<sup>881</sup> Ambrosio Letelier, Decreto, Cerro de Pasco, 29 de abril 1881, pp. 454-455.

sabiamente parte de su ejército en el sur para asegurar que los irregulares peruanos no pudieran cortar el fundamental puente sobre el río Mantaro en Oroya, e impedir así el acceso de las fuerzas chilenas al paso de la montaña, que constituía el único camino para salir del valle. Sus fuerzas también avanzaron hacia el norte a Huanuco, que capturaron el 30 de abril. Así, a las tres semanas de partir, controlaban una franja de terreno que se extendía desde Huanuco en el norte a Junín en el sur.

Pero hacer una campaña en el altiplano desgastó la resistencia y recursos de la fuerza expedicionaria. A dos mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, el frío aire de montaña hizo estragos en las narices y orejas de las tropas; la falta de oxígeno obligó a las jadeantes tropas de Ambrosio Letelier a descansar cada pocos minutos para recuperar el aliento. En este clima, que alguna vez fue descrito como apropiado solo para un tuberculoso, el rifle de los soldados llegó a ser no solo un arma sino, también, un medio de apoyo, pues muchos soldados los usaban como bastón. La pobreza como la enfermedad era endémica: con la excepción del centro minero de Cerro de Pasco, los pueblos andinos consistían en una colección de chozas, cabañas ruinosas habitadas por “indios sucios y harapientos”, que como era de esperar, se negaron a compartir su limitada reserva de alimentos con los intrusos chilenos. Así, después de semanas de marcha, el clima y el terreno habían hecho tiras el uniforme de las tropas de Ambrosio Letelier, mientras que la escasez de alimentos y la falta de aire agotaron sus cuerpos<sup>882</sup>.

A mediados de mayo, Patricio Lynch ordenó a Ambrosio Letelier y sus hombres volver a Lima, en teoría porque deseaba reorganizar el ejército. En realidad, Ambrosio Letelier se había ganado una reputación de brutalidad –sus soldados a menudo golpeaban a la población local para que les revelaran dónde escondían sus objetos valiosos– y era conocido por saquear propiedades, entre ellas las que pertenecían a personas neutrales, lo que volvió a los peruanos en contra del gobierno de ocupación<sup>883</sup>. Aunque Patricio Lynch ordenó a Ambrosio Letelier abandonar el altiplano no dispuso que tomara el camino más directo a Lima. En lugar de ello, instruyó a las tropas de Ambrosio Letelier que primero se retiraran de Cerro de Pasco, luego marcharan hacia el suroeste, cruzando las montañas a través del paso de Huayllay hasta Canta, una ciudad ubicada en una carretera principal al noreste de Lima y al norte de la vía férrea Lima-Chicla. Patricio Lynch seleccionó este intrincado camino porque quería que los hombres de Ambrosio Letelier castigaran a la población civil de Canta por ayudar a las bandas guerrilleras a hostigar Lima<sup>884</sup>. El Teniente Coronel

<sup>882</sup> “Detalles sobre la expedición Letelier, Junín, 20 de mayo de 1881 [tomado de una carta], en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 454-455.

<sup>883</sup> *Op. cit.*, p. 456.

<sup>884</sup> Telegrama, Patricio Lynch a Ambrosio Letelier, 28 de mayo de 1881, en Bulnes, *op. cit.*, vol. III, p. 36.

compartía el deseo de Patricio Lynch de erradicar los montoneros de Canta: ordenó a sus tropas dirigirse hacia el sudoeste del valle Mantaro mientras que las que estaban estacionadas en Chilca y Casapalca se dirigieron hacia el noroeste. Juntas rodearían a los guerrilleros que habían estado hostigando Lima<sup>885</sup>.

Los peruanos, sin embargo, tenían sus propios planes. Los indios de Cajamarquilla y Vilcabamba se rebelaron y asediaron las guarniciones chilenas. Estos levantamientos eran más que pinchazos: en Huanuco, por ejemplo, ochenta chilenos tuvieron que pelear durante tres días para repeler un ataque mrontnero mientras los indios lanzaban *galgas*, que ruidosamente “barrián todo lo que encontraban como si fueran terremotos”, sobre la columna de rescate que se apresuraba a salvar la guarnición chilena. Si bien los hombres de Ambrosio Letelier causaron fuertes pérdidas a los peruanos, su situación se hizo cada vez más peligrosa cuando empezaron a quedarse sin municiones<sup>886</sup>.

La más heroica de estas batallas ocurrió en Sangra. Ambrosio Letelier ordenó a una compañía del regimiento Buin ocupar Cuevas para proteger a los chilenos que avanzaban hacia Canta. Quince de estas tropas permanecieron en Cuevas; el resto se atrincheró en una hacienda cercana a Sangra. El comandante chileno, capitán José Araneda, había enviado recién algunos soldados en busca de provisiones al campo cuando fueron atacados por entre ciento cuarenta y setecientas tropas peruanas más indios irregulares al mando del coronel Manuel Vento. La primera ola destruyó por completo al grupo que estaba a cargo de buscar provisiones y a los hombres en Cuevas; los que permanecían en Sangra lograron repeler a sus atacantes hasta las dos de la madrugada del 27 de junio, cuando Manuel Vento puso fin al asalto, pero no sin antes matar a veinticuatro chilenos y herir a dieciocho<sup>887</sup>. Eventualmente, la fuerza expedicionaria se abrió camino luchando hasta que llegó a salvo a la estación de ferrocarriles de Chicla.

La expedición de Ambrosio Letelier fracasó, en parte, porque envenenó el pozo del que deseaba beber. Los extranjeros se quejaron, por ejemplo, de que

<sup>885</sup> Ambrosio Letelier al oficial al mando, Ejército de Lima, Cerro de Pasco, 13 de mayo de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 34-35; Letelier al General a cargo de Operaciones, Cerro de Pasco, 9 de junio de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 482.

<sup>886</sup> Luis E. Duarte, *Exposición que dirige el Coronel Duarte a los hombres de bien*, pp. 32-33; Ambrosio Letelier, Telegrama, Cerro de Pasco, 11 de junio de 1881, pp. 482-483; Letelier al General en Jefe, Chicla, 21 de junio de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 483; Letelier, General en Jefe, Lima, 14 de junio de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 483-484; Hilarión Bouquet a Letelier, Huánuco, 13 de junio de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 487-9; Letelier a General en Jefe, Lima, 14 de julio de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 37-38.

<sup>887</sup> Uno de los problemas es que ambos lados sobre y subestimaron el tamaño de sus fuerzas y las del enemigo. Así, Dellepiane, *op. cit.*, vol. ii, p. 412 afirmó que los hombres de Vento eran ciento cuarenta. Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. vi, pp. 251. El almirante Montero dijo que Vento comandaba solo setenta, véase L. Montero a Prefectos, Cajamarca, 16 de agosto de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 174; Benjamín Vicuña Mackenna, *Sangra. La jornada heroica*, p. 18 afirmó que eran más de seiscientos.

los chilenos robaban sus propiedades y abusaron de sus personas. La imposición de impuestos por parte de Ambrosio Letelier, que eran pagaderos en especies o en efectivo, despertó la hostilidad de todos. Quizá los chilenos equivocadamente creyeron que como los indios llevaban mucho tiempo acostumbrados al abuso, aceptarían con pasividad estos impuestos sin protestar<sup>888</sup>. En realidad, los peruanos del altiplano no soportaban los impuestos de Ambrosio Letelier con más gracia de lo que toleraron la costumbre chilena de ejecutar a los prisioneros o a cualquier persona que era sorprendida portando armas de fuego o municiones. Hilarión Bouquet, un oficial chileno, concordaba que estos duros castigos alienaban a los habitantes locales, pero, observaba que los chilenos tenían poca elección: muy sobrepasadas en número, las tropas de Ambrosio Letelier tenían que usar castigos draconianos para atemorizar a los peruanos<sup>889</sup>. Sus represalias tuvieron el efecto opuesto: en vez de intimidarse los indios primero resistieron y luego se rebelaron.

Patricio Lynch compartía el menosprecio que sentía Ambrosio Letelier por los peruanos. Por cierto, la llegada a Lima del andrajoso ejército de Ambrosio Letelier resultó decepcionante. Los uniformes de las tropas estaban hechos jirones, y los caballos que los soldados no se habían comido eran tan decrepitos como sus lamentables monturas. Aunque estaban sucios y descuidados, indisciplinados y desmoralizados, estos hombres y oficiales portaban grandes sumas de dinero, lo que hizo observar a Patricio Lynch en un telegrama: “Resultado pecuniario favorable para las tropas expedicionarias, nada para el Estado”. Este desequilibrio financiero despertó la curiosidad oficial porque, aunque la expedición recaudó dos millones en impuestos, Ambrosio Letelier informó que en realidad había recaudado mucho menos y que había tenido que gastar parte de esos fondos en alimentos y vestuario<sup>890</sup>. Luego, una corte marcial reveló que, junto a muchos de sus subordinados, desviaron ilegalmente ciento dos mil pesos a sus propios bolsillos. Por tanto, la corte lo despojó de su rango, lo sentenció a seis años de cárcel, y exigió la restitución del dinero<sup>891</sup>. Dando un paso inusual, apeló la sentencia de la corte marcial al Consejo de Estado, que anuló la decisión original del tribunal militar.

Patricio Lynch enfrentaba problemas más urgentes que disciplinar a Ambrosio Letelier. Bandas guerrilleras habían empezado a desplazarse desde sus santuarios en las faldas de las montañas para ocupar algunos de los valles costeros y puertos marítimos de Perú: los coroneles peruanos Pedro Mas y Octavio Bernasola, por ejemplo, aterrorizaban el valle Ica; el coronel Ma-

<sup>888</sup> Bulnes, *op. cit.*, vol. III, pp. 28-40.

<sup>889</sup> Hilarión Bouquet a Ambrosio Letelier, Huánuco, 13 de junio de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. V, p. 489; Perú, Ministerio de Guerra, *La Guerra del Pacífico...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 57-58.

<sup>890</sup> Patricio Lynch a Eulogio Altamirano, 13 de julio, Cablegramas: “Detalles sobre la expedición Letelier”, Junín, 20 de mayo de 1881 [tomado de una carta], en AM, *op. cit.*, vol. V, pp. 455-456.

<sup>891</sup> Patricio Lynch, Lima, 4 de febrero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VI, p. 392 y ss.

nuel Negrón condujo montoneros en Piura, al igual que el coronel Gregorio Relaize en Lambayeque. Patricio Lynch, sin embargo, carecía de tropas para perseguir a todos estos enemigos: más del sesenta por ciento de su ejército de quince mil cuatrocientos veintinueve hombres protegía Lima, Callao y Chorrillos<sup>892</sup>. Quizá tenía razón en enfatizar el control de la capital del país y su principal puerto marítimo: las dos ciudades, además de contar con cerca de ciento veinte mil habitantes, generaban una parte importante de los ingresos que Chile necesitaba para financiar su ejército de ocupación, y también servían como conducto para los suministros y tropas con que se equipaban y dotaban de personal a las unidades de Patricio Lynch. En general, las élites de Lima poseían la mayor parte de los activos líquidos de Perú, sobre los que los chilenos periódicamente cobraban impuestos para paliar las demandas económicas del ejército de ocupación<sup>893</sup>.

Pero estacionar la mayoría de sus tropas en Lima no garantizaba la seguridad del ejército de ocupación de Patricio Lynch. Los limeños atacaban a los soldados chilenos en las calles de la capital, en haciendas a solo veinte kilómetros de distancia, y en las ciudades serranas de Chosica, San Jerónimo y Santa Elena<sup>894</sup>. En realidad, eran pocos los lugares en Perú que parecían seguros: los chilenos tenían que luchar para prevenir el sabotaje de las líneas de ferrocarriles y la usurpación de trenes, para terminar con los asaltos en las haciendas, además de enfrentarse en feroz combates con bandas de montoneros<sup>895</sup>. En un intento patriótico por marcar presencia, los chilenos llegaron a Paita persiguiendo al coronel Adolfo Negrón<sup>896</sup>. Patricio Lynch también envió hombres del batallón Victoria al sur a Cerro Azul con la esperanza de recaudar dinero de la aduana local y de revivir la economía azucarera en Cañete. Sin embargo, como observó un oficial, la expedición cayó en una emboscada, y tuvo que combatir con bandas de montoneros de mil hombres que calcinaban la tierra prendiendo fuego a las haciendas y destruían puentes cuando se batían en retirada. En el norte, los chilenos del Lautaro y el Zapadores rechazaron un ataque de más de doscientos hombres bajo el mando de un cacique de la

<sup>892</sup> José Francisco Gana a Patricio Lynch, Lima, 17 de mayo de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, pp. 145-153.

<sup>893</sup> Margarita Giesecke, “Las clases sociales y los grupos de poder”, pp. 68-69; López Martínez, *op. cit.*, p. 25.

<sup>894</sup> Demófilo Fuenzalida et al., Lima, 22 de julio de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 512-513; Estanislao del Canto et al., Lima, 29 de septiembre de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 240-241; Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 24 de octubre de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 284-285; J. M. Alcéreca a Adolfo Silva, Chosica, 9 de abril de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 7.

<sup>895</sup> Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 1 de octubre de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 221; Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 24 de octubre de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 283-284.

<sup>896</sup> Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 16 de octubre de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 221-222.

guerrilla local<sup>897</sup>. Así, Patricio Lynch se expresó mal cuando describió como “completamente tranquilos” largos tramos de la costa peruana, desde su frontera norte con Ecuador a Paracas, al sur de Lima<sup>898</sup>. Unidades de guerrilla operaban libremente en el norte de Perú, en Libertad, Lambayeque, Trujillo y Chancay, y en el sur en los valles de Cañete e Ica. Más aún, los mонтонероs obligaron a los chilenos a revisitar sus victorias previas en el sur: en septiembre de 1881 los hombres de Patricio Lynch partieron hacia el interior de Tacna para destruir doscientos cincuenta a trescientos irregulares comandados por Juan Luis Pacheco de Céspedes, con cuartel general en Tarata<sup>899</sup>.

Hacia fines de 1881, el programa de contrainsurgencia de Patricio Lynch se volvió casi tan ritualizado como un ballet: los mонтонероs peruanos se apoderaban de territorios; los chilenos respondían enviando una expedición para expulsar a las guerrillas, restaurar el orden e imponer impuestos, que a menudo no podían cobrar. Entonces, frente a una sublevación en otra zona, los chilenos se marchaban, permitiendo que los rebeldes reocuparan el territorio recién evacuado. Como lamentaba el coronel chileno Eulogio Robles, al tener sus tropas desplegadas en forma tan dispersa, no tenía el personal para proteger siquiera la seguridad de las líneas ferroviarias, menos aún para proteger una región completa<sup>900</sup>.

## LA CAMPAÑA DE LA SIERRA DE 1882

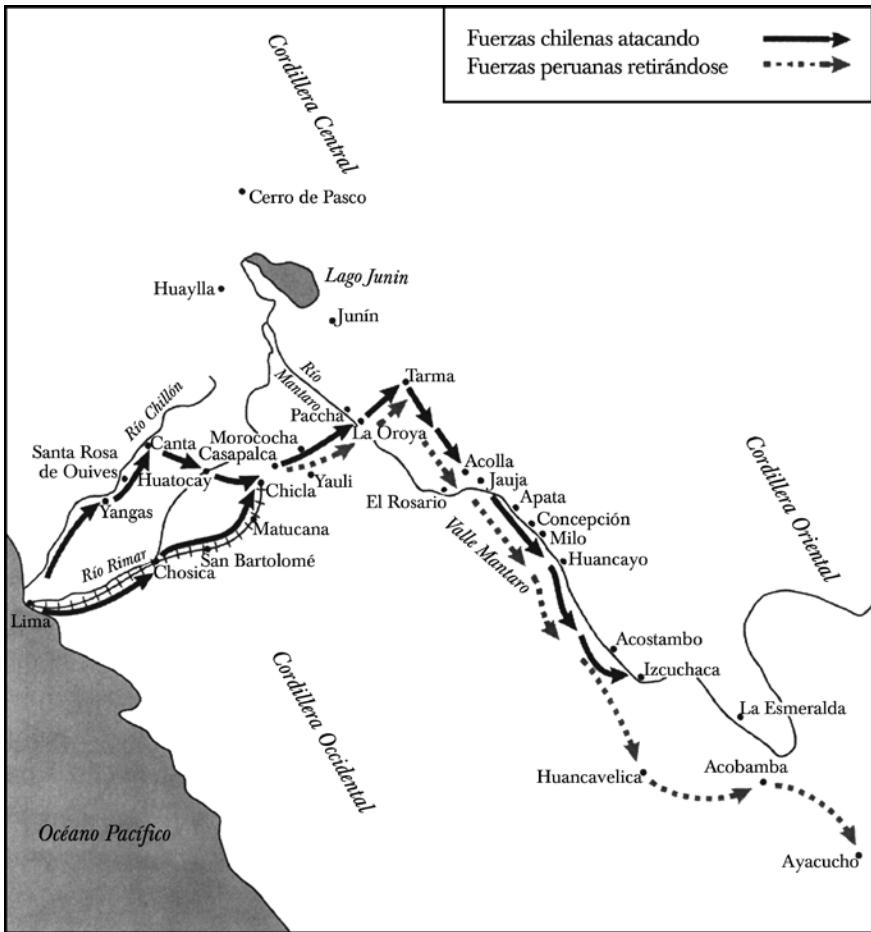
Aunque enervantes, las bandas de guerrillas eran como mosquitos: irritaban a las fuerzas de ocupación, pero no amenazaban la hegemonía chilena. El enemigo principal de Patricio Lynch seguía siendo el general Andrés Cáceres, y, en consecuencia, el 1 de enero de 1882 el oficial naval autorizó una segunda expedición a los Andes con órdenes de aniquilar los elementos peruanos. La ofensiva chilena consistía en dos columnas: dos mil hombres al mando del coronel José Francisco Gana marcharían en paralelo a la vía férrea entre Lima y Chicla, para atacar frontalmente al ejército del general Andrés

<sup>897</sup> Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 21 de junio de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, p. 473; Enrique Baeza al General, Jefe de Estado Mayor, Pueblo Nuevo, 24 de Junio de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 473-474; Sofanor Parra al oficial al mando, División Cañete, Cañete Nuevo, 24 de junio de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 474-75; Enrique Baeza a su esposa, Cañete, 21 de junio de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. v, pp. 476-477; Lynch al ministro de Guerra, Lima, 10 de septiembre de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 215; Manuel Novoa al oficial al mando, Ejército del Norte, Trujillo, 31 de octubre de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 216.

<sup>898</sup> Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 17, 18 de junio de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 79.

<sup>899</sup> Luis Arteaga al Presidente de la República, Tacna 3, 13 de septiembre de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 179.

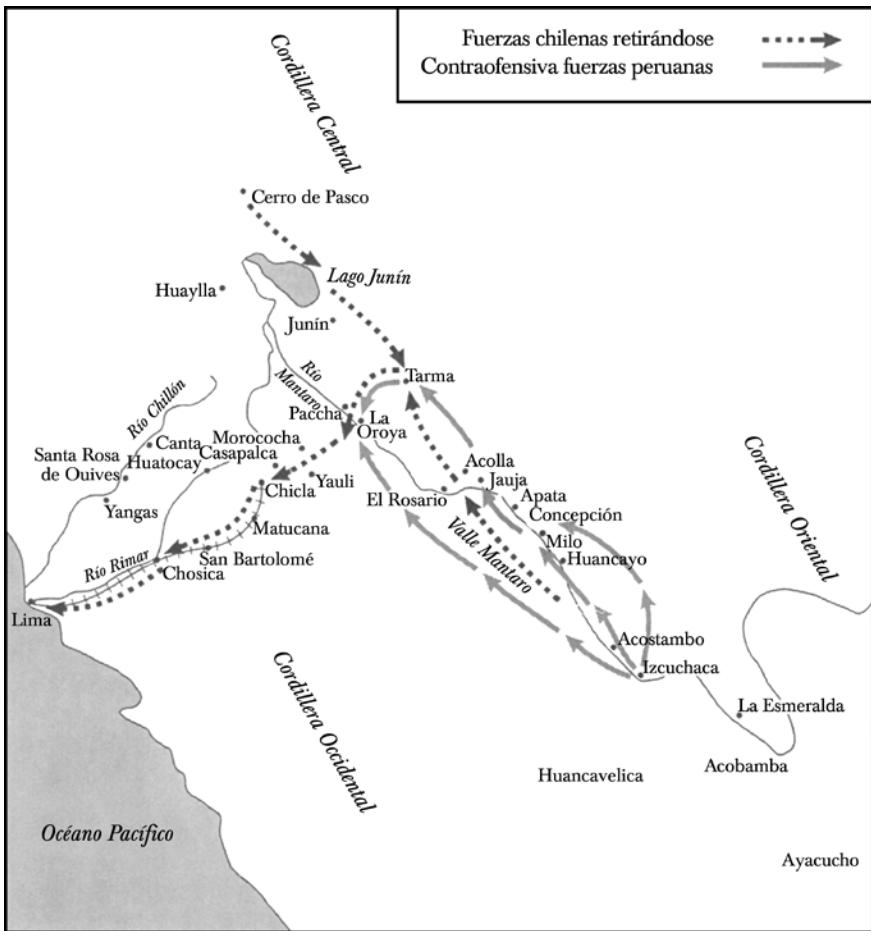
<sup>900</sup> Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 24 de octubre de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 283-284.



La campaña de la Sierra de 1882.

Cáceres. Mientras tanto, las tres mil tropas de Patricio Lynch, que partirían desde Lima el 5 de enero, se dirigirían primero al noreste a través del valle del río Chillón hasta Canta. Una vez que hubieran alcanzado ese objetivo, los chilenos girarían al sur hacia el sureste. Si todo se desarrollaba de acuerdo al plan, mientras los chilenos atacaban desde el sur, los contingentes de Patricio Lynch golpearían desde el norte, destrozando el ejército de Andrés Cáceres en el yunque de José Francisco Gana.

La ofensiva chilena sorprendió al general Andrés Cáceres en un momento vulnerable: un brote de tifus mató a tantas de sus tropas, entre ocho y diez hombres al día, que la epidemia marginó a su batallón Tarma. Además tenía otros problemas: la lluvia constante destruyó sus pocos suministros; un subordinado, el coronel Manuel Vento, desertó, exponiendo el flanco de Andrés



La contraofensiva peruana de 1882.

Cáceres; y una unidad de caballería, los Cazadores del Perú, se amotinó dos veces, lo que lo obligó a ejecutar a los cabecillas del levantamiento. Por lo tanto, cuando llegó a Huancayo, la suma de enfermedades, ejecuciones sumarias y agotamiento había reducido su ejército de cinco mil a mil trescientos hombres<sup>901</sup>. Pronto quedó claro que Patricio Lynch había aprendido algunas de las lecciones de la desafortunada misión de Ambrosio Letelier. De acuerdo con sus nuevas órdenes, los comandantes debían usar caminos estrechos y pasos de montaña solo con gran cuidado; también tenían que mantener una estricta disciplina de marcha para prevenir que los montoneros derribaran a los rezagados. Conscientes de que las enfermedades incapacitaban a más

<sup>901</sup> Cáceres, *op. cit.*, pp. 114, 118-119, 121, 123, 133-135, 139, 141.

hombres que las balas del enemigo, los chilenos trataron de asegurar que las tropas estuvieran bien alimentadas, descansadas y sanas. Como comprendió que su misión dependía de la buena voluntad de los peruanos locales, Patricio Lynch instruyó a sus comandantes respetar la propiedad neutral así como también la de los ciudadanos peruanos. Si los chilenos tenían que imponer tributos para comprar bienes de primera necesidad como alimentos, debían tratar de recaudarlos sin antagonizar con los residentes locales. La sensibilidad de Patricio Lynch, sin embargo, tenía sus límites: catalogando a los irregulares armados como bandidos, autorizó explícitamente a sus hombres “exterminar” a todos los montoneros. Más aún, autorizó tomar rehenes y ejercer represalias para disuadir ataques futuros a las tropas chilenas<sup>902</sup>.

Alertado por su red de inteligencia, Andrés Cáceres no fue sorprendido por la ofensiva de Patricio Lynch. De hecho, cuando los hombres de José Francisco Gana llegaron a Chicla, aquel ya se había retirado –aunque con poco orden– hacia el noreste. Tras ordenar a algunas de sus tropas proteger la retaguardia, persiguió al comando de Andrés Cáceres, de unos dos mil hombres, a través de las montañas. Aunque logró mantenerse justo fuera de alcance, lograr esta hazaña fue a expensas de dejar, tras de sí,

“una verdadera cadena de muertos, y de soldados y oficiales muriéndose de enfermedades y miseria, a quienes era necesario ir recogiendo y ayudando [por los chilenos]”<sup>903</sup>.

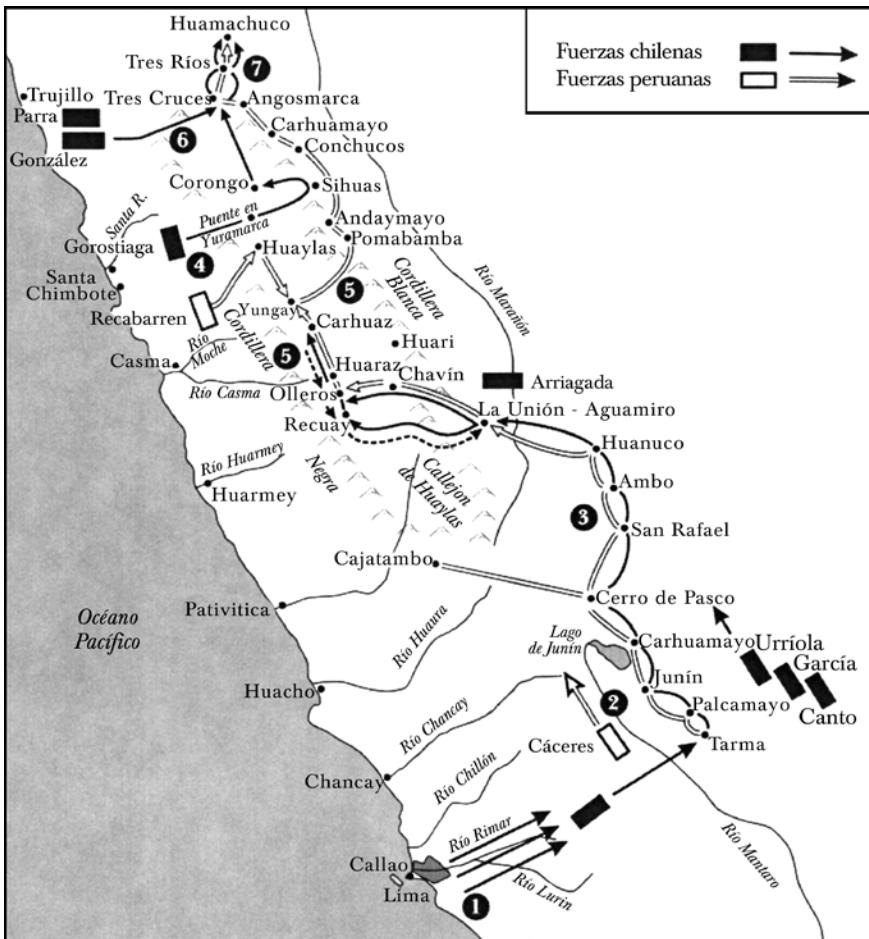
Los chilenos parecían solo marginalmente más afortunados: el mal tiempo y peores caminos obligaron a Patricio Lynch a ordenar a sus unidades de artillería volver a Lima, mientras que dejó a su exhausta infantería avanzando en medio de la lluvia y tormentas de nieve que duraban tres a cuatro días. Las tropas sufrieron enormes dificultades: el regimiento Maule, la retaguardia de Patricio Lynch, pasó una noche expuesto a una tormenta de nieve a cuatro mil quinientos metros de altura. Por fortuna para la columna, José Francisco Gana ordenó a la unidad volver a Lima, pero no antes de que dos de los hombres del Maule sucumbieran a las gélidas temperaturas<sup>904</sup>.

Una disputa estalló entre Patricio Lynch y los funcionarios chilenos en Lima. Citando las terribles condiciones y el clima, Patricio Lynch rogó al gobierno abortar la expedición. Cuando el 20 de enero los funcionarios lo-

<sup>902</sup> Patricio Lynch a José Francisco Gana, Lima, 1 de enero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 367-368; Patricio Lynch, “Instrucciones al Jefe de la División que marcha a Jauja, Tarma y otros puntos del Perú”, pp. 368-369; Gana a Lynch, Chilca, 10 de enero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 366.

<sup>903</sup> José Francisco Gana a Patricio Lynch, Chilca, 10 de enero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 366.

<sup>904</sup> W. Castillo a Lynch, Callao 17 de enero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 366-367.



1. A inicios de 1882 los chilenos lanzan un ataque en tres frentes contra Andrés Cáceres. Los comandantes chilenos son León García, quien partió el 6 de Abril; coronel Estanislao del Canto quien salió el 25 de abril, y Martíniano Uriola.
2. Andrés Cáceres se retira al noroeste.
3. Andrés Cáceres creyendo que el general Isaac Recabarren está cerca de Aguamiro/Unión va allí. Marco Arriagada trata de capturar a Andrés Cáceres, quien engaña a los chilenos haciéndolos creer que él se retiró al sur. Cuando Marco Arriagada trata de seguirlo, Andrés Cáceres escapa al norte.
4. Alejandro Gorostiaga deja Trujillo el 10 de mayo con la esperanza de prevenir a Isaac Recabarren sobre las fuerzas de Andrés Cáceres. Cuando el chileno falló en cumplir su misión, Patricio Lynch, a fines de junio, lo envía hacia Sihuas con el fin de bloquear al ejército de Andrés Cáceres, que se estaba moviendo hacia el norte. Comprendiendo que no podría alcanzar su objetivo a tiempo, Alejandro Gorostiaga contramarchó en Corongo, con la esperanza de interceptar a los hombres de Andrés Cáceres.
5. Para evitar ser acorralado y capturado, Andrés Cáceres cruza la cordillera Blanca en Arguayanchaca, entrando al callejón de Huaylas. Andrés Cáceres avanza al noreste hacia Yungay donde enlaza con las fuerzas de Isaac Recabarren el 19 de junio.
6. Andrés Cáceres, para evitar a Alejandro Gorostiaga, vuelve a cruzar la cordillera Blanca a 5.574 m pasados de Llanganuco. Marco Arriagada, que creyó erróneamente que Andrés Cáceres se ha retirado, se mueve en dirección sudeste, hacia la Unión. Andrés Cáceres, en el interin, marcha hacia Pomabamba.
7. Alejandro Gorostiaga recibe refuerzos de Herminio González y Sofonías Parra, de los cuales ambos abandonan Trujillo el 29 y 5 de junio, respectivamente. Alejandro Gorostiaga se mueve al noreste para proteger las fuerzas de Miguel Iglesias.
8. Andrés Cáceres, esperando prevenir que las tropas de Herminio González reforzaran a Alejandro Gorostiaga, trata de interceptarlas sin éxito en Tres Cruces. Herminio González, sin embargo, enlaza con Alejandro Gorostiaga forzando a Andrés Cáceres a pelear con ellos en Huamachuco.

Las campañas de la Sierra de 1883 y la batalla de Huamachuco.

cales del presidente Domingo Santa María rechazaron la solicitud de Patricio Lynch, el oficial entregó su mando a José Francisco Gana. Tras conducir a sus hombres por un paso a cuatro mil ochocientos metros de altura, José Francisco Gana ocupó Oroya el 22 de enero y Tarma dos días después. El 1 de febrero, sin embargo, el gobierno llamó de vuelta a José Francisco Gana, quien asignó al coronel Estanislao del Canto para comandar la expedición chilena. El siempre entusiasta Estanislao del Canto dividió a sus hombres en dos contingentes de quinientos hombres, que avanzaron hacia el sureste, a cada lado del río Mantaro.

Al principio, Andrés Cáceres pudo evitar el *Leviatán* chileno, pero el 5 de febrero se agotó su suerte. Las tropas de Estanislao del Canto alcanzaron y atacaron la retaguardia de Andrés Cáceres en Pucará. Los peruanos trataron de resistir, pero al final tuvieron que replegarse. Durante la retirada, una tormenta barrió de los senderos de la montaña hacia un desfiladero a cuatrocientos hombres de Andrés Cáceres, muchos gritando por ayuda, más sus cabalgaduras y equipamiento. Cuando Andrés Cáceres llegó a Ayacucho a fines de febrero, su ejército contaba con solo cuatrocientas tropas exhaustas y hambrientas<sup>905</sup>. Irónicamente, tanto los chilenos como los peruanos celebraron la segunda Campaña de la Sierra: Andrés Cáceres por lograr replegarse a Ayacucho y Estanislao del Canto por ganar el control del valle Mantaro, desde Cerro de Pasco en el norte hasta Huancayo en el sur<sup>906</sup>. El comandante chileno saborearía su victoria por poco tiempo.

Entre febrero y julio, Andrés Cáceres logró crear, reorganizar y equipar una banda de mil quinientos hombres. También incorporó a los indios locales en el ejército aprovechando la ira que les generaba tener que pagar impuestos y proporcionar alimentos a los chilenos. Aunque a veces iban armados con rifles antiguos, arcabuces o trabucos y pistolas, la mayoría sirvió en tres unidades distintas: *rejoneros* (lanceros), *galgueros* (los que lanzaban las rocas) y *honderos* (hombres con hondas).

A principios de abril aumentaron los ataques peruanos a las unidades chilenas, en particular hacia los grupos pequeños que transitaban por caminos aislados; también fueron atacados elementos de los regimientos chilenos Lau-taro y Segundo de Línea. El 8 de abril algunos de los indios en el valle Jauja demostraron su oposición a pagar impuestos o aportar alimentos cortando el puente local. El diario *El Coquimbo* informó que los indios se rebelaron a ambos lados del río Mantaro, asesinando al recaudador de impuestos y emboscando a un grupo de soldados chilenos enviados para restaurar el orden<sup>907</sup>. Las unidades chilenas tenían que soportar cada vez con mayor frecuencia el fuego de francotiradores y emboscadas, que las obligaban a luchar para poder

<sup>905</sup> Cáceres, *op. cit.*, pp. 141, 148-149.

<sup>906</sup> Del Canto, *op. cit.*, pp. 171-175.

<sup>907</sup> *El Coquimbo*, Coquimbo, 12 de abril de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 496-497.

volver a sus campamentos. Los comandantes chilenos no lo advirtieron, pero la naturaleza de la lucha con Perú había cambiado fundamentalmente: Andrés Cáceres abandonó la idea de hacer una guerra tradicional. En lo sucesivo, observó, su campaña sería una

“combinación de acciones locales; estratagemas, trampas, emboscadas, escaramuzas, y asaltos, en los que la sorpresa, la rapidez de movimiento, la astucia, las artimañas, la habilidad y artificios más que la fuerza compensarán las desventajas de nuestra inferioridad numérica y formas de luchar”<sup>908</sup>.

Paradójicamente, los chilenos, que habían aprendido a hacer una “guerra moderna”, tuvieron que reaprender algunas de las lecciones que con tanta dificultad habían llegado a dominar luchando con los araucanos en el sur.

A fines de mayo los chilenos perdieron trescientos hombres. Aisladas en un mar de odio, las tropas cubiertas de piojos sufrieron enormes privaciones. Cuando su caballo tuerto murió, Marcos Ibarra, un voluntario enrolado en el Segundo de Línea, tuvo que esforzarse para cruzar la nieve en las montañas con botas llenas de paja. Vestidos con uniformes parchados y subsistiendo con vegetales, charqui de vacuno agusanado, carne de llama y galletas tan duras que los hombres tenían que usar las culatas de sus rifles para partirlas, los chilenos apenas sobrevivieron. El sacrificio mensual o bimensual de un buey se transformó en causa de alegría, pues proveía a los hombres de carne fresca para sus estómagos y cuero para cubrir sus pies<sup>909</sup>. Enfermedades como el tifus y la viruela causaron estragos en los semidesnudos y hambrientos chilenos. Una unidad, el regimiento Tercero de Línea, perdió ciento noventa y tres de sus seiscientos hombres. Al advertir que el ejército de Andrés Cáceres, de cerca de cinco mil hombres, entre ellos tres mil indios, superaba en cantidad a los chilenos, José Francisco Gana ordenó en secreto a su hombres replegarse. Inexplicablemente, envió este mensaje no cifrado a través de un servicio telegráfico con empleados peruanos. Alertado de la retirada chilena, Andrés Cáceres lanzó una ofensiva a principios de julio para perseguir a sus enemigos cuando trataban de huir del valle Mantaro<sup>910</sup>.

Desencadenó una serie de ataques que, junto al constante hostigamiento de los indios auxiliares, obligaron a Estanislao del Canto a dispersar sus unidades, lo que aumentó su vulnerabilidad. Mientras tanto, el comandante peruano dividió a sus hombres en tres columnas. La primera bajo el mando del coronel Juan Gastó, se dirigió al norte a lo largo de las montañas orientales del valle

<sup>908</sup> Cáceres, *op. cit.*, p. 112.

<sup>909</sup> Ibarra Díaz, *op. cit.*, pp. 72, 77.

<sup>910</sup> Lynch, *Segunda memoria...., op. cit.*, vol. II, pp. 75-76; Estanislao del Canto al General, Huancayo, 4 de junio de 1882, en Del Canto, *op. cit.*, pp. 225, 234; Benavides, *op. cit.*, p. 176; Tomás de la Barra Fontecilla, *Historia del batallón N° 3 de Infantería de Chile*, p. 153; Palma, *Crónicas..., op. cit.*, p. 125.

Mantaro. La segunda, conducida por el coronel Máximo Tafur, se desplazó en el lado oeste del valle, con la esperanza de cortar o capturar el crucial puente sobre el río Oroya. Entretanto, Andrés Cáceres, a la cabeza de la tercera columna, avanzaría por el valle Mantaro, presionando a los chilenos delante suyo. Si todo transcurría de acuerdo con el plan, Andrés Cáceres empujaría al ejército de ocupación chileno hacia el puente Oroya, el que ya habría sido capturado o destruido por sus hombres. Una vez que sus soldados controlaran este crucial cuello de botella, podría encerrar a los hombres de Estanislao del Canto en el valle Mantaro con tanta eficiencia, y el mismo resultado, que el frasco mortífero de un científico. Los chilenos se enfrentarían entonces a una elección: morir o capitular<sup>911</sup>.

Estanislao del Canto puede no haber conocido la estrategia precisa de Andrés Cáceres, pero se dio cuenta que tenía que escapar del valle Mantaro. La retirada chilena de Huancayo requería que sus hombres avanzaran hacia el norte, pasando a través de Concepción y Jauja. Una vez que llegaran a Tarma, se dirigirían al oeste, cruzando el río Mantaro en Oroya, y luego marcharían a Chicla y de ahí a Lima. A medida que los elementos del ejército de Estanislao del Canto avanzaran hacia el norte, los chilenos de las guarniciones de Cerro de Pasco y Junín se retirarían hacia el sur hasta llegar también a Tarma, donde también cruzarían el puente del río Mantaro. Desafortunadamente para Estanislao del Canto, las tropas de Andrés Cáceres y sus auxiliares indios aumentaron la presión asaltando a las unidades chilenas que se retiraban<sup>912</sup>. Demorados por más de ciento cincuenta heridos y los enfermos, muchos en camillas, cada emboscada retrasaba aún más la columna de nueve kilómetros<sup>913</sup>. El éxodo de Estanislao del Canto del valle Mantaro se transformó en el *via crucis* de Chile. Arturo Benavides del Lautaro describió a sus compañeros enfermos, desnudados y pobemente calzados, a veces apoyados por un camarada, montados a caballo o transportados en una camilla, soportando el acoso de montoneros que les arrojaban rocas<sup>914</sup>. Un oficial del batallón Santiago mencionó que los peruanos estaban infligiendo bajas a “soldados victoriosos a los que las balas enemigas han sabido respetar desde Antofagasta a Lima”<sup>915</sup>, y que ahora iban dando tumbos sendero abajo en la montaña bajo una avalancha de peñascos y rocas. A mediados de julio Estanislao del Canto reportó que sus hombres necesitaban raciones y sus cabalgaduras forraje, que las guarniciones más pequeñas suplicaban por refuerzos, y que sus soldados requerían entre cincuenta

<sup>911</sup> Cáceres, *op. cit.*, pp. 177-178; Andrés Cáceres al delegado del supremo gobierno en Lima, Tarma, 22 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 209-210.

<sup>912</sup> Estanislao del Canto a Patricio Lynch, Oroya, 18, 19 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 211-212.

<sup>913</sup> Estado Mayor General, *op. cit.*, vol. VI, p. 283; Manuel Ravest Mora, “Memorias íntimas del General Estanislao del Canto (1840-1923)”, p. 330.

<sup>914</sup> Benavides, *op. cit.*, pp. 190-199.

<sup>915</sup> “Carta”, 25 de junio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 187-188.

y cien mil municiones. Las enfermedades ocasionaron, quizá, más bajas que los montoneros: doscientos treinta y siete de cuatrocientos setenta y tres chilenos enfermos murieron<sup>916</sup>.

La falta de alimento llegó a ser tan aguda que algunas tropas sacrificaron y se comieron a la llama mascota de su unidad<sup>917</sup>. A medida que los hombres se dirigían al norte, a marcha forzada, hacia Tarma y el puente Oroya, la difícil situación chilena llegó a ser desesperada. “Totalmente sin provisiones”, los animales de Estanislao del Canto devoraban los techos de paja de las casas y sus tropas quemaban parte de las casas para mantenerse abrigadas. El clima gélido tornó la lluvia constante en nieve, que mató no solo a los heridos sino, también, a los indios porteadores, que supuestamente estaban aclimatados<sup>918</sup>.

“La batalla que estamos librando aquí –observó Estanislao del Canto– no es contra el enemigo sino contra los elementos que nos hostilizan”<sup>919</sup>.

“Si los suministros y las municiones no llegan –escribió– la situación del ejército será desesperada”<sup>920</sup>.

Para algunos chilenos la guerra ya había terminado. El 10 de julio los hombres de Estanislao del Canto llegaron a la ciudad de La Concepción, donde descubrieron los cuerpos mutilados de los setenta y siete hombres de la guarnición al mando del capitán Ignacio Carrera Pinto y sus tres cantineras, y también los de dos niños, entre ellos un bebé. El día anterior, alrededor de trescientas tropas peruanas más mil quinientos guerrilleros, habían atacado la ciudad. Aunque superados en número y armamento, los chilenos, muchos de ellos enfermos de tifus, se negaron a rendirse. Durante veinte horas los hombres de Ignacio Carrera Pinto pelearon hasta que agotaron sus municiones, algunos disparando desde edificios incendiados por los peruanos. Entonces prepararon sus bayonetas, atacando a los peruanos por última vez. Ningún chileno sobrevivió. Los peruanos masacraron a los hombres de Ignacio Carrera Pinto, y ensartaron partes de los cuerpos, incluyendo cabezas cortadas, en sus lanzas como anticuchos en asador. Los que no combatían sufrieron un destino más horripilante: aparentemente los peruanos arrastraron a las cantineras a la

<sup>916</sup> Domingo Castillo al Coronel de la División, Zapallanga, 29 de junio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 183-184; Estanislao del Canto a Patricio Lynch, Huancayo, 10 de julio 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 175; H. Latapiat al oficial al mando, Ejército del Centro, Jauja, 10 de julio de 1882, en Del Canto, *op. cit.*, pp. 226, 238.

<sup>917</sup> Benavides, *op. cit.*, pp. 190-199.

<sup>918</sup> Estanislao del Canto a Patricio Lynch, La Oroya 18, 19 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 211-212; Del Canto a Jefe del Estado Mayor, La Oroya, 18 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 212.

<sup>919</sup> Estanislao del Canto a Patricio Lynch, La Oroya, 19 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 212.

<sup>920</sup> Del Canto, *op. cit.*, p. 239.

plaza principal donde las desnudaron y luego las cortaron en pedazos. Los dos niños tuvieron el mismo destino. Los peruanos definieron la matanza como retribución, porque, como observó Andrés Cáceres, “no hay crímenes que [los chilenos] no han [yan] cometido”. Manuel Horta, un periodista peruano que escribía en *El Eco de Junín*, coincidió: los peruanos estaban tomando represalias legítimamente por las atrocidades chilenas anteriores. Estanislao del Canto no pudo permitirse el lujo de llorar la muerte de sus hombres martirizados. Tras enterrar a los muertos y extraer el corazón de los oficiales, que colocó en botellas de vidrio para enviar a Chile, destruyó por completo La Concepción, matando a tantos que tiñó de rojo el suelo de la ciudad con sangre, antes de reanudar su marcha<sup>921</sup>. Andrés Cáceres, que creía que estaba al borde de ganar su primera victoria sobre los chilenos, se regocijó por el dolor de Estanislao del Canto. “La confusión del enemigo es terrible”, se vanaglorió, “y es de esperar que ninguno vuelva a Lima”<sup>922</sup>.

El plan de Andrés Cáceres, de atrapar a los chilenos, se hundió cuando el teniente Francisco Meyer y setenta hombres del regimiento Tercero de Línea rechazaron el asalto peruano en el puente del Oroya; la puerta para el camino a la salvación de Estanislao del Canto aún permanecía entreabierta<sup>923</sup>. Pero no estaba claro por cuánto tiempo un puñado de hombres acosados iba a poder mantener abierta esta vulnerable vía de escape. Tenía que acelerar el movimiento de sus hombres a través del paso en Oroya antes de que Andrés Cáceres lograra cerrarlo. Aunque su contingente llegó a Tarma el 13 de julio, no había llegado el comandante de las unidades chilenas que ocupaban Cerro de Pasco, el coronel José Antonio Gutiérrez. Mientras más se retrasaba, más arriesgaba a sus hombres, sobre todo aquellos que trataban de mantener abiertas las líneas de transporte y comunicaciones<sup>924</sup>. Cansados de las emboscadas de los enemigos, sin dormir, hambrientos, acosados por un frío tan feroz que mataba a los enfermos y los heridos en sus camillas, un chileno anónimo temía que su unidad pudiera sufrir el mismo destino que los de La Concepción: “Nunca he visto una retirada como la nuestra. Dada nuestra condición actual”, observó,

<sup>921</sup> Duarte, *op. cit.*, pp. 57-58; Manuel Ravest Mora, “Combate de Concepción: Narración del soldado Marcos Ibarra”, pp. 7-13; Marcial Pinto Agüero al oficial al mando, División del Centro, Jauja, 12 de enero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 189-190; Andrés Cáceres al prefecto de Ayacucho, Apata, 13 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 192; M.F. Horta, *El Eco de Junín*, Junín, 26 de agosto de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 192-196; José Francisco Gana a Francisco Barceló, Lima, 2 de agosto de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 202-203.

<sup>922</sup> Andrés Cáceres a Remigio Morales Bermudes, Huancayo, 11 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 187.

<sup>923</sup> Francisco Meyer al oficial al mando, Oroya, 3 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 176; José Antonio Gutiérrez al Jefe del Estado Mayor, Cerro de Pasco, 10 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 177.

<sup>924</sup> Estanislao del Canto a Patricio Lynch, Lima, 30 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 215-216.

solo llegar al puente Oroya “sería una victoria”<sup>925</sup>. Aunque el viaje era duro y difícil, los chilenos no tenían más opción que perseverar. Después de descubrir los cuerpos de sus camaradas desnudos, a menudo decapitados, algunos apuñalados más de quinientas veces, los soldados chilenos se dieron cuenta de que, o aguantaban, o más les valía guardar su última bala para sí mismos<sup>926</sup>.

Finalmente, los hombres de José Antonio Gutiérrez llegaron a Tarma. Entonces, justo después de la medianoche del 17 de julio, las unidades de Estanislao del Canto, bajo órdenes estrictas de no fumar o hablar en voz alta, iniciaron su pesada marcha a través del paso a tres mil seiscientos metros de altura. La fila de hombres de trece kilómetros, en su gran mayoría descalzos, con sus uniformes hechos jirones y transportando setenta y dos camillas, cruzaron el paso montañoso alrededor de las seis y media de la mañana<sup>927</sup>. Cuando Andrés Cáceres se enteró dos horas más tarde de que los hombres de Estanislao del Canto habían escapado, trató sin éxito de perseguirlos. Pero la huida del valle Mantaro, independiente de cuán milagrosa fue, no acabó con los problemas de Estanislao del Canto: sus tropas, que por días habían subsistido con carne, agua y sal, aún necesitaban con desesperación alimentos, mientras que los azotaban la viruela, el tifus, la disentería, la fiebre tifoidea y otras fiebres. Tuvo que esperar que llegara ayuda.

Patricio Lynch elogió públicamente a Estanislao del Canto por llevar a cabo una retirada “cada vez que fue posible [...] de acuerdo con las necesidades de seguridad y salud de nuestro ejército”, pero en privado, lo culpaba por haberse demorado tanto en abandonar el altiplano<sup>928</sup>. El oficial naval también criticaba a Estanislao del Canto por quejarse de no haber recibido las municiones y transporte que necesitaba, los que, de hecho, Patricio Lynch había enviado<sup>929</sup>. Sin embargo, el Príncipe Rojo tenía otras causas de aflicción: la expedición de la Sierra acabó con quinientos treinta y cuatro soldados – ciento cincuenta y cuatro murieron en combate, doscientos setenta y siete sucumplieron a las enfermedades y ciento tres desertaron– sin atrapar a Andrés Cáceres<sup>930</sup>. Patricio Lynch, que tal vez estaba enojado con Estanislao del Canto por incurrir en estas pérdidas o por responsabilizar a sus superiores de maltratarlo a él y sus hombres, lo reemplazó por el coronel Martiniano Urriola.

<sup>925</sup> [Un oficial chileno], Tarma, 17 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 218-219.

<sup>926</sup> Benavides, *op. cit.*, pp. 182, 188, 190; Domingo Castillo al Coronel, oficial al mando Fuerzas del Centro, Zapallanga, 29 de junio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 183-184.

<sup>927</sup> Lynch, *Segunda memoria...*, *op. cit.*, vol. II, p. 85.

<sup>928</sup> Lynch al ministro de Guerra, Lima, 30 de agosto de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 306.

<sup>929</sup> Lynch al ministro de Guerra, Lima, 21 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 213; Benavides, *op. cit.*, p. 210.

<sup>930</sup> Estanislao del Canto al Jefe del Estado Mayor, Oroya, 29 de julio de 1882, José Francisco Gana a Del Canto, Chicla, 20 de julio de 1882, Del Canto a Patricio Lynch, 24 de julio de 1882, Lynch a Del Canto, Lima, 21 de julio de 1882 en Del Canto, *op. cit.*, pp. 265-268, 282-283; Cáceres, *op. cit.*, pp. 180-181; Basadre, *op. cit.*, vol. VI, p. 2591.

Habiéndose retirado, Patricio Lynch pudo acantonar sus tropas en zonas de fácil defensa: Callao y Lima así como Cañete, Ica y Chinca. Para su gran desilusión, estas regiones a menudo carecían de los recursos financieros o agrícolas para mantener al ejército de ocupación. El almirante chileno trató de recaudar nuevos impuestos, pero dado que los chilenos no podían gravar propiedades que pertenecían a neutrales, las que a menudo eran las más valiosas, el futuro de su gobierno de ocupación parecía particularmente sombrío. Como ya estaba en bancarrota debido a los impuestos anteriores, Perú no podía pagar los nuevos gravámenes que Patricio Lynch debía imponer para continuar la guerra<sup>931</sup>. Dados los miserables resultados de la segunda campaña de la Sierra, un diario de Arequipa puso en duda que Patricio Lynch pudiera seguir combatiendo en Perú al precio de arruinar la agricultura e industria chilena<sup>932</sup>.

También descubrió que las provincias costeras de Perú eran casi tan turbulentas como las de la sierra. En la primavera de 1882, por ejemplo, los chilenos tuvieron que superar un asalto de quinientos hombres al mando del coronel Miguel Iglesias, quien, como parte de una estrategia más amplia para expulsar a los chilenos de la provincia Libertad, atacó la ciudad norteña de San Pablo. El asalto fracasó y desencadenó una contraofensiva chilena que capturó Cajamarca, cuartel general del almirante Lizardo Montero, y recaudó cuarenta y cinco mil pesos de plata<sup>933</sup>. Sin embargo, las tropas de Patricio Lynch debieron regresar de nuevo a Pisco para recaudar impuestos y eliminar del valle Ica las fuerzas del coronel Pedro Mas y otras bandas de montoneros<sup>934</sup>. Aunque Patricio Lynch al parecer tuvo éxito, en julio una banda de cuatrocientos irregulares obligó al mayor Máximo Correa del batallón Lontué a replegarse a Tambo de Mora, donde, gracias a la presencia del buque de guerra *Angamos*, lograron escapar<sup>935</sup>. En unas semanas el coronel Marco Arriagada volvió con refuerzos, pero su presencia no desalentó los asaltos montoneros<sup>936</sup>. Por el contrario, ataques a las vías férreas, la línea de telégrafo y los centros urbanos convulsionaron el valle de Ica a lo largo de octubre. La situación llegó a ser tan precaria, que apenas Marco Arriagada y sus tropas habían partido a llevar a cabo una expedición punitiva en el interior, el coronel Pedro Mas atacó la mal

<sup>931</sup> Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 30 de agosto de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, pp. 306-307.

<sup>932</sup> *El Diario de Arequipa*, Arequipa, 8 de agosto de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 232.

<sup>933</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria, 1882*, *op. cit.*, p. 9; Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 27 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 282; Ramón Carvallo Orrego al General en Jefe, San Pedro, 17 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 205.

<sup>934</sup> Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 19 de enero, 23 de febrero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 397, 399-400.

<sup>935</sup> Waldo Díaz al Jefe de Operaciones del Ejército, Ica, 31 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 253.

<sup>936</sup> Patricio Lynch a Marco Arriagada, Lima, 26 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 351.

defendida ciudad. Los doscientos cuarenta hombres del Lontué repelieron a setecientos peruanos durante diecisésis horas, hasta que sus camaradas atacaron la retaguardia de Pedro Mas, matando quizá hasta doscientos treinta hombres<sup>937</sup>.

La agitación también acosó a Cañete, un rico valle sureño productor de azúcar de caña. Patricio Lynch esperaba traer “orden y trabajo” a Cañete resucitando la economía de exportación de azúcar, y sufragar así los costos de la ocupación. También quería fomentar la producción de alimentos para dar de comer a sus hombres<sup>938</sup>. Por otro lado, la ocupación chilena de Cañete dejaría a los mонтонeros sin una fuente de provisiones e ingresos, ni un puerto a través del cual pudieran importar material de guerra. Sin embargo, pacificar el valle de Cañete resultó ser en extremo complicado. En 1879 los negros de la zona, muchos de los cuales eran esclavos *de facto*, empezaron a asesinar a los trabajadores chinos que estaban contratados localmente<sup>939</sup>. Este derramamiento de sangre continuó en la década de 1880. Al parecer algunos mонтонeros participaron en la matanza, asesinando hasta mil asiáticos en un solo día<sup>940</sup>. Si Patricio Lynch esperaba revivir la economía del valle, sus tropas tendrían que permanecer en Cañete, porque sin la mano de obra china los hacendados locales no podían cultivar sus plantaciones de caña de azúcar o proveer de personal a sus molinos, y sin las tropas chilenas para protegerlos, los asiáticos no permanecerían en la zona<sup>941</sup>.

En mayo de 1882, por ejemplo, cuando el batallón Curicó del teniente coronel Vicente Ruiz llegó a Tambo de Mora para liberar el valle de Cañete, revivir su agricultura y recaudar treinta a cuarenta mil pesos de plata, encontró oposición casi apenas arribó<sup>942</sup>. Enfrentando a los francotiradores mонтонeros, el Curicó se abrió paso hacia el interior, solo para descubrir que la mayoría de los habitantes locales habían huido de Cañete y que las guerrillas se habían

<sup>937</sup> Horacio de Nordenflycht al General, oficial al mando, Operaciones, Pisco, 3 de octubre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 352-353; Máximo Correa al Jefe del Estado Mayor, Ica, 4 de octubre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 354; Marco Arriagada al Jefe de Operaciones del Norte, Ica, 12 de octubre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 353-354.

<sup>938</sup> Patricio Lynch al Jefe “Ocupación de Cañete”, Lima, 29 de mayo de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 153-154.

<sup>939</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria, 1882*, *op. cit.*, p. 11; Ramón Aranda de los Ríos y Carmel Sotomayor Rogguero, “Una sublevación negra en Chincha: 1879”, vol. I, pp. 243, 245.

<sup>940</sup> Vicente Ruiz a Patricio Lynch, La Quebrada, 30 de junio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 155.

<sup>941</sup> Manuel Jarpa, Cañete, 9 de agosto de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 273-274; Jarpa a Patricio Lynch, La Quebrada, 17 de agosto de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 274-276; Jarpa a Lynch, La Quebrada, 30 de agosto de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 276-277; Jarpa a Lynch, Cañete, 17 de agosto, 5 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 277-278; Jarpa al General en Jefe, Cañete, 2 de octubre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 349-350.

<sup>942</sup> Patricio Lynch al Jefe, Ocupación de Cañete, Lima, 29 de mayo de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 153-154; Lynch al ministro de Guerra, Lima, 5 de junio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 154; Lynch al Jefe militar de Cañete, Lima, 29 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 271-272.

refugiado en las alturas y a lo largo de la ribera del río cercano, que estaba rodeado de tupidos bosques. Como temía atacar a los bien atrincherados peruanos, Vicente Ruiz volvió a Cañete con las manos casi vacías: extrajo cinco mil pesos de los habitantes que quedaban en un pueblo cercano a cambio de no encarcelarlos. El episodio deprimió a Vicente Ruiz: los mонтонерос, informó, asesinan

“impunemente a nuestros soldados en los desfiladeros sin poderlos perseguir porque el río es invadible porque los cerros no se puede subir para flanquearlos y los fuegos se cruzan y últimamente [...] porque el enemigo no se ve y solo se nota que existe por las detonaciones de los tiros”<sup>943</sup>.

Por consiguiente, Cañete permaneció sin pacificar. En diciembre, Marco Arriagada encabezó otra expedición al interior del valle con el objetivo de erradicar las bandas de mонтонерос locales<sup>944</sup>. Él también fracasó. Los guerrilleros peruanos se ocultaron, siguiendo el consejo del general Miguel Iglesias de no atacar a los chilenos, “excepto en el caso de tener las mayores posibilidades de triunfar”<sup>945</sup>. Luchar contra un enemigo oculto claramente frustraba a los chilenos. Florentino Salinas describió con ira cómo los mонтонерос, que escapaban usando “rutas desconocidas para sus perseguidores”, lograban de manera invariable “frustrar los objetivos de los que los seguían”. En cambio, los agotados chilenos al “volver a ocupar sus posiciones [...] no saben si pueden dormir en calma o si tienen que esperar un ataque”<sup>946</sup>.

A lo largo de Perú, los mонтонерос interrumpieron la red de transporte, sabotearon las economías locales y asaltaron ciudades. Patricio Lynch respondió enviando tropas a: Ancón, Chancay, Huacho, Chimbote, Lambayeque, Trujillo, Chiclayo, Eten, Pimental y Piura, puertos o ciudades al norte de Lima y a Cerro Azul, Pisco y Tambo de Mora en el sur<sup>947</sup>. Sin embargo, este movimiento casi frenético de hombres y suministros, hacia y fuera del campo, no logró someter a Perú: incondicionales como los coroneles Pedro Mas y Octavio Bernasola aún operaban en Ica, mientras que Miguel Iglesias continuaba gobernando Cajamarca.

<sup>943</sup> Vicente Ruiz a Patricio Lynch, La Quebrada, 30 de junio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 155.

<sup>944</sup> Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 23 de diciembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 455-456; Julio Salcedo al oficial al mando, Ejército del Centro, El Arenal, 28 de diciembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 456-458.

<sup>945</sup> Miguel Iglesias al subprefecto de Chiclayo, Cajamarca, 22 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 210.

<sup>946</sup> Salinas, *op. cit.*, p. 274.

<sup>947</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria, 1882*, *op. cit.*, p. 11; Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 27 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 283; Lynch al ministro de Guerra, Lima, 24 de octubre de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. VI, pp. 283-284.

La razón de este fracaso es muy simple: los chilenos carecían de personal no solo para capturar sino, también, para conservar el territorio enemigo. En teoría o, por lo menos, de acuerdo con la plantilla oficial de la organización, Patricio Lynch comandaba un ejército de cerca de veintiún mil setecientos hombres. Como se mencionó anteriormente, en la práctica sus fuerzas solo alcanzaban a quince mil cuatrocientos noventa y nueve hombres, y después de restar a los enfermos y desertores, esta cifra caía a trece mil noventa. De estos casi cuatro mil cien guarneían las ciudades en la sierra y ocho mil doscientos setenta custodiaban Callao y Lima, lo que le dejaba a Patricio Lynch menos de mil hombres para controlar el norte de Perú y las provincias sureñas<sup>948</sup>. Como no tenía tropas para invadir y ocupar localidades estratégicas, los soldados chilenos, en particular los que estaban en el sur, se convirtieron en el equivalente de bomberos militares que corrían de un desastre a otro, con la vana esperanza de restablecer la paz.

Las autoridades chilenas, que estaban superadas numéricamente, tuvieron que probar una serie de alternativas para revitalizar la economía de Perú, en lugar de estacionar de forma permanente las tropas en una zona. Los oficiales de Santiago, por ejemplo, trataron de garantizar un abundante suministro de mano de obra estimulando a los refugiados a volver a sus trabajos anteriores, al mismo tiempo que prohibieron a todos los habitantes abandonar la zona sin autorización. Temiendo que los vagabundos pudieran dar un mal ejemplo, el coronel chileno Alejandro Gorostiaga ordenó a los desocupados trabajar en proyectos de obras públicas hasta que encontraran un empleo permanente<sup>949</sup>.

Patricio Lynch también trató de ganar apoyo entre los peruanos. Por ejemplo, el Príncipe Rojo exigió a sus soldados imponer solo los tributos que fueran necesarios para sufragar los costos de la ocupación. En un intento por establecer impuestos equitativos, tomó en consideración las condiciones locales e, incluso, redujo la carga financiera cuando alguna economía regional era débil<sup>950</sup>. También pidió a sus oficiales gobernar las zonas ocupadas de manera justa. Leoncio Tagle del Lontué se hizo eco de estos sentimientos al indicar que no vacilaría en castigar, “con toda la fuerza de mi mando, reprimiendo la más insignificante falta ya de oficiales ya de tropa”<sup>951</sup>. Esta disciplina dura,

<sup>948</sup> Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 19 de abril de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 498; José Francisco Gana a Lynch, Lima, 17 de mayo de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, pp. 145-152; Lynch, *Memoria que el vice-almirante..., op. cit.*, pp. 226-237. Estas cifras no suman trece mil noventa quizás porque fueron publicadas en distintos momentos.

<sup>949</sup> Gabriel Álamos, Bando, Chincha, Alta, 4 de agosto de 1882, p. 267; Ramón Carvallo Orrego, Cañete, 12 de noviembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 427; Alejandro Gorostiaga, Trujillo, 30 de noviembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 427. Lynch aprobó esta política de obligar a trabajar a los vagabundos, Patricio Lynch al Jefe, Departamentos del Norte, Lima, 9 de diciembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 487.

<sup>950</sup> Patricio Lynch a Manuel Jarpa, Lima, 19 de enero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 397.

<sup>951</sup> Patricio Lynch, Lima, 31 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 272; Leónicio E. Tagle al oficial al mando, Expedición de Palpa, Ica, 27 de enero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 105.

pero justa, fue fructífera: de acuerdo con informes chilenos, los peruanos y varios residentes extranjeros apreciaron la conducta ejemplar de los hombres de Leoncio Tagle, sobre todo al contrastarla con el comportamiento de los guerrilleros peruanos. De manera similar, un oficial chileno observó que los vecinos del lugar aprobaron su decisión de ejecutar a un tal José Emiliano del Castillo, por asesinar a un ciudadano español<sup>952</sup>. El tratamiento supuestamente generoso de los civiles no significaba que los chilenos renunciaran al uso de la fuerza. Leoncio Tagle consideraba muy razonable, por ejemplo, ordenar dar quinientos azotes a un oficial peruano por negarse a revelar la ubicación de bienes robados y la localización de las bandas de montoneros locales<sup>953</sup>.

Pero los intentos de Patricio Lynch de ganar las mentes y los corazones de los peruanos, a menudo tuvieron que ceder ante las demandas de la guerra. Algunos consideraban cualquier conducta cruel como la correcta. *El Comercio*, argumentando que los peruanos interpretarían la generosidad chilena como un signo de debilidad, propugnó que los hombres de Patricio Lynch aplicaran más sanciones. Los peruanos “son salvajes”, acotó el diario, “y hay que exterminarlos”<sup>954</sup>. Por cierto, los oficiales de la ocupación gozaban de una amplia libertad para hacer precisamente eso. Los oficiales podían ejecutar con promoción a cualquiera que perteneciera a un grupo rebelde<sup>955</sup>. El coronel Waldo Díaz, por ejemplo, autorizó el fusilamiento de individuos que fomentaran la rebelión<sup>956</sup>. También autorizó a sus subordinados a ejecutar a oficiales peruanos capturados si hacían “el menor esfuerzo por instigar un levantamiento”<sup>957</sup>. Como se mencionó antes, el almirante Patricio Lynch también estimuló a sus hombres a tomar rehenes y, si era necesario, fusilar, incluso, a ciudadanos prominentes o antiguos oficiales<sup>958</sup>.

Innumerables ofensas llevaban a la pena de muerte, entre ellas apoyar actividades mонтонeras y transportar armas o municiones<sup>959</sup>. Los chilenos disparaban a las personas que parecían sospechosas y también a los que no las denunciaban por parecer sospechosas<sup>960</sup>. Manuel J. Jarpa, el comandante de

<sup>952</sup> Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 23 de febrero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 399-400.

<sup>953</sup> Leoncio E. Tagle al oficial la mando, Ica, 9 de febrero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 399.

<sup>954</sup> *El Comercio*, Callao, Pisco, 28 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, pp. 255-256.

<sup>955</sup> Patricio Lynch al oficial al mando de las fuerzas en Ica, Lima, 24 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 215; Lynch al jefe militar de Cañete, Lima, 29 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, pp. 271-272; Lynch a Manuel Jarpa, Lima, 31 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 272.

<sup>956</sup> Waldo Díaz, Ica, 27 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, pp. 251-252.

<sup>957</sup> Waldo Díaz a Jefe Estado Mayor, Ica, 31 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 254.

<sup>958</sup> Patricio Lynch al Jefe político y militar de Ica, Lima, 31 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 252.

<sup>959</sup> *Ibid.*

<sup>960</sup> Waldo Díaz al Jefe Ejército de Operaciones, Ica, 12 de agosto de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 256-257; Leoncio Tagle, Ica, 24 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 262.

Zapadores, ordenó a sus hombres matar a todo aquel que no tuviera identificación, entrara a una zona sin reportarlo a las autoridades, tratara de salir de la misma zona sin autorización, o que tratara de extorsionar mediante el uso de dinero<sup>961</sup>. En algunos lugares las autoridades exigieron a los hacendados pagar una fianza y luego emitir documentos que servirían como salvoconductos para todos los trabajadores agrícolas<sup>962</sup>. A veces, ofensas menores resultaban fatales. Por ejemplo, cuando cinco peruanos dieron respuestas confusas a preguntas, las autoridades los fusilaron a todos “como castigo y ejemplo”<sup>963</sup>. Para enfatizar la locura que significaba la resistencia, el Ejército colgó veinte cuerpos de mонтонeros de los postes de telégrafo. En Ica, Waldo Díaz hizo algo similar al exponer públicamente los cadáveres de cinco mонтонeros a los habitantes locales<sup>964</sup>.

Como era de prever, también sufrieron las propiedades de los peruanos. Los hombres de Patricio Lynch quemaron todas las casas que albergaban algún francotirador mонтонero<sup>965</sup>. Los chilenos incendiaron pueblos completos, como Guadalupe, Carmen y Collazo, supuestamente por dar refugio a las guerrillas que destruyeron dos puentes de vía férrea y asaltaron las haciendas cercanas<sup>966</sup>. Las tropas del mayor Daniel Silva Vergara incendiaron el pueblo norteño de Chota por servir de base para atacar San Pablo; también quemaron dos iglesias al enterarse que los mонтонeros las habían usado para almacenar municiones. La capilla de Sunape fue consumida por las llamas porque los peruanos utilizaron su torre como puesto de vigilancia para alertar a la población de la llegada de los chilenos y porque “es necesario que de este pueblito no queden ni sus cimientos, de manera que deje de cooperar con los bandidos y cese de dar refugio a los mонтонeros”<sup>967</sup>. Algunos chilenos al

<sup>961</sup> Manuel Jarpa, Cañete, 3 de agosto de 1882, , en AM, *op. cit.*, vol. vi, pp. 272-373; Waldo Díaz al Jefe de Operaciones, Ica, 31 de julio de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 253.

<sup>962</sup> Manuel Jarpa, Cañete, 6 de octubre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 350.

<sup>963</sup> Gabriel Álamos al Jefe del Estado Mayor, Chincha Alta, 4, 8 y 9 de agosto de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 267-268.

<sup>964</sup> Leoncio Tagle al General, Jefe de Operaciones, Ica, 25 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, pp. 263-264; Waldo Díaz al oficial al mando, Ejército del Norte, Ica, 31 de enero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 398.

<sup>965</sup> Máximo Correa al Coronel, jefe de las fuerzas de ocupación, Ica, 12 de agosto de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 257; Leoncio Tagle, Ica, 24 de septiembre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. vi, p. 262.

<sup>966</sup> Máximo Correa al Coronel, jefe de fuerzas de ocupación, Ica, 3 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, pp. 259-260; Leoncio Tagle al oficial al mando, Ica, 4 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, pp. 258-259; Tagle al General, oficial al mando de operaciones, Ica, 21 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 261; Tagle a Correa, Ica, 20 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 262. Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 12 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 270; Francisco Fuentes al oficial al mando, Chincha, Chincha Baja, 15 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 271.

<sup>967</sup> Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 5 de septiembre de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 270.

parecer disfrutaban quemando la tierra: Manuel J. Jarpa de los Zapadores reportó con orgullo que sus hombres habían hecho tabla rasa de una zona para privar a los insurgentes de suministros<sup>968</sup>. Pero eventualmente, luchar contra los irregulares desencantó a muchos soldados. El uso de castigos colectivos, represalias, provocación de incendios, toma de rehenes, ejecuciones sumarias y combatir a los mowntoneros, rebajó de alguna manera al ejército chileno. Como observó el capitán Abraham Saravia del Rengo, “Habría sido un honor caer en Chorrillos o Miraflores pero es una vergüenza morir a causa de las balas de estos salvajes”<sup>969</sup>.

Los chilenos estacionados en Chiclayo, Trujillo, Libertad y Lambayeque, enfrentaron un enemigo más mortal: la fiebre amarilla. Las autoridades probaron una serie de medidas para prevenir la aparición de la enfermedad, entre ellas la limpieza de pueblos, cambiar las raciones de las tropas y ordenar a los soldados que se bañaran en el océano. Cuando estas medidas no contuvieron la epidemia, algunas unidades perdieron la mitad de sus hombres. En mayo de 1882, setecientos cuarenta y tres hombres habían caído enfermos y ciento treinta y siete habían fallecido; cuatro meses más tarde, Patricio Lynch reportó que cuatrocientos diecinueve soldados habían muerto. Las autoridades chilenas reconocieron que mover las tropas fuera de las zonas infectadas podría recuperar su salud, pero temían que el desplazamiento de los hombres podría tener consecuencias políticas o militares adversas. Al parecer solo la muerte del teniente coronel José Urrutia, el comandante de los Zapadores, y del médico de la división, Ismael Merino, convenció a los chilenos de evacuar las tropas de la zona infectada y enviarlas a las ciudades de Eten, Pimentel y San José, que, al parecer, eran más benignas<sup>970</sup>.

A lo largo del verano, el otoño y aun el invierno de 1883, el ejército chileno volvió a arar los mismos campos: sus tropas visitaron de nuevo a Chincha Alta, Sama, Eten, Pisco, Tambo de Mora, Cañete y Huanuco. La agitación estalló en la zona de Locumba, donde operaba un líder guerrillero nacido en Cuba, Juan Luis Pacheco de Céspedes. Descrito como el “peor verdugo de la gente que precisamente debía proteger”, atacó Tacna en noviembre. Gracias a la valentía del teniente Enrique Stange, la guarnición local logró contener a los

<sup>968</sup> Manuel Jarpa a Patricio Lynch, La Quebrada, 30 de agosto de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 276-277.

<sup>969</sup> *El Comercio*, Lima, 4 de octubre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 356-358.

<sup>970</sup> S. Urízar Gárfias al Comandante en Jefe de las fuerzas, Trujillo, 8 de febrero de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VI, pp. 467-468; Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 19 de abril de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VI, pp. 497-499; Lynch al ministro de Guerra, Lima, 17 de mayo de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VI, pp. 498-499; Lynch, Lima, 6 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 365-366; Lynch a Ramón Carvallo Orrego, oficial al mando del departamento del Norte, Lima, 27 de septiembre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 366; Lynch al ministro de Guerra, Lima, 23 de octubre de 1882, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 367-368.

insurgentes hasta la llegada de una columna de rescate<sup>971</sup>. Que los peruanos pudieran amenazar a Tacna, que los chilenos controlaban desde 1880, indicaba cuán poca autoridad ejercían en realidad los hombres de Patricio Lynch sobre zonas supuestamente pacificadas. Terminar los ataques en la periferia del imperio chileno, sin embargo, no resolvería la guerra: si quería salir victorioso de la guerra, Santiago tendría que subyugar la zona central de Perú, no solo sus regiones costeras.

#### LA DIPLOMACIA DE LA DERROTA

Poner término a la guerra se transformó tanto en un asunto de política interna peruana y diplomacia internacional como de acción militar. Era evidente que ninguno de los aspirantes a la presidencia de Perú –Nicolás Piérola o Francisco García Calderón– firmaría un tratado de paz que cediera Tarapacá a Chile. Irónicamente, una vez que Patricio Lynch lo arrestó y lo deportó al sur de Chile, Francisco García Calderón, a quien con anterioridad muchos peruanos repudiaron como títere chileno, llegó a ser un símbolo de la resistencia a Santiago. Antes de abandonar Perú, nombró al almirante Lizardo Montero como su vicepresidente. Entretanto, sin contar con el apoyo del coronel José de la Torre en el sur, Lizardo Montero en el norte o Andrés Cáceres en el centro, Nicolás Piérola renunció. Pero antes de partir de Lima en noviembre de 1881, el antiguo caudillo exhortó a sus seguidores a transferir sus lealtades a Andrés Cáceres. Sin embargo, el General se negó a involucrarse en política. En cambio, anunció su apoyo a Lizardo Montero, quien se trasladó de Cajamarca a Arequipa, que pasó a ser la sede de su gobierno. En los pocos años

<sup>971</sup> L. Bysivinger (sic) a Patricio Lynch, Chinca Alta, 10 de febrero de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p.481; Lynch al oficial al mando, batallón Lautaro, Lima, 1 de marzo de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. viii, p. 118; Lynch a H. Martínez, oficial al mando, Chile, Lima, 3 de marzo de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. viii, p. 118; Lynch al Major Camus, oficial al mando, batallón Cañete, Lima, 3 de marzo de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. viii, p. 118; Lynch a Marco Arriagada, Lima, 24 de marzo de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. viii, p. 119; Lynch al ministro de Guerra, Lima, 28 de febrero de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. viii, pp. 114-115; Soffia al Presidente, Tacna, 16 de marzo de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. vii, p. 481; Leoncio Tagle al General en Jefe, Ica, 2 de abril de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. viii, p. 120; Ruperto Ovalle al Major, Chincha Alta, 30 de marzo, en AM, *op. cit.*, vol. viii, p. 120; Lynch, Lima, 2 de octubre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. viii, pp. 323-324; Lynch al ministro de Guerra, Lima, 12 de octubre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. vii, pp. 324-325; José Velásquez al Presidente, 4 de agosto de 1883, Oyarzún al oficial al mando de Las Heras, Mirabe, 3 de agosto de 1883, “La persecución a Pacheco Céspedes, Sama, 6 de agosto de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. viii, pp. 280-282; Basilio Urrutia al ministro de Guerra, Tacna, 12 de noviembre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. viii, pp. 455-456; Velásquez, 4 de agosto de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. viii, p. 280; Correspondencia del Tacora, 6 de agosto de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. viii, p. 281; Ángel Moreno Guevara, *Combate de Pachia (11 de noviembre de 1883)*, pp. 19, 24-25, 29, 32-34; Perú, Ministerio de Guerra, *Humachuco y el alma Nacional (1882-1884)*, vol. i, p. 568.

transcurridos desde 1879, cinco hombres habían gobernado Perú. El almirante mediterráneo no sería el último.

La muerte del presidente James A. Garfield marcó un cambio radical en la política exterior de Washington con respecto a Chile: en febrero de 1882 el presidente Chester Alan Arthur reconoció el derecho de Chile de anexar Tarapacá, aunque parecía menos entusiasta con respecto a la demanda chilena sobre Tacna y Arica. Para implementar estas nuevas políticas, Frederick Frelinghuysen, primer Secretario de Estado de Chester Alan Arthur, envió a James Partridge y al médico Cornelius Logan como sus ministros a Perú y Chile, respectivamente. Estos experimentados diplomáticos no solo tenían que convencer a Francisco García Calderón y a Lizardo Montero de aceptar la pérdida de Tarapacá sino, también, de al menos considerar ceder Tacna y Arica. También tendrían que persuadir a Domingo Santa María de compensar a Perú por sus territorios perdidos. En un inicio, ninguna de las partes parecía flexible. La costosa campaña de Chile en la Sierra, sin embargo, había desencantado a muchos chilenos. Parte de la prensa chilena y su legislatura instaron al gobierno a moderar sus condiciones de paz. Si la guerra continuaba, alertó *El Independiente*, será “el cáncer de nuestra prosperidad”<sup>972</sup>. En consecuencia, el Presidente moderó sus demandas: Perú tenía que ceder Tarapacá, pero Domingo Santa María podría avenirse a aceptar la ocupación temporal, no la anexión, de Tacna.

Por fortuna para Chile, también habían ocurrido cambios en las élites políticas de Perú: surgió un nuevo contendor, el general Miguel Iglesias. Veterano de las anteriores batallas de la guerra, se convirtió en prisionero chileno después de Chorrillos. Después de obtener su libertad condicional, reemplazó a Lizardo Montero como jefe del ejército del Norte luego que el Almirante trasladara su cuartel general a Arequipa. Miguel Iglesias, en un principio, continuó resistiendo a los chilenos, y trató sin éxito de expulsarlos de San Pablo en Cajamarca. Su derrota, al parecer, se convirtió en una revelación: al final comprendió que Perú no podía superar militarmente a los chilenos y que Lima tendría que entregar Tarapacá si deseaba volver a la normalidad. En consecuencia, el 31 de agosto de 1882 Miguel Iglesias usó su hacienda en Montán para anunciar que firmaría un tratado de paz que cedía territorio a Chile. El General también convocó un congreso, la Asamblea del Norte, que le otorgó el poder de negociar con los chilenos.

Si bien Lizardo Montero y Andrés Cáceres consideraban que Miguel Iglesias era un renegado, Domingo Santa María lo aclamó como su mesías: el gobierno chileno despachó un emisario a negociar un tratado de paz con el representante de Miguel Iglesias, José de Lavalle, quien antes había sido el enviado de Perú a Chile en 1879. El acuerdo resultante, que fue finalmente

<sup>972</sup> *El Independiente*, Santiago, 30 de abril, 10 de agosto de 1882.

consagrado como el Tratado de Ancón, cedía Tarapacá a Chile. También permitía que Chile ocupara Tacna y Arica por un periodo de diez años, para que luego un plebiscito resolviera si esas tierras permanecerían en las manos de Santiago o serían devueltas a Perú. En realidad, el plebiscito era solo una estratagema para engañar al público peruano y permitir a los chilenos anexar las dos provincias<sup>973</sup>. El general Andrés Cáceres no solo rechazó la propuesta de Miguel Iglesias: lanzó de inmediato una ofensiva para destruirlo.

1883:  
LA SEGUNDA CAMPAÑA DE LA SIERRA

Los chilenos, que veían a Miguel Iglesias como su puerta de salida de la guerra, empezaron a promover al supuesto traidor, mientras Andrés Cáceres trataba de erradicarlo. Por lo tanto, a principios de 1883 los chilenos lanzaron otra ofensiva para expulsar a los mонтонeros de Lurín, Canta y Chosica, y simultáneamente destruir a Andrés Cáceres. El ataque de 1883 fue muy parecido a la ofensiva de 1882; solo los participantes cambiaron. El ataque requería que el coronel Juan León García saliera de Lima a principios de abril y se dirigiera hacia el noreste, siguiendo más o menos en paralelo al río Chillón, hasta Canta. Una vez en el altiplano, debía enfrentar y perseguir a Andrés Cáceres hasta destruirlo. Entretanto el coronel Martiniano Urriola avanzaría en tren desde Chosica a la estación de Chilca, mientras Estanislao del Canto partía desde Lurín y se movería en el flanco derecho chileno vía Oroya, para llegar a Chicla. Una vez que alcanzaran esa ciudad, Martiniano Urriola y Estanislao del Canto se dirigirían hacia el noroeste para empujar a Andrés Cáceres hacia el norte, directo a las tropas de Juan León García, quien para entonces habría avanzado hacia el sureste desde Canta a Chicla<sup>974</sup>. Idealmente los chilenos atraparían a su enemigo. Si esa estrategia fallaba, los chilenos tenían orden de perseguir y destruir a Andrés Cáceres por otros medios.

Como de costumbre, nada funcionó de acuerdo con lo programado: la resistencia mонтонera demoró la ofensiva chilena, lo que le costó a uno de los oficiales del Buin catorce de sus cincuenta hombres. Nuevamente, los problemas habituales –agotamiento, animales en mal estado, malos caminos y escaso conocimiento del terreno– limitaron el avance de los chilenos. Resurgiendo así quejas sobre la falta de alimentos, botas y frazadas. El brote de una nueva epidemia de tifus agravó los problemas. La escasez de municiones llegó a ser tan aguda que los oficiales del Coquimbo decidieron ahorrar ciento ocho balas

<sup>973</sup> Juan José Fernández Valdés, *Chile y Perú. Historia de sus relaciones diplomáticas entre 1879 y 1929*, p. 107.

<sup>974</sup> Patricio Lynch a Estanislao del Canto, Lima, 24 de abril de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 174-175; Lynch a Juan León García, Lima, 5 de abril de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 167-168.

(ciento treinta y cinco incluyendo el tiro de gracia) ahorcando, no fusilando, a veintisiete montoneros capturados<sup>975</sup>. Entretanto, Andrés Cáceres esquivó a sus perseguidores y se dirigió a las alturas de los Andes.

Muchos chilenos consideraban que su misión estaba condenada al fracaso: a mediados de mayo, abundaban los rumores que el Buin, cansado de todos los sacrificios estériles, podría amotinarse<sup>976</sup>. Aunque el batallón permaneció leal, la situación general se deterioró: los hombres continuaron muriendo debido a enfermedades y a un insuficiente abastecimiento de vestimenta, botas y alimento. A fines de mayo los subordinados de mayor rango de Juan León García, cansados de su brutal forma de tratar a los hombres, advirtieron que podrían dejar de obedecer sus órdenes. Finalmente las relaciones se resintieron a tal punto, que Estanislao del Canto relevó a Juan León García del mando. Este no sería el último cambio de personal: el almirante Patricio Lynch decidió remplazar a Estanislao del Canto por el general Marco Arriagada<sup>977</sup>.

Cuando aún tenía el mando –Marco Arriagada no asumió hasta mediados de junio– Estanislao del Canto persiguió al general Andrés Cáceres, que se replegó de Canta a Tarma y luego siguió al noroeste, a Cerro de Pasco. Como de costumbre, las tropas peruanas, que estaban aclimatadas a la altura del altiplano y gozaban del apoyo de las poblaciones locales, tomaban distancia de los chilenos con facilidad. Los peruanos se dirigieron al noroeste a través de las cumbres de los Andes; viraron primero ligeramente hacia el noreste, a Huanuco y luego doblaron hacia el noroeste a través de Aguamiro para descender luego de las montañas hasta llegar a Yungay. En este sitio de la histórica victoria chilena, las tropas de Andrés Cáceres se reunieron con las del coronel Isaac Recabarren, cuyos cuatrocientos hombres incrementaron el tamaño del ejército insurgente a tres mil cuatrocientos.

Originalmente, el coronel Isaac Recabarren había recibido órdenes de atacar la sede del gobierno de Miguel Iglesias en Cajamarca. Por mucho que quisiera ayudar, Marco Arriagada, quien se había comprometido a destruir a Andrés Cáceres, no podía desviar tropas para proteger a Miguel Iglesias. Esta tarea recaería en el coronel chileno Alejandro Gorostiaga, el jefe militar y político de Trujillo. A fines de mayo, el almirante Patricio Lynch ordenó a Alejandro Gorostiaga avanzar hacia el interior para evitar que los contingentes de Isaac Recabarren llegaran a Cajamarca. Si Isaac Recabarren lograba conectarse con Andrés Cáceres, el ejército peruano combinado sería demasiado

<sup>975</sup> Machuca, *op. cit.*, vol. IV, p. 352.

<sup>976</sup> Martiniano Uriola a Patricio Lynch, Chosica, 28 de marzo de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 187; Lynch al Presidente, Lima, 3 de mayo de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 175; Lynch al ministro de Guerra, Lima, 12 de abril de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 169; Lynch al ministro de Guerra, Lima, 18 de abril de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 170; Florencio Pinto Agüero a Estanislao del Canto, San Mateo, 13 de mayo de 1883, en Del Canto, *op. cit.*, p. 311.

<sup>977</sup> Del Canto, *op. cit.*, pp. 325-326, 333-336.

grande para que lo enfrentara el pequeño destacamento de Gorostiaga. En esa eventualidad, Patricio Lynch instruyó a Alejandro Gorostiaga replegarse hacia el norte y pedir refuerzos, interponiendo, en todo momento, a sus hombres entre Miguel Iglesias y el avance peruano<sup>978</sup>. A la cabeza de aproximadamente mil hombres, Alejandro Gorostiaga se marchó de Trujillo y llegó a las estribaciones de los Andes a mediados de mayo. El mal tiempo, sin embargo, hizo que su travesía por un paso a tres mil seiscientos metros de altura se atrasara en cuatro días, y tuvo que transcurrir más tiempo antes de que Alejandro Gorostiaga lograra alcanzar su objetivo, Huamachuco, el 21 de mayo de 1883.

Para entonces los chilenos se habían enterado de que el coronel Isaac Recabarren había logrado reunirse con Andrés Cáceres. Como necesitaba refuerzos, y de acuerdo con sus instrucciones, el coronel Alejandro Gorostiaga solicitó que el mayor Herminio González y sus quinientos ochenta y un hombres marcharan desde Trujillo para encontrarse con él en Angasmarca. Herminio González partiría el 29 de junio, unas pocas semanas después de que el mayor Sofanor Parra, a la cabeza de un destacamento de ciento ochenta hombres, dejara también Trujillo para unirse a Alejandro Gorostiaga<sup>979</sup>. Si todo transcurría de acuerdo con el plan, el ejército de Andrés Cáceres, que huía de Marco Arriagada en el sur, se dirigiría con apremio hacia el norte, solo para chocar con el ejército de Alejandro Gorostiaga, que había sido reforzado recientemente. Patricio Lynch dejó muy en claro que no aceptaría “el clima, mal tiempo, o caminos difíciles como excusa, atenuante y aun menos como una justificación” para el fracaso en el cumplimiento de su misión. Alejandro Gorostiaga debía triunfar, sí o sí<sup>980</sup>.

Después de dos meses de marcha a través de la nieve y la lluvia, de vadear ríos sumergidos hasta el cuello en agua helada, de soportar el mal de altura –que abatió a doscientos hombres– la columna de Marco Arriagada parecía finalmente haber atrapado a Andrés Cáceres<sup>981</sup>. Encajonados entre los Andes Negros y los Andes Blancos, con Alejandro Gorostiaga bloqueando el norte mientras Marco Arriagada presionaba desde el sur, la situación de los peruanos

<sup>978</sup> Patricio Lynch a Alejandro Gorostiaga, Lima, 31 de mayo, 10 de junio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 176-177; Lynch a Gorostiaga, Lima, 18 de junio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 178; Lynch a Gorostiaga, Lima, 3 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 188-189.

<sup>979</sup> Patricio Lynch a Herminio González, Lima, 2 y 3 de junio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 204-205; Lynch a Marco Arriagada, Lima, 16 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 186; Lynch a Alejandro Gorostiaga, Lima, 18 de junio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 178; Alejandro Gorostiaga al Comandante en Jefe del Ejército, Huamachuco, 12 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 212, afirma que tanto González como Parra llegaron con más hombres que los ciento treinta y cieno ocho cada uno que se creía originalmente.

<sup>980</sup> Patricio Lynch a Alejandro Gorostiaga, Lima, 18 de junio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 178.

<sup>981</sup> Huaráz, 20 de junio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 175; Alejandro Gorostiaga a Patricio Lynch, Huamachuco, 12 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 212-214; Lynch al ministro de Guerra, 25 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 184; Marco Arriagada a Lynch, Lima, 6 de agosto de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 189-193.

parecía desesperada. Pero en vez de rendirse, Andrés Cáceres se dirigió audaz hacia el noreste a través del paso Llanganuco a cinco mil setecientos metros de altura, cruzando la cordillera Blanca. Esta decisión bordeaba en la desesperación. Subsistiendo con maíz y coca y abrumados por el *soroche* los soldados peruanos avanzaron en las montañas de los Andes sobre senderos tan angostos que las tropas, no los animales de carga, tenían que transportar la artillería<sup>982</sup>. No todos los que se esforzaron el 26 de junio por llegar a Pomabamba en la ladera este de la cordillera Blanca sobrevivieron: hombres y bestias a menudo resbalaban y caían de los senderos que serpenteaban por la cordillera. Para asegurar que Marco Arriagada no pudiera seguirlos, Andrés Cáceres ordenó a sus ingenieros dinamitar los senderos por los que habían transitado<sup>983</sup>.

Los peruanos pudieron haberse ahorrado los explosivos. Basado en información errónea entregada por la población local, Marcos Arriagada creía que Andrés Cáceres no se había dirigido al norte sino al sur. Así, el chileno ordenó a su ejército dar marcha atrás con la esperanza de adelantar a los peruanos en fuga. Al inicio Patricio Lynch apoyó la decisión de Marco Arriagada, temiendo que una fuga de Andrés Cáceres hacia el sur “haría infructuoso tanto esfuerzo [al mismo tiempo] degradando el empuje y el buen liderazgo de nuestras fuerzas”<sup>984</sup>. Pero a fines de junio, Alejandro Gorostiaga informó a Patricio Lynch que Andrés Cáceres había usado un levantamiento indígena para distraer a Marco Arriagada mientras él escapaba hacia el norte<sup>985</sup>. Estas noticias enfurecieron y, quizá, asustaron al Príncipe Rojo porque todo lo que quedaba entre Miguel Iglesias y Andrés Cáceres era el pequeño comando de Alejandro Gorostiaga. Patricio Lynch, por supuesto, informó rápidamente a Marco Arriagada que Andrés Cáceres se dirigía hacia el norte, pero ni una advertencia ni la amenaza de una carta de amonestación pudieron convencer al Coronel de perseguir a los peruanos<sup>986</sup>.

Entretanto, mientras el coronel Alejandro Gorostiaga continuaba la retirada –aun confiando en que podría bloquear el ataque de Andrés Cáceres a las tropas de Miguel Iglesias– el peruano había girado hacia el noroeste y después de bajar por la ladera oeste de la cordillera Blanca, salió cerca de Angasmarca. Aunque exitosa, la odisea peruana

“había sido extraordinariamente penosa a causa de la falta de forraje para los animales, las escasas raciones proporcionadas a las tropas, la impene-

<sup>982</sup> Cáceres, *op. cit.*, pp. 204-210.

<sup>983</sup> *Op. cit.*, pp. 210-211.

<sup>984</sup> Patricio Lynch a Martiniano Urriola, Lima, 3 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 206.

<sup>985</sup> Alejandro Gorostiaga a Patricio Lynch, Huamachuco, 12 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 212-214.

<sup>986</sup> Patricio Lynch a Martiniano Urriola, Lima, 16 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 188; Lynch a Marco Arriagada, Lima, 16 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 186; Machuca, *op. cit.*, vol. IV, p. 375.

trabilidad de los caminos, cruzados por las altas y numerosas estribaciones de las montañas, y el rigor de la temperatura”.

En realidad la expedición se había transformado en un convoy de enfermos y tullidos. Los oficiales ya no cabalgaban porque sus caballos habían muerto, al igual que el setenta por ciento de los animales de carga de los peruanos<sup>987</sup>.

Andrés Cáceres no podía permitirse el lujo de dar descanso a sus hombres: un mensaje chileno interceptado reveló que Herminio González había dejado Trujillo con la finalidad de reforzar las filas de Alejandro Gorostiaga. Impaciente por interceptar su columna de relevo antes de que pudiera encontrarse con Alejandro Gorostiaga en Huamachuco, Andrés Cáceres planeó emboscar a los chilenos cuando marcharan a través de un paso en particular angosto ubicado entre los pueblos de Tres Ríos y Tres Cruces. Llegar a Tres Ríos a tiempo, sin embargo, resultó difícil. Quemados por los helados vientos del altiplano y subsistiendo principalmente con té de coca, el comandante peruano condujo a sus hombres en marcha forzada durante la noche por senderos montañosos, iluminados solo con antorchas. Sus heroicos esfuerzos no lograron su misión: Andrés Cáceres llegó a Tres Cruces justo a tiempo para ver a los chilenos dirigirse al norte. Isaac Recabarren, no Andrés Cáceres, fue responsable de este fracaso: su decisión de dar el ejemplo azotando en público a algunos desertores atrasó casi una hora la partida de la columna, justo el tiempo suficiente para que los chilenos atravesaran el paso. Al parecer, Andrés Cáceres no parecía muy abatido, pues señaló, “Tendré tiempo para devorarme a esos chilenos”. Sin embargo, mientras rogaba para que Herminio González hiciera descansar a sus hombres en el camino, ordenó a sus hombres marchar en la oscuridad con la esperanza de atraparlos desprevenidos. Pero los chilenos, que estaban conscientes de la presencia peruana, no se detuvieron durante la noche, y llegaron a Huamachuco el 7 de julio. Andrés Cáceres había sufrido un desastre doble: no solo fracasó en la detención de Herminio González, cuyas tropas más las de Sofanor Parra aumentaron el tamaño del ejército de Alejandro Gorostiaga a mil quinientos hombres sino que, también, perdió seiscientos de sus soldados, que desertaron al amparo de la noche<sup>988</sup>.

<sup>987</sup> Abelardo Gamazza, *La batalla de Huamachuco*, p. 34.

<sup>988</sup> Nicanor Molinare, *Historia de la batalla de Huamachuco*, pp. 110, 112; “Batalla de Huamachuco”, Lima, 14 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 222-223; [Una carta de un oficial chileno], “Gorostiaga en Mollendo”, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 211; Cáceres, *op. cit.*, pp. 204-210, 213-217; Marco Arriagada a Patricio Lynch, Lima, 6 de agosto de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 189-193; Alejandro Gorostiaga a Lynch, Huamachuco, 12 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 212-214.

*Cuadro N° 21*  
**BATALLA DE HUAMACHUCO,**  
**10 DE JULIO DE 1883**

---

**Chile**

Regimiento cazadores a caballo	Teniente coronel Alberto Novoa	183
Regimiento Zapadores	Capitán Ricardo Canales	222
Batallón Concepción	Teniente coronel Herminio González	532
Batallón Talca	Teniente coronel Alejandro Cruz	620
Brigada de Artillería	Mayor Gumercindo Fontecilla	115
	Total	1.672

**Perú**

Ejército del centro	Coronel Francisco Secada
1 <sup>a</sup> División	Coronel Manuel Cáceres
Batallón Gloriosa Tarapacá N° 1	Coronel Mariano Espinosa
Batallón Zepita N° 2	Coronel Justiniano Borgoño
2 <sup>a</sup> División	Coronel Juan Gastó
Batallón Marcavalle N° 6	Coronel Felipe Crespo
Batallón Concepción N° 7	Coronel Pedro Carrión
3 <sup>a</sup> División	Coronel Máximo Tafur
Batallón Junín N° 3	Coronel Juan Vizcarra
Batallón Cazadores de Jauja N° 9	Coronel Miguel Luna
4 <sup>a</sup> División	Capitán de Navío Jermán Astete
Batallón Cazadores de Apata N° 8	Coronel Diego Goizueta
Batallón San Jerónimo N° 10	Coronel Melchor González
Escuadrón Cazadores de Perú	Mayor Santiago Zavala
Escuadrón Tarma	Mayor Agustín Zapatel
Artillería	Coronel Federico Ríos
Ejército del norte	Coronel Isaac Recabarren
1 <sup>a</sup> División	Coronel Mariano Aragonez
Batallón Pucará N° 4	Teniente coronel Ponde de León
Batallón Pisagua N° 5	Coronel Mariano Aragonez
2 <sup>a</sup> División	Teniente coronel Julio Aguirre
Batallón Tarma N° 1	
Batallón Huallaga N° 12	
Escuadrón húsares	Teniente coronel J. Cabrera
Artillería	Coronel Federico Ríos
13 cañones	

FUENTES: Machuca, *op. cit.*, vol. iv, p. 398; *El Eco de Junín*, junio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 209-210; Cáceres, *op. cit.*, pp. 218-219.

El 8 de julio, cuando los hombres de Andrés Cáceres se aproximaban a Huamachuco, se enteraron de que los chilenos habían abandonado el pueblo. Al advertir que la artillería peruana, que ocupaba la zona alta con vista al caserío, podía fácilmente bombardear sus tropas, Alejandro Gorostiaga trasladó

a sus hombres a Cerro Sazón, una posición más defendible hacia el norte. Separado de las tropas de Andrés Cáceres por un terreno plano, el llano de Purrubamba, Alejandro Gorostiaga emplazó al batallón Talca y dos cañones en el lado este, dos compañías de los Zapadores con cuatro cañones en el centro y al batallón Concepción con una última pieza de artillería en el lado oeste. La caballería chilena, las secciones de suministro y médicos permanecieron en la retaguardia, detrás de un muro de piedra.

Andrés Cáceres reconoció que la batalla que se avecinaba podía ser decisiva: derrotar el ejército de Alejandro Gorostiaga dejaría indefenso al general Miguel Iglesias. Y habiéndose desecho de su enemigo, sin duda, rogaba que un desanimado presidente chileno se daría cuenta de la inutilidad de continuar la guerra y abandonaría su exigencia de Tarapacá. Por tanto, el comandante peruano tuvo especial cuidado en estacionar a sus hombres en la falda del monte Cuyurca de manera que no solo derrotaran sino que destruyeran el ejército de Alejandro Gorostiaga<sup>989</sup>. Claramente, los chilenos parecían muy vulnerables. En su prisa por evacuar Huamachuco, habían huido sólo con lo que llevaban puesto. Peor aun, los hombres de Alejandro Gorostiaga no habían comido hasta que lograron capturar cuatro cabezas de ganado, que devoraron casi crudas. En la noche del 9 de julio, el primer aniversario de la Batalla de la Concepción, algunos chilenos, sin duda, temían sufrir el mismo destino que sus compatriotas mártires.

La batalla de Huamachuco empezó con lentitud. Los adversarios pasaron el 9 de julio intercambiando fuego de rifles y artillería en forma intermitente, además de varios insultos vulgares sin infligir ningún daño, real o psíquico. A la mañana siguiente, la niebla envolvía la superficie del valle cuando Alejandro Gorostiaga envió al capitán Ricardo Canales de los Zapadores, a averiguar la fuerza y posiciones de los peruanos. Formando dos líneas de combate, alrededor de doscientos Zapadores avanzaron hacia los peruanos. Los chilenos habían avanzado alrededor de doscientos cincuenta pasos cuando el batallón Junín de Andrés Cáceres disparó una descarga y después atacó. Mientras algunas unidades peruanas avanzaban hacia los chilenos, otras empezaron a hostigar los flancos de Alejandro Gorostiaga. Luego de aproximadamente quince minutos, los Zapadores, faltos de municiones, recibieron órdenes de retroceder. Cuando las tropas de Alejandro Gorostiaga se retiraban, los peruanos contraatacaron, tratando de destruir a los chilenos antes que pudieran llegar a sus líneas. Temiendo por la seguridad de los hombres de Ricardo Canales, cuatro compañías del batallón Concepción avanzaron para proteger el flanco y centro de los chilenos. Andrés Cáceres aumentó la apuesta, involucrando a los batallones Jauja y Junín, que atacaron en una larga línea de combate.

<sup>989</sup> Cáceres, *op. cit.*, p. 224; A. Cáceres al ministro de Guerra, “Batalla de Huamachuco”, Huancayo, 30 de julio de 1883, Biblioteca Militar Nacional; Luis Guzmán Palomino, *Campaña de la Breña. Colección de documentos inéditos*, pp. 255-257; “Batalla de Huamachuco...”, *op. cit.*, pp. 221-224.

Amenazando envolver ambos flancos de la infantería de Alejandro Gorostiaga, los peruanos, alentados por la música de sus bandas y toques de corneta, hicieron retroceder a los chilenos hacia sus trincheras en Cerro Sazón. Al mismo tiempo, la artillería de Andrés Cáceres avanzó hacia el campo de batalla para apoyar de cerca la ofensiva peruana.

Los hombres del Concepción lograron detener el asalto peruano, pero el Talca, en el flanco chileno, encontró más resistencia. En consecuencia, Alejandro Gorostiaga ordenó a la caballería de Sofanor Parra atacar para interrumpir el avance enemigo, pero las colinas rocosas impidieron a las cabalgaduras chilenas dispersar a la infantería peruana. Entretanto, la artillería chilena disparó primero sobre la derecha peruana, para evitar que sobrepasaran a los hombres de Alejandro Gorostiaga, y luego a la artillería de Andrés Cáceres. Para proporcionar apoyo de fuego cercano a los peruanos que avanzaban, Andrés Cáceres ordenó avanzar a sus cañones. Cuando casi había escalado el Cerro Sazón, parecía que había triunfado. De pronto, los peruanos perdieron su impulso: sin apoyo de artillería –los cañones todavía estaban avanzando– y tras haber agotado sus municiones y sin bayonetas, los hombres de Andrés Cáceres empezaron a ceder terreno. La infantería chilena, al detectar su ventaja y vociferando una variedad de insultos racistas y homofóbicos, atacó junto a la caballería de Sofanor Parra. Pidiendo las cabezas de las tropas peruanas y gritando “no tomen prisioneros”, los jinetes chilenos dispersaron a sus desalentados enemigos, que empezaron a huir para salvar sus vidas. Hacia las doce y media del día la lucha había cesado; dejó aproximadamente sesenta chilenos muertos y cien heridos. Los Zapadores y el Concepción sufrieron las peores pérdidas, aunque la mascota del último, una cabra, sobrevivió a una herida en el campo de batalla para volver a Trujillo con sus amos, sin haber sido comida<sup>990</sup>.

La batalla costó a los peruanos quizá mil doscientos muertos, junto con treinta y tres de sus oficiales de alto rango, entre ellos un general. No todos cayeron en el transcurso de la batalla: los chilenos fusilaron a los oficiales capturados que fueron considerados montoneros debido a que violaron los términos de su libertad condicional. Las tropas de Alejandro Gorostiaga tampoco perdonaron a los conscriptos, incluidos los heridos. El coronel Leoncio Prado fue uno de los más famosos que murió; había sufrido una herida tan seria que estaba en cama cuando los chilenos lo capturaron. Padeciendo un inmenso dolor, pidió clemencia a los oficiales chilenos que eran sus hermanos masones. Cuando esa táctica falló, aceptó su destino con calma, y solo rogó a sus custodios no dañar sus ojos. Aun sentado en su cama, primero terminó una taza de café y luego indicó a sus verdugos que abrieran fuego. Andrés Cáceres no compartió el destino de Leoncio Prado: escapó en su caballo de

<sup>990</sup> Cartas de Alejandro Benimelis a Nicanor Molinare, Valdivia, 1 de agosto de 1913, Molinare, *Historia..., op. cit.*, pp. 223-224, 274, 302.

forma elegante. Pocos, si es que los hubo, los habitantes de Huamachuco no tuvieron la buena fortuna de Andrés Cáceres: de acuerdo con un testigo, los residentes de Huamachuco que no fueron violados por los derrotados peruanos o los victoriosos chilenos, terminaron asesinados, y lo que no fue saqueado, fue destruido<sup>991</sup>.

Asqueados por la pestilencia de los cuerpos en descomposición y el espectáculo de carroñeros y aves de rapiña dándose un banquete con cuerpos en descomposición y los cadáveres de animales, Alejandro Gorostiaga y sus tropas estuvieron felices de alejarse de Huamachuco, con la esperanza de que al fin habían derrotado a Andrés Cáceres<sup>992</sup>. Pero como temían que los peruanos aún podrían causarles problemas, los chilenos no se atrevieron a abandonar la zona. Solo después de dedicar la mayor parte de julio a perseguir al enemigo, las “debilitadas [y] agotadas” tropas de Alejandro Gorostiaga volvieron a Lima<sup>993</sup>.

Patricio Lynch había ordenado a Marco Arriagada –tal vez en represalia por haber fracasado en atrapar a Andrés Cáceres– de permanecer en el altiplano hasta estar seguro de que el general Miguel Iglesias estaba a salvo y la zona pacificada. Entonces, y solo entonces, él y sus hombres regresaron a la costa<sup>994</sup>. Cuando llegó a Lima, el veintidós por ciento de su ejército de tres mil trescientos treinta y cuatro hombres había muerto, sufría de heridas, enfermedades o había desertado<sup>995</sup>. El coronel Martiniano Urriola también deseaba terminar su purgatorio andino: se quejaba por la falta de suministros, en especial de alimentos, el clima “extraño” que minaba la salud de los hombres, y por los animales de carga que estaban tan decrepitos que los caballos avanzaban más lentamente que la infantería<sup>996</sup>. Patricio Lynch estuvo de acuerdo: el clima severo y la escasez de alimentos habían abatido a tantas de sus tropas, que

<sup>991</sup> Andrés Cáceres al ministro de Guerra, “Batalla de Huamachuco, Huancayo, 30 de julio de 1883, Biblioteca Militar Nacional, Guzmán Palomino, *Campaña...*, op. cit., pp. 258-259; Carlos Vargas Clark a Aniceto Vergara Albano, Huamachuco, 14 de julio de 1883, en AM, op. cit., vol. VIII, p. 224; E. Ríosco Vidaurre, Lima, 18 de julio de 1883, en AM, op. cit., vol. VIII, p. 225; Ignacio Prado Pastor, “León Prado”, pp. 619-648; Gamazza, op. cit., pp. 50-51; Cartas de Alejandro Benimelis a Nicanor Molinare, Valdivia, 1 de agosto de 1913, en Molinare, *Historia...*, op. cit., pp. 286, 290-294.

<sup>992</sup> Gamazza, op. cit., p. 57; Ruperto Correa a Martiniano Urriola, Cerro, 18 de julio de 1883, en AM, op. cit., vol. VIII, p. 310.

<sup>993</sup> “Partida de la división Gorostiaga de Huamachuco,” Cajabamba, 17 de julio de 1883, en AM, op. cit., vol. VIII, pp. 226-227; Chile, *Diario Oficial*, en AM, op. cit., vol. VIII, pp. 242-43; Alejandro Gorostiaga a Patricio Lynch, Cajabamba, 26 de julio de 1883, en AM, op. cit., vol. VIII, pp. 310-311.

<sup>994</sup> Patricio Lynch a Alejandro Gorostiaga, Lima, 19 de julio de 1883, en AM, op. cit., vol. VIII, p. 241.

<sup>995</sup> Cajabamba, 17 de julio de 1883, en AM, op. cit., vol. VIII, p. 226; Marco Arriagada a Patricio Lynch, Lima, 6 de agosto de 1883, en AM, op. cit., vol. VIII, p. 192.

<sup>996</sup> Martiniano Urriola a Patricio Lynch, Jauja, 25 de julio de 1883, en AM, op. cit., vol. VIII, pp. 311-312; Urriola a Lynch, Jauja, 5 de agosto de 1883, en AM, op. cit., vol. VIII, pp. 312-313.

exhortó al ministro de Guerra a replegar a los hombres antes de que el inicio de la temporada de lluvias comprometiera aún más su salud<sup>997</sup>. El gobierno chileno estuvo de acuerdo: la participación peruana en la Guerra del Pacífico había terminado. Aun así, en los últimos dieciocho meses de la guerra, el ejército de Patricio Lynch de quince mil hombres tuvo dos mil cuatrocientos siete casos de enfermedades o heridas. En ese mismo periodo, ciento cuarenta y dos murieron de heridas de combate, quinientos noventa y tres fallecieron por enfermedad y seiscientos setenta y cuatro desertaron<sup>998</sup>.

#### LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA GUERRA PERUANA

Muchos oficiales chilenos esperaban que la derrota en Huamachuco hubiese dañado a tal punto “el prestigio y poder de Andrés Cáceres y con ello sus ambiciones criminales” que se rendiría. No lo hizo. Acompañado de un puñado de oficiales y recolectando sobrevivientes de Huamachuco sobre la marcha, logró eludir a las patrullas chilenas, y llegó a Ayacucho el 12 de agosto. Luego de informar a Lizardo Montero de su derrota, el General reclutó otro ejército, de aproximadamente quinientos hombres.

Andrés Cáceres no era la única espina en el costado que tenía Patricio Lynch. A fines de agosto de 1883, los chilenos habían ordenado al coronel Martiniano Urriola

“destruir la banda mонтонera de Pastor Dávila, que también consistía principalmente de los sobrevivientes de Huamachuco, y prevenir que Andrés Cáceres organice, con la ayuda de la gente de este departamento, a nuevos mонтонeros”<sup>999</sup>.

Los chilenos también deseaban erradicar otros caudillos contrarios a Miguel Iglesias, como Ricardo Becerra y Barrenechea en Lambayeque y el siempre peligroso Juan Luis Pacheco Céspedes en Tacna. La represión de los caudillos regionales no siempre llevaba a un baño de sangre. Patricio Lynch indicó, por ejemplo, que Chile otorgaría gustosamente favores políticos a los líderes mонтонeros, como Pastor Dávila, si deponían su actitud. A veces los chilenos lograban convencer a los jefes locales, como Fernando Seminario de Piura

<sup>997</sup> Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 1 de agosto de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 221.

<sup>998</sup> Poblete, “Servicio...”, *op. cit.*, p. 475.

<sup>999</sup> Patricio Lynch a Martiniano Urriola, Lima, 28 de agosto de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 315; Alejandro Gorostiaga al General, Ejército del Norte, Cajabamba, 26 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 310-311.

y otros, de cambiarse de bando<sup>1000</sup>. Si bien eran políticamente astutos, estos arreglos a veces bordeaban lo surrealista: luego de años tratando de destruirlo, los chilenos entregaron el control de Chincha Alta al antiguo líder guerrillero coronel Octavio Bernasola<sup>1001</sup>.

Con Andrés Cáceres relamiendo sus heridas en Ayacucho, Patricio Lynch pudo enfrentar el ejército de Lizardo Montero, de cuatro mil hombres, en Arequipa. Erradicar el reducto en la montaña del Almirante podría haber resultado oneroso, por lo que el presidente Domingo Santa María decidió privar de alimentos a la ciudad andina para someterla, quizás siguiendo la “estrategia de la Anaconda” de la Unión en la Guerra Civil de Estados Unidos. El gobernante chileno exigió a una parte de su ejército capturar Mollendo, para así cortar las líneas de suministro entre ese puerto y Arequipa. Otro contingente avanzaría desde Tacna, ya sea a través de Ilo o Pacocha, para apoderarse de Moquegua, y así cortar la vía férrea a Arequipa y en efecto desconectar a Lizardo Montero del sur y del oeste. Mientras tanto, un ataque chileno a Ayacucho limitaría el acceso desde el norte. El único contacto de Lizardo Montero con el mundo sería con Puno y Bolivia hacia el noreste.

Así, unos pocos días antes del aniversario de la independencia de Chile, el coronel José Velásquez salió de Tacna al mando de dos mil doscientos hombres –número que pronto aumentó– para capturar Moquegua. El Coronel partió, aunque no muy contento: en una carta privada indicó que estaba cansado de una

“guerra de guerrillas, de desfiladeros, de profanaciones, de galgas, idas y venidas, etc., [...] de las inútiles marchas y contramarchas que siempre, a mi juicio, antes y ahora, serán la causa de la completa desorganización de los ejércitos más disciplinados”<sup>1002</sup>.

Mientras el coronel José Velásquez se trasladaba de Tacna a Moquegua, Estanislao del Canto zarpó desde Callao, el 3 de octubre, al mando de otros tres mil hombres. Tras desembarcar en Pacocha, se dirigió de inmediato al interior para unirse a José Velásquez, cuyos hombres habían llegado a Moquegua a fines de septiembre. Luego de la llegada de Estanislao del Canto, José Velásquez

<sup>1000</sup> Patricio Lynch al ministro de Guerra, Lima, 12 de octubre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 324-325; Lynch al ministro de Guerra, Lima, 27 de octubre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 325; Balsilio Urrutia al ministro de Guerra, Tacna, 12 de noviembre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 455; Correspondencia del Tacora, Sama, 6 de agosto de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 281-282; Lynch, Lima, 2 de octubre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 323-324; Herminio González a Lynch, Chorrillos, 27 de octubre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 326; Urrutia al ministro de Guerra, Tacna, 12 de noviembre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 455.

<sup>1001</sup> Machuca, *op. cit.*, vol. IV, p. 439.

<sup>1002</sup> José Velásquez a Domingo Santa María, 8 de junio de 1883, en Bulnes, *op. cit.*, vol. III, p. 535.

dividió su ejército en dos, asignando dos mil hombres al coronel Víctor Ruiz y tres mil a Estanislao del Canto. La marcha hacia el interior, aunque difícil, no afectó de gravedad a los hombres porque los chilenos finalmente habían aprendido las lecciones de logística de sus campañas anteriores en el desierto. Entretanto, el batallón Lontué del coronel Leoncio Tagle de Lontué zarpó de Ica y desembarcó en Islay para ocupar Mollendo el 23 de octubre, y así cortó todas las líneas de suministro que conectaban el puerto con el cuartel general de Lizardo Montero.

Así, casi dos meses después de la victoria de Chile en Huamachuco, los hombres del coronel Martiniano Urriola salieron de Huancayo para tomar Ayacucho. Luego de cuatro horas, sus tropas se vieron enfrentadas al fuego enemigo de los francotiradores. Estanislao del Canto había sido lo suficientemente sensato para evitar los errores de marchas anteriores en los desiertos, no así el coronel Martiniano Urriola: la excursión resultó agobiante puesto que los chilenos tenían que subir escarpados senderos montañosos, asediados por la lluvia, el frío penetrante, el *soroche*, y la falta de alimentos, esquivando con frecuencia a los indios lanzadores de rocas. Como antes, los mонтонерос asesinaban a los chilenos rezagados<sup>1003</sup>.

Parecía cada vez más que la naturaleza del conflicto había cambiado. Los irregulares indios, que luchaban no solo contra los invasores chilenos sino contra “hombres blancos de todos los partidos”, saqueaban los pueblos y se apoderaban de las tierras de los propietarios locales. Martiniano Urriola ignoró a estos insurrectos antiblancos mientras se limitaran a atacar a los peruanos: luchar contra los indios, como señaló alguna vez, producía “poca utilidad y ninguna gloria”. Aun así, si la violencia indígena ponía en peligro su misión de destruir las legiones de Andrés Cáceres, Martiniano Urriola no podía permitirles interceptar suministros, atacar a las patrullas chilenas o saquear pueblos<sup>1004</sup>.

El 18 de septiembre, los chilenos entraron a Huancavelica, donde acampanaron antes de seguir a Acobamba. Ocho días después se rindió Huanta, un pueblo a ocho leguas de Ayacucho. Bienvenidas por la mayoría de los habitantes de Huanta, que habían sufrido a manos de los indios partidarios de Andrés Cáceres, las tropas de Martiniano Urriola descansaron hasta el 30 de septiembre; luego completaron la última fase de la marcha al tomar Ayacucho el 1 de octubre sin necesidad de luchar. Con Martiniano Urriola todavía en Ayacucho y José Velásquez en Moquegua, Arequipa estaba ahora efectivamente aislada de todo excepto de Bolivia.

Después de vivir cuarenta días en medio de un mar de indios hostiles, de pagar precios exorbitantes por alimentos, de enfrentar cada vez mayores

<sup>1003</sup> Tribunal Militar, Quequeña, 24 de noviembre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 392-393.

<sup>1004</sup> Duarte, *op. cit.*, p. 51; Martiniano Urriola a Lynch, Huancayo, 17 de agosto de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 313; Lima, 22 de agosto de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 314.

dificultades para encontrar forraje para sus cabalgaduras y quedarse con pocas municiones, Martiniano Urriola solicitó autorización para abandonar su reducción en la montaña. Tras enterarse que Arequipa había caído y, por ende, seguro de que abandonar Ayacucho no comprometería los planes de Patricio Lynch, Martiniano Urriola decidió unilateralmente mover sus tropas hacia Huancayo.

La marcha hacia el norte a través del valle Mantaro resultó más difícil que el viaje hacia el sur: Martiniano Urriola había proclamado su falta de animadversión hacia los indios, pero al parecer ellos no pensaban igual. Emboscadas y galgas mataron a los hombres de Martiniano Urriola y como los indios habían destruido puentes, los chilenos se vieron obligados a vadear ríos turbulentos, lo que consumía a las tropas, su equipo y sus animales de carga<sup>1005</sup>. A pesar de las dificultades, la gente de Martiniano Urriola arribó a Huancayo el 26 de octubre y luego, después de atravesar el Paso Chicla, llegaron a Lima el 12 de diciembre. La expedición de Martiniano Urriola logró poco: Andrés Cáceres reocupó Ayacucho y luego marchó a Huancayo, que pasó a ser su capital provisional<sup>1006</sup>.

Todos en Arequipa esperaban que los chilenos se mudaran a la ciudadela andina. Las perspectivas de los chilenos eran descorazonadoras: Lizardo Montero había mejorado las defensas de la ciudad montando cañones navales en los parapetos de barro y el líder boliviano, Narciso Campero, también había enviado la guarnición local de siete mil hombres –dos mil regulares y cinco mil indisciplinados guardias nacionales– y un gran número de rifles además de quince cañones terrestres Krupp<sup>1007</sup>. Con un ejército que iba creciendo en tamaño y sus arsenales llenos de armamento, Lizardo Montero melodramáticamente prometió que “lucharía en el campo y en la ciudad, en las calles y en las plazas, y aún en las iglesias” antes de rendirse<sup>1008</sup>. La belicosa retórica del almirante puede no haber impresionado a los chilenos, pero sí aterró a los burgueses de Arequipa. Temiendo el daño que una batalla podría ocasionar en Arequipa, las élites de la ciudad solicitaron que el Almirante defendiera su última posición en cualquier parte, pero no dentro de su ciudad<sup>1009</sup>. Por consiguiente, Lizardo Montero ordenó a sus hombres cavar emplazamientos en Huasacachi y Jamta, dos crestas de montaña que protegían los accesos sur de la ciudad.

<sup>1005</sup> Martiniano Urriola a Lynch, Jauja, 30 de noviembre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VII, p. 316; véase Henri Favre, “Remarques sur la lutte des classes au Pérou pendant la guerre du Pacifique”, p. 64.

<sup>1006</sup> Patricio Lynch a Martiniano Urriola, Lima, 28 de agosto, 7 de septiembre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 315-316; Urriola a Lynch, Jauja, 30 de noviembre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 316.

<sup>1007</sup> Daniel Parodi Revoredo, *La laguna de los villanos. Bolivia, Arequipa y Lizardo Montero en la Guerra del Pacífico (1881-1883)*, pp. 116-118.

<sup>1008</sup> *Op. cit.*, p. 43.

<sup>1009</sup> *Op. cit.*, p. 124.

Pero el 22 de octubre, los chilenos rodearon la posición de los defensores en Huasacachi usando un sendero poco conocido. Al amanecer del 23 de octubre, al darse cuenta de que los hombres de José Velásquez controlaban sus dos flancos, los peruanos retrocedieron. Algunos se apostaron en Puquina, el terreno elevado por sobre el camino a Arequipa. Si hubiese estado adecuadamente defendido, los chilenos no habrían sido capaces de escalar las alturas de Puquina sin incurrir en enormes pérdidas. Pero los defensores de Puquina no eran audaces. Cuando los chilenos lanzaron su ofensiva, los fieles y leales partidarios de Arequipa arrojaron sus armas y huyeron<sup>1010</sup>.

Con rapidez quedó claro que las tropas chilenas pronto capturarían Arequipa. Curiosamente, pocos residentes de la ciudad creían en las grandilocuentes declaraciones de Lizardo Montero. Como observó un cínico, para que el Almirante cumpliera su promesa de pelear casa a casa, “era necesario ser un hombre superior, y el general [sic] Montero no está vaciado en el molde de los hombres superiores”<sup>1011</sup>. Los acontecimientos probaron que los escépticos tenían la razón. Cuando las campanas de las iglesias de Arequipa anunciaron el inminente ataque chileno, el Almirante se echó a correr para abordar un tren a Puno. Una furiosa unidad de la guardia nacional, que estaba muy consternada por esta traición, se dirigió a la estación, donde lo obligó a volver a la ciudad a hurtadillas.

Con el General oculto, se rebelaron más unidades de la guardia. Solo la llegada de las tropas regulares, que a veces tenían que disparar a los milicianos rebeldes, restauró un mínimo de orden. Cuando los amotinados asesinaron a uno de los edecanes de Lizardo Montero y la muchedumbre mató a un oficial del gobierno local, Lizardo Montero y el general César Canevaro huyeron por segunda vez hacia la frontera boliviana, que lograron cruzar. Una vez que el Almirante había escapado, las autoridades municipales hicieron arreglos para que el cuerpo consular declarara a Arequipa ciudad abierta. En este punto, las élites de la ciudad anhelaron que los chilenos restauraran el orden. El 29 de octubre, algunos de los hombres del coronel José Velásquez ingresaron a la antigua ciudadela de Lizardo Montero<sup>1012</sup>. Más adelante marcharían a Puno para recoger armas las abandonadas y asegurarse que ningún peruano aspirante al poder usara la zona para reagrupar sus fuerzas<sup>1013</sup>.

<sup>1010</sup> José Velásquez al ministro de Guerra, Arequipa, 31 de octubre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 358-361.

<sup>1011</sup> A. Zevallos, “Notas para la historia”, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 381-383.

<sup>1012</sup> Zevallos, *op. cit.*, pp. 381-383; E. J. Casnave, “La sublevación de Arequipa”, pp. 383-385; José Goines, Lima, 4 de diciembre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 385-386; Memoria presentada por el alcalde del honorable consejo provincial de Arequipa, 31 de diciembre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VII, pp. 387-391; José Velásquez al ministro de Guerra, Arequipa, 31 de octubre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 358-361.

<sup>1013</sup> José Velásquez, Arequipa, 2 de noviembre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 440.

Como era de esperar, Lizardo Montero defendió su decisión de huir a Bolivia. En una carta a Andrés Cáceres, aseguró que los ciudadanos de Arequipa habían rehusado hacer una guerra de guerrillas, y en vez de volver las armas de su ejército contra las volátiles unidades de la guardia nacional, renunció. Instalado en el exilio, el Almirante instó a Andrés Cáceres a seguir combatiendo contra el “conquistador coludido con los traidores”<sup>1014</sup>. Su actitud contrasta acentuadamente con la de su compañero César Canevaro, que anhelaba ver que Perú terminara la guerra y empezara a reconstruir un gobierno<sup>1015</sup>.

En 1883, Miguel Iglesias aceptó el tratado de Ancón, que entregó Tarapacá y permitió a Chile ocupar Tacna y Arica por diez años; luego de ese periodo, un plebiscito determinaría qué país se quedaría con estas provincias. Por desgracia para Miguel Iglesias, el acuerdo solo terminó el estado de guerra con Chile: todavía tenía que luchar con Andrés Cáceres. Pero el líder de la resistencia, luego de “una angustiosa lucha interna [...]” decidió aceptar el Tratado de Ancón, como un hecho consumado”. Su buena voluntad, sin embargo, no se extendió a “el gobierno que Chile estableció firmemente”<sup>1016</sup>. Así, el General volvió a luchar contra Miguel Iglesias, quien, luego de meses de batalla, renunció a la presidencia a favor de Andrés Cáceres.

Andrés Cáceres no era el único oficial peruano que continuaba la guerra improvisada: en noviembre de 1883 Juan Luis Pacheco lideró un ataque sorpresa a Pachia. Aunque logró causar algún daño, los chilenos lo obligaron a retirarse. Esta vez no paró de correr hasta llegar a Bolivia, donde las autoridades, citando su conducta disruptiva, con prudencia rechazaron su oferta de ayuda<sup>1017</sup>.

#### EL FINAL DE LA GUERRA

Bolivia no había luchado desde su derrota en Tacna. Y mientras los chilenos estuvieran ocupados en destruir los restos de la resistencia peruana, Narciso Campero sabía que él y su país podían descansar tranquilos. Los líderes de Bolivia aprovecharon sabiamente el armisticio *de facto* para comprar armas modernas, reformar el ejército y reclutar nuevos hombres, a los que instruyeron en las últimas tácticas. Los resultados de estos cambios complacieron al

<sup>1014</sup> Lizardo Montero a Andrés Cáceres, a bordo del *Yavarí* en Puno, 28 de octubre de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 365.

<sup>1015</sup> Cesar Canevaro, *Esposición*, La Paz, 3 de noviembre de 1879, p. 366.

<sup>1016</sup> *La traición de Iglesias. Documentos para el proceso*, pp. 4-8 despidió a Iglesias como un Quisling que se transformó en el cómplice de Lynch tratando de erradicar a Cáceres. Cáceres, *op. cit.*, p. 257.

<sup>1017</sup> Basilio Urrutia, “Memoria del Jefe de la División de Observación de Tacna y Arica”, Tacna, 26 de mayo de 1884, p. 165; Nataniel Aguirre al general al mando La Paz, Sucre, 4 de agosto de 1884, en Joaquín Aguirre Lavayen, *1884 Pacto de tregua la Guerra del Pacífico*, p. 240.

gobierno boliviano. El soldado boliviano, declaró el ministro de Guerra, “ha sido convertido en un ciudadano armado para defender la ley en vez de un instrumento destinado a entronizar la usurpación y la tiranía”<sup>1018</sup>.

Los nuevos líderes pueden haber creado un nuevo soldado, pero el ejército en el que servía era todavía demasiado pequeño: solo tres mil quinientas tropas para oponerse a los cinco mil chilenos con experiencia de combate de la guarnición en Puno. Enfrentarse al ejército de Patricio Lynch requeriría por lo menos diez mil tropas, mucho más que lo que los fondos públicos bolivianos podían financiar<sup>1019</sup>. Nos guste o no, concluyó el estadista boliviano Nataniel Aguirre, la nación tendría que aceptar cualquier tratado, “sin importar cuán oneroso”, siempre y cuando no comprometiera la independencia de la nación<sup>1020</sup>.

Algunos bolivianos argumentaron que firmar un tratado de paz por separado constituiría una traición a su alianza con Perú. Pero Mariano Baptista, uno de los líderes de la fracción partidaria de la paz, rechazó esta idea:

“Queremos paz porque el país está cansado de este pasivo e incomprendible estado de guerra, que sirve sólo para reducir los recursos de la nación y que favorece el militarismo”.

Conformarse con menos, en esencia, obligaría a Bolivia a servir por contrato a Perú<sup>1021</sup>.

Los bolivianos, por supuesto, esperaban que Chile devolviera el desierto de Atacama o, en su defecto, al menos dar a La Paz una parte de Tacna o Arica en compensación por la pérdida de su costa marítima. Aunque hubiesen querido hacerlo, los chilenos no podían satisfacer este deseo: el tratado de Ancón especificaba que solo el plebiscito de 1893 determinaría en definitiva la propiedad de Tacna y Arica. Como era obvio, el presidente Domingo Santa María no podía ceder a Bolivia un territorio que su gobierno no poseía legalmente. Además, no veía la razón para ser tan generoso con Bolivia. Dada esta situación, se hizo cada vez más claro que las dos naciones tendrían que negociar un armisticio, no un tratado de paz permanente. Sin embargo, desde la perspectiva de Chile, Bolivia parecía buscar objetivos contradictorios: mientras hablaba de negociar un acuerdo, recibía armas y trataba de recaudar dinero para continuar con la opción de la guerra.

Después de tres años, los chilenos estaban cansados de la guerra. Así, cuando la fracción boliviana partidaria de la paz ganó el apoyo del Poder Legislativo, Chile aceptó parlamentar con sus dos enviados, Belisario Suárez y

<sup>1018</sup> Bolivia, Ministerio de Guerra, *Informe 1881*, pp. 7-8, 16, 26, *Memoria 1882*, p. 3, *Memoria 1883*, pp. 2, 7, 21.

<sup>1019</sup> Acta Primera, sesión del 16 de febrero de 1884, en Aguirre Lavayen, *op. cit.*, pp. 77-79.

<sup>1020</sup> *Op. cit.*, p. 82.

<sup>1021</sup> Citado en Querejazu, *Guano...*, *op. cit.*, p. 682.

Belisario Boeto. Sin embargo, las negociaciones, que se iniciaron en noviembre de 1883, se arrastraron por meses. Finalmente, los discusiones con Bolivia enfurecieron al presidente Domingo Santa María, que nunca había sido un hombre muy paciente. Ordenó a Diego Dublé de Almeyda, comandante de la región de Puno, concentrar sus tropas en la frontera boliviana y eliminar todo el transporte en el lago Titicaca. En uno de los episodios más pintorescos de la guerra, el ministro de Marina le ordenó a la Armada que enviara por tren la lancha torpedo, la *Colo Colo* primero a Arequipa y luego a Puno, donde arrasaría con todos los barcos peruanos o bolivianos del lago, ubicado a tres mil ochocientos metros de altura<sup>1022</sup>. Bolivia recibió el mensaje: en abril de 1884 otorgó a Chile el derecho a ocupar su litoral a cambio de una paz, aunque fuera temporal, y una parte de los ingresos que generara la aduana local. Exactamente cinco años después de su inicio, la Guerra del Pacífico había terminado.

Hubo ciertos factores que favorecieron una guerra de guerrillas. La tentativa de Chile de imponer tributos fracasó tanto en la recaudación como en la política. Asediados por el mal clima, que reducía sus cosechas, los pobres del Perú rural resentían con intensidad los intentos de los invasores de vivir de la tierra, que en este caso significaba vivir del sudor de los indios. Por lo tanto, cada expedición chilena destinada a la búsqueda de alimentos o de represalia militar, simplemente empujó a más indios al ejército de Andrés Cáceres o a sus bandas de montoneros.

Investigadores como Nelson Manrique afirman que el racismo motivó la conducta chilena, que los chilenos veían al indio peruano como “biológicamente flojo” y que las políticas de Chile buscaban fundamentalmente subyugar a Perú aniquilando a su población indígena. Se supone que este mismo desprecio llevó a los chilenos a permitirse la violación a gran escala de mujeres indias, una política que se cree inspiró a los peruanos a mutilar los genitales de los chilenos heridos o muertos<sup>1023</sup>. En cambio, Andrés Cáceres, que hablaba quechua, se transformó en el salvador de los indios cuando abolió los tributos y recaudó impuestos solo de los ricos. Tal comportamiento contrastaba radicalmente con el de los chilenos, quienes, según afirmaban los peruanos, recorrían las montañas como un malón o asalto araucano<sup>1024</sup>. Quizá amenazado por una población indígena cada vez más radicalizada, Andrés Cáceres aceptó el tratado de Ancón. Todavía continuaba su *vendetta* contra Miguel Iglesias, cuyo régimen, observó un diplomático británico, “sólo durará mientras tenga el apoyo de las bayonetas chilenas”<sup>1025</sup>. Mientras tanto, Boli-

<sup>1022</sup> Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria, 1884*, p. 180.

<sup>1023</sup> Manrique, *op. cit.*, pp. 86, 98-102, 105-107, 146-148.

<sup>1024</sup> Luis Guzmán Palomino, “La resistencia de fuerzas irregulares que precedió a la victoriosa contraofensiva de Julio de 1882”, vol. II, pp. 42-43.

<sup>1025</sup> Spencer St. John a conde de Granville, Lima, 5 de junio de 1884, en FO 61, 53.

vía, que se enfrentaba a la posibilidad de un ataque en su territorio, también capituló. La paz, aunque tenue, al fin había llegado.



## CONCLUSIÓN

En 1879 los ejércitos de Bolivia, Chile y Perú eran, en mayor o menor grado, organizaciones poco sofisticadas, incluso primitivas, que consistían en lo principal en unidades de infantería apoyadas por contingentes más pequeños de artillería y caballería. Estas fuerzas armadas no contaban con cuerpos médicos, unidades de intendencia, cuerpos de abastecimiento, comunicaciones o transporte, y lo que los combatientes orgullosamente llamaban sus estados mayores eran a menudo creaciones ad hoc, formadas sobre la marcha y a menudo con personal proveniente de los residuos del Ejército, y no de sus élites intelectuales. Al término del conflicto, el ejército de Perú de preguerra ya no existía, y el de Bolivia había cambiado. Y, debido a las fallas existentes –La Moneda aún permitía a las personas de fortuna comprar el mando de unidades de milicias– algunos extranjeros argumentaban que “el ejército chileno no podría ser considerado tal, por lo menos si se lo considera en el sentido europeo de la palabra”<sup>1026</sup>.

La nueva tecnología –el rifle de retrocarga, el fusil ametralladora, la artillería con cañones de acero, el buque de guerra blindado, el torpedo, y la mina de tierra– puede haber influido en el resultado de las hostilidades que convulsionaron a Estados Unidos durante su guerra civil y a Europa durante el conflicto franco-prusiano, pero no tanto en la lucha entre Chile y los aliados. Era evidente que, aunque involucró acorazados, la conducción del lado naval de la guerra parece notablemente carente de innovación. Como dos luchadores a puño limpio, las flotas de Chile y Perú intercambiaron golpes, de forma poco elegante, hasta que uno destruyó al otro. Las pocas conclusiones que emergen del lado marítimo del conflicto parecen validar proposiciones más negativas que positivas: la embestida naval no funcionó, y desplegar un mástil o, aun, un torpedo Lay, parecía hacer peligrar tanto al atacante como a su supuesto enemigo.

<sup>1026</sup> William A. Dyke Acland a A.H. Markham, Callao, 27 de enero de 1881, en Tauro, *op. cit.*, p. 70; Consul general Pakenham al marqués de Salisbury, Santiago, 10 de julio de 1880, Ministerio de Relaciones Exteriores, vol. 16/202.

*Cuadro N° 22*  
BAJAS CHILENAS EN COMBATE ESTIMADAS

Batalla	Fecha	Muertos en acción	Heridos
Calama	23 de marzo 1879	7	6
Iquique	21 de mayo 1879	51	6
Arica – naval	28 de agosto 1879	9	12
Angamos	8 de octubre de 1879	1	9
Pisagua	2 de noviembre de 1879	58	155
Pisagua – naval	12 de noviembre de 1879	8	20
San Francisco	19 de noviembre de 1879	61	176
Tarapacá	27 de noviembre de 1879	546	212
Arica – naval	27 de febrero de 1880	10	10
Los Ángeles	22 de marzo de 1880	4	40
Alianza / Tacna	26 de mayo de 1880	434-58	1373-509
Arica	7 de junio de 1880	117	355
Chorrillos	18 de enero de 1881	797	2522
Miraflores	15 de enero de 1881	502	1622
Arriagada	Expedición de 1883	130	574
Huamachuco	10 de julio de 1883	56-66	101-19

FUENTES: E. Ramírez al oficial al mando, Operaciones del Norte, Calama, 24 de marzo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 126; Iquique, Nicolás Redolés, “Relación nominal i clasificada del personal”, Iquique, 5 de junio de 1879, pp. 323-325; C. Condell al almirante Williams, Antofagasta, 6 de junio de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 297, “Muertos y heridos durante la expedición sobre Moquegua y acción de Los Anjeles”, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 438; “Razón de las bajas del Ejército de Chile en la batalla del Campo de la Alianza”, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 598-599; Manuel Baquedano al ministro de Guerra, Arica, 21 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 178, “Anexo al parte oficial”, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 193; J. F. Merino al Comandante en Jefe, División del Norte, Huamachuco, 11 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 214; Alejandro Gorostiaga al Comandante en Jefe del Ejército, Huamachuco, 12 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, p. 212; Carlos Vargas Clark [cirujano de la división de Gorostiaga] a Aniceto Vergara A., Huamachuco, 14 de julio de 1883, en AM, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 224-225; G. Riveros al oficial al mando de la flota, Antofagasta, 10 de octubre de 1879, Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria de Guerra y Marina, 1879*, p. 20; E. Escala al ministro de Guerra, Hospicio, 10 de noviembre de 1879 y n.d., pp. 47-48, 65; Luis Arteaga al Comandante en Jefe, Santa Catalina, 4 de diciembre de 1879, pp. 75-79; Manuel Baquedano al Comandante en Jefe del Ejército, Moquegua, 27 de marzo de 1880, p. 88; José Goñi al ministro de la Marina, Valparaíso, 8 de septiembre de 1879, p. 159; Luis Castillo al ministro de la Marina, 27 de febrero de 1880, pp. 200-201, en Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria de Guerra y Marina, 1880*; Adolfo Silva, “El estado que manifiesta el número de Jefes, Oficiales e individuos de tropa muertos i heridos en las batallas de Chorrillos i Miraflores, los días 13 i 15 de enero de 1881”; Molinare, *op. cit.*, p. 274.

Las estadísticas de las muertes en el campo de batalla son inexactas porque no proporcionan información de seguimiento de los que posteriormente murieron de sus heridas.

El lado militar de la Guerra del Pacífico debería haber reforzado las lecciones de los recientes conflictos estadounidenses y europeos: si la duplicación del alcance de los nuevos rifles de avancarga dio una enorme ventaja a tropas atrincheradas al defenderse de un ataque, la introducción de las modernas armas pequeñas de retrocarga, como el Comblain II, en especial cuando se usaba junto con piezas de artillería de retrocarga y cañones pesados, hizo virtualmente suicida atacar en formaciones en masa en terreno abierto. Pero ninguna de las batallas de la Guerra del Pacífico pareció validar estos principios. En realidad, si no fuera por la presencia de las nuevas armas pequeñas y la artillería con cañones de acero, los veteranos de las campañas de Napoleón se hubiesen sentido en casa en los campos de batalla de la Guerra del Pacífico.

*Cuadro N° 23*  
BAJAS DE LOS ALIADOS

Batalla	Fecha	Muertos en acción	Heridos	Muertos en acción y heridos	Prisioneros de guerra
Calama	23 de marzo de 1879	16			30
Iquique	21 de mayo de 1879	2	19		
Angamos	8 de octubre de 1879	31	3		162
Pisagua	2 de noviembre de 1879			567	56
San Francisco	19 de noviembre de 1879	135-500	88	400-6000	87
Tarapacá	27 de noviembre de 1879	236	261		76
Los Ángeles	22 de marzo de 1880	14-28	20-25	100	64
Alianza/ Tacna	26 de mayo de 1880	600-1500	1300	2500-3000	1300
Arica	7 de junio de 1880	700-1200	200		1328
Chorrillos	13 de enero de 1881	4000-7500	3000		2000-3000
Miraflores	15 de enero de 1881	6000	3000		3000
Huamachuco	10 de julio de 1883		1200		800

FUENTES: “Lista nominal de jefes, oficiales, i tropa pows”, en AM, *op. cit.*, vol. I, p. 131; Santiago Tavora, “razón de heridos y muertos,” Iquique, 21 de mayo de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 325-326; Luis A. Castillo, Antofagasta, 10 de octubre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. I, pp. 500-501; El Ayudante del Estado Mayor Boliviano, 2:86, Telegramas, Caldera, 9 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 122; Erasmo Escala al Ministro de Guerra, 25 de noviembre de 1879, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 135; “Relación del los muertos y heridos peruanos”, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 201-202; Andrés Gamarra al General, Segundo Ejército del Sur, Omate, 4 de abril de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 440; Julio C. Chocano al General, Primera División del Segundo Ejército del Sur, Omate, 31 de marzo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 441-442; Marín Alvarez al Teniente Coronel, Jefe de Estado Mayor de la Primera División del Segundo Ejército del Sur, Omate, 28 de marzo de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 442-443, Pedro J. Armayo a Narciso Campero, La Paz, 12 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, p. 590;

*El Ferrocarril*, Santiago, 6 de junio de 1880 y *El Nacional*, Lima, 26-28 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. II, pp. 617-620; Manuel Baquedano al Ministro de Guerra, Arica, 21 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 178; Manuel C. de la Torre al Secretario de Estado, Arica, 9 de junio de 1880, en AM, *op. cit.*, vol. III, p. 186; Eulogio Altamirano al Presidente, Iquique, 19 de enero de 1881, en AM, *op. cit.*, vol. IV, p. 409; Eduardo Henoekm, *El Ferrocarril*, Santiago, en AM, *op. cit.*, vol. IV, pp. 512, 528; Correspondencia de *El Mercurio*, 15 de junio de 1880, p. 676; José Francisco Vergara al Presidente, 19, 20 de enero de 1881, p. 922; Manuel Baquedano al ministro de Guerra, Lima, 18 de enero y 20 de febrero de 1881, p. 970, en Chile, *Boletín de la Guerra del Pacífico*; Dellepiane, *op. cit.*, vol. II, pp. 45, 100, 140, 163, 218, 258, 366; Ochoa, *Diario...*, *op. cit.*, pp. 203-204; Buendía, *op. cit.*, p. 39; Ekdale, *op. cit.*, vol. II, p. 398; Manuel Baquedano al Comandante en Jefe, Moquegua, 27 de marzo de 1880, Chile Ministerio de Guerra, *Memoria, 1880*, p. 88.

En verdad, las hostilidades sudamericanas no tenían por qué haberse parecido a las guerras que ocurrieron setenta años antes. Después de todo, oficiales como los Dublé Almeyda de Chile y Eliodoro Camacho de Bolivia estudiaron en el extranjero, y a su retorno trataron de dar a conocer las nuevas tácticas y tecnologías a sus hermanos oficiales. Un coronel boliviano, Miguel Aguirre, incluso escribió un manual explicando cómo usar tácticas de orden abierto a nivel de los batallones<sup>1027</sup>. Como el libro de Miguel Aguirre, una edición revisada de una obra anterior, apareció después de que Bolivia abandonara la guerra, no pudo influenciar la conducción de Nicolás Campero de las hostilidades. Pero, como demuestra este estudio, Miguel Aguirre y los Dublé Almeyda (eran más de uno en la guerra) parecían ser voces en el desierto. Los ejércitos de los aliados y de los chilenos fracasaron con frecuencia en aplicar muchas de las lecciones de las conflagraciones anteriores.

Las guerras libradas a fines del siglo XIX en Europa y Estados Unidos diferían de manera radical de los conflictos napoleónicos: los comandantes de ejércitos con mayor número de conscriptos necesitaban vías férreas para concentrar sus tropas, intendencias para alimentarlas, vestirlas y armarlas, médicos para mantener la salud de los soldados y evacuar a los heridos del campo de batalla, ingenieros para construir fortificaciones y señalizaciones para mantener el contacto entre los ejércitos en terreno y los cuarteles generales. Y por sobre esta mezcla de unidades de combate y técnicas, debía prevalecer el Estado Mayor, esa organización que llegó a ser el sello distintivo de los ejércitos europeos de fines del siglo XIX y que garantizó el triunfo de Helmuth von Moltke en 1871, esa élite altamente calificada cuya tarea era dirigir los esfuerzos de las diversas organizaciones técnicas y de combate para llevar adelante la guerra.

Pero los beligerantes sudamericanos que se enfrentaron no poseían estas unidades especializadas técnicas y de suministro, en parte porque las socieda-

<sup>1027</sup> Miguel Aguirre, *Instrucción de batallón en el orden abierto para los cuerpos de infantería de Bolivia*. Curiosamente, el autor envió una copia de este trabajo a Cáceres.

des civiles que ellos esperaban proteger solo habían conocido recientemente estos frutos de la Revolución Industrial, si es que lo habían hecho. En muchos aspectos, estas naciones parecían enraizadas en una edad preindustrial. Sin vías férreas, un sistema de telégrafos o caminos decentes; el ejército de Bolivia dependía de mulas para transportar material y, en algunos casos, de mensajeros para transmitir comunicaciones. Era evidente que, una Bolivia subdesarrollada no podía integrar una tecnología que no existía dentro de sus fronteras.

En menor grado, una falta similar de recursos también atormentaba a las fuerzas armadas de Perú y Chile, que no podían acceder a los servicios que necesitaban con tanta desesperación. Los ejércitos peruano y chileno, por ejemplo, tuvieron que contratar civiles para operar los sistemas de ferrocarril y telégrafo porque los militares carecían de experiencia para operar estos instrumentos. Los problemas médicos aquejaban a ambas partes. Chile, que contaba con solo trescientos cincuenta médicos en 1881, no tenía los suficientes capacitados para atender las enfermedades de los civiles de la nación, mucho menos para dotar de personal al incipiente cuerpo médico de sanidad de sus fuerzas armadas. En consecuencia, el gobierno de Aníbal Pinto tuvo que reclutar estudiantes de Medicina o confiar en la generosidad de cirujanos navales extranjeros para tratar a sus heridos. De manera similar, los ejércitos de Perú y Bolivia tuvieron que recurrir a los civiles para financiar, fundar, dotar de personal, aprovisionar y administrar unidades de ambulancias que habían sido recién creadas. Santiago también tuvo que depender de civiles para dotar de personal a su Intendencia General del Ejército y Marina en Campaña, que supervisaba la adquisición y distribución de alimentos, vestimenta y suministros para el Ejército y la Armada. En resumen, sin un suministro orgánico o unidades técnicas, los militares bolivianos, chilenos y peruanos llegaron a depender de civiles para proveer las habilidades y a veces los fondos que permitieran funcionar a las Fuerzas Armadas. Estas omisiones continuaron mucho después de la guerra: el cuerpo de oficiales de Chile, por ejemplo, continuó hostigando al gobierno para que financiara la construcción de una vía férrea longitudinal, para que pudiera enviar tropas por vía terrestre para defender el norte<sup>1028</sup>. El ejército chileno no creó una unidad de telecomunicaciones o de ferrocarril hasta 1911 y 1906, respectivamente. La Guerra del Pacífico, en resumen, se transformó en una empresa mixta pública privada, un modelo que no hubiese complacido al general Helmuth von Moltke.

Dado que los ejércitos que lucharon en la Guerra del Pacífico no asimilaron las lecciones técnicas de la guerra civil estadounidense y la guerra franco-prusiana, no debiera sorprendernos que ellos también fracasaran en sus intentos por adoptar la nueva doctrina táctica que consistía en que los soldados, al enfrentarse a las nuevas armas cortas y artillería de largo alcance, debían avanzar

<sup>1028</sup> Francisco Javier Díaz, "Estudio sobre la defensa territorial de Chile", p. 69.

en grupos pequeños más que en unidades masivas; que los combatientes en la defensiva y en la ofensiva debían atrincherarse porque, como observó de modo tan lacónico Eliodoro Camacho, “recostarse al suelo cuando se percibe el fuego enemigo, no revela cobardía y sí mas bien vigilancia y previsión”, y que los ejércitos debían usar maniobras para rodear los flancos de sus enemigos para derrotarlos, en vez de confiar en el impacto de un asalto frontal<sup>1029</sup>.

Para ser justos, no fue tanto una falta de interés sino la falta de oportunidad lo que dictó la elección de tácticas de los aliados. Con la excepción de la batalla de Dolores, las fuerzas peruanas y bolivianas dedicaron sus esfuerzos a defender, no a atacar, posiciones atrincheradas. En consecuencia, estos ejércitos raramente tuvieron la oportunidad de practicar maniobras. Aun cuando los aliados tomaban la ofensiva, no podían avanzar en orden disperso: muchas de sus tropas aun portaban rifles de avancarga de corto alcance o, peor, mosquetes. Por consiguiente, los soldados aliados tenían que atacar en grandes formaciones para maximizar el efecto de sus descargas masivas. El hecho de que conscritos descontentos compusieran la mayor parte de sus ejércitos, limitaba la elección de tácticas de los peruanos y bolivianos. La formación cerrada, con todos sus defectos, era la única forma para los comandantes de controlar a soldados mal preparados y a menudo poco entusiastas.

El ejército chileno tuvo que rechazar las tácticas de maniobra por muchas de las mismas razones que los aliados. En la mitad de sus batallas –Pisagua, Tarapacá, Los Ángeles y Arica– las tropas de Chile tuvieron que escalar montañas para acercarse al enemigo. Obviamente, estas condiciones limitaron la capacidad de los chilenos para maniobrar o para atacar en orden disperso. La defensa de sus posiciones en la cumbre de San Francisco Sur y San Francisco Norte restringía con severidad los movimientos. En resumen, solo dos veces, en Tacna o Campo de la Alianza, y en Chorrillos, el ejército chileno tuvo la oportunidad de aplicar las nuevas tácticas. El ataque de Chile a Miraflores no sucedió como consecuencia de un plan organizado con anticipación sino en respuesta al inesperado ataque peruano. Sin embargo, en ambas ocasiones el comandante del Ejército, Manuel Baquedano, rehusó emplear maniobras y dispersar sus fuerzas para aplastar a sus enemigos.

Manuel Baquedano tuvo dos opciones en Tacna y Chorrillos: pudo haber seguido el consejo de los que lo habían instado a evitar el ataque frontal, que algunos definían como “el emético de una batalla”, o utilizar la doctrina prusiana de maniobrar. Esta estrategia, que involucraba envolver el flanco de los aliados, podría haber llevado no solo a dispersarlos sino, también a capturarlos. En cambio, Manuel Baquedano acogió “las tácticas anticuadas” del mariscal Michel Ney, atacando con unidades masivas a lo largo de un amplio frente<sup>1030</sup>.

<sup>1029</sup> Camacho, *op. cit.*, pp. 24-25, 30.

<sup>1030</sup> Hans Delbrück, *The Dawn of Modern Warfare*, vol. iv, pp. 329, 380, 423; Ekdhal, *op. cit.*, vol. ii, p. 349.

La lista de víctimas de Tacna debió haber advertido a Manuel Baquedano que tenía que cambiar sus tácticas cuando sitió Lima. Sin embargo, el General rechazó el consejo de los generales Marcos Maturana y José Francisco Vergara, quienes le habían propuesto que tratará de envolver el flanco del enemigo en Chorrillos. Sigue siendo poco claro cuáles fueron las motivaciones del General en jefe. Tras entrar al Ejército a los quince años, Manuel Baquedano aprendió a ser soldado en terreno, sin asistir a la Escuela Militar, como lo hizo Marcos Maturana. Por consiguiente, puede haber desdeñado las sugerencias de sus subordinados, precisamente porque parecían, en cierto sentido, casi cobardes. O quizás, como un soldado que se formó a sí mismo, no quiso seguir el consejo de sus colegas más académicos. Así, puede haber preferido el asalto frontal, en parte porque era tan simple, pero también porque era más viril que la temerosa maniobra apoyada por Marcos Maturana. Pero independiente de lo que motivó su elección, como observó con aspereza el respetado historiador militar chileno Guillermo Ekdahl, “No hablamos aquí de la influencia de las formas tácticas empleadas, pues, el ejército chileno evidentemente no conocía otras en esa época”<sup>1031</sup>.

#### LA ANATOMÍA DE LA VICTORIA CHILENA

Dada la incipiente senectud de Luis Arteaga, el obsesivo ultramontanismo de Erasmo Escala, y las tácticas primitivas de Manuel Baquedano, uno podría preguntarse, ¿cómo Chile venció a Perú y Bolivia? Algunos cínicos podrían sugerir que las fuerzas de Aníbal Pinto y Domingo Santa María ganaron porque sus enemigos no eran aptos para la guerra, que el castillo de naipes militar de los aliados colapsó bajo el peso de la incompetencia acumulada de peruanos y bolivianos. Esa respuesta, sin embargo, pasa por alto la realidad.

No todas las unidades aliadas tuvieron un pobre desempeño en el campo de batalla. Dependiendo de la batalla, si bien algunos contingentes se dieron a la fuga, otros pelearon con tenacidad. Los batallones Victoria y Dalence de Bolivia resistieron con firmeza a los chilenos en Pisagua y Dolores, respectivamente. De igual forma, a mediados de 1880, los Colorados y los Amarillos de Bolivia prefirieron inmolarse en las llanuras de Campo de Alianza en vez de replegarse. Lo mismo hicieron el batallón Zepita y la columna de Artesanos de Perú, que defendieron Tacna, la guarnición de Arica, y muchos de los elementos que defendían Lima. Dicho simplemente, algunas unidades peruanas y bolivianas a menudo se negaron a capitular. Entonces, ¿por qué fracasaron los ejércitos de Perú y Bolivia?

<sup>1031</sup> Ekdhal, *op. cit.*, vol. II, pp. 349-350, 371.

Por desgracia para ellos, los ejércitos aliados sufrieron de una escasez crónica de líderes idóneos. Este problema empezó a principios de 1879, cuando los altos mandos bolivianos y peruanos tuvieron que asignar a algunos de sus oficiales y suboficiales más experimentados para dotar de personal al recién formado Ejército del Sur peruano o, en el caso de Bolivia, los soldados reclutados para retomar su litoral. Desafortunadamente, el problema de personal empeoró: la fallida defensa de Pisagua, Tarapacá, Tacna y Arica consumió tantos oficiales superiores y suboficiales aliados que su pérdida degradó la calidad de las fuerzas armadas de Perú y Bolivia. En resumen, casi desde el inicio del conflicto, los militares aliados empezaron a desangrarse hasta morir: cada derrota o, aun, su única victoria consumió tantos oficiales –un general y siete oficiales superiores peruanos murieron en Tarapacá– que los aliados cada vez dependían más de oficiales novatos, suboficiales y reclutas enrolados hace poco tiempo. Dada la falta de oficiales competentes, lo que sorprende no es que los recién creados contingentes aliados se dieran a la fuga, sino que tantos resistieran durante tanto tiempo. Independiente de que actuaran por orgullo, temor, rabia o patriotismo, algunas unidades continuaron resistiendo a los chilenos aun después de que era evidente que la guerra había terminado. Por consiguiente, atribuir la victoria de Chile solo a la ineptitud de los aliados menoscancia de manera injusta la resistencia de héroes como el coronel Francisco Bolognesi, el general Andrés Cáceres y el almirante Miguel Grau, de innumerables oficiales y suboficiales desconocidos, y de miles de soldados rasos y montoneros que resistieron con tenacidad el poderío de Chile. También menoscancia los esfuerzos de Santiago por derrotar a estos hombres. Aun así, si ambos lados lucharon bien, ¿por qué triunfaron los chilenos?

Chile derrotó a sus enemigos gracias a su ubicación geográfica, su infraestructura civil superior y sus instituciones políticas –que lograron funcionar aun durante el estrés de la guerra– y, más importante, las habilidades intelectuales y a la experiencia práctica de su cuerpo de oficiales. La ubicación geográfica de Chile contribuyó enormemente a su victoria. El acceso de Santiago al estrecho de Magallanes facilitó su importación de armamentos, vestuario y equipamiento militar. En 1879 y 1880 los ministros de Aníbal Pinto compraron más de cuarenta mil rifles, treinta y seis ametralladoras y setenta y ocho piezas de artillería, la mayoría de Krupp, material que Chile necesitaba para derrotar a los aliados. En cambio, cuando los buques de Miguel Grau dominaban las rutas marítimas, el proceso de abastecimiento de Perú no solo fue más complicado que el chileno sino que, también, dependía de la buena voluntad de las autoridades colombianas para enviar equipamiento bélico a través del istmo de Panamá. Por supuesto, después de la captura del *Huáscar* en Punta Angamos en octubre de 1879, el control de Santiago del Pacífico sur oriental obstaculizó drásticamente los esfuerzos de abastecimiento de Perú<sup>1032</sup>.

<sup>1032</sup> Documento 14, en Chile, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria... 1880-1881, op. cit.*

Al conectar Santiago con el sur del país y luego con Valparaíso, el sistema ferroviario chileno facilitó la concentración de hombres y suministros y su traslado a los campos de batalla en el norte. En cambio, la principal línea férrea de Perú terminaba en Chicla, lejos de algunas de las regiones más pobladas de la nación. Y, aunque la línea férrea de Mollendo a Arequipa llegaba a las regiones más pobladas de Arequipa y Puno, no necesariamente mejoraba los esfuerzos bélicos. El gobierno no tenía las instalaciones para entrenar o equipar a los oficiales, suboficiales y reclutas que llegaron a Mollendo, sobre todo cuando la flota chilena obtuvo la supremacía naval. Como observó con ingenio un autor peruano:

“La situación defensiva se tornó tan absurda, que militarmente quedábamos a merced del que dominara el mar, pues los ferrocarriles empezaban allí”<sup>1033</sup>.

Está claro que la estabilidad interna de Chile contribuyó enormemente a su éxito militar. Y también la falta de orden perjudicó el esfuerzo aliado. De los aliados, Bolivia aparecía como el menos estable, con solo dieciocho años de calma política entre 1826 y 1879. El visitante inglés Edward Mathews observó:

“La mejor forma de describir la política en Bolivia es puramente personal, ya que los diferentes partidos políticos parecen surgir, cambiar y morir según corresponda a medida que un líder ambicioso pasa al frente y luego es reemplazado por un hombre más nuevo”<sup>1034</sup>.

Bolivia vivía en tal estado de inestabilidad que su capital, observó un boliviano, “es el lomo del caballo que monta el Presidente de la República”<sup>1035</sup>.

Perú sufría de la misma aflicción. Tan solo durante la presidencia de Manuel Pardo (1872-1876) Lima soportó nueve golpes de Estado. El sucesor del presidente Manuel Pardo, Mariano Prado (1876-1879), no solo no logró restaurar la tranquilidad sino que su imprevista renuncia sumergió a la nación en un torbellino de agitación durante el cual cinco hombres distintos se disputaron febrilmente el poder. En cambio, en los casi cincuenta años después de 1830, solo dos guerras civiles, la última en 1859, agitaron a Chile.

La misma falta de orden que impidió la creación y perpetuación de instituciones políticas estables, también dañó a las fuerzas armadas de los aliados. Solo en 1877, por primera vez en diez años, el Colegio Militar de Perú graduó algunos oficiales subalternos. Eliodoro Camacho, que había visto colegios mi-

<sup>1033</sup> Virilio Roel, *El Perú en el siglo XIX*, p. 185.

<sup>1034</sup> Aranzaes, *op. cit.*, pp. 26-265; Mathews, *op. cit.*, p. 270.

<sup>1035</sup> Citado en Oscar Pinochet de la Barra, *Misión en Bolivia de C. Walker Martínez y R. Sotomayor Valdés*, p. 182.

litares europeos en operación, lamentó que Bolivia careciera de instituciones similares, condición que un oficial retirado atribuía a “el estado convulsivo en que vivió siempre el país, debido a las rencillas de ambición o de partido”<sup>1036</sup>. De ahí que muchos bolivianos y peruanos, sin acceso a un entrenamiento formal llegaran a ser oficiales, tal como lo hacen muchos predicadores autoinvestidos: respondieron al llamado de una fuerza interior o divina. Además, al destruir la cadena de mando de las Fuerzas Armadas, los constantes pronunciamientos y la anarquía interna fracturaron la integridad de la jerarquía militar. Consecuentemente, las fuerzas armadas peruanas y bolivianas que emergieron de estos conflictos internos crónicos, parecían consistir en un caótico revoltijo de oficiales que obtuvieron sus cargos, nombramientos y promociones, no por antigüedad o mérito sino que por participar en los incontables golpes o guerras civiles de sus naciones. Estas luchas internas también consumieron los activos militares, lo que obligó a los ejércitos aliados a iniciar la guerra empleando armas rescatadas de los campos de batallas domésticos.

Debido a que Chile se libró en gran medida del torbellino de la agitación civil, sus fuerzas armadas no se transformaron en una fuerza que competía por la supremacía política. Esto no significa que el cuerpo de oficiales de Chile se abstuviera de solicitar favores a sus aliados políticos. Vimos, por ejemplo, como el almirante Williams Rebolledo utilizó sus conexiones políticas para conservar su mando. Pero los oficiales chilenos no ganaban sus rangos o promociones fomentando o aplastando los cuartelazos. En la década de 1870 la mayoría de los cuerpos de oficiales había estudiado en la Escuela Militar de Chile que, a pesar de sus limitaciones, proporcionaba a sus graduados por lo menos algún conocimiento de su oficio. La graduación tampoco marcaba el final de la formación profesional. Y ya en la década de 1850, el alto mando del Ejército insistía en que sus oficiales asistieran a una serie de miniseminarios militares a nivel de unidades, donde practicaban juegos de guerra. Algunos oficiales de alto rango trataron de reformar el entrenamiento incorporando manuales técnicos nuevos, entre ellos algunos escritos por europeos. Además, los oficiales del Ejército tenían amplias oportunidades de ejercer su profesión en la frontera indígena. Luchar con los araucanos –que claramente no era una tarea para los pusilánimes– podía no educar a un oficial para dirigir una batalla convencional; sin embargo, daba experiencia en combates. Y en 1878 el Ejército había promulgado un conjunto de reglamentos que establecían los criterios para promoción basados en antigüedad y mérito.

En forma similar, la armada chilena superó a la flota de Perú gracias a la calidad de su personal. La mayoría de los oficiales navales asistieron a la Escuela Naval; y no pocos sirvieron en flotillas extranjeras, entre ellas la famosa Royal Navy. Una vez que el gobierno extirpó la madera muerta, como el hipocon-

<sup>1036</sup> Camacho, *op. cit.*, pp. 2-4; Díaz Arguedas, *op. cit.*, p. 109.

dríaco Williams Rebolledo y el alcohólico Enrique Simpson, Galvarino Riveros y una hueste de oficiales subalternos bien entrenados sacaron rápidamente a los peruanos de las rutas marítimas. En cambio, en el lado peruano, la mayor parte de los oficiales navales del país, comandados por “viejos marineros”, carecían de entrenamiento formal o, gracias a la miseria y temor del gobierno, de suficiente experiencia práctica. A diferencia de Perú, el gobierno chileno podía confiar lo suficiente en su Armada como para no tener que esconder partes cruciales de las máquinas para prevenir que oficiales insubordinados usaran los buques para apoyar una rebelión. En síntesis, Chile comenzó la Guerra del Pacífico con un cuerpo de oficiales más pequeño, pero con mejor formación al mando de un cuadro de suboficiales profesionales, soldados rasos y marineros. Por supuesto, al final las fuerzas armadas superiores de Chile derrotaron a sus enemigos.

#### ACEPTANDO EL FUTURO

Aunque habían triunfado, los líderes chilenos y muchos de sus cuerpos de oficiales reconocían que el país no podía permitirse descansar en sus laureles militares. En 1885, un grupo de jóvenes oficiales del ejército fundaron un periódico militar, la *Revista Militar de Chile*, para convertir a los obstinados y nostálgicos a la causa del cambio. Irónicamente, algunos de sus primeros artículos propiciaban la adopción de orden abierto o disperso<sup>1037</sup>. Las reformas no terminaron con la publicación de la *Revista Militar*. Enfrentados a la posibilidad de guerras revanchistas posteriores a 1884 y a una Argentina cada vez más hostil, el presidente Domingo Santa María comprendió que tenía que lograr la paridad militar, si no superioridad, sobre las naciones vecinas. De ahí que en 1885, impresionado por la victoria de Prusia sobre Francia, la administración de Domingo Santa María contrató los servicios del artillero y oficial del Estado Mayor alemán, el capitán Emil Körner, para modernizar su ejército. Este llegó a Chile al año siguiente, y más tarde, a la cabeza de una misión militar alemana, reestructuró, reequipó y reeducó al ejército chileno. Dentro de pocos años, Chile se transformó en el paladín de la cultura y tecnología militar alemanas en Latinoamérica. La flota chilena también se embarcó en un impresionante programa de modernización, tomando como modelo a la *Royal Navy*.

Chile no fue el único país que renovó drásticamente a sus fuerzas armadas. Los peruanos también buscaron asistencia militar foránea, sin embargo, lo hizo después de que lo hiciera Chile y desde una fuente diferente: quizás con el deseo de ser contrario, Lima eligió colocar a su ejército no bajo el manto de las victoriosas legiones alemanas sino que bajo el ejército de Francia. En

<sup>1037</sup> *Revista Militar de Chile*, 15 de agosto de 1885, p. 293; 12 de enero de 1886, p. 468; 10 de enero de 1887, p. 168, en Brahm García, *op. cit.*, p. 113.

1895 el capitán Paul Clemènt y otros tres oficiales –cada uno representando ramas de combate diferentes– llegaron a Lima. Permanecieron hasta 1914 y volvieron a Lima después de la Primera Guerra Mundial. Eliodoro Camacho de Bolivia, uno de los que reconoció el impacto de la tecnología en las tácticas militares, también contrató a algunos oficiales franceses para reestructurar el ejército de su país. Pero La Paz no aceptó una misión militar formal hasta 1911, cuando también recurrió a Berlín, contratando los servicios del mayor Hans Kundt y un equipo de oficiales alemanes. Aunque todos los miembros de estas misiones volvieron a Europa al inicio de la Gran Guerra, algunos regresaron: Hans Kundt, acompañado del sádico caracortada y futuro líder de las SA Ernst Rohm –quien moriría en la Noche de los Cuchillos Largos– reapareció y dirigiría más adelante la desastrosa participación de Bolivia en la Guerra del Chaco.

Aunque varios observadores militares extranjeros entregaron a sus respectivas naciones informes detallados reforzando las lecciones de la guerra civil de Estados Unidos o del conflicto franco-prusiano, Estados Unidos y Europa no parecieron prestarle mucha atención a la Guerra del Pacífico. Este menoscabo puede haber sido resultado del racismo o un injustificado sentido de superioridad cultural. Como observó, alguna vez un coronel británico, Lonsdale Hale:

“Un oficial que ha visto fuerzas armadas [en países no europeos] debe borrar de su mente toda memoria de esas fuerzas armadas, porque entre los conflictos armados afganos, egipcios o zulúes y los de Europa, no hay ninguna similitud. Para los últimos, los primeros son simplemente juegos de niños”<sup>1038</sup>.

De hecho, usando palabras que podrían haber servido como un epitafio apropiado para el 24º regimiento de infantería en Isandlwana, otro oficial británico comentó:

“Hombre por hombre, el fanático o el despiadado, el robusto nómada o el temerario salvaje puede ser equivalente o ser más que un igual para un soldado europeo; en conjunto los guerreros irregulares fracasan”<sup>1039</sup>.

En retrospectiva, no debiera sorprendernos que ninguno de los combatientes de la Guerra del Pacífico asimilara muchas de las lecciones de la guerra civil estadounidense o del conflicto franco-germano. Si Gran Bretaña y Rusia, que se suponía eran más avanzados, ignoraron estas guerras –como demostró penosamente su desempeño en la Guerra de los Boer o el conflicto entre Rusia y Turquía– entonces también podían hacerlo las naciones de Sudamérica.

<sup>1038</sup> Coronel Lonsdale Hale, en Spiers, *op. cit.*, p. 245.

<sup>1039</sup> Coronel. C.E. Callwell, en Spiers, *op. cit.*, p. 279.

Irónicamente, los mismos ejércitos cuyas experiencias en el campo de batalla determinaron el desarrollo de tácticas –los franceses, los alemanes y los estadounidenses– también olvidaron lo que habían descubierto con dificultad en el campo de batalla. Aun después de la masacre de la caballería francesa en 1870, un oficial alemán defendía los asaltos de caballería:

“Ninguna tecnología viene en nuestra ayuda. Sólo tenemos lo que nuestros ancestros tenían hace mil años: un hombre, un corcel, y hierro”<sup>1040</sup>.

Se hacía manifiesto que, los oficiales de otras naciones compartían esta nostalgia por las tácticas del pasado: en las etapas iniciales de la Guerra de los Boer en 1899, los británicos lanzaron ataques frontales –en Stormberg, Colenso, Modder River y Magersfontein– y perdieron cientos de hombres cada vez, antes de que se les ocurriera recurrir a otras alternativas. Similarmente, los japoneses y los rusos lanzaron a sus hombres unos contra otros en las cercanías de Port Arthur, para luego perder su fervor por los ataques en masa en campos abiertos. Hasta el elogiado ejército alemán no logró asimilar esta lección: a fines de octubre de 1914, sus tropas en bloque, muchas cantando su himno nacional u otras canciones patrióticas, algunas acompañadas por bandas y conducidas por oficiales portando banderas, atacaron a regulares británicos atrincherados en Langemarck. Su enemigo, como observó un historiador alemán, “obtuvo una gran cosecha”: siete mil muertos y trece mil heridos<sup>1041</sup>. Si los franceses y los alemanes tuvieron que reaprender en 1914 lo que habían descubierto antes con tanto dolor, entonces, ¿qué se podía esperar de naciones que no habían combatido por décadas? Perú y Bolivia fueron nuevamente a la guerra en el siglo XX, no así Chile, que al parecer asimiló algunas de las lecciones más importantes de la historia: que los métodos empleados por los victoriosos en una guerra no siempre conducen a un triunfo en conflictos posteriores y que a veces la apariencia de superioridad militar logra los mismos resultados que haber ido a la guerra.

<sup>1040</sup> Eric Brose, *The Kaiser's Army*, p. 13.

<sup>1041</sup> Ian, F.W. Beckett, *Ypres*, pp. 76-78, 81; Holger Herwig, *The First World War. Germany and Austria-Hungary, 1914-1918*, p. 116.



## FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

### I. FUENTES

#### *Archivos*

Archivo Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago, Chile.

Archivo de la Intendencia de Atacama, Santiago, Chile

Archivo de Ministerio del Interior, Santiago, Chile.

Archivo Nacional, Santiago, Chile.

Biblioteca Militar Nacional. Perú.

Gibbs Archive, Londres, Gran Bretaña.

Public Records Office, London, Great Britain.

Public Records Office, Foreign Office. General correspondence, Chile (fo 16), 1875-1884.

Public Records Office, Foreign Office. General correspondence, Perú (fo 61), 1879-1884.

#### *Impresas*

Acland, William, *Six weeks with the Chilean army: Being a short account of a march from Pisco to Lurin and of the attack on Lima*, Norfolk Island, Melanesian, Mission, 1881.

Aguirre, Miguel, *Instrucción de batallón en el orden abierto para los cuerpos de infantería de Bolivia*, La Paz, La Unión Americana, 1881.

Aguirre, Miguel, *Lijeras reminiscencias del campo de la alianza*, Cochabamba, El Heraldo, 1880.

Ahumada Moreno, Pascual (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, 9 vols.

Álamos, Gabriel, "Bando", Chincha, Alta, 4 de agosto de 1882, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. VII.

Alba, Manuel, *Diario de la Campaña de la 5<sup>a</sup> División del Ejército Boliviano, comandante general de la división el general Narciso, Sucre*, Tip. de la Libertad, 1882.

Ansieta, Raimundo, "Estado Mayor General," Antofagasta, 16 de junio de 1879, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. VI.

Aramburú, A. A., "A las armas", *La Opinión Nacional*, Lima, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a*

- dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. IV.
- Aramburú, A. A., “Deberes de Actualidad”, *La Opinión Nacional*, Lima, 21 de noviembre de 1880, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. IV.
- Arteaga, Luis, “Estado que manifiesta la fuerza etc.”, 14 de junio de 1879, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. VI.
- Baquedano, Manuel, “Proclama a la 1 División a su llegada a Pisco”, 13 de noviembre de 1880, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. IV.
- Barros Arana, Diego, *Histoire de la Guerre du Pacifique, 1879-1881*, Paris, Librairie Militaire de J. Dumaine Editeur, 1881.
- Birkedal, Holger, *Perú-Bolivia-Chile*, Chicago, Skandinavens Boghandel, 1884.
- Bolivia, Ministerio de Guerra, *Informe del ministro de la guerra a la convención Nacional de 1881*, La Paz, 1881.
- Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria que presenta el general de división ministro de la Guerra al congreso ordinario de 1882*, La Paz, 1882.
- Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria del ministro de la Guerra al congreso ordinario de 1883*, La Paz, 1883.
- Bolivia, Ministerio de Guerra, *Memoria que presenta el General ministro de la Guerra a la Honorable Asamblea Constituyente de 1877*, La Paz, 1877.
- Bonilla Heraclio, *Gran Bretaña y el Perú: Informes de los cónsules: Islay, Mollendo, Arica e Iquique, 1855-1913*, Lima, Gráfica Pacific Press, 1976, 5 vols.
- Bossi, Bartolomé, *El vapor oriental “Charrúa” en el pacífico y regiones magallánicas con algunos datos sobre el Perú y Chile en la presente guerra*, Buenos Aires, Tip. Dell’ Operaio Italiano, 1880.
- Boyd, R. Nelson, *Chili: sketches of Chili and the Chileans during the war 1879-1880*, London, W.M.H. Allen, 1881.
- Bresson, André, *Una visión francesa del litoral boliviano*, traducido por Teresa Bedoya de Ursic, La Paz, Stampa Gráfica Digital, 1997. Publicado originalmente como *Bolivia: Sept Annés d'Explorations, de voyages et de Séjours dans l'Amérique Australie*, Paris, Challamel diné, 1886.
- Cabrera, Ladislao, *La Democracia*, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. II.
- Camacho, Eliodoro, *Tratado sumario del arte militar seguido de una reseña crítica de la historia militar de Bolivia*, La Paz, Tip. Comercial, 1897.
- Campero, Narciso, *Informe del general Narciso Campero ante la convención nacional de Bolivia como general en jefe del ejército aliado*, La Paz, Imprenta de “La unión americana”, 1880.

- Campuzano, Severino, *Compilación de documentos inéditos relativos a la organización y campaña de la 5<sup>a</sup> división del ejército durante el primer período de la guerra con Chile*, La Paz, Impr. La Razaón, 1884.
- Canevaro, Cesar, “Esposición”, La Paz, 3 de noviembre de 1879, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. VIII.
- Carrasco, Rufino, *Manifiesto del coronel Rufino Carrasco sobre la expedición al litoral boliviano en 1879*, Sucre, Ed. Tipo del Progreso, 1880.
- Casanave E. J., “La sublevación de Arequipa”, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. VIII.
- Castro, Nicanor, *Opúsculo sobre la guerra I dictadura en el Perú*, Lima, Impr. del Universo, 1880.
- Central Office of Statistics, *Estadística comercial de la república de Chile correspondiente al año de 1878*, Valparaíso, Impr. del Universo, 1879.
- Cevallos Ortiz, José Manuel, “Estado de las fuerzas del ejército aliado el 5 de noviembre de 1879”, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. II.
- Clavero, José. “Perú, Bolivia y Chile”, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. I.
- Compañía de Minería de Huanchaca, *Tercera memoria del directorio e informe de la administración general Huanchaca, Valparaíso, Imprenta del Universo, 1878*.
- Conferencias diplomáticas de Arica entre los plenipotenciarios de Bolivia, Chile y el Perú con motivo de la mediación de Estados Unidos*, La Paz, Impr. C. Calasanz Tapia, 1880.
- Correspondencia general de la comandancia general de la I división naval bajo el mando del contraalmirante don Miguel Grau, comandante del “Huáscar”*, Santiago, Impr. de la Librería del Mercurio, 1880.
- Cristi, Eduardo H., *Antecedentes históricos de la guerra con Bolivia e importancia de este país*, Valparaíso, Impr. de La Patria, 1879.
- Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria de guerra y marina presentada al Congreso Nacional en 1876, 1877, 1878, 1879, 1880*, Santiago, Impr. Nacional, 1876-1880.
- Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria del ministro de la guerra correspondiente al año de 1881, 1882, 1883, 1884*, Santiago, Impr. Nacional, 1881-1884.
- Chile, Ministerio de Guerra, *Partes oficiales de las batallas de Chorrillos i Miraflores libradas por el ejército chileno contra el peruano en los días 13 i 15 de enero de 1881*, Santiago, Impr. Nacional, 1881.
- Chile, Ministro de Guerra y Marina, *Memoria de los trabajos ejecutados de la inten-*

- dencia general del ejército y armada en campaña, 1879-1880, Santiago, Impr. Nacional, 1880.
- Chile, Ministro de Guerra y Marina, *Memoria de los trabajos ejecutados de la intendencia general del ejército y armada en campaña 1880-1881*, Santiago, Impr. Nacional, 1882.
- Chile, Ministerio de Marina, *Manual de marino*, Santiago, Impr. Nacional, 1883, 5 vols.
- Chile, Ministerio de Marina, *Memoria del ministro de marina presentada al congreso nacional en 1881-1884*, Santiago, Impr. Nacional, 1881-1884.
- Dalence, Zenon, *Informe histórico del servicio prestado por el cuerpo de ambulancias del ejército boliviano*, La Paz, La Tribuna, 1881.
- Daza, Hilarión, “Manifiesto del Jeneral Hilarión Daza a sus conciudadanos”, París, 5 de julio de 1881, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. IV.
- Directorate of Statistics, *Estadística del estado del Perú*, Lima, Impr. del Estado, 1879.
- Doll, L.V., “Geografía de Bolivia”, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. I.
- Duarte, Luis M., *Exposición que dirige el coronel Duarte a los hombres de bien*, Lima, Sono Viso, 1884.
- Echaurren, Francisco, “Desertores de la Armada”, Valparaíso, 17 de marzo de 1875, en Chile, Ministerio de Marina, *Manual de marino*, Santiago, Impr. Nacional, 1883, vol. II.
- Echaurren, Francisco, “Marinería de la Escuadra”, Valparaíso, 7 de agosto de 1872, en Chile, Ministerio de Marina, *Manual de marino*, Santiago, Impr. Nacional, 1883, vol. II.
- El Boletín de la Guerra del Pacífico, 1879-1881*, publicaciones periódicas de la Academia Chilena de la Historia, Santiago, Impr. de La República de J. Núñez, 1884.
- En la escuadra*, Santiago, Impr. El Independiente, 1882.
- Estados Unidos de América, *Message from the President of the United States Transmitting Papers relating to the War in South America, and Attempts to Bring About a Peace*, Washington, 1882.
- Francisco [arzobispo de Lima], “Pastoral”, 25 de diciembre de 1880, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. IV.
- Fuente Chávez, M.G. de la, “La muerte de Chile o sea la muerte chilena”, 23 de diciembre de 1880, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. IV.
- Gutiérrez, Alberto, *La Guerra de 1879*, París, librería de la Vda. Ch. Bouret, 1914.

- Gutiérrez, Hipólito, *Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico*, Santiago, Impr. del Pacífico, 1956.
- Guzmán, Trinidad, *Apuntes para la historia: La división Ríos, en la campaña, batalla y retirada de Tarapacá*, Cochabamba, 1882.
- Guzmán Palomino, Luis, “La resistencia de fuerzas irregulares que precedió a la victoriosa contraofensiva de Julio de 1882”, en Perú, Ministerio de Guerra, *La Guerra del Pacífico 1879-1883. La Resistencia de la Breña*, Lima, Impr. Nacional, 1982, vol. II.
- Hempel, Eduardo, “La batalla de Chorrillos”, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982, vol. IV.
- Historia de la campaña de Tacna y Arica*, 2<sup>a</sup> ed., Santiago, Impr. Cervantes, 1881.
- Historia de la campaña de Tarapacá*, Santiago, Impr. y litografía de Pedro Cadot, 1881, 2 vols.
- House of Representatives, *Discurso de S.E. el Presidente de la República en la apertura del congreso constituyente de 1891*, Santiago, 1891.
- House of Representatives, *Sesiones ordinarias y extraordinarias, 1876-1882*.
- Humberstone, J.T (Santiago), *Huida de Agua Santa en 1879*, Santiago, Andrés Bello, 1980.
- Ibarra Díaz, Marcos, *Campaña de la Sierra*, La Serena, Universitaria, 1985.
- Informes inéditos de diplomáticos extranjeros durante la Guerra del Pacífico*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1980.
- Irigoyen, Manuel, “Counter Manifest”, Lima, 1 de mayo de 1879, in United States Transmitting Papers relating to the War in South America, and Attempts to Bring About a Peace, Washington, 1882.
- Irizarri, Hermójenes de, *Una carta a propósito de la guerra entre Chile i las repúblicas del Perú i Bolivia*, Santiago, Impr. Nacional, 1880.
- Jiménez, José Mariano, “Circular”, Cuzco, 12 de junio de 1880, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. III.
- Jofré Alvarez, Luis, “Don Eulogio Altamirano”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Nº 68, Santiago, enero-marzo 1930.
- “Juana López, cantinera”, en *Revista de historia militar*, Nº 3, Santiago, 2004.
- La batalla de Huamachuco ante la historia*, Lima, 1886. Reeditada por The British Library el año 2010.
- La Corbeta “Unión” el 8 de octubre de 1879*, Lima, Impr. del Teatro, 1880.
- La traición de Iglesias: documentos para un proceso*, Panamá, Impr. del Canal, 1884.
- Letelier, Ambrosio, “Decreto”, Cerro de Pasco, 29 de abril de 1881, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. V.
- Letelier, Ambrosio, “Telegrama”, Cerro de Pasco, 11 de junio de 1881, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de*

*todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. v.*

Lynch, Patricio, "Cablegramas del 30 Mayo, 6, 8 Junio 1881", en *Cablegramas del Cuartel General de Lima, 1881-1882*, Lima, Centro de estudios histórico militares del Perú, 1882.

Lynch, Patricio, "Instrucciones al Jefe de la División que marcha a Jauja, Tarma y otros puntos del Perú", Lima, 1 de enero de 1882, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. vi.*

Markham, Clements, *The war between Peru and Chile, 1879-1882*, London, Sampson Low, Marston, Searle & Rivington, 1883.

Mármol, Florencio del, *Recuerdos de viaje y de guerra*, Buenos Aires, Impr. de Obras de la Nación, 1880.

Martín Echenique, Juan, "Alistamiento militar", Lima, 9 de julio de 1880, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. ii.*

Mathews, Edward D., *Up the Amazon and Madeira Rivers through Bolivia and Peru*, London, Low, Marston, Searle and Rivington, 1879.

Maturana, B., "Ejército Expedicionario del Norte", Lima, 31 de enero de 1881, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación*

*completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. iv.*

Maturana, Marcos, "Plan de operaciones sobre Lima", en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. iv.*

Molina, Modesto, *Hojas del Proceso. Apuntes para un libro de historia. Arica*, Impr. del boletín de la guerra, 1880.

Obin, Manuel Jesús, "Vencer o Morir", La Patria, Lima, 23 de diciembre de 1880, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. iv*

Obin, Manuel Jesús, "Sacrificios", La Patria, Lima, 20 de noviembre de 1880, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. iv.*

Ochoa, José Vicente, *Diario de la Campaña del Ejército Boliviano en la Guerra del Pacífico*, Sucre, Tip. y librería económica, 1899.

Ochoa, José Vicente, *Semblanzas de la Guerra del Pacífico*, La Paz, Impr. de la unión americana, 1881.

- Pérez de Arce, Hermógenes, “Decreto”, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. IV.
- Pérez de Arce, Hermógenes, “Memoria del Delegado de la Intendencia General del Ejército y Armada, Hermógenes Pérez de Arce”, Callao, julio 1881, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. VI.
- Pérez de Arce, Hermógenes, “Memoria del Delegado de la Intendencia General del Ejército y Armada, Hermógenes Pérez de Arce”, Callao, junio de 1881, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. VI.
- Perú, Ministerio de Guerra, *La Gesta de Lima*, Lima, Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú, 1981.
- Perú, Ministerio de Guerra, *La guerra del pacífico 1879-1883: La resistencia de la Breña*, Lima, Editorial Ministerio de Guerra, 1981-1983, 3 vols.
- Perú, Ministerio de Guerra, *Historia de la escuela militar del Perú*, Lima, Editorial Ministerio de Guerra, 1962.
- Perú, Ministerio de Guerra, *Huamachuco y el alma nacional, 1882-1884*, Lima, Editorial Ministerio de Guerra, 1983, 2 vols.
- Perú, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria de guerra y marina*, Lima, Editorial Ministerio de Guerra, 1983, 2 vols.
- Perú, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria del ramo de guerra que presenta a la legislatura de 1876 y 1878*, Lima, Editorial Ministerio de Guerra, 1876, 1878.
- Perú, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria del ramo de marina que presenta a la legislatura de 1876*, Lima, Editorial Ministerio de Guerra, 1876.
- Perú, Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria que el ministro de estado en el despacho de guerra y marina general D. Javier de Osma presenta a la asamblea constituyente de 1884*, Lima, Editorial Ministerio de Guerra, 1884.
- Paz Soldán, Mariano Felipe, *Narración histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Buenos Aires, Impr. y librería de Mayo, 1884.
- Perolari-Malmignati, Pietro, *Il Perú e I suoi tremendi giorni (1878-1881); pagine d'uno spettatore*, Milano, Fratelli Treves, 1882.
- Prado Pastor, Ignacio, “Leóncio Prado”, Perú, Ministerio de Guerra, *Huamachuco y el alma nacional, 1882-1884*, Lima, Editorial Ministerio de Guerra, 1983, vol. III.
- Piérola, Nicolás, “Decreto”, Lima, 27 de junio de 1880, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. III.
- Pinillos, Juan José, “Orden General”, Pis- co, 17 de noviembre de 1880, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador),

- Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. iv.
- Quimper, J.M., “Manifiesto,” Lima, 25 de mayo de 1881, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. v.
- Redolés, Nicolás, “Relación nominal i clasificada del personal”, Iquique, 5 de junio de 1879, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. i.
- Reyes Ortíz, “Informe al Presidente de la República dando cuenta de su misión en Lima. Febrero-marzo-abril, 1879”, en Roberto Querejazu Calvo, *Guano, salitre, sangre*, La Paz, Los amigos del libro, 1979.
- Risopatrón Cañas, D., *Legislación militar de Chile*, Santiago, Impr. Gutenberg, 1882, 3 vols.
- Riveros, Galvarino, *Angamos*, Santiago, Impr. de la República, 1882.
- Riquelme, Daniel, *La expedición a Lima*, Santiago, Impr. del Pacífico, 1967.
- Salazar, Francisco Javier, *Las batallas de Chorrillos y Miraflores y el arte de la guerra*, Lima, Impr. del Universo, 1882.
- Salinas, Florentino, *Los representantes de la provincia de Aconcagua en la Guerra del Pacífico 1879-1884*, Santiago, Albión, 1893.
- Sangra: *La jornada heroica*, Santiago, L.A. Lagunas, 1915.
- Santini, Felice, *Viaggio della “Garibaldi”, intorno al mondo a bordo della regia corvetta “Garibaldi” (anni 1879-90-81-82): Memoria di viaggio*, Roma, E. Roghera, 1895.
- Seraylán L., Alejandro, “La campaña de Lima”, en Perú, Ministerio de Guerra, *La Gesta de Lima*, Lima, Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú, 1981.
- Silva, Adolfo, “El estado que manifiesta el número de Jefes, Oficiales e individuos de tropa muertos i heridos en las batallas de Chorrillos i Miraflores, los días 13 i 15 de enero de 1881”, en Chile, Ministerio de Guerra, *Partes oficiales de las batallas de Chorrillos i Miraflores libradas por el ejército chileno contra el peruano en los días 13 i 15 de enero de 1881*, Santiago, 1881.
- Silva, Pedro, “Partes oficiales peruanas de las batallas de Chorrillos y Miraflores”, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. iv.
- Soto, José, “Fuerza del Ejército del Norte,” Antofagasta, 23 de mayo de 1879, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. vi.
- Tauro, Alberto “Preparación de la defensa: Marco histórico”, en Perú, Ministerio de Guerra, *La Gesta de Lima*, Lima,

- Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú, 1981.
- Ugarte, Ricardo, *Efemérides de la Guerra del Pacífico*, La Paz, Tip. La Tribuna, 1882.
- United States, *Message from the president of the United States transmitting papers relating to the war in South America, and attemps to bring about a peace*, Washington DC, GPO, 1882.
- Uribe, Luis, *Los combates de la Guerra del Pacífico*, Valparaíso, Impr. De La Patria, 1886.
- Uriburu, Dámaso. E., *Guerra del Pacífico: episodios 1879-1881*, Buenos Aires, Editorial Compañía Sud-Americana de billetes de banco, 1899.
- Urrutia, Basilio, “Memoria del Jefe de la División de Observación de Tacna y Arica”, Tacna, 26 de mayo de 1884, en Chile, Ministerio de Marina, *Memoria del ministro de marina presentada al congreso nacional en 1881-1884*, Santiago, Impr. Nacional, 1881-1884.
- Valenzuela Ricardo, Héctor, “Chorrillos, Miraflores y Lima, antes de 1881,” en Perú, Ministerio de Guerra, *La Gesta de Lima*, Lima, Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú, 1981.
- Varas, José Antonio, “Inspección Jeneral del Ejército”, en Chile, Ministerio de Guerra, *Memoria de guerra y marina presentada al Congreso Nacional en 1876, 1877, 1878, 1879, 1880*, Santiago, Impr. Nacional, 1876-1880.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *Historia de la campaña de Lima, 1880-1881*, Santiago, Impr. Cervantes, 1880-1881, 2 vols.
- Williams Rebolledo, Juan, *Operaciones de la escuadra chilena mientras estuvo a las órdenes del contra-almirante Williams Rebolledo*, Valparaíso, Impr. del Progreso, 1882.
- Yarlequé, Manuel, “El ejército peruano en campaña”, *La Opinión Nacional*, 3 de enero de 1881, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. IV.
- Zanuttelli Rosas, Manuel, “Lima durante la ocupación chilena”, en Perú, Ministerio de Guerra, *La guerra del pacífico 1879-1883: La resistencia de la Breña*, Lima, Editorial Ministerio de Guerra, 1981-1983, vol. I.
- Zanuttelli Rosas, Manuel, “Semblanza antológica de la época”, en Perú, Ministerio de Guerra, *La Gesta de Lima*, Lima, Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú, 1981.
- Zevallos, A. “Notas para la historia”, en Pascual Ahumada Moreno (recopilador), *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, Valparaíso, 1884-1892*, Santiago, Andrés Bello, 1892, vol. VIII.

## II. PERIÓDICOS

- Diario Oficial*, Santiago.
- El Censor*, San Felipe.
- El Civilista*, La Paz.
- El Comercio*, Lima.
- El Constituyente*, Copiapó.
- El Correo*, Quillota.
- El Curicano*, Curicó.
- El Ferrocarril*, Santiago.
- El Heraldo*, Cochabamba.
- El Independiente*, Santiago.
- El Industrial*, Sucre.
- El Lota*, Lota.

- El Maipo*, San Bernardo.
- El Mercurio*, Valparaíso.
- El Murciélagos*, Lima.
- El Nacional*, Lima.
- El Nuevo Ferrocarril*, Santiago.
- El Peruano*, Lima.
- El Telégrafo*, Chillán.
- El Titicaca*, La Paz.
- La Discusión*, Chillán.
- La Esmeralda*, Coronel.
- La Esmeralda*, Lota.
- La Estrella de Panamá*, Panamá.
- La Opinión Nacional*, Lima.
- La Patria*, La Paz.
- La Revista del Sur*, Concepción.
- La Sociedad*, Lima.
- Las Novedades*, Santiago.
- Los Tiempos*, Santiago.
- Revista militar de Chile*, Chile.
- The Chilean Times*, Valparaíso.

### III. ARTÍCULOS

- Acland, William, “Descripción del Ejército del Norte”, en Alberto Tauro, *La Defensa de Lima, revista San Marcos*, N° 20, Lima, 1979.
- Aranda de los Ríos, Ramón, Carmel Sotomayor Rogguero, “Una sublevación negra en Chincha: 1879”, en Wilson Reátegui (ed.), *La Guerra del Pacífico*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones, 1979.
- Arnold, Joseph C., “French Tactical Doctrine, 1870-1914”, in *Military Affairs*, vol. 42, N° 2, April, Washington D.C., 1878.
- Benedicto, A., “Servicio de alimentación y amunicionamiento en la guerra de 1879-1884”, en *Memorial del ejército de Chile*, vol. 13, N° 2, Santiago, 1918.
- Birkedal, Holger, “The late war in South America”, in *The overland monthly*, vol. 5, N° 2, California, January 1884; February 1885.
- Blakemore, Harold, “Chile”, in Harold Blakemore and Clifford Thorpe Smith (eds.), *Latin America Geographical Perspectives*, London, Methuen, 1971.
- Bonilla, Heraclio, “Perú and Bolivia from Independence to the War of the Pacific”, in Leslie Bethell, *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, vol. 3.
- Brackenbury, Charles Booth, “The Autumn Manoeuvres of England”, in *RUSI Journal*, vol. 16, N° 2, London, June 1872.
- Browne, Albert G., Jr., “The growing power of the republic of Chile”, in *American Geographical Society of New York*, N° 64, New York, July 1880.
- Campo, José Rodolfo (J.R.C.), “Captura del ‘Rímac’ 3 buques mercantes y el regimiento Yungay”, *El Comercio*, 29 de julio de 1879, en José Rodolfo del Campo, *Campaña Naval: Correspondencia a “El Comercio”*. Año de 1879, Lima, Impr. La Nueva Unión, 1920.
- Campo, José Rodolfo (J.R.C.), “El viaje de la Unión a Magallanes”, *El Comercio*, Lima, 19 de septiembre de 1879, en José Rodolfo del Campo, *Campaña Naval: Correspondencia a “El Comercio”*. Año de 1879, Lima, Impr. La Nueva Unión, 1920.
- Campo, José Rodolfo (J.R.C.), “La campaña del ‘Huáscar’”, *El Comercio*, Lima, 8 de junio de 1879, en José Rodolfo del Campo, *Campaña Naval: Correspondencia a “El Comercio”*. Año de 1879, Lima, Impr. La Nueva Unión, 1920.
- Carey-Brenton, Reginald, “Informe de los Procedimientos del Teniente Carey-Benton”, anexo 3 en Carta de Pa-

- cífico, N° 68, en Alberto Tauro, "La defensa de Lima", en *Revista San Marcos*, N° 20, Lima, 1979;
- Carvajal, Melitón, "Reseña de la campaña del Huáscar contra Chile en 1879", en *Revista Chilena*, año vi, tomo xv, N° LVI, Santiago, octubre, 1922.
- Claro Tocornal, Regina, "Cartas de don Máximo R. Lira a doña Isabel Errázuriz desde los campamentos chilenos durante la guerra del Pacífico (1879-1881)", en *Historia*, N° 36, Santiago, 2003.
- Curtis, William Elroy, "The south american yankee", in *Harper's Magazine*, vol. 75, Washington, 1887.
- Dublé Almeida, Diego, "Diario de campaña", en Fernando Ruz Trujillo (ed.), *Guerra del Pacífico*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979.
- Díaz, Francisco Javier, "Estudio sobre la defensa territorial de Chile", en Enrique Brahm García, *Preparados para la Guerra: pensamiento militar chileno bajo influencia alemana 1885-1930*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2003.
- Edelmann, Alexander Taylor, "Colonization in Bolivia: progress and prospects", in *Inter-American Economic Affairs*, vol. 20, N°4, Washington DC, 1967.
- Favre, Henri, "Remarques sur la lutte des classes au Pérou pendant la guerra du Pacifique", in *Littérature et société au Pérou du XIXe Siècle à nos jours*, Grenoble, Université des Langues et Lettres de Grenoble, 1975.
- Figueroa Brito, Francisco, "Epistolario de Francisco Figueroa Brito", en *Cuaderno de Historia Militar*, N° 6, Santiago, 2010.
- Giesecke, Margarita, "Las clases sociales y los grupos de poder", en Jorge Basadre et al. (eds.), *Reflexiones en torno a la guerra de 1879*, Lima, F. Campodónico, 1979.
- González, José Antonio, "Un soldado de la Guerra del Pacífico: Apuntes y episodios de José Ramón Lira", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 150, Santiago, 1982.
- Greenhill, Robert G. and Rory M. Miller, "The Peruvian government and the nitrate trade, 1873-1879", in *Journal of Latin American Studies*, vol. 5, N° 1, Cambridge, 1973.
- Greene, Francis V., "Report of the Russian army and its campaign in Turkey, 1877-1818", in *"The Autumn Manoeuvres of England" RUSI Journal*, vol. 16, N° 2, London, June 1872.
- Grez, Carlos, "La supuesta preparación de Chile para la Guerra del Pacífico", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, vol. 3, N° 5, Santiago, 1935.
- Holguín, Vicente, "La toma de Lima (Correspondencia)", en *Revista Chilena*, año x, N°s LXXXI y LXXXII, Santiago, noviembre-diciembre, 1926.
- Kiggell, Launcelot, "Report of a Conference of General Staff Officers at the Staff College", 17-20 January 1910, Camberley, 1910, in T.E. Travers, "The Offensive and the Problem of Innovation in British Military Thought 1870-1915", in *Journal of Contemporary History*, vol. 13, Cambridge, 1978.
- Körner Andwanter, Victor, "Diario de campaña de un cirujano de ambulancia", en *Cuaderno de Historia Militar*, N°4, Santiago, 2008.
- Lucas Jaimes, Julio, "La versión del aliado," en Héctor López Martínez, *Piérola y la defensa de Lima*, Lima, Ausaria, 1981.
- Marchant Pereira, Ruperto, "Correspondencia del capellán de la Guerra del Pacífico Pbro. D. Ruperto Marchant Pereira", en *Historia*, N° 18, Santiago, 1983.
- Matte Varas, Joaquín, "Informe del capellán de la Guerra del Pacífico J. Valdés

- Carrera”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 151, Santiago, 1983.
- Mayo, John, “British merchants and chilean development, 1851-1886”, in *Dellplain Latin American Studies*, N° 22, Boulder (Colorado)/London, 1987.
- Pinto, Aníbal, “Apuntes”, en *Revista Chilena*, año VI, tomos XV y XIV, N°os LII y LIII, Santiago, junio-julio, 1922.
- Pinto, Aníbal, “El hundimiento del transporte Loa en 1880”, en *Revista Chilena*, año I, tomo II, N° VIII, Santiago, julio, 1917.
- Poblete, Rafael, “Desarrollo histórico de la organización de nuestro ejército”, en *Memorial del ejército de Chile*, Santiago, E.M.G., primer semestre, 1916.
- Poblete, Rafael, “Nuestro ejército al estallar la Guerra del Pacífico”, en *Memorial del ejército de Chile*, Santiago, E.M.G., primer semestre, 1918.
- Poblete, Rafael, “El servicio sanitario en el ejército de Chile durante la Guerra del Pacífico”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, vol. 33, Santiago; N° 37, Santiago, 1920; vol. 35, N° 39, Santiago, 1920; vol. 38, N° 39, Santiago, 1920; vol. 39, N° 43, Santiago, 1921; vol. 41, N° 45, Santiago, 1922.
- Quiroz, Abraham, “Epistolario inédito de su campaña como soldado raso durante toda la Guerra del Pacífico”, en Abraham Quiroz, *En dos soldados en la Guerra del Pacífico*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1976.
- Ravest Mora, Manuel, “Combate de Concepción: Narración del soldado Marcos Ibarra”, en *Revista chilena de Historia y Geografía*, N° 150, Santiago, 1982.
- Ravest Mora, Manuel, “Memorias íntimas del General Estanislao del Canto (1840-1923)”, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 113, Santiago, 2004.
- Santa María, Domingo, “Cartas de don Domingo Santa María a don José Victorino Lastarria”, en *Revista Chilena*, año II, tomos VII y VI, N°os XIX y XVIII, Santiago, diciembre-noviembre-, 1918.
- Sapunar Peric, Pedro, “El corsario boliviano Laura”, en *Revista de marina*, N° 95, Viña del Mar, 1995.
- Sater, William F., “Chile during the first months of the war of the pacific”, in *The journal of latin American studies*, vol. 5, N° 1, Cambrigde, 1972.
- Secada, Alexander G de., “Arms, Guano, and Shipping: The W. R. Grace Interests in Peru, 1865-1885”, en *Business History Review*, vol. 59, Boston, 1985.
- Smith, Clarence, “The Central Andes”, in Harold Blakemore and Clifford Thorpe Smith (eds.), *Latin America Geographical Perspectives*, London, Methuen, 1971.
- Sotomayor, Rafael, “Correspondencia de don Rafael Sotomayor con don Aníbal Pinto sobre la Guerra del Pacífico”, en *Revista Chilena*, año VI, tomo XV, N°os LII y LIII, Santiago, noviembre-diciembre, 1922.
- Spurling, John, “And the Winners Shall Be Losers”, in *Times Literary Supplement*, London, 14 January 2000.
- Stewart, Watt, “Federico Blume’s Peruvian Submarine”, in *Hispanic American Historical review*, vol. 28, N° 3, Durham, 1948.
- Tauro, Alberto, “La defensa de Lima”, en *Revista San Marcos*, N° 20, Lima, 1979.
- “The capture of the Huáscar”, in *Engineering review*, London, 12 December 1879.
- Travers, T. E., “The offensive and the problem of innovation in british military thought 1870-1915”, in *Journal of contemporary history*, vol. 13, Cambrigde, 1978.
- Ulloa, Alberto, “Lo que yo ví. Apuntes de un reservista sobre las jornadas de

- 13 y 15 de enero de 1881”, en Héctor López Martínez, *Piérola y la defensa de Lima*, Lima, Ausaria, 1981.
- Vergara, José Francisco, “Memorias de José Francisco Vergara”, en Fernando Ruz Trujillo (ed.), *Guerra del Pacífico*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979.
- Vicencio, Enrique, “Memoria del teniente del batallón Quillota”, en *Cuaderno de Historia militar*, N°4, Santiago, diciembre, 2008.
- Villar Córdova, Sócrates, “Situación del Perú: 1886-1878”, en Wilson Reátegui (ed.), *La Guerra del Pacífico*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones, 1979.
- Weiner, Charles, “La guerra en Sud-América”, en *Boletín de la Guerra del Pacífico*, Santiago, 6 de agosto 1879 y 19 de agosto 1879. Originalmente publicado por XIX Siécle, París.
- #### IV. LIBROS
- Aguirre Lavayen, Joaquín, *1884: pacto de tregua Guerra del Pacífico*, La Paz, Los amigos del libro, 1987.
- Amayo, Enrique, *La política británica en la Guerra del Pacífico*, Lima, Horizonte, 1988.
- Aranzaes, Nicanor, *Las revoluciones en Bolivia*, Librería Editorial Juventud, La Paz, 1992.
- Arguedas, Alcides, *Historia general de Bolivia, 1809-1921*, La Paz, Talleres gráficos La Prensa, 1922.
- Arguedas, Alcides, *Obras completas*, Buenos Aires, Aguilar, 1959, 2 vols.
- Armaza, Miguel, *La verdad sobre la campaña de San Francisco*, La Paz, Impr. de la Unión, 1897.
- Armstrong, G. E., *Torpedoes and torpedo boats*, London, G. Bell and Sons, 1896.
- Arosemena Garland, Geraldo, *El almirante Grau*, 7<sup>a</sup> ed., Lima, Ministerio de Educación Pública, 1979.
- Arosemena Garland, Geraldo, *Armamentismo antes de 1879*, Lima, Tip. Peruana, 1972.
- Ballivián, Daniel, *Los colorados de Bolivia: Recuerdos de un subteniente*, Valparaíso, Imp. Americana, 1919.
- Barahona Pizarro, Rafael, *Los abastecimientos militares en la Guerra del Pacífico*, Santiago, Ministerio de Defensa Nacional, 1967.
- Barrientos Gutiérrez, Pablo, *Historia del Estado mayor general del ejército, 1811-1944*, Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1947.
- Barrientos Gutiérrez, Pablo, *Historia de la Artillería de Chile*, Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1946.
- Barra de la Fontecilla, Tomás, *Historia del Batallón N° 3 de Infantería de Chile*, Santiago, La Ilustración Militar, 1901.
- Barros, Mario, *Historia diplomática de Chile*, Barcelona, Andrés Bello, 1970.
- Basadre, Jorge, *Historia de la república del Perú*. Lima, Editorial Cultura Antártica, 1962, 10 vols.
- Basadre, Jorge, *Historia de la república del Perú*, Lima, Editorial Cultura Antártica, 1969, 12 vols.
- Beckett, Ian F. W., *Ypres: The first battle 1914*, Harlow, Pearson Education, 2004.
- Bedregal, Guillermo, *Los militares en Bolivia*, La Paz, Ed. Extemporáneos, 1974.
- Benavides Santos, Arturo, *Seis años de vacaciones: recuerdos de la guerra del pacífico Chile contra Perú y Bolivia, 1879-1884*, Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1967.
- Birbuet España, Miguel, *Recuerdos de la campaña de 1879*, La Paz, Ediciones Isla, 1986.

- Black, Jeremy, *Western Warfare 1775-1882*, Bloomington, Indiana University Press, 2001, 2 vols.
- Böhm, Günter, *Judíos en el Perú durante el siglo XIX*, Santiago, Universidad de Chile, 1985.
- Bowman, Isaiah, *The Andes of southern Perú*, New York, American Geographical Society, 1916.
- Bowman, Isaiah, *Desert trails of Atacama*, New York, American Geographical Society, 1924.
- Brahm García, Enrique, *Preparados para la Guerra: Pensamiento militar chileno bajo influencia alemana, 1885-1930*, Santiago, Ediciones Universidad Católica, 2003.
- Brose, Eric, *The Kaiser's Army: The politics of military technology in Germany during the machine age, 1870-1918*, New York, Oxford University Press, 2001.
- Buendía, Juan, *Guerra con Chile: La campaña del sur. Memoria del General Juan Buendía y otros documentos inéditos*, Lima, Carlos Milla Batres Editores, 1973.
- Bulnes, Gonzalo, *Historia de la Guerra del Pacífico*. Valparaíso, Sociedad Impr. y Litogr. Universo, 1911-1917, 3 vols.
- Cáceres, Andrés, *La Guerra del 79: Sus campañas*, Lima, Editorial Milla Batres S.A., 1973.
- Callwell, Charles Edward, *Small Wars: Their principles and practice*, London, University of Nebraska Press, 1976.
- Canto, Estanislao del, *Memorias militares del general Estanislao del Canto*, Santiago, Impr. La Tracción, 1927.
- Campo, José Rodolfo del, *Campaña Naval: Correspondencia a "El Comercio". Año de 1879*, Lima, Impr. La nueva unión, 1920.
- Carvajal Pareja, Melitón, *Historia marítima del Perú: La República 1879 a 1883*, Lima, Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, 2004, tomo 11, vol. I.
- Carvajal Pareja, Melitón, *Historia marítima del Perú: La República 1879 a 1883*, Lima, Instituto de Estudios Histórico-Marítimo del Perú, 2006, tomo 11, vol. II.
- Castro Espinosa, Guillermo, *Diario de campaña, 1880-1881*, Santiago, Ministerio de Educación, 1986.
- Castro Flores, Ángel Arturo, *La prensa limeña en la guerra con Chile*, Lima, Universidad Alas Peruanas, 2008.
- Caivano, Tomás, *Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*, traducido por Arturo de Ballesteros y Contín, Iquique, Librería Italiana, 1904, 2 vols.
- Civati Bernasconi, Edmundo H., *La Guerra del Pacífico*, Buenos Aires, Círculo militar, 1946, 2 vols.
- Clowes, William Laird, *Four modern naval campaigns. Historical, strategical, and tactical*, London, Hutchinson, 1902.
- Coffman, Edward M., *The old army: A portrait of the American army in peacetime, 1784-1898*, New York, Oxford University Press, 1986.
- Corvalán Constantino, Rodrigo, *Huáscar. Las cartas perdidas 1879-1884*, Santiago, RIL Editores, 2003.
- Claros, Manuel P., *Diario de un excombatiente de la guerra del Pacífico*, La Paz, Diario La Nación, 1962.
- Chaparro White, Guillermo, *Batalla de Tacna*, Santiago, 1911.
- Chaparro White, Guillermo, *Recuerdos de la Guerra del Pacífico*, Santiago, 1910.
- Chesneau, Roger, *Conways All the World's Fighting Ships, 1860-1905*, London, Conway Maritime Press, 1979.
- Dammert Bellido, José, *Cajamarca durante la Guerra del Pacífico*, Cajamarca, Pu-

- blicación del obispado de Cajamarca, 1983.
- Davin, Albert, *Chile y Perú en tiempos de la guerra del Pacífico*, traducido por Fernando Casanueva Valencia, Santiago, Planeta, 1992. Originalmente publicado como *Noirs et Jaunes, Pasages cérémonies, traits 50.000 milles dans l'océan Pacifique*. Paris, Librairie Pión, 1886.
- Delbrück, Hans, *The Dawn of Modern Warfare: History of the art of war*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1990.
- Dellepiane, Carlos, *Historia militar del Perú*, Buenos Aires, Librería e imprenta Gil S.A, 1941, 2 vols.
- Dennis, William Jefferson, *Documentary history of the Tacna-Arica dispute*, Port Washington NY, University of Iowa, 1971.
- Díaz Arguedas, Julio, *Historia del ejército de Bolivia, 1825-1932*, La Paz, Impr. Instituto central del ejército, 1971.
- Ekdahl, Wilhelm, *Historia militar de la Guerra del pacífico entre Chile, Perú, i Bolivia*, Santiago, Universo, 1917-1919, 3 vols.
- Elmore, Toledo, *Defensa de Arica la improvisoada fortificación*, Arica, Impr. de El Lucero, 1902.
- Estado Mayor General, *Historia del ejército de Chile*, Santiago, E.M.G., 1981-1982, 10 vols.
- Fellmann Velarde, José, *Historia de Bolivia*, La Paz, Los amigos del libro, 1970, 2 vols.
- Fernández Larraín, Sergio, *Santa Cruz y Torreblanca: Dos héroes de las campañas de Tarapacá y Tacna*, Santiago, Mar del Sur, 1979.
- Fernández Valdés, Juan José, *Chile y Perú: Historia de sus relaciones diplomáticas entre 1879 y 1929*, Santiago, RIL Editores, 2004.
- Flint, Charles, *Memories of an active life: men and ships, and sealing wax*, New York, G.P. Putnam's sons, 1923.
- Fuenzalida Bade, Rodrigo, *La armada de Chile: desde la alborada al sesquicentenario*, Valparaíso, Imprenta Carroza, 1988, 4 vols.
- Fuenzalida Bade, Rodrigo, *Marinos ilustres y destacados del pasado: síntesis biográfica*, Concepción, Sipimex, 1985.
- Fuentes para el estudio de la historia naval del Perú, Lima, Museo Naval del Perú, 1960, 2 vols.
- Fuller, John Frederick Charles, *A military history of the western world*, New York, Pennsylvania State University, 1957, 3 vols.
- Fuller, John Frederick Charles, *War and western civilization, 1832-1932: a study of war as a political instrument and the expression of mass democracy*, London, Duckworth, 1932.
- Gamarra Zorrilla, José, *La Guerra del pacífico: Breve bosquejo y reflexiones*, La Paz, Los amigos del libro, 1998.
- Gamarra, Abelardo, *La batalla de Huamachuco*, Lima, Universidad Nacional, 1983.
- García Calderón, Francisco, *Memorias del cautiverio*, Lima, Librería internacional del Perú, 1949.
- García Castelblanco, Alejandro, *Estudio crítico de las operaciones navales de Chile*, Santiago, Impr. de la Armada, 1929.
- González Prada, Adriana de, *Mi Manuel*, Lima, Cultura Antártica, 1947.
- González Prada, Manuel, *Impresiones de un reservista*, Lima, 1976.
- González Salinas, Edmundo, *Reseñas históricas de las unidades e institutos del ejército de Chile*, Santiago, Estado Mayor General del Ejército, biblioteca militar, 1987.
- Gray, Edwin, *Nineteenth century torpedoes and their inventors*, Annapolis, Naval institute press, 2004.

- Grieve, Jorge, *Historia de la artillería y de la marina de guerra en la contienda del 79*, Lima, J. Grieve Madge, 1981.
- Guerra Martinière, Margarita, *La ocupación de Lima, 1881-1883*, Lima, Pontificia universidad católica del Perú, 1999.
- Guzmán Palomino, Luis, *Campaña de la Breña: Colección de documentos inéditos*, Lima, Centro de estudios histórico militares del Perú, 1990.
- Healy, David, *James G. Blaine and Latin america*, Columbia MO, University of Missouri press, 2001.
- Herrmann, Alberto, *La producción en Chile de los metales y minerales más importantes de las sales naturales, del azufre y del guano desde la conquista hasta fines del año 1902*, Santiago, Impr. Lit. y encuadernación Barcelona, 1903.
- Herwig, Holger, *The first world war: Germany and Austria-Hungary, 1914-1918*, London, Bloomsbury academic, 1997.
- Howard, Michael, *The Franco-Prussian War. The german invasion of France 1870-1871*, New York, Harvard university press, 1962.
- Irurozqui Victoriano, Marta, *‘A bala, piedra, y palo’: La construcción de la ciudadanía política en Bolivia, 1826-1952*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 2000.
- Jamieson, Perry D., *Crossing the deadly ground: United States army tactics 1865-1899*, Tuscaloosa AL, University of Alabama Press, 1994.
- Jobet, Julio C., *Ensayo crítico del desarrollo económico social del Chile*, Santiago, Universitaria, 1955.
- Johnson, George B. and Hans Bert Lockhaven, *International Armament*, Cologne, Germany Int'l. Small Arms Publisher, 1965, 2 vols.
- Karsten, Peter, *The naval aristocracy*, New York, Free press, 1972.
- Klein, Herbert, *Parties and political change in Bolivia, 1880-1952*, Cambridge, Cambridge university press, 1969.
- Körner, Emilio and J. Boonen Rivera, *Estudios sobre historia militar*, Santiago, Impr. Cervantes, 1887, 2 vols.
- Larraín, José C., *Impresiones y recuerdos sobre la campaña al Perú*, Santiago, Impr. y Encuadernación Lourdes, 1910.
- Lash, Jeffrey N., *A politician turned general: the civil war career of Stephen augustus Hurlbut*, Kent OH, Kent state university press, 2003.
- Lastres, Juan, *Historia de la medicina peruana*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1951, 3 vols.
- Lavalle, José Antonio de, *Mi misión en Chile en 1879*, Lima, Instituto de estudios históricos militares, 1979.
- Le León, M., *Recuerdos de una misión en el ejército chileno*, Buenos Aires, Editorial F. de Aguirre, 1969.
- Lisle, Rudolph de, *The Royal Navy & the Peruvian Chilean War 1879-1881*, Barnsley, South Yorkshire, 2008.
- López, Carlos, *Historia de la marina de Chile*, Santiago, Andrés Bello, 1969.
- López Martínez, Héctor, *Historia marítima del Perú: La república, 1876 a 1879*, Lima, Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú, 1988.
- López Martínez, Héctor, *Pírola y la defensa de Lima*, Lima, Ausaria, 1981.
- Luvaas, Jay, *The military legacy of the civil war: The european inheritance*, Lawrence KS, University press of Kansas, 1988.
- Lynch, Patricio, *Memoria que el vicealmirante D. Patricio Lynch jeneral en jefe del Ejército de operaciones en el norte del Perú presenta al supremo gobierno de Chile*, Lima, Impr. Calle, 1882.
- Machuca, Francisco, *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico*, Valparaíso, Impr. Victoria, 1926-1930, 4 vols.

- Manrique, Nelson, *Campesinado y nación: Las guerrillas indígenas en la Guerra con Chile*, Lima, Centro de Investigación y Capacitación, 1981.
- Marchant Pereira, Ruperto, *Crónica de un capellán de la Guerra del Pacífico*, Santiago, Del Pacifico, 1959.
- Marchant Pereira, Ruperto, *Testimonios de un capellán castrense en la Guerra del Pacífico*. Santiago, Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2004.
- Mason, Theodorus B.M, *The War on the Pacific Coast of South America between Chile and the Allied Republics of Perú and Bolivia 1879-1881*, Washington, D.C., Washington, Govt. Print. Off, 1883.
- McCann, Frank D., *Soldiers of the Patria. A History of the Brazilian Army, 1889-1937*, Stanford CA, Stanford University Press, 2004.
- McElwee, William, *The art of War. Waterloo to mons*, Bloomington IN, Indiana University Press, 1974.
- Medina, José Toribio, *Una excursión a Tarapacá: Los juzgados de Tarapacá, 1880-1881*, Santiago, Impr. D.G. de Prisiones, 1952.
- Melo, Rosendo, *Historia de la marina del Perú*, 2<sup>a</sup> ed., Lima, Museo Naval del Perú, 1980.
- Menning, Bruce W., *Bayonets before bullets. The Imperial Russian Army, 1861-1914*, Bloomington IN, Indiana University Press, 2004.
- Mercado Moreira, Miguel, *Guerra del Pacífico: Nuevos esclarecimientos. Causas de la retirada de Camarones. Asesinato de Daza*, La Paz, Fundación Universitaria Simón I. Patiño, 1956.
- Merlet Sanhueza, Enrique, *Juan José Latorre: Héroe de Angamos*, Santiago, Andrés Bello, 1997.
- Millington, Herbert, *American diplomacy and the war of the pacific*, New York, Columbia University Press, 1948.
- Mitchell, Allan, *Victors and vanquished: The german influence on army and church in France after 1870*, Chapel Hill NC, University of N. Carolina Press, 1984.
- Molinare, Nicanor, *Historia de la batalla de Huamachuco, 10 de Julio de 1883*, Santiago, Impr. y Encuadernadora Antigua Inglesa, 1913.
- Moreno de Cáceres, Antonia, *Recuerdos de la campaña de la Breña*. Lima, Milla Batres, 1974.
- Nava Carrión, Carlos, *Presencia médica en la Guerra del Pacífico*. Lima, Universidad peruana unión, 2003.
- O'Brien, Thomas F., *The nitrate industry and chile's crucial transition, 1870-1891*, New York, New York University Press, 1982.
- Palma, Ricardo, *Cartas a Piérola. Sobre la ocupación chilena de Lima*, Lima, Milla Batres, 1964.
- Palma, Ricardo, *Crónicas de la Guerra con Chile*, Lima, Moscal Azul Editores, 1984.
- Parodi Revoredo, Daniel, *La laguna de los villanos: Bolivia, Arequipa, y Lizardo Montero en la Guerra del Pacífico, 1881-1883*, Lima, Fondo Editorial PUCP, 2001.
- Peñaloza, Luis, *Historia económica de Bolivia*, La Paz, Editorial Fénix, 1954, 2 vols.
- Peralta Ruiz, Víctor and Marta Irurozqui Victoriano, *Por la concordia, la fusión, y el unitarismo estado y caudillismo en Bolivia, 1825-1880*, Madrid, Editorial CSIC, 2000.
- Pérez, José A., *Apuntes biográficos sobre el muy ilustre general de brigada don Pedro Lagos*, Santiago, Impr. Cervantes, 1884.
- Peri, René, *Los batallones Bulnes y Valparaíso en la guerra del Pacífico*. Santiago, Impr. de Carabineros, 1981.
- Pinochet U., Augusto, *La Guerra del Pacífico: Campaña de Tarapacá*, Santiago, Andrés Bello, 1980.

- Pinochet de la Barra, Oscar, *Misión en Bolivia de C. Walker Martínez y R. Sotomayor Valdés*, Santiago, Editorial Del Pacífico, 1980.
- Pletcher, David, *The awkward years: American foreign policy under Garfield and Arthur*, Columbia MO, University of Missouri press, 1962.
- Puig y Verdaguer, Jaime, *Memorias del bloqueo de Iquique*, Santiago, Talleres de la Editorial Del Pacífico, 1954.
- Querejazu Calvo, Roberto, *Aclaraciones históricas sobre la Guerra del Pacífico*, La Paz, Librería editorial Juventud, 1995.
- Querejazu Calvo, Roberto, *Guano, salitre, sangre*, La Paz, Los amigos del libro, 1979.
- Reátegui, Wilson, et al. (eds.), *La Guerra del Pacífico*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1979, 2 vols.
- Rivas, Ernesto A. y Víctor Mantilla Huancavilca, *Episodios heroicos de la Guerra del Pacífico 1879-1883*, Lima, Excel-sior, 1927.
- Rodríguez Rautcher, Sergio, *Problemática del soldado durante la Guerra del Pacífico*, Santiago, Colección Biblioteca Militar, 1998.
- Roel, Virilio, *El Perú en el siglo xix*, Lima, El Alba, 1986.
- Romero Pintado, Fernando, *Historia marítima del Perú: La República, 1850-1870*, Lima, Ausonia, 1984, tomo 8, vols. 1-3.
- Rosales, Justo Abel, *Mi campaña al Perú, 1879-1881*, Concepción, Editorial de la Universidad de Concepción, 1984.
- Sater, William F., *Chile and the war of the pacific*, Lincoln, University of Nebraska, 1986.
- Sater, William F., *Empires in conflict*, Atenas GA, University of Georgia Press, 1990.
- Sater, William F., *The heroic image in Chile: Arturo Prat, secular saint*, Los Ángeles, University of California Press, 1973.
- Scheina, Robert L., *Latin America: A naval history, 1810-1987*, Annapolis, Naval Institute Press, 1987.
- Segal, Marcello, *Desarrollo del capitalismo en Chile: cinco ensayos dialécticos*, Santiago, Del Pacífico, 1953.
- Sepúlveda Rojas, Arturo, *Así vivieron y vencieron, 1879-1884*, Santiago, autoedición, 1980.
- Smith, Walter H. and Joseph Smith, *The book of rifles*, 3<sup>a</sup> ed., Harrisburg, PA, The Stackpole Company, 1963.
- Solar, Alberto del, *Diario de campaña: Recuerdos íntimos de la Guerra del Pacífico 1879-1884*, 3<sup>a</sup> ed., Buenos Aires, Ed. Francisco de Aguirre, 1967.
- Sotomayor Valdés, Ramón, *La legación de Chile en Bolivia desde Setiembre de 1867 hasta principios de 1871*, 2<sup>a</sup> ed., Santiago, San José, 1912.
- Spangler, J.M., *Civilization in Chili: Past and Present*, San Francisco, H.G. Parsons, 1885.
- Spiers, Edward S., *The late Victorian army, 1868-1902*, Manchester, Manchester University Press, 1992.
- Spila de Subiaco, Benedicto, *Chile en la Guerra del Pacífico*, 2<sup>a</sup> ed., Roma, Tip. artigianelli di S. Guiseppe, 1887.
- Storace, Pedro Luis, *Las etapas finales de la Corbeta "Unión"* Diario personal del maquinista italiano, Lima, Venus, 1971.
- Storace, Pedro Luis, *Un marino italiano en la guerra de 1879*, Lima, Venus, 1971.
- Subercaseaux, Ramón, *Memorias de ochenta años*, 2<sup>a</sup> ed., Santiago, Nascimento, 1936, 2 vols.
- Tarnstrom, Ronald, *French arms. Armed Forces Handbooks*, Lindsborg KS, Trogen books, 2001.
- Toro Dávila, Agustín, *Síntesis histórico-militar de Chile*, Santiago, Fondo Editorial Educación Moderna, 1976.

- Torres Lara, José T., *Recuerdos de la guerra con Chile*, Lima, Impr. y librería de C. Prince, 1912.
- Ugarte Chamorro, Guillermo, *Diario de la campaña naval escrito a bordo del Huáscar: El combate de Iquique*, Lima, Oficina de Asuntos Culturales de la Corporación Financiera de Desarrollo, 1984.
- Urquieta, Antonio, *Recuerdos de la vida de campaña en la Guerra del Pacífico*, Santiago, La Ilustración, 1907, 2 vols.
- Valdizán Gamio, José, *Historia naval del Perú*, Lima, Ministerio de Marina Perú, 1987, 5 vols.
- Van Creveld, Martin, *Command in War*, Cambridge, Harvard University Press, 1985.
- Varas, Antonio, *Correspondencia de don Antonio Varas sobre la Guerra del Pacífico*, Santiago, Universitaria, 1918.
- Vargas Hurtado, Gerardo, *La batalla de Arica*, 2<sup>a</sup> ed., Lima, Comisión Nacional del Centenario de la Guerra del Pacífico, 1980.
- Vargas Valenzuela, José, *Tradición naval del pueblo boliviano*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1974.
- Varigny, Charles de, *La Guerra del Pacífico*, 2<sup>a</sup> ed., Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1971.
- Vegas G., Manuel, *Historia de la marina de guerra del Perú*, 3<sup>a</sup> ed., Lima, Impr. Lux de E.L. Castro, 1978.
- Véliz, Claudio, *Historia de la marina mercante de Chile*, Santiago, Universitaria, 1961.
- Venegas Urbina, L. Lucio, *Sancho en la Guerra: Recuerdos del ejército en la campaña al Perú y Bolivia*, Santiago, Impr. Victoria, 1885.
- Vial Correa, Gonzalo et al., *La Sudamericana de Vapores en la historia de Chile*, Santiago, Zig-Zag, 1997.
- Vidaurre Retamoso, Enrique, *El presidente Daza*, La Paz, Biblioteca del Sesquicentenario de la República, 1975.
- Villalobos, Sergio, *Historia de la ingeniería en Chile*, Santiago, Hachette, 1990.
- Vitale, Luis, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, Frankfurt, Ediciones de Prensa Latinoamericana, 1975, 5 vols.
- Wilde, Fernando, *Historia militar de Bolivia*, La Paz, Impr. Intendencia Central del Ejército, 1963.
- Witt, Heinrich, *Diario y observaciones sobre el Perú (1824-1890)*, Lima, Oficina de Asuntos Culturales, 1987.
- Wu Brading, Celia, *Testimonios británicos de la ocupación chilena de Lima*, Lima, Milla Batres, 1986.

## V. TESIS

- Dunkerley, James, The politics of the bolivian army: Institutional development to 1935. PhD Diss. New York, University of Oxford, 1979.
- Phillips, Richard, *Bolivia in the war of the pacific, 1879-1884*, PhD diss. University of Virginia, Virginia, Phillips (reprint), 1973.

## VI. PÁGINAS WEB

Armada boliviana. [www.armada.mil.bo](http://www.armada.mil.bo)



EDICIONES  
DE LA  
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

TÍTULOS PUBLICADOS  
1990-2015

- A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique* (Santiago, 1998, 351 págs.).
- Adler Lomnitz, Larissa, *Lo formal y lo informal en las sociedades contemporáneas* (Santiago, 2008, 404 págs.).
- Álbum de Isidora Zegers de Huneeus*, con estudio de Josefina de la Maza, edición en conmemoración del bicentenario de la Biblioteca Nacional de Chile (Santiago, 2013).
- Alcázar Garrido, Joan de, *Chile en la pantalla. Cine para escribir y enseñar la historia (1970-1998)*. (Santiago, 2013, 212 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2000, tomo i, 347 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2000, tomo ii, 371 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2000, tomo iii, 387 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2000, tomo iv, 377 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2000, tomo v, 412 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2001, tomo vi, 346 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2001, tomo vii, 416 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2002, tomo viii, 453 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2002, tomo ix, 446 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2002, tomo x, 462 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2003, tomo xi, 501 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2005, tomo xii, 479 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2005, tomo xiii, 605 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2005, tomo xiv, 462 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2005, tomo xv, 448 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2000, tomo xvi, 271 págs.).
- Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2003, 866 págs.).
- Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2011, tomo i, 838 págs.).
- Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2011, tomo ii, 940 págs.).

- Bauer, Arnold, *Chile y algo más. Estudios de historia latinoamericana* (Santiago, 2004, 228 págs.).
- Blest Gana, Alberto, *Durante la Reconquista. Novela histórica* (Santiago, 2009, 926 págs.).
- Bianchi, Soledad, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Biblioteca de Fundamentos de la Construcción de Chile, cien volúmenes en línea: [www.bibliotecafundamentos.cl](http://www.bibliotecafundamentos.cl) (Santiago, 2007-2013).
- Cartes Montory, Armando, *BIOBÍO. Bibliografía histórica regional* (Santiago, 2014, 358 págs.).
- Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, *La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Contreras, Lidia, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
- Cornejo C., Tomás, *Manuela Orellana, la criminal. Género, cultura y sociedad en el Chile del siglo XVIII* (Santiago, 2006, 172 págs.).
- Chihuailaf, Elicura, *El azul de los sueños* (Santiago, 2010, 193 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950). El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad* (Santiago y Buenos Aires, 2000, tomo I, 336 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Santiago y Buenos Aires, 2003, tomo II, 332 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Las discusiones y las figuras del fin de siglo. Los años 90* (Santiago y Buenos Aires, 2004, tomo III, 242 págs.).
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones, 1999*, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).
- Dirección de Obras Municipales, I. Municipalidad de Santiago, *Santiago sur. Formación y consolidación de la periferia* (Santiago, 2015, 308 págs.).
- Donoso, Carlos y Jaime Rosenblitt (editores), *Guerra, región, nación: La confederación Perú-Boliviana. 1836-1839* (Santiago, 2009, 369 págs.).
- Ehrmann, Hans, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. 1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2000, vol. I, 172 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. Durante la república*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2000, vol. II, 201 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. En torno de Ricardo Palma*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2000, vol. III, 143 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2000, vol. IV, 213 págs.).
- Fernández Canque. Manuel, *ARICA 1868 un tsunami, un terremoto y un albatros* (Santiago, 2007, 332 págs.).
- Fernández Labbé, Marcos, *Bebidas alcohólicas en Chile. Una historia económica de su formato y expansión, 1870-1930* (Santiago, 2010, 270 págs.).

- Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio, 1993).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto, 1994).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 1995).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1995, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 1996).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1998, *Informes*, N° 1 (Santiago, diciembre, 1999).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1999, *Informes*, N° 2 (Santiago, diciembre, 2000).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2000, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 2001).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2001, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 2002).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2002, *Informes*, N° 5 (Santiago, diciembre, 2003).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2003, *Informes*, N° 6 (Santiago, diciembre, 2004).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2004, *Informes*, N° 7 (Santiago, diciembre, 2005).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2005, *Informes*, N° 8 (Santiago, diciembre, 2006).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2006, *Informes*, N° 9 (Santiago, diciembre, 2007).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2007, *Informes*, N° 10 (Santiago, diciembre, 2008).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2008, *Informes*, N° 11 (Santiago, diciembre, 2009).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2009, *Informes*, N° 12 (Santiago, diciembre, 2010).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2010, *Informes*, N° 13 (Santiago, diciembre, 2011).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2011, *Informes*, N° 14 (Santiago, diciembre, 2012).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2012, *Informes*, N° 15 (Santiago, diciembre, 2013).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2013, *Informes*, N° 16 (Santiago, diciembre, 2014).
- Forstall Comber, Biddy, *Crepúsculo en un balcón: ingleses y la pampa salitrera* (Santiago, 2014, 427 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *La persistencia de la memoria. Reflexiones de un civil sobre la dictadura* (Santiago, 2000, 156 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards Vives* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2006, tomo I, 444 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2008, tomo II, 526 págs.).
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo primero, 250 págs.).
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo segundo, 154 págs.).
- González Miranda, Sergio, *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2002, 474 págs.).

- González V., Carlos, Hugo Rosati A. y Francisco Sánchez C., *Guamán Poma. Testigo del mundo andino* (Santiago, 2003, 619 págs.).
- Guerrero Jiménez, Bernardo (editor), *Retrato hablado de las ciudades chilenas* (Santiago, 2002, 309 págs.).
- Herrera Rodríguez, Susana, *El aborto inducido. ¿Víctimas o victimarias?* (Santiago, 2004, 154 págs.).
- Humboldt, Alexander von, *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo* (Santiago, 2011, 964 págs.).
- Hutchison, Elizabeth Q., *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1990-1930*, traducción de Jacqueline Garreaud Spencer (Santiago, 2006, 322 págs.).
- Jaksic, Fabián M., Pablo Camus, Sergio A. Castro, *Ecología y Ciencias Naturales. Historia del conocimiento del patrimonio biológico de Chile* (Santiago, 2012, 228 págs.).
- Kordic R., Raïssa. *Topónimos y gentilicios de Chile*. (Santiago, 2014, 313 págs.).
- León, Leonardo, *Los señores de la cordillera y las pampas: los pehuenches de Malalhue, 1770-1800*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2005, 355 págs.).
- León, Marco Antonio, *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* (Santiago, 2015, 185 págs.).
- Lira, Rodrigo, *Proyecto de obras completas* (Santiago, 2003, 153 págs.).
- Lizama, Patricio, *Notas de artes de Jean Emar* (Santiago, RIL Editores-Centro de Investigaciones Barros Arana, 2003).
- Lizama Silva, Gladys (coordinadora), *Modernidad y modernización en América Latina. México y Chile, siglos XVIII al XX* (Santiago-Guadalajara, 2002, 349 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago, 2000, 601 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002* (Santiago, 2002, 482 págs.).
- Marsilli, María N., *Hábitos perniciosos: religión andina colonial en la diócesis de Arequipa (siglos XVI al XVIII)* (Santiago, 2014, 156 págs.).
- Martínez C., José Luis, *Gente de la tierra de guerra. Los lipes en las tradiciones andinas y el imaginario colonial* (Lima, 2011, 420 págs.).
- Mazzei de Grazia, Leonardo, *La red familiar de los Urrejola de Concepción en el siglo XIX* (Santiago, 2004, 193 págs.).
- Medina, José Toribio, *Biblioteca chilena de traductores*, 2<sup>a</sup> edición, corregida y aumentada con estudio preliminar de Gertrudis Payás, con la colaboración de Claudia Tirado (Santiago, 2007, 448 págs.).
- Mercedes Marín del Solar (1804-1866). Obras reunidas*, compilación, estudio preliminar y notas críticas de Joyce Contreras Villalobos, (Santiago, 2015, 642 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).

- Mitre, Antonio, *El dilema del centauro. Ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano* (Santiago, 2002, 141 págs.).
- Moraga, Pablo, *Estaciones ferroviarias de Chile. Imágenes y recuerdos* (Santiago, 2001, 180 págs.).
- Morales, José Ricardo, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Muñoz Delaunoy, Ignacio y Luis Ossandón Millavil (comps.), *La didáctica de la Historia y la formación de ciudadanos en el mundo actual* (Santiago, 2013, 456 págs.)
- Muratori, Ludovico Antonio, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).
- Mussy, Luis de, *Cáceres* (Santiago, 2005, 589 págs.).
- Oña, Pedro de, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
- Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Piwonka Figueroa, Gonzalo, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (Santiago, 2000, 178 págs.).
- Plath, Oreste, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Puig-Samper, Miguel Ángel, Francisco Orrego, Rosaura Ruiz y J. Alfredo Uribe (editores), "Yammerschuner" Darwin y la darwinización en Europa y América (Madrid/Santiago, 2015, 350 págs.).
- Recabarren, Floreal, *La matanza de San Gregorio 1921: Crisis y tragedia* (Santiago, 2003, 117 págs.).
- Rengifo S., Francisca, *Vida conyugal, maltrato y abandono. El divorcio eclesiástico en Chile, 1850-1890* (Santiago, 2012, 340 págs.).
- Retamal Ávila, Julio y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Rinke, Stefan, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1930-1931* (Santiago, 2002, 174 págs.).
- Rosenblitt, Jaime (editor) *Las revoluciones americanas y la formación de Estados Nacionales* (Santiago, 2013, 404 págs.).
- Rubio, Patricia, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael (ed.), *Biblioteca Nacional. Patrimonio republicano de Chile* (Santiago, 2014, 209 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael, *La gira del Presidente Balmaceda al norte. El inicio del "crudo y riguroso invierno de un quinquenio (verano de 1889)"* (Santiago, 2001, 206 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael (editor), *Ciencia y mundo. Orden republicano, arte y nación en América* (Santiago, 2010, 342 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Santiago, 2004, 944 págs.).

- Sagredo Baeza, Rafael y Rodrigo Moreno Jeria (coordinadores), *El Mar del Sur en la historia. Ciencia, expansión, representación y poder en el Pacífico* (Santiago, 2015, 562 págs.).
- Salinas C., Maximiliano, Daniel Palma A, Christian Báez A y Marina Donoso R., *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX* (Santiago, 2001, 291 págs.).
- Salinas C., Maximiliano, Micaela Navarrete A., *Para amar a quien yo quiero. Canciones femeninas de la tradición oral chilena recogidas por Rodolfo Lenz* (Santiago, 2012, 234 págs.).
- Salinas, Maximiliano, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, *¿Quiénes fueron los vencedores? Elite, pueblo y prensa humorística de la Guerra Civil de 1891* (Santiago, 2005, 240 págs.).
- Scarpa, Roque Esteban, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *El canto a lo poeta: a lo divino y a lo humano. Análisis estético antropológico y antología fundamental* (Santiago, 2009, 581 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *El cuento tradicional chileno. Estudio estético y antropológico. Antología esencial* (Santiago, 2012, 522 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *Patrimonio, identidad, tradición y creatividad* (Santiago, 2010, 173 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *Patrimonio, identidad, tradición y creatividad*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2015, 178 págs.).
- Stabili María Rosaria, *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Santiago, 2003, 571 págs.).
- Steffen, Hans, *Problemas limítrofes y viajes de exploración en la Patagonia. Recuerdos de los tiempos del litigio limítrofe entre Chile y Argentina*, traducción y notas al margen Frencia Barrientos Morales y Wolfgang Staub (Santiago, 2015, 314 págs.).
- Tafra, Sylvia, *Diamela Eltit: El rito de pasaje como estrategia textual* (Santiago, 1998, 102 págs.)
- Tampe, Eduardo S.J., *Catálogo de jesuitas en Chile (1593-1767)* (Santiago, 2008, 304 págs.).
- Tesis Bicentenario 2004* (Santiago, 2005, vol. I, 443 págs.).
- Tesis Bicentenario 2005* (Santiago, 2006, vol. II, 392 págs.).
- Timmermann, Freddy, *Violencia de texto, violencia de contexto: historiografía y literatura testimonial. Chile, 1973* (Santiago, 2008, 195 págs.).
- Tinsman, Heidi, *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena* (Santiago, 2009, 338 págs.).
- Toro, Graciela, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Torres, Isabel. *La crisis del sistema democrático: las elecciones presidenciales y los proyectos políticos excluyentes. Chile 1958-1970* (Santiago, 2014, 421 págs.).

- Urbina Carrasco M<sup>a</sup> Ximena, *La frontera de arriba en Chile colonial* (Santiago, 2009, 354 págs.).
- Uribe, Verónica (editora), *Imágenes de Santiago del nuevo extremo* (Santiago, 2002, 95 págs.).
- Urrutia, María Eugenia, *Rosamel del Valle, poeta órfico* (Santiago, 1996, 119 págs.).
- Valle, Juvencio, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Varas, Augusto y Felipe Agüero, *El proyecto político-militar* (Santiago, 2011, 261 págs.).
- Vico, Mauricio, *El afiche político en Chile, 1970-2013* (Santiago, 2013, 185 págs.).
- Vico, Mauricio, *Un grito en la pared: psicodelia, compromiso político y exilio en el cartel chileno* (Santiago, 2009, 215 págs.).
- Vicuña, Manuel, *Hombres de palabras. Oradores, tribunos y predicadores* (Santiago, 2003, 162 págs.).
- Vicuña, Manuel, *Voces de ultratumba. Historia del espiritismo en Chile* (Santiago, 2006, 196 págs.).
- Viú Antonia, Pilar García, *Territorios del tiempo, historia, escritura e imaginarios en la narrativa de Antonio Gil* (Santiago, 2013, 270 págs.)
- Villalobos, Sergio y Rafael Sagredo, *Los Estanques en Chile* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Virgilio Maron, Publio, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).
- Whipple, Pablo, *La gente decente de Lima y su resistencia al orden republicano* (Lima, 2013, 220 págs.).
- Y se va la primera... conversaciones sobre la cueca. Las cuecas de la Lira Popular*, compilación Micaela Navarrete A. y Karen Donoso F. (Santiago, 2010, 318 págs.).

#### BIBLIOTECA DARWINIANA

- Darwin, Charles, *Observaciones geológicas en América del sur*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2012, 464 págs.).
- Fitz Roy, Robert, *Viajes del "Adventure" y el "Beagle". Apéndices* (Santiago 2013, 360 págs.).
- Fitz Roy, Robert, *Viajes del "Adventure" y el "Beagle". Diarios*, traducción de Armando García González (Santiago 2013, 584 págs.).

#### COLECCIÓN FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA COLONIA

- Vol. I *Fray Francisco Xavier Ramírez, Coroníón sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).
- Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, dos tomos, 800 págs.).

Vol. iv *Taki Onqoy: de la enfermedad del canto a la epidemia*, estudio preliminar de Luis Millones (Santiago, 2007, 404 págs.)

Vol. v *Escribanos de Santiago de Chile. Índice descriptivo (1559-1600)*, estudio preliminar de Marcello Carmagnani (Santiago, 2014, dos tomos 1016 págs.)

#### COLECCIÓN FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA

Vol. i *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).

Vol. ii *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).

Vol. iii *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).

Vol. iv *Cartas de Ignacio Santa María a su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).

Vol. v *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).

Vol. vi *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).

Vol. vii *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).

Vol. vii *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T., primera reimpresión (Santiago, 1997, 577 págs.).

Vol. viii *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León L. (Santiago, 1996, 303 págs.).

Vol. ix “... I el silencio comenzó a reinar”. *Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).

Vol. x *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulian (Santiago, 1998, 458 págs.).

Vol. xi *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del “Cielito Lindo” a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).

Vol. xii *Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).

Vol. xiii *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).

Vol. xiv *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).

Vol. xv *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Ulianova (Santiago, 2000, 742 págs.).

Vol. xvi *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*, recopilación y notas Leonidas Aguirre Silva (Santiago, 2001, 198 págs.).

- Vol. xvii *Leyes de reconciliación en Chile: Amnistías, indultos y reparaciones 1819-1999*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2001, 332 págs.).
- Vol. xviii *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile (1836-1869)*, estudio preliminar Marco Antonio León León y Horacio Aránguiz Donoso (Santiago, 2001, 466 págs.).
- Vol. xix *Arquitectura política y seguridad interior del Estado. Chile 1811-1990*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2002, 528 págs.).
- Vol. xx *Una flor que renace: autobiografía de una dirigente mapuche, Rosa Isolde Reque Pailalef*, edición y presentación de Florencia E. Mallon (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Vol. xxi *Cartas desde la Casa de Orates*, Angélica Lavín, editora, prólogo Manuel Vicuña (Santiago, 2003, 105 págs.).
- Vol. xxii *Acusación constitucional contra el último ministerio del Presidente de la República don José Manuel Balmaceda. 1891-1893*, recopilación de Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2003, 536 págs.).
- Vol. xxiii *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2005, tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931, 463 págs.).
- Vol. xxiv *Memorias de Jorge Beauchef*, biografía y estudio preliminar Patrick Puigmal (Santiago, 2005, 278 págs.).
- Vol. xxv *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*, selección y notas María Teresa González F. (Santiago, 2005, 409 págs.).
- Vol. xxvi *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero*, selección y estudio preliminar Sergio González Miranda (Santiago, 2006, 1054 págs.).
- Vol. xxvii *Los actos de la dictadura. Comisión investigadora, 1931*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2006, 778 págs.).
- Vol. xxviii *Epistolario de Miguel Gallo Goyonechea 1837-1869*, selección y notas Pilar Álamos Concha (Santiago, 2007, 810 págs.).
- Vol. xxix *100 voces rompen el silencio. Testimonios de ex presas y presos políticos de la dictadura militar en Chile (1973-1990)*, compiladoras Wally Kunstman Torres y Victoria Torres Ávila (Santiago, 2008, 730 págs.).
- Vol. xxx *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2009, tomo 2: Komintern y Chile 1931-1935, 482 págs.).
- Vol. xxxi *El mercurio chileno*, recopilación y estudio Gabriel Cid (Santiago, 2009, 622 págs.).
- Vol. xxxii *Escritos políticos de Martín Palma*, recopilación, estudios Sergio Villalobos R. y Ana María Stuven V. (Santiago, 2009, 422 págs.).
- Vol. xxxiii *Eugenio Matte Hurtado. Textos políticos y discursos parlamentarios*, compilación, estudio introductorio y notas Raimundo Meneghelli M., prólogo Santiago Aránguiz P. (Santiago, 2010, 372 págs.).
- Vol. xxxiv *Pablo Neruda-Claudio Véliz, Correspondencia en el camino al Premio Nobel, 1963-1970*, selección, estudio preliminar y notas Abraham Quezada Vergara (Santiago, 2011, 182 págs.).

- Vol. xxxv *Epistolario de Alberto Blest Gana*, recopilación y transcripción dirigidas por José Miguel Barros Franco (Santiago, 2011, tomo I, 804 págs., tomo II, 1010 págs.).
- Vol. xxxvi *Diccionario de los militares napoleónicos durante la independencia. Argentina, Chile y Perú*, compilación e investigación Patrick Puigmal (Santiago, 2013, 340 págs.).
- Vol. xxxvii *Calles caminadas, anverso y reverso*, estudio y compilación Eliana Largo (Santiago, 2014, 552 págs.).
- Vol. xxxviii *Domingo Santa María González (1824-1889). Epistolario*, estudio y compilación Álvaro Góngora Escobedo ((Santiago, 2015, 1136 págs.).
- Vol. xxxix *Diccionario de los militares napoleónicos durante la independencia de los países bolivarianos (Colombia, Venezuela, Panamá, Bolivia y Ecuador)*, compilación e investigación Patrick Puigmal (Santiago, 2015, 432 págs.).

#### COLECCIÓN SOCIEDAD Y CULTURA

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V Paula de Dios Crispí, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las élites* (Santiago, 1994, 259 págs.).
- Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. X Jorge Rojas Flores, *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. XI Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).
- Vol. XII Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).
- Vol. XIII Sergio Grez Toso, *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).

- Vol. xiv Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile*, 2<sup>a</sup> edición (Santiago, 2000, 312 págs.).
- Vol. xv Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).
- Vol. xvi Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).
- Vol. xvii Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).
- Vol. xviii Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).
- Vol. xix Gonzalo Piwonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999. Desafío y respuesta. Sino e imprevisión* (Santiago, 1999, tomo I: “Los primeros doscientos años. 1541-1741”, 480 págs.).
- Vol. xx Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino. Un siglo de transporte, ideas y política en el sur de América* (Santiago, 2000, 459 págs.).
- Vol. xxi Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).
- Vol. xxii María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 256 págs.).
- Vol. xxiii Carmen Gloria Bravo Quezada, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (Santiago, 2000, 150 págs.).
- Vol. xxiv Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1860-1830*, traducción de Sergio Grez T., Leonora Reyes J. y Jaime Riera (Santiago, 2001, 416 págs.).
- Vol. xxv Claudia Darrigrandi Navarro, *Dramaturgia y género en el Chile de los sesenta* (Santiago, 2001, 191 págs.).
- Vol. xxvi Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (Santiago y México D.F., 2001, 564 págs.).
- Vol. xxvii Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago, 2001, 492 págs.).
- Vol. xxviii Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia* (Santiago, 2002, 330 págs.).
- Vol. xxix José Carlos Rovira, *José Toribio Medina y su fundación literaria y bibliográfica del mundo colonial americano* (Santiago, 2002, 145 págs.).
- Vol. xxx Emma de Ramón, *Obra y fe. La catedral de Santiago. 1541-1769* (Santiago, 2002, 202 págs.).
- Vol. xxxi Sergio González Miranda, *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990* (Santiago, 2002, 292 págs.).
- Vol. xxxii Nicolás Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile (El Plan de Estudios Humanista, 1843-1876)* (Santiago, 2002, 238 págs.).
- Vol. xxxiii Marcos Fernández Labbé, *Prisión común, imaginario social e identidad. Chile, 1870-1920* (Santiago, 2003, 245 págs.).

- Vol. xxxiv Juan Carlos Yáñez Andrade, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile 1900-1920* (Santiago, 2003, 236 págs.).
- Vol. xxxv Diego Lin Chou, *Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)* (Santiago, 2003, 569 págs.).
- Vol. xxxvi Rodrigo Hidalgo Dattwyler, *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX* (Santiago, 2004, 492 págs.).
- Vol. xxxvii René Millar, *La inquisición en Lima. Signos de su decadencia 1726-1750* (Santiago, 2005, 183 págs.).
- Vol. xxxviii Luis Ortega Martínez, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880* (Santiago, 2005, 496 págs.).
- Vol. xxxix Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2005, 528 págs.).
- Vol. xl Pablo Camus Gayán, *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile 1541-2005* (Santiago, 2006, 374 págs.).
- Vol. xli Raffaele Nocera, *Chile y la guerra, 1933-1943*, traducción de Doina Dragutescu (Santiago, 2006, 244 págs.).
- Vol. xlII Carlos Sanhueza Cerda, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX* (Santiago, 2006, 270 págs.).
- Vol. xlIII Roberto Santana Ulloa, *Agricultura chilena en el siglo XX: contextos, actores y espacios agrícolas* (Santiago, 2006, 338 págs.).
- Vol. xlIV David Home Valenzuela, *Los huérfanos de la Guerra del Pacífico: el 'Asilo de la Patria'* (Santiago, 2006, 164 págs.).
- Vol. xlV María Soledad Zárate C., *Dar a luz en Chile, siglo XIX. De la "ciencia de hembra" a la ciencia obstétrica* (Santiago, 2007, 548 págs.).
- Vol. xlVI Peter DeShazo, *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*, traducción de Pablo Larach (Santiago, 2007, 390 págs.).
- Vol. xlVII Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*, traducción de María Teresa Escobar (Santiago, 2008, 318 págs.).
- Vol. xlVIII Mauricio F. Rojas Gómez, *Las voces de la justicia. Delito y sociedad en Concepción (1820-1875). Atentados sexuales, pendencias, bigamia, amancebamiento e injurias* (Santiago, 2008, 286 págs.).
- Vol. xlIX Alfredo Riquelme Segovia, *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia* (Santiago, 2009, 342 págs.).
- Vol. l Consuelo Figueroa Garavagno, *Revelación del subsole. Las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930* (Santiago, 2009, 152 págs.).
- Vol. li Macarena Ponce de León Atria, *Gobernar la pobreza. Prácticas de caridad y beneficencia en la ciudad de Santiago, 1830-1890* (Santiago, 2011, 378 págs.).
- Vol. lII Leonardo León Solís, *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la Independencia de Chile, 1810-1822* (Santiago, 2011, 816 págs.).
- Vol. lIII Verónica Undurraga Schüller, *Los rostros del honor. Normas culturales y estrategias de promoción social en Chile colonial, siglo XVIII* (Santiago, 2013, 428 págs.).

- Vol. LIV Jaime Rosenblitt, *Marginalidad geográfica, centralidad política: la región de Tacna-Arica y su comercio, 1778-1841* (Santiago, 2013, 336 págs.).
- Vol. LV Pablo Rubio Apiolaza, *Los civiles de Pinochet. La derecha en el régimen militar chileno, 1983-1990* (Santiago, 2013, 346 págs.)
- Vol. LVI Stefan Rinke, *Encuentro con el yanqui: norteamericanización y cambio cultural en Chile 1898-1990* (Santiago, 2013, 586 págs.)
- Vol. LVII Elvira López Taverne, *El proceso de construcción estatal en Chile. Hacienda pública y burocracia (1817-1860)* (Santiago, 2014, 336 págs.)
- Vol. LVIII Alejandra Vega, *Los Andes y el territorio de Chile en el siglo XVI: descripción, reconocimiento e invención* (Santiago, 2014, 324 págs.)
- Vol. LIX Jaime Valenzuela Márquez, *Fiesta, rito y política. Del Chile borbónico al republicano* (Santiago, 2014, 470 págs.)
- Vol. LX William F. Sater, *Tragedia andina. La lucha en la Guerra del Pacífico (1879-1884)*, traducción de Cristina Labarca (Santiago, 2015, 416 págs.)

#### COLECCIÓN ESCRITORES DE CHILE

- Vol. I *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II *Jean Emar. Escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III *Vicente Huidobro. Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. VI *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, cinco tomos, c + 4134 págs.).
- Vol. IX *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1997, 143 págs.).
- Vol. X *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, prólogo de Alfonso Calderón S. y recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 98 págs.).
- Vol. XI *Ricardo Latcham. Varia lección*, selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón S., recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 326 págs.).
- Vol. XII *Cristián Huneeus. Artículos de prensa (1969-1985)*, recopilación y edición Daniela Huneeus y Manuel Vicuña, prólogo de Roberto Merino (Santiago, 2001, 151 págs.).

Vol. XIII *Rosamel del Valle. Crónicas de New York*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Leonardo Sanhueza (Santiago, 2002, 212 págs.).

Vol. XIV *Romeo Murga. Obra reunida*, recopilación, prólogo y notas de Santiago Aránquiz Pinto (Santiago, 2003, 280 págs.).

#### COLECCIÓN DE ANTROPOLOGÍA

Vol. I Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk’nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).

Vol. II Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).

Vol. III Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).

Vol. IV Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).

Vol. V José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).

Vol. VI Rubén Stehberg, *Arqueología histórica antártica. Participación de aborígenes sudamericanos en las actividades de cacería en los mares subantárticos durante el siglo XIX* (Santiago, 2003, 202 págs.).

Vol. VII Mauricio Massone, *Los cazadores después del hielo* (Santiago, 2004, 174 págs.).

Vol. VIII Victoria Castro, *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur* (Santiago, 2009, 620 págs.).

#### COLECCIÓN IMÁGENES DEL PATRIMONIO

Vol. I. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

#### COLECCIÓN DE DOCUMENTOS DEL FOLKLORE

Vol. I *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).

Vol. II *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. y Tomás Cornejo C. (Santiago, 2006, 302 págs.).

Vol. III *Los diablos son los mortales. La obra del poeta popular Daniel Meneses*, compilación y estudios Micaela Navarrete A. y Daniel Palma A. (Santiago, 2008, 726 págs.).

Vol. IV *Si a tanta altura te subes. “Contrapunto” entre los poetas populares Nicasio García y Adolfo Reyes*, compilación y estudios Micaela Navarrete A. y Karen Donoso F. (Santiago, 2011, 530 págs.).

#### COLECCIÓN ENSAYOS Y ESTUDIOS

Vol. I Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).

- Vol. II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).
- Vol. III Clara Zapata Tarrés, *Las voces del desierto: la reformulación de las identidades de los aymaras en el norte de Chile* (Santiago, 2001, 168 págs.).
- Vol. IV Donald Jackson S., *Los instrumentos líticos de los primeros cazadores de Tierra del Fuego 1875-1900* (Santiago, 2002, 100 págs.).
- Vol. V Bernard Lavalle y Francine Agard-Lavalle, *Del Garona al Mapocho: emigrantes, comerciantes y viajeros de Burdeos a Chile. (1830-1870)* (Santiago, 2005, 125 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *Los boy scouts en Chile: 1909-1953* (Santiago, 2006, 188 págs.).
- Vol. VII Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Santiago, 2006, 117 págs.).
- Vol. VII Marcello Carmagnani, *El salariado minero en Chile colonial su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chico 1690-1800* (Santiago, 2006, 124 págs.).
- Vol. IX Horacio Zapater, *América Latina. Ensayos de Etnohistoria* (Santiago, 2007, 232 págs.).



Se terminó de imprimir esta primera edición,  
de quinientos ejemplares, en el mes de enero de 2016  
en Salesianos Impresores S.A.  
Santiago de Chile



En la *Colección Sociedad y Cultura* tienen cabida trabajos de investigación relacionados con el humanismo y las ciencias sociales. Su objetivo principal es promover la investigación en las áreas mencionadas y facilitar su conocimiento. Recoge monografías de autores nacionales y extranjeros sobre la historia de Chile o sobre algún aspecto de la realidad nacional objeto de estudio de alguna ciencia humanista o social.

A través de esta *Colección*, la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos no sólo se vincula y dialoga con el mundo intelectual y el de los investigadores, además, contribuye a acrecentar y difundir el patrimonio cultural de la nación gracias a los trabajos de investigación en ella contenidos.

El año 1879 marcó el inicio de uno de los conflictos más largos y sangrientos del siglo XIX en América Latina. La Guerra del Pacífico enfrentó a Perú y Bolivia contra Chile en una enconada disputa fronteriza que se arrastraba desde la fundación de los Estados nacionales. El conflicto vio los blindados de Chile y Perú compitiendo por el control de las vías marítimas e incluyó uno de los primeros ejemplos del uso de torpedos navales. En tierra, grandes ejércitos que usaron armas más modernas –fusiles de retrocarga, ametralladoras Gatling y artillería de acero– se enfrentaron en batallas que dejaron miles de víctimas.

Las partes en conflicto debieron renovar sus aparatos militares, reorganizar sus altos mandos para enfrentar complejos desafíos estratégicos, tácticos y operativos, crear sistemas de apoyo logístico civil, de transporte y asistencia médica. Al final, Chile se impuso y obtuvo un extenso territorio rico en depósitos minerales, Bolivia perdió esas reservas y su costa, mientras que Perú debió ceder la provincia de Tarapacá y la ciudad de Arica al vencedor.

*Tragedia andina* es una narración objetiva y estrictamente militar, basada en fuentes primarias y secundarias procedentes de los países involucrados, que sitúa a la Guerra del Pacífico en el contexto militar de su tiempo, examina como cada sociedad enfrentó el esfuerzo bélico, penetra en las grandes y pequeñas decisiones que se tomaron y, finalmente, explica las causas de la victoria chilena.